

The book cover features a torn paper effect. The top half is a textured, yellowish-orange surface with a faint, ghostly image of a person. The bottom half is a dark, textured surface with the silhouettes of people's legs and feet. The title is printed in white on the dark background.

FRANCES STONOR SAUNDERS

**la CIA
y la guerra fría cultural**

se

Durante la guerra fría, los escritores y los artistas en general se enfrentaron a un inmenso desafío: en el mundo soviético se esperaba de ellos que produjeran obras que glorificasen la militancia, la lucha y el optimismo permanente; en Occidente se hacía alarde de la libertad de expresión como la posesión más preciada de la democracia liberal. Pero esa libertad podía tener su precio.

En este libro se documenta la extraordinaria fuerza de una campaña secreta por la que algunos de los más elocuentes exponentes de la libertad intelectual en el mundo occidental se convirtieron en instrumento —lo supiesen o no, les gustase o no— de los servicios secretos estadounidenses.

Frances Stonor Saunders demuestra cómo la CIA logró infiltrarse en todos los espacios de la cultura. Las organizaciones que le servían de tapadera y las fundaciones «filantrópicas» que canalizaban su dinero organizaban congresos, exposiciones, conciertos y giras de orquestas sinfónicas por todo el mundo y subvencionaban ambiciosos programas editoriales y costosas traducciones; las revistas de toda Europa y de otros lugares del mundo compensaban sus pérdidas gracias a generosos mecenas tras los cuales se escondía la CIA.

Una brillante y crítica biografía colectiva, una historia apasionante y fácil de leer acerca de un sistema de mecenazgo clandestino sin precedentes en la historia contemporánea.



Frances Stonor Saunders

La CIA y la guerra fría cultural

ePub r1.1

RLull 12.01.16

Título original: *Who Paid the Piper? The CIA And the Cultural Cold War*
Frances Stonor Saunders, 1999
Traducción: Rafael Fontes

Editor digital: RLull
ePub base r1.2



¿Qué fortuna o destino antes del postrer día aquí te trae?
¿Y quién es este que muestra el camino?
Y yo: «Allá arriba, en la vida serena —le respondí— me perdí
por un valle, antes de que mi edad fuese perfecta».

DANTE, *Infierno*, Canto XV

Sé que es un secreto porque de él se murmura por doquier.

WILLIAM CONGREVE, *Love for Love*

Agradecimientos

He escrito este libro como si, durante mucho tiempo, me hubiese tornado en nómada: de un lado para otro he ido arrastrando las ajadas cajas que constituyen mi equipaje. Por su amabilidad al aceptarme con ellos, junto con esta caravana cargada con el botín de los archivos, y ofrecerme la oportunidad de trabajar con tranquilidad, quiero expresar mi agradecimiento a Elizabeth Cartwright-Hignett, Frank Dabell, Nick Hower, Eartha Kitt, Hermione Labron-Johnson, y a Claudia y a Marceno Salom. Con Ann Pasternak Slater y con Craig Raine, he adquirido una deuda especial, por su permanente apoyo y por su fe inquebrantable. A través de ellos conocí a Ben Sonnenberg en Nueva York, y por esa floreciente y (por la parte que le toca a Ben) erudita amistad, también estoy en deuda con ellos. Ann Pasternak Slater también contribuyó a facilitarme el trabajo al escribir una carta de recomendación, que si exceptuamos sus propios y generosos halagos, describía el borrador del libro con precisión asombrosa. La ayuda de Carmen Callil llegó en una de las últimas etapas en el proceso de elaboración del libro, pero ha sido una poderosa fuente de inspiración por su fe total y absoluta en un momento que casi había perdido yo la mía. La ayuda de Jay Weissberg fue de un valor inestimable: como historiador del cine aún no he conocido a nadie que se le pueda aproximar, ni en la profundidad ni en la amplitud de sus conocimientos. Mi gratitud ha de hacerse también extensiva a aquellos que se convirtieron en copartícipes de un proyecto que tuvo su parte de desventuras, pero que soportaron los baches del camino sin perder su sentido del humor: mi editor, Neil Belton, mi representante, Felicity Rubinstein, todo el personal de Granta Books, la correctora Jane Robertson, Jeremy Bugler, Tony Cash, Tony Carew y Lawrence Simanowitz. Por su gran amistad y su paciencia

extraordinariamente elástica, estoy agradecido en un grado tal que no se puede expresar con palabras a Madonna Benjamin, Zoë Heller, Conrad Roeber, Domitilla Ruffo, Roger Thornham y Michael Wylde. Si no fuera por mi madre, Julia Stonor, y mi hermano, Alexander Stonor Saunders, la vida fuera de este libro hubiese sido un callejón sin salida. Por sus ánimos, cariño e incesante apoyo, les ofrezco, sin pudor alguno, mi hiperbólico agradecimiento, y la dedicación de este libro.

Cuando empecé a investigar la guerra fría cultural, tenía muchas esperanzas de sacar provecho de la Ley de Libertad de Información de Estados Unidos. Ciertamente, amparándose en esta ley, muchos documentos gubernamentales, hasta ahora secretos, han sido puestos a disposición de los investigadores, y recientes estudios sobre el FBI han enriquecido considerablemente el resultado. Pero conseguir información de la CIA es harina de otro costal. Aún espero su respuesta a mi primera solicitud de 1992. De otra petición posterior, recibí el acuse de recibo, aunque se me advirtió de que el coste total para suministrarme los documentos que solicitaba estaría en torno a los 30.000 dólares. Con todo y eso, como el coordinador de Información y de Seguridad Documental de la CIA me explicaba a continuación que la probabilidad de que mi solicitud surtiese efecto alguno era prácticamente nula, no tenía mucho de que preocuparme. La Ley de Libertad Informativa ha sido muy cacareada por los historiadores británicos que, ciertamente, se enfrentan a unas dificultades muchísimo mayores para investigar documentos relacionados con cuestiones de la defensa de su país. Sin embargo, su aplicación, al menos en lo que respecta a la CIA, es lamentable. Como compensación existe una gran riqueza documental en colecciones privadas. Históricamente, las sucesivas administraciones de Estados Unidos se han ido extendiendo hacia el sector privado. Especialmente durante la guerra fría, la política exterior norteamericana fue compartida entre los diferentes departamentos gubernamentales y una especie de consorcio de personas e instituciones independientes, pero cuasi gubernamentales. Es esta división de competencias incluso en el caso de operaciones clandestinas o encubiertas, lo que, paradójicamente, ha hecho que tales operaciones se puedan investigar. Allí está toda la información, para todos los que quieran ir a

pescar, en un mar de documentos privados que se extiende por los archivos de Estados Unidos.

Naturalmente, cualquier trabajo que se base fundamentalmente en materiales de estos archivos, ha de estar en deuda con la multitud de archiveros y bibliotecarios que de manera tan experta han encauzado al investigador para poder entrar, navegar por ellos, y salir de nuevo, de las complejidades de sus colecciones archivísticas. Son estas personas los pilares sobre los que se asienta el edificio de la historia, aunque añadiría inmediatamente que cualquier responsabilidad por los fallos estructurales o arquitectónicos corresponde por completo a la autora. Por su ayuda y consejos, quiero expresar mi agradecimiento al personal de la Tamiment Library de Nueva York, de la Joseph Regenstein Library de Chicago, la Dwight D. Eisenhower Library, de Abilene, los National Archives, de Washington, la Butler Library, de la Universidad de Columbia, al George Meany Center, de Washington, al Harry Ransom Humanities Research Center, y a la Lyndon Baines Johnson Library, ambos en Austin, Texas, a la John F. Kennedy Library, de Boston, a la Harry S. Truman Library, en Independence. También querría dar mis gracias a los archiveros de la Public Records Office, de Londres y de la Biblioteca de la Universidad de Reading.

Son muchas las personas que accedieron a ser entrevistadas para poder escribir este libro, y que soportaron mis repetidas visitas, llamadas, faxes y cartas, con elegancia no exenta de paciencia. Todos los entrevistados figuran en Fuentes, al final del libro. A todos ellos, mi agradecimiento, pero en particular, a Diana Josselson, que me dedicó su tiempo con enorme generosidad, por lo que el libro ha salido enormemente beneficiado de su enorme memoria, su apoyo firme (no exento de crítica) y las fotografías de su colección personal.

Introducción

La mejor manera de hacer propaganda es que no parezca que se está haciendo propaganda.

RICHARD CROSSMAN

Durante los momentos culminantes de la guerra fría, el Gobierno de Estados Unidos invirtió enormes recursos en un programa secreto de propaganda cultural en Europa occidental. Un rasgo fundamental de este programa era que no se supiese de su existencia. Fue llevado a cabo con gran secreto por la organización de espionaje de Estados Unidos, la Agencia Central de Inteligencia. El acto central de esta campaña encubierta fue el Congreso por la Libertad Cultural, organizado por el agente de la CIA, Michael Josselson, entre 1950 y 1967. Sus logros fueron considerables y su propia duración no fue el menor de ellos. En su momento álgido, el Congreso por la Libertad Cultural tuvo oficinas en 35 países, contó con docenas de personas contratadas, publicó artículos en más de veinte revistas de prestigio, organizó exposiciones de arte, contaba con su propio servicio de noticias y de artículos de opinión, organizó conferencias internacionales del más alto nivel y recompensó a los músicos y a otros artistas con premios y actuaciones públicas. Su misión consistía en apartar sutilmente a la intelectualidad de Europa occidental de su prolongada fascinación por el marxismo y el comunismo, a favor de una forma de ver el mundo más de acuerdo con «el concepto americano».

Recurriendo a una extensa y enormemente influyente red, integrada por personal del servicio de inteligencia, estrategas políticos, los grandes magnates y antiguos alumnos de las universidades de la Ivy League, la incipiente CIA comenzó, a partir de 1947, a construir un «Consortio» cuya doble tarea era vacunar al mundo contra el contagio del comunismo y facilitar la consecución de los intereses de la política exterior estadounidense en el extranjero. El resultado fue una red de personas, notablemente compenetrada, que trabajó codo con codo con la Agencia para promover una idea: que el mundo precisaba una *pax americana*, una nueva época ilustrada, a la que se bautizaría como «el Siglo Americano».

El consorcio que construyó la CIA —consistente en lo que Henry Kissinger calificó como «aristocracia dedicada al servicio de esta nación en nombre de unos principios que están más allá de los enfrentamientos entre los partidos»— fue el arma secreta con la que lucharían los Estados Unidos durante la guerra fría, un arma que, en el campo cultural, tuvo un enorme radio de acción. Tanto si les gustaba como si no, si lo sabían como si no, hubo pocos escritores, poetas, artistas, historiadores, científicos o críticos en la Europa de posguerra cuyos nombres no estuvieran, de una u otra manera, vinculados con esta empresa encubierta. Sin sentirse amenazado por nadie y sin ser detectado durante más de veinte años, el espionaje estadounidense creó un frente cultural complejo y extraordinariamente dotado económicamente, en Occidente, para Occidente, en nombre de la libertad de expresión. A la vez que definía la guerra fría como «batalla por la conquista de las mentes humanas», fue acumulando un inmenso arsenal de armas culturales: periódicos, libros, conferencias, seminarios, exposiciones, conciertos, premios.

Entre los miembros de este consorcio había un surtido grupo de intelectuales radicales y de izquierda cuya fe en el marxismo y en el comunismo se había hecho añicos ante la evidencia del totalitarismo estalinista. Nacida de la Década Rosa de los años treinta, calificada, con pena, por Arthur Koestler de «abortada revolución del espíritu, renacimiento fallido, falso amanecer de la historia»^[1], su desilusión se vio acompañada por un deseo de formar parte de un nuevo consenso, de consolidar un nuevo orden que sustituyese las exhaustas fuerzas del pasado.

La tradición de oposición radical, en la que los intelectuales habían tomado bajo su responsabilidad investigar los mitos, cuestionar las prerrogativas institucionales, y perturbar la complacencia del poder, quedó anulada a favor de un apoyo a la «propuesta americana»^[*]. Refrendado y financiado por poderosas instituciones, este grupo no comunista monopolizó la vida intelectual de Occidente en la misma medida que el comunismo lo había hecho unos años antes (y además, muchas de las personas fueron las mismas en ambos grupos).

«Llegó un tiempo... en el que, aparentemente, la vida perdió su capacidad de organizarse a sí misma —dice Charlie Citrine, narrador de *El legado de Humboldt* de Saul Bellow—, tenía que ser organizada. Los intelectuales hicieron suya esta tarea. Desde, por ejemplo, la época de Maquiavelo, a la nuestra propia, esta organización ha sido un imponente proyecto, maravilloso, tentador, engañoso y desastroso. Un hombre como Humboldt, inspirado, astuto, chiflado, rebosaba de entusiasmo ante el descubrimiento de que la empresa humana, tan grandiosa e infinitamente variada, tenía que ser organizada por personas excepcionales. Él era una persona de excepción, por lo que era un posible candidato al poder. Bueno, ¿por qué no^[2]?». Al igual que tantos Humboldts, aquellos intelectuales que habían sido traicionados por el falso ídolo del comunismo se consideraron a sí mismos ante la posibilidad de construir una nueva Weimar, una Weimar estadounidense. Si el Gobierno y su brazo ejecutor encubierto, la CIA, estaban dispuestos a ayudar en este proyecto, ¿por qué no?

El que aquellos ex izquierdistas acabaran vinculados a la CIA en la misma empresa no es tan absurdo como a primera vista pudiera parecer. Existía una verdadera comunidad de intereses y de convicciones entre la Agencia y los intelectuales reclutados, incluso si no lo sabían, para librar la guerra fría de la cultura. La influencia de la CIA no fue «Siempre, o con frecuencia, reaccionaria o siniestra»^[3], escribió el preeminente historiador liberal de Estados Unidos, Arthur Schlesinger. «Según mi experiencia su liderazgo fue políticamente inteligente y correcto^[4]». Esta concepción de la CIA como paraíso del liberalismo fue un poderoso incentivo para colaborar con ella, o, al menos, para coincidir con el mito de que sus motivos eran fundados. Sin embargo esta percepción no casa bien con la reputación de la

CIA de instrumento despiadadamente intervencionista y peligrosamente fuera de todo control por parte del poder de Estados Unidos durante la guerra fría. Ésta fue la organización que estuvo tras el derrocamiento del primer ministro Mossadegh en Irán, en 1953, del derrocamiento del gobierno de Arbenz en Guatemala, en 1954, de la desastrosa operación de la bahía de Cochinos, en 1961, del infausto Programa Phoenix, en Vietnam. Espió a decenas de miles de ciudadanos de Estados Unidos, hostigó a dirigentes de otros países democráticamente elegidos, planeó asesinatos, negó todas estas actividades ante el Congreso y, en ese proceso, elevó el arte de la mentira a nuevas cumbres. ¿Por qué arte de birlibirloque consiguió la CIA presentarse a sí misma ante intelectuales de sólidos principios como Arthur Schlesinger, como máxima valedora de la anhelada libertad?

El grado en que el espionaje norteamericano extendió sus tentáculos hacia las cuestiones culturales de sus aliados occidentales, actuando como posibilitador en la sombra de una amplia variedad de actividades creativas, colocando a los intelectuales y a su obra como piezas de ajedrez para jugar en el Gran Juego, sigue siendo uno de los legados más sugerentes de la guerra fría. La defensa organizada por los abogados de este periodo — basada en la afirmación de que la sustanciosa inversión financiera de la CIA no exigía condiciones— aún no ha sido puesta en cuestión de manera seria. Entre los círculos intelectuales de Estados Unidos y Europa occidental, sigue existiendo propensión a aceptar como cierto que la CIA estaba meramente interesada en ampliar las posibilidades de la manifestación cultural libre y democrática. «Sencillamente ayudarnos a la gente a decir lo que de todas formas hubieran dicho», es la principal línea de defensa, que, en el fondo es otorgar un cheque en blanco a los manejos de la Agencia. Si los beneficiarios de los fondos de la CIA hubiesen desconocido el hecho, continúa la línea argumental, y si su comportamiento, consecuentemente, no se hubiese modificado, entonces su independencia como intelectuales críticos no habría podido verse afectada.

Sin embargo, los documentos oficiales relacionados con la guerra fría cultural sistemáticamente socavan este mito del altruismo. De los individuos e instituciones subvencionados por la CIA se esperaba que

actuasen como parte de una amplia campaña de persuasión, de una guerra de propaganda, en la que de «propaganda» se definía como «todo esfuerzo o movimiento organizado para distribuir información o una doctrina particular, mediante noticias, opiniones o llamamientos, pensados para influir en el pensamiento y en las acciones de determinado grupo»^[5]. Un componente esencial de este esfuerzo era la «guerra psicológica», definida como «El uso planificado de la propaganda y otras actividades, excepto el combate, por parte de una nación, que comunican ideas e información con el propósito de influir en las opiniones, actitudes, emociones y comportamiento de grupos extranjeros, de manera que apoyen la consecución de los objetivos nacionales». Más aún, se definía como «el tipo de propaganda más efectivo», aquella en la que *«el sujeto se mueve en la dirección que uno quiere por razones que piensa son propias»*^[6]. No sirve de nada poner en cuestión estas definiciones. De ellas están plagados los documentos gubernamentales, son los datos de partida de la diplomacia cultural estadounidense de posguerra.

Claramente, al camuflar su inversión, la CIA actuaba bajo la suposición de que sus incentivos serían rechazados si se ofrecían a la luz del día. ¿Qué tipo de libertad se podría promover con este tipo de engaño? Ningún tipo de libertad figuraba en los programas políticos de la Unión Soviética, donde los escritores e intelectuales que no eran enviados a los gulags fueron atrapados para servir a los intereses del Estado. Pero ¿con qué medios? ¿Existía alguna justificación real para suponer que algún mecanismo interno no pudiese hacer revivir los principios de la democracia occidental en la Europa de posguerra? ¿O para no dar por sentado que la democracia podía ser más compleja de lo que implicaba la loa del liberalismo estadounidense? ¿Hasta qué grado era admisible que otro Estado interviniese de manera encubierta en el proceso fundamental de crecimiento orgánico intelectual, del debate en libertad y del flujo libre de las ideas? ¿Acaso esto no tenía el riesgo de crear, en lugar de libertad, una especie de libertad primitiva, en la que las personas pensasen que actúan libremente, cuando, en realidad, están movidas por fuerzas que no controlan?

La participación de la CIA en la guerra cultural hace surgir otras cuestiones problemáticas. ¿Distorsionó la ayuda económica el proceso

según el cual se manifestaron los intelectuales y sus ideas? ¿Se seleccionó a las personas por sus cargos, y no por su mérito intelectual? ¿Qué quería decir Arthur Koestler cuando ironizaba contra «el circuito internacional académico de putas por teléfono» como calificaba a las conferencias y simposios intelectuales? ¿Acaso las reputaciones de los intelectuales salieron consolidadas o robustecidas al pertenecer al consorcio cultural de la CIA? ¿Cuántos de aquellos escritores e intelectuales que adquirieron prestigio internacional por sus ideas fueron, en realidad, figuras de segunda fila, publicistas efímeros, cuyas obras estaban condenadas a reposar en los sótanos de las librerías de libros usados?

En 1996, aparecieron en el *New York Times* una serie de artículos que sacaban a la luz una amplia serie de actividades secretas llevadas a cabo por el espionaje estadounidense. A medida que empezaron a inundar las primeras páginas de los periódicos los relatos de intentonas de golpes de Estado y de asesinatos políticos (casi siempre chapuceros), la CIA quedó como un elefante solitario, que arrasaba a su paso la vegetación de la política internacional, sin tener que responder ante nadie de sus hechos. Entre las más notorias de estas revelaciones de capa y espada se publicaron los detalles de cómo el gobierno estadounidense había recurrido a las vacas sagradas de la cultura de Occidente para conferir peso intelectual a sus acciones.

La teoría de que muchos intelectuales habían sido movidos por los dictados de los políticos estadounidenses y no por sus propios e independientes principios, generó un amplio malestar. La autoridad moral de que disfrutaron los intelectuales durante el momento álgido de la guerra fría quedaba seriamente bajo sospecha y fue, con frecuencia, objeto de escarnio. La «consensocracia» se estaba desmoronando, su componente fundamental era insostenible. A medida que se fue desintegrando, el propio relato se fue fragmentando, parcializando, modificando, a veces de manera increíble, por fuerzas de la derecha y de la izquierda que querían hacer encajar sus datos con sus propios objetivos. Paradójicamente, las circunstancias que hicieron posibles las revelaciones contribuyeron a que quedase oscurecido su auténtico significado. En tanto que la obsesiva campaña anticomunista de Estados Unidos en Vietnam le llevó al borde del

colapso social, y fue causa de escándalos de gran trascendencia como el de los papeles del Pentágono o el Watergate, era difícil mantener el interés o la indignación en el asunto de la *Kulturkampf*, que en comparación, parecía algo sin importancia.

«La historia —escribió Archibald MacLeish— es como una sala de conciertos mal construida, [con] puntos muertos en los que no se puede escuchar la música^[7]». Este libro pretende descubrir esos puntos muertos. Busca una acústica diferente, una melodía distinta a la que tocaron los virtuosos oficiales de la época. Es una historia secreta, en tanto en cuanto cree en la importancia del poder de las relaciones personales, de los vínculos y de las connivencias «débiles», y en la importancia de la diplomacia de salón y en la política de tocador. Pone en cuestión lo que Gore Vidal ha descrito como «esas ficciones oficiales en las que se han puesto demasiado de acuerdo demasiadas partes demasiado interesadas, cada una con sus propios mil días en los que construir sus propias y engañosas pirámides y obeliscos que pretenden averiguar la hora solar». Toda historia que se proponga interrogar todos esos «puntos de acuerdo» debe, en palabras de Tzvetan Todorov, convertirse en un «acto de profanación. No tiene que ver con la contribución al culto de héroes y santos. Consiste en acercarse lo más posible a la verdad. Participa de lo que Max Weber llamó “desencanto del mundo”; se encuentra en las antípodas de la idolatría. Consiste en desvelar la verdad por sí misma, no en recuperar imágenes que se suponen útiles para el presente»^[8].

Cadáver exquisito

Hay un lugar de desafecto
tiempo antes y tiempo después
en una luz confusa.

T. S. ELIOT, «*Burnt Norton*».

Europa despertó de la guerra en un gélido amanecer. El invierno de 1947 fue el peor que se recuerda. Desde enero hasta finales de marzo, un frente azotó Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña, avanzando inmisericorde. En Saint Tropez cayó la nieve con la que los vientos huracanados formaron impenetrables montículos; los témpanos de hielo llegaron hasta la desembocadura del Támesis. Los trenes que transportaban alimentos se congelaron sobre las vías; las barcazas que llevaban el carbón a París, quedaron atrapadas en los hielos. El filósofo Isaiah Berlin quedó «aterrado» ante el frío de la ciudad, «vacía y hueca y muerta, como un cadáver exquisito».

En toda Europa, el suministro de agua, el alcantarillado y la mayor parte de las instalaciones urbanas dejaron de funcionar; el suministro de alimentos se redujo y las reservas de carbón disminuyeron hasta mínimos históricos al haber quedado inmovilizada por el frío la maquinaria de las minas. Tras un breve deshielo, se produjo otra ola de frío, cubriendo canales y carreteras con gruesa capa de hielo. En Gran Bretaña, en dos meses, aumentó en un millón el número de parados. El gobierno y la industria se detuvieron bajo la nieve y el hielo. La propia vida parecía haberse

congelado: más de cuatro millones de ovejas y 30.000 cabezas de vacuno perecieron.

En Berlín, para Willy Brandt, futuro canciller, un «nuevo terror» se apoderó de la ciudad que mejor simbolizaba el colapso de Europa. El gélido frío «atacó a la gente como una bestia salvaje, obligándoles a meterse en sus casas. Pero tampoco allí encontraron alivio. Las ventanas no tenían vidrios, fueron atrancadas con tablas Y placas de yeso. Paredes y techos estaban cuajados de grietas Y agujeros, que la gente tapaba con papel y trapos. La gente calentaba las habitaciones con los bancos de los parques... los ancianos y los enfermos murieron por centenares, en sus camas, a causa del frío»^[1].

Como medida de emergencia, a todas las familias alemanas se les asignó un árbol del que cortar leña para calentarse. A principios de 1946, el Tiergarten había sido talado hasta dejarlo reducido a tocones Y sus estatuas permanecían en un desolado paisaje de barro congelado; al llegar el invierno de 1947, los bosques del célebre Grönewald ya habían sido completamente arrasados. Los montículos formados por la nieve que ocultaban los escombros de una ciudad arrasada por los bombardeos no podían ocultar el devastador legado del megalómano sueño que Hitler había concebido para Alemania. En Berlín, como una Cartago en ruinas, reinaba la desesperanza y el frío, vencida, conquistada, ocupada.

El clima, cruelmente, hizo comprender la realidad material de la guerra fría, abriéndose paso en la nueva topografía de la Europa pos-Yalta, con sus territorios nacionales mutilados y sus poblaciones fracturadas. Los gobiernos de ocupación aliada en Francia, Alemania, Austria e Italia luchaban por atender a los trece millones de personas desplazadas, sin hogar o desmovilizados. El problema se agravaba con la continua llegada de personal aliado a los territorios ocupados. Cada vez más y más gente era sacada de sus casas, para unirse a los que ya dormían en vestíbulos, escaleras, sótanos y en los edificios destrozados por las bombas. Clarissa Churchill, invitada por la Comisión Británica de Control de Berlín, se sintió «protegida geográficamente y materialmente del impacto del caos y la miseria existentes en la ciudad. Caminando en el cálido dormitorio de una antigua residencia nazi, tocando las sábanas rematadas con encajes, repasando los

libros de sus estanterías; hasta estas sencillas experiencias me daban un cierto dejo del delirio del conquistador, que tras un breve paseo por las calles, o una visita a un piso sin estufa ni leña en la chimenea, se disipaba inmediatamente»^[2].

Fueron días de gran intensidad emotiva para los vencedores. En 1947, un cartón de cigarrillos americanos, que valía cincuenta centavos en las bases estadounidenses, costaba 1.800 marcos en el mercado negro, o 180 dólares al cambio oficial. Por cuatro cartones de tabaco, a este cambio, se podía contratar una orquesta alemana para amenizar la velada. Por veinticuatro cartones se podía comprar un Mercedes-Benz de 1939. Los precios más altos del mercado se pagaban por unos certificados a los que se llamaba «Penicilina» o «Persilscheine» (lava más blanco), que liberaban a su portador de cualquier conexión con los nazis. Ante esta catastrófica situación económica, un simple soldado de Idaho podía vivir como un moderno zar.

En París, el teniente coronel Victor Rothschild, primer soldado británico en llegar el día de la liberación como experto en desactivación de explosivos, había reclamado la devolución de la casa familiar en la Avenue de Marigny, requisada por los nazis. Allí agasajó con los mejores champanes al joven oficial de inteligencia Malcolm Muggeridge. El mayordomo de la familia, que había seguido trabajando en la casa con los alemanes, comentó que nada parecía haber cambiado. En el hotel Ritz, requisado por el millonario agente de los servicios de información, John Hay Whitney, se alojó David Bruce, un amigo de F. Scott Fitzgerald de los tiempos de Princeton, que apareció con Ernest Hemingway y un ejército privado de liberadores, y que hizo un pedido al director de cincuenta martinis. Hemingway, quien, durante la guerra, al igual que David Bruce, había trabajado en el servicio secreto americano, la Oficina de Servicios Estratégicos^[*], se instaló, con sus botellas de whisky en el Ritz, y allí, aturdido por el alcohol, recibió a un nervioso Eric Blair (George Orwell) y a la más franca y directa Simone de Beauvoir, con su amante Jean-Paul Sartre (que bebió hasta no recordar nada de lo sucedido, y cuya resaca sí recordaría como la peor de su vida).

El filósofo y agente de inteligencia, A. J. *Freddie* Ayer, autor de *Language, Truth and Logic*, se dejaba ver en París, yendo de un lado para otro en un enorme Bugatti con chófer y con una radio del ejército. Arthur Koestler y su amante, Mamaine Paget «Se emborracharon como cubas» durante una cena con André Malraux a base de vodka, caviar y blinis, *balyk* y *soufflé sibérienne*. También en París, Susan Mary Alsop, esposa de un joven diplomático estadounidense, organizó una serie de fiestas en su «preciosa casa llena de alfombras de Aubusson y buen jabón americano». Pero cuando salió de su casa, vio que todas las caras «tenían una expresión dura y parecían agotadas y llenas de sufrimiento. No hay comida en absoluto, excepto para los que la pueden pagar en el mercado negro. Las pastelerías están vacías en los escaparates de los salones de té como Rumplemayer, se puede ver un magnífico pastel de cartón o una caja de bombones vacía, con un letrero que dice “muestra” y poco más. En uno de los escaparates de las tiendas del Faubourg Saint Honoré hay un par de zapatos con el letrero “piel auténtica” o “muestra”, rodeado por cosas horrendas hechas de paja. Al salir del Ritz arrojé al suelo la colilla del cigarrillo, pero un caballero mayor, bien vestido, se abalanzó a recogerla»^[3].

Más o menos en el mismo momento, el joven compositor Nicolas Nabokov, primo del novelista Vladimir, estaba tirando al suelo una colilla en el sector soviético de Berlín: «Cuando me marchaba, una figura salió de la oscuridad a toda velocidad y cogió el cigarrillo que había arrojado^[4]». Mientras la estirpe de superhombres hurgaba en busca de colillas, leña o comida, las ruinas del búnker del *Führer* se dejaron sin señal alguna que delatase su presencia, y apenas fue advertida su presencia por los berlineses. Pero los sábados, los americanos de servicio en el gobierno militar, exploraban con linternas los sótanos de las ruinas de la Cancillería del *Reich* en busca de exóticos hallazgos: pistolas rumanas, gruesos fajos de billetes medio quemados, cruces de hierro y otras condecoraciones. Uno de los saqueadores descubrió el guardarropa de señoras y cogió algunas insignias de latón con el águila nazi y la palabra *Reichskanzlei* grabada en ellas. La fotógrafa de *Vogue*, Lee Miller, antigua musa de Man Ray, posó totalmente vestida en la bañera del búnker de Hitler.

Pronto se acabaría la diversión. Dividida en cuatro sectores, y enclavada en un territorio dominado por los soviéticos, como la cofa de un barco en medio del mar, Berlín se había convertido en «traumática sinécdoque de la guerra fría»^[5]. Haciendo ostentación de su trabajo en común en la *Kommandatura* aliada, para conseguir la «desnazificación» y la «reorientación» de Alemania, las cuatro potencias luchaban contra unos vientos ideológicos cada vez más fuertes, que mostraban la desolada situación internacional. «No sentía animosidad hacia los soviéticos — escribió Michael Josselson, un oficial estadounidense de origen estonio-ruso—. En realidad yo era apolítico por aquel entonces, y así me fue mucho más fácil mantener excelentes relaciones personales con la mayoría de oficiales soviéticos que conocí^[6]». Pero con la imposición de gobiernos «amistosos» en la esfera de influencia de la Unión Soviética, los masivos juicios públicos y los cada vez más llenos gulags de la propia Rusia, este espíritu de colaboración fue sometido a una dura prueba. Al llegar el invierno de 1947, menos de dos años después de que los soldados americanos y rusos se abrazaran en las orillas del Elba, el abrazo se había convertido en gruñido. «Mi conciencia política no despertó hasta después de que la política soviética se hiciese abiertamente agresiva, y cuando los relatos de las atrocidades cometidas en la zona de ocupación soviética se convirtieron en algo cotidiano... y cuando la propaganda soviética se hizo descaradamente antioccidental»^[7], escribió Josselson.

Al cuartel general de la Oficina del Gobierno Militar de EE UU^[*], se le conocía como OMGUS, que en un primer momento, los alemanes pensaron que significaba «autobús» en inglés, porque con esas siglas se habían pintado los autobuses de dos pisos requisados por los americanos. Cuando no estaban espionando a las otras tres potencias, los funcionarios del OMGUS se dedicaban a revisar en sus mesas de trabajo montañas de las omnipresentes *Fragebogen*, que todo alemán en busca de trabajo estaba obligado a rellenar, respondiendo preguntas relacionadas con su nacionalidad, religión, antecedentes penales, estudios, títulos profesionales, empleo y servicio militar, escritos y discursos, ingresos y bienes, viajes al extranjero y, por supuesto, la filiación política. La investigación de los antecedentes de toda la población alemana en busca de la más leve traza de «nazismo y

militarismo» era una tarea tediosa, burocrática y, con frecuencia, frustrante. En tanto que un conserje podía ser incluido en la lista negra por haber barrido los pasillos de la Cancillería del Reich, muchos de los industriales, científicos, administradores, e incluso oficiales de alta graduación al servicio de Hitler eran calladamente reintegrados a sus puestos por las potencias aliadas en un esfuerzo desesperado para que Alemania no se derrumbase por completo.

Para uno de los agentes de inteligencia, rellenar interminables cuestionarios no era forma de actuar en relación con el complejo legado del régimen nazi. Michael Josselson adoptó un método diferente. «Yo no conocía a Josselson por aquella época, pero había oído hablar de él —recordaba el filósofo Stuart Hampshire, que, por aquel entonces trabajaba para el MI6 de Londres—. Su reputación se había extendido por todos los mentideros de la inteligencia europea. Era el gran amañador, el hombre que todo lo podía conseguir. *Todo*. Si alguien quería cruzar la frontera rusa, lo cual era prácticamente imposible, Josselson lo conseguía. Si se precisaba una orquesta sinfónica. Josselson lo conseguía^[8]».

Como hablaba cuatro idiomas, con fluidez y sin el menor rastro de acento, Michael Josselson era un valioso activo en las filas de la ocupación estadounidense. Más aún, conocía Berlín a las mil maravillas. Había nacido en Tartu, Estonia, en 1908, hijo de un comerciante de maderas judío. Llegó a Berlín por vez primera a principios de los años veinte, en la diáspora del Báltico que siguió a la Revolución de 1917. Como la mayor parte de su familia más próxima había sido asesinada por los bolcheviques, le era imposible regresar a Tartu, por lo que se convirtió en un miembro de esa generación de hombres y mujeres a la que Arthur Koestler calificó de «escoria de la sociedad» —los *déracinés*—, personas cuyas vidas habían sido rotas por el siglo xx, y su identidad, junto a la de sus países natales, desgarrada. Josselson había estudiado en la Universidad de Berlín, pero dejó las aulas antes de licenciarse, para ponerse a trabajar en los grandes almacenes Gimbels-Saks como ejecutivo de compras, llegando a ser nombrado representante en París. En 1936 emigró a Estados Unidos, y poco después conseguiría la nacionalidad de aquel país.

Reclutado para el ejército, en 1943, su origen europeo lo convertiría en candidato perfecto para el espionaje o para la guerra psicológica. Se le asignó, como era previsible, a la Sección de Inteligencia de la División de Guerra Psicológica^[*] (PWD), en Alemania, donde entró a formar parte de un equipo especial de interrogatorios, formado por siete hombres (apodado «Kampfgruppe Rosenberg», por el nombre de su jefe, el capitán Albert G. Rosenberg). La misión del equipo era interrogar a cientos de prisioneros alemanes a la semana, con el propósito de «separar rápidamente a los nazis convencidos de los no nazis, las mentiras de las respuestas ciertas, a los locuaces, de los tímidos»^[9]. Licenciado del servicio en 1946, Josselson permaneció en Berlín en el Gobierno Militar Americano, como oficial de Asuntos Culturales, y después en el Departamento de Estado y en el Alto Comisariado de Estados Unidos, encargado de Asuntos Públicos. En este puesto, fue asignado al servicio de «filtrado del personal» de la prensa, la radio y los espectáculos alemanes, todos los cuales quedaron en suspenso «hasta la eliminación de los nazis».

A la misma división habían asignado a Nicolas Nabokov, un exiliado ruso blanco, que había vivido en Berlín antes de emigrar a Estados Unidos, en 1933. Alto, guapo, simpático, Nabokov era de los hombres que cultivan las amistades (y las esposas), gracias a su don de gentes y encanto personal. Durante los años veinte, su piso de Berlín se había convertido en el centro de la vida cultural de los exiliados, un batiburrillo intelectual de escritores, intelectuales, artistas, políticos y periodistas. Entre este cosmopolita grupo de exiliados, estaba Michael Josselson. A mediados de los años treinta, Nabokov fue a Estados Unidos, donde escribió sobre lo que modestamente calificó «primer *ballet* americano», el *Union Pacific*, de Archibald MacLeish. Compartió durante un tiempo un pequeño apartamento con Henri Cartier-Bresson en Nueva York, cuando ninguno de ellos tenía un céntimo. Más tarde, Nabokov escribiría que «para Cartier-Bresson el movimiento comunista era el abanderado de la historia, del futuro de la humanidad... Yo compartía muchas de [sus] opiniones, pero, a pesar de la permanente añoranza de mi patria rusa, no podía aceptar ni unirme a la actitud filocomunista de tantos intelectuales de Europa occidental y de Estados Unidos. Pensaba que estaban extrañamente ciegos ante la realidad

del comunismo ruso y que sólo era una reacción a los vientos fascistas que recorrieron Europa a la estela de la Depresión. Hasta cierto punto yo pensaba que el filocomunismo de mediados de los años treinta era una moda pasajera, inteligentemente fomentada por un cierto mito relacionado con la Revolución Bolchevique rusa, conformado por el aparato soviético de Agitación y Propaganda»^[10].

En 1945, junto con W. H. Auden y J. K. Galbraith, Nabokov pasó a formar parte de la División de Propaganda de la Unidad de Inspección de los Bombardeos Estratégicos, en Alemania^[*], donde conoció al personal al frente de la guerra psicológica y, posteriormente, consiguió un puesto en la División de Control de la Información^[**], junto con su antiguo conocido, Michael Josselson. Como compositor que era, a Nabokov le destinaron al departamento de música, donde de él se esperaba que «crease buenas armas psicológicas y culturales con las que destruir al nazismo y promover un verdadero deseo de una Alemania democrática»^[11]. Su misión consistía en «expulsar a los nazis de la vida musical alemana y autorizar a aquellos músicos alemanes (dándoles el derecho de ejercer su profesión) a los que creyésemos estar “limpios”», y en «controlar los programas de los conciertos alemanes para cuidar de que no se convirtiesen en expresión de nacionalismo». Un general norteamericano, al presentar a Nabokov en una fiesta dijo «Está muy puesto en música y les dice a los teutones lo que tienen que hacer»^[12].

Josselson y Nabokov se hicieron muy amigos aunque tenían personalidades bien distintas. Nabokov era extravagante desde el punto de vista emocional, muy efusivo y siempre impuntual; Josselson era reservado, meticuloso y hombre de principios. Pero compartían el mismo lenguaje del exilio y su apego al nuevo mundo, los Estados Unidos, que para ambos era el único lugar donde el futuro del viejo mundo podría quedar garantizado. La tragedia y la intriga del Berlín de posguerra les resultaba atractiva a ambos, dándoles oportunidad de ejercitar sus cualidades como organizadores e innovadores. Juntos, escribiría Nabokov más tarde, ambos «cazaron con éxito a muchos nazis y pusieron en hibernación a unos cuantos famosos directores, pianistas, cantantes y profesores de las orquestas (la mayoría de los cuales habían hecho méritos suficientes para

merecerlo y algunos de los cuales aún deberían estar en ese mismo estado)»^[13]. A menudo a contracorriente de la opinión oficialista, acometieron la desnazificación de manera pragmática. Se negaron a aceptar que las acciones realizadas por los artistas durante el pasado nazi alemán se pudiese tratar como un fenómeno *sui generis*, imponiéndose una decisión según los resultados de las *Fragebogen*. «Josselson creía sinceramente que el papel de los intelectuales en una situación difícil no debería decidirse en un instante —explicaría uno de sus colegas más tarde—. Creía que el nazismo en Alemania había sido una situación grotesca en la que había de todo. Los americanos, en general, no tenían idea de lo que sucedía. Ellos se limitaban a meterse en algo que no conocían y a señalar con el dedo^[14]».

En 1947, el director Wilhelm Furtwängler fue objeto de especial oprobio. Aunque había criticado abiertamente que se hubiese tachado a Paul Hindemith de «degenerado», luego logró encontrar acomodo con el régimen nazi, para mutuo beneficio. Furtwängler, que fue nombrado Consejero del Estado Prusiano, además de otros títulos importantes otorgados por los nazis, siguió dirigiendo la Filarmónica de Berlín y la Ópera Estatal de Berlín durante todo el Tercer Reich. Para diciembre de 1946, año y medio después de que su caso hubiese reclamado por vez primera la atención de la Comisión de Control Aliada, se decidió que el director debería presentarse ante el Tribunal de Artistas, reunido en Berlín. La vista duró dos días. El resultado fue poco claro, y el tribunal estuvo reunido estudiando su caso durante meses. Luego, de improviso, Furtwängler fue informado de que la Kommandatura Aliada le había exonerado, y que estaba en libertad para dirigir la Filarmónica de Berlín el 25 de mayo de 1947 en el Titania Palast, requisado por los americanos. Entre los documentos que dejó Michael Josselson hay una nota que se refiere a esta cuestión a la que, desde dentro, se calificaba como el «Salto» de Furtwängler. «Gracias a mis esfuerzos pude ahorrarle al gran director alemán, Wilhelm Furtwängler, la humillación de tener que someterse al procedimiento de desnazificación a pesar de que jamás hubiese sido miembro del Partido Nazi», escribió Josselson^[15]. Esta maniobra pudo realizarse con la ayuda de Nabokov, aunque año más tarde ninguno de los dos fue demasiado preciso sobre los detalles del caso. «Me pregunto si

recuerdas la fecha aproximada en que Furtwängler llegó al Berlín Oriental y dio allí una conferencia de prensa amenazando marcharse a Moscú si *nosotros* no le absolvíamos inmediatamente —le preguntaba Nabokov a Josselson en 1977—. Creo recordar que tú tuviste algo que ver con su salida del sector soviético (¿o no?), y la llegada a mi jurisdicción. Recuerdo la discreta furia del general McClure [jefe de la División de Control de la Información] ante aquel comportamiento de Furtwängler...»^[16]

Un funcionario estadounidense reaccionó con enojo ante el descubrimiento de que figuras como Furtwängler hubiesen sido «blanqueadas». En abril de 1947, Newell Jenkins, jefe de Teatro y Música del gobierno militar estadounidense de Württemberg–Baden, exigió enojado una explicación de «cómo puede ser que tantos prominentes nazis en el campo de la música puedan seguir en activo». Además de Furtwängler, tanto Herbert von Karajan como Elisabeth Schwarzkopf fueron declarados inocentes por las comisiones aliadas, a pesar de sus turbios expedientes. En el caso de Von Karajan, casi nadie lo puso en cuestión. Había sido miembro del partido desde 1933, y jamás dudó en comenzar sus conciertos con el «Horst Wessel Lied», pieza favorita de los nazis. Sus enemigos se referían a él como «Coronel de las SS Von Karajan». Pero a pesar de haber sido partidario del régimen nazi, pronto sería reintegrado a su lugar como indiscutible rey de la Filarmónica de Berlín, la orquesta que en los años de posguerra fue utilizada como baluarte simbólico contra el totalitarismo soviético^[17].

Elisabeth Schwarzkopf había dado conciertos para las Waffen SS, en el frente oriental, había sido protagonista de películas de propaganda de Goebbels, y había sido incluida por él en una lista de artistas «bendecidos por Dios». Su número de carné del Partido Nacional Socialista era el 7548960. «¿Acaso un panadero ha de dejar de hacer pan si no le gusta el gobierno?», preguntaba Peter Gellhorn, que la acompañaba al piano en sus actuaciones (que había tenido que huir de Alemania en los años treinta por su ascendencia judía). Evidentemente, no. Schwarzkopf fue absuelta por la Comisión de Control Aliada y su carrera experimentó un considerable impulso. Luego sería nombrada Dama del Imperio Británico.

La cuestión de cómo hacer (en el caso de que fuese posible o conveniente) que los artistas rindieran cuentas de su vinculación con la política del momento, no se podía resolver mediante la lotería de un programa de desnazificación como el que se estaba haciendo. Josselson y Nabokov eran muy conscientes de las limitaciones de un programa de este tipo y así, sus motivaciones para saltarse a la torera los procedimientos se podían considerar como un rasgo de humanidad o incluso de coraje. Por otro lado, eran víctimas de una confusión moral: la necesidad de crear simbólicos puntos de encuentro anticomunistas introducía una obligación política urgente (y oculta) de absolver a aquellos que se habían acomodado al régimen nazi. Esto significó una actitud de tolerancia hacia aquellos que hubiesen estado próximos al fascismo si al implicado se le podía utilizar contra el comunismo: alguien tenía que llevar la batuta contra los soviéticos. La carta de Nabokov a Josselson de 1977 revela que en realidad tuvieron que luchar por apartar a Furtwängler de los soviéticos (que se habían acercado al director ofreciéndole hacerse cargo de la Staatsoper Unter den Linden), en tanto que el propio Furtwängler estaba jugando a dos barajas tratando de enfrentar a ambos bandos. Su aparición en el Titania Palast, en mayo de 1947, dejó bien claro que los aliados no se iban a dejar pisar el terreno en la «batalla de las orquestas». En 1949, se incluyó a Furtwängler en una lista de artistas alemanes que viajarían a países extranjeros dentro de los programas culturales patrocinados por Estados Unidos. En 1951, dirigió en la reapertura del Festival de Bayreuth, que había sido devuelto a la familia Wagner, a pesar de la prohibición oficial decretada sobre Richard Wagner (por su «nacionalismo»).

William Donovan, jefe del servicio de inteligencia americano durante la guerra, dijo en una memorable ocasión: «Pondría a Stalin en nómina si pensase que ello ayudaría a vencer a Hitler^[18]». En una más que fácil inversión de esta proposición, resultaba ahora evidente que los alemanes «eran nuestros nuevos amigos y los salvadores rusos, el enemigo». Esto, para Arthur Miller, era «algo innoble. Me pareció, con los años, que este cambio radical, esta transmutación de las etiquetas del Bien y del Mal, de un país a otro, habían tenido algo que ver en la degradación del concepto de la moralidad, incluso teórica, del mundo. ¿Si el amigo del mes pasado se

puede convertir de repente en el enemigo de éste, cuál es el grado de realidad que tienen el bien y el mal? El nihilismo —o incluso algo peor, la bostezante complacencia— en relación con el concepto mismo del imperativo moral, que se habría de convertir en el marchamo de la cultura internacional nació en aquellos ocho o diez años de realineamiento tras la muerte de Hitler^[19]».

Por supuesto, había buenas razones para oponerse a los soviéticos, que estaban avanzando rápidamente tras el frente frío. En enero, los comunistas se hicieron con el poder en Polonia. En Italia y Francia corrieron rumores de un golpe de Estado comunista. Los estrategas soviéticos habían sabido comprender rápidamente el potencial de inestabilidad de la Europa de posguerra. Con una energía y un ingenio que demostraban que el régimen de Stalin, a pesar de su impenetrable monolitismo, podía mostrar un imaginativo vigor que no podían igualar los gobiernos occidentales, la Unión Soviética desplegó una batería de armas no convencionales para abrirse paso en la conciencia europea y ablandar las conciencias a su favor. Se estableció una enorme red de organismos-tapadera, unos nuevos, otros salidos de un estado de somnolencia desde la muerte, en 1940, de Willi Munzenberg, el cerebro de la campaña secreta de persuasión del Kremlin antes de la guerra. Sindicatos, movimientos feministas, grupos juveniles, instituciones culturales, la prensa, las editoriales: todos se convirtieron en blanco.

Como maestros en la utilización de la cultura como herramienta de persuasión política, los soviéticos dieron importantes pasos en estos primeros años de la guerra fría para establecer su paradigma más importante en el campo de la cultura. Careciendo del poder económico de Estados Unidos, y sobre todo, aún sin armas atómicas, el régimen de Stalin se dedicó primordialmente a ganar la «batalla por la mente de los hombres». Estados Unidos, a pesar de haber organizado extensamente el campo de las artes en el periodo del *New Deal*, aún seguía virgen en la práctica de la *Kulturkampf* internacional. Ya en 1945, un oficial de inteligencia había predicho las tácticas no convencionales que ahora estaban siendo adoptadas por los soviéticos: «La invención de la bomba atómica producirá una alteración en el equilibrio entre los métodos “pacíficos” y “bélicos” de

ejercer presión internacional —informaba al jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, el general Donovan—, y debemos esperar un sustancial incremento de la importancia de los métodos “pacíficos”. Nuestros enemigos se verán más libres [que nunca] para hacer propaganda, subvertir, sabotear y ejercer... presión sobre nosotros, y por nuestra parte, estaremos más dispuestos a soportar estos ataques y a utilizar esos métodos —en nuestro deseo de evitar a toda costa la tragedia de la guerra declarada; las técnicas “pacifistas” se harán más vitales en épocas prebélicas de debilitamiento, en la guerra abierta real, y en épocas de manipulación posbélica^[20]». Este informe muestra una sorprendente visión de futuro. Ofrece una definición de la guerra fría como una contienda psicológica, como la fabricación del consentimiento por métodos «pacíficos», del uso de la propaganda para erosionar las posiciones hostiles. Finalmente, como demostraron con creces las primeras escaramuzas en Berlín, el «arma operativa» habría de ser la cultura. Había comenzado la guerra fría cultural.

Sucedió que en medio de toda la degradación las potencias de ocupación pusieron en pie una vida cultural artificialmente elaborada, mientras competían entre sí para anotar goles culturales en sus casilleros. Ya en 1945, «cuando aún el hedor de los cuerpos humanos no había desaparecido de las ruinas», los rusos habían preparado una brillante puesta en escena en la inauguración de la Ópera Estatal, con una representación de *Orfeo* de Gluck, en el lujoso Admiralspalast, magníficamente iluminado. Los fornidos y acicalados coroneles rusos sonreían petulantes al personal militar americano, mientras escuchaban en mutua compañía las representaciones de *Eugène Onegin*, o una explícitamente antifascista interpretación de *Rigoletto*, en la que la música era acompañada con el tintineo de las condecoraciones^[21].

Una de las primeras misiones de Josselson fue recuperar los millares de trajes del vestuario de la antigua Ópera Estatal Alemana (la Deutsches Opernhaus Company, la única rival seria de la Ópera Estatal Rusa), que habían sido almacenados por los nazis en el fondo de una mina de sal, situada fuera de Berlín, en la zona de ocupación norteamericana. Un pésimo y lluvioso día, Josselson partió junto con Nabokov para recuperar el vestuario. En su camino de vuelta a Berlín, el *jeep* de Josselson, que iba

delante del Mercedes requisado en que viajaba Nabokov, chocó a toda velocidad contra un control de carreteras de los soviéticos. Josselson, inconsciente, con heridas y contusiones múltiples, fue llevado a un hospital militar ruso, donde las médicas militares rusas le hicieron una cura de urgencia. Cuando se recuperó, fue devuelto a su casa en la zona americana, que compartía con un actor no muy conocido, de nombre Peter van Eyck. Pero si no hubiese sido por los médicos soviéticos. Josselson tal vez no se habría salvado para convertirse en el Diaghilev de la campaña de propaganda cultural antisoviética de los Estados Unidos. Los soviéticos habían salvado a un hombre que durante las dos décadas siguientes, habría de hacer todo lo posible por socavar sus propios intentos de hegemonía cultural.

En 1947, los rusos dieron un nuevo aldabonazo cuando inauguraron una «Casa de la Cultura» en Unter den Linden. La iniciativa sorprendió al encargado británico de Asuntos Culturales, quien informó reconcomido de envidia que la institución «Supera todo lo que los demás aliados han hecho y ponen en la sombra lo poco que hemos hecho nosotros... La instalación se ha realizado con todo lujo —buenos muebles, muchos de ellos, antiguos, alfombras en todas las salas, profusión de luces, casi un exceso de calefacción y todo recién pintado... los rusos, sencillamente, han requisado todo lo que querían... hay un bar y un salón... que parece de lo más acogedor, casi como el Ritz, con sus mullidas alfombras y candelabros... [Es una] grandiosa institución cultural que ha de llegar a un público muy amplio y que será importante para contrarrestar la idea general de que los rusos son incivilizados. Todo esto es bastante deprimente en lo que a nosotros concierne: nuestra aportación es tan reducida, un centro de información y unas cuantas salas de lectura ¡que se tienen que cerrar por falta de carbón!... Tendríamos que sentirnos estimulados por esta reciente incursión de los rusos en la *Kulturkampf*, como para responder con un programa igualmente audaz para explicar lo que los británicos hemos hecho en Berlín»^[22].

Mientras a los británicos les faltaba carbón para caldear una sala de lectura, los americanos se envalentonaron para contestar al fuego soviético inaugurando las *Amerika-Häuser* (Casas de América). Creadas con el

objetivo de convertirse en «enclaves de la cultura americana», estas instituciones ofrecían un refugio contra el mal tiempo, con salas de lectura muy cómodas y programaban proyecciones cinematográficas, recitales de música, conferencias y exposiciones de arte, todo ello con un «abrumador énfasis en Estados Unidos». En un discurso titulado «De entre los escombros» el director de Relaciones Educativas y Culturales quiso dejar claro al personal de las *Amerika-Häuser* el carácter heroico de su misión: «Pocas personas han tenido jamás el privilegio de formar parte de una misión más importante y difícil, o que esté más llena de trampas, que ésta para la que ustedes han sido elegidos como colaboradores, con el fin de conseguir una reorientación intelectual, moral, espiritual y cultural de una Alemania, vencida, conquistada y ocupada». Sin embargo, advirtió que «a pesar de la gran aportación que los Estados Unidos han hecho en el campo cultural, generalmente ello no es conocido ni en Alemania ni en el resto del mundo. A nuestra cultura se la considera materialista y oiremos con frecuencia el comentario siguiente: “Nosotros tenemos la capacidad y el cerebro, y ustedes tienen el dinero”»^[23].

Debido en gran parte a la propaganda rusa, a los Estados Unidos se les consideraba por regla general como culturalmente estériles, país de mascadores de chicle, de inmensos automóviles, de ignorantes prepotentes, y las Casas de América desempeñaron un importante papel para invertir este negativo estereotipo. «Hay algo meridianamente claro —escribió, entusiasta, un administrador de las *Amerika-Häuser*—, los materiales impresos que hemos traído desde Estados Unidos... causan una profunda impresión en aquellos círculos de Alemania que durante generaciones han pensado que los Estados Unidos eran una nación culturalmente atrasada y que habían condenado al conjunto por las faltas de unos cuantos». Los viejos clichés históricos basados en un «prejuicio sobre el retraso cultural americano», han sido arrinconados por el programa de «buenos libros», y de los mismos círculos que sostenían estos infundios ahora se informaba que estaban «callada y profundamente impresionados»^[24].

Algunos de los clichés eran más difíciles de disipar. En una ocasión en que un conferenciante de una Casa de América ofreció sus impresiones sobre la «situación actual de los negros en Estados Unidos», se le hicieron

preguntas «algunas de las cuales distaban de ser bien intencionadas». El conferenciante «supo contestar adecuadamente a los interpelantes, algunos de los cuales podrían haber sido comunistas y otros no». Afortunadamente para los organizadores, tras la charla hubo «Canciones interpretadas por un quinteto de color. Los negros siguieron cantando mucho después de la hora prevista de cierre y... el ambiente fue tan agradable que se decidió invitar al grupo de negros para que repitiesen su actuación»^[25]. El problema de las relaciones raciales en Estados Unidos fue explotado al máximo por la propaganda soviética, y sembró en muchos europeos la duda sobre la capacidad de aquel país de practicar la democracia que decía ofrecer al mundo. Por esta razón, se argumentaba que exportando músicos negros que actuasen en Europa se disiparían gran parte de estas dañinas concepciones. Un informe del gobierno militar estadounidense de marzo de 1947 revela planes «para que cantantes americanos negros de primera fila diesen conciertos en Alemania... las actuaciones de Marian Anderson o de Dorothy Maynor ante el público alemán serían de gran importancia»^[26]. La promoción de artistas negros habría de convertirse en máxima prioridad de los estrategas de la guerra fría.

La respuesta americana a la ofensiva cultural soviética empezó a acelerarse en ese preciso momento. El arsenal completo de la cultura estadounidense fue fletado hacia Europa y exhibido en Berlín. De las principales academias norteamericanas (Juilliard, Curtis, Eastman y Peabody) se importaron nuevas figuras de la ópera. El gobierno militar se hizo con el control de dieciocho orquestas sinfónicas alemanas, y otras tantas compañías operísticas. Al estar proscritos muchos de los compositores alemanes, el mercado de los compositores estadounidenses experimentó un crecimiento exponencial. Samuel Barber, Leonard Bernstein, Elliott Carter, Aaron Copland, George Gershwin, Gian Carlo Menotti, Virgil Thomson: estos y otros muchos compositores americanos estrenaron sus obras en Europa, bajo los auspicios del gobierno.

En colaboración con academias, dramaturgos y directores de Estados Unidos, se puso en marcha un ambicioso programa de teatro. Ante un público entusiasta, apiñados en gélidos teatros donde los carámbanos colgaban amenazadores del techo, se programaron obras de Lillian

Hellman, Eugene O'Neill, Thornton Wilder, Tennessee Williams, William Saroyan, Clifford Odets y John Steinbeck. Siguiendo el principio de Schiller del teatro como «moralische Anstalt», en el que se presentaban ante el hombre los principios fundamentales de la vida, las autoridades estadounidenses diseñaron una lista de las principales lecciones morales a impartir. Así, en el apartado «Libertad y democracia» entraba *Peer Gynt*, de Ibsen, *El discípulo del diablo* de Shaw, y *Abe Lincoln in Illinois*, de Robert Sherwood. Para «Poder y fama» se utilizaron textos sobre Fausto, de Goethe, Strindberg y Shaw. La «Igualdad entre los hombres» era el mensaje que había que extraer de *Bajos fondos* de Máximo Gorki, y de *Medea* de Franz Grillparzer. En el epígrafe «Guerra y paz» figuraban *Lisístrata*, de Aristófanes, *Fin de jornada*, de R. C. Sherriff, *Skin of our Teeth*, de Thornton Wilder, y *A Bell for Adano* de John Hersey. «Corrupción y justicia» tenía que ser a la fuerza el tema de *Hamlet*, de *Revisor* de Gogol, de *Las bodas de Fígaro* de Beaumarchais, y la mayor parte de las obras de Ibsen. Y así seguiríamos hasta concluir en el lóbrego apartado de «Denuncia del nazismo», pasando por «No hay crimen sin castigo», «Moral, gusto y costumbres» y «Búsqueda de la felicidad». «Todas las obras de teatro que aceptasen ciegamente el dictado ciego del destino, que inexorablemente lleva a la destrucción y a la autodestrucción, como los clásicos griegos» fueron declaradas no apropiadas «para la actual situación mental y psicológica de los alemanes». También figuraban en la lista negra *Julio César* y *Coriolano* («por glorificación de la dictadura»); las obras de Prinz von Homburg y de Kleist (por «patrioterismo»); *Cadáver viviente* de Tolstói («La crítica justa de la sociedad conduce a fines antisociales»); todas las obras de Hamsun («Pura ideología nazi»), y todas las obras de teatro de todo aquel que «Se hubiese pasado con prontitud al servicio del nazismo»^[27].

Conscientes de la categórica afirmación de Disraeli de que «Un libro puede ser algo tan importante como una batalla», se organizó un inmenso programa bibliográfico con el objetivo fundamental de «proyectar la cultura y la historia de Estados Unidos ante el lector alemán de la manera más efectiva posible». El gobierno de ocupación recurrió a las editoriales más importantes, asegurando un flujo constante de «libros de contenido amplio»

que se juzgaban «más aceptables que publicaciones patrocinadas por el gobierno, porque no tenían el tufillo de la propaganda política»^[28] Pero propaganda se quería que fuera, al fin y al cabo. Solamente las traducciones encargadas por la División de Guerra Psicológica del Gobierno Militar Americano ascendieron a cientos de títulos, desde *El ciudadano Tom Paine*, de Howard Fast, *The New Deal in Action*, de Arthur Schlesinger, a *Built in the USA*, publicación del Museo de Arte Moderno. También hubo ediciones en alemán de libros «adecuados para niños en las edades en que son más impresionables», como *Cuentos tenebrosos*, de Nathaniel Hawthorne, *Un yanqui en la corte del rey Arturo* de Mark Twain y *La casa de la pradera* de Laura Ingalls.

Estos programas editoriales ayudaron en gran medida a establecer la reputación en Alemania (y los demás territorios ocupados), después de la guerra, de muchos autores estadounidenses. El prestigio cultural de Estados Unidos se incrementó en gran medida gracias a la distribución de los libros de Louisa May Alcott, Pearl Buck, Jacques Barzun, James Burnham, Willa Cather, Norman Cousins, William Faulkner, Ellen Glasgow, Ernest Hemingway, F. O. Matthiessen, Reinhold Niebuhr, Carl Sandburg, James Thurber, Edith Wharton y Thomas Wolfe.

También se promocionó a escritores europeos como parte de un explícito «programa anticomunista». Valían los textos de «cualquier [autor] crítico con la política exterior soviética y el comunismo como forma de gobierno, que juzguemos objetivo, convincentemente escrito y oportuno»^[29]. Entre los escritores que satisfacían estos criterios estaba el relato de André Gide de sus frustrantes experiencias en Rusia, *Regreso de La URSS*; *El cero y el infinito* y *The Yogi and the Commissar*, de Arthur Koestler; y *Vino y pan*, de Ignazio Silone. Para Koestler y Silone, ésta fue la primera de muchas apariciones bajo la protección del gobierno norteamericano. Para algunos de los libros no se concedió el permiso de publicación. Una de las primeras bajas fue el por entonces ya anacrónico *Russia and America: Pacific Neighbours*, de John Foster Dulles.

En el campo del arte, la señora de Moholy-Nagy se presentó ante el público alemán para hablar sobre la obra de su difunto marido, László, y la nueva e interesante dirección que había tomando en Chicago la «Nueva

Bauhaus». Su conferencia, escribió un periodista que coincidía con sus puntos de vista, «fue una documentada contribución a la incompleta concepción que tenemos de la cultura y el arte americanos»^[30]. Esta concepción fue completada aún más mediante una exposición de «pinturas no objetual» del Museo Guggenheim. Ésta fue la primera aparición bajo patrocinio gubernamental de la Escuela de Nueva York, conocida también como expresionismo abstracto. Para que este arte no chocase demasiado, al público se le fue introduciendo en él, mediante conferencias sobre «Ideas fundamentales del arte moderno», en las que se utilizaban reconfortantes y conocidas pinturas medievales para presentar «las posibilidades abstractas de la expresión artística».

Con el recuerdo, aún dolorosamente vivo, de las exposiciones del *Entartekunst* y el subsiguiente éxodo de tantos artistas a Estados Unidos, la impresión que ahora se daba era la de una cultura europea rota por el fascismo que sería llevada por la corriente hasta Norteamérica, la nueva Bizancio. El público que había asistido a las concentraciones de masas de Nuremberg se sintió sobrecogido al oír a uno de los conferenciantes «hablar sobre los inmensos conciertos sinfónicos nocturnos al aire libre a los que asistía un público cuyo número sólo igualaba al que se reunía en acontecimientos deportivos especiales en nuestros estadios»^[31].

Pero no todos los esfuerzos eran de tan alta calidad. El lanzamiento de la edición alemana de *Mystery Magazine* de Ellery Queen dejó heladas a personas como Michael Josselson. Además no todos estaban convencidos de que el Yale Glee Club^[*] era el mejor vehículo para probar sin ningún género de dudas «la tremenda importancia de las artes en el programa de las universidades como antídoto contra el colectivismo»^[32]. Hasta la Escuela de Darmstadt comenzó de manera titubeante. Una audaz iniciativa del gobierno militar americano, los «Cursos de Verano de la Nueva Música de Darmstadt» casi acaban en disturbios después de que el disgusto sobre la nueva y radical música degenerase en abierta hostilidad. En unas conclusiones oficiales se decía: «Se llegó a admitir de forma generalizada que gran parte de esta música carecía de valor y que hubiese sido mejor no escucharla. Hubo críticas al excesivo papel otorgado a la música dodecafónica. Un crítico calificó el concierto como “Triunfo del

diletantismo”... Los estudiantes franceses permanecieron al margen del resto y se las dieron de entendidos [y] su profesor, Leibowitz, sólo representa y admite como válida la música más radical y desprecia abiertamente cualquier otra. Su actitud es imitada por sus alumnos. Era opinión general que el [curso del] año siguiente habría de ser más variado^[33]». Darmstadt, por supuesto, habría de convertirse en pocos años en bastión de la experimentación vanguardista en el campo de la música.

Pero a pesar de todos los conciertos sinfónicos, de las obras de teatro y de las exposiciones, no se podía ocultar la cruda verdad durante aquel largo y duro invierno de 1947: Europa estaba arruinada. El mercado negro sin control, el descontento social y una serie de huelgas de consecuencias catastróficas (en gran parte orquestadas por los sindicatos comunistas) produjeron unos niveles de degradación y de carestía que no se podían comparar con los peores momentos de la guerra. En Alemania el dinero había perdido su valor, resultaba imposible obtener medicinas y ropa, familias enteras vivían en refugios subterráneos, sin agua ni luz, y las chicas y los chicos jóvenes ofrecían sexo a los soldados americanos a cambio de una tableta de chocolate.

El 5 de junio de 1947, el general George Catlett Marshall, jefe de Personal del Ejército de los Estados Unidos durante la guerra, secretario de Estado con Truman, anunció un plan para intentar resolver la «gran crisis». El anuncio tuvo lugar en la 296.^a ceremonia de graduación de Harvard, a la que asistieron también el físico atómico Robert Oppenheimer, el general Omar Bradley, comandante de las tropas durante el desembarco de Normandía y T. S. Eliot (todos los cuales, al igual que Marshall, estaban siendo investidos doctores *honoris causa* en el mismo acto). El discurso de Marshall, de diez minutos de duración, supuso un momento decisivo para el destino de la Europa de posguerra. Tras advertir que «todo el mundo... [y] la forma de vida que conocemos están literalmente pendientes de un hilo», apelaba al Nuevo Mundo para que diese un paso al frente con un programa de choque, de créditos y de ayuda material a gran escala, para impedir el desmoronamiento del Viejo Mundo. «Existe una inestabilidad generalizada. Se está haciendo todo lo posible por cambiar Europa por completo tal y como la conocemos, contra los intereses de una humanidad y de una

civilización libres —declaró Marshall—. Si se la abandona a sus propias fuerzas no habrá escapatoria ante una crisis económica tan intensa, ante un descontento social tan violento y ante una confusión política tan extendida que la base histórica de la civilización occidental, de la que, por convicción y por herencia formamos parte integral, adoptará una nueva forma a imagen de la tiranía que luchamos por destruir en Alemania^[34]».

Mientras pronunciaba estas palabras, el general Marshall estaba viendo los rostros de los estudiantes reunidos al sol de la primavera y veía como John Crow Ransom antes que él, «a los juveniles licenciados de Harvard / Iluminados como antorchas, ansiosos por dispersarse / Como teas sin rumbo apenadas por apagarse»^[35]. No fue coincidencia el que decidiese pronunciar aquí su discurso y no en algún estrado oficial del gobierno. Éstos eran los hombres que habrían de hacer realidad el «evidente destino» de los Estados Unidos, la elite que habría de organizar el mundo en torno a los valores que la oscuridad del comunismo amenazaba con difuminar. Llevar a buen puerto el Plan Marshall, como se le habría de conocer más tarde, sería su herencia.

El discurso de Marshall pretendía reforzar la llamada ideológica a las armas del presidente Truman de unos meses antes, que inmediatamente se había sacralizado con el nombre de Doctrina Truman. En un discurso ante el Congreso, de marzo de 1947, sobre la situación en Grecia, donde era previsible una toma del poder por parte de los comunistas, Truman había abogado, en un lenguaje apocalíptico, por una nueva era de intervención norteamericana: «En el presente momento de la historia mundial, casi todas las naciones han de elegir entre formas de vida excluyentes —declaraba en su discurso—. La elección, con demasiada frecuencia no se hace libremente. Una forma de vida se basa en la voluntad de la mayoría... la segunda... se basa en la voluntad de una minoría impuesta a la fuerza sobre la mayoría. Se fundamenta en el terror Y en la opresión, en el control de la prensa y de la radio, en unas elecciones amañadas y en la supresión de las libertades individuales. Pienso que la política de los Estados Unidos ha de ser apoyar a los pueblos libres que se resisten a ser sometidos por minorías armadas o por presiones exteriores. Pienso que debemos ayudar a los

pueblos libres a forjar sus propios destinos en la manera que ellos elijan^[36]».

Tras el discurso de Truman, el secretario de Estado, Dean Acheson, les dijo a los congresistas: «Hemos llegado a una situación que no tiene precedentes desde la Antigüedad. Desde los tiempos de Roma y Cartago no se ha producido una polarización tal de poder en el mundo. Además, las dos grandes potencias estaban separadas por un insalvable abismo ideológico^[37]». Joseph Jones el funcionario del Departamento de Estado, que preparó el discurso de Truman al Congreso, comprendió el tremendo impacto de las palabras del presidente: «Todas las barreras para las más audaces acciones han sido eliminadas». Entre los políticos se creía que «Se había abierto un nuevo capítulo en la historia del mundo y que ellos eran los hombres más privilegiados, participantes en un acontecimiento decisivo de los que muy pocas veces se producen en la larga vida de una gran nación»^[38].

La sensación de las dimensiones épicas del papel de Estados Unidos durante la posguerra evocadas por el discurso de Truman proporcionó el contexto retórico del posterior discurso del general Marshall, menos manifiestamente anticomunista. La combinación de ambos, un conjunto de medidas de ayuda económica junto con un mandato doctrinal, transmitían un mensaje que no dejaba lugar a dudas: el futuro de Europa occidental, si es que Europa occidental iba a tener futuro, debería vincularse a la *pax americana*.

El 17 de junio, el diario soviético *Pravda* atacó la propuesta de Marshall como continuación del «plan [de Truman] para ejercer presión política mediante los dólares y un programa de interferencia en los asuntos internos de otros Estados»^[39]. Aunque los soviéticos habían sido invitados por Marshall a participar en su programa de recuperación del conjunto de Europa, la oferta fue, según dijo George Kennan, «insincera, destinada a ser rechazada»^[40]. Como estaba previsto, se negaron a formar parte del plan. Es posible que sus objeciones pudieran parecer exageradas, pero fundamentalmente los soviéticos tenían razón en vincular las intenciones humanitarias del plan con un objetivo político menos evidente. Lejos de prever la cooperación con la Unión Soviética, fue diseñado dentro del

marco del espíritu de la guerra fría, que pretendía introducir una cuña entre Moscú y sus regímenes satélites^[41]. «En todo momento se sobreentendía la importancia de no dar oportunidad a los comunistas de meter baza en estos lugares —escribiría más tarde Dennis Fitzgerald uno de los estrategas del Plan Marshall—. En todo momento se dijo que si no conseguíamos entender por completo las necesidades de X, Y y Z, los comunistas aprovecharían la situación para promover sus intereses^[42]». El subdirector del Plan, Richard Bissel, era de la misma opinión: «Incluso antes del inicio de la guerra de Corea, se tenía bien claro que el Plan Marshall nunca había pretendido ser algo totalmente altruista. Se tenía la esperanza de que al reforzar sus economías saldría reforzado el valor de los países de Europa occidental como miembros de la Alianza Atlántica, lo que les permitiría en última instancia asumir responsabilidades en materia de defensa en apoyo de la guerra fría^[43]». En secreto, de estos países también se esperaba que asumiesen otro tipo de responsabilidades «en apoyo de la guerra fría», y con este propósito, los fondos del Plan Marshall no tardaron en destinarse a promover la lucha cultural en Occidente.

El 5 de octubre de 1947, la Oficina de Información Comunista realizó su primera reunión en Belgrado. Creada en Moscú en septiembre, la Cominform era la nueva base operativa de Stalin para la guerra política, sustituyendo a la fenecida Comintern. La reunión de Belgrado se utilizó para lanzar un público desafío a la doctrina Truman y al Plan Marshall, denunciados ambos como tramas «agresivas» para satisfacer las «aspiraciones estadounidenses de supremacía mundial»^[44]. Andrei Zhdanov, arquitecto de la implacable política cultural de Stalin, les dijo a los comunistas de Europa occidental que «Si estuvieran listos para ponerse al frente de todas las fuerzas dispuestas a defender la causa del honor nacional y de la independencia en la lucha contra los intentos de subyugar sus países económica y políticamente, ningún plan de subyugación de Europa podría tener éxito»^[45]. Del mismo modo que Marshall había decidido dirigir su discurso a la elite intelectual de los Estados Unidos, Zhdanov apeló a los intelectuales de todo el mundo para poner sus plumas bajo la bandera del comunismo, y utilizar su tinta contra el imperio americano. «Los partidos comunistas de [Europa han] tenido un

considerable éxito en su trabajo entre los intelectuales. La prueba es que en estos países los mejores representantes del mundo de la ciencia, del arte y de la literatura pertenecen al Partido Comunista, y están encabezando el movimiento de la lucha progresista entre la intelectualidad y gracias a su incansable y creativa lucha, están ganando más y más intelectuales a la causa del comunismo^[46]».

Unos días después, ese mismo mes, las tropas ideológicas de choque de la Cominform, se reunieron en el Congreso de Escritores de Berlín Oriental, en el Teatro Kammerspiel. Conforme se iba desarrollando el «debate» (por supuesto, no era nada parecido a un debate), un joven estadounidense con una afilada barba y extrañamente parecido a Lenin subió a la tarima y agarró el micrófono. En un impecable alemán, defendió su postura durante treinta y cinco minutos, alabando a los escritores que habían tenido el valor de hablar en contra de Hitler y de expresar la similitud entre el régimen nazi y el nuevo estado policial comunista. Eran tiempos difíciles. Interrumpir la reunión y aguar la fiesta de la propaganda comunista era un acto de locura o de valor, o de ambas cosas a la vez. Había llegado Melvin Lasky.

Melvin Jonah Lasky nació en el Bronx, en 1920, y creció bajo la «imponente presencia» de su abuelo, hombre barbudo y sabio, que hablaba *yiddish*, y que alimentó al joven Lasky con pasajes de las leyendas de los judíos. Como uno de los «mejores y más brillantes» licenciados del New York's City College, Lasky salió de sus agitados debates ideológicos convertido en acérrimo antiestalinista, aficionado a la confrontación intelectual (y a veces a la física). Entró en la administración pública y trabajó de guía en la Estatua de la Libertad, antes de entrar a trabajar en la revista antiestalinista *New Leader*, de Sol Levitas. Durante el servicio militar, fue nombrado historiador de guerra en el 7.º Ejército de los Estados Unidos en Francia y Alemania, y luego fue desmovilizado en Berlín, donde se convertiría en corresponsal de *New Leader* y de *Partisan Review*.

Tipo fornido y de baja estatura, Lasky solía echar para atrás los hombros y sacar pecho, como dispuesto a la lucha. Utilizaba sus ojos achinados para lanzar miradas asesinas a sus interlocutores, y había adquirido del violento ambiente del City College unos malos modos que nunca le abandonarían. En su militante anticomunismo era, utilizando un

epíteto que él había aplicado a otra persona, «tan inamovible como el peñón de Gibraltar». De aspecto lobuno, decidido a toda costa a lograr sus propósitos, Lasky se habría de convertir en factor a tener en cuenta a medida que se fue abriendo paso en las campañas culturales de la guerra fría. Su explosiva protesta en el Congreso de Escritores de Alemania Oriental, le granjeó el título de «Padre de la guerra fría en Berlín». Su acción disgustó incluso a las autoridades estadounidenses, que amenazaron con echarle. Escandalizado por la timidez de sus superiores, comparó Berlín con «lo que hubiera sido una ciudad fronteriza en Estados Unidos a mediados del siglo XIX, con los indios en el horizonte, y simplemente había que llevar a mano el rifle o, en caso contrario, adiós a la cabellera. Pero en esos días las ciudades de la frontera estaban llenas de gente que luchaba contra los indios... Aquí hay muy pocos con agallas, y los que las tienen, normalmente no saben en qué dirección apuntar sus rifles»^[47].

Pero Lasky era amigo del *sheriff* y lejos de ser expulsado de la ciudad, pasó a gozar de la protección del gobernador militar, el general Lucius Clay. Para éste, Lasky protestaba de que mientras la mentira soviética viajaba por el planeta a la velocidad de la luz, la verdad aún no se había calzado las botas. Defendió su posición en un apasionado documento enviado el 7 de diciembre de 1947 a la oficina de Clay, en el que defendía un golpe de timón radical en la propaganda estadounidense. Este documento, al que se conocía como «la propuesta de Melvin Lasky», era el plan del propio Lasky para librar la guerra fría cultural. «Nuestras ansiadas esperanzas de paz y unidad internacional no nos dejaban ver el hecho de que se estaba preparando y ejecutando una guerra política coordinada contra EE UU, y en ningún otro lugar con más intensidad que en Alemania. Las mismas y antiguas fórmulas antidemocráticas antiamericanas de las que muchas generaciones europeas se habían alimentado, y que la máquina de propaganda nazi de Goebbels llevó a su punto culminante, están volviendo a implantarse. A saber: el supuesto egoísmo económico de Estados Unidos (el Tío Sam en el papel de Shylock); su supuesta política profundamente reaccionaria (una “prensa mercenaria capitalista”, etc.); su supuesta rebeldía cultural (la “moda del jazz y del swing”, los anuncios de la radio, las “sandeces” de Hollywood, la “basura pornográfica”); su supuesta hipocresía

moral (la cuestión racial, el problema de los jornaleros, los inmigrantes del campo); etc. etc...»^[48].

Con un lenguaje insólito, Lasky continuaba definiendo en qué consistía el desafío: «La tradicional fórmula estadounidense de “iluminar y la gente encontrará su propio camino” exagera las posibilidades existentes en Alemania (y en Europa) de que se produzca una fácil conversión... Sería absurdo suponer que se puede despojar a un primitivo salvaje de su creencia en las misteriosas hierbas de la selva simplemente mediante la difusión de información científica moderna... No hemos tenido éxito en combatir la multiplicidad de factores, político, psicológicos, culturales, que actúan en contra de la política exterior de EE UU, y en particular contra el éxito del Plan Marshall en Europa». Lo que era preciso ahora, continuaba Lasky, lleno de ansiedad, era una verdad «activa», una verdad lo suficientemente audaz como para «entrar en la contienda», no una que se comportase como «alguien con quien no va la cosa». No había que engañarse, advertía, lo esencial de la guerra fría era «de naturaleza cultural. Y es en este campo donde un serio vacío en el programa americano está siendo explotado al máximo por los enemigos de la política exterior americana... El vacío... es auténtico y grave»^[49].

El vacío «auténtico y grave» al que se refería Lasky era el fracaso «para ganarse a las clases cultas, que a la larga, son las que ejercerán el liderazgo moral y político en la sociedad» a la causa estadounidense. Este defecto, decía, se podría encarar, en parte, publicando una nueva revista, que «sirviera tanto como estímulo positivo para el pensamiento alemán y europeo» y también «como demostración de que tras los representantes oficiales de la democracia americana hay una magnífica y progresista cultura, con unos logros en las artes, en la literatura, en la filosofía, en todos los aspectos de la cultura que reúnen las tradiciones de libertad de Europa y América»^[50].

Dos días más tarde, Lasky remitió una «Propuesta para la “American Review”», cuyo propósito habría de ser «apoyar los objetivos generales de la política estadounidense en Alemania y Europa, ilustrando el origen de las ideas, de la actividad espiritual y de los logros literarios e intelectuales en los que se inspira la democracia norteamericana». La revista, afirmaba,

demonstraría que «América y los americanos habían logrado importantes triunfos en todas las esferas del espíritu humano comunes al Viejo y al Nuevo Mundo», y que, por lo tanto, sería el primer esfuerzo serio para «apartar a grandes sectores de la intelectualidad alemana de la influencia comunista»^[51].

El resultado sería *Der Monat*, una revista mensual destinada a servir de puente ideológico entre los intelectuales alemanes y americanos y, como explicaba explícitamente Lasky, para facilitar la consecución de los intereses de la política exterior estadounidense, mediante el apoyo «a los objetivos generales de la política estadounidense en Alemania y Europa». Creada con el apoyo del general Clay el 1 de octubre de 1948, y dirigida por Lasky, se imprimió al principio en Munich y se llevaba por avión a Berlín en los aviones comerciales aliados de los que dependía la ciudad durante el bloqueo. A lo largo de los años, *Der Monat* fue financiado con «fondos reservados» del Plan Marshall, y después con las arcas de la Agencia Central de inteligencia, luego, con dineros de la Fundación Ford y, posteriormente, de nuevo con dólares de la CIA. Aunque fuese sólo por su financiación, la revista fue por completo producto y paradigma de la estrategia estadounidense durante la guerra fría, en el campo cultural.

Der Monat era un templo erigido a la creencia de que una elite culta podría apartar al mundo de posguerra del camino de su propia extinción. Esto, junto con su relación con el gobierno de ocupación americano, fue lo que unió a Lasky, Josselson y Nabokov. Al igual que Jean Cocteau, que pronto habría de advertir a los Estados Unidos de que «No os salvaréis por las armas, ni por el dinero, sino gracias a una minoría pensante, porque el mundo está expirando, ya que no piensa (*pense*), sino que simplemente gasta (*dépense*)»^[52], comprendieron que los dólares del Plan Marshall no serían bastante: la asistencia financiera tenía que complementarse mediante un programa intenso y continuo de guerra cultural. Este peculiar triunvirato—Lasky, militante político, Josselson, antiguo ejecutivo de compras de unos grandes almacenes, y Nabokov, compositor—habrían de ser la punta de lanza de lo que sería, bajo su dirección, una de las operaciones secretas más ambiciosas de la guerra fría: ganar a la intelectualidad occidental para las posiciones estadounidenses.

Elegidos del destino

No existe la inocencia. Lo más parecido
es la inocencia tocada por la culpa.

Mike Hammer, en *Kiss Me, Deadly*
de MICKEY SPILLANE

La propuesta estadounidense ya se había articulado en la doctrina Truman y en el Plan Marshall. Ahora, se inauguraba una nueva fase de la guerra fría, con la creación de la Agencia Central de Inteligencia, la primera organización de inteligencia estadounidense en tiempos de paz. Creada por la Ley de Seguridad Nacional de 26 de julio de 1947, se pretendía que la Agencia coordinase la inteligencia militar y diplomática. De importancia fundamental, aunque en un lenguaje extremadamente impreciso, fue la autorización recibida para llevar a cabo «servicios de incumbencia mutua», sin especificar y «Otros cometidos y tareas», que dispusiera el Consejo de Seguridad Nacional (creado por la misma ley). «En ningún otro lugar de la Ley de 1947, se autorizaba explícitamente a la CIA a recopilar información o a intervenir de forma secreta en los asuntos de otros países —se decía, más tarde, en un informe gubernamental—. Pero la elástica frase “otros cometidos” fue utilizada por sucesivos presidentes para que la Agencia realizase espionaje, acciones secretas, operaciones paramilitares, y para recopilar información técnica^[1]».

La creación de la CIA marcó una revisión radical de los tradicionales paradigmas de la política estadounidense. Los términos en los que se

estableció la Agencia institucionalizaron conceptos como «la mentira necesaria» y la «negación creíble» como estrategias legítimas en tiempo de paz, y, a la larga crearon una capa invisible del gobierno cuyo potencial para el abuso, en el propio país y en el extranjero, no se veía coartado por nada, al no tener que responder ante nadie.

Esta experiencia de ilimitada influencia quedó ejemplificada por el héroe homónimo de la monumental *El fantasma de Harlot*, de Norman Mailer: «Intervenimos en todo —dice Harlot—. Si las buenas cosechas fuesen un instrumento de la política exterior, estamos obligados a conocer el tiempo que va a hacer el año que viene. La misma exigencia se nos presenta en todos los lugares donde miramos: finanzas, medios de comunicación, relaciones laborales, producción, consecuencias en temas específicos de la TV. ¿Dónde se encuentran los límites de aquello de lo que nos podemos ocupar legítimamente?... Nadie sabe cuántas vías de información tenemos en los lugares adecuados... cuántos jerifaltes del Pentágono, oficiales de alta graduación, congresistas, miembros de los gabinetes de asesores, especialistas en erosión del suelo, dirigentes estudiantiles, diplomáticos, abogados de empresas, lo que sea, cualquier cosa. Todos nos proporcionan sus datos^[2]».

La presencia de una CIA, propietaria de líneas aéreas, emisoras de radio, periódicos, compañías de seguros, y propiedades inmobiliarias, en los asuntos del mundo creció de manera tan prodigiosa a lo largo de los años que la gente empezó a sospechar de su presencia detrás de cada arbusto. «Como a Dorothy Parker y las cosas que decía, a la CIA se la felicita o se la culpa tanto por lo que hace como por las muchas cosas que ni siquiera se ha planteado hacer», manifestó posteriormente un miembro de la Agencia^[3]. Operaciones que acabaron en desastre, como la de la bahía de Cochinos, poco hicieron para mejorar la imagen pública de la CIA. Surgió una imagen estereotipada y negativa de una CIA compuesta de despiadados, jesuíticos^[*] y «feos» americanos, cuya visión del mundo estaba distorsionada por una verdadera maraña de espejos de feria.

Ciertamente, la historia sigue confirmando esta visión. La doctrina Truman, y las leyes de la Seguridad Nacional a las que inspiró, aprobaban oficialmente la política de agresión e intervención en el extranjero. Sin

embargo, la escala de sus monumentales acciones piráticas tiende a ocultar otras verdades menos calamitosas acerca de la CIA. Al principio, sus oficiales se veían impulsados por un cierto sentido del deber —«para salvaguardar la libertad occidental de la oscuridad comunista»— que uno de sus dirigentes comparó con «el ambiente de la orden de los Caballeros Templarios»^[4].

Una de sus principales y tempranas influencias fue la «aristocracia» de la costa Este, y la Ivy League, una *Bruderbund* de sofisticados anglófilos que hallaban poderosa justificación a sus acciones en la tradición de la ilustración y en los principios consagrados en la Declaración de Independencia.

En este aspecto, la CIA debió su carácter a su predecesora durante la guerra, la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), creada en 1941 como consecuencia de Pearl Harbor y disuelta en septiembre de 1945 por el presidente Truman, que dijo en aquella ocasión que no quería tener nada que ver con una «Gestapo» en tiempo de paz. Este primitivo temor poco reflejaba la realidad de la OSS, que se había ganado el apodo de «Oh So Social»^[**], gracias a su ambientillo de club social o universitario. El columnista Drew Pearson la llamó «uno de los grupos más estrambóticos de diplomáticos diletantes, banqueros de Wall Street y detectives aficionados jamás vistos por Washington»^[5]. «Todos los miembros de la OSS llevaban una mochila con una carabina, unas cuantas granadas de mano, unas monedas de oro, y una píldora letal», recordaba Tom Braden, que trabajó muy estrechamente con el jefe de la OSS, William *Wild Bill* Donovan (el mote le vino de sus hazañas contra Pancho Villa). «En una ocasión, Donovan se olvidó las píldoras en un cajón del hotel Dorchester e hizo que David Bruce enviase un telegrama desde Francia para que la camarera se las enviase. Era todo un personaje, Bill Donovan, una leyenda viva. Una vez me dijo “Braden, si alguna vez te ves en apuros, coge la navaja y hún-desela directamente en las pelotas”^[6]».

Regida por una legislación que casi no prohibía nada y toleraba prácticamente todo, los miembros de la OSS se convirtieron casi en nuevos procónsules que recorrían la Europa en guerra. Los hombres de la OSS que llegaron a Bucarest después de la retirada alemana en el otoño de 1944,

fueron habituales invitados a las reuniones del gobierno rumano, y presumían ante sus colegas de que «antes de votar nada, me preguntan lo que pienso... Aprueban por unanimidad todas mis leyes. Nunca pensé que gobernar un país fuese tan fácil»^[7]. Pero gobernar países era precisamente para lo que la mayoría de los miembros de la OSS habían sido formados. Reclutando a sus subordinados en el núcleo de las clases dirigentes, en las empresas, en la política, en la universidad y en mundo de la cultura, Donovan había reunido un cuerpo de elite procedente de las instituciones y familias más poderosas de los Estados Unidos. Los miembros de la familia Mellon ejercieron de espías en Madrid, Londres, Ginebra, París. Paul Mellon trabajó para la dirección de Operaciones Especiales^[*] de Londres. Su hermana, Ailsa (conocida por ser en una época la mujer más rica del mundo) se casó con su oficial al mando, el jefe de la OSS de Londres. David Bruce, hijo, a su vez, de un senador de EE UU y millonario por derecho propio. Los dos hijos de J. P. Morgan formaban parte de la OSS. Las familias Vanderbilt, DuPont, Archbold (Standard Oil), Ryan (Equitable Life Insurance), Weil (grandes almacenes Macy's), Whitney, todas estaban representadas en el ejército secreto de Donovan.

Entre otros muchos reclutas de la OSS citaremos al editor Eugene Fodor; al periodista neoyorquino Marcello Girosi, que sería productor de las películas italianas y americanas de Sophia Loren; Ilia Tolstói, nieta exiliada del famoso novelista, que participó en una misión de la OSS en Lhasa; y Julia McWilliams Child, más tarde famosa cocinera, encargada de los archivos de información de la OSS en Chungking. Raymond Guest, jugador de polo, omnipresente en las fiestas de sociedad, y primo de Winston Churchill, que hizo verdaderos y pintorescos estropicios en las misiones de la OSS en Francia y Escandinavia. Antoine de Saint-Exupéry fue íntimo amigo y colaborador de Donovan, lo mismo que Ernest Hemingway, cuyo hijo, John, pertenecía también a la OSS.

Aunque uno de sus detractores se quejase de los muchos empleados «que parecían jovenzuelos inmaduros para los que la OSS era, quizá, una forma de escapar de la rutina del servicio militar y una especie de diversión»^[8], también se daba por hecho que todos y cada uno de los miembros de mayor rango de la oficina de Donovan «ponían en riesgo su

futura posición como banqueros o miembros de consejos de administración o políticos de altos vuelos al identificarse con métodos ilegales y heterodoxos»^[9]. Con la disolución de la OSS, muchos de aquellos futuros banqueros y consejeros y políticos regresaron a la vida civil. Allen Dulles, brillante subdirector con Donovan, que había tomado a su cargo las operaciones de la OSS en Europa, volvió a su despacho de abogado en Nueva York, donde se convirtió en centro de un informal grupo de personas que defendían la creación de un servicio permanente de inteligencia en Estados Unidos. Apodados los «Cowboys de Park Avenue», a este grupo pertenecían Kermit *Kim* Roosevelt, nieto de Theodore; Tracy Barnes (que había ayudado a Allen Dulles a recuperar los famosos diarios del conde Ciano, en poder de la condesa); Richard Helms y Frank Wisner, que era el que traía los cotilleos de la inteligencia militar en la Alemania ocupada; y por último, Royall Tyler, que pronto sería nombrado director de la oficina de París del Banco Mundial.

Lejos de arriesgar su «futura posición», durante su permanencia en la OSS salió reforzada su reputación y se le ofrecía otra red de conexiones que se añadía a los antiguos vínculos universitarios que les reunieron por vez primera. Gracias a ello y a su iniciación en los métodos ilegales y heterodoxos, habrían de convertirse en fuente inagotable para la CIA. Fue esta histórica elite, los miembros de la Ivy League, los que proyectaron su influencia en los consejos de administración, en las instituciones académicas, en los principales periódicos y medios de comunicación, en los despachos de abogados y en el gobierno de los Estados Unidos, y que ahora daban un paso adelante para formar parte de la incipiente Agencia. Muchos de ellos procedían de unas cien familias ricas, aproximadamente, de Washington, conocidos como «habitantes de las cavernas», que defendían los valores episcopalianos y presbiterianos que habían guiado a sus ancestros. Habían sido educados en los principios de una sólida capacidad intelectual, de las proezas atléticas, de la *politesse oblige*, y de la sólida ética cristiana, y tomaban ejemplo de hombres como el reverendo Endicott Peabody, cuya Groton School, en la línea de Eton, Harrow y Winchester, fue *alma mater* de tantos líderes nacionales. Formados en las virtudes cristianas y en las obligaciones que comportan los privilegios, salieron

creyendo en la democracia pero en guardia contra el igualitarismo sin control. Si le damos la vuelta a la célebre declaración de Willy Brandt, «Hemos sido elegidos por el pueblo pero no somos “los elegidos”», ahora eran los elegidos que no habían sido elegidos.

Los que no habían trabajado con la OSS habían pasado la guerra tratando de ascender en el escalafón del Departamento de Estado y en el Foreign Office. Giraban en torno de figuras como Charles *Chip* Bohlen, luego embajador en Francia. A principios de los años cuarenta, su casa en Dumbarton Avenue en Georgetown, fue un verdadero fermento intelectual en cuyo centro estaban Georoe Kennan e Isaiah Berlin, quien ya era reverenciado en los círculos de Washington como «el profeta». Un observador calificó a Kennan, Bohlen y Berlín de «trío homogéneo y agradable». Bohlen fue uno de los fundadores de una nueva rama del saber conocida como kremlinología. Había vivido en Rusia, conocía a sus dirigentes y a sus funcionarios, había estudiado su literatura ideológica, y citaba de memoria a sus clásicos. Había sido testigo de las purgas y procesos de finales de los años treinta y del impacto de las «políticas culturales» de Zhdanov. «Hay dos cosas que se suelen decir antes de que pase lo irreparable —le gustaba decir a Bohlen—. Una es “el alcohol no me afecta”; la otra es “comprendo a los rusos”». Para comprender mejor las cosas recurría a Isaiah Berlín y a Nicolas Nabokov, que por aquel entonces trabajaban para el Departamento de Justicia. Bohlen se solía referir a Nabokov como «activo psicológico», y Nabokov devolvía el cumplido llamando a Bohlen «mi modelo, mi fuente de consejos».

«Estos nuevos amigos no tenían apenas ilusiones sobre “el tío Joe” —escribiría más tarde Nabokov—. En más de una forma, eran un grupo anacrónico en el Washington de aquellos años, quizá, incluso en todos los Estados Unidos. El país estaba en un estado de euforia soviétófila, que nadie compartía en la casa de Dumbarton Avenue. La inmensa mayoría de la opinión pública estadounidense había cambiado tres veces su forma de pensar acerca de Rusia. Primero estuvo *en contra* —tras la partición de Polonia y de la “diabólica” guerra de Finlandia—. Stalin, en las viñetas de los periódicos parecía una repugnante mezcla de lobo y oso. Luego, con igual rapidez, la opinión se tornó *favorable* a Rusia: después de la invasión

nazi de Rusia en 1941. De pronto Stalin apareció embellecido, representándole como un caballero con armadura defendiendo el Kremlin contra una horda de teutones, o se reproducía su imagen de las fotografías de perfil adelgazadas e idealizadas de Margaret Bourke-White. Luego, de nuevo, en 1943, el sentimiento filorruso se vio reforzado tras la batalla de Stalingrado. “Veréis —decían confiados los americanos—, el comunismo nunca regresará a Rusia en la misma forma. Será un país diferente después de la guerra. ¿Acaso Stalin no hizo regresar al Patriarca del exilio?, ¿y a los escritores y poetas?, ¿y acaso no reestableció en sus puestos a los oficiales y reinstauró a los héroes históricos nacionales, e incluso a algunos de los zares y santos, como Alexander Nevsky y Pedro el Grande?”. No así los escépticos de Dumbarton Avenue. Sabía, como había dicho Kennan en una ocasión, que el estalinismo es irreversible^[10]».

A los escépticos de Dumbarton Avenue se les unieron David Bruce, Averell Harriman, John McCloy, Joseph y Stewart Alsop, Richard Bissell, Walter Lippmann, y los hermanos Bundy. En largas conversaciones, calentadas por la pasión intelectual y el alcohol, comenzó a tomar forma su visión de un nuevo orden mundial. Internacionalistas, rudos, competitivos, estos hombres tenían una fe inquebrantable en su sistema de valores y en su deber de transmitírselo a los demás. Eran los patricios de la era contemporánea, paladines de la democracia, y no veían en ello contradicción alguna. Ésta fue la elite que dirigió la política exterior estadounidense y conformó la legislación en su propio país. Desde los comités de expertos, hasta las fundaciones, desde los consejos de administración hasta los miembros de los clubes de caballeros, estos mandarines estaban conectados por sus afiliaciones institucionales y por su fe compartida en su propia superioridad. Su tarea consistía en crear y luego justificar la *pax americana* de posguerra. Posteriormente serían partidarios acérrimos de la CIA, cuyo personal estaba siendo reclutado entre sus amigos del colegio, de los negocios o antiguos compañeros de la OSS.

El principal ideólogo capaz de articular las convicciones compartidas de la elite estadounidense era George Kennan, experto en cuestiones diplomáticas, arquitecto del Plan Marshall, y como director de la Sección de Planificación Política del Departamento de Estado^[*], uno de los padres de

la CIA. En 1947 defendió la intervención militar directa en Italia en lo que consideraba como inminente colapso en una guerra civil apoyada por los comunistas: «Hay que reconocer que ello causaría mucha violencia y, probablemente, la división militar de Italia —le dijo al Departamento de Estado—, pero podría ser preferible a una victoria electoral sin derramamiento de sangre, sin nuestra oposición, que daría a los comunistas el control de toda la península de un plumazo y que causaría el pánico en todos los países circundantes^[11]». Truman, afortunadamente, no coincidía con esta precipitada sugerencia pero sí autorizó la intervención secreta en las elecciones italianas. En julio de 1946, Kennan había modificado sus puntos de vista, no sobre la naturaleza de la amenaza soviética, sino sobre cómo defenderse de ella. En su famoso artículo «X» del periódico *Foreign Affairs*, planteó la tesis que imperó durante los primeros años de la guerra fría. Afirmaba que el Kremlin estaba decidido a dominar «hasta el último rincón... del poder en el mundo» con su «ideología fanática», proponía una política de «permanente contrapoder», y «firme y vigilante contención». Como parte de esta política defendía «el máximo desarrollo de las técnicas de la guerra propagandística y política»^[12], que, como director de la Sección de Planificación Política (pensada para supervisar la contención política e ideológica de Europa), estaba perfectamente situado para ponerla en marcha. «El mundo era nuestra ostra», escribiría más tarde sobre esta oficina.

En un discurso en la Academia Militar Nacional^[**], en diciembre de 1947, fue Kennan quien introdujo el concepto de «mentira necesaria» como componente esencial de la diplomacia norteamericana de posguerra. Los comunistas, según él, habían adquirido una «posición de fuerza en Europa, inmensamente superior a la nuestra... mediante el uso descarado y hábil de la mentira. Han luchado contra nosotros con lo irreal, con lo irracional. ¿Podemos, acaso, combatir con éxito esta irrealidad con racionalismo, con la verdad, con una cooperación honesta y bienintencionada?»^[13], se preguntaba. No, los Estados Unidos habían de emprender una nueva era de guerra encubierta para hacer triunfar sus objetivos democráticos contra el engaño soviético.

El 19 de diciembre de 1947, la filosofía política de Kennan adquirió carácter legal en una instrucción del Consejo de Seguridad Nacional de Truman, la NSC-4. En un apéndice ultrasecreto a esta instrucción, el NSC-4A, ordenaba al director de la Inteligencia Central emprender «acciones psicológicas encubiertas» en apoyo de la política anticomunista americana. Sorprendentemente poco claro sobre los procedimientos a seguir para coordinar o para aprobar tales actividades, este apéndice fue la primera autorización formal de posguerra para la realización de operaciones clandestinas. Derogado en junio de 1948 por una nueva instrucción, más explícita, redactada por George Kennan, la NSC-10/2, éstos fueron los documentos que condujeron a la inteligencia estadounidense hasta las pantanosas aguas de la guerra política secreta durante las décadas venideras.

Preparadas con el máximo de los secretos, estas instrucciones «adoptaban una concepción expansiva de las exigencias de la seguridad [de Estados Unidos], en la que el mundo habría de transformarse a su imagen y semejanza»^[14]. Partiendo de la premisa de que la Unión Soviética y sus países satélites estaban embarcados en un programa de actividades secretas «perniciosas» para «desacreditar y derrotar los propósitos y las actividades de los Estados Unidos y de las otras potencias occidentales», la NSC-10/2 otorgó la sanción al máximo nivel del Gobierno a una multitud de operaciones secretas: «propaganda, guerra económica, acciones directas incluido el sabotaje, el antisabotaje, destrucción y planes de evacuación; subversión contra Estados hostiles, incluida la ayuda a movimientos clandestinos de resistencia, grupos guerrilleros y grupos de liberación de refugiados»^[15]. Todas estas actividades, en palabras de la NSC-10/2, han de «planificarse y ejecutarse de tal forma que para las personas no autorizadas no exista evidencia de la responsabilidad del gobierno de Estados Unidos, y que si se descubren, el gobierno de Estados Unidos pueda rechazar de forma convincente cualquier responsabilidad por ellas»^[16].

La NSC-10/2 creaba un departamento especial para operaciones secretas, dentro de la CIA, pero con política y personal dependientes del Consejo de Planificación Política del Departamento de Estado (en otras palabras, bajo control de Kennan). A este consejo se le llamaría más tarde Oficina de Coordinación de Políticas (OPC)^[*], un título inocuo pensado

«para asegurar la credibilidad sin revelar prácticamente nada de su propósito»^[17]. «Acción encubierta» era definida como toda «actividad clandestina con el fin de influir en gobiernos extranjeros, acontecimientos, organizaciones o personas, en apoyo a la política exterior de Estados Unidos, realizada de tal forma que no se advierta la participación de Estados Unidos»^[18]. Sin límites, prácticamente, en cuanto a su alcance y clandestinidad, la OPC era algo sin precedentes en tiempo de paz, en los Estados Unidos... Éste era el departamento de juego sucio que Allen Dulles y los *cowboys* de Park Avenue habían propugnado. De entre una lista de candidatos propuesta por George Kennan, para encabezar esta nueva operación fue elegido Frank Wisner.

Frank Wisner, ex abogado de Wall Street con el acento nasal de Mississippi, y la rara virtud de ser campeón de vallas de la Universidad de Virginia, era un veterano de las campañas de la OSS por toda Europa, y había sido director de su Sección de Inteligencia Secreta^[*]. Tras la guerra continuó en la inteligencia militar, y se le adjudicó la responsabilidad de ser enlace con la organización de Gehlen, la unidad de inteligencia del ejército alemán, conservada intacta por los americanos para espiar a los rusos. Wisner no era hombre que se dejase detener por argumentos morales. Como explicaba Harry Rositzke, un cercano colaborador en la OSS y luego, en la CIA, «Era algo visceral: se trataba de utilizar a cualquier hijo de puta siempre que fuese anticomunista»^[19]. «Era de las personas; a las que no había que invitar a ser miembro de nuestro club», fue el comentario de Wallen Dulles a la relación de Wisner, con el general de las SS, Reinbard Gehlen^[20].

Wisner había dimitido con cajas destempladas de la inteligencia militar cuando sus superiores se quejaron sobre su petición de más bicicletas para sus oficiales. Luego pasó al Departamento de Estado y, desde allí, continuó dirigiendo lo que prácticamente era su grupo personal de inteligencia, consistente en una sucesión de madrigueras ocultas en las profundidades de la burocracia gubernamental. Fue este grupo el que ahora se fundía con la CIA bajo la Oficina de Coordinación de Políticas, u OPC. La costumbre de Wisner de reclutar nazis no cesó cuando se pasó a la OPC. «Wisner trajo toda una caterva de fascistas tras la guerra, algunos verdaderamente

repugnantes. Podía hacerlo porque tenía poder»^[21], explicaría más tarde un colega de la CIA. «Él tenía la clave de muchísimas cosas, hombre brillante y compulsivo, de enorme encanto personal e imaginación y la convicción de que todo, todo podía conseguirse y que él lo podía conseguir^[22]».

Durante el mandato de Wisner, la OPC se convirtió en el organismo de la CIA en más rápido crecimiento. Según Edgar Applewhite, un subinspector general de la CIA, su personal «Se arrogaba un poder absoluto, sin precedentes que les limitasen. Podían hacer lo que quisiesen, siempre y cuando la “autoridad superior”, como llamaban al presidente, no lo prohibiese expresamente. Eran tremendamente aristocráticos en sus principios, extremadamente pueblerinos en las relaciones entre hombres y mujeres, muy románticos y arrogantes. Tenían una misión que procedía del cielo y ¡sólo Dios sabe qué gran oportunidad! Y no la dejaron escapar»^[23]. Para facilitar las operación de la OPC, el Congreso aprobó la Ley de la Agencia Central de Inteligencia de 1949, que autorizaba al director de la CIA a gastar fondos sin tener que dar cuenta de los gastos. En los años siguientes, las actividades de la OPC —el alcance de sus operaciones, sus recursos humanos y su presupuesto— crecieron como una hidra. Su personal pasó de 302 personas, en 1949, a 2.812, en 1952, además de 3.142 personas a sueldo en el extranjero. Durante el mismo periodo su presupuesto se incrementó de 4,7 millones a 82 millones de dólares. Uno de los factores que contribuyó a esta expansión fue una organización interna que creaba su propia demanda interna de proyectos. Las actividades de la OPC no se programaban en torno a un sistema financiero, sino en torno a proyectos. Esto tuvo importantes efectos internos, y a la larga, perjudiciales: «un individuo de la OPC juzgaba su propia actuación y era juzgada por los demás teniendo en cuenta la importancia y la cantidad de proyectos que había puesto en marcha y dirigido. El resultado fue la competencia entre los miembros individuales y entre las divisiones de la OPC para generar el máximo número posible de proyectos»^[24].

En un primer momento, a la CIA se le asignaron como cuartel general una serie de edificios provisionales, aquí y allá, a los que llamaban «chamizos» (*sheds*), en los alrededores del Capitolio y del Washington Mall. Allí, en los polvorientos pasillos, los nuevos reclutas se sentían

cautivados por el «ambiente bélico y la urgencia de la movilización. Las salas estaban llenas de hombres y mujeres honestos y preocupados, que iban a toda prisa a las reuniones, que discutían a la carrera y que daban escuetas instrucciones a unos ayudantes que hacían lo que podían para no quedarse atrás. Nuevas personas, llenas de entusiasmo, se mezclaron con los veteranos de la OSS, colegas de Jedburgh con la elite de la posguerra, recién salidos de las universidades de la Ivy League, con sus chaquetas de *tweed*, fumando en pipa y llenos de ideas audaces y originales, que habían acudido en manada a la Agencia por ser el lugar más efectivo para que un liberal no comunista librara la batalla contra la amenaza comunista»^[25]. El frente de esta batalla, por supuesto, no estaba en Washington, sino en Europa. Al haber establecido una oficina en la base aérea de Tempelhof, a media hora de Berlín, los oficiales de la OPC parecían salir a borbotones hacia Alemania. Si contamos todas las divisiones de la CIA. en este momento había 1.400 agentes destinados a la central de Alemania. Uno de los primeros agentes reclutados por la OPC en Alemania fue Michael Josselson. En sus notas para la redacción de unas memorias (que nunca terminó), Josselson escribió: «Mi periodo de servicio... tocaba a su fin en 1948. Pero un retorno a la vida civil, que para mí significaba volver al mundo de las compras para los grandes almacenes de los Estados Unidos, una carrera no especialmente interesante, me llenaba de desesperación. Fue por aquella época cuando un amigo americano que trabajaba en la inteligencia me presentó a uno de los jefes del “tinglado” en Alemania. Tras ello tuvieron lugar dos o tres entrevistas más en Washington, rellené un interminable cuestionario, y tras ello, una larguísima espera mientras el FBI, en su torpe manera, intentaba averiguar si había algo negativo en mi vida. En el otoño de 1948, llegó el visto bueno y me uní al “tinglado” como jefe de su central en Berlín para Acciones Encubiertas^[*] (CA), para distinguirla de la sección de espionaje o inteligencia (FI). Si no fuese por lo de “encubiertas” en realidad era una continuación de la guerra psicológica, sólo que esta vez iba dirigido contra los soviéticos y los comunistas de Alemania Oriental. Fue un movimiento defensivo, ya que los soviéticos, hacía mucho tiempo que habían iniciado la guerra fría psicológica^[26]». Josselson fue reclutado por Lawrence de Neufville, miembro de la OSS,

que había llegado a Alemania con la primera oleada de tropas americanas en 1944. Hasta principios de 1948, fue consejero de la administración civil de Berlín. Luego se puso en contacto con él John Baker, uno de los primeros oficiales de la CIA en Alemania, que luego a bombo y platillo sería declarado *persona non grata* por los soviéticos «por violar sistemáticamente las normas de conducta de los representantes diplomáticos» (es decir, por espía), cuando era segundo secretario de la Embajada de Estados Unidos en Berlín. «No presenté ninguna solicitud para entrar en la CIA, ni nada parecido —dijo más tarde Neufville—. Me sentía feliz donde estaba, elaborando la Constitución, ayudando a consolidar el gobierno de Adenauer. Era muy interesante. Pero entonces, un buen día John Baker pasó a mi despacho y me preguntó si quería entrar en la Agencia^[27]». Neufville aceptó la oferta y como «tapadera» se le destinó a la oficina del Alto Comisario Estadounidense, John McCloy. Su primera acción fue reclutar a Josselson, cuyo trabajo en Berlín le había convertido en una especie de leyenda en los círculos de la inteligencia.

Mientras tanto, ¿era consciente Nicolas Nabokov del nuevo trabajo de su amigo? Michael Josselson era un hombre tremendamente reservado, anillo al dedo para el mundo de la inteligencia. Cuando unos parientes que vivían en Berlín Este consiguieron localizarle a principios de 1949, les despidió cortante, diciéndole que no volvieran a contactar con él. Dolidos, supusieron que su «americanizado» primo pensaba que ahora ellos estaban por debajo de él. En realidad, lo que pasaba es que le preocupaba su seguridad. Para unos vecinos de Berlín Este, tener un pariente en el servicio secreto estadounidense les hubiese puesto inmediatamente en peligro. Pero Nabokov, probablemente, supiese bastante bien del nuevo destino de Josselson. Había por entonces más espías en Berlín que bicicletas que funcionasen, y Nabokov había trabajado con muchos de ellos.

En realidad, al parecer, también a Nabokov se le propuso entrar en la CIA. En 1948, llenó una solicitud para un empleo con el gobierno. Como por naturaleza no era un burócrata, no es probable que estuviese interesado en entrar al Departamento de Estado (del que muchos reclutas de la CIA se burlaban como «todo política y poca acción»), y habiendo tenido que ver la solicitud con Allen Dulles, se puede suponer razonablemente que intentaba

conseguir un puesto en el servicio de inteligencia. No obstante su solicitud tuvo problemas y no logró obtener el visto bueno de la seguridad. Su mentor, George Kennan, tremendamente avergonzado, le escribió aconsejándole que retirara su solicitud: «Te estoy dando este consejo (lo cual me causa una considerable tristeza y verdadera preocupación) sólo porque no he sido capaz de clarificar este asunto a mi propia satisfacción, y no puedo asegurarte que te veas libre de más cosas desagradables si continúas con tu propósito de trabajar de nuevo para el gobierno... Sólo puedo decir que, en mi opinión, toda lo realizado por el gobierno en este asunto, tomado en su conjunto, está mal pensado, es corto de miras, injusto, y bastante incoherente con cualquier deseo de utilizar los servicios de gente sensible, inteligente y valiosa... Creo que el gobierno ha perdido todo derecho a beneficiarse de tus consejos, y si yo fuera tú, de momento, renunciaría por completo a todo^[28]». Por lo menos, de momento, a Nabokov se le dejaba al margen.

¿Qué decir de Melvin Lasky? ¿Acaso no era un candidato perfecto para pasar a engrosar las crecientes filas de la CIA? Luego se diría que Lasky era uno de sus agentes. Él lo negó siempre. Como Thaxter en *El legado de Humboldt*, el rumor «le confería aún mayor misterio». Su presencia constante en la primera línea de la guerra fría cultural de la CIA durante las dos décadas siguientes, no pasaría inadvertida.

Marxistas en el Waldorf

Yo digo, ni fascismo ni comunismo, tomo partido por el amor, y me carcajeo de las ideas de los hombres.

ANAÏS NIN

Nueva York, 25 de marzo de 1949, un martes frío y húmedo; había nevado. Frente al hotel Waldorf Astoria en la esquina de Park Avenue con la calle 50, un pequeño y desgastado grupo, en su mayoría hombres con gabardinas grises, formaban un círculo en la acera, que se movía lentamente. En el interior del hotel el ritmo era frenético. Extrañamente para esta época del año, el hotel estaba lleno, pero una de las habitaciones en particular se había convertido en un verdadero dolor de cabeza.

Desde la habitación 1042, una lujosa *suite* nupcial del décimo piso, no dejaban de llegar todo tipo de pedidos. A una solicitud para instalar más teléfonos le seguía una ráfaga de telegramas, dictados a la central de telégrafos del hotel; se necesitaban más lámparas de mesa; se necesitaba más de todo. Las llamadas al servicio de habitaciones se sucedían como un constante fuego de artillería: hamburguesas, ensaladas, *steaks tartare*, patatas fritas, botellas de vino, botellas de cerveza, ¡más cubos de hielo, por favor! No parecía una noche de bodas muy normal.

Cuando los camareros entraban una y otra vez en la habitación se encontraban con una extraña escena. Los cables del teléfono formaban una maraña por el suelo, y al final de la maraña unos hombres pegados a cada uno de los auriculares. Cada centímetro cuadrado estaba ocupado por una

persona o por tambaleantes pilas de papeles. El humo de los cigarrillos inundaba la *suite*. Dos secretarias tomaban notas al dictado y un ayudante hacía girar una multcopista que habían instalado en el baño, cuyo suelo había quedado oculto bajo una montaña de papeles emborronados de tinta.

En medio de este maremágnun, algunos de los participantes miraban nerviosos mientras los camareros ponían sus inmensas bandejas en equilibrio al borde de la cama y se afanaban para que alguien les diese una propina. ¿Quién iba a pagar todo aquello? A Sidney Hook, filósofo de la Universidad de Nueva York, que era el que había alquilado la *suite*, no parecía importarle el creciente coste de la empresa. En la *suite* nupcial, junto a Hook, se hallaba la escritora Mary McCarthy y su tercer marido, el periodista Bowden Broadwater; la novelista Elizabeth Hardwick, y su marido, el poeta Robert Lowell; Nicolas Nabokov; el periodista y crítico Dwight Macdonald; Nicola Chiaromonte, periodista italiano, antiguo aliado de Munzenberg; Arthur Schlesinger; William Phillips y Philip Rahv, directores de *Partisan Review*; Arnold Beichmann, un reportero de temas sindicales, bien relacionado con los líderes sindicales anticomunistas; y David Dubinsky, del Sindicato de Confección de Señoras, que, a pesar de su teórica profesión, parecía cómodo entre este pequeño y caótico parlamento intelectual.

Abajo, en el salón de baile del Waldorf Astoria, el personal del hotel, casi al límite de su capacidad, daba los toques de última hora al local preparado para una conferencia. Estaban colocando flores alrededor de un estrado de forma semicircular en el extremo de la sala. Se comprobaban los micrófonos —un, dos, un, dos—. Alguien levantaba una gran pancarta que decía «Conferencia Cultural y Científica para la Paz Mundial» en la pared tras el estrado del orador. Ya estaban llegando al acto de apertura algunos de los mil delegados a la conferencia. Los manifestantes de la calle estaban empezando a animarse, parando a los invitados mientras pasaban por las puertas de vaivén del vestíbulo. «¡Ilusos!», gritaban, cuando llegaron Lillian Hellman, Clifford Odets, Leonard Bernstein y Dashiell Hammett. Las principales burlas iban dirigidas al millonario y miembro de la Ivy League, Corliss Lamont, que era uno de los «organizadores oficiales» de la conferencia. Hijo del presidente de la banca J. P. Morgan & Co., formado en

la Phillips Academy de Harvard, Lamont tenía suficientes tragaderas como para pasar por alto los insultos que el enojado piquete le lanzaba.

La protesta había sido organizada por una alianza de derechas formada por la Legión Americana y un grupo de católicos y de sociedades patrióticas. Su principal motivo de queja era que la conferencia, organizada por el Consejo Nacional de las Artes, Ciencias y Profesiones^[*] era una simple «tapadera» de los soviéticos: que los «rojos» estaban aquí no como ellos decían, en interés de la buena voluntad y el intercambio intelectual entre Estados Unidos y la Unión Soviética, sino para hacer propaganda. Y, en efecto, estaban en lo cierto. La conferencia había sido una iniciativa de la Cominform, una audaz trama para manipular a la opinión pública norteamericana en su propio terreno. La parte soviética, encabezada por A. A. Fadeev, presidente del Sindicato de Escritores Soviéticos, y que contaba con la participación del compositor Dmitri Shostakovich, orgullo de su delegación, también se había instalado cómodamente en las habitaciones del Waldorf. Sus «niñeras» del KGB y los miembros del *apparat* podían estar contentos de este golpe de efecto. Los manifestantes de la calle tenían razón: los rojos no sólo estaban escondidos bajo la cama, estaban *durmiendo* en ella.

«La prensa publicó como gran noticia el que todas las entradas al Waldorf Astoria estuviesen bloqueadas por una fila de monjas que rezaban por las almas de los participantes, privados de juicio en virtud de una seducción satánica —escribió Arthur Miller, que había aceptado presidir uno de los debates de la conferencia—. Al llegar a la conferencia, por la mañana, tuve que pasar entre dos amables hermanitas arrodilladas en la acera mientras me dirigía hacia la puerta del Waldorf. Incluso entonces, fue una cosa desconcertante de ver, este mundo de gestos y palabras simbólicas^[1]».

Aunque públicamente proclamaban no tener nada que ver con la manifestación —«Lo más peligroso que podemos hacer... es dejar la tarea de desenmascarar a los comunistas en manos de los reaccionarios»—, Sidney Hook y el grupo instalado en la *suite* nupcial estaban aquí por la misma razón. Ex marxistas y ex trotskistas, habían girado antaño en la misma órbita comunista que los intelectuales y artistas estadounidenses que

en ese mismo momento estaban llegado para asistir a la conferencia de los soviéticos. De hecho, el Nueva York de los años 1930 había sido calificado como «la parte más interesante de la Unión Soviética». Pero el pacto germano-ruso de no agresión de 1939, había causado gran impresión y había «hecho emprender a la ciudad de Nueva York, amarga y desmoralizada, el camino de vuelta a los Estados Unidos, desde la URSS»^[2]. Mientras Hook y sus amigos habían pasado a formar parte de este movimiento que se alejaba del radicalismo marxista hacia el centro o la derecha políticas, algunos de sus colegas aún no habían abandonado sus simpatías por el comunismo. «Los estalinistas eran aún una banda muy poderosa —afirmaría más tarde el editor y crítico Jason Epstein—. Eran lo que hoy los partidarios de lo políticamente correcto. Había buenas razones, por lo tanto, para cuestionar el derecho de los estalinistas a la cultura^[3]». El impresionante número de compañeros de viaje asistentes al Waldorf parecía justificar el miedo de muchos ideólogos estadounidenses de que el hechizo seductor del comunismo aún no se hubiera roto, que el sueño comunista, a pesar de los excesos de Stalin, aún permaneciese vivo. «Para mí, sin embargo, la conferencia fue un esfuerzo de proseguir una buena tradición que se veía amenazada —escribió más tarde Arthur Miller—. Por cierto, los cuatro años que duró nuestra alianza militar contra las potencias del Eje, sólo fueron una tregua en un largo periodo de hostilidad empezado en 1917 con la propia Revolución y que se reinició cuando fueron destruidos los ejércitos de Hitler. Pero no había dudas de que sin la resistencia soviética, el nazismo hubiese conquistado toda Europa, incluida Gran Bretaña, con la posibilidad de que los Estados Unidos se hubiesen visto forzados, en el mejor de los casos, a una política de neutralidad y aislamiento, o en el peor de los casos a un trato con el fascismo, inicialmente incómodo pero confortable en última instancia —o eso es lo que yo creía—. Así, el brusco giro de pos guerra contra los soviéticos, a favor de una Alemania que no debía ser purgada de nazis, no sólo parecía innoble sino que amenazaba con otra guerra que podía destruir Rusia, pero que acabaría también con nuestra democracia^[4]». En el piso de arriba, en la *suite* nupcial, se estaban perdiendo algo los nervios. Desde que se tomase la decisión, tres semanas antes, de interferir en el normal desarrollo de la conferencia, este incipiente

grupo había estado trabajando sin descanso para desarrollar un «*agitprop apparat*» propio. Se vigilaron estrechamente las actividades preparatorias del «enemigo», y la tarea de hostigamiento fue dividida entre los miembros de un comité formado al efecto, cada vez más numeroso. Se creó un contracomité internacional, en el que estaban Benedetto Croce, T. S. Eliot, Karl Jaspers, André Malraux, Jacques Maritain, Bertrand Russell e Igor Stravinsky. Incluso se alistó el premio Nobel Albert Schweitzer, sin preocuparles, al parecer, que su nombre apareciese también en el campo enemigo, como uno de los «organizadores» de la conferencia del Waldorf. Aprovechando su posición de caballo de Troya dentro del Waldorf, el grupo se dedicó a interceptar el correo dirigido a los organizadores de la conferencia, y a sabotear sus intentos de ganarse a la prensa, falsificando los comunicados oficiales. Publicó una verdadera descarga de comunicados de prensa, desafiando a los oradores y a los patrocinadores de la conferencia a que «Se identificasen como miembros del Partido Comunista o como los inveterados compañeros de viaje que son». Para aquellos a los que no lograban que les remordiese la conciencia, Hook y sus huestes aceleraban el proceso revelando al público «las verdaderas conexiones de los dirigentes de la reunión del Waldorf». Fue así como se desveló a la prensa la pertenencia de F. O. Matthiessen a una multitud de «organizaciones tapadera de los comunistas» (entre ellas el «Comité de Defensa de Sleepy Lagoon»^[*]). A Howard Fast se le incluía en la lista, como «autor de novelas de propaganda política» y a Clifford Odets se le denunciaba (de forma muy poco científica) como «Otro militante del Partido Comunista según testimonio de un antiguo miembro del equipo directivo del *Daily Worker*».

Al acercarse el momento de la inauguración de la conferencia, había ideas muy diferentes sobre la mejor forma de reventar su desarrollo (como demuestran posteriores relatos del caso). Hook, autoproclamado mariscal de campo de la «pequeña *suite* anticomunista», instruyó a sus compañeros de armas sobre cómo impedir una expulsión de la sala”. Armados con paraguas, habrían de golpear el suelo para conseguir la atención de los asistentes, y luego se atarían a las sillas. Anclados de esta guisa, tardarían más tiempo en poder echarles de la sala. Si se les impedía pronunciar sus

discursos, los adláteres de Hook, Beichmann y Pitzele distribuirían a los periodistas unas copias a multicopista de lo que querían decir.

En realidad, esta táctica de guerrilla asamblearia nunca se llegó a poner en práctica (aunque, por si acaso, sí golpearon el suelo con los paraguas). Para su propia sorpresa, a cada uno de los reventadores se les dieron dos minutos para hablar, aunque tuvieron que esperar a que el primer orador, un obispo retirado de Utah, acabase su interminable perorata. Mary McCarthy dirigió su pregunta para el brillante investigador de Harvard, F. O. Matthiessen, autor de *The American Renaissance*, que había propuesto a Ralph Waldo Emerson como antecedente del comunismo estadounidense. ¿Pensaba Matthiessen que a Emerson se le hubiese permitido vivir y escribir en la Unión Soviética?, le preguntó. Matthiessen admitió que no, y luego añadió —en lo que sería «la conclusión menos lógica del año»— que tampoco a Lenin se le hubiera permitido vivir en Estados Unidos. Cuando Dwight Macdonald le preguntó a Fadeev por qué había aceptado las «sugerencias» críticas del Politburó, y había vuelto a escribir su novela *La joven guardia*, Fadeev replicó, «La crítica del Politburó mejoró mucho la obra».

Nicolas Nabokov decidió asistir a una mesa de debate en la que uno de los oradores era Shostakovich. Entre los músicos presentes en el estrado había gente conocida de Nabokov, amigos incluso. Les saludó, desde lejos, con un gesto de la mano, y le devolvieron el saludo con una nerviosa sonrisa. Tras una sesión aburrida y en la que nada se salió de lo previsto, se le concedió a Nabokov el uso de la palabra. «En tal y tal fecha, en el n.º x de *Pravda* apareció un artículo sin firma que tenía toda la pinta de ser un editorial. Se refería a tres compositores occidentales: Paul Hindemith, Arnold Schoenberg e Igor Stravinsky. En este artículo, se calificaba a los tres, de “oscurantistas”, “decadentes formalistas burgueses” y “lacayos del capitalismo imperialista”. “Por lo tanto, se debía prohibir en la URSS” la interpretación de su música. ¿Está el Sr. Shostakovich personalmente de acuerdo con esta opinión oficial tal y como se publicó en *Pravda*^[5]?».

«*Provokatsya!* [provocación]» gritaron los rusos, mientras Shostakovich recibía al oído instrucciones de su «niñera» del KGB. Entonces, el compositor se puso de pie, le pasaron un micrófono Y, con su pálida cara

inclinada, mirando a la tarima, murmuró en ruso, «Estoy totalmente de acuerdo con el contenido de *Pravda*».

Fue un episodio atroz. Habían llegado a esta reunión en Nueva York rumores de que Stalin en persona le había ordenado a Shostakovich asistir a la conferencia. Era el chivo expiatorio, apareciendo, según un observador, «pálido, delgado y con aspecto delicado, encorvado, tenso, retraído, serio, una figura trágica y desgarradora». Arthur Miller le describió como «pequeño, frágil y miope... de pie, rígido como un muñeco». Cualquier muestra de independencia de conciencia por su parte era una cuestión de vida o muerte. Nicolas Nabokov, por otro lado, era un exiliado bielorruso que había adquirido la nacionalidad estadounidense en 1939. No tenía nada que temer. Nabokov dirigía sus golpes a un hombre que tenía las manos atadas a la espalda.

Como presidente de la comisión de artes en la que tuvo lugar esta confrontación, Arthur Miller se sintió escandalizado. «Cuando pienso en aquel día es el recuerdo de Shostakovich lo que me viene a la mente: ¡Qué bufonada!... Sabe Dios qué pensaba él en aquella sala, qué desgarraduras le atravesaban el espíritu, qué necesidad de gritar y qué dominio de sí mismo para ahogar su grito para no apoyar a Estados Unidos y su nueva política de beligerancia hacia su país, el mismo que había convertido su vida en un infierno^[6]».

Treinta años después, se publicaron en Occidente las memorias de Shostakovich, donde daba su versión del incidente del Waldorf: «Recuerdo aún con horror mi primer viaje a EE UU. No hubiese ido en absoluto de no ser por la intensa presión de personas del gobierno de todo tipo y condición, empezando por Stalin. La gente dice, a veces, que tuvo que haber sido un viaje interesante: no había más que ver mi sonrisa en las fotografías. Era la sonrisa de un condenado. Sentía como si estuviese muerto. Respondí aturdido todas las preguntas idiotas que me hicieron y pensé, “cuando regrese todo habrá acabado para mí”. A Stalin le gustaba conducir a los americanos así, con una argolla en el hocico. Les mostraría a su hombre — aquí está, perfectamente— y luego le mataría. Bien, ¿por qué he dicho “cogidos por el hocico”? Tal vez sea demasiado fuerte. Sólo engañaba a los que querían ser engañados. A los americanos no les importamos un

pimiento, y para poder vivir y dormir en paz, creen todo lo que se les diga^[7]».

La conferencia prosiguió durante varios días. T. S. Eliot envió un telegrama oponiéndose a la conferencia. Otro telegrama procedía de John Dos Passos, que instaba a los demócratas estadounidenses a que dejaran al descubierto la tiranía soviética de manera que «así, a la vista, el despotismo morirá por su propio veneno». Thomas Mann, que había comentado en una ocasión que el anticomunismo «es la principal estupidez del siglo xx», envió un telegrama de apoyo a la conferencia. Los «debates» fueron rutinarios y mortalmente aburridos, aderezados únicamente con la intervención de un joven Norman Mailer (calificado por un contemporáneo de «Frank Sinatra, versión niño bien»), que sorprendió a ambos bandos cuando acusó tanto a la Unión Soviética como a los Estados Unidos de tener políticas exteriores agresivas que reducían al mínimo las probabilidades de una coexistencia pacífica. «Mientras exista el capitalismo, habrá guerra. Hasta que no tengamos un socialismo, honrado y justo, no habrá paz», dijo, para concluir que «Todo lo que un escritor puede hacer es decir la verdad tal y como la ve, y seguir escribiendo»^[8]. El discurso de Mailer tuvo el mágico efecto de unir a ambos bandos antagonistas en un coro de abucheos.

En aquel momento el piquete de la calle había crecido hasta más de un millar de personas, con abundancia de pancartas. Un observador se preguntaba cómo era posible «que la extrema derecha contase con tantas personas indeseables, ruidosas y violentas». Hook era lo bastante astuto como para observar que el comunismo en el interior del Waldorf y el tipo de anticomunismo militante, en el exterior, se alimentaban el uno del otro. Su audaz campaña de relaciones públicas, dirigida por Mel Pitzele, estaba comenzando a hacer efecto. William Randolph Hearst, magnate de la prensa y anticomunista paranoide, ordenó a todos los directores de sus periódicos que bailasen al son que Hook les marcase y que denunciaran a la conferencia comunista y a sus «compañeros de viaje» en Estados Unidos.

En abril, Henry Luce, director-propietario del imperio *Time-Life*, supervisó personalmente un artículo a doble página en la revista *Life*, que arremetía contra la degradación del Kremlin y contra los «incautos»

americanos. El artículo era un ataque personal que anticipaba las listas negras del senador McCarthy. Aparecían 50 fotografías tamaño pasaporte en las que figuraban, entre otros, Dorothy Parker, Norman Mailer, Leonard Bernstein, Lillian Hellman, Aaron Copland, Langston Hughes, Clifford Odets, Arthur Miller, Albert Einstein, Charlie Chaplin, Frank Lloyd Wright, Marlon Brando, Henry Wallace: todos fueron acusados de coquetear con el comunismo. Era la misma revista *Life* que en 1943, había dedicado el número completo a la URSS, con Stalin en la portada, alabando al pueblo ruso y al Ejército Rojo.

«Resultaba peligroso participar en aquel fatídico intento de rescatar la alianza de guerra con la Unión Soviética a la vista del incremento de las presiones de la guerra fría, y eso se sabía —recordaba Arthur Miller—. El ambiente se estaba colmando de beligerancia... no se podía negar la probabilidad de represalias contra los participantes en la conferencia, conforme se iba acercando el día de su inicio... Y, por supuesto, con el paso de los meses, las etiquetas “Partidario de la Conferencia del Waldorf” o “Participante” serían un factor clave para juzgar la deslealtad del individuo... Que una reunión de escritores y artistas generase tantos recelos e irritación públicos era una completa novedad en el mundo de posguerra^[9]».

Peligroso, lo era. Los que desvelaron su ideología en el Waldorf, un hotel famoso por sus bailes de debutantes, estaban ahora en el punto de mira del director del FBI, J. Edgar Hoover. Su Oficina Federal de Investigación envió agentes para cubrir la conferencia e informar sobre los delegados. De vuelta en el cuartel general del FBI, se abrió un expediente al joven Norman Mailer. En los años treinta ya se había abierto expedientes a Langston Hughes, Arthur Miller, F. O. Matthiessen, Lillian Hellman, Dashiell Hammett y a Dorothy Parker (a la que se clasificaba de distintas maneras, como «Comunista encubierta», «comunista declarada», y «apaciguadora de comunistas»), pero ahora se añadieron al expediente nuevos actos de perversión.

En algunos casos, el FBI no se contentó con vigilar a los «Comunistas» del Waldorf. Poco después de la conferencia, un agente del FBI hizo una visita a la editorial Little Brown, y les dijo que J. Edgar Hoover no quería

ver la nueva novela de Howard Fast, *Espartaco*, en las librerías^[10]. Little, Brown devolvió el manuscrito a su autor, que fue rechazado por otros siete editores. Alfred Knopf devolvió el manuscrito sin abrirlo, diciendo que ni siguiera iba a mirar la obra de un traidor. El libro, finalmente, apareció en 1950, publicado por el propio Howard Fast. Sin duda estaba siendo atacado el «derecho a la cultura de los estalinistas».

Con la publicación en la revista *Life*, el extraño *pas de deux* entre comunistas y ex comunistas en el Waldorf, se había convertido en un importante espectáculo público. Hook se congratulaba de haber diseñado la coreografía de los mejores cuadros del *ballet*: «Hemos frustrado una de las iniciativas más ambiciosas del Kremlin».

Sidney Hook había nacido en diciembre de 1902, en Williamsburg, Nueva York, una barriada de Brooklyn de extrema pobreza en aquella época. Era terreno abonado para el comunismo, al que, de joven, estuvo vinculado Hook. Corto de estatura, con su pequeña cara enmarcada por unas gafas redondas, Hook parecía un sabio de andar por casa. Sin embargo era un apasionado intelectual, cerebralmente pendenciero, siempre dispuesto a la lucha. Atraído hacia las enérgicas y radicales posiciones del comunismo neoyorquino, oscilaba con facilidad entre sus diversas facciones, desde el estalinismo al trotskismo pasando por el bukharinismo. Ayudó a preparar la primera traducción de *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin, para el Partido Comunista Americano. Trabajó durante un breve lapso en el Instituto Marx-Engels de Moscú. Finalmente, publicó una serie de artículos sobre el marxismo, el más famoso de los cuales, «Por qué soy comunista», provocó una campaña, con Hearst a la cabeza, para su expulsión de la Universidad de Nueva York.

Al modo de muchos intelectuales de Nueva York, la fe de Hook en el comunismo empezó a resquebrajarse tras una serie de graves desengaños: el juicio por traición de León Trotsky, en 1936-1937, el pacto de no agresión germano-soviético, de 1939, y una serie de desastrosas equivocaciones, en la teoría y en la política por parte de Stalin. Como enemigo público del Partido Comunista, fue acusado de «reptil contrarrevolucionario», y sus

seguidores tachados de «gusanos»^[*]. En 1942, Hook hizo un informe sobre el escritor y editor Malcohn Cowley, para el FBI. Hook, había pasado de ser el revolucionario de Williamsburg, a ser el Hook, niño mimado de los conservadores^[11].

A última hora de la tarde del 27 de marzo de 1949, la policía acordonó una manzana de la calle 40, entre la Quinta y la Sexta avenidas. Desde la terraza de un edificio con el pintiparado nombre de Casa de la Libertad, Hook y su ejército particular saludaban triunfantemente a la compacta multitud congregada en Bryant Square. Su «equipo de promotores... había realizado un magnífico trabajo publicitario», dijo Nabokov, al que le encantaba estar en primer plano de la actualidad. Nabokov utilizó esta fiesta de clausura de la conferencia para pronunciar un discurso sobre «la difícil situación de los compositores de la Unión Soviética y la tiranía del *Kulturapparat* del partido». Ante una concurrida multitud congregada en el salón de la Casa de la Libertad, Nabokov denunció la utilización que se estaba haciendo de Dmitri Shostakovich en la «conferencia de paz». Atronadores aplausos. Y luego, Nabokov vio «levantarse de la última fila de la sala y venir hacia mí a una cara que me resultaba familiar. Era un conocido mío de Berlín que, al igual que yo, había trabajado para el OMGUS. Me felicitó efusivamente: “Es estupendo lo que tú y tus amigos habéis organizado —dijo—. Deberíamos hacer algo así en Berlín”»^[12].

Este «amigo» que le había saludado era Michael Josselson. Su presencia en la conferencia del Waldorf Astoria, y por consiguiente, en la reunión en la Casa de la Libertad, era todo lo contrario a la inocente coincidencia que Nabokov sugiere. Josselson estaba allí siguiendo instrucciones expresas de su jefe, Frank Wisner, el mago de las acciones encubiertas de la CIA. «Lo que tú y tus amigos habéis organizado» estaba siendo financiado por el equipo de Wisner, y Josselson estaba allí para supervisar la inversión. Con la colaboración expresa de David Dubinsky —cuya presencia en la *suite* nupcial nadie podía explicar entonces— la CIA había amenazado con que los sindicatos cerrarían el hotel si la dirección no le buscaba alojamiento a sus intelectuales amigos, había pagado las facturas (Nabokov recibió un gran fajo de dólares de la CIA que le dio Dubinsky para llevar a la *suite*

nupcial), y garantizó una amplia y favorable cobertura por parte de la prensa.

También Melvin Lasky había llegado desde Berlín para ver cómo las actividades de *agitprop* de Hook, estaban dando sus frutos (ambos habían colaborado el año anterior, cuando Hook estuvo en Berlín como «Consejero educativo» en el sector americano). A Lasky le emocionó el carácter polémico de la conferencia del Waldorf, reservando sus más exclusivas burlas para Shostakovich. «Su timidez era tremenda —luego diría—. No quería levantarse por nada del mundo. Pero hay quienes dicen, que hay cosas más importantes que usted, Shostakovich, más importantes, incluso, que su música, y usted tiene que pagar su entrada, le guste o no, en nombre de metas más elevadas^[13]».

Hook y sus amigos del Waldorf pensaban que ellos sí habían pagado su entrada. Pero la mayor parte de ellos no eran conscientes de las maquinaciones que habían hecho posible su actuación. Nicola Chiaromonte sospechaba de los contactos de Hook. Advirtió, algo crípticamente, a Mary McCarthy, de que se anduviese con ojo con Hook y sus hombres, en muchos de cuyos comunicados de prensa durante esta agitada semana aparecían apoyos explícitos a la política exterior estadounidense: «Lo que los chicos y Hook vienen a hacer en última instancia, no es decir que están de acuerdo con el Departamento de Estado, sino que, finalmente, están dispuestos a ceder ante la razón de Estado estadounidense, contra los rusos». Esto, proseguía Chiaromonte, era «un acto calculado de conformismo, muy negativo, precisamente, desde el punto de vista democrático»^[14].

Esta temprana prevención resulta muy reveladora, propia de un hombre cuya sensibilidad había sido pulida durante su trabajo como agente político del Munzenberg Trust. Aunque Chiaromonte no lo sabía aún, se había acercado mucho a la verdad. Un poco más y hubiera descubierto que no sólo era el Departamento de Estado el que se interesaba por Hook, sino el espionaje oficial estadounidense.

Arthur Miller intuyó que la conferencia del Waldorf había de ser una «cerrada curva en la carretera de la historia». Cuarenta años después, escribió: «Incluso ahora, algo oscuro y temible ensombrece el recuerdo de

aquella reunión... en la que la gente estaba sentada como en una viñeta de Saul Steinberg, todos ellos debajo de un globo lleno de garabatos absolutamente indescifrables. Allí estábamos, una sala repleta de gente de talento y de algunos verdaderos genios, y si lo consideramos desde la perspectiva actual, ninguno de los dos bandos tenía del todo la razón, ni los apologetas de los soviéticos ni los exaltados anti-rojos; para que resulte más claro, la política es elegir entre opciones, pero suele pasar que no haya opciones entre las que elegir; en el tablero de ajedrez no hay espacios libres para mover pieza^[15]».

Sin embargo, para la CIA, la conferencia del Waldorf representaba la oportunidad de mover nuevas fichas en el Gran Juego. Fue un «acontecimiento catalítico», recordaba el agente de la CIA. Donald Jameson. «Era un claro indicio de que se estaba poniendo en marcha una campaña masiva en el Oeste, para ganar influencia ideológica en la confrontación política». Lanzaba un importante mensaje a todos los políticos en el poder para los que el persuasivo carácter de la desilusión comunista no se iba a disipar por métodos convencionales. «Ahora comprendemos que era necesario hacer algo. No en términos de eliminar a estas personas, muchos de los cuales, por supuesto, eran gente muy noble, sino como parte de un programa general que apuntaba, en última instancia, a lo que hoy podemos llamar, el final de la guerra fría^[16]».

El Deminform de la democracia

Siempre que me convierto en caballero,
me aprieto fuerte la armadura;
y luego busco cosas,
como fugas y rescates,
y salvamentos de la guarida del dragón,
y lucho allí contra todos los dragones.

A. A. MILNE, «Knight-in-Armour».

La conferencia del Waldorf Astoria fue una humillación para los comunistas. Fue, según un observador, «una pesadilla de la propaganda, un fracaso que sería el último adiós a la idea de que los intereses ideológicos de la Rusia estalinista se podían injertar en las tradiciones progresistas de Estados Unidos»^[1]. El Partido Comunista Americano estaba en retroceso, el número de afiliados en mínimos históricos, y su prestigio, irremisiblemente empañado. En el preciso momento en que empezaron a tomar cuerpo las acusaciones de una conspiración comunista, los estrategas de Stalin dieron por completo la espalda a Estados Unidos y se dedicaron a extender su influencia y a neutralizar a los enemigos en Europa.

La campaña de la Cominform para convencer a los hombres cultos de Europa de que el único triunfo que quería la URSS era el de la «paz», se vio seriamente socavada por dos importantes acontecimientos que tuvieron lugar en 1949. En primer lugar, el despiadado trato al que sometió a Tito,

presidente de Yugoslavia, cuya negativa a sacrificar los intereses nacionales a favor de un afianzamiento de la hegemonía soviética en los Balcanes había abierto una agria polémica entre Moscú y Belgrado. Stalin había retirado de Yugoslavia a los consejeros económicos y militares como parte de una guerra de desgaste con el propósito de debilitar su posición de independencia. Tito, a su vez, había iniciado negociaciones con Occidente para recibir créditos del Plan Marshall y así revitalizar su dañada economía. La brutal interpretación que Stalin hacía del «Comunismo internacional» puso a prueba el apoyo de los compañeros de viaje europeos, que se agruparon en la defensa de Tito. En segundo lugar, los llamamientos de los soviéticos a la coexistencia pacífica se vieron aún más socavados por la detonación de la bomba atómica rusa en agosto de 1949.

La respuesta británica a las falsas afirmaciones de la propaganda soviética estaba tomando forma con retraso. El Departamento de Investigación de la Información^[*] (IRD), creado en febrero de 1948, por el gobierno de Clement Attlee, para atacar al comunismo, fue la sección del Foreign Office que más creció. «No podemos pensar en repeler con éxito el comunismo desdeñándolo únicamente por cuestiones materiales — explicaba el arquitecto del IRD, Ernest Bevin, secretario del Foreign Office —, hemos de apelar de forma constructiva a los principios democráticos y cristianos, recordando la fuerza de la fe cristiana en Europa. Debemos oponer al comunismo una ideología que rivalice con él^[2]». El desafío podía ponerse en los términos siguientes: los gobiernos occidentales no podían dedicarse simplemente a menospreciar el experimento soviético, sino que tenían el deber de ofrecer un futuro alternativo dentro de un sistema —la democracia capitalista— cuyos logros, muchas veces, no estaban a la altura de sus prédicas. «Lo malo no es la fuerza del comunismo, que Stalin y compañía han pervertido hasta convertirlo en instrumento de la expansión eslava, en un modo que hubiese sorprendido a Lenin, sino la debilidad moral y espiritual del mundo no comunista», defendía el diplomático y espía Robert Bruce Lockhart^[3].

Pasar por alto el papel del gobierno británico en la fabricación de una imagen positiva de Stalin durante la alianza durante la guerra, es desconocer uno de los hechos fundamentales de la guerra fría: la alianza

entre el mundo libre y Rusia contra los nazis fue el momento en que la propia historia parecía estar en connivencia con la ilusión de que el comunismo era políticamente honesto. El problema al que se enfrentaba el gobierno británico tras la Segunda Guerra Mundial, era cómo desmontar las falsedades que sistemáticamente había construido o defendido los años anteriores. «Durante la guerra, habíamos ensalzado a este hombre, aunque sabíamos que era terrible, porque era nuestro aliado —explicaba Adam Watson, un joven diplomático reclutado por el IRD, como segundo en la cadena de mando—. Ahora la cuestión era “¿Cómo nos deshacernos del mito del Buen Tío Joe, que construimos durante la guerra?”^[4]».

Muchos intelectuales y escritores británicos habían trabajado para el gobierno en sus departamentos de propaganda política durante la guerra: ahora se echaba mano de ellos para desengañar a los británicos de las mentiras que con tanta creatividad habían cultivado.

El Departamento de Investigación de la Información era, a pesar de su inocuo título, un secreto Ministerio de la Guerra Fría. Con su presupuesto procedente de los fondos reservados (para evitar cualquier tipo de control no deseado en las operaciones que requiriesen acciones encubiertas o semien Cubiertas), su objetivo «era producir, distribuir y hacer circular propaganda sin que se supiera su procedencia», según Christopher *Monty* Woodhouse, un espía adscrito al departamento en 1953. Guiándose en su trabajo por una teoría según la cual la información que se pasa a la cúspide de una organización finalmente pasa a los escalones inferiores, el IRD recopiló informes “objetivos” sobre todo tipo de temas para ser distribuidos entre los intelectuales británicos, de los que luego se suponía que habrían de reprocesar estos datos en su propio trabajo. En estas actividades, una característica distintiva y esencial era que no se supiese su verdadero origen, haciendo posible conciliar dos exigencias intrínsecamente contradictorias: que los materiales del IRD tuviesen la mayor circulación posible, y a la vez mantener en secreto la existencia de una campaña de propaganda anticomunista, oficialmente sancionada y financiada con fondos reservados, de la que el público nada sabía. «Es importante que en Gran Bretaña, y en el extranjero, no se dé la impresión de que el Foreign Office está organizando una campaña anticomunista», escribió el primer

director del IRD, Ralph Murray. «Pondría en un compromiso a una serie de personas que hoy están dispuestas a darnos su valioso apoyo, si se exponen a ser acusados de recibir instrucciones anticomunistas de alguna siniestra sección del Foreign Office dedicada a la fabricación de propaganda contra la Unión Soviética^[5]».

«Si la base de nuestro trabajo es proporcionar datos objetivos, eso es mucho más difícil de refutar que si simplemente se hace propaganda», explicaría más tarde Adam Watson. «Se trata de revelar aquellos aspectos de la verdad que nos sean más útiles^[6]». En la práctica, esto implicaba que aunque el IRD pretendía atacar tanto «a los principios y a la práctica del comunismo, y también a la ineficacia, a la injusticia social y la debilidad moral del capitalismo sin control», no se permitía «atacar o que pareciese que se atacase a ningún miembro de la Commonwealth o de los Estados Unidos»^[7]. La idea de que pudiese someterse a la verdad a semejantes exigencias, hacía mucho que divertían a Noel Coward, quien, en su breve ocupación como oficial de inteligencia, se había dedicado lleno de gozo a poner un sello con las palabras «alta verdad» sobre otro que decía «alto secreto».

Uno de los primeros y más importantes consejeros del IRD fue el escritor nacido en Hungría, Arthur Koestler. Bajo su tutela, el departamento comprendió la utilidad de encontrar acomodo a aquellas personas e instituciones que, en la tradición de la política de izquierda, creyesen estar en posición de oposición al centro del poder. El objetivo de tal acomodo era doble: primero, lograr la proximidad a los grupos «progresistas» para controlar sus actividades; en segundo lugar, diluir el impacto de estos grupos, logrando influir en ellos desde dentro, o llevando a sus componentes a un foro paralelo y, sutilmente, menos radical.

El propio Koestler pronto habría de beneficiarse de las campañas de propaganda del IRD. *El cero y el infinito*, cuya descripción de la crueldad soviética había establecido su reputación de anticomunista, se hizo circular en Alemania bajo sus auspicios. Según un acuerdo logrado con Hamish Hamilton, director de la editorial homónima, y a su vez, estrechamente vinculado a las actividades de inteligencia, fueron adquiridos 50.000 ejemplares y distribuidos por el Foreign Office en 1948. Paradójicamente,

al mismo tiempo, «el Partido Comunista Francés tenía órdenes de comprar inmediatamente hasta el último ejemplar [del libro], cosa que estaban haciendo, no existiendo ninguna razón por la que se debiese de dejar de reimprimir, por lo que así, K[oestler] se estaba enriqueciendo infinitamente con los fondos del Partido Comunista»^[8].

Koestler no sólo era consejero de la campaña de propaganda del Foreign Office. En febrero de 1948, había emprendido una gira de conferencias por los Estados Unidos. En marzo se reunió con William *Wild Bill* Donovan, en la casa neoyorquina del general, en Sutton Place. Donovan, como director del servicio de inteligencia americano durante la guerra, y más recientemente, como uno de los principales arquitectos de la recién creada CIA, era miembro fundamental de la elite de la inteligencia estadounidense y de su política exterior. Toda su vida había sido anticomunista, siempre alerta hasta el momento de su muerte, en 1959, cuando informó de haber visto, desde su ventana, a las tropas rusas avanzando sobre Manhattan, por el puente de la calle 59. Koestler, antaño uno de los cerebros tras la red de organizaciones de tapadera de la Unión Soviética antes de la guerra (a la que se conocía como «Munzenberg Trust», por el nombre de su director, Willi Munzenberg), sabía mejor que nadie cómo funcionaba por dentro la maquinaria de propaganda soviética. Poco antes de partir hacia los Estados Unidos, Koestler se había reunido con André Malraux y Chip Bohlen, recién nombrado embajador en Francia, para analizar la mejor forma de contrarrestar la ofensiva de «paz» de la Cominform. A bordo del barco que le trasladaba a Estados Unidos, Koestler también conoció por casualidad a John Foster Dulles, hermano de Allen Dulles y futuro secretario de Estado, y ambos habían conversado sobre el mismo problema. Ahora, Koestler se había reunido con William Donovan para hablar sobre la forma de contrarrestar la propaganda soviética. «Hablamos de la necesidad de la guerra psicológica», anotó Koestler en su diario, añadiendo que Donovan poseía un «Cerebro de primera». No debemos subestimar la importancia que tuvo esta reunión.

Arthur Koestler había nacido en Budapest, en 1905, en el seno de una familia de clase media. Tras una especie de conversión paulina, entró en el Partido Comunista a comienzos de los años treinta. Luego escribiría que la

lectura de Marx y Engels tenía «el efecto intoxicante de la súbita liberación». En 1932 fue a Rusia, donde escribió un libro de propaganda financiado por la Internacional Comunista, *Of White Nights and Red Days*. Allí, se enamoró perdidamente de una administrativa llamada Nadeshda Smirnova. Pasó una o dos semanas con ella, y luego la denunció a la policía secreta por una cuestión baladí. Nunca se volvió a oír hablar de ella. Tras el triunfo de Hitler en Alemania, se unió a los exiliados alemanes en París, donde trabajó con Willi Munzenberg. En 1936 viajó a España, probablemente como espía de Munzenberg. Fue arrestado por sus actividades políticas, pero se salvó gracias a la intervención del gobierno británico, tras las enérgicas acciones emprendidas por su primera mujer, Dorothy Ascher. En 1938 ya había dimitido del Partido Comunista, por las detenciones en masa y los juicios públicos de Stalin, pero aún seguía creyendo en la utopía bolchevique. Dejó de creer por completo cuando la esvástica fue izada en el aeropuerto de Moscú en honor de Ribbentrop, que había llegado para firmar el pacto Hitler-Stalin, y la banda del Ejército Rojo entonó el *Horst Wessel Lied*. Confinado en Francia durante la guerra, escribió *Darkness at Noon [El cero y el infinito]*, una crónica de los abusos realizados en nombre de la ideología, que pronto se convertiría en uno de sus libros más influyentes de aquel período. Al ser puesto en libertad se dirigió a Inglaterra (a través de la Legión Extranjera francesa), donde, tras otro período de confinamiento, se alistó en el Pioneer Corps. Luego pasaría a trabajar para el Ministerio de Información, para realizar la propaganda antinazi, trabajo con el que logró la nacionalidad británica.

Con su gira de conferencias por los Estados Unidos, en 1948, se pretendía desengañar a los «Babbits de la izquierda»^[9] sobre las falacias y confusiones que aún predominaban en su forma de pensar. Exhortó a los intelectuales americanos a que abandonasen su radicalismo juvenil y madurasen y se dedicaran a cooperar con la estructura de poder: «La tarea de los intelectuales progresistas de su país es ayudar al resto de la nación a enfrentarse a sus enormes responsabilidades. Ha quedado atrás la época de las luchas sectarias en la acogedora tierra de nadie del radicalismo abstracto. Es hora de que crezcan los radicales estadounidenses^[10]». De esta forma Koestler abogaba por una nueva era de compromiso, en la que los

intelectuales hicieran suya la tarea de justificar el esfuerzo nacional, evitando el privilegio, ya anacrónico, del distanciamiento o la imparcialidad. «Como el escritor no tiene forma de escapar, queremos que se aferre con firmeza a la época en que vive: es su única posibilidad; está hecha para él y él para ella», habría de declarar poco tiempo después Jean-Paul Sartre. «Nuestra intención es trabajar juntos para lograr ciertos cambios en la sociedad que nos rodea^[11]». La diferencia entre Sartre y Koestler no era la calidad del compromiso sino su objetivo. Mientras Sartre se oponía resueltamente a las instituciones del gobierno como mediadores de la verdad o la razón, Koestler trataba de convencer a sus colegas de que ayudasen a la elite en el poder en su misión de gobernar.

Poco después de su encuentro con Donovan en Nueva York, Koestler viajó a Washington, donde asistió a una serie de conferencias de prensa, almuerzos, cócteles y cenas. A través de James Burnham, un intelectual estadounidense que había hecho el viaje desde el radicalismo a las instituciones de poder con sorprendente velocidad, le presentaron a multitud de funcionarios del Departamento de Estado, asesores presidenciales, periodistas y dirigentes sindicales. La CIA en particular mostró su interés por Koestler. Era un hombre que les podía informar de ciertas cosas.

La Agencia llevaba tiempo dándole vueltas a una idea: ¿Quiénes mejor que los ex comunistas para luchar contra los comunistas? Después de hablar con Koestler, esta idea comenzó a tomar forma. La destrucción del mito comunista, decía, sólo se podría conseguir movilizándolo, en una campaña de persuasión, a aquellas figuras de la izquierda que no eran comunistas. Las personas de las que hablaba Koestler ya tenían su propio nombre —la izquierda no comunista— en el Departamento de Estado y en los círculos de los servicios de inteligencia. En lo que Arthur Schlesinger había calificado de «revolución silenciosa», las personas de la Administración cada vez comprendían mejor y apoyaban en mayor grado las ideas de los intelectuales que estaban desilusionados con el comunismo pero que aún tenían fe en los ideales del socialismo.

Por supuesto, para la CIA, la estrategia de promover a la izquierda no comunista habría de ser «el fundamento teórico de las operaciones políticas de la Agencia contra el comunismo durante las siguientes dos décadas»^[12].

La base ideológica de esta estrategia, en la que la CIA coincidía, o incluso se identificaba con los intelectuales de izquierda, fue expuesta por Schlesinger en *The Vital Center*; uno de los tres libros fundamentales que aparecieron en 1949 (los otros dos eran *The God That Failed*, y 1984 de Orwell). Schlesinger hacía un repaso del declive de la izquierda y de su posible paralización moral a la estela de la corrupción de la Revolución de 1917, trazando la evolución de la «izquierda no comunista» como «estandarte alrededor [del cual] se agruparían los grupos que luchaban para forjar una zona de libertad». Era dentro de este grupo donde tendría lugar «la restauración de la vitalidad radical», sin dejar «Una lámpara en la ventana para los comunistas». Esta nueva resistencia, según Schlesinger, exigía «una base independiente desde la que operar. Requiere discreción, dinero, tiempo, periódicos, gasolina, libertad de expresión, libertad de reunión, la libertad que da el no tener miedo»^[13].

«La tesis que animaba toda esta [movilización de] la izquierda no comunista era fervientemente defendida por Chip Bohlen, Isaiah Berlin, Nicolas Nabokov, Averell Harriman y George Kennan —recordaría más tarde Schlesinger—. Todos pensábamos que el socialismo democrático era el baluarte más eficaz contra el totalitarismo. Esto se convirtió en argumento subyacente, o incluso encubierto, de la política exterior estadounidense, durante esta época^[14]». La izquierda no comunista. INC^[*], en abreviatura, fue una denominación que pronto sería moneda corriente en el lenguaje de la burocracia de Washington. «Casi era un grupo con carné y todo», ha señalado una historiadora^[15].

Este «grupo con carné» fue identificado por primera vez en *The God That Failed*, una colección de ensayos en los que se apuntalaba la idea del fracaso comunista. Tras este libro estaba Arthur Koestler, que había regresado de Londres en estado de gran excitación tras sus conversaciones con William Donovan y otros estrategas de la inteligencia norteamericana. La posterior historia de su publicación es un paradigma del acuerdo entre la izquierda no comunista y el «ángel tenebroso» del Gobierno de Estados Unidos. En el verano de 1948, Koestler ya había comentado la idea con Richard Crossman, director durante la guerra de la sección alemana del Ejecutivo de la Guerra Psicológica (PWE)^[**], un hombre que pensaba que

«podía manipular a las masas» y que tenía «la necesaria capacidad de prestidigitación intelectual para ser el perfecto propagandista profesional»^[16]. Como compañero de universidad de Isaiah Berlin (que también tuvo contactos con el PWE durante la guerra), en New College, Crossman fue calificado en una ocasión de «sin principios y muy ambicioso», alguien que «subiría a la cabeza de su madre con tal de estar más alto»^[17]. En su libro *Plato Today* (1937), el narrador de Crossman se pregunta si la democracia parlamentaria no era en el fondo «un falso cartelón publicitario de alegres colores tras el cual se mantienen ocultos el Gobierno y la maquinaria del Estado». Lo mismo se podría decir de *The God That Failed*.

El 27 de agosto de 1948, Crossman implicó a otro veterano de la guerra psicológica en el proyecto, al estadounidense C. D. Jackson. «Le escribo para pedirle consejo. Cass Canfield, de [la editorjal] Harpers, y Hamish Hamilton, mi editor, pretenden publicar la próxima primavera un libro llamado *Lost Illusions*, que me he encargado de coordinar. Deberá consistir en una serie de esbozos autobiográficos de destacados intelectuales, en los que se describa cómo se hicieron comunistas o compañeros de viaje, qué les hizo pensar que el comunismo era la esperanza del mundo, y qué fue lo que les desilusionó»^[18]. El consejo de C. D. Jackson fue que se debería incluir al escritor Louis Fischer, ex comunista, para que representase las ilusiones perdidas en los Estados Unidos.

Crossman, luego, le habló del asunto a Melvin Lasky, ya por entonces el propagandista cultural oficioso de los Estados Unidos en Alemania, y uno de los primeros defensores de la resistencia intelectual organizada frente al comunismo. A medida que Crossman iba recibiendo cada una de las partes del libro, las enviaba inmediatamente a Lasky, que las hacía traducir en las oficinas de *Der Monat*. Según un Informe de Evaluación de la Alta Comisión Americana^[*] de 1950, «todos los artículos excepto uno, de *The God That Failed*, fueron artículos originales publicados por *Der Monat*, o artículos para los cuales la revista poseía los derechos. Al llegar al número 25, *Der Monat* había terminado de publicar todos los ensayos»^[19]. Crossman editó la versión inglesa, que fue publicada en 1950 por el editor de Koestler, Hamish Hamilton. Cass Canfield (que luego sería editor de las

obras de Allen Dulles), amigo íntimo de Crossman desde los tiempos de la Oficina de Información de Guerra, se encargó de la edición americana. Con estos antecedentes, se puede comprender que *The God That Failed* fuese más un producto de los servicios de inteligencia que de la inteligencia de sus autores.

Los autores fueron Ignazio Silone, André Gide, Richard Wright, Arthur Koestler, Louis Fischer y Stephen Spender. «No estábamos en absoluto interesados en hinchar el globo de la propaganda anticomunista o en utilizar la oportunidad para hacer apologías personales», escribió Crossman en su introducción^[20]. Con todo y eso, el libro consiguió estos dos desmentidos objetivos. Aunque en conjunto afirmaban el fracaso de la utopía marxista, todos los ensayos fueron relatos muy personales, la *apologia pro politica sua* de unos individuos dispuestos a expresar su desencanto y su sensación de haber sido traicionados. Además de una especie de confesión colectiva, el libro era un acto de recusación, un rechazo del estalinismo en un momento en que, para muchos, eso aún era una herejía. Fue un nuevo libro de importancia trascendental en la posguerra, y aparecer en él sería pasaporte válido para el mundo oficial de la cultura durante los siguientes veinte años.

De los seis autores de *The God That Failed*, tres habían trabajado para Willi Munzenberg. Koestler, que había dicho en una ocasión que la fe era maravillosa, no sólo capaz de mover montañas «Sino de hacernos creer que un arenque es un caballo de carreras», había sido uno de los más devotos discípulos de Munzenberg. Durante los años treinta, cuando era tan conocido en Estados Unidos como en los años cincuenta lo sería Ed Murrow, el periodista Louis Fischer era un hombre cuya carrera también había sido conformada en buena medida por su experiencia comunista, trabajando para Munzenberg. Ignazio Silone había entrado en el Partido Comunista Italiano en 1921. Al igual que la de Koestler, la suya había sido una conversión sincera («El partido se convirtió en su familia, escuela, iglesia, cuartel»), y le hizo ascender por la escala de la Internacional Comunista, hasta llegar a los brazos de Munzenberg. Retirado, en silencio, de la actividad del partido, después de 1927, Silone mantuvo «el gusto amargo de una juventud desperdiciada». La ruptura definitiva se produjo en

1931, cuando el Partido Comunista le pidió que hiciera una declaración pública en condena de Trotsky. Se negó, y el partido le expulsó como un «caso clínico». Hablando a un grupo de antiguos comunistas alemanes, que vivían, como él, en un problemático exilio en Suiza durante la guerra, Silone dijo: «El pasado, incluyendo todas las heridas que nos ha dejado, no debe ser causa de debilidad para nosotros. No nos podemos permitir desmoralizarnos por los errores, faltas de tacto, por las estupideces dichas o escritas. Lo que hoy se nos exige es una voluntad tan pura que de lo peor de nosotros mismos pueda nacer una nueva fuerza: *Etiam peccata*^[21]».

Dentro de las cubiertas de *The God That Failed*, estos antiguos propagandistas de los soviéticos fueron reciclados, limpiados de la mancha del comunismo, protegidos por los estrategas del gobierno, que veían en sus conversión una oportunidad irrefrenable de sabotear la maquinaria de propaganda soviética que antaño se habían encargado de engrasar. «La banda de *The God That Failed*» fue a partir de ahora la nomenclatura utilizada por la CIA, para denotar lo que un agente llamó «la comunidad de intelectuales que estaban desilusionados, que podrían llegar a desilusionarse, o que aún no habían adoptado una postura, y que, hasta cierto punto, podrían ser influidos por sus colegas a la hora de decidir»^[22].

The God That Failed fue distribuido por las agencias gubernamentales estadounidenses por toda Europa. En Alemania, en particular, se le hizo una promoción en toda regla. El Departamento de Investigación de la Información, también promovió el libro. Koestler estaba feliz. Sus planes de una respuesta estratégicamente organizada a la amenaza soviética se conjuntaban a las mil maravillas. Mientras el libro estaba saliendo de las prensas, tuvo una reunión con Melvin Lasky para tratar sobre algo más ambicioso, más permanente.

Si *The God That Failed* había demostrado que eran muy bien acogidos todos aquellos que quisiesen convertirse, también era cierto que no todo el mundo estaba dispuesto a comulgar en el altar del anticomunismo organizado. La Cominform pronto supo explotar esta reticencia. Tras la desastrosa experiencia en el Waldorf Astoria, puso especial cuidado en los preparativos de su siguiente reunión, el Congreso Mundial de la Paz, previsto para abril de 1949, en París. Un mensaje cifrado supersecreto del

IRD, de marzo de aquel mismo año, predecía que «La técnica que se piensa utilizar y la organización del Congreso indican que se hará todo lo posible para emplearlo simplemente como sello de caucho para todo lo que la Unión Soviética tenga en mente»^[23]. El argumento de la Cominform, aparentemente, habría de ser que «los Estados Unidos y las democracias occidentales son los fascistas y los que quieren la guerra, y el Kremlin y sus títeres, las democracias amantes de la paz». A todas las legaciones diplomáticas se les pedía que «investigaran todas las acciones posibles que pudiesen anular el valor propagandístico de este congreso»^[24].

Pero los «primos» americanos de la CIA ya se estaban ocupando del cónclave parisino. El día siguiente a la clausura de la conferencias del Waldorf, Carmel Offie, acólito de Frank Wisner, había preguntado al Departamento de Estado lo que pensaba hacer sobre la conferencia de paz de París. Offie era el ayudante especial de Wisner para asuntos laborales y de emigración, y se encargaba de supervisar personalmente el Comité Nacional para una Europa Libre, una de las más importantes tapaderas de la OPC, además de otras operaciones relacionadas con las organizaciones anticomunistas de Europa. Offie trataba con frecuencia con Irving Brown, representante europeo de la Federación Americana del Trabajo^[*] cuyo modesto título ocultaba un papel político de primer orden en la Europa de posguerra. Por medio de Brown, grandes sumas de los contribuyentes norteamericanos y fondos de «contrapartida» del plan Marshall, se desviaban a las operaciones encubiertas.

Offie, funcionario de carrera del Servicio Exterior, era según todos un personaje siniestro. Físicamente feo, provocaba a otros hombres con su homosexualidad, pellizcándoles los pezones en las reuniones de grupo. En una ocasión fue detenido por pulular alrededor de los aseos públicos en el parque Lafayette, un incidente que hizo que su nombre en clave en la CIA resultase cómicamente inapropiado: «Monje». Había sido expulsado del Servicio Exterior después de la guerra por usar la valija diplomática para hacer transferencias ilegales de dinero (también negociaba con diamantes, rubíes y, en una ocasión, con una carga de 300 langostas finlandesas). Sin embargo tenía amigos poderosos. Chip Bohlen y George Kennan lo conocían de la época de la embajada en Moscú, y había sido Bohlen el que

había convencido a Wisner de que lo contratara. Mientras trabajaba para la OPC, se decía de Offie que era el último en revisar un papel antes de que pasase a Wisner, y el último en ver dos millones de dólares antes de que desaparecieran^[25].

Offie y Wisner empezaron entonces a planificar una respuesta organizada a la conferencia de París, de la que el Departamento de Estado había predicho con pesimismo que «persuadiría [a los] inocentes a seguir la línea [del Kremlin]» y que se haría con el control de «este fingido movimiento por la paz»^[26]. Wisner puso un cable a Averell Harriman, de la Administración de Cooperación Económica^[*] (los administradores del Plan Marshall), pidiendo cinco millones de francos (16.000 dólares aproximadamente) para financiar una contramanifestación. Harriman, decidido partidario de la guerra de propaganda y psicológica, fue uno de los primeros jerifaltes de la política norteamericana en comprender que Rusia había declarado una guerra ideológica contra Occidente, y en pensar formas de contrarrestar «el ataque de improperios que se lanzaba desde Moscú»^[27]. Estaba más que feliz de proporcionar fondos del Plan Marshall —a los que Wisner llamaba «caramelos»—, para operaciones secretas.

A través de Irving Brown, la OPC estableció contacto con el socialista francés David Rousset, autor de varios libros sobre los campos de concentración (*Les jours de notre mort*, *L'univers concentrationnaire*), y sobre sus aliados en el periódico disidente de izquierda, *Franc-Tireur*. Rousset accedió a permitir que *Franc-Tireur* figurase como patrocinador del día de resistencia inspirado por la CIA.

A favor de los soviéticos, Ilya Ehrenburg y Alexander Fadeev aparecieron en la conferencia principal —«asunto de la Cominform de principio a fin»— junto con Paul Robeson, Howard Fast, Hewlett Johnson, el comisario francés de Energía Atómica, Frédéric Joliot-Curie, el escritor danés, Martin Andersen-Nexo, y el socialista italiano Pietro Nenni. Charlie Chaplin envió un mensaje de apoyo. Un sacerdote ortodoxo ruso bendijo la conferencia y Paul Robeson cantó *Ol' Man River*. Fue aquí donde Picasso presentó su famosa paloma de la paz, que durante décadas sería el símbolo de prestigio del movimiento comunista por la «paz». Uno de los organizadores de la conferencia, el poeta y acérrimo comunista, Louis

Aragon había encontrado una litografía de una paloma mientras hojeaba un cartapacio con sus obras más recientes, en el estudio de Picasso. Tenía unas plumas que parecían polainas blancas cubriéndole las patas. Aragon pensó que, con el permiso de Picasso, se convertiría en la famosa Paloma de la Paz. Pronto sería caricaturizada por el movimiento Paix et Liberté, apoyado por la CIA como «la paloma que hace bum». («La colombe que fait Boum!»), en un dibujo reproducido y distribuido por todo el mundo por las agencias del gobierno estadounidense, en panfletos, folletos y carteles.

La contraconferencia de Rousset, el Día Internacional de Resistencia a la Dictadura y a la Guerra, se celebró el 30 de abril de 1949, y fue refrendado con mensajes de apoyo de Eleanor Roosevelt, Upton Sinclair, John Dos Passos (que ya estaba en camino para convertirse en republicano convencido, y ya, según Dwight Macdonald, «neuróticamente asustado de Rusia y del comunismo»), Julian Huxley y Richard Crossman. Entre los delegados que asistieron a cuenta de la OPC podemos citar a Ignazio Silone, Carlo Levi, el ubicuo Sidney Hook, James T. Farrell, autor de *Studs Lonigan*, Franz Borkenau y Fenner Brockway. Pero, a pesar de su cuidadosa planificación, fue un fracaso. «No escuchaba tantas banalidades y tanta retórica vacía desde que era niño, hace treinta años, cuando oía a los oradores callejeros de Madison Square»^[28], informó Sidney Hook. En la reunión de la noche, unos anarquistas agarraron el micrófono y denunciaron la conferencia, lo que llevó a Hook a concluir que los locos habían salido del manicomio y que la conferencia había sido tomada por la «sala de psicópatas de izquierda».

La conferencia también supuso la primera baja estadounidense en la *Kulturkampf* en la persona de Richard Wright, que, según Hook, se sintió «halagado por el uso que Sartre hace de él como una especie de garrote contra la cultura americana, análogo al uso que los comunistas hacen de Robeson»^[29]. Aunque había sido uno de los partícipes en *The God That Failed*, en círculos anticomunistas a Wright se le consideraba sospechoso, porque su ruptura con el estalinismo se había producido «más por motivos personales que políticos», y porque no parecía «entender su verdadera naturaleza»^[30]. Wright fue el único miembro del grupo de *The God That Failed* que dejaría de pertenecer a ese grupo de apóstoles. Durante la

década siguiente, su vida y sus actividades en París fueron controladas por la CIA y el FBI, hasta su muerte, en 1960, en extrañas circunstancias.

Wisner y sus aliados en el Departamento de Estado se sintieron defraudados con la contraconferencia de París. Aunque atrajo a destacados antiestalinistas y provocó los ataques del Partido Comunista Francés, su tono fue «demasiado radical y neutralista»^[31]. Peor aún, por todas partes corrían vientos antiamericanos. «La opinión pública francesa, en su mayor parte, es sorprendentemente ignorante de la vida y la cultura estadounidense —escribió Hook—. La idea que se han formado de los Estados Unidos es una mezcla de impresiones procedentes de la lectura de novelas de protesta y revuelta social (*Las uvas de la ira* de Steinbeck se considera como un relato fiel y realista), las novelas de la degeneración (Faulkner) y de la estupidez (Sinclair Lewis) americanas, de las películas americanas, y de la exposición a un incesante bombardeo comunista que se filtra a la prensa no comunista. *En mi opinión, la tarea más importante y urgente de la política democrática americana en Francia es La reeducación mediante la información del público francés, objetivo hacia el cual no se ha hecho nada eficaz*»^[32].

La idea que Hook tenía de que el antiamericanismo podía erosionarse limpiando de las mentes europeas las esclerotizadas imágenes de los principales novelistas americanos resulta extraordinaria. En efecto, lo que propugnaba era la purga de esas expresiones de la vida americana que según él estaban en conflicto con la «política democrática» del Gobierno en el extranjero. Era una monumental distorsión de los principios mismos de la libertad de expresión, irreconciliable con las pretensiones de democracia liberal bajo cuyos auspicios se proponía.

Pero Hook tenía razón en una cosa: recomponer el *homme de bonne volonté* del París de Sartre iba a ser una lucha ardua y difícil. Como Brecht, quien desde el confort de su vida de privilegio en Alemania Oriental, alababa a Stalin como «asesino justificado del pueblo», los intelectuales de la *Rive Gauche* no habían logrado comprender que ya no eran «buscadores de la verdad sino defensores de una ortodoxia atribulada y que se está desmoronando»^[33]. Sartre siguió ensalzando a Rusia como guardiana de la libertad, mientras su «Santo», Jean Genet, negaba la existencia de los

gulags. Ésta, dijo Arthur Koestler, es la capital mundial de los compañeros de viaje, de avispados arribistas de poco talento como Picasso, Camus y Anouilh, por los que sentían un respeto reverencial muchos intelectuales europeos a los que Koestler les diagnosticó una «gripe francesa». Desde París, dijo Koestler en broma, el Partido Comunista podía conquistar Francia “con una llamada de teléfono”.

Para Wisner quedó claro que aún no había encontrado el grupo adecuado para encabezar la campaña anticomunista en Francia. En palabras que muestran que ya estaba pensando en una base permanente para esta campaña, mostró su preocupación de que «este tipo de liderazgo para una organización permanente haría que toda la idea (de crear una DEMINFORM en pequeño) degenerase en una chaladura de variopintas cabras y monos, cuyas payasadas habrían de desacreditar por completo el trabajo y las declaraciones de los liberales responsables. Deberíamos tener mucho cuidado en no apoyar tal espectáculo»^[34].

Preocupado del carácter inexpugnable de la fortaleza comunista, un grupo de intelectuales alemanes, que antaño habían formado parte del Trust de Munzenberg, se reunieron para trazar un plan. En agosto de 1949, Ruth Fischer y Franz Borkenau (ex historiador oficial de la Comintern) se vieron con Melvin Lasky en la habitación de un hotel de Francfort, y comenzaron a delinear su idea de una estructura permanente dedicada a la resistencia intelectual organizada. Fischer era hermana de Gerhart Eisler, agente soviético del que se había dicho en 1946 que era «el comunista número uno en los Estados Unidos» y condenado al año siguiente por haber falsificado una solicitud de visado. Gerhart, desde entone había ascendido y dirigía la oficina de propaganda germanooriental, y como tal habría de ser responsable de organizar la respuesta soviética a los plante de Ruth. La propia Ruth había sido dirigente del Partido Comunista Alemán antes de que su facción fuese expulsada siguiendo órdenes de Moscú, lo que la hizo romper con Stalin (y con su hermano). De esta forma se expresaba en un escrito dirigido a un diplomático estadounidense: «Creo que hablamos de este plan ya en mi último viaje a París, pero ahora tengo una idea mucho más concreta. Por supuesto, me refiero a la idea de organizar un gran Congreso Anti-Waldorf Astoria, en la propia Berlín. Debería ser una

reunión de ex comunistas, así como un grupo representativo de los intelectuales antiestalinistas estadounidenses, ingleses y europeos, que declaren sus simpatías por Tito y Yugoslavia y por la oposición silenciosa de Rusia y de los países satélites, y que se las hagan pasar canutas al Politburó en sus propias narices. Todos mis amigos están de acuerdo que tendría un tremendo efecto que llegaría hasta Moscú, si se organiza bien^[35]».

¿Asistió Michael Josselson a la reunión de Francfort? Por supuesto, fue de los primeros en conocer el plan que pronto habría de comentar con Lawrence de Neufville, el cual envió por valija el borrador de la propuesta a Carmel Offie a mediados de septiembre. «La idea procedía de Lasky, Josselson y Koestler —explicaría más tarde Neufville—, y yo conseguí que Washington le diese el apoyo que necesitaba. Informé del asunto a Frank Lindsay [subdirector de Wisner] y supongo que se lo presentaría a Wisner. Teníamos que implorar su aprobación. El Plan Marshall era de donde procedían los fondos de reptiles que en aquella época utilizaba la CIA, por lo que jamás escaseó el dinero. Lo único que había que conseguir era su aprobación^[36]».

Lo que luego sería conocido como «la propuesta de Josselson» llegó a la mesa de Wisner en enero de 1950. Lasky, mientras tanto, demasiado impaciente como para aguardar respuesta, ya había tirado hacia delante con el plan, reclutando a Ernst Reuter, alcalde de Berlín Occidental, y a varios destacados intelectuales alemanes que respaldaban la idea y que habían prometido su apoyo. Juntos, crearon un comité permanente y comenzaron a enviar invitaciones a intelectuales del «mundo libre» para que fuesen a Berlín a hacer públicos sus puntos de vista. No obstante, la iniciativa personal de Lasky no fue del todo positiva para la empresa. «Como empleado del Gobierno de ocupación norteamericano, sus actividades en representación del Congreso sorprendieron a bastantes observadores como prueba de que el Gobierno de los Estados Unidos estaba detrás del acontecimiento^[37]».

Los mandos de la OPC siguieron adelante con el plan de Josselson, elaborando un esbozo oficial del proyecto, con un presupuesto de 50.000 dólares, que fue aprobado por Wisner el 7 de abril. Wisner añadió una

condición: Lasky y James Burnham, que tenían lo que se podía calificar como interés profesional en el plan, deberían no aparecer en Berlín «por temor a que su presencia sólo daría munición a los críticos comunistas». Josselson defendió a Lasky cuando fue informado de las reservas de Wisner. «Ninguna otra persona, por supuesto, ningún alemán, podía haber logrado un éxito semejante»^[38], escribió en un cable. Lasky en esta etapa ya era difícil de frenar. Públicamente había comunicado ser el secretario general del congreso, que habría de llamarse Congreso por la Libertad Cultural, y firmadas por él y por el alcalde Reuter, se habían mandado las invitaciones y organizado los programas. Para ayudar a Lasky en las relaciones públicas, se le asignó a Arnold Beichmann, que tan oportuna aparición había hecho en el Waldorf.

En Estados Unidos, James Burnham y Sidney Hook se ocupaban de organizar la delegación americana. Ambos eran conscientes de la participación de la OPC (aunque Hook no lo menciona en sus memorias, tal vez, pensando que no tuvo importancia). Los pasajes de los participantes estadounidenses fueron pagados por la OPC, que utilizó «varias organizaciones intermediarias» como agencias de viaje. El Departamento de Estado también intervino en la organización. El subsecretario del Departamento de Estado para Asuntos Públicos^[*], Jesse MacKnight, se quedó tan impresionado de todo esto, que instó a la CIA a que apoyase al congreso de manera permanente incluso antes de que hubiese tenido lugar el cónclave de Berlín^[39]. Por una vez, este optimismo no carecía de justificación.

Cruzada es la idea

Alguien me ha contado que
me marchó a Corea;
yo no sé qué voy a hacer
cruzada es la idea

Yankee Doodle keep it up, etc.^[*]

ROBERT LOWEL, 1952

A última hora de la noche del 23 de junio de 1950, Arthur Koestler y su mujer, Mamaine, llegaron a la Gare de l'Est para coger el tren nocturno de París a Francfort, desde donde seguirían viaje hasta Berlín. Mientras buscaban el vagón, se toparon con Jean-Paul Sartre, que viajaba en el mismo tren, aunque no iba a la misma conferencia. Sartre, extrañamente, estaba solo, y los Koestler se sintieron aliviados al comprobar que no estuviera allí Simone de Beauvoir. En una ocasión compartieron una cena al aire libre con un guardaespaldas de la policía que la Sûreté francesa había asignado a Koestler, tras recibirse amenazas de muerte de los comunistas (que habían culminado con la publicación en *L'Humanité*, el periódico comunista, de un mapa señalando la situación de Verte Rive, la casa de Koestler en Fontaine le Porr, cerca de París). Aunque su amistad había sido puesta a prueba durante los últimos años, estos oponentes ideológicos aún sentían aprecio mutuo y compartieron bromas mientras se ponía en marcha

el tren en aquella cálida noche de verano. Sartre, junto con Albert Camus, había rechazado cualquier participación en el congreso de Koestler, y se habían negado a asistir. Sin embargo, Koestler compadeció a Sartre, quien confesó aquella noche, en el tren, que sus amistades se estaban evaporando con el calor de su postura política y la de Simone de Beauvoir.

Mientras Koestler subía a su tren, los delegados estadounidenses abordaban los aviones que en un viaje de más de veinticuatro horas habrían de llevarles hasta Alemania. Aunque hacía poco tiempo que había sido levantado el bloqueo soviético de Berlín, la única manera de llegar al sector occidental era en aviones militares, lo que implicaba que los delegados tuviesen que subir a bordo de los C-47, en Francfort para hacer la etapa final de lo que luego Koestler calificaría como «puente aéreo intelectual». Entre ellos estaban James T. Farrell, Tennessee Williams, el actor Robert Montgomery, el presidente de la Comisión Americana de Energía Atómica, David Lilienthal, el editor de *New Leader*, Sol Levitas, Carson McCullers, el editor, negro, del *Pittsburgh Courier*, George Schuyler, y el periodista, también negro, Max Yergan. El científico Herman Muller, ganador del Nobel por sus trabajos de genética llevaba con él un extraño equipaje: cinco mil moscas de la fruta (*Drosophila*) de regalo para los científicos alemanes que habían perdido sus cultivos durante la guerra.

Arthur Schlesinger Jr. y Sydney Hook viajaron juntos desde Boston; Hook, al parecer, obsesionado con la idea de lo peligroso que iba a ser viajar a Berlín. «Pensaba que los comunistas le iban a atacar desde todos lados —recordaba Schlesinger—. Se sentía emocionado. Pienso que muchos lo estaban. Creían que iban a entrar en acción, sobre todo, los que no habían estado en la guerra^[1]». Tras su bautismo de fuego en el Waldorf Astoria, Hook quería a toda costa participar en una campaña a gran escala. «Dadme cien millones de dólares y mil personas entregadas a su trabajo —dijo— y garantizo que se creará tal inquietud democrática entre las masas —sí, incluso entre los soldados— del mismísimo imperio de Stalin, que todos sus problemas durante mucho tiempo de ahora en adelante serán internos. Yo puedo buscar a las personas^[2]». En aquel momento, volando a una ciudad rodeada por los cuatro costados de comunistas, Hook se imaginaba que los rusos tomarían la ciudad, «en cuyo caso todos los

delegados serían hechos prisioneros de la [policía militar germanooriental] en unas pocas horas»^[3].

Nicolas Nabokov había llegado a Berlín en mayo para ayudar a planificar la conferencia, junto con su mujer, Patricia Blake, en un avión fletado expresamente, de una compañía llamada Youth Argosy, uno de los «intermediarios» utilizados por la CIA. Chip Bahlen había urgido a Nabokov para que llegase lo antes posible, para levantar las barricadas en nombre de los artistas que habían sido «los más persistentes chivos expiatorios tanto de los soviéticos como de los nazis»^[4]. James Burnham llegó poco después de Nabokov, y luego se reunieron con ellos Josselson, Lasky, Koestler, Brown y Silone, que habrían de constituir el aparato organizativo de la conferencia cuyo cuartel general se instaló en casa de Lasky.

En una de las reuniones del grupo, en la cena, Silone contó cómo, durante la guerra, había expulsado de su movimiento de resistencia a todos aquellos que fuesen agentes de la inteligencia británica o americana, porque quería luchar «*ma guerre a moi*», con conciencia limpia^[5]. Podemos imaginar cómo digirieron esta afirmación Josselson, Burnham y Lasky. Ellos sabían algo que seguramente no sabía Silone: que ahora tomaba parte en una guerra dirigida por otros. La posición de Silone resume perfectamente las dolorosas paradojas de una época que no tenía la menor consideración acerca de la pureza de los ideales de las personas. En los años veinte, había dirigido una red clandestina para los soviéticos, de la que luego se lamentó. Desde 1928 a 1930 había colaborado con el servicio secreto de Mussolini, el OYRA (las circunstancias que rodearon esta relación fueron terribles: su hermano había sido detenido por los fascistas, y se estaba pudriendo en una cárcel de Italia, donde murió). Silone, en un escrito de abril de 1930, en el que cortaba relaciones con el OVRA, explicaba que había decidido «eliminar de mi vida todo lo falso, artero, equívoco, misterioso»^[6]. En 1942 escribió: «Nuestras tareas morales más importantes en la actualidad consisten en liberar nuestro espíritu del ruido de los cañones, de la trayectoria de la guerra propagandística y de la estupidez periodística en general^[7]». En su exilio en Suiza, durante la guerra, Silone había servido de contacto a Allen Dulles, a la sazón jefe del

espionaje norteamericano en Europa; en octubre de 1944, el agente del OSS, Serafino Romualdi, fue enviado a la frontera franco-suiza, supuestamente para entregar dos cargamentos de armas y municiones a la resistencia francesa. Su verdadera misión, «planificada por fuera de los canales normales», era introducir secretamente a Silone en Italia. Después, en 1950, Silone había vuelto a entrar en el mundo de la clandestinidad. Sus defensores afirman que no conocía a los que estaban detrás del Congreso de la Libertad Cultural. Sin embargo, su viuda, Darina, recordaba que al principio no quería asistir, ya que sospechaba que se trataba de una «Operación del Departamento de Estado estadounidense». Transcurridos unos días de la conferencia, Koestler, al que nunca había gustado Silone, le dijo a un amigo que siempre se había «preguntado si en el fondo Silone era o no sincero. Ahora sé que no»^[8].

También se aprovecharon de la ayuda secreta los delegados ingleses — Hugh Trevor-Roper, Julian Amery, A. J. Ayer, Herbert Read, Harold Davis, Christopher Hollis, Peter de Mendessohn— cuya presencia en Berlín estuvo financiada de manera encubierta por el Foreign Office, a través del Departamento de Investigación de la Información. De Francia asistieron Raymond Aron, David Rousset, Rémy Roure, André Philip, Claude Mauriac, André Malraux, Jules Romains, Georges Altman; por Italia, Ignazio Silone, Guido Piovene, Altiero Spinelli, Franco Lombardi, Muzzio Mazzochi y Bonaventura Tecchi. La noche del 25 de junio, ellos y la mayor parte del resto de los 200 delegados habían llegado. Se les asignaron alojamientos en casas y hoteles de la zona americana y la mayoría, cansados después del viaje, se retiraron pronto aquella noche.

Se despertaron al día siguiente con la noticia de que las tropas norcoreanas, respaldadas por los comunistas, había cruzado el paralelo 38 y lanzado una invasión masiva sobre el Sur. Cuando se reunieron aquella tarde del lunes 26 de junio, en el Titania Palast, para la ceremonia de apertura del Congreso por la Libertad Cultural, la Filarmónica de Berlín interpretó las siniestras notas de la overtura *Egmont*, una pieza adecuada (y cuidadosamente seleccionada) para un público que se veía a sí mismo participando en un drama heroico y misterioso.

El alcalde de Berlín, Ernst Reuter (ex comunista que había trabajado en estrecho contacto con Lenin) pidió a los delegados y a los 4.000 asistentes, que se levantaran para guardar un minuto de silencio en recuerdo de los que habían muerto luchando por la libertad o que aún se pudrían en los campos de concentración. En su discurso de apertura, remarcó la tragedia de Berlín: «La palabra libertad, que parecía haber perdido su poder, tiene un significado especial para las personas que más aprecian su valor: las que alguna vez la han perdido^[9]».

Durante los cuatro días siguientes, los delegados pasaron de unas comisiones de debate a otras, de visitas guiadas por la Puerta de Brandemburgo, Potsdamer Platz, y a la línea que dividía Berlín Este y Oeste, a las conferencias de prensa, y luego a los cócteles y a los conciertos organizados al efecto. Los cinco principales debates giraron en torno a «Ciencia y totalitarismo», «Arte, artistas y libertad», «El ciudadano en una sociedad libre», «La defensa de la paz y de la libertad» y «Cultura libre en un mundo libre». Pronto aparecería un tema que habría de polarizar las discusiones, sobre la mejor manera de oponerse a los comunistas, perfectamente resumido en las intervenciones de Arthur Koestler e Ignazio Silone. Koestler abogaba por la transformación de los intelectuales occidentales en un *Kampfgruppe*, un escuadrón de lucha, empeñado inequívocamente en el derrocamiento del comunismo. «Schlesinger estaba allí, e hizo una declaración, carente de emoción, seca como el polvo. Tras él subió Koestler a la tribuna, que habló con el corazón, y logró conmover a muchos. Se trataba de una cruzada; Koestler había cambiado el tono»^[10], recordaba Lawrence de Neufville, que, atentamente, supervisaba todo para la CIA.

El tono más agresivo propio de la guerra fría, estuvo representado por la distinción que hizo James Burnham entre bombas atómicas «buenas» y «malas», una tesis que adelantó a los Koestler, durante una cena un mes antes. En aquella ocasión, Burnham había explicado cómo los Estados Unidos podían, en un solo día, paralizar a los rusos para siempre, lanzando bombas en todas las principales ciudades rusas. «Parecía encantado con la idea» señaló Mamaine Koestler (la cual también apuntó que «Burnham parece educado y amable... pero tiene muchos menos escrúpulos sobre los

medios que K[oestler]); también dijo que «no necesariamente rechazaría la tortura en ciertos casos»^[11]. Utilizando el tipo de lenguaje que logra petrificar la realidad, y que fue uno de los factores que contribuyeron (por ambos lados) a la guerra fría, Burnham anunció sin embargo, en esta ocasión, que estaba «Contra aquellas bombas, hoy almacenadas o por almacenar en Siberia o el Cáucaso, diseñadas para la destrucción de París, Londres, Roma, Bruselas, Estocolmo, Nueva York, Chicago... Berlín, y toda la civilización occidental... Pero estoy a favor... de las bombas fabricadas en Los Álamos, Hanford y Oak Ridge, y guardadas, no sé dónde, en las Montañas Rocosas o en los desiertos de Estados Unidos, [que] durante cinco años han defendido —han sido la única defensa de las libertades de Europa occidental»^[12]. A lo que André Philip replicó que cuando cayeran las bombas atómicas, «no harían distinguos entre amigos o enemigos, entre partidarios u opositores a la libertad».

Burnham y Hook dirigieron ambos sus descargas sobre aquellos que utilizaban una equivalencia moral para cuestionar la condena estadounidense de la Unión Soviética: «Sartre y Merleau-Ponty, quienes se negaron a asistir al Congreso ni siquiera para defender allí sus puntos de vista, eran muy conscientes cuando apoyaron a la Resistencia contra Hitler, de las injusticias que franceses y americanos cometían con los negros —clamaba Hook—. Sin embargo no ven injusticia alguna en la defensa de Occidente contra la agresión comunista porque los negros aún no hayan alcanzado un trato igualitario^[13]». Esta equiparación no estaba muy lejos de alcanzarse, según George Schuyler, que hizo circular un informe entre los delegados, con datos estadísticos que demostraban que la situación de los negros en Estados Unidos no dejaba de mejorar gracias a la permanente capacidad del sistema capitalista de adaptarse al cambio. El periodista negro Max Yergan, respaldó el informe de Schuyler con una lección de historia sobre los avances experimentados por los negros en Estados Unidos desde la época de Roosevelt.

Burnham, que en su trayectoria desde el socialismo a la derecha se había saltado, sin más, la moderación del centro, no tenía tiempo para las debilidades de los hombres de la izquierda. «Hemos permitido quedar atrapados y encarcelados por nuestras propias palabras, este cebo

izquierdista que ha sido nuestro veneno. Los comunistas han saqueado nuestro arsenal retórico, y nos han atado con nuestras propias consignas. El hombre progresista de la “izquierda no comunista” está en el perpetuo temblor de la culpa, ante el verdadero comunista. El comunista, manipulando la misma retórica, pero actuando de forma audaz y firme, parece ante el hombre de la izquierda no comunista igual que él, pero con agallas^[14]». Mientras Burnham arremetía contra la izquierda no comunista, algunos delegados se preguntaban si la versión en blanco y negro del mundo que ofrecía la derecha (resumida por la invocación bíblica de Koestler, «que vuestro sí sea sí, y el no, no»^[*]) era, tal vez, una amenaza tan importante para la democracia como la ofrecida por la extrema izquierda.

Hugh Trevor-Roper se sintió horrorizado ante el tono de provocación, iniciado por Koestler y continuado por otros oradores. «Había muy poco que se pareciese a un debate serio —recordó—. En mi opinión no fue algo en absoluto intelectual. Me di cuenta de que era una respuesta en el mismo estilo [que las conferencias de paz soviéticas]; se hablaba el mismo lenguaje. Tenía la esperanza de escuchar el planteamiento y la defensa del punto de vista occidental, basándose en que era una alternativa mejor y más duradera. Pero, en su lugar, hubo denuncias. Dejó una impresión tan negativa, como si no tuviésemos nada que decir excepto “¡duro con ellos!”. Un discurso, pronunciado por Franz Borkenau, fue tremendamente violento, casi histérico. Habló en alemán y siento decir que mientras le escuchaba, oía los clamores de aprobación de las grandes concentraciones de masas; pensaba que éstas eran las mismas personas que hacía siete años probablemente aclamaban de la misma manera las denuncias alemanas contra el comunismo, por boca del Dr. Goebbels, en el Sports Palast. Y pensaba, ¡bueno!, ¿con qué clase de gente nos estamos identificando? Eso fue lo que más me sorprendió. Hubo un momento durante el congreso en el que creí que se nos estaba invitando a invocar a Belcebú para derrotar a Satanás^[15]».

Sidney Hook salió en defensa de Koestler, pero tuvo que admitir que su amigo era capaz de «recitar las verdades de la tabla de multiplicar y que la gente se indignase con él». También temía la irritante costumbre de sonreír

burlonamente «como un gato de Cheshire»^[*], siempre que se anotaba un tanto retórico. Silone era mucho más flexible, argumentando que un espíritu cristiano favorable a la reforma social y política en el Oeste, podría arrebatarse, por sí mismo, el fuego al dios del comunismo. André Philip también representaba el punto de vista moderado, abogando por una vía intermedia entre Rusia y Estados Unidos: «Europa hoy está débil, tras una larga y dolorosa enfermedad. Los americanos nos envían penicilina para tratar esta dolencia, y los soviéticos, microbios. Naturalmente, cualquier médico preferiría que ambos entrasen en contacto. Sin embargo, nuestra tarea como europeos ha de ser enfrentarnos con los microbios lo antes posible para no tener nunca más necesidad de medicina^[16]».

Para los partidarios de la Línea dura, esta confesión de «equidistancia» no distaba mucho de la herejía. «La neutralidad, como idea y como movimiento, era algo patrocinado por los soviéticos»^[17], declaró Melvin Lasky, haciendo suyas las palabras de Roben Montgomery de que «¡No hay rincón neutral en la habitación de la libertad!». Reacios a unirse a esta cruzada retórica, la delegación británica defendió la admonición de Talleyrand: «surtout pas de zèle». «No podía comprender por qué el mundo habría de ponerse en llamas para purgar la culpa personal de gentes como Borkenau y Koestler»^[18], sacaba en conclusión Hugh Trevor-Roper.

Lo inadecuado de que los conversos políticos hiciesen proselitismo ante el mundo se estaba convirtiendo en una cuestión clave del Congreso de Berlín. «Luego se levantó un tal Herr Grimme, una especie de predicador con una voz que parecía la sirena de un barco, para afirmar que todas estas cuestiones concretas eran, fundamentalmente, religiosas», informó Sidney Hook. «Hablaban con una elocuente vaciedad y sólo concretó al final cuando descendió a los individuos e hizo algún comentario despreciativo sobre que Koestler era un “converso político” que ahora se oponía con fervor a algo que había apoyado con igual fervor, mostrando así, que jamás había abandonado su materialismo dialéctico^[19]».

Koestler había descubierto ya el resentimiento de aquellos que nunca habían sido comunistas hacia los conversos políticos como él mismo. Repitiendo los razonamientos, Koestler escribió: «Los ex comunistas no son únicamente molestas Cassandras, como había pasado con los refugiados

antinazis; también eran ángeles caídos que tenían el mal gusto de revelar que el cielo no es lo que se suponía. El mundo respeta a los conversos al catolicismo o al comunismo, pero aborrece a los sacerdotes que abjuran de cualquier credo. Esta actitud se podría racionalizar como aversión hacia todo tipo de renegados. No obstante, el converso también es un renegado de sus anteriores creencias o descreencias, y también está dispuesto a perseguir a los que aún se mantengan en ellas. No obstante, se le perdona, porque ha “abrazado” una fe, en tanto que el ex comunista o al sacerdote que abjura de su religión ha “perdido” una fe, Y por lo tanto se convierte en una amenaza a las ilusiones Y recordatorio del detestable y amenazador vacío^[20]».

El problema con las «pesadas Cassandras» también preocupaba a los círculos oficiales. Edward Barrett, subsecretario de Información Internacional, del Departamento de Estado, se sentía obligado a cuestionar la oportunidad de «las actuales tendencias a ensalzar... ex comunistas y a ponerlos en pedestales desde los que prediquen a todos los ciudadanos que tuvieron suficiente sentido común para no ser comunistas. Algunos de nosotros suponemos que el ex comunista normal, sobre todo si es reciente, tiene gran valor como informador y como experto, pero jamás como propagador de verdades eternas»^[21]. Cada vez quedaba más claro que el apoyo del Gobierno de Estados Unidos a la izquierda no comunista, habría de permanecer oculto para algunos de los propios responsables de formular sus políticas.

Josselson no se dejó ver, aunque siguió de cerca todo lo que allí ocurría. Observó, con creciente preocupación, la reacción de Hugh Trevor-Roper ante el tono de cruzada. Trevor-Roper y el resto de los británicos dejaban claro su desacuerdo siempre que se les presentaba la ocasión. Sin embargo cada vez les resultaba más difícil, cuando «los jefes» (el principal, Lasky) desde la mesa, evitaban cuidadosamente dar la palabra a los que protestaban demasiado. Lasky estaba por todas partes, organizando, convenciendo, preparando comunicados de prensa, organizando la teatral aparición del alemán Theodor Plievier, autor de *Stalingrad*, ex comunista oculto en Stuttgart. Plievier, en principio, había grabado su discurso al congreso. Sin embargo, al enterarse de la invasión de Corea, viajó en avión a Berlín, desafiando el riesgo de ser secuestrado por los soviéticos o por los alemanes

orientales mientras estuviese en Berlín (aunque la probabilidad de tal calamidad era menor gracias a un servicio permanente de vigilancia establecido por los americanos).

El protagonismo de Lasky puso furioso a Wisner en la OPC, y había buenas razones para estar preocupado. El 24 de junio, víspera del congreso, la oficina de Gerhart Eisler, jefe de propaganda del Gobierno germanooriental, publicó un comunicado en el que achacaba un incendio en la Casa de Cultura Comunista de Berlín Este al entorno del «espía policial americano, Melvin Lasky». El comunicado de Eisler, que apareció en los periódicos estadounidenses, decía que la intentona de incendiar el club comunista era un preludio de la apertura del Congreso por la Libertad Cultural (al que Eisler calificaba de «Seis días ciclistas intelectuales del imperialismo»), si bien el complot había fracasado y las llamas pudieron extinguirse rápidamente. Lasky, al ser preguntado por el incidente, contestaba con su habitual sarcasmo: «Sí, es verdad. Intentamos prender fuego a la casa dejando caer luciérnagas disfrazadas de gusanos de la patata, desde un helicóptero^[22]». Pero a Wisner no le hizo ninguna gracia, y telegrafió instrucciones a Berlín para que Lasky fuese privado de cualquier relación visible con el congreso.

Pero se necesitaba algo más que la eliminación de Lasky para detener los rumores que rodeaban al congreso. Algunos delegados especulaban sobre quién pagaba todo aquello. La gran escala a la que se lanzó el congreso en una época en que Europa estaba en la ruina, parecía confirmar el rumor de que no se trataba del acontecimiento espontáneo e «independiente» que proclamaban sus organizadores. Lawrence de Neufville tenía tanto dinero que no sabía lo que hacer con él: «No sé de dónde procedía el dinero. Jamás tuve cheques o algo parecido, el dinero estaba allí, en marcos. A todos nos pasaba lo mismo^[23]». Esto no pasó inadvertido para Trevor-Roper, que empezó a escamarse. «Cuando llegué vi que todo había sido orquestado a una escala tan grande... que me percaté de que... desde el punto de vista financiero, tenía que estar apoyado por alguna poderosa organización gubernamental. Así pues, di por sentado desde el principio que de una u otra forma había sido organizado por el Gobierno estadounidense. Me pareció evidente desde el comienzo^[24]». Años después,

Tom Braden, de la CIA, razonaba que era suficiente con tener algo de sentido común para saber quién estaba tras el congreso: «Tenemos que recordar que estamos hablando de una época en que Europa estaba arruinada. Si alguien tenía un céntimo, probablemente se trataba de alguna organización criminal. *No había nada de dinero*. Por lo que, claro está, la pista del dinero conducía a los Estados Unidos^[25]».

La conferencia terminó el 29 de junio, con un teatral discurso de Arthur Koestler, que gritó triunfalmente ante una concentración de 15.000 personas en el Funkturm Sporthalle, «¡Amigos, la libertad ha pasado a la ofensiva!». Luego leyó el Manifiesto por la Libertad, una declaración de nueve puntos que se presentaba como una nueva constitución para la libertad cultural. Preparado por Koestler tras una sesión que duró toda la noche en la base de operaciones de Lasky en el hotel am Steinplatz, de Charlottenberg, el manifiesto fue «apoyado por él, Burnham, Brown, Hook y Lasky, mediante una táctica enérgica y agresiva, de manera que prácticamente no tuvo oposición», según Mamaine Koestler^[26]. No obstante un artículo de la declaración que expresaba intolerancia hacia las ideas marxistas fue contestado enérgicamente por los delegados británicos, que exigieron que se eliminase la ofensiva alusión. Fundamentalmente, los británicos ponían objeciones a la suposición que animaba a los anticomunistas más militantes de la conferencia —lo mismo que a muchos responsables de elaborar la política exterior estadounidense— de que los escritos de Marx y Lenin «no eran tanto filosofía política sino un manual de combate de la estrategia soviética».

Después de incorporar en el documento las enmiendas británicas, el manifiesto fue aprobado como piedra angular del Congreso por la Libertad Cultural. Dirigido a «todos los hombres decididos a recuperar las libertades perdidas y a preservar y a ampliar las que disfrutan», el documento afirmaba: «Pensamos que es evidente que la libertad intelectual es uno de los derechos inalienables del hombre... Esta libertad se define fundamentalmente por su derecho a mantener y expresar las propias opiniones, y en particular opiniones que difieran de las de sus gobernantes. Privados del derecho a decir “no”, el hombre se convierte en esclavo^[27]». Declaraba que la libertad y la paz eran «inseparables» y advertía que «la

paz sólo se puede mantener si todos los gobiernos aceptan el control y la vigilancia del pueblo sobre quien gobierna». En otros puntos se señalaba que un requisito previo de la libertad era la «tolerancia hacia las opiniones divergentes. El principio de la tolerancia, como es lógico, no admite la práctica de la intolerancia». Ninguna «raza, nación, clase o religión puede reclamar para sí el exclusivo derecho de representar la idea de libertad, ni el derecho a negar la libertad de otros grupos o credos en nombre de ningún ideal u objetivo supremo. Pensamos que la contribución histórica de toda sociedad hay que juzgarla por la amplitud y cualidad de la libertad de la que gozan en realidad sus miembros». El manifiesto continuaba denunciando las restricciones a la libertad impuestas por los estados totalitarios, cuyos «medios de coerción sobrepasan con mucho los de todas las anteriores tiranías de la historia de la humanidad». «Indiferencia o neutralidad ante un desafío tal —continuaba— equivale a una traición a la humanidad Y a la renuncia a una mente libre». Expresaba un compromiso para «la defensa de las actuales libertades, la reconquista de las libertades perdidas», y (ante la insistencia de Trevor-Roper) a «la creación de nuevas libertades... [para dar] respuestas nuevas y constructivas a los problemas de nuestro tiempo»^[28].

Sin duda, se trataba de un manifiesto para leer desde las barricadas. Koestler, un moderno Robespierre (aunque con sus dos guardaespaldas americanos vigilándole de cerca), estaba verdaderamente emocionado por la ocasión. Éste era el marco por el que había que juzgar el compromiso de los individuos y las instituciones para la consecución de la total libertad de expresión, para el flujo, sin limitaciones, de ideas y opiniones. Si comunistas y fascistas por igual habían violado sistemáticamente el principio de *habeas corpus*, éste era un empeño para resistir cualquier ataque sobre el principio de *habeas animam*. Este documento era una especie de papel tornasol de la libertad. En su virtud, el propio Congreso por la Libertad Cultural triunfaría o fracasaría.

Al clausurarse la conferencia, sus patrocinadores de Washington comenzaron a celebrarlo. Wisner ofreció su «más cordial enhorabuena» a todos los que habían participado. Él, a su vez, fue felicitado por sus patronos políticos. El general John Magruder, representante del

Departamento de Defensa, lo alabó como «sutil operación encubierta llevada a cabo al máximo nivel intelectual... guerra no convencional al mejor nivel». El propio presidente Truman, según se dijo, estaba «muy complacido». Los oficiales de ocupación americanos en Alemania creían que había dado «un apreciable espaldarazo a la moral de Berlín Oeste, pero creían que su efecto más importante, en última instancia, sería el que sentirían los intelectuales occidentales que, políticamente, habían estado a la deriva desde 1945». El Congreso por la Libertad Cultural, según un informe, había «impulsado a una serie de destacados líderes intelectuales a que abandonaran su distanciamiento contemplativo y sutil, a favor de una postura firme contra el totalitarismo»^[29].

Quizá esta conclusión fuese algo exagerada, pensada para vender el congreso a los estrategas del Gobierno. Ciertamente, aún había que convencer a Hugh Trevor-Roper y a todo el grupo británico. Inmediatamente después de su retorno a Inglaterra, llegó a oídos de Trevor-Roper la noticia de que los funcionarios del Departamento de Estado se habían quejado a sus homólogos del Foreign Office de que «su hombre estropeó nuestro congreso». Esto fue suficiente para confirmar las sospechas de Trevor-Roper del papel del Gobierno estadounidense en el asunto de Berlín. Pero también mostraba el disgusto oficial con la manera en que se había comportado Trevor-Roper. Josselson y sus superiores de la CIA comprendían que habría que seguir esforzándose para ganar a los intelectuales británicos a su causa.

«Operación Congreso»

Tenemos que hacernos oír en todo el mundo en una gran campaña de verdad. Esta tarea no es diferente a otros componentes de nuestra política exterior.

HARRY TRUMAN, 1950

A pesar de la obstinación de algunos de los delegados británicos, Wisner estaba satisfecho de que la conferencia de Berlín hubiese compensado con creces la inversión. Aunque su futuro aún era incierto, se agregó al «inventario de Activos Propagandísticos» de la CIA, una lista oficial de procedimientos y personas en los que podía confiar la Agencia. Conocida oficiosamente como la «Wurlitzer de Wisner», el mote revela la percepción de la Agencia de cómo se esperaba que funcionasen estos «activos»: con tan sólo pulsar un botón, Wisner podía hacer sonar cualquier melodía que quisiese escuchar.

Wisner retornó al problema de Melvin Lasky, cuya arrogante presencia en la conferencia de Berlín tanto le había enfurecido. Su orden de que se eliminase a Lasky de la primera línea había sido tan descaradamente desobedecida, que escribió una nota interna llena de indignación: «Congreso por la Libertad Cultural de Berlín: Actividades de Melvin Lasky», en la que decía que el protagonismo de Lasky fue «un error garrafal y así fue reconocido por nuestros mejores amigos del Departamento de Estado... Delata una desacertada tendencia, aparentemente, más arraigada de lo que esperaba, de sucumbir a la

tentación de la propia conveniencia (hacer las cosas por la vía fácil) sin tener en cuenta la seguridad u otras consideraciones técnicas de la mayor importancia»^[1]. Wisner no dejaba lugar a dudas: a no ser que el empecinado Lasky fuese excluido del Congreso por la Libertad Cultural, la CIA no seguiría apoyando la organización.

La nota de Wisner fue cableografiada a Alemania. «El agente de la OPC que la recibió montó en cólera y respondió por el mismo conducto una histriónica protesta, aunque nada se podía hacer. Lasky tenía que salir, y la OPC se las arregló para que fuese eliminado del proyecto^[2]». Existen dos explicaciones posibles: o bien Lasky tenía algún tipo de relación con la OPC, y por lo tanto, constituía un verdadero riesgo porque se negaba a pasar inadvertido; o era, como él siempre había dicho, un agente independiente, en cuyo caso su destitución representaba el primero de otros muchos actos de mano dura por parte de la CIA. El oficial de la OPC al que se encargó de la destitución de Lasky fue Michael Josselson, cuya tendencia a perder la paciencia cuando se le provocaba le costaría cara en el futuro. Lasky y Josselson ya habían establecido el fuerte vínculo que posteriores observadores pensaron era inquebrantable. Es difícil hacerse una idea de los aspectos psicológicos de esta relación: el ascendiente de Lasky sobre Josselson, su superior desde todo punto de vista, era algo muy particular. «Josselson, a veces, se sentía desconcertado por la intencionada sordera de Lasky —escribió una persona bien informada del Congreso—. A veces le exasperaba la incapacidad de Lasky de imaginar las consecuencias de sus palabras y actos, pero al mismo tiempo le tenía en gran consideración y le admiraba con indulgencia^[3]». Para algunos, en la influencia de Lasky sobre Josselson había un aspecto edípico. «Josselson adoraba a Lasky como el hijo que nunca tuvo. Siempre le defendía»^[4], recordaba Natasha Spender. A Lasky no le gustó esta apreciación, y prefirió calificarla de relación «fraternal»^[5]. En cualquier caso, Josselson pronto se dio cuenta de que su teatral defensa de Lasky era una mala estrategia. De esta manera, accedió a la exigencia de Wisner de que Lasky fuese excluido oficialmente del proyecto. Oficiosamente, Lasky seguiría siendo el asesor más cercano de Josselson durante toda la existencia del congreso. Vendrían después otras recompensas.

Con Lasky, aparentemente, fuera de circulación, ahora, el objetivo de Wisner era darle carácter permanente al Congreso por la Libertad Cultural. Su continuidad había sido aprobada en un Consejo de Revisión de Proyectos de la OPC, a principios de 1950, y se le había asignado el nombre en clave de QKOPERA^[6]. Una de las primeras decisiones de Wisner fue trasladar la base de operaciones del congreso de Berlín a París. Existían poderosas razones simbólicas para mantener el grupo de Berlín, pero se pensó que el riesgo era excesivo, demasiado vulnerable a las infiltraciones del bando contrario.

Wisner ofreció a Josselson la tarea de dirigir el congreso por parte de la CIA. a las órdenes de Lawrence de Neufville, que había de supervisarlos desde la sección de Actividades Sindicales en Francia de la Agencia^[*]. Ambos aceptaron, dimitiendo de sus empleos de tapadera en el gobierno de ocupación americano en Alemania, pero llevándose consigo sus nombres en clave, Jonathan F. Saba (Josselson), y Jonathan Gearing (Neufville). A continuación, Wisner vinculó a Irving Brown al congreso como miembro fundamental del comité ejecutivo que había sido creado poco después de la conferencia de Berlín. En una ocasión se le describió como «más efectivo que todos los Koestlers y Silones juntos», como «la OSS en una sola persona» y como «personaje sacado de una novela de E. Phillips Oppenheim». Trabajaba para Jay Lovestone, antaño delegado en la Comintern y que ahora encabezaba la relación secreta de la CIA con el movimiento sindical estadounidense. Brown era extremadamente diestro para conseguir objetivos por métodos clandestinos, y había sido seleccionado por George Kennan, en 1948, entre los candidatos para dirigir la OPC, tarea que finalmente recaería en Frank Wisner^[7]. «Creo que *jamás* vi a Irving [Brown] utilizar ni un penique que perteneciese a la CIA», recordaba Tom Braden, que pronto se haría cargo de QKOPERA. «Él decía que procedía de los sindicatos. Era una buena tapadera. Brown tenía el cargo de pagador, pero participaba en las labores de planificación. Era un tipo inteligente y está muy bien relacionado^[8]».

Para formar parte de la directiva nombraron también a James Burnham. Tras una presencia constante entre los círculos responsables de la elaboración de políticas y de los servicios de información, Burnham era

considerado indispensable para el éxito del congreso, vínculo fundamental entre las cabezas pensantes y la oficina de Wisner. «Burnham era consejero de la OPC en prácticamente todos los temas de los que se ocupaba nuestra organización», escribió Howard Hunt, el artero embaucador de la CIA, que luego reaparecería como uno de los «fontaneros» del Watergate. «Tenía amplios contactos en Europa y, en virtud de sus antecedentes trotskistas, era una verdadera autoridad en partidos comunistas nacionales y extranjeros y en organizaciones de tapadera^[9]».

Pero no a todos les gustaba el pasado trotskista de Burnham. Según el ejecutivo de la CIA, Miles Copeland, inicialmente se produjo «cierto malestar sobre los flirteos de Burnham con la “extrema izquierda” (¿acaso no militaba en una “célula” en la que también estaban Sidney Hook, Irving Kristol y Daniel Bell?), pero todo se arregló cuando alguien recordó un comentario que venía a decir que si Jim hubiese sido un comunista *serio* se hubiese unido al partido y no hubiese sido un simple trotskista. Además, no era el único en el grupo de consultores de guardia de la CIA», que había militado en la extrema izquierda y había pasado a la extrema derecha. Según Miles Copeland, Burnham era «ciento por ciento capitalista e imperialista, firme creyente en la familia, en la empanada de manzana, el béisbol, en el *drugstore* de la esquina, y... en la democracia al estilo americano». También dijo que había aprendido de Burnham el siguiente principio: «La primera tarea de todo grupo dirigente es mantenerse en el poder^[10]». Un participante en la guerra fría se refirió a él como «muy elocuente exponente del departamento de juego sucio»^[11]. A principios de 1953, Burnham habría de tener un papel crucial en la operación AJAX de la CIA, en la cual se derrocó al Dr. Mossadegh en Teherán y se le sustituyó por el *sha*. Wisner había decidido que el plan era demasiado burdo y necesitaba «un toque de Maquiavelo», con lo cual se refería a una lección de historia por parte de Burnham. En su libro *Los maquiavelistas* (que se convertiría en un manual de los estrategas de la CIA), Burnham utilizó, además de las de Maquiavelo, las ideas de los principales pensadores europeos modernos —Mosca, Pareto, Michels, Sorel— para «desafiar la teoría política del igualitarismo Y demostrar la persistencia e inevitabilidad de una elite dirigente, incluso en una época de igualdad». Un antiguo

conocido de Burnham dijo en una ocasión que la única vez en que le vio manifestar auténtico entusiasmo intelectual fue cuando hablaba de Maquiavelo^[12].

Junto a Irving Brown, Josselson, Neufville y Lasky (sin amilanarse por su anterior despido), Burnham trabajó en la tarea de proporcionar al Congreso por la Libertad Cultural una base permanente. El comité directivo se reunió a finales de noviembre de 1950 en Bruselas, y preparó una estructura de funcionamiento de la organización, a partir de un documento redactado por Lasky en julio. Entre los que asistieron a la reunión, podemos citar a Ignazio Silone, Carl Schmid (portavoz de los socialistas en el Parlamento alemán), Eugene Kogon (dirigente católico alemán), Haakon Lie (jefe del Partido Laborista Noruego), Julian Amery (parlamentario británico), Josef Czapski (escritor y artista polaco), David Rousset, Irving Brown y Nicolas Nabokov.

En lo fundamental, la estructura planteada por Lasky fue la que se adoptó: se nombró un Comité Internacional de veinticinco miembros, y cinco presidentes honoríficos. Para dirigir sus actividades se nombraba un Comité Ejecutivo de cinco personas —director ejecutivo, director editorial, director de investigación, director de la oficina de París, director de la oficina de Berlín— quienes, a su vez, serían coordinados por el secretario general. En el organigrama de Lasky, esta estructura parecía un fiel reflejo de la dirección de la Cominform. «Los nombres eran los mismos que en el Partido Comunista —observó un historiador—. La CIA creó estos organismos culturales a imagen y semejanza del Partido Comunista, incluido el secretismo, como constituyente fundamental. En realidad hablaban el mismo idioma^[13]». En una ocasión Nicolas Nabokov se refirió a los dirigentes del congreso como «nuestros chicos del Politburó».

También se debatió en la reunión de noviembre un informe de Arthur Koestler titulado «Tareas inmediatas del período de transición». En este documento, Koestler esbozaba las «tareas técnicas» que deberían realizarse como continuación de la conferencia de Berlín. Bajo el epígrafe «Campaña política en Occidente», Koestler, que una y otra vez había recibido desaires por parte de los neutralistas en la conferencia de Berlín, escribió: «Nuestro propósito es ganar para nuestra causa a los que aún dudan, quebrar la

influencia de los Joliot-Curies, por un lado, y de los neutralistas culturales al estilo de *Les Temps modernes*, por otro^[14]».

El cuestionamiento de la base intelectual de la neutralidad fue uno de los objetivos principales de la política estadounidense de la guerra fría, y era ahora adoptada como «línea» oficial del congreso. Donald Jameson, de la CIA, explicaba: «Preocupaban particularmente los que decían, “bueno, el Este es el Este y el Oeste el oeste, y al diablo con ambos de ustedes”. [Intentamos] modificar, al menos, un poco sus posiciones hacia la forma de pensar occidental... Había muchas personas que pensaban que la neutralidad... era una postura que se encontraba en situación comprometida. Era una actitud que queríamos tuviese menos peso. Pero, por otro lado, creo que existía un consenso general de que no habría que abalanzarse sobre los neutrales y decir “Vuestra postura también es negativa, sois iguales que los rojos”, porque eso les empujaba hacia la izquierda, y eso, ciertamente, no era deseable. Pero, sí, los neutrales eran uno de nuestros objetivos^[15]».

Koestler también se había convertido en objetivo. Su documento fue discutido por la Junta Directiva en su ausencia. Ni siquiera formaba parte de ella. La intransigencia de Koestler hacia la discrepancia, su ira irracional y la arrogancia con que defendía sus posturas, habían convencido a Washington de que era más un pasivo que un activo. Desde la conferencia de junio, Koestler había estado manteniendo reuniones regulares en su casa de Verte Rive con Burnham, Brown, Raymond Aron, Lasky y otros miembros del «círculo más próximo». En palabras de Mamaine, se «había obsesionado con el congreso» y «apenas podía dormir». Estas reuniones no pasaron inadvertidas. En agosto de 1950 el semanario comunista francés *L'Action* llegó a la imaginativa conclusión de que Koestler estaba preparando en su casa un grupo terrorista, junto a Burnham y Brown.

Josselson estaba convencido de que el tono de moderación era esencial si se quería que el Congreso por la Libertad Cultural consiguiese uno de sus principales objetivos: ganarse a los indecisos la respuesta desde la central fue autorizar la destitución de Koestler de su importante cargo en la organización. De esta manera, el hombre que había redactado el Manifiesto por la Libertad Cultural era ahora eliminado procurando hacer el menor

ruido posible. En el tercer párrafo del manifiesto se decía: «La paz sólo se puede mantener si todos los gobiernos aceptan el control y la vigilancia del pueblo sobre el que gobiernan^[16]». La CIA, al marginar a Koestler y al dirigir de manera encubierta lo que sería la mayor concentración de intelectuales y «librepensadores», en realidad iba contra la propia declaración de derechos que, por otro lado, estaba financiando. Para promover la libertad de expresión, la Agencia primero tenía que comprarla y luego limitarla. El mercado de las ideas no era tan libre como parecía. Para Koestler fue una terrible traición. Sufrió una especie de «ataque de nervios», marchó a Estados Unidos y desde allí observó con amargura cómo el Congreso por la Libertad Cultural se desviaba de sus ideas.

Arthur Schlesinger fue otro valioso contacto para el Congreso. Formaba parte de lo que Stuart Hampshire, Isaiah Berlin y Stephen Spender llamaban «el aparato, el grupo de control». En una carta a Irving Brown para felicitarle tras la reunión de Berlín, Schlesinger decía con entusiasmo: «Creo que tenemos un instrumento inmensamente poderoso para la guerra política e intelectual^[17]». Schlesinger conocía de estos asuntos por haber trabajado durante la guerra en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), donde había sido destinado al departamento de Investigación y Análisis, al que se le llamaba con ironía «el campus», por su halo intelectual y de gente bien.

Schlesinger se había mantenido en estrecho contacto con el «club» exclusivo de los veteranos de la OSS, muchos de los cuales, incluido él mismo, habrían de convertirse luego en los principales políticos de la época y en consejeros presidenciales. Conocía a Allen Dulles, quien, en 1950, le invitó a formar parte del Comité Ejecutivo de Radio Europa Libre^[*], creada aquel año por la CIA (para lo cual utilizó la tapadera del Comité Nacional para una Europa Libre^[*]). Schlesinger también había participado en operaciones secretas cuando trabajaba de ayudante de Averell Harriman, jefe del Plan Marshall en Europa. «Se pensaba de forma generalizada que la Unión Soviética estaba gastando mucho dinero en organizar a sus intelectuales, y que teníamos que hacer algo para responder»^[18], recordaba Schlesinger. Con Harriman, participó en la distribución secreta de fondos de

contraparte a los sindicatos europeos, para lo cual tuvo que tratar a menudo con Irving Brown.

La relación de Schlesinger con Brown estaba ahora consolidada por los secretos que compartían. Para Schlesinger formaba parte del puñado de personas que no pertenecían a la Agencia que supieron desde el principio el verdadero origen del Congreso por la Libertad Cultural. «Yo sabía gracias a mis relaciones con los servicios de inteligencia que la primera reunión del Congreso en Berlín fue pagada por la CIA —reconoció más tarde Schlesinger—. No parecía descabellado ayudar a las personas que estuviesen de nuestro lado. De todos los gastos de la CIA, el Congreso por la Libertad Cultural fue el que más mereció la pena y el que más éxito tuvo^[19]».

Una de las primeras tareas de Schlesinger consistió en persuadir a Bertrand Russell, uno de los auspiciadores honoríficos del Congreso, de que no dimitiese. El filósofo había amenazado con hacerlo después de leer los «maliciosos informes» de Hugh Trevor-Roper, en el *Manchester Guardian*, en los que calificaba a los sucesos de Berlín como algo incómodamente cercano a una concentración nazi. En una visita a Russell en Londres, acompañado de Koestler, el 20 de septiembre de 1950, Schlesinger escuchó a Russell contarle su preocupación ante el informe de Trevor-Roper (respaldado por A. J. Ayer), y su subsiguiente decisión de retirarse. Russell se mostró frío hacia Koestler (el filósofo antaño había intentado tener relaciones amorosas con Mamaine Koestler, y el residuo de aquellos celos aún seguían interponiéndose en su relación de amistad), pero finalmente, aceptó sus razones y las de Schlesinger.

1950 fue el año de Bertrand Russell, matemático y filósofo reconocido mundialmente. Aquel año le concedieron la Orden de Mérito Británica y el Premio Nobel. Había conocido a Lenin y no le había causado buena impresión: «Su carcajada al pensar en los que habían sido masacrados me heló la sangre... Mis recuerdos más vívidos eran los de los abusos y crueldades cometidos en Mongolia». Russell había sorprendido a sus admiradores cuando, en 1948, en un discurso en el salón de actos del Westminster School, dañado por los bombardeos, sugirió amenazar a Stalin con la bomba atómica^[20]. En esa época, Russell era «acérrimo

anticomunista [e] insistía que por nuestro lado, la fuerza militar y el rearme tenían precedencia sobre *cualquier otro* asunto»^[21]. Russell también era apreciado por el IRD^[*], del que le encantaba recibir «Chismes de vez en cuando». Pero si por entonces Russell era un «halcón», a mediados de los años cincuenta abogaba por el inmediato desarme nuclear («Su aristocrático culo se ha sentado/sobre el pavimento de Londres/junto con reinas y rojos», escribió un poeta)^[22]. Su postura política parecía cambiar con el viento, y habría de causar al Congreso y a sus patrocinadores americanos muchos ardores de estómago durante los años que duró su presidencia honoraria, hasta que, finalmente, dimitió en 1956. Pero de momento, su nombre añadía lustre y satisfacía lo que para algunos era la debilidad de Josselson por el talismán de la fama.

Como Russell, los demás presidentes honorarios eran también filósofos, Y todos ellos «representantes de la recién nacida “mente euroamericana”»^[23]. Benedetto Croce era un monárquico conservador que no tenía tiempo para el socialismo o para la religión organizada (sus libros figuraban en el Índice de Libros Prohibidos del Vaticano). Ahora, ya octogenario, era reverenciado en Italia como elocuente padre del antifascismo, como hombre que había desafiado abiertamente el despotismo de Mussolini y que había sido erigido en líder moral de la resistencia. También fue un valioso contacto para William Donovan la víspera de la invasión aliada de Italia. Croce murió en 1952, y fue sustituido por Salvador de Madariaga, también muy ligado a Donovan a través del Movimiento Europeo. John Dewey, que había encabezado el Comité por la Defensa de León Trotsky, representaba al pragmático liberalismo americano. Karl Jaspers, el existencialista germano, había sido un crítico implacable del Tercer Reich. Como cristiano, en una ocasión había desafiado públicamente a Jean-Paul Sartre a que dijera si aceptaba o no los Diez Mandamientos. Jacques Maritain, humanista católico y liberal, era un héroe de la resistencia francesa. Era amigo íntimo de Nicolas Nabokov. A Isaiah Berlin le propusieron que se uniese a este rosario de filósofos-patrocinadores, pero lo rechazó porque el apoyo público a un movimiento anticomunista pondría en peligro a sus parientes del Este. Sin embargo, sí prometió su apoyo al Congreso en cualquier otra forma, no tan conspicua.

Lawrence de Neufville recordaba que Berlin lo hizo a pesar de que sabía que el Congreso estaba siendo financiado secretamente por la CIA. «Conocía nuestra participación —dijo Neufville—. No sé quién se lo dijo, pero supongo que fue uno de sus amigos de Washington^[24]».

Como sucede en todas las organizaciones profesionales, los primeros días se caracterizaron por constantes cambios de puestos mientras los participantes hacían todo lo posible por conseguir los mejores cargos. Denis de Rougemont, que nunca había sido comunista y procedía de la neutral Suiza, fue nombrado presidente del Comité Ejecutivo. Autor de *L'amour et l'Occident* [*El amor y Occidente*], De Rougemont procedía de la izquierda antifascista no marxista. Tras la guerra, había trabajado de locutor para la Voz de América, y había trabajado junto a François Bondy en la Unión Europea de Federalistas, en cuyos objetivos seguiría trabajando con la ayuda encubierta de la CIA (de lo cual, diría luego, que no sabía nada) desde su Centre Européen de la Culture (que aún sigue existiendo) desde su sede de Ginebra.

Para el cargo de secretario general, Josselson hizo todo lo que pudo para que se nombrase a su candidato predilecto, Nicolas Nabokov, quien, aun en el caso de que no lo supiese, había hecho méritos para uno de los papeles protagonistas cuando declamó en la conferencia de Berlín: «Al salir de este Congreso hemos de construir una organización para la guerra. Debemos tener un comité permanente. Debemos procurar que recurra a todas las figuras, a todas las organizaciones de lucha y a todos los métodos de lucha, con vistas a entrar en acción. Si no lo hacemos antes o después todos seremos colgados. Teníamos que haberlo hecho hace mucho tiempo^[25]». Como era de esperar, Nabokov fue elegido para el cargo.

Aparte de su viejo amigo Josselson, Nicolas Nabokov tenía padrinos poderosos. Estaba Chip Bohlen, «ese americano de pura raza» que hizo que los Estados Unidos fuesen «un verdadero hogar» para Nabokov a principios de los años cuarenta y que habría de seguir siendo, dijo Nabokov, «mi modelo, mi consejero, a menudo mi consuelo». También estaba George Kennan, que con anterioridad tan incómodo se había sentido cuando no fue admitida la solicitud de Nabokov para un empleo en la Administración. El nombre de Nabokov también aparecía en una lista supersecreta de personal

para la guerra psicológica, recomendado para ser destinado a los puestos más delicados, y que se envió a la Oficina de la secretaría del Ejército en 1950^[26]. Esta combinación de poderosos padrinos políticos logró que Nabokov aprobase el examen de seguridad que había suspendido unos años antes.

Irving Brown, el cajero pagador, ofreció a Nabokov 6.000 dólares. Nabokov, con dos hijos pequeños en el colegio, y que en aquel momento recibía un sueldo de 8.000 dólares como profesor en el Peabody Conservatory y en el Sarah Lawrence College, dijo que necesitaba más: «No olvides, que en este trabajo, habrá necesariamente gastos de representación. No es que piense dar fiestas, pero tendré que ver a mucha gente, convencerles, invitarles a comer, etc., etc.»^[27]. En realidad a Nabokov le encantaba dar fiestas, y durante los siguientes dieciséis años daría muchas, y muy espléndidas, a costa de la CIA. Por el momento, sin embargo, la cuestión del sueldo de Nabokov se dejó sin resolver. Irving Brown, que tenía acceso a unos inmensos fondos de reptiles, tenía varios ases en la manga. A la vez que era decidido partidario del Congreso, su inclinación natural era gastar el dinero disponible en financiar a la Force Ouvriere, apoyada por la CIA, en sus intentos de anular la acción de los sindicatos comunistas de estibadores en Marsella, donde estaban siendo bloqueados a diario los suministros y los envíos de armas estadounidenses del Plan Marshall. La cuestión se resolvió cuando James Burnham, en enero de 1951, ofreció un complemento al salario de Nabokov. «Se tomarán otras medidas para compensarme de mi considerable disminución de ingresos en el nuevo cargo, y que no aparecerán en la contabilidad de la operación en Europa»^[28], le dijo Nabokov a Brown, sin preocupar le, a lo que parece, la manga ancha de Burnham en relación con la contabilidad. Durante el primer año, aproximadamente, Nabokov estuvo, prácticamente a las órdenes de Burnham.

Se decidió que Lasky habría de permanecer en Berlín como director de *Der Monat*, cuyas oficinas serían la sede de la organización que representaría a Alemania en el Congreso. Josselson y Neufville se trasladarían a París y se pondrían al frente de la oficina principal, en contacto con Irving Brown, al que se dieron instrucciones para que alquilara

y equipara un local adecuado. Cuando estaban haciendo los preparativos para salir de Alemania, Josselson y Neufville conocieron interesantes novedades que se habían producido en el cuartel general de la CIA en Washington: Allen Dulles acababa de entrar en la Agencia, y con él llevó a un ayudante llamado Tom Braden. Las cosas iban a cambiar.

Allen Dulles entró en la CIA en diciembre de 1950, en el puesto de subdirector de Operaciones. Era un cargo de inmenso alcance, que le otorgaba a Dulles la responsabilidad de recopilar la información, y de supervisar la división de Frank Wisner, la Oficina de Coordinación de Políticas (OPC). Una de sus primeras decisiones fue fichar a Tom Braden, uno de sus más brillantes oficiales de la OSS, hombre que había cultivado multitud de contactos en las altas esferas a su retorno a la vida civil. Enjuto, de pelo rubio rojizo y con semblante curtido y atractivo, Braden era un coctel de John Wayne, Gary Cooper y Frank Sinatra. Nacido en 1918, en Dubuque, Iowa. el padre de Braden era agente de seguros y su madre escribía novelas románticas. Ella le enseñó a apreciar las obras de Ring Lardner, Robert Frost y Ernest Hemingway. Obtuvo su licenciatura en ciencias políticas en Dartmouth, en 1940, y luego se entusiasmó tanto con el inicio de la guerra, que se alistó en el ejército británico. Fue destinado al 8.º Ejército, 7.ª División Blindada —las famosas Ratas del Desierto— donde entabló íntima amistad con Stewart Alsop. Ambos entrarían en la OSS, lanzándose en paracaídas en la Francia ocupada para luchar en los bosques al lado de la resistencia, dominada por los comunistas. Después de la guerra, Braden y Alsop escribieron juntos un libro, *Sub Rosa: The OSS and American Espionage*, en el que de la OSS decían que daba a sus hombres «oportunidades para vivir las aventuras más increíbles que se recuerdan en ninguna guerra desde los tiempos del rey Arturo».

De vuelta a la vida civil, Braden pasó los siguientes cuatro años abogando por la creación de un servicio de inteligencia permanente. A finales de 1950, Allen Dulles le telefoneó y le pidió que entrase en la CIA como ayudante suyo. Braden aceptó. Con el nombre clave de Homer D. Hoskins, Braden en principio no estuvo asignado a ningún departamento en concreto, siendo destinado nominalmente a la OPC de Wisner, pero en realidad, trabajaba directamente para Dulles. En unos pocos meses, llegó a

conocer a la perfección la ofensiva de propaganda comunista, sintiendo poco aprecio por la respuesta americana. «Qué extraño, pensé para mis adentros, cuando veía lo que pasaba, que los comunistas, que temen entrar en cualquier tipo de organismo excepto en el Partido Comunista, consigan aliados de masas gracias a la guerra organizativa, en tanto que nosotros, los americanos, que nos apuntamos a todo, estábamos aquí sin hacer nada^[29]».

William Colby, futuro director de la CIA, llegó a la misma conclusión: «Los comunistas no ocultan su creencia en lo que llaman “el arma organizativa”: organizar el Partido como fuerza fundamental, pero después, organizar todos los demás frentes —grupos de mujeres, grupos culturales, sindicatos, agricultores, cooperativas— toda una panoplia de organizaciones de manera que incluyan la mayor cantidad de gente posible del país, dentro de estos grupos y, por lo tanto, bajo una dirección e incluso disciplina fundamentalmente comunista^[30]».

«Si el otro bando puede utilizar ideas camufladas como si fueran del propio país, en lugar de que parezca que están apoyadas o estimuladas por los soviéticos, entonces, nosotros deberíamos poder utilizar ideas camufladas de locales», razonaba Braden^[31]. Cuando tuvo una perspectiva general de la OPC de Wisner, Braden se convenció de que estaba sobrecargada de proyectos que carecían de objetivo central. Un funcionario de la CIA lo calificó como «montón de chatarra operativa». «Había una Sección de Organizaciones Internacionales^[*], pero era un batiburrillo de trabajitos que la Agencia tenía en marcha, y carecía por completo de importancia —recordaba Braden—. Fui a ver a Al [Allen Dulles] y le dije: “¿Por qué no unimos todo esto en una sola división?”. Tal vez Al esperaba que yo le propusiese algo así^[32]».

En tanto que Dulles se mostró entusiasta, la propuesta de Braden fue recibida con consternación por los miembros de la CIA que pensaban que las operaciones encubiertas implicaban el derrocamiento de líderes extranjeros «poco amistosos», como Jacobo Arbenz. Si la mitad de la Agencia en sus comienzos estaba formada por profesores de universidad (ya se la conocía como «el campus»), la otra mitad estaba formada por policías y ladrones. Junto a los universitarios que fumaban en pipa, estaban el tipo de personas, decía Braden, que no habían entendido que la guerra

había terminado. Peligrosamente empecinado, su forma de pensar era análoga a la de hombres como el general MacArthur, que quería extender la guerra de Corea bombardeando Manchuria, o el secretario de Marina, que, en 1950, había exhortado al mundo para que se preparase para otra conflagración mundial. «Yo estaba mucho más interesado en las *ideas* que estaban bajo el fuego comunista que en volar por los aires Guatemala —explicaba Braden—. Yo me consideraba más “intelectual” que belicista^[33]».

El jefe de división de Braden intentó paralizar su propuesta argumentando que «rompía la separación entre divisiones», una maniobra burocrática de una mezquindad monumental. A esto le siguió una «guerra sin cuartel», que Braden perdió. Luego, se dirigió sin más a la oficina de Dulles, y dimitió. Dulles, furioso, agarró el teléfono y llamó a Frank Wisner. «¿Qué coño está pasando?» le preguntó. «Allen le prestaba mucha atención a Wisner —recordaba Braden—. Me dio la razón al ciento por ciento. Así es cómo pude crear la División de Organizaciones Internacionales^[*], bajo el DDP [subdirector de Planes^[**]], que era Wisner. Sin embargo, no le presté demasiada atención a Wisner, trataba directamente con Allen. Tenía que hacer las cosas con cuidado porque, evidentemente, Frank era mi superior^[34]».

La creación de esta nueva división (cuyas siglas eran IOD) coincidió con (y sus actividades fueron aprobadas por) una nueva instrucción de la Seguridad Nacional, la NSC-68. Redactada en marzo de 1950 por el nuevo director del Equipo de Planificación de Políticas^[***], Paul Nitze (que había reemplazado a Kennan), la NSC-68 se convirtió en «supremo símbolo documental de la guerra fría» y se basaba en la suposición de la existencia del un monolito comunista cuyo espíritu rector residía en el Kremlin^[35]. La instrucción concluía que «Consideraciones de tipo práctico e ideológico... nos llevan a la conclusión de que no tenemos más remedio que demostrar la superioridad de la idea de libertad mediante su aplicación constructiva». «La verdad también necesita hacerse propaganda», había declarado hacía poco tiempo el filósofo Karl Jaspers. Éste era el mandato que autorizaba a los soldados de la guerra fría a tomar medidas «constructivas» para asegurarse de que la verdad triunfase sobre el engaño. Las provisiones presupuestarias establecidas por la NSC-68 demostraban la importancia que

se concedía a esta tarea: en los siguientes dos años, se iban a cuadruplicar los 34 millones de dólares gastados en la guerra psicológica en 1950.

«En la contienda para ganar las mentes de los hombres, curiosamente, la verdad puede ser el arma americana —anunció el secretario de Estado, Edward Barrett—. No puede ser un arma aislada, porque la propaganda de la verdad sólo es poderosa cuando va unida a acciones y políticas concretas... una hábil e importante campaña a favor de la verdad es tan indispensable como una fuerza aérea^[36]». La verdad, al igual que el siglo, habrían de pertenecer a Estados Unidos. Si para promover la verdad había que utilizar el engaño, que así fuese. Era lo que Koestler llamó «luchar contra una completa mentira en nombre de una media verdad».

«El objetivo de la IOD —dijo Braden— era unir a los intelectuales contra lo que se ofrecía en la Unión Soviética. La idea de que el mundo sucumbiría ante un concepto del arte, de la literatura y de la música, de corte fascista o estalinista, era una perspectiva horripilante. Queríamos agrupar a todos los artistas, escritores, músicos y a toda la gente que les seguía, para demostrar que Occidente y los Estados Unidos estaban empeñados en conseguir la libertad de expresión y del progreso intelectual, sin barreras rígidas sobre *lo que se debe escribir y lo que se debe decir y lo que se ha de hacer y lo que se ha de pintar* [las cursivas son de Braden], que es lo que sucedía en la Unión Soviética. Pienso que lo hicimos estupendamente^[37]».

La IOD funcionaba según los mismos principios que seguía Wisner en la organización de la izquierda no comunista. El objetivo de apoyar a los grupos de izquierda no era destruirlos o siquiera dominarlos, sino mantener una discreta proximidad para saber cómo pensaban; darles un medio de expresión para que pudieran descargar la tensión; e, *in extremis*, ejercer un veto final sobre su propaganda y tal vez sobre sus acciones, si se hacían demasiado «radicales». Braden dio instrucciones claras a sus nuevos cargos de la IOD en Europa: «Debe limitarse el dinero a cantidades que resulten verosímiles para una organización privada; hay que disimular el grado de interés de Estados Unidos; proteger la integridad de la organización no exigiéndole que apoye todos y cada uno de los aspectos de la política oficial norteamericana^[38]».

La nueva división de Braden había sido creada para conseguir una mejor base institucional para cosas como el Congreso por la Libertad Cultural, y ahora era a él al que sus directores tenían que dar cuenta. Se clarificaron los auténticos objetivos del Congreso. No habría de ser un centro de agitación política sino una cabeza de playa en Europa occidental desde la cual se pudiese detener el avance de las ideas comunistas. Habría de acometer una campaña amplia y unitaria de presión procedente de sus propios colegas para persuadir a los intelectuales de que se separasen de los comunistas o de las organizaciones que les apoyaban. Habría de favorecer que los intelectuales desarrollaran teorías y argumentos no dirigidos a las masas, sino a una pequeña elite de grupos de presión y hombres de Estado de los que, a su vez, dependía la política de los gobiernos. No era una fuente de información, y se prevenía a los agentes de otras divisiones de la CIA para que no intentasen utilizarlo con ese fin. Habría de servir de apoyo «independiente» a los objetivos de la política exterior estadounidense de promover una Europa unida (mediante la pertenencia de los países a la OTAN y al Movimiento Europeo, este último, sustancialmente financiado por la CIA), que incluía una Alemania unificada. Habría de ser un emisario de los logros de la cultura americana, y habría de trabajar para socavar los estereotipos negativos prevalecientes en Europa, en Francia, en particular, sobre la esterilidad cultural de los Estados Unidos. Finalmente, habría de responder a las críticas negativas de otros aspectos de la democracia americana, incluida la trayectoria del país en materia de derechos humanos.

Todas las personas elegidas por la directiva para vitalizar la nueva etapa del Congreso fueron sometidas a examen de seguridad, así como todos los que estuviesen vinculados al «aparato», y a todos los futuros empleados del Congreso. Por parte de la CIA, estaban Michael Josselson y Lawrence de Neufville. A su cargo estaba un agente que, durante tres años, se coordinaría con un colega de igual rango en Washington, que, a su vez, respondía ante un jefe de sección de la IOD. El jefe de la Sección Tercera se encargó de supervisar el Congreso. Dependía del subjefe de la división de la IOD y del jefe de la división (Braden). Conforme fue creciendo el Congreso, se fue asignando más personal de la Agencia para supervisar sus finanzas y actividades. Lejos de ser lo que en un principio Koestler había

previsto, «una operación pequeña, de presupuesto reducido, como la de Willi Munzenberg», con «poco dinero, escaso personal y sin tener a la Cominform tras nuestros pasos»^[39], el Congreso se había convertido en un «activo» de una de las divisiones de la CIA, en más rápida expansión^[40].

Como era de esperar, Braden decidió dirigir la operación QKOPERA «fuera de líneas», es decir fuera de los canales establecidos y con este fin instruyó a Neufville para que no dijese nada de sus actividades al hombre de Wisner que dirigía la oficina en Francia, Robert Thayer. Sin que Braden se enterara, Allen Dulles le comunicó en privado a Neufville que tenía que «mantenerse atento de lo que hiciese Irving Brown», aunque Neufville pronto informaría a Dulles de que esto «era casi imposible porque lo dirigía como si fuese una operación propia y nunca decía gran cosa sobre lo que hacía»^[41]. Como cabría esperar, Dulles, Wisner y Braden nunca alcanzaron reputación de buenos gestores.

Josselson y Neufville pronto habrían de establecer la oficina de París y organizar «los deberes», en jerga de la Agencia, preparar la intendencia habitual en todas las actividades encubiertas. Mientras que se ocupaban de todo esto, llegó Nabokov para comenzar su trabajo en su nuevo cargo de secretario general, trasladándose desde Nueva York con Patricia Blake a un pequeño piso en rue d'Assas, frente a los jardines de Luxemburgo. «No había precedentes recientes, no había modelos en el mundo occidental —escribió de la organización que ahora representaba—. Nadie hasta ahora ha intentado movilizar a intelectuales y artistas a escala mundial para librar una guerra ideológica contra opresores de la mente, o para defender lo que alguien llamó por el manido término de “nuestra herencia cultural”. Este tipo de guerra ideológica hasta entonces había sido monopolio exclusivo de estalinistas y nazis... Organizar una guerra racional, calculada, decididamente intelectual contra el estalinismo, sin caer en la fácil trampa maniquea de la falsa rectitud, me parecía algo esencial, especialmente en un momento en que en Estados Unidos esa guerra ideológica se estaba convirtiendo en una especie de cruzada histriónica, histérica y paranoica^[42]».

Con una energía y entusiasmo que en raras ocasiones le abandonaron, Nabokov se lanzó a su nueva carrera como empresario de la guerra fría

cultural. En mayo, el Congreso «presentó» a un importante desertor intelectual en una conferencia de prensa celebrada en París. Se trataba del joven agregado cultural de la embajada de Polonia, el poeta y traductor de *The Waste Land* [*La tierra baldía*, de T. S. Eliot], Czeslaw Milosz. Milosz había formado parte de la delegación polaca en la conferencia del Waldorf Astoria en 1949, y allí, después de su «primer encuentro con la izquierda democrática se enamoró de nosotros», según cuenta Mary McCarthy. Brillantemente puesta en escena por Nabokov, la aparición de Milosz del lado de los organizadores fue uno de los primeros golpes maestros del Congreso.

Poco después, Nabokov, acompañado por Denis de Rougemont, viajó a Bruselas para pronunciar un discurso en una cena organizada por la revista *Synthèses*. Luego volvió a toda prisa para promocionar la obra de los Amis de la Liberté, una especie de club rotario que dependía del Congreso, que organizaba reuniones de grupos de estudiantes franceses en todo el país y en la Maison des Jeunesses des Amis de la Liberté, en París. A mediados de junio, Nabokov de nuevo emprendió viaje, esta vez a Berlín, donde iba a pronunciar una conferencia sobre «el arte bajo el sistema totalitario». «Por supuesto, para mí no es una “gira de conferencias” —escribió a James Bumham—, sino mi primera “*prise de contact*” con el campo de operaciones en Alemania^[43]». Ésta fue la primera de muchas expediciones de avanzadilla similares realizadas por los ejecutivos del Congreso, de las cuales surgieron como hongos afiliados, no sólo en Europa (había oficinas en Alemania Occidental, Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca, Islandia), sino en otros continentes: Japón, India, Argentina, Chile, Australia, Líbano, México, Perú, Uruguay, Colombia, Brasil y Pakistán.

De vuelta en París, Nabokov desempeñó un importante papel en el lanzamiento de la primera revista del Congreso, *Preuves* (pruebas o evidencia). La idea de la creación de una revista cultural y política en la tradición de las grandes revistas francesas se debatieron por primera vez en febrero de 1951 en la reunión del Comité Ejecutivo de Versailles. Lo que hacía falta era una publicación que pudiese competir con *Les Temps modernes* y facilitase las deserciones de la fortaleza de Sartre. «¿Quién era el verdadero antagonista? —se preguntaría más tarde un historiador—. No

era la Unión Soviética o Moscú. Lo que realmente les obsesionaba era Sartre y Beauvoir. Ése era “el otro bando”^[44]». «Los intelectuales de la Rive Gauche eran el blanco», confirmó una persona de la organización del Congreso. «O, quizá, el blanco fuesen todos los que les escuchaban^[45]». No obstante, encontrar un director con la suficiente categoría como para atraer a estos *compagnons de route* hacia un *arrondissement* más centrista resultó difícil. En junio de 1951, Nabokov ya se estaba empezando a desesperar, y escribió a Burnharn que «la cuestión de la revista en Francia me causa noches de insomnio. Es tan difícil encontrar a alguien de la talla de Aron o Camus que quieran hacerse cargo de la dirección... la dificultad estriba en que aunque la gente habla mucho sobre compromiso, nadie se quiere comprometer. Hay una especie de lasitud y apatía, o quizá, cansancio, en el ambiente, contra los que tenemos que luchar a diario»^[46].

Al no conseguir atraer a un director francés para la revista el Comité Ejecutivo decidió darle el puesto a François Bondy, escritor suizo de lengua alemana, activista del Partido Comunista hasta el pacto entre Hitler y Stalin de 1939. Bondy, uno de los nombramientos claves para la Secretaría del Congreso, en 1950 (como director de publicaciones), había colaborado en *Der Monat* con Melvin Lasky, que le llamaba «consejero editorial por excelencia de nuestro tiempo». Bajo la dirección de Bondy, apareció finalmente el primer número de *Preuves*, en octubre de 1951. Con el objetivo de establecer un consenso atlantista, antineutralista y proamericano, *Preuves* era sin lugar a dudas el órgano de expresión del Congreso, dotándolo de una voz propia, además de servir para anunciar sus actividades y programas. Como tal, inmediatamente se tuvo que enfrentar con lo que Manès Sperber llamó «una hostilidad casi total», pero Bondy se mantuvo firme ante los virulentos ataques tanto de la izquierda como de la derecha^[47].

En aquellos primeros momentos al Congreso se le recibió casi con universal desconfianza. Los activistas que lo apoyaban se convencieron a sí mismos de que esta desconfianza era simplemente subproducto del antiamericanismo tan en boga en la época; los que no lograron convencerse, simplemente sublimaron sus preocupaciones. Los detractores, sin embargo, no perdieron ni una sola oportunidad para cuestionar la legitimidad del

Congreso como organización «libre» e «independiente». El que fuese capaz de sobrevivir a todos estos desafíos denota la tenaz persistencia de los que creían en sus fines (desde «dentro» y desde «fuera»). Cuando Georges Altman, director de *Franc-Tireur*, y François Bondy fueron enviados a Roma a finales de 1950 para conseguir el apoyo de alguna organización italiana, no dejaban de preguntarles «¿Quién paga todo esto?» y «¿Por “libertad” entienden el capitalismo americano?». Al parecer, los observadores comunistas estaban en todas las reuniones, dijeron, y muchos intelectuales italianos estaban muy susceptibles ante «la tentación totalitaria». De otros, como Alberto Moravia, se dijo que les preocupaba más el neofascismo que el comunismo. En su informe a Josselson, Bondy y Altman remarcaron el provincianismo y antiamericansimo de los intelectuales italianos. Había «grandes posibilidades» para el Congreso en Italia, pero éstas sólo madurarían como resultado de una «acción lenta, indirecta, diversificada y extremadamente discreta»^[48].

A finales de 1951, se formó la Asociación Italiana por la Libertad Cultural, bajo los auspicios de Ignazio Silone, y se convirtió en centro de una federación de un centenar, aproximadamente, de grupos culturales independientes a los que la asociación proporcionaba equipos de sonido, libros, panfletos, películas y un *ethos* internacionalista. Publicó el boletín *Libertà della Cultura*, y posteriormente, *Tempo Presente*, dirigido por Silone y Nicola Chiaromonte. Con todo, nada más crearse el socio italiano del Congreso, comenzó a desintegrarse. Nabokov fue enviado a Roma para tratar de darle un empujón a los intereses del Congreso, pero igual que antes le sucediera a Bondy y a Altman, halló a los intelectuales apáticos y predispuestos a hacer caso a «curiosos rumores» sobre el Congreso. Quejándose a Irving Brown sobre «el letargo silonesco de nuestro equipo en Italia», Nabokov dijo que había que tomar medidas radicales para transfundir algo de sangre al «aparato» italiano. «Silone reina en su trono, invisible, en el cielo, e impide que los muchachos de la oficina hagan su trabajo. Le he escrito dos cartas, le he puesto un telegrama para pedirle que descienda de sus vacaciones de verano por un día para verme aquí, en Roma... a nada me ha respondido. Veo a docenas de personas cada día. La mayoría de ellos están dispuestos a participar, a trabajar, a ayudar (Moravia

incluido) pero todos dicen que en tanto en cuanto Silone sea dueño y señor exclusivo, las cosas no funcionarán», decía quejumbroso Nabokov^[49]. Alarmado por su actitud «quijotesca», «belicosa» y «arrogante» en relación con la Iglesia, Nabokov también escribió a Jacques Maritain y le instó para que escribiera una «larga carta a las autoridades vaticanas» explicando que el Congreso por la Libertad Cultural y la Asociación Italiana tenían «políticas diferentes»^[50].

Nabokov también se desplazó hasta Londres para reunir apoyos para el socio británico, la Sociedad Británica por la Libertad Cultural^[*], fundada en enero de 1951, en la Sociedad de Autores de Whitehall Court. Nabokov se reunió con T. S. Eliot, Isaiah Berlin, David Cecil, con dirigentes del British Council, con representantes del Tercer Programa de la BBC, y con Richard Crossman, a la sazón secretario general del Partido Laborista. A su vuelta a París, pudo informar que el Congreso contaba con poderosos aliados en Inglaterra. Por separado, le dijo a Burnham que «Muchos [intelectuales británicos] piensan que nuestro Congreso es una especie de organización americana semiclandestina dirigida por ti... Pienso que nuestro permanente esfuerzo ha de ir dirigido a demostrar a los intelectuales europeos que el Congreso por la Libertad Cultural no es una agencia del servicio secreto estadounidense»^[51]. En un lenguaje normalmente utilizado por los colaboradores «conocedores» de los servicios de inteligencia, Nabokov le pidió a Burnham que comunicara a «nuestros amigos de América» la «fundamental paradoja que se da aquí: puede que nos quede poco tiempo pero hemos de trabajar como si tuviésemos todo el tiempo del mundo. El proceso de transformación de la “Operación Congreso” en un frente amplio y sólido opuesto al totalitarismo va a llevar mucho tiempo y me temo que mucho dinero»^[52].

Caramelo

No podíamos gastarlo todo. Recuerdo en una ocasión haberme reunido con Wisner y el interventor. Dios mío, dije, ¿cómo podremos gastar todo eso? No había límites y nadie tenía que rendir cuentas. Era increíble.

GILBERT GREENWAY, agente de la CIA.

Hacerse con un nicho en el competitivo mercado de la cultura de la guerra fría requería una considerable inversión. Inicialmente, fue Irving Brown quien se encargó de actuar de conducto financiero de los programas culturales de la CIA. «Y le daba a Brown 15.000, 10.000, 5.000 dólares del presupuesto de una sola vez, pero nunca supe muy bien lo que hacía con ellos», recordaba Tom Braden^[1]. Pero esto era calderilla comparado con el total de los fondos a disposición de Brown. «La clave de todo eran los fondos de contraparte —revelaría posteriormente Lawrence de Neufville—. La gente no podía decir ante el Congreso de Estados Unidos “Miren lo que están haciendo con el dinero de los contribuyentes”, porque no era nuestro dinero, era un subproducto del Plan Marshall^[2]». En una original maniobra durante los primeros años del Plan Marshall, se propuso que, para que los fondos realizaran una doble tarea, cada país receptor debería contribuir depositando una cantidad equivalente a la de Estados Unidos en su banco central. Un acuerdo bilateral entre el país y Estados Unidos permitía utilizar conjuntamente estos fondos. La parte fundamental de los fondos en dinero

(95 por ciento) seguía siendo legalmente propiedad del gobierno del país, mientras el 5 por ciento restante, pasaba a propiedad del gobierno de Estados Unidos, en depósito. Estos «fondos de contraparte» —un fondo secreto de aproximadamente 200 millones de dólares al año— eran utilizados por la CIA para financiar proyectos especiales.

En diciembre de 1950, el administrador adjunto del Plan Marshall era Richard Bissell, profesor de economía en Yale y en el MIT, en los años treinta. Un día, Frank Wisner convocó a Bissell a su oficina de Washington. Bissell, que conocía a Wisner a través de los círculos sociales de Georgetown, le describió como «muy integrado en nuestro círculo más íntimo, funcionarios de alto nivel implicados en muchas de las empresas gubernamentales que acometíamos». Bissell recordaba que Wisner había dicho que «necesitaba dinero y me pidió que ayudase a financiar las operaciones encubiertas de la OPC, asignando una pequeña cantidad del cinco por ciento de los fondos de contraparte... Es difícil saber si alguien preveía que estos [fondos] se iban a dedicar a actividades secretas. Era un tema muy desagradable. Me quedé perplejo ante la petición ya que no estaba informado sobre las actividades encubiertas. Wisner se tomó el tiempo necesario para aliviar algunas de mis preocupaciones, asegurándome que Harriman había aprobado la operación. Cuando comencé a presionarle para que me dijera cómo se iba a utilizar el dinero, me explicó que no me lo podía decir... Nosotros, en el Plan Marshall, estábamos tratando directa o indirectamente con un número considerable de personas que eran beneficiarios de los primeros programas de operaciones secretas de la CIA»^[3].

Los fondos de contraparte se habían utilizado durante la administración de Harriman del Plan Marshall para subsidiar a la OPC para organizar una operación de contrarresto contra el Día Internacional de la Resistencia a la Dictadura y a la Guerra, en abril de 1949. También habían desempeñado un papel esencial en las elecciones italianas de 1948. Ahora, Irving Brown podía incrementar los fondos reservados de la CIA, con el «Caramelo» del Plan Marshall. De la multitud de proyectos secretos financiados a través de Brown, aproximadamente 200.000 dólares (equivalentes a 1,5 millones de 1999) fueron destinados a financiar los gastos administrativos básicos del

Congreso por la Libertad Cultural en 1951. Con ellos se pagaban los sueldos de François Bondy, Denis de Rougemont, Pierre Bolomey (un protegido de Altman, que había sido nombrado tesorero), un administrador y varias secretarias. Bondy y Rougemont recibían sus salarios en dólares, transferidos por Brown a través de American Express a una cuenta en la Société de Banque Suisse, en Lausana. A los demás se les pagaba en francos franceses. El gasto mensual total para el funcionamiento del Secretariado en esta época, rondaba los cinco millones de francos. Brown también estaba financiando a Les Amis de la Liberté, con una cantidad similar. En una cuenta privada en Alemania, depositó 40.000 marcos alemanes para la oficina del Congreso en Berlín, para salarios y gastos de la oficina. La oficina italiana recibía varios miles de dólares al mes a través de la cuenta de Codignola Trista, director del periódico *Nuova Italia*. Michael Goodwin, secretario de la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, tenía acceso a un subsidio mensual de 700 libras, depositadas en su cuenta del Westminster Bank en Saint James's Park.

Antes de que Brown lograra una sede permanente para el Congreso, en el Boulevard Haussman, sus habitaciones del hotel Baltimore en la Avenue Kleber servían de cuartel general provisional de la organización. Una noche, llegó sin avisar, para tomar una copa, una joven americana que trabajaba para la División de Relaciones Laborales del Plan Marshall, y advirtió una lista de nombres, con las correspondientes cantidades en dólares, junto al teléfono de Brown. Brown había salido de la habitación para preparar las bebidas para su inesperada invitada. Creyó detectar la presencia en la *suite* de alguien más aparte de Brown. Finalmente, incapaz de esconderse por más tiempo, apareció Michael Josselson del baño, donde se había metido a toda prisa para no ser visto. A Diana Dodge, que en dos años habría de casarse con Josselson, la escena le resultó de lo más divertida. Josselson pasó mucha vergüenza.

La escena del hotel Baltimore demuestra el carácter improvisado del Congreso por la Libertad Cultural durante sus primeras etapas. «Al principio, todo tenía su razón de ser, y continuábamos como mejor creíamos»^[4], dijo Neufville. Poco a poco, las cosas comenzaron a funcionar mejor, cuando la CIA creó la burocracia necesaria para dar cabida a estas

operaciones y para darles «orientación». «Hubo varias reuniones [entre] algunas de las personas dirigentes del Congreso, incluido Lasky y los demás, y las personas responsables del asunto dentro de la Agencia»^[5], recordaba Donald Jameson, experto de la CIA en asuntos rusos, que marginalmente, también estaba implicado en QKOPERA. «La mayor parte del tiempo habría entre diez y quince personas en la sala de reuniones. Nos sentábamos alrededor de la mesa y hablábamos sobre lo que había que hacer, dónde había que hacerlo, y todo el mundo decía libremente lo que pensaba. Éste era el tono que las personas que pertenecían a la cadena de mando de la Agencia habían creado, y pienso que fue una sabia decisión. En realidad, si no se hubiese hecho así, la gente del otro lado —del lado del Congreso— hubiesen abandonado. Al menos, muchos de ellos, creo. No eran simples oportunistas que estuviesen con la Agencia porque necesitasen el cheque^[6]».

Las personas del otro lado de la mesa a las que se refería Jameson eran Josselson, Nabokov, Lasky, Bondy y, a veces, Malcolm Muggeridge, que servía de vínculo con el IRD británico. Éste era el «aparato», el grupo elegido para ser objeto de la orientación de la CIA que, a pesar de su carácter sutil, en realidad equivalía a explicar la línea política que Washington esperaba que siguiese el Congreso. Existía una reciprocidad, explicaba Jameson: la CIA comunicaría los objetivos de la política exterior estadounidense, Y a cambio, escuchaban atentamente a un grupo cuyo especial acceso a las corrientes intelectuales de Europa occidental podrían facilitar o incluso modificar los métodos y argumentos utilizados para formular estos objetivos.

Josselson, aunque, evidentemente, formaba parte de la cadena de mando de la Agencia, también se tomaba muy en serio la representación de los intereses del Congreso. Era una posición tremendamente difícil de mantener, sobre todo si quería resultar creíble. Técnicamente, dependía de Neufville, pero éste, en contadas ocasiones, intentó contradecirle. «Veía a Josselson todos los días, o si no, todas las semanas, e iba a Washington con cualquier encargo que quisiese que le hiciese», dijo Neufville. «Si yo estaba de acuerdo, cosa que sucedía habitualmente, intentaba ayudar. Para mí, mi trabajo consistía en facilitar el desarrollo del Congreso escuchando a gente

como Josselson, que tenían más experiencias que yo. Hizo un trabajo extraordinario^[7]».

«Josselson es uno de los héroes anónimos del mundo —dijo posteriormente Braden—. Hizo todo este frenético trabajo con los intelectuales de Europa, que no necesariamente estaban de acuerdo en muchas cosas aparte de su creencia esencial en la libertad, e iba de reunión en reunión, de hombre en hombre, de grupo en grupo, y les mantenía unidos y organizados y conseguía que todos hiciesen algo. Merece un lugar en la historia^[8]». Análogamente, Arthur Schlesinger recordaba a Josselson como «Un hombre extraordinario», que podía «tocar cualquier instrumento de la orquesta». Con todo y eso, había un lado más oscuro en el heroico temperamento de Josselson. Su gran talento para escuchar sin hablar, de vez en cuando era puesto a prueba por la habilidad de otros para hablar sin escuchar. «Mike, a veces, se impacientaba con todo este parloteo. Algunas veces pensaba que estas personas eran demasiado afectadas, demasiado oscurantistas. Luego se tapaba los oídos Y decía: “¡Basta! No puedo seguir escuchando esto. ¡Sigamos con el asunto!” —recordaba un colega—. Era muy directo, y tenía un punto de ebullición muy bajo —echaba humo con suma facilidad^[9]». Otro de los organizadores del Congreso pensaba que Josselson estaba «casi siempre al borde de una explosión emocional»^[10]. Josselson, que en una ocasión había revelado que su madre solía «montar escándalos en público», hacía todo lo posible por controlar su genio. No obstante, al evitar la confrontación, a menudo creaba un «ambiente enormemente cargado», de rabia contenida y salpicado de punzantes miradas de sus ojos oscuros. Cuarenta años después, Ben Sonnenberg, un escritor que tuvo un breve y poco afortunado devaneo con la CIA, en los años cincuenta, se estremecía al recordar el corazón de tinieblas^[*] de Josselson. «El nombre de Michael Josselson aún me pone los pelos de punta» llegó a decir^[11].

Josselson no podía soportar los titubeos intelectuales dada la enorme urgencia del trabajo que tenían entre manos. Por eso, cuando Irving Brown informó que la Sociedad Británica por la Libertad Cultural estaba en punto muerto a causa de las luchas y las divisiones internas, y que sólo valía para «recepciones y cócteles» (uno de sus miembros dijo que su «principal

actividad era invitar a eminentes intelectuales a comer en los caros restaurantes del Soho»), Josselson decidió imponer su autoridad sobre la organización británica. Creada en enero de 1951, tuvo unos inicios bastante azarosos. Su presidente, Stephen Spender, pronto se enemistó con el secretario honorífico, Michael Goodwin, y a finales de 1951, el Comité Ejecutivo ya se estaba desintegrando. Goodwin, como director de la publicación *Twentieth Century*, la famosa revista mensual publicada por vez primera en 1877, con el nombre *Nineteenth Century and After*, era un contacto vital para la oficina de París, que había salvado a su publicación de la desaparición a comienzos de 1951, pagando las deudas a un irritado casero y financiando el traslado a una nueva oficina en Henrietta Street, que también era sede de la Sociedad Británica. A esto le siguieron dos subsidios de emergencia a *Twentieth Century* de 2.000 y de 700 libras para pagar las cuantiosas cuentas de imprenta y papel, en agosto de 1951, además de un subsidio mensual adicional de 150 libras para «Cubrir el déficit mensual de la revista». Goodwin, que luego sería director de Programas Documentales y Dramáticos de la BBC, no sólo ofrecía a Josselson un vehículo de expresión en Inglaterra; *Twentieth Century* también era un vínculo interesante con las actividades de la propaganda cultural encubierta británica: estaba a sueldo del Departamento de Investigación de la Información.

El subsidio de Josselson para la publicación de Goodwin se concedía con la condición específica de que *Twentieth Century* se debería dedicar a rebatir las posiciones del *New Statesman and Nation*. Goodwin confirmó en una carta de enero de 1952 que esta campaña estaba adquiriendo importancia, informando que *Twentieth Century* «mantiene un fuego constante de comentarios sobre diversos temas [en el *New Statesman*] que equivale en conjunto a una destrucción crítica sistemática de sus posiciones». Por si acaso, añadía, también se disponía a socavar *Soviet Studies*, una revista trimestral de Glasgow «que probablemente es la principal fuente de apología estalinista en este país»^[12].

No obstante, Josselson nunca estuvo enteramente satisfecho con lo dispuesto en relación con *Twentieth Century*. «No tenía suficiente vigor. No era el vehículo adecuado», manifestó Diana, la mujer de Michael

Josselson^[13]. Los ataques de Goodwin al *New Statesman* estaban muy bien, pero su revista no había hecho lo suficiente para acometer los problemas indicados por Nabokov en una carta del 19 de diciembre de 1951, en la que Nabokov informaba del «generalizado descontento» del Comité Ejecutivo Internacional. «Mr. Spender le sugerirá a usted y a su consejo editorial urgentes e Importantes cambios que son plenamente respaldados por Irving Brown, Rougemont y yo mismo», escribió Nabokov con severidad^[14]. Estos cambios deberían ponerse inmediatamente en práctica, añadía, o en caso contrario, se cerraría el grifo del Congreso. A lo que Goodwin replicó con acritud el 31 de diciembre: «Todos saldremos perdiendo a no ser que la revista se mantenga, y se sepa que se mantiene, independiente... a [la revista] se la debe permitir funcionar “sin hilos”^[15]».

Las cosas fueron de mal en peor para Goodwin. En enero de 1952, Spender fue protagonista de lo que parecía un golpe para sustituir a Goodwin como secretario de la Sociedad Británica, al enviarle una lacónica carta de despido. El propio Spender había dimitido por resentimiento unas semanas antes, junto con Woodrow Wyatt y Julian Amery, y le dijo a Nabokov que iría a París a explicar las razones. Allí, convenció a los máximos responsables del Congreso de que la organización británica no podía funcionar con Goodwin al timón, y obtuvo una carta de despido, que le entregó a Goodwin. Goodwin, a su vez, culpó a Spender de la dimisión de Wyatt, y exigió a Nabokov que «atara corto» a Spender. A pesar de los pesares, Goodwin fue obligado a dimitir. Spender retornó al Comité Ejecutivo, que a partir de entonces estuvo controlado por Malcolm Muggeridge y Fredric Warburg, con Tosco Fyvel «siguiéndoles los pasos como tercera persona de la trinidad». Para alguien que siempre era calificado de insulso y bobo, Spender mostró una enérgica determinación para conseguir lo que quería en aquella situación^[16]. W. H. Auden le llamaba «santo loco dostoevskiano» y «Parsifal de pantomima». Isherwood le calificaba de «carácter esencialmente cómico» que revelaba la verdad a través de la farsa. Otros veían en él «desconcierto con muecas». (Ian Hamilton), o de «mente mal ajustada, neblinosa, nubosa, desmedida», en la que «nada tiene contornos». (Virginia Woolf). En una vida llena de

contradicción y ambigüedad, Spender ya había desarrollado una habilidad para replegarse tras estas negativas aureolas.

La dimisión de Goodwin fue un golpe para Josselson, que perdió a un contacto directo con el Departamento de Investigación de la Información. Sin embargo el IRD, pronto solucionó el problema, insertando a su hombre, John Clews, en la Sociedad Británica, en el puesto de secretario general. Pronto, Clews estaría utilizando su cargo para distribuir los documentos del IRD. En junio de 1952 escribió a Nabokov para decirle, que había tenido una «larga conversación con Hannah Arendt y le había presentado a un par de expertos del Foreign Office, como resultado de lo cual le estoy dando mucha información de primera mano que ella necesita para su nuevo libro... Si conoce a otras personas que vengan para acá y que quieran establecer similares contactos a los de la Dra. Arendt, hágamelo saber y yo lo conseguiré»^[17]. Clews también envió documentos a Josselson, recordándole (como si fuese necesario hacerlo) que los documentos se podían utilizar libremente, «pero sin revelar las fuentes».

Con el nombramiento de Clews, parecían haberse resuelto de momento los problemas en la Sociedad Británica. Tosco Fyvel director de *Tribune* y miembro clave en la directiva del Congreso, estuvo de acuerdo en «supervisar la situación de Londres». Pero Josselson aún no estaba satisfecho. Las críticas públicas de Hugh Trevor-Roper hacia el Congreso después de su primera reunión en Berlín, habían dejado una herencia de sospecha, y muchos intelectuales británicos se mostraron reacios a identificarse con una organización cuyo origen real era necesariamente oscuro. El problema era que muchos intelectuales británicos veían la mano del gobierno estadounidense intentando meterse en sus asuntos. «Solíamos hacer bromas sobre ello», dijo un oficial de la Sociedad Británica por la Libertad Cultural. «Llevaríamos a comer a nuestros amigos, y cuando ofreciesen pagar, diríamos “¡Oh, no, no se preocupen, pagan los contribuyentes americanos!”^[18]». Aún había que persuadir a muchos de que tales incentivos eran deseables.

Cette fête américaine

Este derroche de Eisenhower...

ELIZABETH BISHOP.

A principios de 1951, Nabokov envió una nota interna confidencial a Irving Brown en la que esbozaba un plan para la celebración de un importante festival de las artes. Con una sintaxis característicamente torpe (Nabokov nunca consiguió ni la soltura estilística ni la corrección gramatical en el inglés escrito que tan fácilmente adquirió Josselson), explicaba que su objetivo era lograr «la primera colaboración estrecha entre organizaciones artísticas americanas de primera fila en Europa, con las europeas y también de las producciones artísticas americanas en *pie de total igualdad* con las producciones artísticas europeas. De aquí se infiere que vaya a tener un amplio efecto beneficioso sobre la vida cultural del mundo libre, mostrando la solidaridad cultural y la interdependencia de la civilización europea y americana. Si tiene éxito, ayudará a destruir el pernicioso mito europeo (fomentado con éxito por los estalinistas) de la inferioridad cultural americana. Será un desafío desde la cultura del mundo libre a la incultura del mundo totalitario Y una fuente de valor y de “reparación moral”, en particular para los intelectuales franceses, ya que de nuevo dará sentido y objetivos a la vida cultural, dislocada y desintegrada de Francia y de la mayor parte de Europa».^[1]

Brown reaccionó ante la idea de forma dubitativa, lo mismo que Josselson, de Neufville y Lasky. Nabokov tuvo que reunir toda su capacidad

de persuasión para obtener la aprobación —y grandes cantidades de dinero— para su «festival de ensueño». Lasky nunca se sentía del todo a gusto con Nabokov, al que calificaba desdeñosamente como «el *dandy* de la revolución. A gente como Nicky le fascinaban los fuegos artificiales y el frufrú y la jarana». Lasky, el ideólogo del City College, tenía problemas para aceptar el original estilo bohemio y aristocrático de Nabokov. Así las cosas, incluso tuvo que admitir que el plan de Nabokov para «introducir un toque de extravagancia, espectáculo, propaganda, fuegos artificiales, carnaval, o lo que sea, para ampliar la audiencia y para demostrar que no sólo somos adustos intelectuales con gafas dedicados a aburridas cuestiones ideológicas, sino estetas, gente que gusta de la diversión» podía conseguir «resultados positivos»^[2].

En Estados Unidos, en la División de Organizaciones Internacionales, Tom Braden se mostraba entusiasta. La afirmación de Nabokov de que «ninguna polémica ideológica sobre la validez y significado de nuestra cultura puede compararse con los productos de la propia cultura»^[3] tuvo eco en Braden, que hacía poco había visto una obra de teatro en Varsovia bajo los auspicios del Departamento de Estado, y la encontró «atroz, como casi todo lo que hacían. No les gustaría a gente de Waterloo, Minnesota, y menos aún, de París: De todos era conocido que el Departamento de Estado no distinguía su culo de un agujero de la carretera. Estaban en otra onda, no sabía cómo utilizar lo que tenían, todo lo que hacían era de tercera o cuarta categoría»^[4]. Con unas pocas honrosas excepciones (como la exposición de Frank Lloyd Wright que recorrió Europa en 1951-1952), esta acusación sobre las iniciativas culturales del Departamento de Estado, estaba justificada. ¿A quién le habrían de impresionar unas vitrinas dedicadas a alabar la forma de vida americana en las que se incluía una dedicada a la «Fabricación del *nylon* en los Estados Unidos»? Acaso la «sencillez y elegante estilo» de los Smith College Chamber Singers, con «su aspecto fresco y encantador, con sus togas blancas» eran suficientes para convencer al público francés de que el centro de la cultura se había trasladado a Estados Unidos^[5]? «¿Quién va a ver una exposición de fotografías que muestran las glorias de América?», preguntaba Tom Braden. «Todo eso me parecían bobadas. Si se quiere hacer algo, hay que contratar a los mejores.

Al (Allen Dulles] y yo mismo, sabíamos lo que había que hacer. Parece arrogante, pero es lo que pensábamos. *Lo sabíamos*. Sabíamos algo sobre arte y música, y el gobierno, no^[6]».

Braden también había recortado un artículo del *New York Times* en el que criticaba «la absurda indiferencia de Estados Unidos sobre la importancia de la “ofensiva cultural”», señalando que la Unión Soviética gastaba más en propaganda cultural sólo en Francia, que los EE.UU en todo el mundo. Estados Unidos necesitaba algo grande y de categoría para poder intervenir de manera decisiva en la *Kulturkampf*. El plan de Nabokov ofrecía precisamente eso, y a finales de abril de 1951, Braden había conseguido el visto bueno al festival en un consejo de aprobación de proyectos de la CIA.

El 15 de mayo de 1951, el Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad Cultural, dio instrucciones a Nabokov, como secretario general del Secretariado Internacional, para que pusiese en marcha el plan. Inmediatamente, Nabokov encargó un pasaje en primera clase para Estados Unidos, parando primero en Hollywood Para ver a su «viejo amigo», Igor Stravinsky. Stravinsky (como Schönberg, Thomas Mann y, por un tiempo, Bertold Brecht) era uno de «los dioses de la alta cultura [que] habían desembarcado de Europa, para vivir, casi de incógnito, entre limoneros, chulos de playa, arquitectura neo-Bauhaus y hamburguesas de fantasía» del sur de California^[7]. En este incoherente contexto, Stravinsky saludó a su amigo bielorruso y le prometió su participación en el festival. Nabokov se quedó el tiempo suficiente en Hollywood para reunirse con José Ferrer, quien se entusiasmó tanto por los planes de Nabokov que luego le escribió diciéndole que regresara a Hollywood, ya que allí había suficiente dinero para llenar las arcas, y que él, Ferrer, haría todo lo posible para colaborar.

Tras una gira relámpago por Estados Unidos, Nabokov regresó a Europa con un puñado de contratos y promesas para actuar en el festival, cuya fecha había sido fijada para abril de 1952. Igor Stravinsky, Leontyne Price, Aaron Copland, Samuel Barber, el New York City Ballet, la Boston Symphony Orchestra, el Museo de Arte Moderno de Nueva York, James T. Farrell, W. H. Auden, Gertrude Stein, Virgil Thomson, Allen Tate, Glenway Westcott: sus obras o sus actuaciones figuraban en el programa de Nabokov.

Al regresar a Europa, pronto pudo anunciar que Jean Cocteau, Claude Debussy, William Walton, Laurence Olivier, Benjamin Britten, la Ópera de Viena, la Ópera del Covent Garden, la Troupe Balanchine, Czesław Miłosz, Ignazio Silone, Denis de Rougemont, André Malraux, Salvador de Madariaga y Guido Piovene, también figurarían en el programa.

No sorprende, dada la propia vocación de Nabokov como compositor, que la sección musical comenzase a destacar como la parte más importante del festival. Aquí, Nabokov pretendía contrarrestar, compositor por compositor, al estalinismo en las artes. «El significado político, cultural y moral del Festival y de su programa no debería hacerse público —afirmaba en su propuesta—. Deberá ser el público el que haga las lógicas e inevitables conclusiones. Prácticamente todas las obras a interpretar pertenecían a la categoría calificada de “formalista, decadente y corrupta” por los estalinistas y los críticos soviéticos, donde se incluían también las obras de compositores rusos (Prokófiev, Shostakovich, Skriabin y Stravinsky)^[8]». El espectáculo del Waldorf, donde Nabokov había desafiado a Shostakovich a repudiar el asalto del estalinismo sobre la música, habría de alcanzar ahora su punto culminante.

Los grandiosos planes de Nabokov suponían el primer desafío serio para la nueva maquinaria de propaganda cultural de la CIA. Se iban a poner seriamente a prueba la capacidad organizativa y de financiación de la incipiente IOD de Braden. Se abrió en Nueva York una «cuenta del festival», en la que el Comité Americano por la Libertad Cultural servía para lavar los fondos de la CIA y del Departamento de Estado. El dinero se transfería a través de la Fundación Fairfield, una tapadera creada por la CIA expresamente para los fondos del festival, aunque se mantuvo en el futuro, por conveniencia práctica, como principal conducto de los subsidios de la Agencia al Congreso. El apoyo financiero para la parte británica del festival se estableció mediante negociaciones con el IRD, y Woodrow Wyatt, quien, como «amigo personal del secretario del Exchequer, Mr. Gautskell», prometió conseguir más fondos.

También la IOD de Braden participó directamente en la negociación con la Orquesta Sinfónica de Boston. Nabokov ya había logrado convencer a su viejo amigo, Charles Munch, director artístico de la orquesta. Pero existían

problemas. Sólo los gastos de viaje de la orquesta eran «inmensos» según Nabokov. El festival también tuvo que encarar el problema del lucrativo ciclo Pops, lo cual significaba que la orquesta podía ver disminuidos sus ingresos previstos. Pero Braden no estaba dispuesto a perder la ocasión de contar con la que era considerada la mejor orquesta sinfónica de los Estados Unidos. Por eso, recurrió a Charles Douglas Jackson, uno de los más firmes participantes en la guerra fría, que había pedido la excedencia en *Time-Life* para trabajar en la campaña electoral de Eisenhower. «C. D.», como se le conocía habitualmente, formaba parte también del patronato de la Orquesta Sinfónica de Boston. Junto a Julius Fleischmann, presidente de la Fundación Farfield y «mecenas» del festival, C. D. «invitó» formalmente a la orquesta para que actuara en el festival. Oficialmente actuarían para el Congreso por la Libertad Cultural. Oficiosamente, estaban representando a la CIA, que ya había adelantado 130.000 dólares (en teoría, como donación de «prominentes ciudadanos y asociaciones») para costear la gira. La orquesta estaba asegurada.

El 1 de abril de 1952, se inauguró en París el festival de las Obras Maestras del Siglo XX, u Oeuvres du Vingtième Siècle, con una interpretación de *La consagración de la primavera* a cargo de la Orquesta Sinfónica de Boston, dirigida por Pierre Monteux, el mismo director que la había dirigido treinta y nueve años antes. Fue un acontecimiento deslumbrante, ante la presencia de Stravinsky, junto al presidente de Francia, Vincent Auriol, y su esposa. Durante los siguientes treinta días, el Congreso por la Libertad Cultural colmó a París con cientos de sinfonías, conciertos, óperas y ballets de setenta compositores del siglo XX. Intervinieron nueve orquestas, entre ellas, la Sinfónica de Boston, la Filarmónica de Viena, y la Orquesta RIAS de Berlín Occidental (financiada por fondos de contraparte del Plan Marshall), la Orquesta de la Suisse Romande, de Ginebra, la Orquesta de Santa Cecilia de Roma y la Orquesta de la Radiodifusión Nacional Francesa. A la cabeza del reparto figuraban aquellos compositores que habían sido proscritos por Hitler o Stalin (algunos, como Alban Berg, tuvo el honor de haber sido prohibido por ambos). Se interpretaron obras del austriaco Arnold Schönberg, expulsado de Alemania por judío y por compositor de «música decadente», en 1933, y

calificado de «antiestético, antiarmónico, caótico e inane» por los «críticos» musicales rusos; Paul Hindemith, otro refugiado de la Alemania nazi, por entonces, ridiculizado por los estalinistas por haber iniciado una escuela de «pseudocontrapunto gráfico y lineal que es ciegamente seguido por tantos pseudomodernos de Europa y América»; Y Claude Debussy, bajo cuyo «Árbol impresionista» se han dejado crecer las «flores del mal de la modernidad», según *Sovietskaya Muzyka*.

Para representar la «validez del esfuerzo creativo de nuestro siglo» también se seleccionaron obras de Samuel Barber, William Walton, Gustav Mahler, Erik Satie, Béla Bartók, Heitor Villa-Lobos, Ildebrado Pizzetti, Vittorio Rieti, Gianfranco Malipiero, Georges Auric (tachado, junto con Darius Milhaud en *Sovietskaya Muzyka* como «provocadores serviles de los gustos esnobistas y burgueses de una ciudad capitalista»), Arthur Honegger, Jean Françaix, Henri Sauguet, Francis Poulenc y Aaron Copland (al que se agrupaba con los psiquiatras Freud y Bomeigg, al filósofo Bergson, y a los «gángsteres» Raymond Mortimer y Bertrand Russell, como falsas autoridades a los que los musicólogos soviéticos nunca se deberían referir). Stravinsky, que había huido de París en 1939, dirigió su propia obra, *Oedipus Rex*, para la cual Jean Cocteau diseñó los decorados y dirigió la coreografía. (El Comité Americano por la Libertad Cultural hizo una petición en el último minuto para que Cocteau fuese eliminado del programa del festival, en un cablegrama a Nabokov, de 9 de abril de 1952, en el que decía que acababan de saber que Cocteau «había firmado el documento inspirado por los comunistas que protestaba por la ejecución de los espías soviéticos en Grecia. Esto está tan claramente inspirado por los comunistas que aquí creemos que a él se le debería excluir del programa de la Exposición». No lo fue).

El Departamento de Estado pagó la adaptación hecha por Virgil Thomson de la obra de Gertrude Stein, *Four Saints in Three Acts*, protagonizada por Leontyne Price. Luego Nabokov presumiría ante Arthur Schlesinger: «Yo fui quien la inició en su carrera, y por esta razón, siempre ha estado dispuesta a hacerme favores que no haría a nadie más». Curiosamente, la hermana de Frank Wisner, Elizabeth, también afirmaba haber descubierto y promocionado a Price, quien se calificaba a sí misma

como «hermana de chocolate» de los Wisner. Leontyne Price era una de las grandes sopranos de la época, y además, para sus patrocinadores, al menos, tenía la ventaja de ser negra. El 15 de noviembre de 1951, Albert Donnelly Jr., que de repente apareció en el Comité Americano como secretario del festival (y desapareció en cuanto terminó el festival), escribió a Julius Fleischmann: «Se ha mencionado aquí entre amigos interesados en el asunto, a una tal Leontine [sic] Price, cantante negra, que es, según pienso, protegida de Mr. Nabokov. Se supone que es excelente. ¿Podría tantear a Mr. Nabokov para ver si deberíamos contratarla para *Four Saints*? Aún no he hablado del asunto con Virgil Thomson. También existe la opinión mayoritaria de que, por razones psicológicas, todo el elenco de *Four Saints* deberían ser negros americanos: para contrarrestar la propaganda de “raza oprimida” y prevenir cualquier crítica de que tuvimos que contratar negros extranjeros porque no dejamos “salir” a los nuestros^[9]».

El comisario de la exposición de arte y escultura fue James Johnson Sweeney, crítico de arte y ex director del Museo de Arte Moderno de Nueva York, contratado para organizar la muestra. Se seleccionaron obras de Matisse, Derain, Cézanne, Seurat, Chagall, Kandinsky y otros maestros del arte moderno de principios del siglo xx, de las colecciones estadounidenses, y se fletaron hacia Europa el 18 de abril en el buque *SS Liberté*, de oportuno nombre. El comunicado de prensa de Sweeney no ocultaba el valor propagandístico de la muestra: como las obras habían sido creadas «en muchos países del mundo libre», hablarían por sí mismas «de la conveniencia de que los artistas contemporáneos vivan y trabajen en un ambiente de libertad. Se exhibirán obras maestras que no hubieran podido ser creadas ni se hubiese permitido su exhibición por parte de regímenes totalitarios como la Alemania nazi o la actual Rusia soviética y sus satélites, como ha sido puesto de manifiesto al haber calificado esos gobiernos de “degeneradas” o “burguesas” a esas pinturas o esculturas»^[10]. Habría de ser una especie de *Entartekunst*, a la inversa, en “la que en el arte «oficial» del mundo libre se incluiría todo aquello que odiaban los totalitaristas. Y aunque se trataba de obras maestras europeas, el hecho de que todas las obras expuestas pertenecieran a coleccionistas y museos americanos, lanzaba otro mensaje claro: el arte moderno debía su supervivencia y su

futuro a los Estados Unidos. La exposición de arte fue un gran éxito popular (a pesar de la crítica de Herbert Read de que era demasiado retrospectivo, y presentaba el arte del siglo xx como un hecho consumado, un período cerrado), con la mayor asistencia de público desde la guerra, según Alfred Barr, director del Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Julius Fleischmann, multimillonario famoso por su tacañería, estaba como pez en el agua, entregando dinero de la CIA, y llevándose él todo el mérito. Su contribución de más de 7.000 dólares hizo posible el traslado de la exposición a la Tate Gallery, lo que le hizo recibir el efusivo agradecimiento del Consejo de Artes de Gran Bretaña^[*], que informó que fue «un resonante éxito. Ya la han visto más de 25.000 personas y las críticas han sido excelentes».

Los debates literarios fueron muy variados. En la mesa estuvieron Allen Tate, Roger Caillois, Eugenio Montale, Guido Piovene, James T. Farrell, Glenway Westcott, William Faulkner, W. H. Auden, Czesław Miłosz, Ignazio Silone, Denis de Rougemont, André Malraux, Salvador de Madariaga y Stephen Spender. La reacción de la prensa fue tibia. Los críticos detectaron una disparidad entre el calibre de los escritores de primera línea y los escritores mediocres, y los «interminables» discursos les resultaron aburridos. El periodista que representaba a *Carrefour* (habitualmente favorable, como izquierdista y antiestalinista) escuchó a Stephen Spender, pero sólo advirtió su «semblante rubicundo» y su «mechón de pelo apuntando al infinito». De Denis de Rougemont se dijo que era «el mejor con mucho... sobrio, claro, plantea con habilidad el problema del escritor en sociedad». Pero Guido Piovene pronunció un discurso «tan tieso como el cuello de su camisa. Resulta difícil entenderle; luego, de repente se le deja de escuchar... en la puerta, un periodista italiano me dijo que había salido porque se aburría. “Los escritores se tendrían que dedicar a escribir”, dijo. Pensé que tenía más razón que un santo»^[11]. Otro crítico, lamentando la ausencia de Albert Camus y de Jean-Paul Sartre, señaló que los demás intelectuales franceses presentes en el acto —Raymond Aron, André Malraux, René Tavernier, Jules Monneret, Roger Nimier, Claude Mauriac, Jean Amrouche— todos tenían «las mismas ideas políticas», lo cual quería decir que los que les escuchasen desde fuera,

se podrían hacer una idea falsa «de nuestras concepciones estéticas y morales».

Sartre había rechazado asistir al festival, comentando con sequedad que no era «tan anticomunista como para todo eso». Si hubiese estado allí, se hubiera sentido como su protagonista de *La náusea*, «Solo en medio de estas voces felices y razonables. Todos estos personajes pasan el tiempo explicándose a sí mismos, y reconociendo, felices, que mantienen las mismas opiniones». En su novela en clave, *Los mandarines*, Simone de Beauvoir describía el mismo enojo: «Siempre las mismas caras, los mismos contextos, las mismas conversaciones, los mismos problemas. Cuanto más cambia, más se repite. Al final, uno piensa que se está muriendo en vida».

Primero fue *The God That Failed*. Ahora, aparentemente, esta congregación había hallado un Dios infalible: el Dios del anticomunismo. Ciertamente, el tipo de existencialismo egoísta, no colectivo, de Sartre no podía ofrecer nada a estos comunicantes, que estaban a favor de una cultura progresista fundamentalmente de consenso, y que presuponían una relación positiva entre los intelectuales y aquella sección de la sociedad, política y «civil», que les apoyaba. Sartre era el enemigo no sólo por su postura sobre el comunismo, sino porque predicaba una doctrina (o antidoctrina) del individualismo que chocaba contra la sociedad federalista y familiar que Estados Unidos promocionaba a través de organismos como el Congreso por la Libertad Cultural. (Por cierto, la Unión Soviética, consideraba a Sartre igualmente poco afín, calificando el existencialismo de «brebaje pútrido y nauseabundo»).

Los americanos estaban encantados en París. Elizabeth Hardwick y Robert Lowell, de viaje por Europa en aquella época, «no pudieron resistirse» a ir al festival, e informaron que todos parecían «pasarlos de maravilla». Janet Flanner, que escribía con el pseudónimo «Genet» en *The New Yorker*, dedicó toda su «Carta de París» de mayo de 1952, al festival: «Ha hecho correr tantos galones de capciosa tinta en los periódicos franceses, desperdiciado tantas tempestades de discusión entre franceses y americanos y, en conjunto, ha procurado tanto placer a los ojos y a los oídos que sin temor a equivocarnos y con admiración podemos llamarlo, un fiasco extremadamente popular^[12]». Al igual que la mayoría de los críticos,

encontró «aburridas» las conferencias literarias. Faulkner «decepcionantemente no masculló más que unas cuantas palabras incoherentes» incapaz de decir nada inteligente sobre «los absurdos temas propuestos por el comité del Congreso, como “Aislamiento y Comunicación” o “Revuelta y Comunión”». El único francés «de alguna calidad literaria» que accedió a asistir fue «el actual lugarteniente político del general de Gaulle, André Malraux, que [meramente] dijo, “Estados Unidos forma hoy parte de Europa”»^[13].

«Cette fête américaine» se convirtió en acalorado tema de conversación. *Combat*, un diario de la izquierda no comunista, publicó una serie de artículos de Guy Dumir, en los que concluía: «Confusamente, estos espectáculos culturales estaban vinculados a la firma del tratado por la constitución de un Ejército Europeo, Y al informe del almirante Fechteler [referencia a un informe, posiblemente falso, en el que se suponía que el almirante había advertido al Consejo Nacional de Seguridad sobre la inevitabilidad de la guerra para 1960] que, verdadero o falso, ha alimentado la mitología antiamericana y avivado el gran miedo existente en Europa. Esta irritante mezcla de chovinismo y complejo de inferioridad en relación con Estados Unidos (tan poco conocidos por los franceses)... ha hallado, absurdamente, pero no inexplicablemente, un medio para condenar esta exposición de las artes de Europa, a las que los americanos, con bastante torpeza, querían rendir homenaje»^[14].

Pero en otro artículo de *Combat* se ridiculizaba al «Festival de la OTAN» y protestaba de la «ruidosa presentación de estos acontecimientos» para los cuales «Se han olvidado a algunos de los mejores músicos franceses, probablemente porque no se les conozca en Alabama o Idaho... Pero pasaríamos por alto nuestro orgullo nacional si detrás de todo el asunto no estuviese oculto un objetivo muy especial. La libertad y la cultura no se pueden definir en un congreso; su rasgo fundamental es no tener ni limitaciones ni prejuicios, ni patrocinadores... Por nuestra parte, en este periódico en el que las palabras “libertad” y “cultura” se entienden siempre sin idea alguna de acuerdo o compromiso, no podemos por menos que “deplorar el uso que se hace de estas palabras en relación con las manifestaciones del Festival. El valor e interés de estos acontecimientos no

necesitan la ayuda de un “inspirado”. Barnum, ni de una bandera “atlántica”»^[15].

La intención original de Nabokov de ocultar el valor propagandístico del festival había fracasado. Había sido, en palabras de Janet Flanner, «la mayor campaña de propaganda cultural, privada o gubernamental, desde la guerra... [siendo] lo fundamental de esta propaganda, naturalmente, anticomunista». En una Francia cansada de la subvención a determinadas formas de arte, el intento del congreso de vincular las obras maestras del siglo xx a un programa político tuvo muy mala acogida. En una carta abierta a los organizadores del festival, el director del *ballet* de la Ópera de París, el inmoderado Serge Lifar, acusó furiosamente al Congreso de emprender una cruzada «sin ningún sentido» en Francia «contra un posible e imprevisible sometimiento cultural [por parte del comunismo]». Olvidando, al parecer, los años de Vichy, Lifar aseguraba que «Francia es el único país en que es impensable una “domesticación espiritual”. Si consideramos la luchas por la libertad de pensamiento y por la independencia del individuo, de Francia en el pasado, apenas se entiende cómo se atreven ustedes a venir aquí y hablar de libertad y criticar nuestras actividades intelectuales. Estimados señores, han cometido una gran equivocación: desde el punto de vista del espíritu, la civilización y la cultura, Francia no tiene que pedir opinión a nadie; es ella la que da consejos a los demás»^[16].

Franc-Tireur, el diario de izquierda, puso en cuestión el derecho de Lifar para erigirse en adalid de Francia, «cuya causa no está calificado para apoyar, en tanto en cuanto el servicio del arte no es incompatible con la devoción a la causa de la libertad y de la dignidad humana, especialmente en una época en que las causas estaban oprimidas, como lo estuvieron bajo la ocupación alemana, lo cual no impedía bailar a *monsieur* Lifar». ¡Directo a la diana! El artículo continuaba: «Por favor, olvidémonos de política y propaganda. Esa lúgubre mistificación que pone las mentes creativas artísticas o científicas al servicio del Estado o del jefe, no ha sido establecida por el mundo libre [que] permite que el espíritu sople en todos lados... Aún no han sido cortadas las alas de la libertad^[17]».

Franc-Tireur parecía haberse recuperado de aquel «apenas oculto antiamericanismo» de unos años antes, y apoyaba decididamente el festival. Ahora estaba dirigido por Georges Altman, miembro de la directiva del Congreso. También estuvo a favor el *Figaro Littéraire*, que alabó al festival como «prueba decisiva de la actividad artística independiente». Tampoco nos podemos sorprender de ello, dado que el redactor jefe era Maurice Noël, amigo de Raymond Aron, que a su vez le introdujo en el Congreso. El principal periódico, *Le Figaro*, también se definía a favor del Congreso gracias a los buenos oficios de *monsieur* Brisson, redactor jefe, cuya amistad Nabokov, tenazmente había cultivado durante sus prolongados almuerzos.

A manos de la prensa comunista, el Congreso recibió un feroz ataque. *L'Humanité* atacó al festival como parte de un plan siniestro «para facilitar la ocupación ideológica de nuestro país por parte de los Estados Unidos, para imbuir en las mentes de los franceses ideas belicistas y fascistas, cuya aceptación permitiría el alistamiento de los intelectuales franceses en un “ejército cultural”, un refuerzo del ejército europeo... Los intercambios culturales son para los americanos un medio... de reforzar sus programas de infiltración, espionaje y propaganda creados por Burnham y aprobados por el Congreso de los Estados Unidos, a través de los llamados “créditos para la seguridad”... La famosa afirmación de Mr. Henry Luce de que “El siglo xx debe, en gran medida, convertirse en el siglo americano” nos da el verdadero significado del proyecto llamado “Festival del Siglo XX”»^[18]. «Los Estados Unidos, en la actualidad, representan el papel que antaño representó Roma frente a Grecia. Los nuevos Adrianos ya no son emperadores (ni siquiera “presidentes”): son banqueros o fabricantes de coches», decía un artículo de *Combat*.

Diana Josselson recordaba el París de esta época como rebosante de antiamericanismo; por todas partes aparecía la mentalidad del «Yankee go home»: «La gente a la que uno trataba no era en realidad así, pero tenían la idea de que el típico americano era burdo e inculto». A muchos americanos les exasperaba esta falta de generosidad ante su esplendidez. «Me podría disgustar enormemente con los europeos si no me contuviese —confesó C. D. Jackson— cómo los europeos pueden permitirse decir “Americans, go

home” a la vez que dicen, “Si una sola división americana sale de suelo europeo será el fin del mundo”, me parece algo estúpido y no se corresponde con la famosa mente lógica de Europa^[19]».

En términos generales el festival de Nabokov contribuyó en última instancia a «Otra dolorosa vuelta más a las intrincadas relaciones propagandísticas franco-americanas»^[20]. Neufville, que nunca estuvo convencido de que el festival fuese buena idea, dijo luego que «pareció una carísima historia de portada. Pero luego fue tomada por Washington y nos empezaron a mandar dinero a manos llenas, porque pensaban que era una gran idea. Tuvo una especie de efecto de bola de nieve. ¿Fue un éxito? Bueno, ¿qué es lo que quería conseguir? ¿Difundió el mensaje de la libertad cultural?; no lo sé. Cumplió su misión como historia de portada, supongo. Quiero decir que presentó a Fleischmann como jefe de todo ese asunto. Fue una acción combinada. Supongo que fue un gran escaparate para todo lo procedente de Estados Unidos, y que se demostrase que podía competir con la cultura europea, y [a Washington] eso le entusiasmó»^[21].

Melvin Lasky se mostró indiferente. «La Orquesta Sinfónica de Boston costó un pastón», se quejaba. (En realidad, el coste total de traer a la orquesta a Europa fue de 166.359,84 dólares). Luego, Lasky continuaba: «Creí que [el festival] fue trivial. Carece de importancia el que los extranjeros piensen o dejen de pensar que los americanos saben tocar música. Todo este asunto no fue ningún chollo, no hubo montones de dinero, como ha dicho la gente, fue más bien escaso. Gastar tan grandes sumas de dinero en este tipo de espectaculares alardes no tenía sentido^[22]». «El antiamericanismo en la Francia de aquella época tenía mucha fuerza, y el festival de Nicolas estaba pensado para contrarrestarlo. Fue emocionante. Pero dio más peso a la idea de que Estados Unidos estaba tras el Congreso», concluía Diana Josselson^[23].

Con todo y eso, el festival tuvo dos resultados tangibles. En primer lugar lanzó a la Sinfónica de Boston como cartel publicitario del virtuosismo sinfónico de los Estados Unidos. Tras su triunfal aparición en el festival de París, la orquesta viajó a la mayoría de las principales ciudades europeas: La Haya, Amsterdam, Bruselas, Francfort, Berlín, Estrasburgo,

Lyón, Burdeos y Londres. El gran trasatlántico de la cultura americana, fue la respuesta de la CIA a los trenes de la *agitprop* soviética de antaño.

C. D. Jackson escribió entusiasmado sobre el «arrollador éxito y aceptación de la Sinfónica de Boston en su gira europea... No fue una tarea fácil de explicar, pero desde el punto de vista de la Gran Causa, era esencial, y más que justificó la sangre, sudor y lágrimas que costó. Uno de los mayores, si no el mayor de todos los peligros con que nos encontramos en Europa es la no aceptación europea de América en cuestiones que no sean la Coca-Cola, las bañeras y los tanques... La contribución de la Sinfónica de Boston en esta área intelectual y cultural es incalculable, pero es inmensa»^[24]. Braden se mostró igualmente entusiasmado, y luego recordaría «la enorme alegría que me llevé cuando la Orquesta Sinfónica de Boston obtuvo mayor aclamación en París para los Estados Unidos que la que John Foster Dulles o Dwight D. Eisenhower hubiesen logrado en cien discursos»^[25].

El segundo éxito seguro del festival fue que estableció a la Fundación Farfield como respaldo aparentemente creíble del Congreso. Esto significaba que Irving Brown ya no necesitaba seguir desembolsando dinero de sus fondos de reptiles, y desde ese momento empezó a retirarse a un segundo plano. El 30 de enero de 1952, la Fundación Farfield entró a formar parte como «Organización sin ánimo de lucro». Según su folleto de presentación, «estaba formada por un grupo de personas particulares americanas interesadas en preservar la herencia cultural del mundo libre y favorecer la constante expansión y el intercambio de conocimiento en las artes, las letras y las ciencias. Con este fin, la Fundación extiende su ayuda financiera a grupos y organizaciones implicadas en interpretar y en publicitar los últimos avances culturales y a grupos cuyas empresas en los campos literario, musical o científico puedan servir como aportación valiosa al progreso de la cultura. La Fundación ofrece asistencia a organizaciones cuyos programas tiendan a reforzar los lazos culturales que vinculan a las naciones del mundo y a mostrar a todos los pueblos que comparten las tradiciones de la cultura libre los peligros inherentes que plantea el totalitarismo al desarrollo intelectual y cultural»^[26].

El primer presidente de la Fundación y la más importante persona individual que sirvió de tapadera para la CIA, fue Julius *Junkie*^[*] Fleischmann, el multimillonario heredero de una inmensa fortuna proveniente de la industria de la levadura y de la ginebra, que vivía en Indian Hill, en las afueras de Cincinnati. Él había ayudado a financiar *The New Yorker*, y contaba con un impresionante currículum como mecenas de las artes: era director de la Metropolitan Opera de Nueva York, miembro de la Real Sociedad de las Artes de Londres, miembro del comité asesor de la Escuela de Teatro de Yale, director del Ballet Ruso de Diaghilev en Montecarlo, y de la Ballet Foundation de Nueva York, y financiador de muchas producciones de Broadway. Michael Josselson se refería a él como «mecenas americano de la cultura mundial». Su fortuna personal y sus diversos mecenazgos artísticos le convertían en perfecta y creíble fachada para la CIA en el Congreso por la Libertad Cultural.

Braden, más tarde, describió a *Junkie* como uno de los muchos «ricos que querían ser de utilidad al gobierno. Acrecentaban en cierta medida su estima personal. Se les hacía pensar que eran grandes personajes porque se les permitía conocer estas expediciones secretas para combatir a los comunistas»^[27]. Miembro de pleno derecho de la OPC de Wisner, desde el inicio, Junkie era un habitual de los polvorientos pasillos de los cobertizos del Washington Mall, orgulloso de su papel como tapadera (inicialmente a través de la Fleischmann Foundation) de actividades encubiertas. Pero en la remodelación que siguió a la creación de la División de Organizaciones Internacionales, a Junkie empezaron a no irle tan bien las cosas. «El problema era que se lo tomaba demasiado en serio —dijo Braden—. Empezó a pensar que él era el jefe de todos estos proyectos. Sólo utilizaban su nombre, pero empezó a creer que era real. Recuerdo que empezó a contarme lo que quería. Quería que su fundación hiciese esto, y no aquello. Y eso era lo último que yo quería... Al final, le ofrecimos la Farfield como una especie de sustituto. Pero nunca fue nada más que una tapadera. Quienquiera que fuese su presidente no era más que un nombre, y todos aquellos vejetes de Nueva York asistían a los consejos sólo para hacernos un favor^[28]».

«La Fundación Farfield era una fundación de la CIA y había muchas fundaciones de ese tipo —continuaba explicando Tom Braden—. Utilizábamos los nombres de las fundaciones para muchos fines pero la fundación *sólo existía* sobre el papel. Nos dirigíamos a algún millonario conocido de Nueva York y le decíamos “Queremos crear una fundación”, y le decíamos lo que intentábamos hacer y le hacíamos prometer que guardaría secreto y él nos decía “Por supuesto que lo haré”. Luego imprimíamos un papel con membrete en el que figuraba su nombre, y ya teníamos fundación. Era un mecanismo verdaderamente sencillo^[29]». Como presidente de la Fundación Farfield, a Junkie se le podía presentar a los que no estuvieran en el secreto como mecenas privado del Congreso por la Libertad Cultural. «Era muy conveniente tener un padrino al que poder mostrar —comentó Diana Josselson—, y a él le encantaba su papel. Pero la relación se convirtió en una lata, porque hacía perder a Michael mucho tiempo de cuestiones importantes mientras que hacía alarde de sus cortesías con el gran patrón^[30]».

Los directores de la Farfield mantenían reuniones cada dos meses en Nueva York, a las que solía asistir un «invitado» del Congreso —Nabokov, Josselson y Muggeridge—. Aprobaban los pagos, no hacían preguntas, interpretando lo que Muggeridge llamó «la comedia» como un deber patriótico. También había una reunión anual del consejo, que Diana Josselson calificó como «grandísima farsa, por supuesto, Michael asistía, y Junkie. Toda la relación era una farsa, en cierto modo, porque nosotros no disimulábamos nada. Se limitaban a pasarles una serie de acciones ya preparadas»^[31].

Como secretario general del Congreso, Nabokov sabía a qué agencia del gobierno debía la extraordinaria generosidad de la que disfrutó la oficina de París durante su mastodóntico festival. Años más tarde, confesaría a Josselson que «la reina Juliana Fleischmann» nunca había sido creíble. Siempre había pensado del «plutócrata Junkie» que era «Un mal conducto». Pero oficialmente, Nabokov no sabía nada, y pretendía (de manera igualmente poco creíble) que «curiosamente, ni por un momento se me ocurrió pensar en cuestiones de dinero. Probablemente debería haberlo hecho, porque resulta difícil imaginarse a los sindicatos americanos

subsidiando un grandioso y costoso festival de arte moderno, y no en Estados Unidos, sino en París, precisamente... Ni siquiera en mis sueños más delirantes podía haber esperado que mi “maravilloso festival” estuviese financiado por el espionaje norteamericano; tampoco sabía que mis pasajes en primera clase a París los pagaba la CIA a través del representante europeo de los sindicatos, el jovial Mr. Brown. Pronto, muy pronto, esa misma maquinaria del espionaje habría de utilizar “efímeras” fundaciones para inyectar dinero a ciertos grupos como nuestro Comité Cultural, a las universidades americanas, a las orquestas de refugiados... qué sé yo»^[32].

¿Era posible que Nabokov no supiera nada de nada, que no se hubiese percatado de que estaba enredado en un intencionado engaño? O es que él, como otros muchos de sus contemporáneos, se había convertido, como el Alden Pyle de Graham Green, en otro americano impasible. «Ni siquiera oían lo que yo decía; ya estaba absorbido en los dilemas de la democracia y en las responsabilidades de Occidente; estaba decidido —lo supe muy pronto— a hacer el bien, no a una persona en concreto sino a un país, a un continente, al mundo. Bueno, ahora estaba en su elemento: todo el universo por mejorar^[33]».

El Consorcio

—Sire... ¿sobre qué reinas?

—Sobre todo —respondió el rey con gran simplicidad.

El principito, ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY.

La libertad cultural no salió barata. Durante los siguientes diecisiete años, la CIA invertiría decenas de millones de dólares en el Congreso por la Libertad Cultural y en proyectos relacionados. Con este tipo de empresas, la CIA, en realidad, actuaba como Ministerio de Cultura de los Estados Unidos.

Un rasgo importante de las acciones emprendidas por la Agencia para movilizar la cultura como arma de la guerra fría era la sistemática organización de una red de «grupos» privados y «amigos», dentro de un oficioso consorcio. Se trataba de una coalición de tipo empresarial de fundaciones filantrópicas, empresas y otras instituciones e individuos que trabajaban codo con codo con la CIA, como tapadera y como vía de financiación de sus programas secretos en Europa occidental. Además, con estos «amigos» se podía contar para defender los intereses del gobierno en Estados Unidos y en el extranjero, en tanto que parecían hacerlo exclusivamente por iniciativa propia. Si bien mantenían su estatus «privado», estos individuos e instituciones, en realidad, actuaban aportando el capital de riesgo de la guerra fría, por cuenta de la CIA.

Tras este consorcio estaba Allen Dulles, que había comenzado a crear sus fundaciones al acabar la guerra, cuando él y su hermano John Foster

Dulles eran socios del bufete de abogados Sullivan y Cromwell. En mayo de 1949, Allen Dulles dirigió la formación de un Comité Nacional por una Europa Libre^[*], teóricamente por iniciativa de un «grupo de ciudadanos particulares de los Estados Unidos» pero, en realidad, una de las tapaderas más ambiciosas de la CIA. Constituido legalmente el 11 de mayo de 1949, en Nueva York, el objetivo declarado del National Committee for a Free Europe, Inc. era «emplear las muchas y diversas capacidades de los europeos orientales exiliados en el desarrollo de programas que puedan combatir activamente el dominio soviético»^[1]. Comprometidos con «la creencia de que esta lucha se puede resolver tanto por la fuerza de las ideas como por medios físicos», el Comité pronto habría de extender sus territorios a todos los aspectos de la guerra fría. «El Departamento de Estado ve con buenos ojos la formación de este grupo —anunció el secretario de Estado, Dean Acheson—. Cree que los fines de esta organización son excelentes, y aprueba esta actividad y le da su firme apoyo^[2]». Con esta pública bendición se pretendía ocultar el verdadero origen del Comité y el hecho de que sólo funcionase según dispusiese la CIA, que proporcionaba el 90 por ciento de la financiación, procedente de fondos reservados. Tras el respaldo de Acheson se escondía otra verdad. Aunque en los estatutos de constitución del Comité existía la cláusula de que «dentro de las actividades de la corporación no se hará propaganda política», para ello, específicamente es para lo que había sido creada^[3].

Al pasar a la CIA, en diciembre de 1950, Allen Dulles se convirtió en máximo responsable del Comité Nacional por una Europa Libre, junto a Carmel Offie, que se había encargado de su supervisión para la OPC de Wisner, desde su creación un año atrás. Dulles se encargó de organizar sus comités, de allegar fondos y de planificar sus estrategias. Como uno de los primeros pioneros de la organización, Dulles pensaba que el éxito del programa de guerra fría norteamericana dependía de «su capacidad de aparecer como independiente del gobierno, parecer representar convicciones espontáneas de personas individuales amantes de la libertad»^[4]. Aunque sólo fuera por este aspecto, el Comité Nacional por una Europa Libre, Inc. podría ser el paradigma de la «privatización» dirigida por la CIA, de la maquinaria de la política exterior durante la guerra fría.

El Comité Nacional por una Europa Libre, con su proliferación de subcomités, consejos de dirección y de administración, era el equivalente al *Who's Who in America*^[*]. La coordinación era esencial, y le dio un nuevo significado al jocoso comentario de Paul Valéry, de que la ambición de los europeos era ser gobernados por un comité de americanos. Formaban parte de la organización: Lucius Clay, que como Alto Comisionado en Alemania, había dado autorización a la publicación de *Der Monat*; Gardner Cowles, presidente del grupo editorial Cowles, y miembro del consejo de la Fundación Farfield; Henry Ford II, presidente de General Motors; Oveta Culp Hobby, de la directiva del Museo de Arte Moderno, que permitió que varias fundaciones particulares se utilizasen como instrumento de la CIA; el cardenal de la guerra fría, Francis Spellman; C. D. Jackson, veterano de la guerra psicológica, del consejo directivo de *Time-Life*; John C. Hughes, embajador de EE UU ante la OTAN; Junkie Fleischmann; Arthur Schlesinger; Cecil B. DeMille; Spyros Skouras; Darryl Zanuck; y Dwight D. Eisenhower. Había empresarios y abogados, diplomáticos y administradores del Plan Marshall, ejecutivos de empresas de publicidad y magnates de la prensa, directores de cine y periodistas, sindicalistas y, por supuesto, agentes de la CIA, a espaldas.

Todas estas personas estaban en el secreto. Para la Agencia, estos «conocedores» «pertenecían a su mundo, conocían su lenguaje, las palabras clave, las costumbres, los símbolos de reconocimiento. Ser “conocedor” equivalía a pertenecer al club. Hablar la misma lengua, entender las claves, conocer los entresijos de la cofradía. Los “no conocedores” estaban al margen, sin saber lo que sucedía a su alrededor, ignorantes de las concepciones del círculo íntimo que gobernaba la inteligencia»^[5]. Recordando la facilidad con la que podía reclutar a sus conciudadanos estadounidenses para que participasen en proyectos secretos, el agente de la CIA, Donald Jameson dijo: «Casi no había nadie en este país al que no pudiera dirigirme en aquella época y decirle “soy de la CIA, y me gustaría preguntarle sobre esto y sobre lo otro”, y como mínimo obtener una recepción respetuosa y un debate sobre el tema^[6]». Los agentes de la CIA casi nunca tenían que llamar a la puerta, la tenían siempre abierta.

Sólo doce meses después de su creación, este núcleo de operadores «privados» había hecho avanzar el Comité por una Europa Libre (como se le conocía familiarmente) de Dulles, desde sus «balbucientes principios hasta un programa amplio y bien definido, con operaciones a escala bastante considerable». Era «un instrumento manejable, oportuno, bien conformado» para lograr «el triunfo de las ideas». Su plantilla ascendía a 413 personas, de las cuales, 201 eran americanos, muchos, de origen europeo, y 212 exiliados «especialistas», procedentes de Europa del Este^[7]. El presupuesto, sólo del primer año fue de 1.703.266 dólares. Para Radio Europa Libre^[*] (RFE), fundada en Berlín, en 1950, bajo los auspicios del Comité, se reservó un presupuesto aparte, de 10 millones de dólares. En unos pocos años, RFE tenía 29 emisoras que transmitían en 16 idiomas diferentes y que utilizaba «todos los trucos de la oratoria conocidos, desde Demóstenes a Cicerón en sus “filípicas” contra todo aquel que apoyase al régimen estalinista»^[8]. También solicitaba los servicios de informadores de detrás del Telón de Acero, que hiciesen un seguimiento de las emisiones comunistas, que apoyasen las conferencias anticomunistas y los escritos de los intelectuales occidentales, y que distribuyesen su «investigación» a todo el mundo, a investigadores y periodistas (incluidos los afiliados al Congreso por la Libertad Cultural).

La sección encargada de recaudar fondos para el Comité por la Europa Libre era la Cruzada por la Libertad^[**], de la que el principal portavoz y representante era un joven actor de nombre Ronald Reagan. La Cruzada por la Libertad fue utilizada para lavar dinero destinado a apoyar un programa dirigido por Bill Casey, futuro director de la CIA, llamado Comité de Refugiados Internacionales^[***], de Nueva York, que supuestamente coordinaba la operación de filtrado de nazis procedentes de Alemania a los Estados Unidos donde ayudarían al gobierno en su lucha contra el comunismo.

Dulles mantuvo un firme control sobre el comité, colocando a agentes de la CIA en puestos clave. Si surgía algún problema que hubiera de resolverse «fuera de los cauces habituales», Dulles, sencillamente, convocaba una reunión con los dirigentes del Comité en un club o en un hotel de Nueva York. Los documentos clasificados como de alto secreto

recogen varias de aquellas reuniones convocadas por Dulles en el Knickerbocker Club y en el hotel Drake (en este caso, en una habitación alquilada a tal fin. ¿Cuántas campañas de la guerra fría fueron organizadas desde habitaciones de hotel?). Otras reuniones se celebraron en los despachos de Allen Dulles o de Frank Wisner, en la sede central de la CIA.

«Los EE UU eran una gran operación, muy grande», dice el narrador de *El legado de Humboldt*. Comentando la entrega con que la elite de los Estados Unidos tripulaba esta nave armada en corso, Henry Kissinger escribió: «Para gran honra de aquella generación de americanos, ellos asumieron esas responsabilidades con energía, imaginación y talento. Ayudando a reconstruir Europa, favoreciendo la unidad europea, conformando las instituciones de cooperación económica, y extendiendo la protección de nuestras alianzas, salvaguardaron la posibilidad de libertad. Esta explosión de creatividad es uno de los momentos más gloriosos de la historia de los EE UU^[9]». Henry Breck, agente de la CIA y alumno del Groton School, lo expresó de otra manera: «Por supuesto, en una guerra auténtica hay que luchar con todas las fuerzas; y las clases altas son las que más luchan. Son las que más tienen que perder».

Cuando no estaban reunidos en clubes u habitaciones de hoteles, las clases altas de Breck se dedicaban con igual empeño al negocio del espectáculo. Para Wisner, persona jovial, segura de sí misma, voluble, salvar al mundo del comunismo resultaba tan divertido como asistir a una buena fiesta, y sus colegas no le iban a la zaga. Divertido, confiado en sí mismo, a Wisner y a sus colegas les gustaba tanto una buena juerga como salvar al mundo del comunismo. A Wisner le encantaba un baile llamado Crab Walk (paso del cangrejo). Angleton, legendario consumidor de martinis (y, a veces, de todo lo que pudiese agarrar), solía bailar en las fiestas estilo libre con la música de Elvis Presley, moviéndose con entusiasmo, a veces solo. A Maurice Oldfield, jefe del MI6, conocido como «C», también le encantaba bailar. «Maurice... nos venía a visitar en Rhode Island y bailaba bajo los árboles por la noche, recordaba Janet Barnes^[10]». A medida que el mundo se fue haciendo cada vez más extraño, «el esquema se fue complicando más», la suya fue de verdad «una vida en constante estado de ebullición».

Parece increíble que unos hombres que tanto se juergueaban y que bebían de manera tan prodigiosa, pudiesen hacer sus tareas diarias. Como agentes de un nuevo orden mundial conseguían vencer el agotamiento por la sola razón de que las potenciales ganancias eran inmensas. De vuelta a sus despachos, al día siguiente se afanaban en encontrar nuevas formas de asegurar sus inversiones y de ampliar sus activos. «Generalmente buscábamos americanos que consintiesen aceptar dinero en sus cuentas y que luego lo utilizaran de diversas formas», declaró el agente secreto William Colby. «Si nos dirigíamos a cualquier institución, empresa, cualquier sitio, y decíamos “¿Está dispuesto a ayudar a su país, transfiriendo este dinero?”, decían en primer tiempo de saludo, “Por supuesto, estaría encantado”. Es fácil mover dinero por el mundo hasta hacerlo llegar al objetivo deseado. Tal vez no grandes cantidades de una sola vez, pero sí en pequeñas cantidades en la dirección correcta. Esto se puede aplicar a las cosas mucho más silvestres en las que yo, a veces, participaba, poniendo montones de dinero en moneda local en la maleta del coche y llevándolo hasta el coche de otro individuo^[11]».

A las empresas y los particulares estadounidenses que accedían a colaborar con la Agencia de esta manera se les conocía como «canales silenciosos». Estos canales también podían establecerse después de que el contacto se hubiese establecido en sentido contrario. «A menudo, venían a nosotros grupos privados americanos —recordaba el agente Lee Williams—. No siempre éramos nosotros los que nos dirigíamos a ellos. Había una comunidad de objetivos que nos parecía que disolvía cualquier inquietud fundamental sobre la moralidad de lo que hacíamos^[12]».

En 1956, tras la insurrección en Hungría, J. M. Kaplan, presidente de la Welch Grape Juice Company, y presidente y tesorero de la Fundación Kaplan (activos: 14 millones de dólares), escribió a Allen Dulles, ofreciendo sus servicios en la lucha contra el comunismo. Kaplan ofreció dedicar sus «ilimitadas energías a utilizar todas sus ideas y su inventiva con el objetivo primordial de aplastar la conspiración comunista, en toda ocasión que se presente»^[13]. Dulles, posteriormente, hizo que un «representante» de la CIA, se citase con Kaplan. La Fundación Kaplan pronto se incluiría entre los activos, un «vehículo» para los fondos

reservados destinados a la CIA, entre otros, para el Congreso por la Libertad Cultural, y a un instituto encabezado por el veterano socialista y presidente del Comité Americano por la Libertad Cultural, Norman Thomas.

El empleo de fundaciones filantrópicas era la manera más conveniente de transferir grandes sumas de dinero a los proyectos de la CIA sin descubrir la fuente a sus receptores. A mediados de los años cincuenta, la infiltración de la CIA en el campo de las fundaciones era colosal. Aunque no existen cifras de este periodo, el consejo general de un comité del Congreso de los EE UU, de 1952, nombrado para investigar las fundaciones de los EE UU, llegó a la conclusión de que «Se ha concentrado un poder sin paralelo alguno en manos de un grupo perfectamente coordinado y cuya tendencia es a hacerse permanente. Al contrario de lo que sucede con el poder en las empresas, en este caso no está controlado por los accionistas; al contrario que en el poder gubernamental, no está bajo el control del pueblo; al contrario que el poder de las iglesias, no está controlado por ningún sistema establecido de valores»^[14]. En 1976, un Comité Especial^[*] nombrado para investigar las actividades de los servicios de inteligencia de los EE UU, informó lo siguiente sobre la penetración de la CIA en las fundaciones, a mediados de los años sesenta: de 1963 a 1966 de las 700 donaciones de más de 10.000 dólares concedidas por 164 fundaciones, al menos 108, eran total o parcialmente fondos de la CIA. Lo que es más importante, en casi la mitad de las donaciones de estas 164 fundaciones para actividades internacionales, durante el mismo periodo, se trataba de fondos de la CIA.

Las fundaciones auténticas, como la Ford, la Rockefeller y la Carnegie, eran consideradas «las mejores y más creíbles formas de financiación encubierta»^[15]. En un estudio de la CIA de 1966 se argumentaba que esta técnica era «especialmente efectiva para el caso de organizaciones con afiliados, que funcionasen democráticamente, ya que necesitaban garantizar a sus propios miembros y colaboradores no conocedores, así como a sus críticos hostiles, que cuentan con fuentes de ingresos privadas, auténticas y respetables». Ciertamente, eso permitía a la CIA financiar «una aparentemente ilimitada variedad de programas secretos relacionados con

grupos juveniles, sindicatos, universidades, editoriales y otras instituciones privadas» desde principios de los años cincuenta^[16].

«Existía una sección secreta de la CIA cuya misión consistía en ayudar a encontrar tapaderas, como, por ejemplo, las fundaciones que utilizábamos para nuestras operaciones —explicaba Braden—. Yo no prestaba atención a los detalles. El Departamento Financiero se ocupaba de todo, y hablaba con el encargado de las tapaderas. Era simplemente un mecanismo que se utilizaba sin más. La Fundación Farfield era una más. No sé los nombres de todas, no recuerdo. Pero existía todo un entramado financiero. Nunca hubo peligro de que la CIA se quedase sin dinero»^[17].

Este entramado financiero se extendía por un montón de fundaciones receptoras, algunas de las cuales actuaban como tapadera y otras como vehículos. Se conocen más de 170 fundaciones que facilitaron las operaciones financieras de la CIA, entre ellas, la Hoblitzelle Foundation (vehículo de la Farfield), la Littauer Foundation (donante de la Farfield), el Miami District Fund (otra «donante» de la Farfield), el Price Fund (tapadera de la CIA), la Rabb Charitable Foundation (que recibía dinero de la CIA procedente del ficticio Price Fund, y luego se lo pasaba a la Farfield), el Vemon Fund (al igual que la Farfield, una tapadera de la CIA con un consejo que se limitaba a poner el sello a decisiones tomadas desde arriba), y el Whitney Trust. En sus consejos de administración se sentaba la crema de la clase dirigente social, financiera y política. Por algo estas fundaciones se proclamaban «privadas». Más tarde se decía de broma que si una organización filantrópica o cultural estadounidense llevaba en sus estatutos las palabras «libre» o «privada», era por fuerza una tapadera de la CIA. Así funcionaba el consorcio, exigiendo la devolución de antiguos favores de la antigua red universitaria, de la red del OSS, de los consejos de administración de Estados Unidos.

Nos basta con echar un vistazo al consejo de la Fundación Farfield para tener un fascinante mapa de estos intrincados vínculos. Junkie Fleischmann, su presidente, era consejero a sueldo de la OPC de Wisner, y, desde entonces, «conocedor». Y tapadera de la CIA para el Congreso por la Libertad Cultural. Su primo, Jay Holmes, era presidente de la Holmes Foundation, fundada en 1953, en Nueva York. Holmes empezó a hacer

pequeñas aportaciones al Congreso por la Libertad Cultural, en 1957. Desde 1962, la Holmes Foundation actuó formalmente como vehículo de transmisión del dinero de la CIA al Congreso. La Fleischmann Foundation, de la que Junkie era presidente, también figuraba como donante a la Fundación Farfield. También estaba en el consejo de la Fleischmann Foundation, Charles Fleischmann, sobrino de Junkie, que, a principios de los sesenta sería nombrado director de la Farfield.

Otro consejero de la Farfield era Cass Canfield, uno de los más distinguidos editores estadounidenses. Era director de Grosset and Dunlap, de Bantam Books, y director y presidente del consejo editorial de Harper Brothers. Canfield fue el editor americano de *The God That Failed*. Tenía multitud de relaciones con el mundo de la inteligencia, como ex oficial de la guerra psicológica y como amigo íntimo de Allen Dulles, cuyas memorias *The Craft of Intelligence*, publicó en 1963. Canfield había sido también activista y encargado de recaudar fondos para United World Federalists^[*], a finales de los cuarenta. Su presidente era Cord Meyer, luego subdirector con Tom Braden, quien reveló que «una técnica que utilizábamos era convencer a aquellos de nuestros miembros que ocupaban puestos de influencia en organizaciones profesionales, patronales o sindicatos, para que presionasen a favor de la aprobación en sus convenciones anuales, resoluciones favorables a nuestra causa»^[18]. En 1954, Canfield estuvo al frente de un Comité Democrático de las Artes. Luego sería uno de los miembros fundadores de ANTA (American National Theatre and Academy^[**]), reactivado en 1945, como equivalente a la sección de asuntos exteriores del teatro americano, junto con Jock Whitney, otro de los «canales silenciosos» de la CIA. Canfield era amigo de Frank Platt, otro de los directores de la Farfield, y agente de la CIA. A finales de los sesenta, Platt ayudó a Michael Josselson a conseguir un empleo en Harper's, intercediendo ante Canfield. Canfield pertenecía también al consejo de administración de la Sociedad Francia-América, junto con C. D. Jackson, Grayson Kirk (presidente de la Universidad de Columbia), David Rockefeller, y William Burden (presidente).

William Armistead Moale Burden, además de ser presidente de la sociedad Francia-América, era director de la Farfield. Burden era

tataranieto del comodoro Vanderbilt, y figura clave de la clase dirigente estadounidense. Era miembro y director del Consejo de Relaciones Exteriores^[*], un gabinete asesor privado formado por la elite empresarial y social norteamericana, una especie de unidad en la sombra para la elaboración de la política exterior (entre los demás miembros podemos citar a Allen Dulles, John McCloy y David Rockefeller). Durante la guerra, trabajó para el equipo de inteligencia de Nelson Rockefeller y fue presidente de un comité asesor del Museo de Arte Moderno de Nueva York. En 1956, fue nombrado presidente del museo. Ese año, también perteneció al Comité Asesor «Libros en el Extranjero», del Departamento de Estado^[**]. Antiguo subsecretario de Estado para el Ejército del Aire^[***], era un financiero con un especial interés en la financiación de la aviación, y había estado asociado con Brown Brothers, Harriman and Company y Scudeer, Stevens and Clark, en Nueva York, y había sido director de numerosas empresas, entre ellas, American Metal Company Ltd., Union Sulphur and Oil Corporation, Cerro de Paseo Corporation y del Hanover Bank. Era miembro invitado de algunos comités universitarios de Harvard y del MJT, copresidente de la exposición «Saludo a Francia». (París, primavera de 1955), patrocinada por el gobierno, y embajador de EE UU en Bruselas en 1960.

Otro ejecutivo de la Farfield era Gardner Cowles, uno de los patrocinadores de la Gardner Cowles Foundation, con sede en Iowa, cuyos importantes activos exentos de impuestos provenían de los grandes beneficios provenientes de Cowles Magazines and Broadcasting Company, de la cual era presidente. También era miembro de Cruzada por la Libertad^[*], y patrocinador de la revista *History*, publicada por la Sociedad de Historiadores Americanos, y financiada por «donaciones privadas». La revista fue producto de la guerra fría, lo mismo que la Cruzada por la Libertad, e incluía en su lista de «patrocinadores» a William Donovan, Dwight D. Eisenhower, Allen Dulles y Henry Luce.

El director ejecutivo de la Fundación Farfield que más tiempo estuvo en el cargo fue John Jack Thompson, que ocupó el puesto entre 1956 y 1965. Thompson fue reclutado para la CIA por Cord Meyer, al que conocía desde 1945, cuando ambos eran ayudantes de la delegación de EE UU en la

conferencia de San Francisco, convocada para establecer la estructura de la nueva organización de las Naciones Unidas. Thompson había estudiado en la Universidad de Columbia, discípulo de Lionel Trilling, y era muy conocido en los círculos literarios de Nueva York. Jennifer Josselson, hija de Michael, se refería a él como «Tío Jack».

Otros directores de la Farfield fueron William Vanden Heuvel, abogado de Nueva York, próximo a John y a Bobby Kennedy, y a Arthur Schlesinger (era también miembro del consejo del Comité de Rescate de Emergencia, junto con William Donovan y Cass Canfield); Joseph Verner Reed, presidente de Triton Press, vicepresidente de Hobe Sound Company, Florida, y miembro del Grupo Asesor de Teatro^[**] del Programa de Intercambio Internacional^[***] de ANTA; Fred Lazarus Jr., principal patrocinador de la Fred Lazarus Foundation (que en 1956 hizo una aportación sustancial a la Farfield) y que luego sería miembro asesor del Legado Nacional para las Artes^[***]; Donald Stralem, presidente de United Community Defense Services Inc., y patrocinador, junto con su esposa Jean, de la Shelter Rock Foundation (que aportó dinero de la CIA destinado al Congreso por la Libertad Cultural a las arcas de la Farfield, en 1962, año en que Stralem sustituyó a Fleischmann como presidente de la Farfield); Whitelaw Reid, ex director del *New York Herald Tribune*; Ralph P. Hanes, director de la Hanes Foundation, Carolina del Norte. Hanes (muy amigo de Junkie) y su mujer, Barbara, hicieron un crucero a las Bahamas con los Fleischmann y los Wisner. Finalmente, por supuesto, tenemos a Michael Josselson, cuyo nombre aparecía en el membrete de la fundación como director Internacional y que recibía su salario de la CIA a través de ella.

La Farfield no era una excepción en cuanto a su carácter incestuoso, ni mucho menos. Así era la estructura de poder en Estados Unidos en esta época. El sistema de mecenazgo privado fue el principal modelo según el cual los grupos pequeños y homogéneos habrían de defender los intereses de los Estados Unidos, y por ende los suyos propios. Llegar a la cima de la pirámide era la suprema ambición de todos los blancos, anglosajones y protestantes de los Estados Unidos, que se preciasen. El premio era un cargo en el consejo de la Ford Foundation o de la Rockefeller Foundation, ambas, instrumentos conscientes de la política exterior secreta de EE UU,

en las que directores y empleados de alto rango estaban estrechamente conectados con los servicios de inteligencia, o incluso pertenecían a ellos.

La Ford Foundation, constituida en 1936, era la flor y nata de la inmensa fortuna de Ford, con activos por valor de 3.000 millones de dólares a finales de 1950. Además por ser una fundación estaba exenta de impuestos. Dwight Macdonald la describió con gran perspicacia como «un inmenso núcleo de dinero totalmente rodeado de gente a ver qué pillaba». Los arquitectos de la política cultural de la fundación al acabar la Segunda Guerra Mundial sintonizaban perfectamente con los imperativos políticos que sustentaban la presencia de dominio de los Estados Unidos en la escena mundial. A veces, parecía como si la Ford Foundation fuese sencillamente una prolongación del gobierno en temas relacionados con la propaganda cultural internacional. La fundación tenía un amplio currículum en acciones encubiertas en Europa, actuando codo con codo con el Plan Marshall y con agentes de la CIA en proyectos específicos. Esta reciprocidad se amplió aún más cuando el planificador del Plan Marshall, Richard Bissell (con cuya firma se asignaron los fondos de contraparte a Frank Wisner) llegó a la Ford Foundation en 1952, prediciendo con total exactitud que no se podría hacer «nada para impedir que un individuo ejerza tanta influencia en su trabajo en una fundación privada como lo haría trabajando en el gobierno»^[19]. Durante su mandato en la Ford, Bissell se veía con frecuencia con Allen Dulles y otros funcionarios de la CIA, entre otros con su antigua compañera de clase en Groton, Tracy Barnes, en una «búsqueda mutua» de nuevas ideas. En enero de 1954, salió de improviso de la fundación, para entrar en la CIA, como ayudante especial de Allen Dulles, pero no sin antes haber contribuido a situar a la fundación a la vanguardia ideológica de la guerra fría.

Bissell había trabajado a las órdenes directas de Paul Hoffman, llegado a la presidencia de la Fundación Ford, en 1950, directamente desde su anterior empleo como administrador del Plan Marshall. Así, Hoffman, era un verdadero experto en cuestiones europeas, y en el poder de las ideas para solucionar problemas. Hablaba con fluidez el idioma de la guerra psicológica y, haciéndose eco del grito de Arthur Koestler en 1950 («¡Amigos, la libertad ha pasado a la ofensiva!»), él hablaba de «librar la

paz». También compartía la opinión del portavoz de la Fundación Ford, Robert Maynard Hutchins, de que el Departamento de Estado estaba «sometido a tantas interferencias políticas internas que ya no es capaz de presentar una imagen equilibrada de la cultura americana».

Una de las primeras incursiones de posguerra de la Fundación Ford en la diplomacia cultural internacional fue el lanzamiento, en 1952, del programa de Publicaciones Interculturales, bajo la dirección de James Laughlin, editor de la serie *New Directions* (que publicaba las obras de George Orwell y de Henry Miller), prestigioso custodio de los intereses de la vanguardia. Con una subvención inicial de 500.000 dólares, Laughlin creó la revista *Perspectives*, dirigida a la izquierda no comunista de Francia, Inglaterra, Italia y Alemania (y publicada en todos esos idiomas). Su propósito, en sus propias palabras, era no «tanto derrotar a los intelectuales de izquierda en un combate dialéctico sino alejarles de sus posiciones mediante la persuasión estética y racional». Además, habría de «promover la paz, incrementando el respeto por los logros no materialistas de Estados Unidos, entre los intelectuales extranjeros»^[20].

El programa de Publicaciones Interculturales, con un consejo editorial plagado de efectivos de la guerra fría, también iba dirigido a aquellos intelectuales estadounidenses que pensaban que su trabajo estaba siendo «socavado por el estereotipo predominante de Estados Unidos como infierno de la cultura de masas». Malcolm Cowley fue uno de los primeros partidarios de *Perspectives*, que ofrecía una visión de los Estados Unidos muy alejada de la de las «películas, de la dureza de las novelas policíacas, de los tebeos y de las revistas en las que hay más anuncios que texto». Un académico, Perry Miller, decía que «no se debería incluir propaganda del estilo de vida americano; esa omisión será por sí misma, el elemento propagandístico más importante, en el mejor sentido del término»^[21]. *Perspectives* nunca estuvo a la altura de las expectativas. Irving Kristol se refería a ella como «esa miserable revista de la Fundación Ford»^[22]. Como consecuencia de su fracaso, fue fácil convencer a la Fundación Ford de que se hiciese cargo del patrocinio de *Der Monat* de Lasky. Creado en octubre de 1948, con el apoyo de Lucius Clay, y financiado a través del «Fondo Reservado» de la Alta Comisión Americana^[*], el apoyo oficial de *Der*

Monat se contradecía con su afirmación de independencia. Lasky deseaba reemplazar este subsidio y, con la ayuda de Shepard Stone (un ejecutivo de la fundación que había trabajado a las órdenes de Clay en Alemania), finalmente consiguió una beca de la Fundación Ford, declarando en su número de octubre de 1954 «De ahora en adelante, somos total y absolutamente libres e independientes».

El 21 de enero de 1953, Allen Dulles, lleno de incertidumbre sobre su futuro en la CIA bajo el recientemente elegido Eisenhower, se reunió a comer con su amigo David Rockefeller. Rockefeller le dio fundadas esperanzas de que si Dulles decidía dejar la Agencia, sería nombrado presidente de la Fundación Ford. Dulles no tenía necesidad alguna de preocuparse por su futuro. Dos días después de este almuerzo, el *New York Times* dio la noticia que sería director de Inteligencia Central^[**].

Poco tiempo después se haría público el nombre del nuevo presidente de la Fundación Ford: John McCloy, arquetipo del poder y la influencia estadounidense del siglo xx. Antes de llegar a la Fundación Ford, había sido subsecretario de la Guerra, presidente del Banco Mundial, y Alto Comisionado de Alemania. En 1953, también había sido presidente del Chase Manhattan Bank, de la familia Rockefeller, y presidente del Consejo de Relaciones Exteriores^[***]. Después del asesinato de John F. Kennedy, formó parte de la Comisión Warren. Durante todo ese tiempo, no dejó de ejercer su carrera como abogado de siete grandes empresas petroleras, y director de numerosas empresas.

Como Alto Comisionado en Alemania, McCloy había accedido a encubrir a multitud de agentes de la CIA, entre ellos, a Lawrence de Neufville. Aunque oficialmente eran empleados de su administración, oficiosamente tenían que responder ante sus jefes de Washington, que no tenían obligación de tener al día a McCloy sobre sus actividades. McCloy poseía una gran cultura política, y veía de manera pragmática el inevitable interés de la CIA en la Fundación Ford, al asumir la presidencia. Ante la preocupación de algunos de los directivos de la fundación, de que en virtud de la participación de la CIA, se vería menoscabada la reputación de integridad e independencia de la fundación, McCloy argumentaba que si no cooperaban, la CIA se infiltraría silenciosamente en la organización

reclutando o colocando a su personal en los niveles inferiores. La respuesta de McCloy a este problema fue crear una unidad administrativa dentro de la Fundación Ford, específicamente encargada de la CIA, dirigida por el propio McCloy y dos empleados de la fundación. Este comité de tres personas tenía que ser consultado siempre que la Agencia quisiese utilizar la fundación, como intermediaria o como tapadera. «Ellos tenían que consultar con este comité, y si se pensaba que era razonable y no iba contra los intereses a largo plazo de la fundación, el proyecto pasaba al resto del personal de la fundación y a otros directivos que desconocían el origen de las propuestas»^[23], explicaba el biógrafo de McCloy, Kai Bird.

Después de crear este mecanismo, la Fundación Ford pasó a ser una de las organizaciones que la CIA podía movilizar para la guerra política contra el comunismo. Los archivos de la fundación revelan multitud de proyectos conjuntos. El Fondo del Este de Europa^[*], una tapadera de la CIA en la que George Kennan desempeñaba un papel protagonista, obtuvo la mayor parte de su dinero de la Fundación Ford. El fondo estableció estrechos vínculos con la Chekhov Publishing House^[**], que recibió 523.000 dólares de la Fundación Ford para la compra de obras rusas prohibidas, y la traducción al ruso de clásicos occidentales. La fundación le entregó 500.000 dólares al Comité de Rescate Internacional^[***] de Bill Casey, y cuantiosas subvenciones a otra tapadera de la CIA, la Asamblea Mundial de la Juventud^[*]. También fue uno de los mayores contribuyentes individuales al Consejo de Relaciones Exteriores^[**], un gabinete asesor privado que ejerció enorme influencia en la política exterior estadounidense y que funcionaba (y sigue funcionando) según normas de estricta confidencialidad, que incluyen no hacer públicos sus archivos durante 25 años.

Gracias a una sustancial subvención de la Fundación Ford, el Instituto para las Artes Contemporáneas^[***], fundado en Washington, en 1947, amplió, en 1958, su programa internacional. Al consejo de administración del ICA, pertenecía William Bundy, miembro del Board of National Estimates^[****], de la CIA, y yerno del ex secretario de Estado, Dean Acheson. Su hermano, McGeorge Bundy, fue presidente de la Fundación Ford, en 1966 (llegado al puesto directamente desde su cargo de ayudante

especial del presidente, a cargo de la Seguridad Nacional, lo que significaba, entre otras cosas, el control de la CIA). De la extrema generosidad de la fundación se beneficiaron Herbert Read, Salvador de Madariaga, Stephen Spender, Aaron Copland, Isak Dinesen, Naum Gabo, Martha Graham, Robert Lowell, Robert Penn Warren y Robert Richman, que formaban parte del Congreso de Líderes de la Cultura^[*****] del ICA. En realidad era una prolongación de las actividades del Congreso por la Libertad Cultural, que a su vez fue uno de los mayores beneficiarios de la Fundación Ford, de la que a comienzos de los años sesenta había recibido 7 millones de dólares.

Uno de los primeros dirigentes de la CIA que apoyaron el Congreso por la Libertad Cultural fue Frank Lindsay, a quien tenía que informar Neufville durante los preparativos de la reunión de Berlín de 1950. Lindsay era un veterano de la OSS, que, en 1947, había escrito uno de los primeros informes internos recomendando que los EE UU crearan una fuerza secreta para la guerra fría. El informe atrajo la atención de Frank Wisner, que le pidió que entrara en la organización y dirigiera las operaciones de la OPC en Europa. Como subdirector de la OPC (1949-1951), Lindsay fue responsable de la creación de los grupos de «retaguardia» de Europa occidental. En 1953, entró en la Fundación Ford, y desde allí estuvo en estrecho contacto con sus colegas del mundillo de la inteligencia.

Más tarde a Lindsay se le uniría en la fundación, Waldemar Nielsen, que luego sería nombrado director de personal. Durante todo su mandato, Nielsen fue agente de la CIA. En 1960, fue nombrado director ejecutivo del Comité Presidencial de Actividades de Información en el Exterior^[*]. En sus diferentes cargos, Nielsen trabajó codo con codo con C. D. Jackson, con el que compartía su mala opinión sobre la «absoluta indiferencia por parte de muchos altos funcionarios de esta ciudad, hacia los factores psicológicos». Nielsen era también firme partidario del Congreso por la Libertad Cultural, cuyas acciones apoyaba decididamente.

El vínculo fundamental entre el Congreso y la Fundación Ford era Shepard Stone, que se había ganado cierta reputación como experto en la estructura y procedimientos por los cuales el gobierno y los grupos privados estadounidenses, participaban en los asuntos internacionales. Como director

del dominical del *New York Times* antes de la guerra, durante la guerra fue destinado al G-2 (inteligencia militar), antes de ser nombrado director de Asuntos Públicos, a las órdenes de John McCloy, en Alemania, cargo durante el cual logró el patrocinio gubernamental para *Der Monat*. Como veterano de la guerra psicológica, John McCloy tenía en tan alta estima a Stone, como para recomendarle para sucesor del director saliente del Consejo de Estrategia Psicológica^[**], en 1951. Stone no obtuvo el cargo, pasando, en su lugar, a la Fundación Ford. En toda su carrera estuvo tan estrechamente conectado con la CIA, que muchos creían que pertenecía a la Agencia. «Shep no pertenecía a la CIA, aunque pescase en las mismas aguas»^[24], comentó un agente. En 1953, pasó un mes en Europa, por invitación de Josselson, entrevistándose con las personas clave del Congreso. A raíz de su nombramiento como director de la división de Asuntos Internacionales de la Fundación Ford, desde 1954, se acrecentó aún más la importancia de Stone para el Congreso.

La Fundación Rockefeller, no menos que la Ford, formó también parte consustancial de la maquinaria de la guerra fría de los Estados Unidos. Fue creada en 1913, siendo su principal mecenas John D. Rockefeller III. Contaba con activos superiores a los 500 millones de dólares, sin incluir los 150 millones adicionales del Rockefeller Brothers Fund Inc., un importante gabinete asesor constituido en Nueva York, en 1940. En 1957, el fondo logró reunir a las mentes más influyentes de la época en el Proyecto de Estudios Especiales, cuya tarea consistía en intentar definir la política exterior estadounidense. La Subcomisión II tenía la tarea de estudiar los Objetivos y la Estrategia de la Seguridad Internacional, y entre sus miembros se contaban Henry y Claire Booth Luce, Laurence Rockefeller, Townsend Hoopes (en representación de la empresa de Jock Whitney), Nelson Rockefeller, Henry Kissinger, Frank Lindsay y William Bundy, de la CIA.

La conjunción de los miles de millones de dólares de la Rockefeller y el Gobierno de Estados Unidos, superó incluso a la Fundación Ford. John Foster Dulles y, posteriormente, Dean Rusk, pasarían de ser presidentes de la Fundación Rockefeller a secretarios de Estado. Otros pesos pesados de la guerra fría, como John J. McCloy y Robert A. Lovett, fueron importantes

consejeros de la Rockefeller. La posición central de Nelson Rockefeller en la fundación garantizaba una estrecha relación con los círculos de la inteligencia norteamericana: había estado a cargo de toda la inteligencia en América Latina durante la Segunda Guerra Mundial. Luego, su socio en Brasil, el coronel J. C. King, fue jefe de actividades clandestinas de la CIA en el hemisferio occidental. Cuando Nelson Rockefeller fue elegido por Eisenhower para formar parte del Consejo de Seguridad Nacional, en 1954, su tarea consistió en aprobar varias operaciones secretas. Si necesitaba mayor información sobre las actividades de la CIA, no tenía más que solicitarle a su viejo amigo Allen Dulles una entrevista personal. Una de las operaciones más polémicas de la CIA, fue el programa MK-ULTRA (también llamado «Manchurian Candidate»), de investigación sobre el control mental, durante los años cincuenta. Esta investigación fue financiada con becas de la Fundación Rockefeller.

Habiendo dirigido su propio departamento de inteligencia durante la guerra, Nelson Rockefeller no había formado parte del OSS y, por supuesto, ello había sido causa de una enemistad de por vida con William Donovan. Con todo, no existían prejuicios contra los veteranos del OSS, reclutados a espaldas para la Fundación Rockefeller. En 1950, Charles B. Fahs, antiguo miembro del OSS, fue nombrado director de la sección de humanidades de la fundación. Su ayudante fue otro antiguo miembro del OSS, de nombre Chadbourne Gilpatric, que llegó directamente desde la CIA. Ambos fueron los principales vínculos con el Congreso por la Libertad Cultural y responsables del suministro de cuantiosísimos subsidios de la Rockefeller al equipo de Josselson.

Tanta importancia como Nelson Rockefeller tenía su hermano David. Controlaba el comité de donaciones de la Chase Manhattan Bank Foundation, fue vicepresidente y, luego, presidente del propio banco, miembro del Consejo de Relaciones Exteriores, presidente del Comité Ejecutivo de la International House^[*], y amigo personal de Allen Dulles y Tom Braden. «A menudo me reunía, más o menos oficialmente con David, con el permiso de Allen, para comentar lo que hacíamos —recordaba Braden—. Pensaba igual que nosotros, y apoyaba con fuerza todo lo que hacíamos. Era de la misma opinión que yo de que la única manera de ganar

la guerra fría, era la *nuestra*. A veces, David me daba dinero para cosas que no figuraban en nuestro presupuesto. Me entregó muchísimo dinero para asuntos en Francia. Recuerdo que me dio 50.000 dólares para alguien dedicado a promover la unidad europea entre los grupos juveniles. Este individuo me presentó su proyecto, se lo conté a David, y David me dio, sin más, un cheque de 50.000 dólares. La CIA ni se enteró»^[25]. Estas transacciones por libre le dieron un nuevo significado a la práctica del corso por cuenta del gobierno, y fueron un inevitable subproducto de la semiprivatización de la política exterior estadounidense durante estos años de la guerra fría. De estas mismas prácticas procederían posteriores desastres como el de Oliver North. La comparación es muy pertinente: de igual modo que el principal artífice del Irangate, «Con su mirada firme, su inexorable sentido del deber y su palpable convicción de que el fin justifica los medios»^[26], estos tempraneros amigos de la CIA, nunca se vieron afligidos por la menor sombra de duda sobre ellos mismos o sobre sus fines.

La Campaña por la Verdad

No basta con escribir en *yiddish*; hay que tener algo que decir.

Y. L. Peretz.

El inmenso festival de las artes de Nicolas Nabokov, de 1952, había supuesto la oportunidad de poner a prueba el alcance del poder propagandístico de los Estados Unidos. No obstante, en una época en la que aún no se conocía la máxima de Marshall McLuhan, de que «el medio es el mensaje», los estrategas gubernamentales se estaban preguntando cuál era exactamente el mensaje. O, como luego diría Walt Rostow, antiguo miembro del OSS y consejero especial de Eisenhower: «El problema con el juego sucio era que no sabíamos lo que decir^[1]». ¿Quién mejor que un experto publicitario para definir el mensaje?

A principios de los cincuenta, un hombre solo hizo más que cualquier otro para establecer el programa de la guerra cultural estadounidense. Como presidente del Comité Nacional por una Europa Libre y, más tarde, consejero especial de Eisenhower sobre guerra psicológica, C. D. Jackson fue uno de los más influyentes estrategas encubiertos de Estados Unidos. Había nacido en Nueva York, en 1902, hijo de un rico empresario que importaba mármoles y piedras de Europa. Estudió en Princeton y acabó sus estudios en 1924. Luego, «C. D.» pasó a trabajar en la empresa familiar y viajó mucho por Europa, cultivando unos contactos que habrían de ser fundamentales en años posteriores. En 1931 pasó a formar parte del imperio *Time-Life*, de Henry Luce, como director de publicidad. Durante la guerra,

fue uno de los principales especialistas de Estados Unidos en la guerra psicológica, siendo subdirector de la Oficina de Información para la Guerra en el Exterior, Norte de África y Oriente Próximo^[*] y luego, subdirector de la División de Guerra Psicológica^[**] (PWD), del SHAEF (Cuartel General de la Fuerza Expedicionaria Aliada^[***], bajo las órdenes de Eisenhower).

Al terminar la guerra, C. D. Retornó a Time-Life Inc., donde sería nombrado vicepresidente de *Time*. Fue uno de los primeros activistas del equipo de Allen Dulles, en Nueva York, uno de los *cowboys* de Park Avenue. Luego, en 1951, fue invitado a tomar parte en un estudio patrocinado por la CIA. para la reorganización de los servicios de inteligencia norteamericanos. Como consecuencia de ello, pasó a trabajar como director «exterior» de operaciones encubiertas de la CIA, a través de la Campaña por la Verdad^[****] y del Comité Nacional por una Europa Libre, del que sería nombrado presidente. Allí, consiguió reunir una nómina de destacados ciudadanos estadounidenses —con el general Eisenhower entre ellos— dispuestos a participar en el comité. Formó parte del Comité Ejecutivo de Radio Europa Libre, junto a Jay Lovestone, y, ocasionalmente, Arthur Schlesinger. También fue director del United Negro College Fund^[*****], consejero de la Orquesta Sinfónica de Boston Uunto a otros soldados de la guerra fría como Henry Cabot Lodge, Jacob Kaplan y Edward Taft), y perteneció a los consejos de administración del Lincoln Center for the Planning of Arts^[*****] de la Metropolitan Opera Association (junto a Cornelius Vanderbilt Whitney), y la Carnegie Corporation de Nueva York.

Eisenhower conocía bien a C. D. Jackson desde las campañas en Europa y África durante la guerra, y había sido instruido por él en el arte de la manipulación informativa. Gracias a la influencia de C. D., Eisenhower fue el primer candidato en contratar una empresa de relaciones públicas durante su campaña electoral (lo que hizo que un escritor inventase el eslogan humorístico, «Philip Morris, Lucky Strike, Alka Seltzer, I Like Ike»). Nada más entrar Eisenhower en la Casa Blanca, en enero de 1953, como trigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos, hizo un nombramiento clave para su equipo: C. D. fue nombrado asesor especial del presidente

para la Guerra Psicológica, cargo que le convirtió en oficioso ministro de propaganda, con poder casi ilimitado.

La primera misión de C. D. fue consolidar la capacidad para la guerra encubierta de Estados Unidos. La guerra psicológica y las operaciones de propaganda en aquella época estaban repartidas entre el Departamento de Estado, la Administración para la Cooperación Económica^[*] (que gestionaba el Plan Marshall), la inteligencia militar, la CIA y, dentro de la CIA, pero casi siempre de manera totalmente independiente, la OPC de Wisner. Al comprobar los conflictos de competencia y las rivalidades entre departamentos, C. D. pensó que se comportaban como «aficionados profesionales», y se quejó de una «absoluta penuria de política en Washington, un vacío absoluto». En sus propias palabras, existía «la oportunidad y el problema. La oportunidad de recuperar nuestra dinámica internacional, que no son los dólares sino las ideas. Nuestra dinámica hasta ahora —la autoprotección y los dólares— han de ser sustituidos por la anterior dinámica americana de compromiso con un ideal. Nos encontramos con la posibilidad de resurgimiento de la propuesta americana en todo el mundo... el problema es cómo preservar la dinámica sin vemos obligados a recoger velas». O sea, lo que hacía falta era un completo «diseño político y un plan para la guerra psicológica de EE UU», cuyo objetivo fuese «ganar la Tercera Guerra Mundial, sin tener que combatir»^[2].

«Nuestro objetivo en la guerra fría no es conquistar o someter por la fuerza un territorio —explicaba el presidente Eisenhower en una conferencia de prensa—. Nuestro objetivo es más sutil, más penetrante, más completo. Estamos intentando, por medios pacíficos, que el mundo crea la verdad. La verdad es que los americanos queremos un mundo en paz, un mundo en el que todas las personas tengan oportunidad del máximo desarrollo individual. A los medios que vamos a emplear para extender esta verdad se les suele llamar “guerra psicológica”. No se asusten del término porque sea una palabra de cinco sílabas. La “guerra psicológica” es la lucha por ganar las mentes y las voluntades de los hombres^[3]».

Para solucionar la fragmentación y la competencia mutua entre organismos gubernamentales para las operaciones encubiertas, el Departamento de Defensa y la CIA había propuesto un consejo

independiente que coordinase las operaciones psicológicas. A pesar de la resistencia del Departamento de Estado, George Kennan defendió la idea y fue factor clave para convencer al presidente Truman de que firmase una instrucción secreta mediante la cual creaba el Consejo de la Estrategia Psicológica^[*], el 4 de abril de 1951. Fue a este consejo (no pasó mucho tiempo para que su orwelliano título quedase reducido a sus iniciales, PSB), al que se instruyó para que preparase el «diseño político» que había propuesto C. D. Jackson.

El plan «doctrinal» o «ideológico» del PSB, apareció por primera vez en un documento sobre estrategias, clasificado como PSB D-33/2. El propio documento aún sigue siendo información clasificada, pero en un largo informe interno, un atribulado oficial del PSB, Charles Burton Marshall, citaba libremente los pasajes que más le inquietaban. «¿Cómo [puede] un gobierno presentar un amplio sistema doctrinal propio sin adoptar el color del totalitarismo?», se preguntaba. «El documento no lo indica. En realidad, acepta la uniformidad como sustituto de la diversidad. Postula un sistema que justifica “un tipo especial de creencia y estructura social”, que comprende “todos los campos del pensamiento humano”... “todos los campos intelectuales, desde la antropología y la creación artística, a la sociología y a la metodología científica”». Marshall (que habría de ser acérrimo enemigo del PSB) seguía criticando «la propuesta que se hacía en el documento de “una maquinaria” que produzca ideas que representen “el estilo de vida americano” sobre “una base sistemática y científica”». «Anticipa “una producción doctrinal” dependiente de “un mecanismo de coordinación”», observó Marshall. «Establece “un predominio de la acción rápida y efectiva para impulsar la creación y distribución de ideas”... pronostica un “movimiento intelectual a largo plazo” como resultado de estas acciones y tiene el propósito, no sólo de contrarrestar el comunismo sino de “romper los esquemas de pensamiento sectario y doctrinario” proporcionando una base intelectual para las “doctrinas hostiles a los objetivos americanos”». Su conclusión era categórica: «Eso es lo más totalitario que se puede hacer^[4]».

Marshall también discrepaba con el PSB en que se basaba en «teorías sociales no racionales», que otorgan preeminencia al papel de la elite «en

un modo que recuerda a Pareto, Sorel, Mussolini, etc.». ¿Acaso no eran éstos los modelos utilizados por James Burnham en su libro *Los maquiavelistas*? Quizá tuvieron un ejemplar a mano al redactar el PSB D-33/2. Lo más probable es que estuviese a mano el propio Burnham. Ciertamente, era la teoría de Burnham del gobierno de una elite al que se oponía Marshall. «A los individuos se les relega a una importancia de tercer orden —continuaba Marshall—. La supuesta elite aparece como único grupo al que se tiene en cuenta. A la elite se la define como aquel numéricamente “limitado grupo, capaz de e interesado en manipular las cuestiones doctrinales”, los ideólogos que mueven los hilos intelectuales “para formar, o, al menos, para predisponer, las actitudes y opiniones” de los que, a su vez, son líderes de la opinión pública»^[5]. Según la exégesis de Marshall, el PSB preveía trabajar sobre la elite de cada uno de los temas, para predisponer a sus miembros a favor de «la filosofía de los planificadores». La utilización de las elites locales ayudaría a ocultar el origen estadounidense de la acción «para que parezca que es iniciativa propia». Pero no sólo iba dirigido a los extranjeros. Aunque el documento negaba toda intención de hacer propaganda al pueblo estadounidense, propugnaba un programa de adoctrinamiento en los organismos militares, inyectando las ideas adecuadas en los tebeos de los soldados, y haciendo que sus capellanes las difundieran^[6].

Las mordaces críticas de Marshall apuntaban directamente a los propios fundamentos del programa de guerra cultural secreta de los Estados Unidos. La teoría de la elite que sostiene el documento doctrinal del PSB seguía exactamente el mismo modelo que el que empleaba la CIA para justificar su apoyo a la izquierda no comunista y su apoyo al Congreso por la Libertad Cultural. Comentando la utilización de la clase dirigente intelectual para que desarrollaran «la filosofía de los planificadores», el agente de la CIA Donald Jameson decía sin ninguna intención irónica, «En lo que respecta a las actitudes que la Agencia quería inspirar por medio de estas actividades, evidentemente, lo que les hubiese gustado crear era gente que *por propio razonamiento y convicción*, estuviese convencida de que todo lo que hacía el gobierno de los Estados Unidos era lo correcto»^[7].

Con todo y eso, las críticas de Marshall cayeron en saco roto. El director del PSB, Raymond Allen llegó a declarar altaneramente que «Los principios e ideales plasmados en la Declaración de Independencia y en la Constitución, han de exportarse y... son patrimonio de toda la humanidad. Debemos apelar a las necesidades fundamentales de todos los hombres, que, en mi opinión, son las mismas para el granjero de Kansas y para el granjero del Punjab»^[8]. En mayo de 1952, el recién reforzado PSB pasó a encargarse oficialmente de la supervisión y coordinación del programa de guerra psicológica de la CIA, cuyo nombre en clave era «Packet». Ello le dio una visión general de la campaña de la CIA para ejercer presión sobre los «líderes de opinión» extranjeros, incluyendo a periodistas, comentaristas políticos, artistas, profesores universitarios y científicos, entre los cuales, el comunismo tenía tanto ascendiente. Ganar a estos influyentes personajes a la causa de la «libertad» exigía un programa de «operaciones intelectuales, como seminarios, simposios, libros, revistas especializadas, bibliotecas, intercambio de personas, creación de cátedras subvencionadas, etc.». Bajo este epígrafe, el PSB asumía la supervisión del Movimiento de Rearme Moral de Europa^[*], la Cruzada por la Libertad, Radio Europa Libre, Paix et Liberté, el Comité Americano por la Libertad Cultural, e incluso, operaciones que requerían transmisiones desde barcos, «películas tridimensionales», y «la utilización de canciones populares, folklore, leyendas populares y de cuentacuentos ambulantes». En junio de 1953, Packet ya formaba parte del «Programa Doctrinal» del PSB, cuyos «objetivos psicológicos» eran según rezaba un nuevo documento, «atraer a intelectuales, investigadores y grupos que crean opinión» para «romper los esquemas de pensamiento sectario» que han sido «la base del comunismo y de otras doctrinas hostiles a los objetivos americanos». Esta campaña de persuasión, según se explicaba, «habría de crear confusión, dudas y pérdida de confianza en los esquemas de pensamiento establecidos de los comunistas convencidos [y de los] arribistas cautivos». A la CIA se le ordenó «dar permanente prioridad a todas las actividades que apoyen los objetivos de este programa»^[9]. En menos de dos años desde su creación, el PSB «había logrado finalmente establecerse como parte esencial en el diseño y “ejecución de la política exterior»^[10].

C. D. tenía acceso exclusivo a las maquinaciones secretas del PSB y a los departamentos gubernamentales relacionados. Por eso llegó a ser la figura más solicitada en ese reducido círculo del poder al que se conocía como «gobierno invisible». Sentado a guisa de soberano oriental u oráculo délfico, recibía un flujo constante de visitantes en busca de su sabiduría en temas de lo más diverso. Su minuciosa documentación de estas visitas, nos permite conocer de primera mano el mundo de la clandestinidad. Llegaron agentes del PSB con planes para la guerra intelectual, entre los cuales había uno que consistía en dejar caer todo tipo de propaganda, tras el Telón de Acero, desde unos globos de helio. Del Departamento de Investigación de la Información, se presentó Adam Watson, para enseñarle a C. D. un informe sobre la política británica de guerra psicológica, «de la cual, Watson me aseguró que era una acción extraordinaria y sin precedentes por parte del HMG^[*]. En relación con esto planteó el problema de que los británicos compartían prácticamente toda su información con nosotros y nosotros no compartíamos nada con ellos. Le dije que los agentes de nuestro país son muy conscientes de esa situación, y que esperaba se solucionase muy pronto». Watson sería un valioso contacto de C. D., a quien conoció en 1951, en la embajada británica en Washington, donde Watson estaba estableciendo vínculos con la CIA. Desde entonces, C. D. «trabajó estrechamente con él», y recomendó a Watson a Nelson Rockefeller (que sucedió a C. D. en su puesto en la casa Blanca, en 1954), como alguien a «quien le gustaría verdaderamente una relación más provechosamente oficiosa, informal y con ventajas para ambas partes»^[11]. Watson habría de ser, durante muchos años, un aliado poderoso, aunque discreto del Congreso por la Libertad Cultural. Del Congreso por la Libertad Cultural fue Julius Fleischmann, «a debatir las posibilidades de que el Congreso por la Libertad Cultural patrocinase giras de la Metropolitan Opera», y, más tarde, Daniel Bell, «para hablar sobre Miloscz [sic] y de la próxima reunión científica bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad Cultural»^[12].

Con C. D. Jackson en la Casa Blanca, el Congreso por la Libertad Cultural, consiguió un poderoso aliado en Washington. Tom Braden se apresuró a establecer relación con C. D., y ambos se reunían regularmente

para hablar de «cuestiones pendientes». Su colaboración en relación con la gira de la Orquesta Sinfónica de Boston, de 1952, había convencido a C. D. de la utilidad del Congreso, al que alababa como «el único tinglado que conozco que haga mella anticomunista y antineutralista en los intelectuales de Europa y Asia»^[13]. Tenía a muchos de sus activistas en alta estima, recomendando a varios de ellos como candidatos para trabajar en el gobierno, como por ejemplo, Sidney Hook, James Burnham («muy elocuente exponente del “departamento de juego sucio”»), al director de *New Leader*, Sol Levitas («claramente del lado de los buenos»), y a Daniel Bell, que había trabajado para *Fortune*, propiedad de Luce y era, dijo C. D., «extremadamente experto en las técnicas comunistas de la guerra fría»^[14]. También era un admirador desde hacía mucho tiempo de Nicolas Nabokov. Fue C. D. el que incluyó y recomendó a Nabokov en la lista de personal de la guerra psicológica para puestos especialmente delicados, que fue enviada a la Oficina del Secretario del Ejército en 1950.

La alianza de C. D. con el Congreso se prolongó durante muchos años (en 1954, entró a formar parte de la directiva del Comité Americano), y le aportó numerosas ventajas, además del prestigio que suponía su discreto apoyo. Si el Congreso necesitaba que le publicasen algo en las revistas de Luce, C. D. lo conseguía. Si le interesaba coordinarse con el Comité por una Europa Libre y con Radio Europa Libre, C. D. interponía sus buenos oficios. Si necesitaba donaciones «privadas», C. D. recurría a su inmensa lista de contactos de negocios para que le diesen el respaldo necesario. Pero lo más importante fue el marchamo político que C. D. aportó a una organización que, sorprendentemente, contaba con pocos partidarios en la capital. «No se conocía a nadie en Washington que lo apoyase, y a nadie que estuviese interesado en hacerlo», dijo Lawrence de Neufville. «A casi todos les parece algo extraño. Lo creamos, pero no teníamos mecanismos en Washington que lo apoyasen»^[15]. La supervivencia, o incluso el éxito, del Congreso por la Libertad Cultural, en tal escéptico contexto, ha de cargarse en el haber de los heroicos esfuerzos de Michael Josselson.

Después de la frenética actividad desarrollada en los años pasados, Michael Josselson se tomó un breve descanso en la lucha por las mentes y voluntades de los hombres. El 14 de febrero de 1953 se casó con Diana

Dodge, en una ceremonia civil en la que actuó como testigo Lawrence de Neufville. Ambos habían estado casados antes. Josselson se había casado con Colette Joubett, en La Habana, en 1940, de la que se había divorciado y ahora estaban distanciados. Siempre enormemente celoso de su vida privada, nunca le hablaba de ella a nadie. No obstante sí conservaba un viejo recorte de un periódico de Nueva York de febrero de 1963 en el que se daba la noticia del horrible asesinato de Colette: la encontraron atada y muerta por asfixia con una mordaza, después de ser violada en su apartamento del Upper East Side de Nueva York.

Michael y Diana pasaron su luna de miel en Mallorca. Poco después de su retorno a París, Michael le confesó a su nueva esposa que trabajaba para la CIA, y que el Congreso por la Libertad Cultural estaba respaldado por la Agencia. Diana, que ya había podido darse cuenta, por la vinculación de Michael con el Congreso, que se dedicaba a algo más que a la importación y exportación como proclamaba su tarjeta de visita, llegó a pensar que podría trabajar para los rusos. Para tranquilidad suya, supo entonces que trabajaba para los «buenos». A Diana se le dio un nombre en clave (Jean Ensinger) y desde entonces formaron una especie de equipo.

Diana Josselson era perfecta para la misión. Había obtenido una beca Fulbright, conocía perfectamente los temas sindicales, en primer lugar, por haber trabajado como directora de un boletín de recopilación de la prensa sindical de Estados Unidos, y después, por su trabajo en la División de Relaciones Laborales^[*] del Plan Marshall, bajo la autoridad de Jay Lovestone e Irving Brown. «Yo era joven e inexperta, y tenía mucho éxito con todos los líderes sindicales», recordaba jovial Diana. Su trabajo en la División de Relaciones Laborales implicaba tener que escribir informes sobre los sindicatos comunistas de Europa, para lo cual tenía acceso al material interceptado confidencial (teléfonos intervenidos, correo, etc.). Este delicado trabajo exigió la autorización de la CIA. Diana supo después que para pagar su salario se utilizaron fondos de contraparte que estaban a disposición de la CIA.

Conjuntamente «Jean Ensinger» y «Jonathan F. Saba» escribirían cablegramas e informes cifrados para ser despachados a Washington. Luego se los entregaban al agente de la CIA, mientras disfrutaban de unos martinis

en el piso de Josselson. «Todos los oficiales tenían el mismo maletín, con fondo falso, donde colocaban los cablegramas. Era muy divertido, porque se les podía reconocer fácilmente: todos los maletines eran del mismo modelo. Era de lo más cómico. Leíamos los telegramas que llegaban y luego los tirábamos por el retrete»^[16], recordaba Diana. Estaba cortada a la medida del trabajo, y sabía cómo guardar los secretos, incluso ante su propia madre. En una ocasión, el agente Lee Williams salió a comprar unos potitos para Jennifer, única hija de los Josselson. Al regresar, Diana no tuvo más remedio que presentárselo a su madre, que había llegado de los Estados Unidos para ayudarle con la criatura. Advirtiéndolo sobre la mesa un ejemplar de *Jane Eyre*, Diana dijo tartamudeando: «Te presento, mm... eh..., a Mr. Rochester». «¡Qué curioso!, Mr. Rochester. Como en *Jane Eyre*» exclamó su madre, sin sospechar nada. El que Diana no se limitara a utilizar sencillamente el nombre verdadero de Lee Williams, que no le hubiese revelado nada, indica lo implicada que su imaginación estaba en el Gran Juego. Cuando con el tiempo, la madre de Diana supo la verdad, también «le entusiasmó todo muchísimo»^[17].

Ahora, completamente al tanto del trabajo de Michael, Diana cada vez admiraba más su extraordinaria capacidad y competencia. Su habilidad para coordinar las exigencias de Washington y los cambiantes temperamentos de los intelectuales del Congreso, le parecía increíble. «Era imposible que el Congreso hubiese existido sin él —diría posteriormente—. El ambiente del Congreso en su momento de máximo auge, es igual a como imagino los primeros cien días del mandato de Kennedy. Estaba cargado de electricidad. Parecía que estábamos en contacto con todo lo que pasaba en cualquier parte del mundo. Fue una época de plenitud, de gran vitalidad. Michael lo sabía todo. Era increíble cómo por la mañana podía hablar de dramaturgos bolivianos, y por la tarde de escritores asiáticos, y luego, él y Nicolas tenían su charla vespertina en cuatro idiomas diferentes. Recuerdo una vez, en un café de París con Stravinsky y su mujer, cómo ésta me decía la receta de los blinis. Fue una época excepcional para nosotros. La guerra fría, el Congreso por la Libertad Cultural; era como la Revolución francesa o el Movimiento de Oxford. Eso es lo que parecía»^[18].

Los Josselson se veían a menudo con Tom Braden, que, con frecuencia, visitaba todas las operaciones en marcha en Europa. Iban a comer a los restaurantes o a ver el campeonato de Roland Garros, o llevaban a Braden a las carreras ciclistas en el Vélodrome d'Hiver, «aquel estadio de infausta memoria» adonde llevaron a los judíos, durante la masiva persecución bajo el régimen de Vichy. Los Josselson también mantenían contacto frecuente con Irving Brown. A veces se veían con él en una mesa de un club gay, llamado L'Indifférent. En una ocasión, al llegar, vieron a Brown entregando gran cantidad de dinero a «un matón de Marsella»^[19]. Por esta época, Brown estaba creando «el Comité Mediterráneo», un grupo parapolicial que habría de vigilar los puertos franceses mientras los estibadores descargaban suministros del Plan Marshall y armas estadounidenses para la OTAN. Sobre la capacidad de Brown para compaginar estas actividades, Braden comentó irónicamente que «era extraño que alguien que tenía tan destacado papel en zurrarles a los piquetes de rojos en los muelles de Marsella, también estuviese interesado en el Congreso por la Libertad Cultural»^[20].

«La Federación Americana del Trabajo^[*] sabía, por propia experiencia, lo que era el comunismo, y ése era el lugar indicado para iniciar la Lucha —explicaba Diana Josselson—. A Brown le encantaban las operaciones de mano dura, como romper huelgas en Marsella, y cosas parecidas. A Michael y a mí nos divertía ir a un club nocturno y ver allí a un matón sindical al que Irving entregaba dinero, y estoy segura de que a Irving le divertían igualmente los intelectuales. Supongo que el interés de la gente del Congreso para Irving —que no sabía ni quién era Picasso ni Baudelaire — era su *glamour*, y que se podían establecer buenos contactos^[21]».

Los fines de semana, Michael y Diana descansaban de sus actividades profesionales recorriendo los anticuarios y las galerías de la Rive Gauche. Almorzaban sándwiches regados con aquavit, tras lo cual tomaban un té en el Café de Flore (el favorito de Sartre) o en Deux Magots. Los domingos, iban a comer al campo al bosque de Fontainebleau, o paseaban en barca por el Sena. A veces se veían con Neufville, con el que formaban un agradable trío, unido por una sincera amistad y por el secreto que compartían. De Neufville regresó de una de las excursiones de compras con Josselson, orgulloso propietario de dos cuadros de Braque. Años más tarde, cuando

Jennifer, hija de los Josselson, se convirtió en experta en arte moderno, le costó trabajo admitir que eran falsos.

Gracias a la impronta estampada por Josselson desde la oficina de París, el Congreso fue adquiriendo reputación de ser un centro bien organizado de resistencia intelectual al comunismo. A través de *Preuves*, expresaba una cualificada opinión política enfocada también a los principales temas artísticos y culturales de la época. Aunque la organización alemana del Congreso salía de una crisis para entrar en otra, Josselson podía confiar en Melvin Lasky (y poco después, en *Der Monat*, que, en 1954, pasó de la Fundación Ford, a depender del Congreso), para representar allí los intereses del congreso. Los afiliados de otros países padecieron diversos problemas durante sus etapas iniciales, todos los cuales demostraban la casi imposibilidad de hacer que los intelectuales trabajasen juntos sin formar facciones o sin herir susceptibilidades mutuas. Pero sus problemas parecían tormentas en un vaso de agua, comparados con los huracanes que azotaron al Comité Americano.

El nuevo consenso

El artista ha de ser reaccionario.

Tiene que oponerse a la dirección prevaleciente
de su época y no amoldarse a ella constantemente;
ha de ofrecer cierta oposición.

EVELYN WAUGH.

Yo elijo el Oeste.

DWIGHT MACDONALD, 1952

El Comité Americano por la Libertad Cultural fue fundado en Nueva York, en 1951. Su principal impulsor era Sidney Hook, primer presidente y que, según Lawrence de Neufville, era «consultor contratado» de la CIA. Irving Kristol, otro antiguo alumno del City College de Nueva York, era su director ejecutivo, por lo cual recibía un salario anual de 6.500 dólares. El sueldo subió a 8.500, en 1954, al ser sustituido Kristol por Sol Stein, que procedía directamente del Servicio de Información^[*] de los Estados Unidos, donde había trabajado en una sección dedicada al análisis ideológico. El Comité, como representante oficial de Estados Unidos en el Congreso, pretendía reflejar la amplia coalición de posiciones liberales y de centro izquierda, que conformaban la organización matriz. Pero en tanto el Congreso había logrado excluir a los activistas de la línea más dura, como

Koestler, no pudo hacer lo mismo con el Comité Americano, que pronto se escindiría a partes iguales entre moderados y radicales. «En aquellos días o se era “duro” o “blando”, en relación con el comunismo», explicaba Jason Epstein, que recordaba a Diana Trilling, provocativa, «de pie tras la silla de Lionel [Trilling], durante una cena, decir, “¡ninguno de vosotros sois los suficientemente DUROS para mí!”. Eran en realidad, gente ridícula, que veía poco más allá de sus narices»^[1].

En la misma onda que los Trilling existía un explosivo cóctel de intelectuales conservadores procedentes de lo que se conocía jocosamente como «el kibutz del Upper West Side». Entre ellos estaban James Burnham, Arnold Beichmann, Peter Yiereck (cuyo padre había sido notorio simpatizante del fascismo), el crítico de arte Clement Greenberg, y Elliot Cohen, director de *Commentary* y consejero oficioso sobre temas de comunismo de los directivos de las publicaciones de Luce. Tanto en forma como en contenido, su anticomunismo era de alto *standing*. «Algunos, como Beichman y los Trilling (sobre todo Diana) eran violentamente proestadounidenses, y pensaban que los demás estábamos haciendo mal nuestro trabajo. Diana, en particular, era muy cáustica», recordaba Irving Kristol^[2]. Otro miembro del grupo recordaba «una especie de febril sentido de superioridad entre muchos americanos: hemos ganado la guerra, ahora vamos a reorganizar Europa a nuestro modo y manera. Esta gente eran en su mayoría pistoleros de Nueva York, y partidarios de la más encendida intransigencia, y consideraban que nuestros métodos eran contemporizadores. Algunos, incluso, creían que los comunistas se habían infiltrado en el Congreso»^[3].

En representación del sector moderado del Comité Americano estaban Arthur Schlesinger, el teólogo de la guerra fría, Reinhold Niebuhr, James T. Farrell, Richard Rovere, de *The New Yorker*; Norman Thomas, ex presidente del Partido Socialista y candidato en seis ocasiones a la Casa Blanca, y Philip Rahv, director de *Partisan Review*. A caballo entre las dos facciones estaban Irving Kristol (que luego sería ferviente partidario de Reagan), William Phillips, el otro director de *Partisan Review*, y Sidney Hook. Hook, en particular, estaba interesado en mantener la paz entre ambos grupos: por aquel entonces defendía los intereses del Comité ante el

director de la CIA, Walter Bedell Smith (al que Allen Dulles sustituyó en 1953), y ante Gordon Gray, primer director del Consejo de Estrategia Psicológica (reuniones que no merecieron mención en la autobiografía de Hook)^[4]. Estos contactos con funcionarios de inteligencia de alto rango demuestra una implicación con la guerra cultural clandestina mucho más consciente de lo que Hook estaba dispuesto a admitir. Su artículo en *New York Times Magazine*, de marzo de 1951 —«Para contrarrestar la Gran Mentira: estrategia fundamental»— fue recortado y archivado por el PSB, por C. D. Jackson, y por la CIA. En él, Hook describía la amenaza a la democracia que planteaba el comunismo internacional, y abogaba por «[agotar] todas las posibilidades de la guerra política efectiva en defensa de la supervivencia de la democracia... Las democracias han de tomar y mantener la ofensiva en la guerra política contra el totalitarismo de la Unión Soviética... El éxito de esta guerra política no se puede predecir. Pero seguro que merece el precio de media docena de bombarderos para lanzarla»^[5]. Para Hook, el Comité Americano era un lanzagranadas dentro del arsenal político estadounidense, y trabajó con su celo acostumbrado para consolidar su posición.

Fue a los moderados a los que Josselson recurrió, en un intento de hacer que el Comité Americano sintonizase políticamente con el Congreso. Pero Schlesinger y sus aliados no fueron capaces de contener a la desbocada camarilla de partidarios de la línea dura, y casi enseguida comenzaron a aparecer discrepancias entre el Comité y la oficina de París. Los americanos se burlaban del mastodóntico festival de Nabokov en París, acusando al Congreso de frivolidad. Elliot Cohen, al que en extremismo de su postura política sólo aventajaba James Burnham, y por poco, preguntaba si «con esta clase de circo estamos perdiendo de vista nuestra misión y nuestros objetivos, y si no vemos, ¿quién más hay por allí?»^[6]. Otro crítico se mofaba acusando al Congreso de «ir dirigido a esnobs y estetas», y destruyendo su reputación de «fuerza intelectual seria»^[7].

La fascinación por el poder se manifestaba en grado sumo en el Comité Americano, culminando en 1952, con un simposio de *Partisan Review* que confirmó una nueva relación entre los intelectuales y el país. El simposio recibió el nombre de «Nuestro país y nuestra cultura», y fue tomando

cuerpo conforme se iban publicando números de la revista. Su objetivo, escribieron los directores, era «examinar el hecho aparente de que los intelectuales americanos consideran en la actualidad a América y a sus instituciones de una nueva manera. Hasta hace poco más de una década, se solía pensar que Estados Unidos era hostil al arte y a la cultura. Desde entonces, la marea ha comenzado a cambiar de dirección, y muchos escritores e intelectuales se sienten hoy más cerca de su país y de su cultura... Políticamente, se reconoce que el tipo de democracia que existe en los Estados Unidos tiene un valor intrínseco y auténtico: no es meramente un mito capitalista, sino una realidad que ha de defenderse frente al totalitarismo ruso... Europa ya no es considerada como un santuario; ya no asegura la rica experiencia cultural que inspiraba y justificaba la crítica hacia todo lo americano. La rueda ha dado la vuelta por completo, y hoy América es la protectora de la civilización occidental»^[8].

La vida intelectual en Nueva York, durante los años treinta se calibraba exclusivamente en relación con Moscú, y para articular todas sus preocupaciones estaba *Partisan Review*, creada por un grupo de trotskistas del City College. Después de comenzar su existencia como órgano de expresión del Club John Reed, dominado por los comunistas, *Partisan Review* creó un lenguaje muy sutil para expresar la ideología marxista. Sin embargo, los acontecimientos de 1939-1940, destruyeron sus amarras. Con la firma del pacto germano-soviético de no agresión, muchos intelectuales comenzaron a separarse de la ortodoxia del marxismo-leninismo hacia el radicalismo disidente de Trotsky. Algunos, sencillamente, abandonaron del todo la izquierda, hacia el centro o incluso la derecha. *Partisan Review* estaba creando un contralenguaje para poder expresar el antiestalinismo y redefinir el radicalismo en un contexto no comunista.

Recuperando la *idea* de América, como hijos pródigos arrepentidos, los intelectuales y artistas resurgieron del «período negro» de los años treinta, descubriendo «un entusiasmo ante la súbita e incontenible aparición de nuevas posibilidades, tanto en las vidas como en las conciencias. Fuera había un mundo al que nadie se había molestado en mirar, al parecer, y todos, liberándose, felices, de sus anteojeras marxistas, se apresuraron a salir para verlo»^[9]. Estos intelectuales vueltos a nacer, en su búsqueda de

algo que sustituyera los puntos de referencia fijos de la historia que se les habían venido abajo de manera tan absoluta, encontraron la respuesta en «América», o más pedantemente, en el «americanismo». El simposio de *Partisan Review*, equivalente literario de la *Fanfarria del hombre corriente* de Aaron Copland, marcó este acto de descubrimiento de América como si fuese el primero. «Los artistas e intelectuales americanos han adquirido un nuevo sentido de pertenencia a su tierra natal —escribió William Phillips y generalmente han empezado a sentir que su propio destino está ligado al de su país^[10]». A medida que los intelectuales empiezan a sentirse a gusto en su relación con los EE UU, su país empezó a verles bajo una nueva luz. «El intelecto se ha asociado con el poder, quizá como nunca antes en la historia, y en la actualidad se considera como una clase de poder», observó Lionel Trilling^[11].

«Fue quizá la primera vez desde la Revolución Francesa que elementos importantes de la comunidad intelectual deciden que la confrontación ya no era algo obligado; que se podía apoyar al propio país sin menoscabo de su integridad intelectual y artística», ha señalado la historiadora Caro! Brightman^[12]. Esta nueva percepción de los intelectuales quedó confirmada cuando la revista *Time* publicó un artículo de portada llamado «Parnassus: Coast to Coast»^[*], en el que se concluía que «El hombre de la protesta ha... dado paso al hombre de la afirmación y ése es precisamente el papel que los intelectuales interpretaron cuando el país acababa de nacer»^[13]. Éste fue el preciso momento en que los marxistas desviacionistas empezaron a transformarse de opositores en defensores del régimen; cuando los ideólogos del City College, junto con sus más mordaces *compagnons de guerre*, como Dwight Macdonald, perdieron su gusto por la lucha de clases y, extrañamente, los estudiantes empezaron a pedirles cartas de recomendación. «La velocidad de mi evolución de liberal a radical y de tibio simpatizante comunista a ardiente antiestalinista, aún me parece increíble», escribiría más tarde Dwight Macdonald^[14]. Al describir esta transformación política, su biógrafa concluía: «La independencia de Dwight, su autoproclamado negativismo, su rechazo a aceptar ningún tipo de lealtad nacionalista, había marcado su opinión política y mantenido su vida política. No era cuestión de traición a un compromiso: simplemente,

había llegado mediante su propio y doloroso análisis a un punto en que no le quedaba otra posición política viable que la del “mal menor”. Para él era un dilema descorazonador. Aunque siguió identificándose con una tradición radical, o al menos, discrepante, y aún pensaba que pertenecía a una elite alienada que se oponía al nacionalismo, al imperialismo y a la cultura de masas de Estados Unidos, estaba comenzando a apoyar, aunque fuese inconscientemente, el mantenimiento del poder estadounidense en el extranjero y las instituciones oficiales en su propio país»^[15]. Philip Rahv observaba todo esto con creciente preocupación, y advertía: «El antiestalinismo se ha convertido casi en una profesión. Se ha hecho tan importante que excluye casi todas las demás preocupaciones e ideas, con el resultado de que están intentando convertir el antiestalinismo en algo que jamás podrá ser: nada menos que una forma de ver la vida, o incluso en una filosofía de la historia»^[16].

El cuartel general del antiestalinismo «profesional» era el Comité Americano por la Libertad Cultural, y las revistas cuyos directores pertenecían a su directiva, es decir, *Commentary*, *New Leader* y *Partisan Review*. Pero ahora, justo en el momento en que el centro empezaba a consolidarse, *Partisan Review* estuvo al borde de cerrarse, en parte, porque el Departamento del Tesoro amenazó con quitarle su exención de impuestos. Sidney Hook escribió una conmovedora petición a Howland Sargeant, subsecretario de Estado, el 10 de octubre de 1952, en la que defendía el historial de *Partisan Review* como vehículo eficaz para «combatir la ideología comunista en el extranjero, sobre todo entre los intelectuales» e implorando por el mantenimiento de su exención fiscal. Daniel Bell también tomó la iniciativa, actuando de «intermediario» en las discusiones con Henry Luce, que salvó la revista con un subsidio de 10.000 dólares (al mismo tiempo, Luce donó 71 acciones de Time Inc. al Comité Americano). «Por lo que yo sé, el subsidio nunca fue hecho público, ni siquiera a los colaboradores ni a algunos de los directores adjuntos de *Partisan Review*» escribió después Daniel Bell^[17]. Lo que Luce esperaba recibir a cambio de su inversión no está claro. Jason Epstein diría luego que «lo que se imprimía en *Partisan Review* pronto era amplificado en *Time* y en *Life*»^[18]. Ciertamente, el generoso apoyo financiero de Luce a lo que

antaoño había sido órgano de expresión del Partido Comunista Americano, confiere un nuevo significado a la tan debatida «desradicalización» de los intelectuales estadounidenses durante la guerra fría.

La CIA había sido advertida por Irving Brown de las dificultades financieras de *Partisan Review*. Un año antes de que Luce concediera el subsidio, Sidney Hook se había dirigido por carta a Brown pidiéndole ayuda en el esfuerzo para no cerrar *Partisan Review* y *New Leader*. «Nos llega la opinión de muchos de nuestros amigos europeos de que está creciendo un sentimiento antiamericano y especialmente, neutralista, en Europa occidental. Esto sucede al mismo tiempo que ese estupendo órgano de expresión democrático y antineutralista, el *New Leader*, se enfrenta a la extinción por la subida de sus costes. Su desaparición sería una catástrofe cultural»^[19], escribió Hook. Lo mismo hizo por *Partisan Review*, y pidió a Brown que ayudase a garantizar una circulación fija, de cuatro a cinco mil ejemplares de ambas revistas, en el extranjero. Brown pasó el problema a Braden, de la División de Organizaciones Internacionales. Poco después, el director de *New Leader*, Sol Levitas, fue en persona a la oficina de Tom Braden. «Dios mío, recuerdo a aquel individuo, al otro lado de la mesa,^[20] suplicándome dinero», recordó Braden.

Levitas, exiliado ruso que había trabajado con Trotsky y Bukharin, tenía poderosos aliados en la inteligencia estadounidense. C. D. Jackson le alababa por hacer «un trabajo excelente, al publicar prácticamente la única literatura de izquierdas, objetiva, no sesgada, proamericana y de calidad, que existe a ambos lados del Atlántico» y también dijo que él «estaba sin lugar a dudas del lado de los buenos»^[21]. También Allen Dulles pensaba lo mismo. En 1949, Levitas había publicado un artículo de Dulles en el que preconizaba la creación de una «comisión de seguridad interior» para estudiar las influencias subversivas en EE UU y para «utilizar las instituciones de la democracia para destruirlas». Con Allen Dulles ayudando a la Casa Blanca a reorganizar los servicios de inteligencia norteamericanos esto «era como si el director del MI5 colaborase con el *New Statesman*»^[22]. También en ese momento, aunque el *New Leader* hacía desesperados llamamientos para conseguir fondos con los que pagar su deuda de 40.000 dólares, en abril de 1950 comenzó a aparecer en un nuevo

y caro formato, parecido al de la revista Time. Un par de años más tarde, sentado ante Braden, Levitas había encontrado a otro mecenas que podría salvar su revista. Braden accedió a subvencionar al *New Leader*, acordando que le entregaría a Levitas cantidades de dinero en metálico, en su oficina (la de Braden), en, al menos, tres ocasiones. «No era una suma inmensa —dijo Braden—, probablemente rondaría los 10.000 dólares cada vez. Pero fue suficiente para que no desapareciera la revista^[23]».

Mientras tanto, Cord Meyer, segundo de Braden, había hecho suya la causa de *Partisan Review*. Además de la beca de Luce de 10.000 dólares, la revista recibió un subsidio de 2.500 dólares a principios de 1953, de la «cuenta del festival» del Comité Americano, en la que aún estaban los fondos que habían sobrado del gran espectáculo montado por Nabokov el año anterior. La cuenta del festival, conviene recordar, era el conducto utilizado por los dólares de la CIA. que eran transferidos a través de la tapadera de la Fundación Fartfield. Cuando se le otorgó esta subvención a *Partisan Review*, su codirector, William Phillips, era secretario cultural del Comité Americano. Phillips, luego diría que no recordaba esta subvención, y siempre afirmó categóricamente que su revista nunca recibió apoyo de la CIA.

Al subvencionar publicaciones en Estados Unidos, la CIA estaba actuando en contra de sus propios estatutos legales, que le prohibían apoyar a organizaciones nacionales. En el caso de *Partisan Review* y de *New Leader*, había dos convincentes razones para pasar por alto esa sutileza legal: en primer lugar, las revistas servían de cabeza de puente ideológico para los intelectuales americanos y europeos que estaban de acuerdo en el anticomunismo, pero separados por diferencias geopolíticas y culturales; en segundo lugar, el apoyo financiero dado era lo que Josselson calificaba como «escudo» contra la previsible «indignación» de *Partisan Review* y de *New Leader* cuando descubriesen —como pronto harían— que su situación en el mercado de las ideas pronto se las habría de ver con un serio competidor.

La revista «X»

¿Qué hemos de hacer, pues? Atenernos lo más posible,
a los datos empíricos, recordando siempre que a éstos
los puede alterar todo aquel que decida modificar
el mecanismo de percepción.

ALDOUS HUXLEY, *Ciego en Gaza*.

La revista *Encounter*, que se publicó desde 1953 hasta 1990, tuvo un papel determinante en la historia intelectual de la posguerra. Podía ser tan divertida y venenosa como una fiesta literaria. Fue aquí donde Nancy Mitford publicó su famoso artículo «La aristocracia inglesa»^[*], un mordaz y agudo análisis de las costumbres sociales británicas que por primera vez trajo a colación la distinción lexicográfica entre clases A. y clases no A^[**]. Publicó «Una década maravillosa»^[***] de Isaiah Berlin, cuatro memorables ensayos sobre la literatura rusa, colaboraciones de Vladimir Nabokov, sobre Pushkin, de Irving Howe sobre Edith Wharton, de David Marquand sobre «El resurgimiento liberal»^[****], cuentos de Jorge Luis Borges, ensayos críticos de Richard Ellmann, Jayaprakash Narayan, W. H. Auden, Arnold Toynbee, Bertrand Russell, Herbert Read, Hugh Trevor-Roper, algunas de las mentes más preclaras de aquella época. Se leía en Gran Bretaña y en Estados Unidos, en Asia y en África. Promiscua en cuanto a los temas culturales extrañamente, guardaba silencio, o sencillamente, era ambigua en muchas cuestiones políticas. En cualquier caso, tenía un claro contenido

ideológico, dentro del pensamiento anticomunista de la guerra fría. Jamás tuvo cuentas de resultados positivos, sino que siempre acarreó un importante déficit. Para salir de números rojos tenía que duplicar su tirada. Era una revista inteligente, y estuvo vinculada al mundo de la inteligencia, mediante un gran derroche de medios. Michael Josselson la calificaba de «nuestro activo más importante».

La austeridad de posguerra se cobró muchas bajas. En 1950 fue *Horizon*, de Cyril Connolly, a la que siguió poco después *Penguin New Writing*, de John Lehmann. La revista *London Magazine* se tambaleaba económicamente y F. R. Leavis, a pesar de una generosa beca de la Fundación Rockefeller, estaba a punto de dejar de publicar *Scrutiny*. Sólo prosperó *New Statesman and Nation*, cuya tirada de 85.000 ejemplares mostró una gran capacidad de resistencia a los intentos de hundirla. Los subsidios secretos de Josselson a *Twentieth Century* formaban parte de esta campaña. Además de dinero en efectivo, la publicación, junto con la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, habían recibido instrucciones expresas de «entablar una permanente polémica con *New Statesman and Nation*»^[1]. La CIA, consciente de la deslucida actuación británica en la conferencia de Berlín de 1950, quería penetrar a toda costa en la neblina de neutralismo que empañaba el juicio de tantos intelectuales británicos, especialmente los del *New Statesman*. Los estrategas americanos de la guerra fría aún tenían clavada la espina de que la revista de Kingsley Martin no defendiese la idea de una concepción del socialismo totalmente divorciada de Moscú.

También los servicios de información británicos estaban interesados en contar con un medio de expresión que se opusiera a la política del *New Statesman* de ambigüedad, «debilidad mental» y «tremendas simplificaciones». El apoyo del Departamento de Investigación de la Información hacia *Tribune*, cuyos artículos eran extractados y distribuidos por todo el mundo por los funcionarios del servicio exterior, era un gesto que iba en la misma dirección. Malcolm Muggeridge y Woodrow Wyatt, ambos ligados estrechamente con el IRD, se reunieron con el director de *Tribune*, Tosco Fyvel, en abril de 1959, para hablar del futuro de la revista, pero Muggeridge concluía que «evidentemente están fatal, y yo dije que, en

interés de la guerra fría, deberían seguir caminando, como respuesta al *New Statesman*. Que el gran éxito del *New Statesman* como propagandistas había sido plantear el concepto de que lo inteligente era ser de izquierdas, mientras que la verdad era casi exactamente lo contrario»^[2].

El apoyo del IRD a *Tribune* no bastó para convencer a Fyvel de su futuro a largo plazo y, a finales de 1951, ya estaba hablando de una nueva «publicación angloamericana de centro izquierda». En una carta a Irving Brown, Fyvel decía que los planes para esa publicación «habían avanzado, y que varias personas están deseosas de que yo dé el primer paso. He debatido la idea directamente o por carta con Denis Healey, Maurice Edelman, Dick Crossman, Arthur Schlesinger, David Williams, entre otros. Por razones obvias esto es algo completamente al margen de las actividades del Congreso por la Libertad Cultural»^[3]. La razón obvia para mantener la separación entre la revista y el Congreso era, como bien sabía Fyvel, que el gobierno estadounidense había acordado no realizar actividades de propaganda en Gran Bretaña. La CIA había «declarado prácticamente una moratoria en el dinero [de la Agencia]... que se utilizaría en ese país concreto. Existe una especie de acuerdo entre caballeros sobre ese asunto»^[4]. Pero esta situación estaba a punto de cambiar.

De forma independiente, tanto la inteligencia británica como la CIA habían estado dándole vueltas a la idea de crear una nueva revista que llenase el vacío que padecía el anticomunismo intelectual en Gran Bretaña. Esta duplicación de esfuerzos salió a la luz durante una serie de reuniones celebradas por iniciativa de Frank Wisner, en Londres, a principios de 1951. Acompañado de Kim Philby, enlace, con sede en Washington, entre el MI6 y la CIA (y cuyos amigos Burgess y Maclean, en cuestión de meses desertarían a la Unión Soviética), Wisner había viajado a Londres para tratar con los servicios de inteligencia británicos «cuestiones de interés mutuo». Durante una serie de reuniones, a las que asistieron el MI6 y miembros del Foreign Office, según Philby, Wisner «se explayó en uno de sus temas favoritos: la necesidad de camuflar el origen de los fondos secretos suministrados a las aparentemente respetables instituciones en las que estábamos interesados. “Es imprescindible”, dijo Wisner, en su habitual estilo, “asegurarnos la cooperación expresa y pública de personas con

conspicuo acceso a la riqueza por propio derecho”». Ante esta aseveración, Philby comenta divertido cómo vio a un funcionario del Foreign Office garabatear una nota que decía: «personas con conspicuo acceso a la riqueza por propio derecho = gente con pasta»^[5].

Fue durante esta «misión» de Wisner a Londres cuando se aireó por primera vez la cuestión de una publicación de alto nivel dirigida a favorecer un vocabulario de izquierdas pero sin la gramática del Kremlin. Ambos servicios de inteligencia cayeron en la cuenta de que pretendían lo mismo. Wisner y sus homólogos del Servicio Secreto de Inteligencia^[*] (SIS) estuvieron de acuerdo en que sería absurdo [operar por separado], y se dispusieron a realizar una operación conjunta. A finales de 1951, la propuesta conjunta ya había sido aprobada en las más altas instancias, y ahora estaba siendo transmitida a la tropa. Philby delegó en su ayudante en Washington, John Bruce Lockhart, sobrino del gran Robert Bruce Lockhart, gran jefe de la inteligencia durante ambas guerras que, en 1917, había sido arrestado por los rusos por espía y encarcelado en el Kremlin. Al irse apagando la estrella de su tío, el joven Lockhart se aprestó a constituirse en modelo del perfecto oficial de inteligencia. Había dirigido la rama militar de «C» (SIS) en Italia durante la guerra, y era experto en infiltración en las organizaciones comunistas de Europa. Lockhart era muy respetado en Washington, donde había forjado una estrecha amistad con Frank Wisner. Cuando Wisner quiso que su hijo, Frank Wisner Jr., entrase en el Rugby College, Lockhart, antiguo alumno de la institución, hizo encantado las gestiones oportunas. Wisner confiaba en Lockhart, pero no en Philby. Philby, a su vez, era incapaz de reprimir su antipatía por Wisner al que describía mordazmente como «jovenzuelo para un trabajo para tanta responsabilidad, que pierde el pelo y engorda de tanta importancia que se da»^[6].

John Bruce Lockhart también mantenía buena relación con Lawrence de Neufville, con el que había estado en contacto en Alemania después de la guerra. Fue Lockhart el que organizó esta vez una reunión de Neufville y Josselson con Christopher Monty Woodhouse, del IRD, en Londres. Woodhouse era un completo dechado de virtudes. Había leído a Eurípides y Lucrecio a los 11 años, y antes de la guerra, había estudiado en el New

College de Oxford, bajo la tutoría de Richard Crossman e Isaiah Berlin (que durante las tutorías incurría en un «monólogo que parecía un zumbido intenso y grave» y que «era famoso por ser la única persona de Oxford que podía pronunciar “epistemológico” en una sola sílaba»)[7]. En 1939, con varias matrículas en su expediente, Woodhouse soñaba con hacer carrera en la universidad, dedicado a Platón y Aristóteles, cuando se declaró la guerra. Su educación a partir de entonces tomó un rumbo bien diferente —«instrucción, manejo de armas, paracaidismo, guerra de guerrillas, sabotaje, inteligencia»— hasta acabar luchando una heroica guerra de guerrillas en la Grecia ocupada[8].

Woodhouse, espía elegante y valeroso de la vieja escuela, fue uno de los principales participantes en los preparativos para derrocar al primer ministro de Irán, Mohamed Mossadegh, trabajando junto a Kim Roosevelt en un golpe perpetrado conjuntamente por la CIA y el SIS, y que instauró la ultraderechista monarquía del *sha*[9]. A su vuelta de Teherán, a Woodhouse le destinaron a tareas supersecretas del Departamento de Investigación de la Información. Tenía una oficina propia, proporcionada por el SIS, frente a la estación de metro de Saint James's Park. En esta oficina trabajaba un pequeño grupo de funcionarios subalternos del Foreign Office, que teóricamente pertenecían al IRD, pero que, en realidad, eran un equipo semiautónomo dirigido por Woodhouse.

Reacio a «tratar de negocios» en su propio club, el Reform, Woodhouse accedió a tener una reunión en el Royal Automobile Club, en Pall Mall, del que Neufville era socio. Neufville y Josselson viajaron a Londres desde París para la reunión. Fue allí, a finales de la primavera de 1952, cuando los servicios de inteligencia británico y estadounidense, tuvieron una de sus más importantes intervenciones en el curso de la historia intelectual de la posguerra. Durante el almuerzo en el comedor del RAC, esbozaron su plan para lanzar y patrocinar secretamente una nueva revista de corte intelectual. Woodhouse, que tenía poder para autorizar el proyecto, lo hizo sin dudar. Habiendo trabajado en diferentes divisiones geográficas del Foreign Office, este proyecto, para Woodhouse se podía clasificar dentro del «extremo más prosaico del espectro». Pero era un firme defensor de la guerra psicológica, en la que, perfectamente, se podría encuadrar la propuesta. El tono de la

conversación del RAC no le dejó lugar a dudas de que habría de ser una sutil contribución a la lucha propagandística encubierta.

La única salvedad que hizo fue que a los británicos se les debería permitir estar al tanto de todo. Se acordó que el Congreso por la Libertad Cultural, mediante un agente de la CIA nombrado al efecto, consultaría con Woodhouse sobre procedimientos «operativos» relacionados con la revista. Además, el SIS quería participar en la financiación del proyecto, una pequeña aportación que procedería de los fondos reservados del IRD. Woodhouse sugirió que esta contribución estuviese destinada específicamente a pagar los sueldos del director británico y de su secretaria. Así se solventaría la falta de decoro que suponía el que la CIA remunerase a súbditos británicos.

Más aún, dijo que el principal interés del Foreign Office en ese proyecto era adquirir un vehículo para comunicar ideas anticomunistas a los intelectuales de Asia, India y el Extremo Oriente. Para garantizar la distribución de la revista en estas áreas de influencia, el Foreign Office habría de comprar un número determinado de ejemplares que serían distribuidos por el British Council. Además, la responsabilidad financiera de la revista recaería en el Congreso por la Libertad Cultural. Josselson confirmó que los fondos llegarían a través de la Fundación Fairfield, aunque haría todo lo posible para que la revista funcionase como un negocio, para alejar sospechas. Por último, Josselson le comunicó a Woodhouse que se habían seleccionado, entre otros muchos, dos candidatos para la tarea de codirigir la revista. Como ambos candidatos tendrían que pasar el examen de seguridad de ambos servicios de inteligencia, se decidió que contactase con ellos el Congreso por la Libertad Cultural. Después de haber establecido la estructura operativa, la reunión se cerró con el acuerdo de que Josselson y Neufville pondrían en marcha el proyecto, y luego se volverían a reunir con Woodhouse. Éste, mientras tanto, empezó a buscar «tapaderas» —la «gente de pasta» de Wisner— a través de las cuales canalizar el dinero del IRD a la nueva revista.

El candidato americano para el puesto de codirector era Irving Kristol, director ejecutivo del Comité Americano por la Libertad Cultural. Había nacido en 1920, hijo de un industrial de la confección de Nueva York, y en

1936 entró en el City College, donde se hizo amigo de Irving Howe, Daniel Bell y Melvin Lasky. Allí colaboró con la Liga Socialista de Jóvenes^[*], una organización de izquierda anticomunista de la universidad, y con los trotskistas. Su pequeña estatura, Kristol la compensaba mediante una firme posición política tan característica de los estudiantes del City College, acompañada de una predisposición a abalanzarse sobre sus oponentes, lo que le dio reputación de matón intelectual. En 1940 se graduó *cum laude*, y fue a trabajar a una empresa de transportes en Chicago y ayudó a publicar la revista ex trotskista *Enquiry*, hasta que fue reclutado para el ejército. Fue destinado, en 1944 a la infantería, y entró en combate en Francia y Alemania. Se licenció del ejército en 1946. Viajó a Inglaterra y comenzó a trabajar para *Commentary*. En 1947 regresó a Nueva York, donde sería nombrado director gerente.

El candidato británico era Stephen Spender. Nacido en 1909 en el seno de una distinguida familia liberal, fue, durante la infancia, un niño muy protegido («Mis padres me apartaban de los niños más violentos»)^[10], y sacó un carácter apagado, apacible, y una atracción por las ideas utópicas. En Oxford, en los años veinte, comenzaría su admiración por W. H. Auden, una influencia que duraría toda la vida, y le llegó la fama poco después de la publicación de su primer libro, *Poems*, en el que destila el ambiente sexual y político del período de entreguerras. Inmediatamente se le identificaría con Auden, Cecil Day Lewis y Louis Mac Neice, dentro de la generación de los Poetas de los Años Treinta, la década en que la política llegó hasta las estancias más profundas de la literatura y en que Spender entraría en el Partido Comunista, aunque sólo durante unas semanas. El suyo era ante todo un «bolchevismo inglés de salón», típico de la inconstancia política de Spender. Más tarde, diría de sus cambios de fe y de compromiso, que estaban relacionados con «mi profunda vulnerabilidad y franqueza»^[11]. Anita Kermode le dio la vuelta al famoso comentario de Henry James (acerca de Emerson) de que era como «una clave sin enigma», diciendo que Spender era como «un enigma sin clave»^[12]. Hay otra frase de Henry James que le va a Spender como anillo al dedo: era «Un hombre sin asa»^[*].

Spender, después, supuso que la razón por la que había sido elegido para codirigir la nueva revista del Congreso «era consecuencia de mi ensayo en *The God That Failed*». Tal vez, más que su oposición al comunismo, fue la magnífica relación de Spender con los Estados Unidos, lo que hacían de él el candidato perfecto. En 1948, Spender había escrito una loa a los Estados Unidos («Podemos ganar la batalla por la mente de Europa»), en la que decía que «en tanto que la política americana encuentra dubitativos aliados y amigos poco entusiastas, la libertad de expresión en América en sus logros más importantes tiene una autenticidad tal que en la actualidad, podría dominar el pensamiento europeo... Si América se decidiese a hacerlo, podía tener un papel en la educación de Europa que haría que miles de estudiantes comprendiesen lo mejor de la civilización americana y la concepción americana de la libertad... Lo más realista en la actualidad es no esperar ni propaganda ni coacción política, sino mostrar a los europeos los grandes logros contemporáneos de la civilización, la educación y la cultura americanas»^[13]. Spender no cabía en sí de gozo, diciendo a continuación que «una palabra de la boca de un hombre de letras americano o inglés», es algo considerado «casi milagroso» por los estudiantes europeos. El Plan Marshall, escribió, estaba muy bien pero «es necesario también fortalecer la antigua civilización occidental en Europa, con la fe y la experiencia y el conocimiento de la nueva Europa que es América»^[14]. Esa forma de pensar era compartida por otros muchos intelectuales occidentales. Raymond Aron anunció que estaba «totalmente convencido de que un antiestalinista no tenía otra opción que la aceptación del liderazgo norteamericano»^[15]. Apenas se podía decir (como sí se diría más tarde) que la intervención estadounidense en la *Kulturkampf* no tenía apoyos en Europa, cuando gente como Spender y Aron identificaban la supervivencia de Europa con el salvador americano.

Spender tenía otras cualidades que gustaban a sus futuros jefes. Como componente del grupo «MacSpaunday». (MacNeice, Spender, Auden, Day Lewis), tenía un vínculo importante con la aristocracia literaria londinense, que aún conservaban muchos de los esnobismos del período de Bloomsbury, pero cuyos miembros pronto se rindieron ante el hechizo de Spender. Josselson había experimentado de primera mano la intransigencia

de los británicos en el debut del Congreso en Berlín, y a muchos estrategas estadounidenses les irritó al aire de superioridad que asumía la intelectualidad británica. «Existen unos importantes antecedentes de todo esto —explicaría Stuart Hampshire—. En 1949, creo, la Fundación Ford llegó a Londres, y tuvieron una reunión muy concurrida en un hotel, a la que convocaron a los intelectuales más destacados. En esa época, contaban con un capital superior al de toda el área de la libra esterlina junta. Total, que los intelectuales acuden y la Fundación Ford les ofrece el oro y el moro, pero ellos le contestan “Estamos bien, gracias. Tenemos a AJJ Souls, y con eso nos basta”. A los británicos les importaba un pimiento. Pidieron algunas cosas, pero eran tan insignificantes, que los americanos les creyeron locos. La razón de todo esto fue su profundo y freudiano antiamericanismo; una mezcla de sabihondez intelectual e izquierdismo prochino; gente como Empson y Forster. Recuerdo una vez que Forster estuvo en Nueva York, con Lionel Trilling. Trilling (que había escrito un libro sobre Forster, patéticamente anglófilo, y que por aquel entonces no había estado nunca en Inglaterra) estaba muy nervioso. Forster le dijo que necesitaba comprar una camisa para alguna ocasión especial, y Trilling le llevó a Brooks Brothers. Pero cuando Forster llegó a la tienda, echó un vistazo y exclamó “Dios mío, yo no puedo comprar nada de esto”. Con eso está dicho todo^[16]».

Spender, que había trabajado para la Comisión de Control Británica^[*] en la Alemania ocupada, después de la guerra, conocía perfectamente las necesidades del gobierno en materia de política cultural. Desde entonces, había pasado gran parte de su tiempo en Estados Unidos, donde encontró la protección de John Crowe Ransom, Allen Tate, y del conservador tándem formado por Ben Tate y el senador Edward Taft. Spender había cultivado con igual encanto a sus colegas británicos, por lo que era precisamente lo que necesitaban los americanos para dirigirse a sus recalcitrantes aliados. Pero su más irresistible talento, según su mujer, Natasha, era la facilidad con que le podían embaucar. «Por supuesto —decía ella— Stephen tenía el currículum adecuado para que le eligieran como tapadera: era uno de los grandes apóstatas [del comunismo], y, sobre todo, se le podía camelar con facilidad, porque era tan inocente. A su padre le engañó Lloyd George. Son una familia muy confiada: jamás se les ocurre que la gente les está contando

embustes»^[17]. Luego resultaría que el precio que habría de pagar por esta ingenuidad congénita sería muy alto.

En febrero de 1953, Spender, que tenía un puesto docente en Cincinnati, recibió una carta de Josselson, en la que le invitaba a ir a París a hablar sobre «Una edición inglesa de *Preuves*». Por boca de Kristol, Spender supo que «Durante un viaje rápido a París que hice hace un par de semanas, pasé mucho tiempo hablando de este asunto con Mike Josselson, François Bondy y Mel Lasky; además, Josselson y yo fuimos a Londres durante un día para debatir el asunto con Warburg, Muggeridge y Fyvel»^[18].

Poco antes de este encuentro en Londres, Neufville y Josselson se reunieron de nuevo con Woodhouse. Llegaron a un «acuerdo» de publicación, según el cual, Fredric Warburg, editor de la obra de Orwell, respaldaría con su empresa a la revista. En una carta de Josselson a Warburg, él confirma que el Congreso «asume la total responsabilidad del pronto pago de todas las facturas presentadas en relación con la producción y distribución de *Encounter*», y la total responsabilidad ante la legislación por difamación y calumnia. Josselson dejó bien claro a Warburg que «ni él ni su empresa habrían de tener en ningún caso influencia alguna sobre la línea editorial de la revista»^[19].

Antes de su segunda reunión, Woodhouse y Neufville ya habían entablado una buena relación. El currículum de Neufville no era menos impresionante que el de Woodhouse. Nacido en Londres, se había licenciado en New College y en Harvard, antes de hacerse corresponsal de Reuters. «Nos llevábamos extremadamente bien, pensábamos lo mismo en muchas cosas —recordaba Woodhouse—. Yo siempre me llevé muy bien con mis colegas americanos, siempre que no estuviesen locos», añadió en un tono que sugería que era el caso en muchas ocasiones. «Siempre que Larry venía a Londres, me veía con él. O si yo iba a Washington, nos veíamos allí, junto con mi delegado en Washington, Adam Watson»^[20]. Ambos se habrían de reunir periódicamente durante los dos años siguientes, hasta que Neufville regresó a Estados Unidos y Woodhouse fue nombrado director del Instituto Real de Asuntos Internacionales^[*]. Como éste era el único campo en que sus respectivas responsabilidades se solapaban,

hablaban de las «Operaciones y métodos» de *Encounter* y de la «Operación británica» en general, bebiendo unas copas en el RAC.

«Operaciones y métodos» en un principio quería decir organizar lo que Woodhouse describió como «Un flujo de dinero y una línea de contactos». «No piense que en aquella época existían sistemas para hacer nada. Todo se improvisaba», explicó más tarde Neufville^[21]. Para ayudar a improvisar, y para servir de correveidile entre el MI6 y el Congreso por la Libertad Cultural, estaba Malcolm Muggeridge. Muggeridge había hecho un largo viaje desde los días en que cantaba Bandera roja con su padre, en un estrado del Partido Laborista, en Croydon. Su libro *Winter in Moscow* (1933), en el que describe el momento en que se hace añicos su utopía rusa, fue una de las primeras denuncias del mito soviético, escritas desde la izquierda, y marcó el principio de su transformación política en agente del MI6. Como miembro de la directiva del Congreso por la Libertad Cultural, se alineaba decididamente con sus posiciones antineutralistas y proamericanas, con el razonamiento de que «Si acepto, como millones de europeos occidentales hacen, que los Estados Unidos están destinados a ser el baluarte de la libertad en el mundo, a mediados del siglo xx, ello no quiere decir que las instituciones americanas sean perfectas, que los americanos siempre se porten bien, o que el estilo de vida americano no tenga fallos. Sólo significa que en uno de los conflictos más terribles de la historia humana, he tomado partido, como todos tendrán que hacer tarde o temprano, y me propongo ser fiel a mi opción en las duras y en las maduras, esperando tener suficiente valor para no amilanarme, suficiente inteligencia para no confundirme ni desviarme de este objetivo, y suficiente fe en la civilización a la que pertenezco, y en la religión en que esa civilización se fundamenta, para seguir el consejo de Bunyan y soportar los peligros y humillaciones que se presenten en el camino, porque el destino vale la pena»^[22].

«El secreto —escribió Muggeridge en *The Infernal Grove*— es tan esencial para los servicios de inteligencia como las vestiduras y el incienso para la misa, o la oscuridad para una sesión de espiritismo, y ha de mantenerse a toda costa, independientemente de si sirve o no para algo^[23]». Siempre entusiasmado por algún lance de capa y espada, aunque dudase de su necesidad, Muggeridge estaba encantado de participar en la nueva

empresa editora del Congreso. Su primera misión consistió en conseguir «gente de pasta» que pudiesen pasar como mecenas privados de la revista. En una reunión en una taberna de Fleet Street, Muggeridge informó a Woodhouse de que en su búsqueda de vehículos financieros había hallado dos candidatos dispuestos a colaborar.

El primero fue el director de cine exiliado, Alexander Korda. Como amigo de Ian Fleming, con el que había trabajado Robert Broce Lockhart (como asesor en la distribución internacional de películas), Korda tenía vínculos estrechos con la inteligencia británica. Tras la propuesta de Muggeridge, Korda accedió a que el IRD utilizase su cuenta bancaria para transferir los subsidios a la nueva revista. El otro vehículo encontrado por Muggeridge fue su viejo amigo, Victor Rothschild. Lord Rothschild estuvo muy vinculado a la revista hasta mediados de los sesenta, pero siempre en la sombra, nunca públicamente.

Aún quedaban cuestiones prácticas por resolver, y Muggeridge y Warburg —a los que los agentes de la CIA se refieren como «los primos»— fueron a París a finales de febrero de 1953 para solucionarlas. Jasper Ridley, por entonces secretario de la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, recibió instrucciones de comprar sus pasajes y pagar los hoteles. A su vuelta, Warburg le pidió a Ridley que le hiciera un cheque contra la cuenta de la Sociedad Británica, de 200 libras por «gastos» en París. Ridley, cuyo salario semanal rondaba las 10 libras, no se lo podía creer. «Pienso que Warburg se embolsó las 100 libras, o se las gastó en joyas para su atractiva esposa, Pamela de Bayou»^[24] conjeturaba en una carta posterior.

El 5 de marzo de 1953, Michael Josselson escribió a Stephen Spender informándole de la reunión entre Muggeridge, Warburg, Fyvel, Nabokov, Bondy y Josselson. «Necesitamos una revista para un público más amplio que *Horizon*; más parecida a *Der Monat*. Usted y Kristol formarían un equipo de directores perfecto. Debería haber un consejo editorial, tal vez, con Muggcridge y Hook, que pasarían un año completo en Europa desde julio de 1953. Muggeridge y Warburg quieren apoyar a la revista todos los fondos, que mientras tanto, Mr. Muggeridge ha podido recaudar para la Sociedad Británica^[25]». Refiriéndose a las medidas acordadas, Spender escribió a Kristol diciéndole, «parece que a ambos nos ha contratado el

Comité Británico»^[26]. Tenía parte de razón. Kristol, americano, sería pagado con fondos de la Fundación Fairfield de la CIA; Spender, con fondos reservados del Estado británico.

En marzo de 1953 Kristol ya se había trasladado a París y se afanaba en encontrar colaboraciones para la revista. La oficina de París, para la que la publicación habría de servir de «portavoz del Congreso», realizó cuatro bocetos para la portada, bajo la supervisión de Josselson. Ni Kristol ni Spender (que aún estaba en los Estados Unidos) se pusieron de acuerdo en el título. El título provisional, «Outlook», se creyó excesivamente trivial, por lo que se estrujaron la cabeza y echaron mano del diccionario, barajando los nombres de «Symposium», «Culture and Politics», «Congress», «Witness», «Vista», «Testimony», «Writing and Freedom». (Kristol quería evitar las palabras «freedom» y «liberty» porque «olían a aburrimiento»), «Messenger», «Across Seas», «East-West Review», «Turning Point», «Circumference». Llegado un punto, Kristol se refería simplemente a la «Revista X»^[27]. Tal vez éste hubiera sido el título más apropiado, en vista del espíritu de clandestinidad que había tras ella. El título «Encounter» aparece por primera vez en una carta de fecha 27 de abril de 1953, de Kristol a Warburg, aunque Kristol dijo que no le entusiasmaba.

El 30 de abril de 1953, Alexander Korda giró su primer cheque de 250 libras. Hay que suponer que Victor Rothschild haría lo mismo, aunque no se conserva documentación que pruebe cuándo comenzaron sus «donativos». Camuflados de esta guisa, la inteligencia británica transfirió dinero a *Encounter* desde el primer momento. De forma regular llegaba un sobre marrón a la oficina de *Encounter*. El mensajero pertenecía al personal de Woodhouse, lo mismo que la gerente de la revista (y luego directora ejecutiva), Margot Walmsley, que hasta ese preciso momento trabajaba de administrativa en el IRD, y siguió siendo la «línea de contacto» del Foreign Office con *Encounter* durante veinte años. Walmsley luego comentaría a un desconcertado Frank Kermode que si quería saber algo sobre *Encounter*, ella le podía decir «todo». Walmsley murió en 1997, y jamás reveló que trabajase para el Foreign Office.

Más tarde, el IRD transferiría el dinero a una cuenta particular de la editorial Secker and Warburg, y luego Warburg disponía que se hiciese un cheque por el mismo monto para la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, de la que era tesorero. La Sociedad Británica, por entonces nada más que una tapadera para la financiación de *Encounter* por parte del IRD, entregaba la misma cantidad a la revista. En la jerga de los servicios de inteligencia, a este tipo de mecanismo financiero se le llamaba «pase triple». De esta manera, dando un rodeo, el gobierno de Su Majestad pagaba el sueldo de Stephen Spender. El propio Woodhouse nunca habló a Spender sobre esta forma de funcionamiento, aunque tuvo muchas ocasiones para hacerlo. «Sus hijos y los míos iban al mismo jardín de infancia, y nos solíamos ver allí —recordó Woodhouse—. Hubiera jurado que lo sabía y, por lo tanto, no me parecía necesario hablar sobre el tema. Así funcionábamos por aquel entonces^[28]». Posteriormente Spender afirmaría categóricamente que nunca le contaron este procedimiento.

En junio de 1953, la revista *Encounter* ya estaba en marcha, instalando su sede en las oficinas de la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, en 119b Oxford Street, hasta que, en septiembre, se trasladó a sus oficinas de Haymarket. Para pagar la imprenta y otros gastos durante sus primeros doce meses, se utilizó una subvención de 40.000 dólares de la Fundación Farfield, cuestión que Josselson aconsejó a Kristol y Spender, que «no dijeran a nadie». Kristol estaba en Londres desde mayo. Después iría su mujer, la historiadora Gertrude Himmelfarb, y su hijo pequeño, William. Poco después, llegó Spender desde Cincinnati. Ambos aparecen como accionistas de Encounter Ltd., empresa registrada en diciembre de 1953, cuyas acciones, en su mayor parte, eran propiedad de Junkie Reischmann, en calidad de presidente de la Fundación Farfield, y Pierre Bolomey, en calidad de tesorero del Congreso por la Libertad Cultural.

En una sorprendente reinterpretación de la historia, tanto Spender como Kristol recordarían su colaboración como una especie de luna de miel. «Dado que Stephen y yo éramos tan diferentes, nos llevábamos sorprendentemente bien»^[29], dijo Kristol. «Trabajé perfectamente con Irving Kristol»^[30], dijo Spender. Se consideraban amigos, entonces y después. Sin embargo su relación profesional fue muy problemática desde

el inicio. Spender era apuesto, emotivo, nada polémico, y como director, muchas veces «no se enteraba de la misa la media»^[31]. Kristol, por el contrario, era terco e intransigente, habituado a comportamientos sentimentales o preciosistas desde el punto de vista intelectual, por los años de discusiones en Brooklyn. De pequeña estatura, compartía con Lasky y Hook esta característica física además de su mal genio. «¡Es absurdo pensar que Irving Kristol —ex trotskista de Brooklyn— podía ir allí a tratar con todos aquellos intelectuales británicos y corregir su prosa!», dijo un agente de la CIA^[32]. Pero no sólo eran Spender y sus amigos británicos los que necesitaban andar con ojo con Kristol. Josselson descubrió muy pronto la clase de persona que había elegido. «Irving tuvo discusiones violentas con la oficina de París», dijo Natasha Spender, que recordaba haber oído por boca de Stephen que Kristol solía gritarle por teléfono a Josselson diciéndole que si quería una «revista interna» ya se podía ir buscando otro director^[33].

En julio, Kristol le envió a Josselson la propuesta de índice para el primer número: un artículo de Denis de Rougemont, sobre la India; una breve meditación sobre la muerte, de Albert Camus; algunas páginas de los cuadernos de Virginia Woolf; dos cuentos japoneses; un artículo de Christopher Isherwood en recuerdo de Ernst Toller; y otros, de Leslie Fiedler sobre los Rosenberg; de Nicolas Nabokov, sobre la música soviética; de Josef Czapski sobre *Les voix du silence* de André Malraux; de Irving Kristol, sobre la conferencia de «Ciencia y Libertad» organizada por el Congreso; un trabajo de Herbert Lüthy sobre las recientes revueltas de Alemania Oriental y Checoslovaquia; y otro de Edith Sitwell sobre Hollywood. Muggeridge, Spender, Hugh Seton-Watson, J. K. Galbraith y Nathan Glazer, habían prometido críticas de libros. Los artículos de Koestler y Aron fueron excluidos del primer número después de que Nabokov advirtiera a Kristol de que su anticomunismo era excesivamente furibundo.

Josselson le comentó por escrito a Kristol su preocupación por que el contenido del primer número no fuese lo suficientemente político. A lo cual Kristol respondió con aspereza: «No sé muy bien lo que significa su críptico comentario sobre que el “contenido político” deba estar a la altura

de las expectativas. La revista, evidentemente, tiene que ser una publicación “cultural”, en la que la política se trate, junto con la literatura, el arte, la filosofía, etc., como parte intrínseca de la “cultura”, como debe ser. La proporción entre artículos políticos y literarios, etc., variará naturalmente, entre número y número. En el primero, la política queda relativamente en segundo plano, ya que lo que queremos es captar un público lo más amplio posible. Tengo una idea muy clara de lo que quiere el Congreso, y cómo conseguirlo. Pero no puedo trabajar bien si la oficina de París no me deja ni respirar, enviándome instrucciones editoriales, etc.»^[34].

En otra encendida misiva, Kristol, de nuevo se queja a Josselson y le dice: «Aquí en Londres no somos ineptos tarados, y creo sinceramente que podemos juzgar mejor la situación que ustedes en París. ¿Usted y sus colegas de París piensan que la portada es horrorosa? Bueno, puede que tengan razón. Pero también puede que no; después de todo las portadas de revista no son su especialidad. Yo creo que la portada es buena, aunque, sin duda, se puede mejorar; Muggeridge cree que es muy buena... ¿Piensa que el primer número no es lo suficientemente político? Eso es que no ha examinado con suficiente atención el índice... ¿Piensa que el primer número es excesivamente literario? No tiene razón... Quizá me equivoco, pero pienso que, en *Encounter*, el Congreso tiene una baza más importante de lo que se creen. Ustedes, aparentemente, estarían contentos si consiguiésemos el prestigio de *Preuves*. ¡Por Dios!, eso ya lo hemos superado (a no ser que me equivoque). Potencialmente, podemos convertirnos, en unos meses, en la revista cultural en inglés, y no sólo en Inglaterra sino también en Asia. Concédannos unos cuantos meses, y seremos el referente de la intelectualidad, de Oriente y de Occidente, una revista en la que escritores asiáticos, europeos y americanos darían cualquier cosa por publicar. Lo digo en serio; si no estoy en lo cierto, ustedes deberían buscar otro director. Pero tienen que darnos tiempo, y libertad editorial, para conseguir lo que queremos... Su actitud en relación con las ventas me confunde: dice que están menos interesados en ellas que en el “impacto” de la revista. ¿Pero acaso las unas no son la medida del otro?»^[35] Si Kristol hubiese sabido todo el montaje financiero que habría de

mantener a *Encounter* se hubiese dado cuenta que esta última pregunta estaba de más.

Evidentemente, Kristol no estaba dispuesto a desempeñar el papel de tribuna y portavoz de Josselson. Spender inventó el concepto de «poder de Kristol» para calificar la categórica postura de su colega. Llegó un momento en que tantas amenazas colmaron el vaso de Josselson, que buscó otro director. Pero de momento, *Encounter* necesitaba estabilidad, y a Josselson no le quedaba otra que aguantar a Kristol.

La oficina de París había ganado la lucha con Kristol para no incluir los artículos de Koestler ni de Aron, pero, a cambio, tuvieron que acceder a la publicación de un artículo de Leslie Fiedler, lo cual los dejó bastante intranquilos. Kristol, en principio le había pedido a su amigo Fiedler que enviase un artículo sobre Karl Marx, pero Fiedler no mostró entusiasmo, y ofreció en su lugar un artículo sobre los Rosenberg. Si lo que quería Kristol para el primer número era algo «provocativo», eso era precisamente lo que había conseguido.

En la mañana de su ejecución, Julius y Ethel Rosenberg escribieron una carta desde la prisión de Sing Sing a sus dos hijos pequeños, Robert y Michael. «Recordad siempre que somos inocentes y que nuestra conciencia está tranquila», terminaba la carta. Poco después de las ocho de la tarde del 19 de junio de 1953, minutos antes de que la puesta del sol anunciase el comienzo del *Sabbath* judío, y víspera de su decimocuarto aniversario de boda, los Rosenberg fueron ejecutados en la silla eléctrica. Primero Julius; luego Ethel. Antes de que la amarraran a la silla, Ethel se volvió a la funcionaria de prisiones, extendió la mano y la atrajo hacia sí para besarla en la mejilla.

Los Rosenberg habían sido condenados en marzo de 1951 por pasar secretos atómicos americanos a los soviéticos. Después de retirarse a una sinagoga para meditar su sentencia, el juez Kaufman regresó a la sala para condenar a los Rosenberg a muerte por su participación en lo que calificó como «conspiración diabólica para destruir a una nación temerosa de Dios»^[36]. Nunca antes se había aplicado la pena capital en Estados Unidos a personas acusadas de espionaje en tiempo de paz. Las protestas internacionales que se desataron supusieron para los responsables de

propaganda americanos su más grave desafío desde las primeras escaramuzas de la guerra fría. La cuestión de la culpabilidad de los Rosenberg (y había pocas dudas de que *eran* culpables) no era el tema fundamental: para muchos comentaristas, el caso estaba muy claro. Pero correspondía a los estrategas norteamericanos convencer al mundo no simplemente de que el veredicto no admitía dudas, sino que el castigo era adecuado al crimen.

«La pena de muerte para dos inocentes es una cuestión que afecta a todo el mundo», exclamó Jean-Paul Sartre, definiendo al fascismo no «por el número de sus víctimas sino por la forma en que las matan». Añadió que la ejecución era «Un linchamiento legal que ha cubierto de sangre a todo el país»^[37]. Para hacer que todo el mundo fuese consciente de que la cuestión sí le atañía, los comunistas orchestaron una masiva campaña a favor del indulto publicándolo en la prensa controlada por ellos y haciendo que las organizaciones comunistas dirigiesen a las embajadas de Estados Unidos. En Londres se recibieron miles de peticiones y protestas con varios miles de firmas. En París se recibieron telegramas, cartas y peticiones, a un ritmo de cincuenta diarias.

En Francia, especialmente, el caso de los Rosenberg se convirtió en el banderín de enganche de todos aquellos que estaban en contra del gobierno americano. Se organizaron protestas en toda Francia, y muchas de ellas se convirtieron en manifestaciones antiamericanas. Un hombre murió en una concentración en la plaza de la Concordia bajo el lema «Libérez les Rosenbergs»^[38]. Melvin Lasky, si bien no veía bien la aplicación de la pena capital en tiempo de paz, se burlaba de estas protestas, calificándolas de producto de la «moda de resentimiento antiamericano»^[39]. Claro está que ninguno de los grupos de presión apoyados por los comunistas creados en defensa de los Rosenberg airearon el hecho de que el mismo día en que se fundó en Francia el Comité de Defensa de los Rosenberg, fueron ejecutados en Praga once dirigentes del Partido Comunista Checo. Tampoco debatieron el hecho de que Stalin hubiese fusilado a más comunistas que ningún país fascista; o que en la Unión Soviética a los trabajadores se les desterraba a durísimos campos de trabajo si llegaban en dos ocasiones más de cinco minutos tarde al trabajo; tampoco se dijo que cuando se convocó un

concurso entre artistas para erigir una estatua en conmemoración del centenario de Pushkin, el primer premio fue para un escultor cuya estatua representaba a Stalin leyendo un libro de Pushkin.

Sin embargo, el análisis de Melvin Lasky sigue siendo extraordinariamente simplista. El embajador de los Estados Unidos en París, Douglas Dillon, había advertido con toda intención al secretario de Estado, en un cablegrama de 15 de mayo de 1953, que la mayoría de los franceses eran «abrumadoramente (de la] opinión de que [la] pena [de] muerte [es] injustificable» y advenía que «a la gente que exige el indulto no se la debe considerar a toda como secuaces inconscientes de [los] comunistas»^[40].

Evidentemente el movimiento a favor del indulto no podía despacharse exclusivamente como conspiración comunista. En un informe de la inteligencia americana se decía que en Europa occidental, «las peticiones de indulto han surgido recientemente en la prensa socialista e independiente y en medios oficiales socialistas, y en Inglaterra, parte de la opinión pública laborista apoya las medidas de gracia. Estas peticiones no comunistas de clemencia se basan en ciertas dudas sobre la culpabilidad de los Rosenberg, y en que el indulto dará menos munición a los propagandistas comunistas que la ejecución y, por ende, el martirio»^[41].

Toda la maquinaria americana de la guerra psicológica se enfrentaba a un enorme desafío. Durante los seis meses siguientes, hasta la ejecución de los Rosenberg, en junio, echó mano de todos sus recursos para convencer al mundo no comunista de que la justicia americana era justa. Al Consejo de Estrategia Psicológica^[*] (PSB) se le dio orden de que coordinase la campaña, cuyo objetivo fundamental era situar a los Rosenberg en el contexto del arquetipo negativo comunista: el comunismo como monstruo que exige «sacrificios humanos». Hizo informes al presidente y todos sus colaboradores basándose en despachos de las embajadas y en informes de la CIA, y envió una lluvia de instrucciones a todos los puestos estadounidenses en el extranjero. Pero mientras que los informes realizados por el PSB que demostraban que los Rosenberg habían sido «justamente condenados» fueron muy aireados por la prensa europea, muchos representantes diplomáticos estadounidenses siguieron pidiendo clemencia.

En Francia, el embajador Dillon siguió muy preocupado «por el efecto adverso de la ejecución en Europa occidental» y pedía que se reconsiderase la sentencia «por el interés general de la nación»^[42].

Mientras el PSB examinaba «todo el alcance de la ejecución de los Rosenberg, en particular el impacto de esa decisión en la psicología de otros países, y su efecto sobre el prestigio y liderazgo de los Estados Unidos»^[43], C. D. Jackson le daba un enfoque ligeramente diferente. Aunque no dudaba de que los Rosenberg «Se merecían que los frieran cien veces por lo que habían hecho a este país», él estaba empeñado en que se debería conseguir que hiciesen una confesión de culpabilidad. Esto, por supuesto, hubiese cambiado el cariz del caso. En una carta entregada en mano al fiscal general, Herbert Brownell, de fecha 23 de febrero de 1953, C. D. escribió: «merece la pena intentar una vez más conseguir la confesión de, al menos, uno de los Rosenberg... Hacer hablar a los Rosenberg —continuaba— no es un problema de interrogatorio; es un problema psiquiátrico. Así pues, sería posible conseguir algún hábil psiquiatra judío, como por ejemplo, el Dr. Karl Binger, para que intente que se le confíen durante los próximos 30 días, Y si muestran signos de progreso, se podía demorar la ejecución entre 30 y 60 días, mientras que se avanza en ese objetivo»^[44].

En mayo, C. D. propuso otra idea. En un «informe para el archivo», en papel de la Casa Blanca, C. D. escribió: «He hablado con Brownell y le he instado para que inicie una guerra de nervios con los Rosenberg, incluyendo, si fuese necesario una suspensión temporal de la sentencia por parte del presidente. Brownell le advirtió que la funcionaria de la prisión ya había conseguido congraciarse con ellos, y que tenían esperanzas por ese lado. He instado a Brownell para que el alcaide, la funcionaria, el médico de la cárcel y todas las personas implicadas, deberían hacerles comprender las sutilezas de la situación y las reglas del juego al que se estaba jugando, en lugar de dejarles tocar de oído. Ya no era una cuestión policial. Brownell ha accedido a hacer algo en este sentido»^[45]. Se desconoce el grado en que la funcionaria logró congraciarse con ellos. Del último gesto de Ethel, sin embargo, pudiera desprenderse que se acercó bastante.

En una reunión del gabinete de 19 de junio de 1953, la fecha fijada para la ejecución, un nervioso Eisenhower admitía que estaba «Sorprendido por

las cartas recibidas en las que se expresaba una duda sincera» sobre el juicio a los Rosenberg, y dijo que le parecía «extraño que nuestro sistema judicial sea atacado en un caso tan claro»^[46]. Herbert Brownell aseguró a Eisenhower de que «no existe la más mínima duda... es un simple tecnicismo». «La gente no sabe de tecnicismos», le dijo Eisenhower con brusquedad. A lo cual Brownell respondió: «¿Quién va a decidir, los grupos de presión o el sistema judicial? El objetivo comunista es demostrar que a Dwight Eisenhower se le puede presionar»^[47]. De nuevo, Eisenhower muestra su impaciencia, y le dice a Brownell que «sólo le preocupan los ciudadanos honrados». C. D. Jackson interviene y reconoce que a algunas personas les resultaba difícil entender la pena de muerte, a la vista de que no se había aplicado a otros espías condenados, como Klaus Fuchs. A lo cual, el amigo de C. D., Henry Cabot Lodge (hacía poco nombrado experto táctico de Eisenhower en comunismo), replica con confianza: «Todo se puede explicar fácilmente». «A mí me parece que no tan fácilmente», contesta Eisenhower^[48].

Cuando empezó a desaparecer toda esperanza de indulto, hasta Michael Josselson llegó a pedir clemencia. «Michael pensaba que eran culpables, pero que no debían ser ejecutados, por la mala imagen que daría. Envío un telegrama personal a Eisenhower pidiendo clemencia»^[49], recordaba Diana. Además, Josselson hizo que Denis de Rougemont enviase un cablegrama apelando a la Casa Blanca, el 13 de junio de 1953. «La Asociación de Escritores, Científicos y Artistas, y el Congreso Internacional por la Libertad Cultural, solicitan el indulto para los Rosenberg», decía el telegrama de la Western Union. «Creemos que esa decisión por su parte estaría en la tradición humanitaria de la democracia occidental y serviría a la causa de la libertad en todo el mundo»^[50]. Incluso intervino el papa Pío XII, pidiendo a Eisenhower que atemperase la justicia mediante la caridad, pero sin resultados. «Quedamos desolados con la ejecución. Fue algo tan absurdo», dijo Diana Josselson^[51].

A finales de julio, Irving Kristol recibió el artículo de Leslie Fiedler, titulado «Epílogo para el caso Rosenberg»^[*]. Fiedler, que había sido

miembro de la Liga de la Juventud Comunista^[**] y del Partido de los Trabajadores Socialistas^[***], se había alejado de la izquierda a principios de los años cuarenta y ahora escribía «virulentos ensayos anticomunistas tan llenos de discutible psicología y llamamientos para el desagravio por parte de toda la izquierda que Harold Rosenberg se sintió obligado a publicar una larga refutación con el título “Liberalismo de psiquiatra y pasado de culpa”»^{[****][52]}. Fue con este estado de ánimo con el que Fiedler escribió lo que pensaba sobre el caso Rosenberg.

Fiedler señalaba que, en primer lugar, ni siquiera a los comunistas les interesaba identificarse con los Rosenberg, al haber sido «tan importantes en sus labores de espionaje y tan flagrantemente culpables». Distinguía entre el caso Rosenberg «factual» y el caso Rosenberg «mítico», en el que, gracias a una fabulación cuidadosamente orquestada por los compañeros de viaje, se habían convertido en mártires, en la tradición de Dreyfus. Así, mientras «desplegaban antiguas banderas de nobles causas», las personas de mente liberal de todo el mundo habían sido víctimas de «una especie de chantaje moral»^[53]. El artículo continuaba culpando a los comunistas por el sufrimiento y la muerte de los Rosenberg, alegando que fue algo «querido y deseado por los fabricantes de opinión comunista, como lo son todos y cada uno de los casos de discriminación contra los negros en Estados Unidos, como otra prueba más de que tienen razón». Él había estado allí, decía Fiedler, en medio de una Europa entusiasmada en su antiamericanismo. Había visto «los rostros de las multitudes comunistas gritar delante de la embajada americana» de Roma y no había visto «sino alegría». «¡Muerte a los asesinos de los Rosenberg!», decía la multitud en sus cánticos, antes de retirarse «a disfrutar de una botella de vino, contentos del trabajo realizado». En lo que respecta a los Rosenberg, «carecían de atractivo y eran vengativos», pero eran «humanos», mostrando interés por sus hijos «preocupados por sus operaciones de amigdalitis y por las disputas familiares». Pero Fiedler sentía tanta repulsión por la pareja que tuvo problemas para encontrar argumentos «humanos», por lo que continuaba afirmando que en realidad se habían «deshumanizado», convirtiéndose en «estereotipos oficiales», hasta el momento de su muerte. «Nos proporcionan una parodia del martirio, demasiado absurda para ser verdaderamente

trágica», escribió. Comentando las cartas que los Rosenberg se escribieron mutuamente desde sus respectivas celdas de Sing Sing, Fiedler parecía ofendido tanto por el estilo literario (o su carencia) de Ethel, como por que Julius no mostrase suficiente intimidad con su mujer y cómplice. «Nos hemos acostumbrado a que los espías comunistas mientan ante el tribunal con la convicción y el fervor de verdaderas víctimas; estaba el ejemplo reciente de Alger Hiss, por sólo nombrar uno^[54]; pero siempre tuvimos la esperanza de que, al menos a sus esposas, en la oscuridad, y con susurros, les dijeran la verdad». Pero no podían hablar de otra forma que no fuese en clave, incluso entre ellos, y así, Fiedler se preguntaba que como no eran «mártires o héroes —o ni siquiera seres humanos—... ¿Por qué causa era por la que morían?»^[55].

Sidney Hook, al ver las pruebas de imprenta del artículo se alarmó. James T. Farrell había dicho de Hook en una ocasión que «somete a la compleja y viva realidad de la historia a un proceso lógico y la trocea. La manera en que practica “el énfasis selectivo” es como un juego de manos... Esto le va a acarrear todo tipo de problemas, de los que veremos después cómo sale»^[56]. Hook podía ver fácilmente estos defectos en los demás, pero no en él mismo, y estaba seguro de que el análisis de Fiedler iba a sentar mal al Congreso. En una carta a Kristol (que le había enviado las pruebas), aconsejó que se publicara con la siguiente apología: «Estos comentarios no se deben interpretar como un ataque a seres humanos fallecidos —ya que debemos respetar a los muertos como seres humanos— sino que se trata de que en su vida política, los Rosenberg abandonaron su papel de seres humanos y se presentan como símbolos políticos. Por lo tanto hacemos un análisis no como personalidades humanas sino como mito político»^[57]. Junto al texto de Fiedler se publicó una versión menos sucinta que la propuesta por Hook, pero su efecto se perdía ante un artículo que causó verdadero impacto por su falta de humanidad.

La noticia del artículo de Fiedler se extendió con rapidez y, en menos de una semana, se vendió toda la tirada de 10.000 ejemplares del primer número de *Encounter* (no se sabe qué proporción corresponde a las «compras» por adelantado del Foreign Office. Según Tom Braden, la CIA también «invirtió en la compra de ejemplares de la revista para colaborar a

su difusión»). Dada la escasez de revistas intelectuales en Inglaterra, no hubo lugar a que el debut de *Encounter* pasase inadvertido. Su nombre estaba en boca de todos, y en todas las cenas, los invitados discutían acaloradamente su contenido. En cuestión de días, las secuelas del artículo comenzaron a llegar a la oficina de *Encounter* en forma de abultada saca de correos. De Christopher Isherwood llegó una alabanza por el «interesante y apasionante» primer número. Leonard Woolf escribió que todos los artículos estaban «por encima de la media» y calificó al de Fiedler como «excepcionalmente bueno».

Desde la distancia, Melvin Lasky dedujo que el artículo de Fiedler garantizaba una enérgica lucha en defensa de *Encounter*, indicios de lo cual aparecieron en tres cartas recibidas por Spender la mañana del 22 de octubre de 1953. En una carta a Josselson, Spender citaba la carta de E. M. Forster, que expresaba un disgusto especial por el artículo sobre los Rosenberg, «no por su contenido, que puede ser correcto, sino por el desprecio y severidad con que trata los últimos días de Ethel Rosenberg. Lo más ofensivo es el “compasivo” final, con su misteriosa aseveración de que teníamos ante nosotros un ser humano que había actuado en forma no humana y que era perdonado por el ser humano que había escrito el artículo. Me pregunto cómo actuaría si alguna vez le condenan a muerte»^[58].

Tampoco a Czesław Miłosz le gustó el artículo sobre los Rosenberg, le dijo Spender a Josselson. Peor aún, T. S. Eliot, en respuesta a la solicitud de un artículo que le hizo Spender, dijo que tenía dudas sobre la efectividad de *Encounter*, ya que «resultaba obvio que se publicaba bajo el auspicio de Estados Unidos». Si quería decir algo que influyese en la opinión pública norteamericana, ¿no sería mejor hacer en una publicación estadounidense y para el consumo estadounidense? «La cuestión en este caso es que Eliot establece el tipo de acusación con el que siempre nos vamos a encontrar de ser una revista que disfraza la propaganda americana bajo una maquillaje de cultura británica»^[59], argumentaba Spender. De acuerdo con el comentario de Hugh Gaitskell de que «cualquier cuestión política que publiquemos sería sospechosa al saber la gente que tenemos el apoyo americano», Spender concluía que «todo sentimiento directo anticomunista va contra sus

propios fines». Luego continuaba explicando a Josselson que las cartas le habían «molestado mucho», añadiendo que «en lo que a mi posición personal concierne, la crítica implícita de que publico artículos que sirven objetivos americanos, me resulta muy dolorosa»^[60]. «En aquella época existía un antiamericanismo pueril en Inglaterra —dijo Natasha Spender—. Personas eminentes y respetables estaban llenas de estereotipos negativos sobre que Estados Unidos era un país adolescente, y todo eso. Y Stephen estaba siendo constantemente criticado por esta gente, que decían que jamás tendrían siquiera un ejemplar de *Encounter* en sus casas, porque era tan descaradamente “americana”. Esto le enojaba mucho, porque quería defender a aquellos colegas a los que admiraba desde los tiempos de América»^[61].

Fiedler, aparentemente, fue más allá de lo que Spender estaba dispuesto a defender. Monty Woodhouse recordó «haberse quedado estupefacto» cuando Spender «explotó y dijo que no iba a seguir tomando parte en un “ejercicio propagandístico”. Yo suponía que compartía mis opiniones y las de todos nosotros sobre la conveniencia de que existiese una oposición intelectual a los comunistas. Yo creí que intelectualmente sería excesivamente simple para él decir que estaba frustrado de alguna manera»^[62]. Spender sí reconoció que el artículo sobre los Rosenberg no había ofendido a todo el mundo, y lo defendió diciendo que «no era en absoluto propaganda». Pero le preocupaba profundamente que fuese considerado «como el tipo de caballo de Troya infiltrado en *Encounter*»^[63].

Todo esto y mucho más se decía en la crítica de Anthony Hartley en *Spectator*, que afirmaba haber detectado «una cierta pomposidad propia de la cultura oficial», en el primer número de la revista, y comentó: «Sería una pena si *Encounter*, a su vez, se convirtiera en mero instrumento de la guerra fría»^[64]. Graham Hough, profesor de Cambridge y crítico, se refirió a *Encounter* como «ese extraño engendro angloamericano» y afirmó que no era tan libre como declaraba: «No está libre de “obsesiones” o de “ideas fijas”», manifestó, añadiendo que tenía «un extrañísimo concepto de la cultura». En un ataque a los patrocinadores de *Encounter*, señalaba que «no le gustaba considerar la existencia de un concepto de libertad cultural en el que fuese posible escribir o publicar el artículo [de Fiedler]»^[65].

Peor intención tuvo un párrafo en la columna «Atticus» del *Sunday Times*, en el que se refería a *Encounter* como «revista de la policía de los países ocupados por los americanos». A. J. P. Taylor, en *Listener*, hacía caso omiso de todo el revuelo sobre el artículo sobre los Rosenberg, manifestando que «NO hay ningún artículo en el número actual que obligue al lector a quemar la revista o ni siquiera a arrojarla, indignado, a la papelera. Ninguno de los artículos es políticamente subversivo... Todos los pueden leer hasta los niños. La mayor parte están escritos por personas adultas de reconocido prestigio»^[66]. «¿Has visto *Encounter*?», preguntaba Mary McCarthy a Hannah Arendt. «Sin duda es lo más insulso que se ha publicado, como una revista universitaria publicada por estudiantes muertos y criando malvas hace tiempo»^[67]».

En privado, Spender le dijo a sus amigos que siempre estuvo en contra de la publicación del artículo de Fiedler, pero que creyó que «no podía oponerse a Kristol en todo ya en el primer número», y era consciente de la necesidad de Kristol de dejar su impronta en este nuevo medio. Pero también confiaba en que el artículo de Fiedler fuese una forma tan buena como cualquier otra para «que los lectores británicos sepan lo atroces que pueden ser ciertos tipos de intelectuales americanos»^[68]. Esto coincidía con la opinión de Harold Rosenberg quien, desesperado ante la falta de rigor de Fiedler, escribió que el artículo no había conseguido nada, aparte de confirmar la extendida creencia de que «todo el mundo en los Estados Unidos vive sobre un cartel publicitario».

En la misma medida en que el artículo de Fiedler dividió a los lectores de *Encounter*, también introdujo una cuña entre sus codirectores, y amplió sus diferencias. En marzo de 1954, Spender escribía a Josselson para quejarse de que Kristol nunca aceptaba ninguna de sus sugerencias y, a no ser que Kristol «admita su propia ignorancia» en ciertos asuntos, *Encounter* se arriesgaba a perder la posición alcanzada. Además acusaba a Kristol de dirigir la revista como si él, Spender, no estuviese allí (en realidad, no estuvo gran parte de ese año, ya que según Natasha Spender, había sido «obligado por Josselson y Nabokov» a emprender una gira por el extranjero en representación del Congreso): «Le escribo ahora porque me he quejado a usted docenas de veces sin el más mínimo efecto», amonestaba Spender a

Kristol. «He de estar seguro de que los planes para mejorar la revista no se vean paralizados por falta de disposición para consultar conmigo o con nadie más^[69]». Josselson se puso de parte de Spender, escribiendo con frecuencia para reprender a Kristol por no hacer caso de los consejos y advirtiéndole que mejorase el aspecto de la revista y que «ofreciese a los lectores algo que merezca la pena en lugar de la “mierda” que hasta ahora les hemos estado dando y que lo único que ha conseguido es hacer daño a la revista»^[70].

En menos de dos años desde la aparición de *Encounter*; la relación entre Spender y Kristol se había deteriorado de forma irreversible. «Me es imposible trabajar con Irving porque no existen bases ni mecanismos de colaboración —le dijo Spender a Josselson—. Creo, pues, que no sería honrado seguir trabajando [con él]^[71]». Mientras Josselson luchaba por resolver la situación, surgió otro problema, más serio.

Pazguatos y mojigatos

Así pues, que los cascarrabias no corrompan este nuestro catecismo.

JOHN CROWE RANSOM, «Our Two Worthies».

El caso Rosenberg había hecho surgir un doloroso dilema para los Estados Unidos. Cuando Roy Cohn, adlátere de McCarthy, alardeó en público ante los europeos de su papel en la persecución de los Rosenberg, no hizo sino confirmar la sospecha de que el juicio estuvo ligado a la caza de brujas del senador McCarthy. Aunque técnicamente eran temas bastante diferentes, por Europa se difundió la creencia de que los dos asuntos estaban relacionados.

McCarthy surge en un momento en que muchos europeos estaban en guardia ante la evidencia del «repugnante paralelismo» entre Estados Unidos y la Unión Soviética. «El veneno cruza el Atlántico como una especie de espantoso viento dominante»^[1], escribió la esposa de un joven diplomático americano en Francia, en el apogeo de la campaña de McCarthy. El senador de Wisconsin compensaba su escaso intelecto con una potente voz y una inveterada falta de honradez (su cojera, afirmaba, era resultado de una herida de guerra, aunque en realidad se la produjo al resbalar en la escalera). Mamaine Koestler le encontraba repelente, y le calificaba de «matón de peludas garras» (aunque creía que estaba haciendo un buen trabajo denunciando a los «infiltrados»). Richard Rovere escribió que ningún otro político de la época tenía un «acceso más seguro y veloz a los lugares oscuros de la mente norteamericana»^[2]. A principios de los años cincuenta, McCarthy despotricaba sobre «una gran conspiración, a escala

tan inmensa y una infamia tan negra que empequeñece cualquier acontecimiento anterior en la historia de los hombres». Envalentonado por los juicios de Alger Hiss, de los Rosenberg y de otros agentes prosoviéticos en los Estados Unidos, que conferían cierta credibilidad a sus obsesiones orwellianas, Joe McCarthy acusó incluso al general George Catlett Marshall de favorecer la política del Kremlin. Bajo su autoritaria presidencia del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes, estuvieron a la orden del día todo tipo de acusaciones y de listas negras. A Arthur Miller se le condenó a cadena perpetua (sentencia anulada en la apelación). Lillian Helman, incluida en la lista negra, calificó a esta época de «tiempo de canallas».

«Aparte de I. F. Stone, cuyo boletín semanal de cuatro páginas publicado por él mismo trataba los temas sin obedecer la regla de que todos los temas tuviesen que acompañarse de declaraciones anticomunistas, no hubo otro periodista, que yo recuerde, que resistiese el temporal sin temblar», escribió Arthur Miller. «Los Estados Unidos, con el Partido Comunista más pequeño del mundo, se comportaba como si estuviese al borde de una revolución sangrienta^[3]». El número de militantes del Partido Comunista rondaba los 31.000 afiliados en 1950, y se reducía a unos pocos miles, en 1956, la mayoría de los cuales se decía eran agentes encubiertos del FBI. «Siempre creí en el antiguo dicho de que el FBI mantenía con vida al Partido Comunista, mediante las cotizaciones de sus agentes»^[4], dijo William Colby. Para el escritor Howard Fast: «El Partido Comunista de los Estados Unidos, en realidad, en esa época, era prácticamente una sucursal del Departamento de Justicia^[5]».

Aletas cromadas en los nuevos Cadillacs, calcetines cortos y gelatinas de frutas, *Hula hoops* y frigoríficos, Chesterfields y batidoras eléctricas, el golf, la mueca del tío Ike, los sombreros de Mamie: ¡Bienvenidos a los Veloces Cincuenta! Éste era el país de la revista *Life*, una economía del consumo en ascenso, una sociedad en paz consigo misma. Pero detrás había otros Estados Unidos: amargos, oscuros, inquietos; un país en que tener un disco de Paul Robeson podía ser considerado un acto subversivo; donde un texto escolar llamado *Explorando la historia americana*, escrito, entre otros, por un historiador de Yale, daba a los niños el siguiente consejo: «El

FBI insta a los americanos a que informen directamente en sus oficinas de cualquier sospecha que puedan tener sobre actividades comunistas por parte de sus compatriotas estadounidenses. El FBI está perfectamente capacitado para verificar esos informes bajo las leyes de una nación libre. Cuando los americanos hagan esto con sus sospechas en lugar de mediante habladurías o la publicidad, estarán actuando según la tradición americana^[6]». «Aconsejar a los niños que se hicieran delatores era un signo distintivo de las sociedades totalitarias, pero correspondió a la guerra fría el incluir la delación en el inventario de “tradiciones americanas”», escribió un historiador^[7]. Aquel sombrío ambiente quedó registrado en el pesimismo de James Dean, en la indiferencia de Marlon Brando, en la violencia verbal de Lenny Bruce, primeras manifestaciones de lo que luego serían movimientos masivos de protesta. Pero éstos fueron hechos aislados, oscuros indicios perdidos en el clamor de la cultura «oficial», en el ruido de la verborrea corrosiva y llena de odio de Mickey Spillane, o en las estruendosas hazañas del Capitán América, el héroe de los tebeos de Marvel que había pasado con tanta facilidad de luchar contra los nazis a la denuncia de comunistas y que ahora advertía: «¡Ojo, rojos, espías, traidores y agentes extranjeros! ¡El Capitán América, apoyado por todos los hombres leales y libres, os está buscando dispuesto a luchar hasta que el último de vosotros, cobarde inmundicia, quede al descubierto^[8]!».

Eran los Estados Unidos de Roy Cohn y David Schine, el terrible dúo de McCarthy. Un comentarista describió a Cohn como «incalificable», a Schine como «mono disfrazado». Cohn era un brillante abogado licenciado en la Universidad de Columbia a los 20 años. A los 25 se convirtió en consejero de McCarthy, en el Comité de Actividades Antiamericanas. Ambicioso y arrogante, Cohn lloraba cada vez que escuchaba el himno de los Estados Unidos. David Schine, hijo de un acaudalado magnate hotelero, educado en Andover y en Harvard, era el mejor amigo de Cohn. A Schine le encantaban los clubes nocturnos, los coches veloces y la notoriedad. A principios de 1953, Cohn le consiguió un empleo en el subcomité de McCarthy. El currículum de Schine era bastante parco, si exceptuamos su autoría de un demencial libro titulado *Definition of Communism*, que era colocado junto a la Biblia Gideon^[*] en los hoteles propiedad de su padre.

En la primavera de 1953, cuando el impacto del juicio a los Rosenberg dejaba a la luz un amplio resentimiento ante la presencia norteamericana en Europa, Cohn y Schine iniciaron una gira de inspección de los principales enclaves de los servicios oficiales de información estadounidenses. Llegaron poco después de la muerte de Stalin, que fue anunciada por el Kremlin el 5 de marzo. Su siguiente paso fue un poderoso recordatorio de que la halitosis mental del estalinismo aún continuaba en el extranjero. Después de visitar las bibliotecas de la Agencia de Información de los Estados Unidos^[*] (USIA) en siete países, anunciaron que 30.000 de los 2 millones de libros de las bibliotecas, eran de escritores «pro comunistas», y exigieron su eliminación. El Departamento de Estado, lejos de defender a sus bibliotecas (que eran utilizadas por 36 millones de personas al año), publicó un cobarde decreto en el que prohibía todo tipo de materiales, incluidas las pinturas de «toda persona polémica, comunistas, compañeros de viaje, etc.». Así, con una vaguedad kafkiana, se condenó a las obras de cientos de escritores y artistas americanos a los cubos de basura de la política.

Se produjo una lluvia de telegramas entre el Departamento de Estado y todas las misiones de la USIA (Berlín, Bremen, Dusseldorf, Francfort, Hamburgo, Munich, Hannover, Stuttgart, Friburgo, Nuremberg, París), conforme iba avanzando la prohibición de libros: «Han de eliminarse todos los libros de Sartre de las colecciones de las Amerika-Hauser». «Todos los libros de los siguientes autores han de ser eliminados: Harnmett, Dashiell; Kay, Helen; Stern, Bernhard; Fast, Howard». «Elimínense todas (repetimos, todas) las obras de los siguientes individuos: Abt, Jolm; Julius, J.; Singer, Marcus; Witt, Nathan». «Se ordena eliminar todas las obras de los siguientes autores: Dubois, W. W. B.; Foster, William; Gorki, Maksim [sic]; Lysenko, Trofim; Reed, John; Smedley, Agnes»^[9]. También fue arponeado Herman Melville, y fueron retirados todos los libros ilustrados por Rockwell Kent. El 20 de abril de 1953, la embajada de EE UU en París telegrafió al Departamento de Estado: «Los siguientes libros han sido retirados de la biblioteca de USIA en París y provincias: Howard Fast, *The Proud and the Free*, *The Unvanquished*, *Conceived in Liberty*; Dashiell Hammett, *El hombre delgado*; Theodore Haff, *Charlie Chaplin*; Langston

Hughes, *Weary Blues*, *Ways of White Folks*, *Big Sea*, *Fields of Wonder*, *Montage of a Dream Deferred*, *Not Without Laughter*, *Histoires des blancs*»^[10].

El prestigio cultural estadounidense estaba siendo aplastado conforme las agencias y misiones gubernamentales se iban plegando a McCarthy. El número medio de títulos enviados al extranjero por USIA en 1953, se desplomó de 119.913 a 314. Muchos libros eliminados de las bibliotecas habían sido quemados por los nazis. Condenados por segunda vez a la hoguera fueron, *La montaña mágica*, de Thomas Mann, las *Obras escogidas*, de Tom Paine, *La teoría de la relatividad*, de Albert Einstein, los escritos de Sigmund Freud, *Por qué me hice socialista*, de Helen Keller, y *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed. El ensayo de Thoreau, sobre la «desobediencia civil» fue prohibido por los Estados Unidos a la vez que era declarado ilegal en la China maoísta. Imparable, aparentemente, la limpieza cultural macartista dio al traste con las pretensiones estadounidenses de ser el heraldo de la libertad de expresión.

Thomas Mann, galardonado con el Nobel y conocido por sus posturas antinazis comprobó que su nacionalidad estadounidense ofrecía menos protección que la esperada contra los impulsos totalitarios de los que había tenido que escapar. Denunciado por los macartistas por mostrar debilidad frente al comunismo y tachado de «compañero de viaje número uno de América» por la revista *Plain Talk*, deseaba irse de los Estados Unidos, a los que calificaba de «pesadilla con aire acondicionado»^[11]. Otro trofeo para Cohn y Schine fue Dashiell Hammett, que, en 1951, pasó veintidós semanas en la cárcel de una sentencia de seis meses por negarse a identificar a las personas que financiaban el Fondo de Fianzas por los Derechos Civiles^[*], creado para pagar las fianzas de los comunistas detenidos. En 1953, fue llamado a testificar en el Subcomité Permanente de Investigaciones del Senado^[**], presidido por McCarthy, donde, de nuevo, se negó a dar nombres, esta vez, acogándose a la Quinta Enmienda. Cohn y Schine exigieron entonces la eliminación de todos sus libros de las bibliotecas del Departamento de Estado. Al suspenderse las emisiones radiofónicas de *The Adventures of Sam Spade*, por parte de la NBC, Hammett se vio privado de su principal fuente de ingresos. Después de

haber luchado por los Estados Unidos en dos guerras, murió en la pobreza, en 1961. A pesar de los intentos del FBI por impedirlo, fue enterrado por petición propia en el Cementerio Nacional de Arlington^[12]. La mayoría de los autores vivos prohibidos en las instrucciones del Departamento de Estado fueron también objeto de voluminosos (y a menudo ridículos) expedientes por parte del FBI, dirigido por J. Edgar Hoover. Se vigilaron estrechamente las actividades y movimientos de Robert Sherwood, Archibald MacLeish, Malcolm Cowley (en cuyo expediente aparece Sidney Hook como informador del FBI), John Crowe Ransom, Allen Tate, Howard Fast, F. O. Matthiessen, Langson Hughes y, por supuesto, de todas las antiguas *bête noires* de la conferencia del Waldorf Astoria. Cuando Ernest Hemingway se quejó a sus amigos de que estaba siendo vigilado por el FBI, pensaron que había perdido la cabeza. Su expediente, de 113 páginas, hecho público a mediados de los años ochenta, confirmaba las sospechas de Hemingway: fue seguido, sus teléfonos, pinchados y molestado por los hombres de Hoover durante más de 25 años. Poco antes de su suicidio, y presa de una profunda depresión, Hemingway se registró en una clínica de Minnesota, con nombre falso. Uno de los psiquiatras de la clínica se puso en contacto con el FBI para comprobar si existían objeciones para que Hemingway se registrase de esa manera^[13].

El expediente del poeta William Carlos Williams le describe como «una especie de profesor distraído», que utiliza un «estilo “expresionista”, que se puede interpretar como “cifrado”». Eso fue suficiente para que cuando Williams fue nombrado consejero en poesía de la Biblioteca del Congreso, en 1952, no ocupase su puesto por no aprobar el examen de seguridad (el puesto permaneció vacante hasta 1956). En 1951, el poeta Louis Untermeyer fue incluido en el Índice de Seguridad del FBI (donde se le clasificaba como riesgo a la seguridad nacional)^[14]. Poco después, Untermeyer se cerró con llave en su apartamento, negándose a salir durante casi año y medio, presa de un «miedo sobrecogedor y paralizante»^[15]. El ensayista Murray Kempton creía que Hoover estaba «loco de remate», e imaginaba que sus «noches estaban llenas de sospechas de que en algún lugar podría haber alguien que no le reverenciase»^[16].

Cuando se debatió el problema de la censura cultural, el 10 de julio de 1953, el gabinete de Eisenhower concluyó con debilidad que «No podemos ocultar parecer locos o nazis. Se podría hacer en sigilo si [uviésemos] suficiente tiempo y si eliminásemos suficientes individuos inmoderados. Intención categórica de elegir nuevos libros que se adecuen a la ley»^[17]. Ésta no era ni de lejos la enérgica respuesta que hacía falta. A todos los puestos estadounidenses en el extranjero llovían cartas, criticando la prohibición de libros. Los británicos, que habían decidido dejar ejemplares de *Mein Kampf* en las estanterías de las bibliotecas alemanas después de la guerra «hasta que se convirtiera en un chiste», lo vieron con muy malos ojos. Parte del problema era que Eisenhower, en lugar de participar en la contienda directa con McCarthy, pensaba que podría eclipsarle con su propia cruzada anticomunista, una estrategia respaldada por su secretario de Estado, John Foster Dulles. McCarthy, entretanto, tenía sus dudas incluso sobre el propio Eisenhower. Circulaban rumores de que, bajo el mando supremo de Ike, en la Europa de posguerra, hubo una infiltración masiva de comunistas en las oficinas gubernamentales, especialmente en Alemania. Sorprendentemente, fue Nicolas Nabokov el que atizó las llamas de esta afirmación, dando información a los hermanos Alsop sobre la gravedad de la infiltración, diciendo que la Quinta Columna comunista controló en la práctica el mando de Eisenhower.

También recibió ataques la emisora La Voz de América, del Departamento de Estado. Conforme McCarthy iba poniendo en escena las vistas televisadas, con disparatados cuentos sobre la penetración de los comunistas en el servicio de radio exterior de Estados Unidos, a los empleados que habían contribuido a la creación del servicio se les expulsaba sumariamente. En marzo de 1953, uno de los productores de la emisora pidió al archivo musical una grabación de la *Canción de La India*, pero el responsable del archivo le dijo que no era posible, ya que «es de Rimsky-Korsakov, y se supone que no hemos de poner nada de los rusos».

Los ataques de McCarthy al Departamento de Estado fueron implacables y culminaron con la acusación de que Dean Acheson («este pomposo diplomático de pantalones de rayas, con fingido acento británico») estaba «mimando a los comunistas». La acusación de que

Acheson, arquitecto de la doctrina Truman, era blando con los comunistas sonaba algo falsa. Probablemente ni siquiera el propio McCarthy lo creyese. Pero el hecho de que Acheson se encerrara el bigote y se comprase los trajes en Savile Row eran acusaciones demostradas. Al igual que había hecho Mussolini, McCarthy era partidario de la autarquía: todo habría de ser «Made in America». La suya era la voz de la América profunda e inculta que rechazaba el estilo anglófilo de gente como Acheson. El macartismo fue un movimiento (o un momento) fundamentado en el resentimiento populista contra las clases dirigentes. A su vez, la vulgar demagogia de McCarthy era recibida como un insulto por la elite gobernante. Representaba lo que A. L. Rowse, desde Inglaterra, calificaba como «a Gente Idiota»; ofendía el gusto de las castas superiores, que rechazaban la mediocridad, la palettería, la odiada cultura de masas. Mandarines políticos como los hermanos Alsop, Joseph y Stewart, consideraban a McCarthy como «puro populismo que agita pasiones contra la elite que elabora la política exterior del país... También consideraban su ataque contra el Departamento de Estado como un ataque a la filosofía internacionalista que orientó la política exterior norteamericana desde el fin de la guerra. Nadie lo decía explícitamente, pero para ambos hermanos estaba claro que si McCarthy conseguía echar a los internacionalistas del Departamento [de Estado], el resultado sería una nueva ola de aislacionismo»^[18].

«Prácticamente se sospechaba de todos los liberales del gobierno federal», dijo Lyman Kirkpatrick, inspector general de la CIA en época de McCarthy. «Tenía algo del ambiente reinante durante la Revolución Francesa, cuando las denuncias y los juicios llevaban directamente a la guillotina. Si bien en Washington no había guillotina, la destrucción de las carreras y de la vida de las personas, tal vez, era un peor destino^[19]». Después de haber dañado permanentemente la moral del Departamento de Estado, McCarthy volvió su mirada a la CIA, un «blanco mayor y mucho más importante, sobre todo porque podía atraer mucha más publicidad hacia su persona»^[20].

Eran los «internacionalistas» agrupados en torno a la División de Organizaciones Internacionales de la CIA, los que más tenían que perder. A finales de 1952, las sospechas de McCarthy se dirigieron al equipo de

Braden, cuando el senador se enteró de que había «Otorgado grandes subvenciones a organizaciones procomunistas»^[21]. Fue un momento crítico: el anticomunismo oficioso de McCarthy estaba a punto de romper, tal vez, de hundir, la red más elaborada y efectiva de organizaciones de la izquierda no comunista. «Una de las cosas extrañas de la incursión de la CIA en la política cultural es que lo que hacía lo debería haber hecho abierta y públicamente la Agencia de Información de los Estados Unidos, o cualquier otra institución análoga —explicaba Arthur Schlesinger—. La razón para que no fuese así fue Joe McCarthy, porque si Joe McCarthy sabía que el gobierno de Estados Unidos estaba financiando revistas de la izquierda no comunista, y sindicatos socialistas y católicos, eso hubiese causado muchos problemas. Por lo tanto fue para evitar a McCarthy por lo que la CIA, hizo todo eso de manera encubierta^[22]». «Todo tenía que hacerse con fondos reservados —dijo un oficial de la CIA asignado al Congreso por la Libertad Cultural— porque nada de eso se habría aprobado en el Congreso. Imagine los abucheos que nos hubiésemos ganado: “¡Son todos comunistas!”, “¡Son todos maricas!”, o cosas por el estilo^[23]».

«Paradójicamente muchas de estas operaciones encubiertas corrieron riesgos muy graves ya que hubo un momento en que McCarthy amenazó con sacarlas a la luz, porque, desde su perspectiva, se trataba de una agencia americana, la CIA, la que se confabulaba con los izquierdistas —explicaba el historiador Kai Bird—. Era una vergüenza, echaba por tierra la idea de que los Estados Unidos eran una sociedad democrática y avanzada, capaz de mantener un debate político racional. Pero también amenazaba con dar al traste con las principales operaciones de la inteligencia a largo plazo para la creación de un consenso político y para mantener a Europa occidental dentro de la OTAN, y dentro de una alianza occidental^[24]».

Con los sabuesos de McCarthy husmeando el programa de la izquierda no comunista de la Agencia, la CIA tenía que retroceder en la medida de lo posible hasta quedar en último plano. Sin embargo, en este crítico momento, el Comité Americano por la Libertad Cultural decidió romper su silencio. A principios de marzo de 1952, el Comité tuvo una reunión a puerta cerrada para debatir la respuesta que se debería dar a McCarthy. Desde el primer momento estuvo claro que el Comité estaba

definitivamente dividido. James T. Farrell y Dwight Macdonald no tenían dudas sobre los peligros del macartismo. «La amenaza estalinista ha sido, en gran parte, barrida de los Estados Unidos, aunque no en el mundo — argumentaba Farrell—. Pero estamos viendo el ascenso de un grupo de intelectuales macartistas^[25]». Continuó luego definiendo al macartismo como «nosabernadismo», como una presión excesiva a favor del conformismo y de la ortodoxia. Para Macdonald había dos posturas posibles: «la “pura”... que significa no hacer distinguos entre comunistas y no comunistas en cuestiones de derechos civiles y de libertad cultural; y la “impura”, que implica defender únicamente a las personas... que son acusadas de comunismo, erróneamente o sin pruebas»^[26]. Él esperaba que el Comité adoptase la primera postura, pero pensaba que, como mínimo, debería adoptar la segunda. Bertram Wolfe contraatacó diciendo que «los peligros actuales en los Estados Unidos son resultado directo de “nuestro” fracaso en denunciar a los estalinistas. Si no lo hacemos, los “hombres con garrotes” lo harán»^[27].

Otro de los miembros advirtió al comité contra su «tendencia a enfrascarse en polémicas ajenas y luego adoptar una postura “oficial”... ha caído en el papel de defender la línea actual del gobierno. De lo que debería ocuparse es de detectar problemas y cuestiones nuevas. De los demás ya se ocupará su inmensa maquinaria propagandística»^[28]. De esta opinión era Richard Rovere director adjunto de *The New Yorker*, que manifestó, «es claramente tarea nuestra hacer que el país sepa y que Europa sepa que es posible estar contra el macartismo y contra el totalitarismo comunista. El principal problema, en este momento, es que la política está empezando a ser la que decida sobre la cultura»^[29]. Pero Sidney Hook, Daniel Bell, Clement Greenberg y William Phillips, representando a la opinión mayoritaria, se negaron a apoyar una condena general a McCarthy.

En una carta a Hannah Arendt con noticias de estas posiciones divergentes, Mary McCarthy revela que tenía «indicios sobre lo que pensaba el grupo de Hook, que, al parecer, es que los tejemanejes de McCarthy... no están dentro de las competencias de un comité por la *libertad* cultural»^[30]. También le habían dicho, confidencialmente «que el Comité, reconociendo que aquí no hay amenaza comunista, en realidad, está

principalmente interesado en conseguir fondos para luchar contra el comunismo en Europa occidental, o, mejor, para luchar contra el neutralismo, que se está convirtiendo en la principal amenaza. Esto se [me] dijo, “entre nosotros”»^[31]. Por otro lado, continuaba Mary McCarthy, existía la sensación de que «lo principal contra lo que teníamos que luchar era que este país volviese a caer en el neutralismo. Que si Hook y compañía cejaban en sus esfuerzos por un momento, el estalinismo se volvería a instalar en el gobierno y en la educación, culminando en una política contemporizadora en el exterior. No sabría si era un temor auténtico (parece tan fantasioso) o una racionalización. No puedo creer que esta gente piense en serio que aquí esté latente el estalinismo a gran escala, listo a revivir ante el más mínimo de los conjuros... Viven en el terror de que resurja la situación de los años treinta, en los que los compañeros de viaje disfrutaban de enorme poder en la enseñanza, en el mundo editorial, en el teatro, etc... cuando el estalinismo era la corriente en alza y estas personas no estaban en ella y fueron objeto de desprecios, pequeñas privaciones económicas, habladurías y murmuraciones. Esta gente, a los que sólo importa el éxito, sólo piensa en su poder de grupo y de monopolio cultural y estuvieron verdaderamente traumatizados por el breve apogeo estalinista de los años treinta... En sus sueños, esta época vuelve una y otra vez; es “más real” que lo real. Por eso, apenas se dan cuenta del deterioro de la situación actual y minimizan la importancia del senador McCarthy»^[32].

Hasta entonces, la división en el seno del Comité Americano sobre el macartismo se había mantenido en relativo secreto. Pero el 29 de marzo, aireó públicamente sus diferencias en un debate patrocinado por el Comité, titulado «En defensa de la cultura libre», organizado, como cabría suponer, en la Sala Starlight del Waldorf Astoria. En la sesión de la mañana, Dwight Macdonald, Mary McCarthy y Richard Rovere hablaron en contra del senador McCarthy. Por la tarde, Max Eastman, el niño mimado de la izquierda americana a comienzos de los años treinta, pronunció un discurso que mostraba el avance en el proceso de desradicalización. Negando que existiese una caza de brujas, acusó a los comunistas y a sus compañeros de viaje de inventar el término, como una «táctica difamatoria». «Como una bruja medio quemada de aquellos días de histeria —dijo Eastman— les

quiero asegurar que lo que llaman caza de brujas es un juego de niños comparado con lo que los americanos pueden hacer cuando se ponen a ello»^[33]. Continuó acusando al ejecutivo de la nación de «fallarnos en la lucha contra la infiltración por parte de los enemigos de la libertad», y en buena medida, lanzó las mismas acusaciones a la Freedom House, a Americans for Democratic Action, y a la American Civil Liberties Union (a la que pertenecía), denunciándolos a todos como «liberales de mente confusa que, en nombre de la libertad cultural, están proporcionando valiosa ayuda a un enemigo armado decidido a destruir todas las libertades existentes en el mundo»^[34].

Según algunos informes, el público se quedó atónito; en otros se decía que estaba jubiloso. En su discurso de aquella misma mañana, Richard Rovere le leyó la cartilla a Irving Kristol por no decir «la clase de verdades rotundas sobre McCarthy con la que quiere que otras personas hablen sobre los comunistas». Acusó a McCarthy de tener «en tan poca estima la verdad como cualquier historiador soviético», y concluía, pesimista, que «la verdad quizá inevitable es que los pazguatos y mojigatos avanzan por todas partes»^[35]. Según Max Eastman, esos sentimientos indicaban simplemente que el propio Rovere sentía debilidad por la propaganda soviética.

Después de la reunión, Rovere escribió a Schlesinger expresándole su preocupación por la salida de tono de Eastman y le pidió que hiciese algo sobre el particular. ¿A quién recurrió Schlesinger? A Frank Wisner. Más tarde recordaría Schlesinger, poco creíblemente, que aunque él conocía la inversión inicial de la CIA en el lanzamiento del Congreso por la Libertad Cultural en Berlín, a partir de entonces «Supuso que pagaban las fundaciones. Como todo el mundo, pensé que iban de buena fe... No sabía que la CIA pagaba todo». Medio siglo después, Schlesinger aún mostraba reticencia sobre cualquier relación oficial con la CIA en este asunto: «A veces me veía con Frank Wisner en la casa de Joe Alsop, y me preguntaba como por educación, qué tal marchaba el Comité Americano, y yo se lo decía^[36]». Tal vez fue también por «educación» por lo que Schlesinger escribió a Wisner el 4 de abril de 1952, adjuntando ciertos documentos «todos los cuales —comentó Wisner— ofrecen un panorama bastante alarmante»^[37]. En respuesta a la comunicación de Schlesinger, Wisner

escribió un memorando interno, «Crisis en el Comité Americano por la Libertad Cultural», extraordinariamente revelador y que merece la pena citar completo:

Informe de la CIA del subdirector de Planificación (Wisner) al subdirector adjunto de Coordinación de Políticas. Asunto: Informe de crisis en el ACCF.

1. Se adjunta una carta fechada el 4 de abril de Arthur Schlesinger Jr. dirigida a mí, en la que incluye determinados documentos, todos los cuales ofrecen un panorama bastante alarmante. No sabía nada de todo esto antes de recibir la carta de Schlesinger, y estoy impaciente por contar con un informe de la OPC sobre el tema, que, probablemente, *no* sea una tormenta en un vaso de agua.

2. Lo primero que se me ocurre ante este barullo es que desde nuestra posición, ninguna postura, ni la de los pro-McCarthy ni la de los anti-McCarthy es la correcta, y es verdaderamente lamentable que este asunto haya llegado a un punto tan crítico. Puedo entender cómo se podría sentir un comité americano por la libertad cultural, aislado, y que fuese un grupo de ciudadanos particulares interesados en la libertad cultural, si *tuviese* que adoptar una postura sobre el macartismo. Sin embargo ése no es el carácter que tiene el Comité Americano por la Libertad Cultural, que, te recuerdo, surgió por inspiración, si no por creación directa de esta Agencia para servir de tapadera y de barrera de contención para nuestras operaciones en Europa. Si es así, estamos ligados al Comité, y es nuestra ineludible responsabilidad su conducta, sus acciones y sus declaraciones públicas. Dadas las circunstancias, debatir el tema del macartismo, tanto para condenarlo como para apoyarlo, fue, en mi opinión, un error grave. La razón es simplemente que esto nos hace entrar en un asunto político nacional enormemente candente, y que nos va a causar problemas y críticas por interferir en asuntos que no nos conciernen en absoluto.

3. Si estás de acuerdo con el anterior análisis y con mi posición, deberíamos considerar *rápidamente* lo que se debe hacer cuando se arme todo el lío. Si fuese posible, pienso que todo el debate sobre el asunto debería eliminarse de las actas y no removerlo más. Sé que eso no gustará a ninguna de las partes, pero tal vez sería posible que explicásemos a los defensores de ambas posturas que estamos hablando de Europa y del resto del mundo, fuera de los Estados Unidos, y que nos debemos limitar a eso —y que si no lo hacemos todo lo que hemos hecho será denunciado y torpedeado por metemos en temas de política nacional—. Es posible que tengamos éxito si hacemos un llamamiento a la unidad y a la concordia para no echar por la borda nuestros valiosos esfuerzos. En cualquier caso, es lo único que se me ocurre que podamos hacer^[38].

El informe tiene varios significados. Nos muestra a Arthur Schlesinger alertando a Frank Wisner de lo que sucedía en el Comité Americano y que él, Schlesinger, considera preocupante (Schlesinger se había quejado antes a Nabokov de que la organización estaba plagada de «neuróticos» anticomunistas, y que se estaba convirtiendo en «instrumento de estos bastardos»)^[39]. Revela también el origen del Comité, que se proclamaba como institución «libre» e «independiente», cuando en realidad era una «barrera de contención»^[40] de operaciones más ambiciosas de la CIA en Europa occidental. Demuestra que Wisner no tenía duda alguna sobre la responsabilidad de la CIA en la conducta, acciones y declaraciones del Comité Americano. Al haber sido creado por la Agencia, la cuestión de su libertad para hacer y decir lo que quisiese, era, según Wisner, retórica. Si en realidad hubiese sido lo que decía ser —un grupo independiente de personas particulares—, entonces sí podría hacer los que quisiese. Pero no era lo que decía ser: formaba parte de la máquina de la gramola de Wisner y como tal tenía que tocar la canción que él dijese o, si no, permanecer callada. Legalmente, por supuesto, la CIA no tenía derecho a interferir en los asuntos de una organización nacional. Eso lo admite Wisner en su informe.

Más aún, el que Wisner hable tan a la ligera de «eliminarlo de las actas», nos da una imagen inquietante sobre la actitud de la CIA en relación con esos grupos. La agencia tenía derecho de veto sobre las acciones de sus organizaciones de tapadera, y Wisner proponía utilizarlo en esa ocasión. También queda claro en el informe el hecho de que Wisner tenía línea directa con el Comité Americano, línea que quería emplear para convencer a ambas facciones dentro del grupo de que olvidasen sus diferencias, y que dejasen de una vez por todas el tema del macartismo.

«El Comité Americano por la Libertad Cultural sólo era una fachada para crear la impresión de que existía cierta participación estadounidense en la operación europea —dijo Tom Braden—. Cuando comenzaron a debatir la cuestión de McCarthy, ¡Dios mío!, fue de lo más embarazoso, sobre todo para Allen [Dulles]. Ésa era una razón lo bastante buena como para que no existiese un Comité Americano, por lo menos, en opinión de Allen. Le hubiese aterrorizado que se supiese públicamente que algún miembro del Congreso por la Libertad Cultural se oponía a McCarthy. Él, por supuesto, odiaba a McCarthy, pero sabía que había que manejarlo con guantes de seda: no se le podía enojar o involucrarle en nada de nada. Ni siquiera se planteaba la idea de que gente como Burnham o Schlesinger —personas de esa categoría— armasen un lío sobre McCarthy, al menos en la mente de Allen^[41]».

Claramente, era fundamental que el Congreso por la Libertad Cultural y sus afiliados dejasen en paz al macartismo, como más tarde recordaría un activista inglés: «Se daba por entendido que no debíamos criticar al gobierno americano, o al macartismo, que por entonces estaba en su punto culminante en los EE UU^[42]». Éste era uno de los asuntos debatidos por Neufville y Monty Woodhouse en sus reuniones de «operaciones y métodos», y se complementaba con una instrucción del Foreign Office al Departamento de Investigación de la Información, de que ninguna de sus actividades «debe parecer que ataca en absoluto a los Estados Unidos». La aportación de *Encounter* al tema del macartismo debe verse en este contexto. Si bien, por lo general conseguía evitar por completo el tema, cuando lo trataba, el tono distaba mucho de ser condenatorio. En un ejercicio de extraordinaria ofuscación, Tosco Fyvel afirmó que el ambiente

en Estados Unidos que vio surgir a McCarthy era parecido a la Inglaterra de 1914, cuando «Se empezó a desmoronar un siglo de seguridad británica». «El odio por el enemigo (los hunos, es decir, los alemanes), la fe apasionada en la justeza de la causa británica, la feroz intolerancia hacia socialistas, pacifistas y otros disidentes», argumentaba Fyvel, eran emociones comparables con «la súbita pérdida del sentido de la propia seguridad» de Estados Unidos el día en que estalló la paz en 1945, con la «entrada en una nueva era de la bomba atómica, y con una Unión Soviética amenazadora como terrible enemigo». Todo lo que pasó después fue un intento, «penoso», de adaptarse a la situación. Aunque había que lamentarse de McCarthy, había que verlo en el contexto de la «insistente búsqueda [americana] de una nueva seguridad nacional, de un mundo seguro para la democracia». Esto, concluía Fyvel, era infinitamente preferible al «cansancio y al escepticismo europeo en relación con esos objetivos»^[43].

La idea de que los europeos, en lo fundamental, no habían comprendido las circunstancias que rodeaban al macartismo, fue adoptada por Leslie Fiedler, que decía que era erróneo afirmar, como hacían muchos «difusos anticapitalistas de todo el mundo», que «el que McCarthy bromea contra la infiltración comunista, es prueba suficiente de que toda la idea es absurda». Estas personas se aprestaban a defender a *todo aquel* que fuese acusado por McCarthy, suponiendo «su inocencia por asociación», estas personas defendían a *aquél* que fuese acusado por McCarthy. Fiedler llegaba a la conclusión de que el senador por Wisconsin era un molino de viento contra el cual era inútil «desperdiciar los golpes», cuando existían «monstruos auténticos» contra los que luchar y rechazaba como «comedia» las afirmaciones de que los norteamericanos estaban siempre «temblando» por miedo a Me Carthy^[44].

La carta del «mal menor» también era jugada por el joven conservador británico Peregrine Worsthorne, que anunció en el número de noviembre de 1954 de *Encounter* que «América tiene un accidentado pasado, y, sin duda, tendrá un accidentado futuro, y cuanto antes aceptemos este inevitable hecho, antes podremos aprovechar sus numerosas bendiciones sin insistir en sus maldiciones. La leyenda ha creado un Dios americano. El Dios ha fracasado. Pero, al contrario que el Dios comunista que, visto de cerca,

resultó ser un demonio, el Dios americano se ha convertido en humano»^[45]. A *Encounter* se le recuerda justamente por su inquebrantable crítica de las restricciones culturales en el bloque comunista. Sin embargo su justificación del macartismo fue mucho menos lúcida: allí donde la revista podía ver la paja en el ojo ajeno, no era capaz de detectar la viga en el propio.

¿Era de esperar, ciertamente, que los que afirmaban honrar a la causa de la libertad encontraran la forma de condenar aquello que la atacaba y deshonoraba? El Comité Americano había hecho bien en suscitar el tema del macartismo, y la CIA se equivocó al intentar ahogar el debate. Pero Wisner no era alguien que se detuviese ante esas nimiedades. En su informe interno, había sugerido hacer un llamamiento «a la unidad y a la concordia para no echar por la borda nuestros valiosos esfuerzos». Este llamamiento fue organizado con prontitud. La carta de Nabokov a Arthur Schlesinger, escrita durante el punto culminante de los preparativos del festival de «Obras Maestras» de París, de abril de 1952, refleja el informe interno de Wisner con precisión asombrosa: «Sinceramente, sería terrible una escisión en el Comité Americano. Pondría en peligro el trabajo del Congreso y de nuestra organización en Francia, hasta un punto difícil de prever —advertía—. Debe dejarse claro a los europeos que McCarthy es un hombre, no un movimiento^[46]... Estoy convencido de que hemos de atacar las acciones y métodos particulares de *McCarthy*, pero pongo en duda la utilidad y la lógica de resoluciones contra *el macartismo*, que podrían implicar, al menos para los europeos, que McCarthy representa un verdadero movimiento popular en los Estados Unidos». Nabokov instaba a continuación a Schlesinger «a hacer todo lo que pueda para impedir una escisión en el Comité Americano. Nunca insistiré bastante en mi convicción de que esa ruptura representaría prácticamente un golpe mortal al trabajo que hacemos aquí»^[47].

El agente Lee Williams reveló que si había problemas con los comités o con los afiliados al Congreso o si los editores se apartaban excesivamente de la línea establecida, una manera de imponer el veto de la Agencia sin que lo pareciera era saltarse toda la burocracia y hacer llegar el mensaje directamente a los infractores por medio de alguien «de las altas esferas» de

la estructura del Congreso^[48]. Esta tarea recaía normalmente en Julius Fleischmann que en una ocasión advirtió a los directores de *Encounter* de que podrían poner en peligro la subvención si insistían en publicar un artículo polémico. Al parecer, Nabokov asumía una función análoga, tanto en este caso, sobre la intromisión del Comité Americano en el campo minado de McCarthy, como en futuras ocasiones. O bien Nabokov estaba «dispuesto» a interceder en esos casos sin saber en representación de quién; o, lo que es más probable, lo hacía con conocimiento de causa.

«Si hubiésemos contraatacado desde un principio, en lugar de escabullir el bulto, estas cosas no estarían pasando ahora»^[49], escribió John Steinbeck, en el momento culminante de la cruzada macartista. «Lo terrible es que muchos de los perseguidos, y el pueblo americano en su conjunto, aceptó esta sentencia de culpabilidad —escribió John Henry Faulk—. Aceptaron el derecho de los soplonos a presentar cargos, a tomar decisiones y a dictar sentencia. Todos nos mantuvimos en silencio. Pensábamos que el silencio nos garantizaba la seguridad^[50]».

Mientras los escritores y artistas soviéticos eran perseguidos a una escala que no se puede comparar bajo ningún aspecto con la campaña de McCarthy en Estados Unidos, ambas situaciones comparten bastantes analogías. Las visitas de los hermanos Alsop a la «guarida de McCarthy en Capitel Hill» tenían todos los elementos de la pesadilla soviética, en la que el propio McCarthy guardaba más que un parecido circunstancial con un esbirro o con un policía secreto de Stalin. «La antesala suele estar llena de individuos de mirada furtiva que parecen hombres del Departamento de Estado sobornados»^[51], escribieron los Alsop. «El propio McCarthy, a pesar de una acelerada calvicie y un temblor continuo que le hace agitar la cabeza de manera desconcertante, está divinamente en su papel de detective privado de película. Los visitantes lo podrán ver, probablemente, con sus fuertes hombros encorvados hacia delante, con un teléfono en sus inmensas manos, gritando misteriosas instrucciones a algún misterioso aliado. “Sí, Sí. Le escucho, pero no puedo hablar. ¿Me entiende? ¿Sí? ¿Tiene pruebas sobre ese tipo?”. El senador levanta la mirada para advertir el efecto de esta representación en el visitante. “¿Sí? Bueno, ya se lo he dicho. Déjelo caer al Número Uno, y observe lo que dice. ¿Vale?”. El efecto teatral aumenta por

obra y gracia de la escenografía. Mientras habla el senador McCarthy, a veces golpea el teléfono con un lápiz. Según se cuenta en Washington, así se hace vibrar la aguja de los micrófonos ocultos. Total, que mientras el Departamento de Estado teme que los amigos del senador McCarthy le espíen, al parecer, el senador McCarthy teme que los amigos del Departamento de Estado le espíen a él^[52]».

Éste era el motivo del informe interno de Wisner: la razón para detener el debate era que McCarthy estaba creando un «efluvio de miedo neurótico y de sospecha interna» y, fuera de los Estados Unidos, esto amenazaba los mismísimos cimientos de las acciones de la CIA encaminadas a la convergencia con la izquierda no comunista.

Sin embargo, dentro de la parte más conservadora del Comité Americano, el relato de los Alsop fue achacado al producto de su calenturienta imaginación. «Hay algunos, que ya son mayorcitos para decir estas cosas, que afirman que estamos atravesando el peor período de terror e histeria política de la historia —escribió Sidney Hook—. Esta descripción de la situación actual de los Estados Unidos es una exageración fantasiosa de los hechos^[53]». También Kristol se burlaba de las afirmaciones de que el macartismo estaba creando «un ambiente de terror». En contestación a la acusación de Arthur Miller de que Broadway estaba sufriendo de la «obstinación del macartismo», con sus «investigaciones del congreso sobre heterodoxia política», Kristol escribió en el *New York Times* que Miller era culpable de «expresar cosas absurdas»^[54]. En 1953, Kristol dijo su tan citada frase de que «hay algo que el pueblo americano sabe sobre el senador McCarthy; él, igual que ellos, es inequívocamente anticomunista. Sobre los portavoces del liberalismo americano, no piensan igual». Al mismo tiempo, Stephen Spender concluía lleno de pesimismo que «De vez en cuando algunos escritores americanos se santiguan con un pío sentimiento anticomunista y se podría sospechar que en lugar de decir Ave María, en realidad dicen Ave McCarthy»^[55].

Josselson había sido contrario, desde el principio, a la creación de un Comité Americano, y como resultado del «lío» de McCarthy, se comprobó que no le faltaba razón. También Braden no lo había considerado apropiado, diciendo, más tarde: «Creo que fue idea de Sidney Hook, pero pienso que

fue un error. Me parecía que era crear una organización que rivalizaría con el Congreso de París y también que estaría llena de partidarios de la línea dura. Algunos de los componentes del Comité Americano tenían un carácter próximo al de McCarthy. Peor aún, eran éstas las mismas personas que tenían acceso directo a gente influyente del Departamento de Estado, y esto podía crearle problemas a la Agencia^[56]». A pesar de estas reservas, Frank Wisner se las había ingeniado para convencer a Allen Dulles, por entonces aún subdirector de Operaciones, que era una necesidad imperiosa la creación de una filial americana del Congreso por la Libertad Cultural. Según diría más tarde Melvin Lasky, o también quizá en su momento, formaba «parte integral y habitual de todas las cosas secretas. La Agencia no podía participar en cuestiones internas de los Estados Unidos, y sin embargo, tenía que haber un comité americano. Hubiese sido una anomalía inexplicable. Decís que sois internacionales. ¿Dónde están los americanos? Hubiese sido como ir a boxear con sólo un guante. Era el aspecto más débil de la operación, pero era necesario»^[57].

Así las cosas, ante la desintegración del Comité en una exhibición pública de acritud y recriminación sobre si oponerse o no a McCarthy, Josselson y sus superiores de la CIA tenían verdaderos motivos para preocuparse. El peligro estribaba en que en caso de desaparecer el Comité Americano, se pudiese reagrupar bajo el mismo nombre, pero sin el ala moderada representada por Schlesinger y Rovere y sus amigos «Sensibles». Lo último que deseaba Josselson era un grupo de presión formado por partidarios de la línea dura, incompatible con todo lo que se hacía en Europa.

Los que esperaban que el Comité Americano defendiera la libertad cultural de las garras del macartismo salieron decepcionados. «Su desmadejada postura sobre esta cuestión produjo al Congreso mucho bochorno en todo el mundo»^[58], diría después, Josselson. El Congreso publicó un libro, *McCarthy and the Communists* (escrito por Midge Decter y James Rorty), pero su ataque principal iba dirigido hacia los premiosos métodos de McCarthy, y no contra su persecución de supuestos comunistas. Su publicación, en 1954, fue un hecho extemporáneo y cuestionable. Su publicación llevó a James Burnham a encabezar la salida del Comité

Americano del ala conservadora y, por esa misma época, Burnham dio por concluida su larguísima relación con *Partisan Review*. El que el Comité Americano por la Libertad Cultural, al igual que *Encounter*, pretendiesen negar o minimizar los peligros para la cultura que suponía McCarthy es un legado inquietante. Pesimista ante la falta de análisis permanente del problema, Mary McCarthy escribió a Hannah Arendt sobre su visión de una «curiosa amalgama de elementos izquierdistas, elementos anarquistas, elementos nihilistas, elementos oportunistas, todos ellos llamándose conservadores, en un permanente *Narrenschiffe* [nave de los locos]... El gran esfuerzo de esta nueva derecha es que se la acepte como *normal*... y con esto, me parece, hay que acabar, si no es demasiado tarde»^[59].

Mientras el senador McCarthy planeaba su asalto a la CIA, Allen Dulles fue nombrado director. Al contrario que su hermano, John Foster Dulles, cuya «reaccionaria interpretación del protestantismo» y su violento anticomunismo le impedían desafiar a McCarthy, Allen Dulles estaba decidido a impedir a «Un don nadie de Wisconsin» que destruyera la Agencia. Advirtió a sus empleados de que echaría a todo aquel que tuviese relación con McCarthy sin su autorización expresa. Algunos empleados de la CIA ya habían recibido misteriosas llamadas de teléfono de los colegas de McCarthy, entre ellos una misteriosa persona de Baltimore llamado Ulius Amoss, un americano de origen griego que había sido expulsado del OSS (de por sí una verdadera hazaña), y que por entonces dirigía una agencia de información privada llamada International Services of Information Foundation, a la que subcontractaba discretamente McCarthy para sacar los trapos sucios de los miembros de la CIA. De repente, unos interlocutores anónimos les decían a los empleados de la Agencia que «se sabía que bebían demasiado, o que tenían un “*affaire*”, y que el interlocutor no diría nada si iban y decían todo lo que supiesen sobre la agencia» a uno de los secuaces de McCarthy^[60].

No obstante Amoss demostró que era incapaz de hacer una investigación seria de los miembros del servicio de espionaje oficial. La primera andanada de McCarthy —un ataque a William Bundy, de julio de 1953— le estalló en sus propias narices. Bundy, miembro del Board of National Estimates de la CIA (y yerno de Dean Acheson) había contribuido

con 400 dólares al fondo para la defensa de Alger Hiss. Esto, dedujo McCarthy, significaba que Bundy era comunista. «Casualmente estaba en el despacho de Allen cuando surgió todo esto —recordó Tom Braden—, y Bundy estaba allí. Allen le dijo: “Sal de aquí, que yo me ocupo del asunto”. Bundy se tomó unos días de vacaciones y Allen se fue directamente a Eisenhower y le dijo que no estaba dispuesto a aguantar todas estas gilipolleces de Wisconsin^[61]». Dulles de hecho le dijo al presidente que dimitiría si no cesaban los ataques de McCarthy.

Esto fue lo que obligó finalmente a Eisenhower a intervenir. Después de enviar al vicepresidente Richard Nixon a presionar a McCarthy para que abandonase sus planes de hacer una investigación pública, el senador, de pronto se «convenció» de que «iría contra el interés general celebrar vistas públicas sobre la CIA, y que quizá se pudiese solucionar desde el interior de la Administración»^[62]. Se llegó a un compromiso según el cual, McCarthy accedía a presentar sus quejas sobre la Agencia en la intimidad del despacho de Allen Dulles. Más tarde se presentó con listas de supuestos «homosexuales» y «gente enriquecida» a sueldo de la CIA, y exigió una gran purga interna. Si Dulles no hacía nada, McCarthy amenazaba con realizar una investigación pública. «La presión tuvo sus efectos. Se reforzaron las medidas de seguridad. En un caso, la pérdida sufrida por la CIA, fue en beneficio de Hollywood. Un joven licenciado en ciencias políticas con el característico acento de Nueva York, llamado Peter Falk [el *Colombo* de la serie televisiva] hizo su solicitud para entrar al programa de formación de la CIA, en 1953, pero su solicitud fue rechazada porque había pertenecido a un sindicato de izquierda^[63]».

Los empleados de la IOD de Braden fueron objeto de escrutinio especial por su supuesto liberalismo político. El director de operaciones con los sindicatos, a las órdenes de Braden, fue expulsado porque durante un breve lapso, en los años treinta había pertenecido a la Liga de la Juventud Comunista. Pero lo peor estaba por llegar. A finales de agosto de 1953, Braden estaba haciendo vela en Maine con Richard Bissell, que se había tomado unos días de vacaciones en la Fundación Ford para disfrutar de su yate, el *Sea Witch*. Mientras estaba anclado el barco en Penobscot Bay, Braden recibió un mensaje urgente en el que le informaban de que los

macartistas habían descubierto «un rojo» en la Agencia. El hombre en cuestión era el adjunto de Braden, Cord Meyer Jr., que había sido reclutado por Allen Dulles, en 1951. Con Dulles y Braden de vacaciones, nada se interponía entre el trasero de Meyer y la patada de McCarthy. Fue suspendido de empleo y sueldo durante la investigación de seguridad, y volvió a leer *El proceso* de Kafka, entendiendo mejor que nunca «la lucha de su desconcertado protagonista, que jamás pudo descubrir por qué o por quién había sido acusado»^[64].

Cord Meyer no era rojo. Ni siquiera rosado. Entre los cargos incluidos en un documento de tres páginas estaba el hecho de que en una ocasión compartió la tribuna de oradores con Harlow Sharples, un astrónomo de Harvard conocido por sus ideas de izquierda. También se incluía la relación de Meyer con el Consejo Nacional de las Artes, Ciencias y Profesiones^[*] al que el Comité de Actividades Antiamericanas había acusado de ser una tapadera comunista. Ambos crímenes correspondían a los años inmediatamente posteriores a la guerra, cuando Meyer había sido dirigente del Comité de Veteranos Americanos, una organización liberal creada como alternativa a la ultraconservadora Legión Americana, y fundador de la Unión de Federalistas del Mundo, que propugnaba un gobierno mundial, y que era más utópico que liberal.

«Mi jefe inmediato, Tom Braden, me apoyó en todo momento y me animó a creer que no había duda de que saldría absuelto»^[65] escribió Meyer. Era verdad que jamás hubo ninguna posibilidad de que prosperasen las acusaciones de McCarthy. El Día de Acción de Gracias de 1953, dos meses después de su suspensión, Meyer recibió una llamada de Allen Dulles: había sido exonerado totalmente de las acusaciones de deslealtad, y podía volver a la Agencia. Este episodio habría de marcar a Meyer durante toda su vida e ilustra perfectamente una de las grandes paradojas de los Estados Unidos durante la guerra fría: mientras los hombres de la CIA trabajaban día y noche para derrotar al comunismo, eran vigilados de cerca por otros compatriotas que decían perseguir el mismo objetivo. Si Juvenal se había preguntado quién guardaba a la guardia, aquí la cuestión era ¿quién mataba a los matadores de dragones?

Finalmente, la estrella de McCarthy se eclipsó a finales de 1954, y murió alcoholizado en 1957. Pero la descripción del macartismo que hizo Dwight Macdonald como «una epopeya de opereta... un interludio en nuestra historia política tan absurdo y extraordinario que los arqueólogos del futuro lo podrán adscribir a la mitología más que a la historia»^[66] eran simples ilusiones. Los Estados Unidos habrían de luchar durante los siguientes años para exorcizar los demonios que había levantado McCarthy; en esa época «los valores que defendía y los supuestos en que fundamentaba su cruzada no encontraban apenas oposición». Como dijo un observador: «McCarthy fue censurado y acallado, pero no el macartismo.»^[67] La búsqueda de la verdad, el deseo de llegar al fondo de las cosas, el mero proceso de investigación intelectual quedó marcado por su asociación con la caza de brujas.

¿O fue al revés? Tal vez la cuestión es saber si el macartismo hubiese sido posible sin la Doctrina Truman. ¿Era acaso la esencia del pensamiento de la guerra fría el abandono de las más elementales reglas para averiguar la verdad, cuando el juicio se nubla a causa del miedo y la hostilidad, cuando lo que Murray Kempton describía como «exceso de atención a lo excesivo», impedía a los hombres «darse cuenta de lo malo que es lo normal»? «Nuestros dirigentes se liberaron de las habituales reglas de la evidencia y de la inferencia, cuando se trataba de enfrentarse al comunismo», argumentaría más tarde el senador William Fulbright. «Después de todo, ¿acaso alguien ha dicho nunca que se deba ser justo con el diablo? Como sabemos lo que tiene en mente, sería pedante enfrascarse en discusiones bizantinas sobre lo que hace en realidad... El efecto de la ideología anticomunista fue ahorrarnos el trabajo de comprender los hechos específicos de las situaciones específicas. Nuestra “fe” nos liberaba, como a los creyentes de siempre, de las exigencias del pensamiento empírico... Al igual que los teólogos medievales, teníamos una filosofía que explicaba todo por anticipado, y todo lo que no encajase se podía identificar sin más como fraude, mentira o ilusión... Lo más pernicioso [de la ortodoxia anticomunista] estriba no en su patente falsedad, sino en su distorsión y simplificación de la realidad, de su universalización y su elevación a la categoría de verdad revelada»^[68].

Lejos de hacer mella en la CIA, McCarthy contribuiría, en última instancia, al reforzamiento de su prestigio. Gracias a él, se reforzó la reputación de la CIA como una especie de paraíso para los «librepensadores» de la política exterior. Richard Bissell, que entró en la Agencia en enero de 1954, la recordaba como «Un lugar donde aún existía fermento intelectual y desafíos, y donde pasaban cosas [mientras] que gran parte del desafío y de la sensación de estar avanzando habían desaparecido de otras instancias del gobierno»^[69]. Su director, Allen Dulles, salió más fuerte que nunca. Según Tom Braden, «El poder afluyó sobre él, y a través de él, a la CIA, en parte porque su hermano era secretario de Estado, en parte porque su reputación de gran espía durante la Segunda Guerra Mundial le rodeaba como un halo misterioso, y en parte porque su antigua pertenencia al prestigioso bufete de abogados de Nueva York, Sullivan y Cromwell, impresionaba a los abogados de pueblo del Congreso». Ahora, ante el ataque de McCarthy a la Agencia, Dulles había ganado, y «SU victoria aumentó enormemente la respetabilidad de lo que la gente de entonces llamaba “la causa” del anticomunismo. “No os unáis a los que queman libros”, había dicho Eisenhower. Así no se luchaba contra el comunismo. La forma correcta era la CIA»^[70].

Música y verdad, *ma non troppo*

Se me ocurre pensar que el aparato para la creación y mantenimiento de las celebridades excede con mucho al objeto de la celebración.

PHILIP LARKIN.

En contraste con el Comité Americano, cuyo fracaso en adoptar una posición coherente en un único e importante tema aceleró su inminente fenecimiento, el Congreso en Europa, a mediados de los cincuenta, había establecido y marcado claramente su territorio. Bajo el firme brazo de Josselson, se había creado la reputación de ser una seria alianza de intelectuales empeñados en demostrar la falibilidad del mito soviético y la superioridad de la democracia occidental como marco de la investigación cultural y filosófica. En tanto que la composición de su círculo más íntimo (o «aparato») permaneció inalterada, el Congreso podía alardear ahora de contar entre sus filas con numerosos y eminentes intelectuales y artistas.

Julian Huxley, Mircea Eliade, André Malraux, Guido Piovene, Gerbert Read, Allen Tate, Lionel Trilling, Robert Penn Warren, W. H. Auden, Thornton Wilder, Jayaprakash Narayan; éstos y otras muchas luminarias honraron las páginas de *Encounter*, *Preuves*, y multitud de otras revistas creadas o afiliadas al Congreso. *Cuadernos* era una revista dirigida a los intelectuales latinoamericanos, lanzada en 1953, desde París, bajo la dirección del novelista y dramaturgo Julián Gorkin. En Viena, el Congreso lanzó *Forum*, a principios de 1954, una revista mensual dirigida por el

novelista y crítico Friedrich Torberg. «Freddy la Tarta», como era apodado, era un personaje extraordinario que repelía y atraía a la gente en igual medida. Koestler escribió admirado que era «el último mohicano del Danubio, de una antigua Viena que quizá sólo existió en nuestra imaginación». Otros le hallaban arrogante e intolerante. Los comunistas le acusaban de «agente americano... calumniador... e informador», y atacaban el tono neutralista de su revista como conspiración de los Estados Unidos. *Forum* publicaba los temas habituales del Congreso y Torberg disfrutó de una buena relación con el secretariado de París. Con todo y eso, Josselson, a veces, tenía que llamarle al orden, como cuando, en 1957, *Forum* reprodujo un artículo de la derechista *National Review*. Esto, dijo Josselson, «no se corresponde con la dignidad de la revista del Congreso». «No volverá a suceder», replicó, arrepentido, Torberg.

Science and Freedom apareció en el otoño de 1953, después de una conferencia organizada por el Congreso con el mismo nombre, «Ciencia y Libertad». Celebrada en Hamburgo, en julio de 1953, la conferencia había conseguido subvenciones de 10.000 dólares de la Fundación Rockefeller y 35.000 de la Fundación Farfield. La revista homónima estaba dirigida por Michael Polanyi, elegido miembro del Comité Ejecutivo, ese mismo año. La revista de Polanyi hablaba sobre temas sobre los que, en general, el Congreso permanecía mudo, llamando la atención, por ejemplo, a la segregación racial en Estados Unidos, así como al *apartheid* de África del Sur. También habló de la *détente* mucho antes de que la mayoría supiesen el significado de la palabra, animando a mantener intercambios intelectuales con el bloque soviético y a una postura de moderación por parte de Occidente en la guerra fría. No obstante al tratarse de un boletín semestral, con muy pocos lectores, su voz no fue más que un junco en los fuertes vientos de la polémica de la guerra fría^[1].

Soviet Survey comenzó su andadura en 1955, como boletín mensual dirigido por el historiador Walter Laqueur, representante oficial del Congreso en Israel. De él dijo Josselson que era «uno de los mejores expertos internacionales sobre la Unión Soviética», y también había escrito muchas cosas sobre asuntos soviéticos bajo el seudónimo de Mark Alexander. Durante su mandato al frente de la revista, *Soviet Survey* publicó

investigaciones sobre la vida intelectual, artística y política en el bloque del Este, que ofreció una perspectiva «excepcional entre las revistas occidentales»^[2]. Si bien las afirmaciones de que «produjo inmenso entusiasmo»^[3] pueden ser exageradas, ciertamente contó con muchos y fieles lectores. Extrañamente, incluso algunas publicaciones comunistas pensaban que no había problemas en reproducir materiales de *Soviet Survey*, lo que hizo que Josselson escribiera preocupado a Laqueur: «no queremos que las publicaciones prosoviéticas endulcen su propaganda con nuestros materiales»^[4].

En abril de 1956, apareció el primer número de *Tempo Presente* en Italia. Dirigido por Ignazio Silone y Nicola Chiaromonte, fue el primer desafío serio a *Nuovi Argomenti*, revista fundada en 1954 por Alberto Moravia, que recordaba mucho a *Les Temps modernes* de Sartre. *Tempo Presente* hizo que el parecido fuese aún mayor, al ser su título un deliberado eco del de Sartre. Los más cínicos luego dirían que ello suponía un robo intelectual, manifestando que una de las principales estrategias de la CIA era crear o apoyar a organizaciones «paralelas», como alternativa al radicalismo, sobre las que no tenían control. Ciertamente, *Tempo Presente* «abrió sus páginas a muchos antiguos miembros del Partido Comunista Italiano a finales de los cincuenta»^[5], entre los que estaban Italo Calvino, Vasco Pratolini y Libero de Libero. También sus páginas estaban abiertas a escritores disidentes del bloque oriental, quienes, además de los colaboradores estables del Congreso, mantenían un ataque sostenido a los caprichos del totalitarismo comunista. Sus páginas estuvieron también abiertas a los escritores disidentes del bloque oriental que, junto a la nómina estable de colaboradores del Congreso, realizaron un ataque constante a los caprichos del totalitarismo comunista.

El Congreso también logró establecer su presencia en lugares más lejanos, proyectando su voz en zonas consideradas propensas al comunismo o al neutralismo. Contaba con una revista en Australia, *Quadrant*, cuyo objetivo era reducir la influencia del gran grupo de intelectuales australianos que habían sido atraídos «hasta un grado alarmante al campo magnético del comunismo». Su director, el poeta católico James McAuley, creía que «las mentes de los hombres podrán ganarse únicamente cuando

las posturas anticomunistas puedan ejercer una atracción en sentido contrario» y bajo su dirección *Quadrant* (que aún existe) pasó a ser un foco activo de la izquierda no comunista australiana^[6].

En India, el Congreso publicó *Quest*, cuyo primer número se publicó en agosto de 1955. Culturalmente limitado al ser en inglés, la lengua de la administración, pero no de la literatura, fue atacada por los comunistas indios por «insidiosa» propaganda americana, pero al igual que *Cuadernos*, en América Latina, al menos le proporcionó al Congreso un punto de apoyo en terreno difícil. Probablemente no se merecía el comentario despectivo de J. K. Galbraith de que «roturaba nuevas tierras en medio de un analfabetismo extraviado y potente». Ciertamente, no le gustó al primer ministro Nehru, ya que siempre había desconfiado del Congreso por ser una «tapadera de los americanos». En Japón, tenían *Jiyu*, una de las más subvencionadas de todas las revistas del Congreso. Sus intentos de apaciguar la opinión antiamericana entre los intelectuales japoneses fueron al principio demasiado tibios, y en 1960, el Congreso decidió romper por completo con el editor y relanzar la revista con un equipo bajo control directo de la oficina de París. Se consideraba que Japón era «demasiado delicado ideológicamente» como para dejar la revista ni siquiera en manos semi independientes^[7]. Desde mediados hasta finales de los sesenta, el Congreso había ampliado su programa de publicaciones hasta incluir otras zonas de interés estratégico: África, el mundo árabe y China.

«El auténtico misterio es saber cómo funcionaban esas revistas —dijo un agente de la CIA—. Todos aquellos intelectuales no irían juntos a una fiesta pero todos estaban en *Preuves*, *Tempo Presente*, *Encounter*. Hubiese sido imposible hacerlo en Estados Unidos. *Harpers* no podía hacerlo; *The New Yorker*, no podía hacerlo. No pudieron conseguir [la colaboración] de Isaiah Berlin ni de Nancy Mitford ni de los demás. Ni siquiera Irving Kristol pudo hacerlo cuando volvió de Londres. Supongo que la respuesta es: Michael Josselson^[8]». En realidad esa sería la mitad de la respuesta. Estaba Michael Josselson, pero también estaba Melvin Lasky. Diana Josselson me explicó la relación: «Michael era como el editor y el director jefe. Lasky era vicepresidente, y hasta cierto punto, portavoz de Michael. Michael intentaba organizar reuniones periódicas entre los diferentes

directores, y se sobreentendía que Lasky era el que se hacía cargo cuando no estaba Michael. Trabajaban codo con codo y veían las cosas de manera parecida^[9]».

Melvin Lasky luego diría que Josselson quiso al principio que fuese codirector de *Encounter* junto con Spender, pero que él, Lasky, no quería irse de Berlín, por lo que recomendó a Irving Kristol. Parece más probable que la razón por la que Lasky no estuvo al timón de la principal revista del Congreso era la misma dada por Wisner en 1950, cuando ordenó que Lasky fuese eliminado de la directiva del Congreso en Berlín: estaba demasiado estrechamente conectado con el gobierno estadounidense. En 1953, Lasky ya podía decir que no era así. Su revista, *Der Monat*, había pasado a ser patrocinada por la Fundación Ford, que recientemente le había concedido una beca de 275.000 dólares, para publicar libros bajo los auspicios de *Der Monat*. Con todo, alrededor de Lasky siempre hubo una cierta sombra de duda, que era difícil de disipar. Josselson hizo todo lo que pudo, admitiendo a *Der Monat* en el redil de las revistas del Congreso a finales de 1953, al expirar la primera beca de la Fundación Ford. De esta forma, Josselson pudo legitimar la relación de Lasky con el Congreso. Como director de una de sus revistas, Lasky, pues, se encontraba oficialmente en el centro de su aparato político.

Como miembro del «Comité Editorial de las Tres Revistas», que se creó para coordinar la política editorial de *Encounter*, *Der Monat* y *Preuves*, Lasky, pasó a formar parte de un pequeño equipo que decidía la manera de articular los temas del Congreso. Este comité se reunía regularmente en París, y en él participaban Josselson, Nabokov y Rougemont y analizaba el funcionamiento de las revistas y se ponían de acuerdo en los temas para ser tratados en los siguientes números. Lasky siempre defendía mayor compromiso hacia los temas en defensa de los Estados Unidos (deberíamos convencer a Eudora Welty para que haga un artículo «antisegregación»; alguien debería escribir sobre «la Gran Expansión Americana»; Gian Cado Menotti podía hacer algo sobre el tema «alta cultura, baja cultura»), y mayor énfasis a los asuntos soviéticos. Otra bestia negra favorita, y permanentemente blanco de una especie de odio desmedido en las revistas del Congreso, era Jean-Paul Sartre, cuya ruptura con Merleau-Ponty, en

1955 (después de que Merleau-Ponty anunciase su alejamiento del comunismo), según Lasky, debería aparecer en las revistas de Congreso bajo el título «*Sartre est mort*»^[10]. A Sartre se le tildaba repetidamente en las páginas de *Encounter* y *Preuves* de lacayo del comunismo y de miserable oportunista en cuyos escritos políticos y creativos se perpetuaba la ilusión comunista y «se festejaba la violencia».

El grado de influencia de Lasky en estas revistas aparece en un informe fechado en abril de 1956 —«Unas notas sobre *Preuves*, *Encounter* y *Der Monat*»— en el que hace un resumen de sus logros y plantea su línea futura. Las revistas habían conseguido establecerse, escribió, como «parte de la sociedad, integradas en su medio, con su propio peso institucional. Se habían convertido en símbolos de intercambio internacional (y trasatlántico) libre, humano y democrático en la vida cultural de dos antiguas naciones»^[11]. Pero prevenía a los demás directores para que no «insistiesen, en relación con materiales relacionados con los Estados Unidos, en proyectar a los EE UU siempre “de forma positiva”, para contrarrestar todos los estereotipos europeos antiamericanos». Aunque reconocía que ciertos «deslices antiamericanos» que habían aparecido en las revistas eran «lamentables y deberían evitarse de ahora en adelante», Lasky estaba en contra de hacer demasiado hincapié en esta cuestión. «No siempre deberíamos forzar las cosas. ([No siempre debemos preguntarnos] ¿qué hemos hecho hoy para que la gente deje de pensar que somos unos bárbaros?). Nosotros —como todo el mundo— tenemos demasiados problemas (materialismo, cinismo, corrupción, violencia, por citar algunos) como para siempre tener una palabra de alabanza hacia nuestra patria. Que protesten los escritores europeos. Protestemos un poco también nosotros^[12]».

En efecto, Lasky reconocía que los críticos hacia las revistas del Congreso que se quejaban de su sesgo pro estadounidense tenían razón en lo fundamental. *Encounter*, en particular, debería contrarrestar la acusación de ser el «caballo de Troya» de los intereses norteamericanos, que «tenía un peculiar punto ciego: casi nunca publicaba artículos críticos sobre los EE UU, como si fuese territorio vedado»^[13]. En los primeros años, ciertamente, *Encounter* llegaba hasta límites increíbles con el fin de erosionar la

antipatía hacia EE UU y sus instituciones. Del antiamericanismo se decía que era «una necesidad psicológica de muchos europeos», un mecanismo que les permitía «incurrir simultáneamente en el odio hacia sí mismos». (EE UU como «imagen mitificada de todo lo que odian») y con «pretensiones de superioridad moral». (Fiedler); o como una manera de ensalzar «la satisfacción que los intelectuales británicos obtienen de su autocontemplación». (Edward Shils); como reflejo automático del «liberalismo moderno», personificado por el *New Statesman and Nation*, con su «anemia perniciosa», «reacciones estereotipadas» y «petulancia moral». (Dwight Macdonald, en 1956, en el punto culminante de su participación en la guerra fría). Las recomendaciones de Lasky sólo se llevaron a cabo parcialmente. Aunque A. A. Álvarez, en 1961, escribió que había advertido un cambio —«hoy ya no se suele escuchar en *Encounter* el latido paranoico de la auténtica propaganda^[14]»— otros no llegaron a convencerse, compartiendo la opinión de Conor Cruise O'Brien de que «la principal lealtad de *Encounter* es hacia EE UU»^[15].

En el cuartel general de la CIA, en Washington, a *Encounter* se le consideraba con orgullo un «buque insignia», un vehículo apropiado para defender la idea de una comunidad cultural vinculada, no separada por el Atlántico. Incluso, llegó a ser una especie de tarjeta de visita de los agentes de la CIA. Cuando estaba organizando un encuentro con Ben Sonnenberg, un joven y rico trotamundos que trabajó durante un breve tiempo para la CIA a mediados de los cincuenta, un agente le dijo: «Llevaré un ejemplar de *Encounter*, para que me reconozca».

La fe de la CIA en las publicaciones del Congreso corría pareja con su compromiso financiero. Aunque los detalles, de hecho, son difíciles de obtener, se han conservado algunos apuntes económicos, desperdigados entre los polvorientos rincones de algunos archivos. Según la cuenta de gastos del período que finalizaba el 31 de diciembre de 1958, la Fundación Farfield pagó los sueldos del «secretariado editorial» del Congreso por un monto de 28.660 dólares anuales. Con esto se pagaba a Bondy, Lasky (probablemente), y al director americano de *Encounter* (se recordará que el sueldo del director británico era responsabilidad de la inteligencia británica). En 1959, *Encounter* recibió 76.230,30 dólares de la Farfield (casi

el doble que la beca anual inicial de 40.000 dólares). Ese mismo año, *Cuadernos* recibió 48.712,99 y *Preuves*, 75.765,07. Además, se destinaron 21.251,43 dólares a la «administración» de las publicaciones del Congreso. Los subsidios a *Der Monat* (aproximadamente 60.000 dólares anuales) fueron canalizados a través de varias tapaderas. En 1958, unos fondos con destino específico fueron transferidos por el Miami District Fund. En 1960 la ayuda se había diversificado, y ahora procedía de la Florence Foundation (27.000 dólares) y de la Hoblitzelle Foundation (29.176 dólares), un extraño mecenas ya que sus «Objetivos y Actividades» tal y como aparecen en el Directorio de Fundaciones Americanas, es dar «apoyo a organizaciones de Texas, principalmente de Dallas, con prioridad hacia los minusválidos». Esta misma ruta fue utilizada para proveer de fondos a *Tempo Presente*, que recibió 18.000 y 20.000 dólares respectivamente de las mismas fundaciones, en 1960. Los desembolsos totales para las revistas del Congreso en 1961, fueron de 560.000 dólares, elevándose a 880.000, en 1962. Al mismo tiempo, el compromiso de la Fairfield con el Congreso (dicho de otro modo, el coste directo para la CIA, en salarios, administración, alquileres, etc.) ascendía aproximadamente a un millón de dólares anuales (equivalentes a 6 millones de 1999).

A pesar de la afirmación de Lasky de que no era ningún chollo, ciertamente empezó a parecerlo. «De repente había limusinas, fiestas con abundancia de salmón ahumado, etc., y gente que normalmente no se podía permitir un billete de autobús a Newark viajaban en avión a la India a pasar el verano»^[16], recordaba Jason Epstein. «En el momento culminante de toda esta actividad, los aviones estaban abarrotados de profesores universitarios y escritores que llevaban cultura de marca a cada rincón habitable del planeta»^[17], escribió luego Muggeridge. Hasta los servicios de inteligencia británicos estaban aterrados ante la escala con que sus colegas americanos estaban financiando la guerra fría. Recordando aquellos «días de gloria» en Londres «cuando llegaron las primeras incorporaciones, directamente de sus inocentes nidos de Princeton o Yale o Harvard, de Wall Street o de Madison Avenue, o de Washington D.C.», a Muggeridge le parecía increíble «¡lo poco que duró la luna de miel! ¡Lo pronto que nuestro tinglado británico fue superado en personal, celo y escala de sus

actividades, y, sobre todo, en dinero contante y sonante!... La red OSS-CIA, con ramificaciones en todo el mundo, adelantaba a nuestro antaño legendario Servicio Secreto, como si un reluciente Cadillac adelantase a un viejo coche de caballos»^[18].

En ese Cadillac viajaba, feliz, Nicolas Nabokov, haciendo lo que mejor sabía: organizar el *glamour*. La apabullante cantidad de contactos y amistades de Nabokov eran fundamentales para dar credibilidad y categoría al Congreso. La manera cariñosa con que se dirigía a la gente demuestra su capacidad para dar afecto y lealtad a sus amigos. A Schlesinger le llamaba «Arthur», a Isaiah Berlin, «Carissimo», «Querido Doctor» y «Tío», a Natasha Spender la llamaba «Dulce Tartita» y a Stephen, «Milyii Stiva», a George Weidenfeld, «Queridito Königskind», a Edward Weeks, director de *Atlantic Monthly*, «Caro Ted», y a Edward d'Arms, de la Fundación Rockefeller, «Chat».

Nabokov, aunque como compositor era mediocre, y, por supuesto, distaba de ser un intelectual, fue uno de los grandes empresarios de los años de posguerra, sabiendo encontrar talentos y promoviendo el genio creativo. Durante el invierno de 1953-1954, fue director musical de la Academia Americana de Roma. Esto le proporcionaba una situación inmejorable para organizar la primera incursión importante del Congreso en el panorama musical desde el festival Obras Maestras de 1952. En realidad, de varias maneras, el festival que ahora estaba organizando Nabokov era respuesta oficial a las críticas de Herbert Read, acerca del carácter retrospectivo de la empresa parisina. «Hagamos que nuestra exposición, pues, no sea una complaciente mirada al pasado, sino una confiada mirada hacia el futuro»^[19], había pedido Read. Ahora, después de viajar a Nueva York a una conferencia de prensa, en febrero de 1953, Nabokov aceptó el desafío. «Con aquel festival cerramos las puertas al pasado —dijo—. En efecto, dijimos, éstas son grandes obras. Ya no son “modernas” aunque fueron creadas en el siglo xx. Ahora forman parte de la historia. Ahora, tengo un plan nuevo... vamos a celebrar un concurso de compositores, muy distinto a cualquier otro certamen que se haya celebrado nunca. Se va a invitar a Roma, con todos los gastos pagados, a doce compositores jóvenes y prometedores, pero poco conocidos internacionalmente. Cada uno traerá

una partitura que será interpretada... Finalmente, un jurado especial, elegido democráticamente por todos los que asistan a la conferencia, elegirán una obra ganadora entre las doce. El propio premio es sorprendente: primero habrá un premio en metálico; en segundo lugar, existirá el compromiso de que será interpretada por tres importantes orquestas de Europa y tres de Estados Unidos; en tercer lugar, se publicará la obra; y en cuarto, será grabada por una de las principales compañías discográficas. Pero no sólo eso: ni siquiera los perdedores van a perder». Nabokov continuaba de esta guisa, pareciéndose cada vez más a un sacamuelas de feria. «Ganarán, además del viaje gratis a Roma, el compromiso de la conferencia de que sus obras serán también editadas pagándoseles los derechos por las partituras de cada uno de los instrumentos. ¿Acaso no es un magnífico premio^[20]?».

La Conferencia Internacional sobre Música del siglo xx, programada para mediados de abril de 1954, con una duración de dos semanas, a celebrarse en Roma, era un anuncio del compromiso del Congreso con la promoción de la música de vanguardia. Habría de situar al Congreso firmemente como parte de la vanguardia en la experimentación musical. Además ofrecía al mundo una elocuente muestra del tipo de música prohibida expresamente por Stalin.

El gobierno italiano tenía que depositar 2,5 millones de liras en una cuenta de American Express que Nabokov tenía en Roma como subvención para el evento, pero el dinero nunca llegó (confirmando el temor de Nabokov de que terminaría «perdiéndose entre las ruinas del Foro»). A pesar de todo, de la Fundación Fairfield llegó dinero a mansalva, una parte del cual fue utilizado para dotar al concurso de premios por un total de 25.000 francos suizos (6.000 dólares), para el mejor concierto para violín y orquesta, para una sinfonía corta, y para música de cámara para voz e instrumentos. El comunicado de prensa anunciaba que el festival «pensado para demostrar que el arte prospera en libertad», era beneficiario de una generosa donación de «Julius Fleischmann, heredero estadounidense del imperio de la ginebra y de la levadura». Una vez más se recurrió a Junkie para que negociase con la Orquesta Sinfónica de Boston, que accedió a estrenar la composición ganadora en Estados Unidos, en su filial, la

academia Tanglewood (en 1953, ocho de los once miembros del consejo asesor internacional de música del Congreso estaban relacionados con la escuela de música de Tanglewood).

Como solía hacer, Nabokov envió la primera invitación a su viejo amigo, Igor Stravinsky, ofreciendo pagar los gastos del compositor, su mujer, y su secretario para asistir al festival, por un monto de hasta 5.000 dólares. Además, Stravinsky accedió a presidir el consejo musical del festival, junto con Samuel Barber, Boris Blacher, Benjamín Britten, Carlos Chávez, Luigi Dallapiccola, Arthur Honegger, Francesco Malipiero, Frank Martín, Darius Milhaud y Virgil Thomson (que, según Nabokov, «conocía a todos los niños y niñas de la Fundación Rockefeller»). Charles Munch había propuesto que se invitase al consejo a Arturo Toscanini, pero Nabokov le puso pegas argumentando que «El nombre de Toscanini en relación con un proyecto de música contemporánea suena, como mínimo, anacrónico. El Maestro... ha sido enemigo sistemático y resuelto de la música contemporánea, y en muchas ocasiones ha lanzado ataques contra sus principales protagonistas»^[21].

A principios de 1954, el Congreso estableció una oficina del festival en el incomparable marco del Palazzo Pecci, cortesía del conde Pecci-Blunt, amigo íntimo de Nabokov y, a pesar de su noble título, ciudadano estadounidense. Pierre Bolomey, el tesorero, organizó una línea de crédito con la cuenta del Congreso en el Chase National Bank de Basilea, a través de la cual se canalizó el dinero de la CIA. Pecci-Blunt hizo una aportación personal de 1.300 dólares para gastos poco ortodoxos del festival. Otros 10.000 fueron canalizados a través del Centre Européen de la Culture, de Denis de Rougemont, que, a su vez, recibía dinero de la Fundación Fartield. En el programa se dio preeminencia a todo lo relacionado con Rougemont. También se hizo todo lo necesario para garantizar la presencia de Leontyne Price, y se enviaron pasajes de ida y vuelta a Aaron Copland, Michael Tippett, Joseph Fuchs y Ben Weber.

En marzo de 1954, Nabokov ya podía anunciar los participantes en el festival. Con una prioridad por la música atonal y dodecafónica, la dirección estética del evento señalaba primordialmente a la vanguardia progresista de Alban Berg, Elliott Carter, Luigi Dallapiccola y Luigi Nono.

Entre los «nuevos» compositores, podemos citar a Peter Racine Fricker, Lou Harrison y Mario Peragallo, cuya obra estaba influida en mayor o menor grado por la composición dodecafónica. En conjunto, fueron bien recibidos. *Musical America* señaló que «la mayoría de los compositores y críticos que forman el comité de asesores y el comité ejecutivo responsable de la organización de los conciertos... no habían destacado en el pasado por su simpatía por los principios dodecafónicos ni por sus practicantes. Por esta razón, los programas que ofrecieron no sólo fueron sorprendentes sino también esperanzadores»^[22]. Uno de los recién convertidos al dodecafonismo era Stravinsky, cuya presencia en Roma, señaló un importante momento en la convergencia de los compositores modernos en la «Ortodoxia serialista». Para Nabokov había un claro mensaje político a impartir mediante la promoción de una música que afirmaba eliminar las jerarquías naturales, como una liberación de anteriores leyes sobre la lógica interna de la música. Posteriormente, los críticos se preguntarían si el serialismo había roto su promesa de emancipación, llevando a la música a un callejón sin salida donde quedaría estancada, limitada y llena de problemas, tiranizada por fórmulas despóticas que exigían un público cada vez más especializado. En relación con sus «chirridos y golpetazos — escribió Susan Sontag—, tuvimos una actitud deferente... sabíamos que se suponía que deberíamos apreciar la música fea; escuchábamos devotamente a los Toch, Krenek, Hindemith, Webem, Schönberg, lo que fuera (teníamos un apetito enorme, y estómagos a prueba de bomba)»^[23]. Hasta los más respetuosos entre los que asistieron al festival del Congreso en Roma comenzaron a silbar y abuchear cuando una de las actuaciones se convirtió en un «soliloquio privado». Y cuando se estrenó la ópera dodecafónica de Hans Werner Henze, *Boulevard Solitude*, se puede disculpar al público por sentirse como si estuvieran recorriendo el camino del Calvario.

Tal vez, percibiendo un desafío a sus propias complejidades compositivas, Pierre Boulez escribió a Nabokov una carta furiosa trufada de insultos. Nabokov, decía Boulez, estaba favoreciendo un «folclore de la mediocridad», nutrido de burócratas de poca monta obsesionados por el número doce —«un Consejo de Doce, un Comité de Doce, un Jurado de Doce»— pero que no entendían ni pizca del proceso creativo. Boulez

continuaba acusando al Congreso de manipular a los jóvenes compositores ofreciéndoles grandes premios (los ganadores fueron Lou Harrison, Giseler Klebe, Jean-Louis Mattinet, Mario Peragallo y Vladimir Vogel). Sería más honrado, decía, repartirles limosna, en vez de hacerles pasar la charada de los «espectaculares gestos públicos de un banquero de Cincinnati». Terminaba con la sugerencia de que el próximo evento del Congreso fuese una conferencia sobre «el papel del condón en el siglo xx», un tema que según él era «de mejor gusto», que sus anteriores iniciativas^[24]. Un anonadado Nabokov escribió en respuesta, que esperaba que la carta de Boulez no la encontrase nadie en un cajón en el futuro, ya que «deshonraba tanto a su inteligencia como a su juicio». Como no tenía el tiempo ni las ganas para continuar con el asunto, Nabokov le pidió a Boulez que se abstuviera de volverle a escribir.

Además de subvencionar a los compositores y ejecutantes que asistieron al festival de Roma, la Fundación Farfield estaba financiando a otros grupos y artistas mediante una serie de becas concedidas, fundamentalmente, a discreción de Josselson. En enero, le concedió 2.000 dólares a la Mozarteum Akademie Orchester, de Salzburgo, para un Curso Internacional de Orquesta para Jóvenes. Con su «fondo especial discrecional» de la Farfield, Josselson recompensó al compositor polaco exiliado, Andrzej Panufnik, que había realizado una espeluznante huida de Varsovia a Londres, pasando por Zurich, mediante una «beca anual de 2.000 dólares, pagaderos en 12 plazos mensuales», sin obligación alguna, comenzando en septiembre de 1954. Según Nabokov, el agradecido Panufnik se declaró «totalmente dispuesto a cooperar y colaborar con nosotros ya que está absolutamente identificado con los ideales del Congreso por la Libertad Cultural»^[25].

También en septiembre de 1954, Josselson comenzó a pagar una beca mensual de 300 dólares al maestro de Yehudi Menuhin, el músico rumano exiliado, Georges Enesco. Un año después de la muerte de Enesco en 1955, la Farfield financió un concierto homenaje de la Orquesta Sinfónica de Boston, que de nuevo hacía una gira por Europa a costa de la CIA (a través del Comité por una Europa Libre)^[26]. Refiriéndose a la gira triunfal de la orquesta en 1956, C. D. Jackson declaró: «La “cultura” ya no es una palabra

de mariposas. Una nación como la nuestra puede ser viril. Una nación como la nuestra puede ser extraordinariamente próspera económicamente. Pero, extrañamente, lo que aglutina todo esto es el coeficiente de idealismo del país... La expresión tangible, visible y audible del idealismo nacional es la cultura. De todas las expresiones de la cultura, la música es la más universal. De todas las expresiones de la cultura musical actual, la Orquesta Sinfónica de Boston es la mejor^[27]».

El año 1956 es también el año del lanzamiento de la Metropolitan Opera en Europa. De nuevo, C. D. estuvo allí para dar todo su apoyo, afirmando que «Los Estados Unidos participan en muchas actividades pensadas para proyectar la imagen correcta de los EE.UU. en el extranjero. A veces lo logramos, a veces no. Todo el mundo está de acuerdo en que se trata de un asunto nebuloso e impreciso. Pero si hay algo casi infalible es la proyección cultural de los Estados Unidos, siempre que, por supuesto, la selección de lo que se entiende por cultura americana se haga de forma inteligente y que sólo se envíen cosas de la máxima calidad. Pienso que el Met va a ser una gran éxito»^[28]. El Consejo de Estrategia Psicológica^[*], que, en 1953, había pedido a Junkie Fleischmann que negociase la gira, estuvo de acuerdo con Jackson, y logró reunir 750.000 dólares para financiarla, una cantidad impresionante de dinero. En su mayor parte parece que procedía de la CIA. Aunque C. D. reconocía que era «una barbaridad de dinero para una operación de impacto cultural», pidió a Allen Dulles que no infravalorase las potenciales ganancias, añadiendo que «este impacto sería impresionante en las capitales de Europa occidental, sobre todo en Berlín»^[29]. Junkie accedió y elaboró sus propias exquisitas y oportunistas razones para justificar la gira: «Nosotros en los Estados Unidos somos un crisol de diferentes culturas —dijo— y, por ello, hemos demostrado que los pueblos pueden vivir en armonía independientemente de raza, color o credo. Utilizando el término “crisol de culturas” o cualquier otro eslogan, podíamos utilizar al Met como ejemplo de cómo los europeos podrían llevarse con los Estados Unidos y que, por tanto, sería totalmente posible alguna forma de Federación Europea^[30]». Así es como los soldados americanos de la guerra fría tejían sus redes, en las que la Metropolitan

Opera se podía utilizar para convencer al público del concepto del federalismo del mundo libre.

Al mismo tiempo, que C. D. elaboraba la idea del Consejo de Estrategia Psicológica sobre la gira de la Metropolitan Opera, se ocupaba de otro aspecto más polémico de los planes de la compañía. En marzo de 1953 se había enterado de que Rudolf Bing, el gerente general del Met, quería contratar a Wilhelm Furtwängler como director invitado para la temporada 1953-1954. Cuando le preguntaron si pensaba que el Departamento de Estado pondría objeciones al nombramiento, C. D. pudo informar que no habría «pegas del Departamento sobre el tema del señor Furtwangler». Sí advirtió que podría existir un «problema de relaciones públicas», desde el punto de vista del Met, pero terminaba con las siguientes palabras de ánimo: «En mi modesta opinión cuando llegue aquí, a nadie le importará si ha sido la mismísima Bestia de Belsen^{[*][31]}».

Aunque lo expresaría de manera más delicada, el Comité Americano por la Libertad Cultural, aparentemente, pensaba lo mismo. Cuando, en febrero de 1955, el grupo judío Betar, protestó por la aparición de Herbert von Karajan en Nueva York, en un concierto de la Filarmónica de Berlín —«¡Amantes de la música!, ¡no acudáis al sangriento concierto de esta noche!»— el Comité presionó a la Federación Americana de Músicos para que se opusieran a tales protestas. En un telegrama firmado por James T. Farrell, en representación de «trescientos líderes de la comunidad cultural americana», el Comité denunció la protesta de Betar como «Cercenamiento de la libertad cultural». Resulta curioso que en ningún momento el Comité niega la afirmación de Betar de que Karajan había pertenecido al partido nazi. Por el contrario, reconocía que había sido algo «deplorable». Sin embargo, la acusación no era «relevante ante el carácter no político de la actuación de la orquesta», y pasaba por alto el hecho de que la Filarmónica de Berlín «hubiese realizado importantes servicios a la causa de la cultura libre en Europa y simboliza la valiente resistencia del pueblo de Berlín al totalitarismo comunista, que rodea su aislado enclave»^[32]. El telegrama terminaba sugiriendo que una parte de los beneficios de la gira de la orquesta se destinasen a las víctimas del nazismo.

Aparentemente, el Comité Americano no tenía conciencia de lo mucho que se estaba desviando de su «Declaración de Principios» de 1953, en la que se decía estar «firmemente preocupado por los temas políticos ya que éstos afectan a las condiciones necesarias para la libertad cultural y la creatividad cultural. Está, por tanto, opuesto totalmente a totalitarismos de todo signo, ya que el totalitarismo es la negación de estas condiciones»^[33]. En esta misma declaración se deploraba «el simple y vergonzoso hecho de que, incluso hoy, a los comunistas y a los simpatizantes de los comunistas se les conceda una buena dosis de respetabilidad en círculos intelectuales y culturales, que nunca se hubiese concedido a un nazi o a un neofascista».

El que el Comité Americano pudiese haber estado tan ciego en relación con la naturaleza contradictoria y moralmente incoherente de individuos como Von Karajan o Furtwängler, parece increíble. Tres meses después, George Kennan, uno de los arquitectos de la estrategia de uncir la cultura a los imperativos políticos de la guerra fría, demostraría que él también era vulnerable a la misma confusión. En un discurso ante el Consejo Internacional del Museo de Arte Moderno, el 12 de mayo de 1955, Kennan se lamentó del hecho de que «En los últimos años, ha surgido entre nosotros un hábito censurable, en realidad un hábito totalitario, de juzgar la adecuación de las aportaciones culturales por el color político que pensemos han adquirido sus creadores. Conozco pocas cosas más absurdas. Un cuadro no tiene más o menos valor porque el pintor perteneciese en una época a tal o cual partido o colaborase con tal o cual grupo. El valor de un concierto sinfónico me parece que no depende del carácter del régimen político bajo el cual el director haya ejercido su oficio... Después de todo, los hechos culturales no son ferias de ganado político en las que presentemos personas para que sean admiradas por la pureza de sus características ideológicas»^[34].

Los soldados americanos de la guerra fría se vieron atrapados en una paradoja peligrosa: cuando se mencionaba el coco del nazismo, defendían con ardor la separación del arte y la política; pero cuando trataban con el comunismo, no estaban dispuestos a hacer la misma distinción. Esta egregia falta de lógica ya había aparecido a finales de los cuarenta, durante la «desnazificación» de Alemania. Entonces, mientras Furtwängler había sido

recompensado con conciertos de altísimo nivel, junto a Yehudi Menuhin, Melvin Lasky se burlaba de Bertold Brecht en *Der Monat*^[35]. La premisa fundamental de la guerra fría cultural del Congreso por la Libertad Cultural era que los escritores y artistas tenían que implicarse en la lucha ideológica. «Se trataba de los principales escritores, los músicos y pintores más destacados, cualquiera que quisiese colaborar en la idea de luchar por lo que Camus llamaba literatura *engagé*, alguien comprometido no solamente en escribir sino en escribir como expresión de un sistema de valores. Eso es lo que pensábamos, lo pensábamos y lo defendíamos»^[36], explicaba Lee Williams, de la CIA. El que los participantes norteamericanos en la guerra fría cultural se «descomprometiesen» tan fácilmente cuando les venía bien hacerlo, resulta bastante chocante.

Esa misma tolerancia no se aplicaba a los compañeros de viaje ni a los neutralistas, a los que el Comité Americano estaba decidido a denunciar. Nadie podía argumentar con un mínimo de seriedad, al menos a mediados de los cincuenta, que el comunismo se pudiese considerar verosímilmente el enemigo principal y absoluto de la libertad cultural dentro de los Estados Unidos. Pero los profesionales del anticomunismo, como los profesionales de cualquier campo, lo que querían era asegurar o incluso ampliar su mercado. Una cuenta aproximada de los grupos anticomunistas organizados en Estados Unidos, durante los años cincuenta, un momento en que se suele considerar que la Quinta Columna se encontraba en su punto más bajo, indica una proliferación sin precedentes. Al no existir una amenaza comunista real en Estados Unidos contra la que luchar, los anticomunistas estaban, parafraseando a Churchill, «encadenados a un cuerpo muerto».

«Poco a poco, los propios colegas se volverán contra nosotros», había predicho cargado de razón, James T. Farrell, en 1942. «Creo que mis colegas lo harán. Tengo gran confianza en que un día serán capaces de convertirse en los policías que me vigilen, en guardianes de mi alma. Mi fe en su capacidad para hacer cosas ignominiosas es invencible: ese dogma de mi fe es inamovible. Todos estos ángeles custodios del alma de América^[37].»} Por aquel entonces los representantes de la línea dura dentro del Comité se habían ganado la dudosa reputación de «escuadrón de la verdad». Parecía haber perdido todo sentido de la proporción y se alejó

mucho de sus objetivos declarados, que eran reforzar las condiciones sociales y políticas para la creatividad cultural y la libre investigación intelectual. Schlesinger escribió acerca de un sentimiento de indignación ante los «indicios de venganza en el hostigamiento a los compañeros de viaje, como si volviesen a luchar en los cincuenta las viejas y finiquitadas batallas de los treinta y cuarenta... tenemos ahora cosas mejores que hacer que saldar viejas cuentas. Un comité dedicado a la defensa de la libertad cultural no puede equivocarse si es magnánimo»^[38]. Desde la Universidad de Cornell, un colega de Sol Stein, escribió en un tenor parecido: «Sol, amigo mío, lo que necesitas es una bocanada de aire fresco del norte de Nueva York o Kansas o Seattle, o de cualquier otro lugar, excepto de pleno Manhattan. ¿Estás de verdad seguro de que todas esas amargas batallas literarias de finales de los años treinta, y también las actuales, son de verdad tan importantes en la historia de los Estados Unidos^[39]?».

Ésta era la cuestión. La historia intelectual de los Estados Unidos había oscilado durante las dos décadas anteriores desde la izquierda, golpeando a la derecha y desde la derecha, golpeando a la izquierda, y el espectáculo de ver a los hombres despedazándose sus entrañas de esta manera, resultaba poco edificante. Ambas facciones divididas en reinos de taifas intelectuales siempre en disputa desconocían una verdad importante: el maximalismo en política, en forma de macartismo o de anticomunismo liberal, o estalinismo, no tenía nada que ver con izquierdas o derechas, sino con la negativa a dejar que la historia nos diga la verdad. «Está tan corrupto que ni siquiera sabe que lo está —dijo Jason Epstein, con aire intransigente—. Cuando esta gente habla de “contrainteligencia”, lo que hacen es crear un sistema de valores falso y corrupto para apoyar cualquier ideología con la que estén comprometidos en ese momento. Con lo único con lo que en realidad están comprometidos es con el poder, y con la introducción de estrategias zaristas-estalinistas en la política americana. Están tan corruptos que probablemente no saben que lo están. Son pequeños y mentirosos burócratas de partido. La gente que no cree en nada, que sólo están contra algo, no deberían hacer cruzadas o iniciar revoluciones^[40]».

Comentando la «relación de contrapunto con el comunismo» de muchos intelectuales de la guerra fría, George Urban, director de Radio Europa

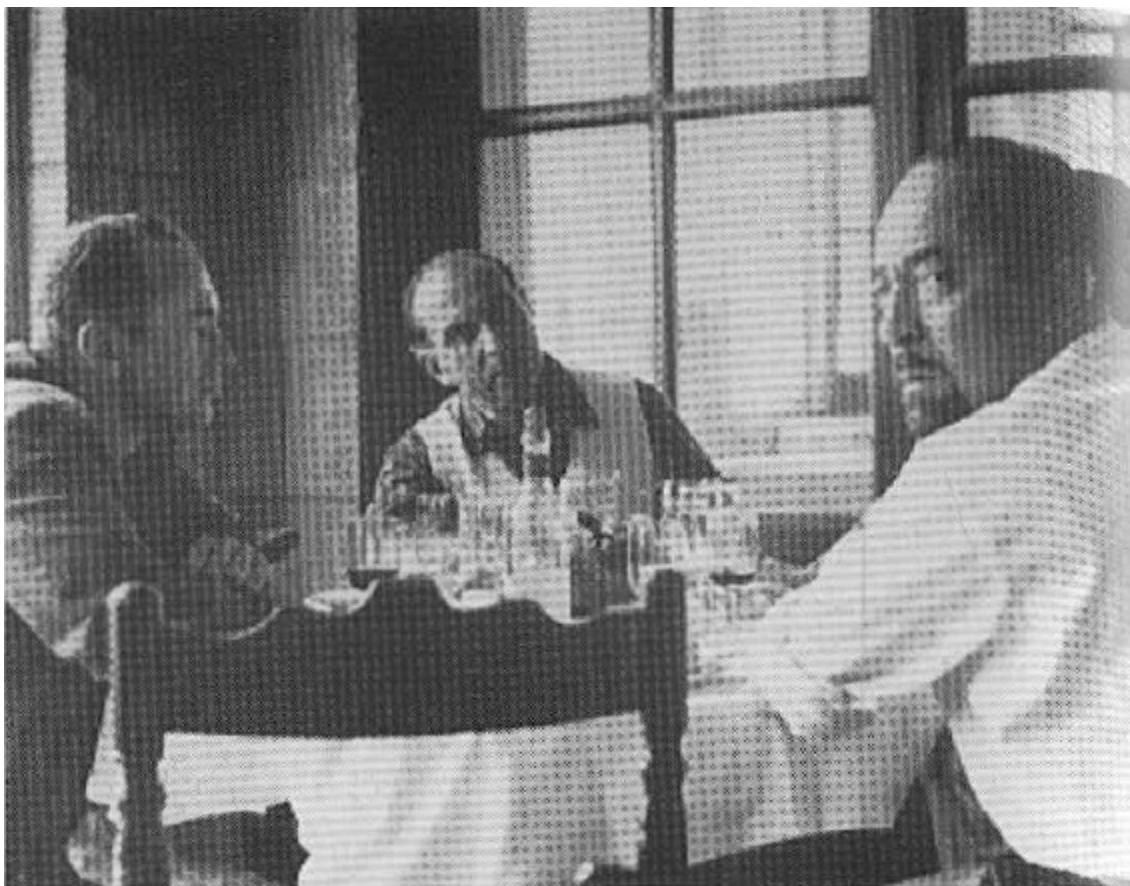
Libre, pensaba que ello respondía a una «compulsión para discutir, luchar y pelear, casi independientemente de los objetivos^[41]... Sus declaraciones resultaban excesivamente intensas, su cinismo demasiado descarado, y sus análisis reflejaban en exceso el mundo que pensaban habían dejado tras de sí. Llevaban el paso en sentido inverso, pero seguían llevando el paso»^[42].



El teniente Michael Josselson, Berlín, 1948, cuando era oficial de Asuntos Culturales del Gobierno Militar Americano. Poco después sería reclutado para la CIA.



Tom Braden, el agente de la CIA que creó la División de Organizaciones Internacionales, centro neurálgico de la guerra fría cultural de los Estados Unidos. La organización de Braden tuvo a su cargo docenas de «tapaderas», incluido el Congreso por la Libertad Cultural.



El «aparato», durante un almuerzo de trabajo. John Hunt, Michael Josselson y Melvin Lasky.



Stephen Spender, Manès Sperber, Minoo Masani,
Michael Josselson, Denis de Rougemont, Nicolas
abokov, en la reunión del Comité Ejecutivo del
Congreso por la Libertad Cultural, enero de 1957.



Stephen Spender, elegido por la CIA y el MI6 para codirigir la revista *Encounter*. «Stephen tenía el currículum adecuado para que le eligieran como tapadera —dijo Natasha Spender— y, sobre todo, se le podía camelar con facilidad, porque era tan inocente».



Irving Kristol, codirector de *Encounter* desde 1953 a 1958. Al llegar a Londres, procedente de Nueva York, a Kristol le dio por acudir al trabajo con bombín.



Michael Josselson, Arthur Schlesinger Jr., Julius Fleischmann, y el sociólogo Peter Dodge, en Milán, septiembre de 1955, para asistir a la conferencia «El futuro de la libertad».



Dwight Macdonald con Michael Josselson, Milán, septiembre de 1955, durante la conferencia del futuro de la libertad». Los debates, dijo un observador, fueron «mortalmente aburridos», pero, entre bastidores, hubo acaloradas discusiones sobre la propuesta de situar a Dwight Macdonald en la dirección de *Encounter*.



Nicolas Nabokov, compositor y empresario,
representante del Congreso por la Libertad Cultural.
Nabokov está acompañado de su mujer, Marie-
Claire, y de Michael Josselson, Ópera de Viena,
1957.



Nicolas Nahokov y el actor Peter van Eyck, en el piso de los Josselson, París, marzo de 1958, con ocasión del cumpleaños de Michael Josselson. Van Eyck y Josselson habían compartido alojamiento en el Berlín de posguerra.



John Hunt, Robie Macauley y Michael Josselson,
examinando unos mapas en las colinas de los
alrededores de Ginebra.



Michael Josselson abraza a su amigo y colega,
Lawrence de Neufville, y a la mujer de éste.
Adeline. Neufville había reclutado a Josselson para
la CIA en 1948, y juntos le dieron carácter
permanente al Congreso por la Libertad Cultural con
sede en París, en 1950. Neufville regresó a los EE
UU en 1954, dejando a Josselson que fuera él solo el
que lidiase con sus decepcionantes sucesores.



Raymond Aron y su esposa, Susanne, Michael Josselson y Denis de Rougemont, disfrutando de un día en las montañas suizas. Aron se sintió profundamente afectado al descubrirse que el Congreso era una tapadera de la CIA, aunque, según se dice, conocía el secreto desde hacía varios años.



John Hunt y Michael Josselson sentados bajo una placa del Congreso. La placa había sido robada de la fachada de la oficina de París unos años antes, y para su sorpresa, había sido localizada en la pared de un restaurante de Ginebra, donde Diana Josselson tomó esta fotografía en 1969.



Una fructífera relación: Michael Josselson, nombre en clave, «Jonathan P. Saha» y su mujer, Diana, nombre en clave «Jean Ensinger».

Josselson, que por entonces se recuperaba de una operación que lo había dejado postrado en una hamaca, aunque no inactivo, le escribió a Sidney Hook diciéndole que estaba «más convencido que nunca de que la muerte natural del actual [Comité Americano] sería lo mejor que podría pasar... este grupo es incompatible [*sic*]^[*] de hacer nada sobre cualquier tema excepto en el de las trifulcas más mezquinas»^[43]. Una manera de asegurar la desaparición del Comité era retirarle las subvenciones. Eso precisamente fue lo que hizo Josselson en octubre de 1954. Las transferencias mensuales de la Fundación Farfield al Comité Americano habían cesado a principios de 1953, y en esta ocasión, con la suspensión del pago anual de 4.800

dólares desde la oficina de París, el grupo se enfrentaba a una inminente ruina económica.

Sidney Hook, que había creado el Comité, de acuerdo con la CIA, se sintió consternado ante la decisión del Congreso de cortar sus vínculos económicos. Sin tomar en cuenta la decisión de Josselson de que el Comité se extinguiera por sí mismo, fue directamente a Allen Dulles para pedir más dinero. A Sol Stein (que había advertido que «Si los intelectuales americanos perdían su voz en Europa occidental por 2.000 dólares al año, lo mejor sería que algún nuevo Gibbon empezara a afilar su pluma»^[**]) se le informó sucintamente del asunto, al igual que a Norman Thomas, quien antaño fuese candidato socialista a la presidencia de los EE UU, y que por entonces ocupaba un cargo ejecutivo en el Comité Americano. Más aún, ambos estaban presionando por separado a todo el mundillo de los servicios de inteligencia a través de «nuestro amigo el Dr. Lilly», un oficial del Consejo de Estrategia Psicológica, y asesor de la CIA. Sabiendo que Norman Thomas; era íntimo amigo y vecino de Allen Dulles, Stein sugirió también que Thomas telefonease a Dulles para «recordarle su interés por nuestro trabajo y sugerirle que era imprescindible que se diese prisa en ayudarnos»^[44]. Thomas contestó que él pensaba que «sería peor el remedio que la enfermedad llamar a Allen Dulles sin alguna otra excusa más inmediata», pero dijo que «en el caso —probable— de que Dulles esté en el país este fin de semana, intentaré ponerme en contacto con él el domingo»^[45]. Esto sucedía en abril de 1955. En mayo, las arcas del Comité se llenaron con una beca de 4.000 dólares de la Asia Foundation, de la CIA y 10.000 dólares de la Fundación Farfield. La decisión de Josselson había sido anulada por sus superiores.

Entonces, Arthur Schlesinger escribió lastimeramente a Cord Meyer para ampliar sus quejas sobre «Ciertos miembros» del Comité Ejecutivo, quienes, envalentonados por la renovada generosidad de la CIA, de nuevo estaban experimentando una inflación de su propia importancia. Meyer explicó a su vez que «Ciertamente, no pensamos mantener una ayuda continuada a gran escala, y la subvención aislada concedida recientemente se ha hecho ante una petición urgente procedente directamente de Sidney Hook, e indirectamente de Norman Thomas. Esperamos que el oxígeno

insuflado por esta ayuda pueda ser utilizado por esos caballeros, usted y otras personas sensatas, para reorganizar el Comité Ejecutivo y elaborar un programa inteligente... Si esta reorganización de la dirección resulta inviable, entonces, creo que tendremos que enfrentarnos a la necesidad de permitir que el Comité muera de muerte natural, si bien pienso que ello tendría repercusiones negativas en el extranjero». Meyer terminaba la carta dándole las gracias a Schlesinger por «mantener el control a pesar de tanta palabrería», sugiriéndole que se viesen pronto para «hablar de todo el asunto detenidamente»^[46].

La estrategia Dulles-Meyer resultó totalmente equivocada, como Josselson siempre había temido. La inyección de dólares sólo servía para diferir el conflicto final entre los pistoleros de Nueva York y el refinado y culto equipo de la operación de París. En menos de un año, la desconfianza y el rencor mutuos, que había aflorado después del festival de París, de 1952, organizado por Nabokov, se hicieron públicos. El 26 de marzo de 1956, el *Manchester Guardian* publicó una carta de Bertrand Russell en la que se refería a las «atrocidades cometidas por el FBI» durante el juicio a los Rosenberg, y comparaba a los Estados Unidos con «Otros Estados policíacos como la Alemania nazi, y la Rusia de Stalin». Josselson, reaccionó inmediatamente, sugiriendo a Irving Kristol que encontrase un «corresponsal inteligente americano en Londres» para que entrevistase a Russell de manera que «demostrase que Russell no conocía datos nuevos sobre el caso Rosenberg y que su afirmación se basaba en cierta propaganda comunista que, en su senil estado, ya no puede distinguir de la verdad»^[47].

Así las cosas, mientras Josselson se disponía a desmontar las afirmaciones de Russell mediante una entrevista cuidadosamente planificada, el Comité Americano decidió intervenir directamente. Enviaron una carta de protesta directamente a Russell, acusándole de «alejarse extraordinariamente de las normas de la objetividad y de la justicia» y de hacer «Un importante servicio a los enemigos contra los que creíamos que usted luchaba». ¿Se le había ocurrido a Russell considerar «Si era correcto que un amigo de la libertad cultural, y en particular un directivo del Congreso por la Libertad Cultural... haga afirmaciones falsas e irresponsables sobre el sistema judicial de los Estados Unidos»^[48]?

Lógicamente, la respuesta de Russell a la carta fue su dimisión como presidente honorario del Congreso.

Josselson estaba furioso, sobre todo porque la carta a Russell «nos fue transmitida de una manera tan perentoria». Resultaba impensable que una comunicación así pudiese haber sido enviada por cualquier otra organización afiliada al Congreso sin la aprobación previa de Josselson. Después de convocar una reunión de urgencia del Comité Ejecutivo en París, Josselson hizo una crítica oficial al equipo americano, por no haber «consultado con nosotros a la hora de emprender acciones, dentro de la organización del Congreso, que pueden tener importantes consecuencias internacionales»^[49]. Era demasiado tarde para recuperar a Russell, cuya cuarta dimisión del Congreso sería la última. En junio de 1956, su nombre fue eliminado de todos los membretes de los papeles oficiales del Congreso.

Pero no quedó ahí la cosa. Dos meses después, la noticia de la dimisión de James T. Farrell como presidente nacional del Comité Americano saltó a los titulares de los periódicos. Farrell era un hombre complicado. Aunque anticomunista declarado, no podía tolerar la posición de tantos intelectuales de Nueva York, cuyo «vanguardismo de Park Avenue» era una simple excusa para no hacer mejor su trabajo. Él mismo ya había renunciado en una ocasión a la política, en 1941, cuando le escribió a Meyer Schapiro: «He decidido que no hay mucho que hacer hoy en el mundo, y ya hay suficiente gente que dicen ser hombres de Estado. Por lo tanto, voy a trabajar de firme en mi propio trabajo»^[50]. Luego, la tentación de una cruzada contra el comunismo le resultó difícil de resistir, y aceptaría sus responsabilidades. Al final, sería vencido, no por el comunismo, sino por el carácter mezquino y parapolicial de sus compañeros de cruzada. «La monomanía —había advertido George Orwell— y el miedo de decir herejías no se avienen bien con el talento creador». La carta de dimisión de Farrell olía a cansancio de la guerra fría. «Nunca hemos sido capaces de hundir nuestras raíces en la vida americana —se lamentaba—. No hemos sido capaces de contribuir suficientemente a la lucha contra la censura en este país... ha llegado el momento de que todos los que crean en el espíritu liberal hagan un renovado esfuerzo para conseguir su resurgimiento... Estamos constantemente al borde de convertirnos en un comité político con

opiniones en cuestiones de política exterior y en muchos otros temas. Con ello, corremos el peligro de mezclar política y cultura». También subrayaba sus razones personales para la dimisión, que era una velada advertencia a otros escritores del Comité Americano: «Si lo que quiero es escribir mejor, le debo dedicar más tiempo a la escritura y al estudio^[51]».

Aquí hubiera terminado la cosa, de no haber sido por el hecho de que Farrell decidió anunciar su dimisión en el *New York Times*. A última hora de la noche del 27 de agosto de 1956, llamó al periódico, al parecer, con la lengua bastante suelta por la bebida. Criticó el fracaso del Comité Americano para convertirse en una coherente organización de masas, el que no hubiese hecho nada sobre la censura en los Estados Unidos, su falta de preocupación por las libertades civiles de los Estados Unidos, y que hubiese escondido la cabeza ante el tema de McCarthy. El consejo directivo eligió a Diana Trilling para que aceptase la dimisión de Farrell, lo que hizo en una carta llena de gélido desprecio.

En París, la noticia de la dimisión de Farrell la recibió Michael Josselson con furiosa incredulidad, que escribió enojado: «No entendemos por qué el Comité no dejó pasar 24 horas, como mínimo, entre el momento en que la señora Trilling recibió la llamada y el momento en que al asunto salió a la prensa, para que Jim Farrell retirase su declaración y la sustituyese por una carta de dimisión con la que todos los implicados hubiesen estado de acuerdo^[52]».

Esto fue la gota que colmó el vaso. Cuando Irving Brown recibió una carta en la que le pedían que pagase los tres años de cuotas que debía al Comité Americano, sencillamente, hizo caso omiso. Junkie Fleischmann dimitió del consejo en octubre de 1956, alegando que tenía demasiado trabajo con la operación de París. El 31 de enero de 1957, Sidney Hook escribió a Nabokov diciéndole que el Comité Americano había «decidido contra su voluntad suspender sus actividades» por dificultades económicas.

Los muchachos de Ransom

En mi opinión, la CIA no sólo participaba en una guerra fría cultural de una manera abstracta y puramente pragmática, sino que tenían en mente objetivos muy bien definidos, y que sus preferencias se decantaban por algo muy concreto: la alta cultura.

RICHARD ELMAN.

En septiembre de 1954, Cord Meyer relevó en el mando de la División de Organizaciones Internacionales, a Tom Braden, que se «jubilaba»^[1] de la CIA y se iba a vivir a California para dirigir un periódico que le había comprado Nelson Rockefeller. Meyer heredó una división en la que se concentraban la mayor cantidad de actividades políticas encubiertas y de propaganda de una CIA que ya extendía sus tentáculos como un pulpo^[2]. Más aún, lo hizo en un ambiente cada vez más favorable a las operaciones encubiertas, como demuestra un informe secreto presentado al presidente Eisenhower ese mismo mes: «En tanto en cuanto ésa siga siendo la política nacional, otro requisito importante es que sea una organización dinámica, oportuna, secreta y paramilitar, más efectiva, más especializada, y si fuese necesario, más implacable que la que emplee el enemigo. No se debe permitir que nadie se interponga ante su inmediato, eficiente y seguro cumplimiento de esta misión. Está claro que nos enfrentamos con un enemigo implacable cuyo objetivo declarado es dominar el mundo por

cualquier medio y a cualquier precio. En este juego no existen reglas. De aquí que las normas aceptables de la conducta humana no sean de aplicación. Si los EE UU quieren sobrevivir, hay que reconsiderar el tradicional concepto americano del “juego limpio”... puede ser necesario que el pueblo americano conozca, comprenda y sostenga esta filosofía fundamentalmente repugnante^[3]».

Con todo, la importancia de la División de Organizaciones Internacionales no siempre repercutía en la categoría de los agentes asignados a ella. Tom Braden había hecho todo lo posible para influir en el nombramiento de su ayudante personal, ante la total indiferencia de sus superiores. «Se trataba del teniente coronel Buffington. Dejaba informes por todas partes, pero no daba puto golpe», dijo Braden. «NO hacía nada todo el santo día: sólo perder el tiempo. Venía a las nueve, colgaba el sombrero en la percha, leía el *New York Times*, luego se volvía a casa^[4]». En un jocosos intento de recordar el orden de los agentes que llegaban a París, Josselson y sus íntimos se referían a ellos como Jorge I, Jorge II, Jorge III, etc. Jorge IV era Lee Williams, también conocido en broma como «Nickel and Dime» (juego de palabras sobre su nombre en clave) y, fugazmente, como «Mr. Rochester»^[*]. Williams causó mejor impresión que la mayoría de sus predecesores, valientemente a caballo de la burocratizada CIA y del Congreso, y que, por contraste, resultaba casi bohemio. «Me acuerdo una vez, yendo en coche por París con Cord [Meyer] después de una reunión con Mike, cuando Cord se vuelve hacia mí y me dice: “Sabes, Lee, en realidad Mike *te aprecia*”», recordaba Williams. «Qué cabrón, ¡cómo si le sorprendiera! Pero Mike me apreciaba porque jamás intenté enseñarle su trabajo; estaba a sus pies, le respetaba»^[5]. Pero el auténtico aliado de Josselson era Lawrence de Neufville, y él, después de diez años en Europa, quería irse para casa. Se le asignó un nuevo puesto ficticio en la oficina de Nueva York de Radio Europa Libre, y se marchó de París a finales de 1953.

Neufville había dejado el listón bastante alto, y tras él, cada vez consideraba más a los agentes asignados al Congreso como «recaderos». «Al principio, la CIA estaba muy bien, gente interesante como Lawrence de Neufville, buenas personas —dijo Diana Josselson—. Pero luego cada vez

eran menos interesantes, y a Michael cada vez le gustaban menos. De vez en cuando aparecía un agente y yo veía a Michael tratando de desembarazarse de él, pero se le pegaban como lapas. Se hacía amigo de ellos, hablaban de sus familias y carreras, y yo tenía la idea de que le admiraban, pero Michael estaba dispuesto a proteger al Congreso de la Agencia, y a que su relación no se hiciese pública^[6]». Según Diana, la relación entre Michael y sus colegas de la Agencia era cada vez más falsa: «Como querían dar a entender que eran los que mandaban, puede que Michael aprovechara cualquier oportunidad para informarles de lo que pasaba, para mantener la ilusión». Diana, que diligentemente invitaba a los agentes al martini de rigor cuando iban al piso de los Josselson, luego les calificaba de «mal necesario. No eran ni la mitad de importantes para mí que mi sirvienta».^[7]

Uno de los problemas para Cord Meyer era la dificultad que entrañaba atraer al personal de la Agencia a esta división. No es que hubiese escasez de candidatos adecuados. A mediados de los sesenta, la Agencia presumía de poder cubrir todos los puestos docentes de una universidad con sus analistas, el 50 por ciento de los cuales tenían títulos superiores, y el 30 por ciento, doctorados, lo que llevaría a decir a un funcionario del Departamento de Estado que «En la CIA hay más intelectuales liberales por centímetro cuadrado que en ningún otro lugar del gobierno». Pero estos universitarios no habían ingresado en la Agencia para hacer lo que podían hacer en la universidad. Buscaban aventuras, no un trabajo para cuidar al mismo tipo de personas que podían conocer en los claustros. «Esta gente de la División de Organizaciones Internacionales era considerada por mucha gente [de la Agencia] como algo sin importancia alguna, sobre todo por parte de los que pensaban que lo que deberíamos hacer [era] espionaje puro y duro, reclutar espías y conseguir documentos y todo lo demás era una auténtica chorrada»^[8], manifestó el oficial de la CIA, Donald Jameson. «Había gente en la CIA que pensaba que era correcto gastar tanto dinero en esos izquierdistas»^[9], me confirmó también Lawrence de Neufville. Así pues, Cord Meyer empezó a buscar en otros sitios.

«Cord aportó un característico sello intelectual a la organización —dijo Lee Williams—. Estaba extraordinariamente bien relacionado con la

comunidad intelectual de los Estados Unidos y respetaba inmensamente a los hombres de letras^[10]». Meyer ingresó en Yale en 1939, y estudió poesía inglesa «desde los poetas metafísicos del siglo XVII hasta la poesía moderna de Yeats y T. S. Eliot, con el profesor Maynard Mack, que nos inculcó un respeto permanente por la grandeza de estas obras y la ambición en algunos de nosotros de intentar también escribir»^[11]. Meyer probó suerte con la poesía, publicando algunos versos «pasables» en *Yale Lit*, revista de la que andando el tiempo sería nombrado director.

En 1942, Meyer obtuvo su licenciatura en literatura inglesa *summa cum laude*. Sus ambiciones literarias se vieron frustradas por la guerra, en la que murió su hermano gemelo, y el propio Meyer perdió un ojo en Guam, al explotarle a los pies una granada japonesa (ello le valió el nombre en la CIA de «Cíclope»). A partir de entonces, escribió unos cuantos artículos y, en 1980, sus memorias, *Facing Reality*.

Como director de *Yale Lit*, Meyer seguía las huellas de James Jesus Angleton, que luego se convertiría en el legendario jefe del contraespionaje de la CIA. Angleton, un radical en el campo literario, había sido el introductor de Ezra Pound en Yale, y fundó la revista poética, *Furioso*, en 1939 (su nombre como director aparecía en la cabecera aunque fuese jefe del contraespionaje en Roma). Angleton fue el vínculo vital de lo que luego se llamaría «la fuente P» (donde la «P» era la inicial de «profesor»), que se refería a la conexión de la Agencia con la Ivy League. Entre los miembros más destacados de «la fuente P» estaban William Sloane Coffin, antiguo alumno de Yale que había sido reclutado por Allen Dulles. Recordando su decisión de entrar en la Agencia, Coffin luego manifestaría: «Stalin hizo que Hitler pareciera un *boy scout*. Yo era absolutamente antisoviético. Con ese estado de ánimo viví el inicio de la guerra de Corea. Pero no la seguí demasiado de cerca ni indagué sus causas. Al acabar la carrera en Yale, en 1949, pensaba en entrar en la CIA, pero en lugar de ello entré en el seminario. Después de un año en el Union Theological Seminary, cuando parecía estar cerca una guerra con la Unión Soviética, renuncié al seminario para entrar en la CIA, con el ánimo de ser útil en la guerra. La CIA financiaba a la izquierda no comunista; daban dinero sin pedir casi nada a cambio. En esa época, yo no mantenía diferencias con la política americana,

pero mirando hacia atrás, no era tan inocente e inmaculado^[12]». Entre los reclutados de la Ivy League estaban Aichie Roosevelt, que estudió filología inglesa en Harvard en el famoso Wadham College, Maurke Bowra (aunque era de Oxford estaba pasando un año en Estados Unidos en un programa de intercambio), y el primo de Archie, Kermil Kim Roosevelt, que estaba unos cursos más adelantado que él en el Groton School de Harvard.

Otra importante relación con la Ivy League —y paradigma de «la fuente P»— era el profesor Norman Holmes Pearson, respetado humanista, famoso por haber compilado los cinco volúmenes de *Poetas de la literatura inglesa*, editado por Viking, junto a W. H. Auden, y miembro de la American Studies Association y de la Modern Language Association, miembro del consejo de la Fundación Bryher, y albacea testamentario de la poetisa H. D.^[*] Pearson era también un veterano de los primeros tiempos de la OSS y de la CIA. Formó a muchas de las mentes más prometedoras de Yale, entre ellas a Angleton y a Richard Ellmann, al que reclutó para la OSS^[13]. Él trabajó directamente para el X-2, la rama de contraespionaje de la OSS, y permaneció en Londres durante la guerra a las órdenes de Kim Philby, quien luego lo calificaría de «ingenuo». Pearson se encargó de la supervisión durante la guerra de una montaña de archivos sobre millones de agentes y organizaciones enemigas, una práctica que «era de la firme opinión que tenía que continuarse después de la guerra, a pesar de ir en contra de los conceptos tradicionales de gobierno fijados por Jefferson. Esas pintorescas objeciones... fueron superadas rápidamente, en tanto en cuanto la palabra “enemigo” adquiría una definición mucho más laxa»^[14]. De vuelta a Yale, se encargó de «la promoción de los estudios americanos en los Estados Unidos y en el extranjero. Al igual que los estudios específicos de otros países extranjeros, esta nueva disciplina tenía una importancia trascendental al ofrecernos la posibilidad de comprender nuestra extraordinaria capacidad para nuestro papel de posguerra como gobernantes del mundo, y favorecía una mejor apreciación de nuestro nivel cultural entre los gobernados»^[15]. Coherente con esta forma de pensar era el prefacio escrito por Pearson a la edición Rinehart del *Walden* de Thoreau, donde minimizaba el radicalismo de aquel gran individualista estadounidense y pretendía liberarle de toda asociación con el anarquismo,

subrayando que sus escritos iban dirigidos a conseguir un mejor gobierno, «Un símbolo de la libertad individual en la que queremos pensar que se fundamente el estilo de vida americano».

El más famoso protegido de Pearson era James Jesus Angleton. Nacido en Idaho, en 1917, fue enviado a estudiar muy joven al Malvern College de Worcestershire, Inglaterra, donde hizo todo lo posible por «ser más inglés que los ingleses. Absorbió toda la cortesía y buenas maneras del Viejo Mundo, modales que jamás le abandonarían. Más aún, con los años su imagen se fue haciendo más y más europea (también pasaba largas temporadas en Italia) difuminando su origen yanqui, con un ligero acento inglés»^[16]. Permaneció en Yale desde 1937 hasta 1941, donde trabajó en *Yale Lit* junto a McGeorge Bundy, futuro consejero de Seguridad Nacional; Walter Sullivan, que luego sería director científico del *New York Times*; y el poeta E. Reed Whittemore Jr. En 1938, Angleton conoció a Ezra Pound en Rapallo y se hicieron magníficos amigos. Pound le describiría más tarde como «una de las mayores esperanzas de las revistas literarias de los Estados Unidos». Cuando Angleton redactó su testamento en 1949, legaba «una botella de buen licor» a Ezra Pound, E. E. Cummings y otros amigos poetas de la época de *Furioso*, y concluía con el siguiente credo: «Ahora puedo decir lo siguiente: que creo en el espíritu de Cristo, en la vida eterna, y en este turbulento sistema social que, a veces, lucha ciegamente para preservar el derecho a la libertad y a la expresión del espíritu. Os dejo en el nombre de Jesucristo». A pesar de esta manera de pensar, Reed Whittemore recordaba que a Angleton (cuya madre era mexicana) le causaba cierta vergüenza su segundo nombre porque «sugería que no era un inglés de clase alta, imagen que estaba intentando proyectar»^[17].

Veterano en las lides de la conspiración desde los tiempos de la OSS, Angleton pasó a la CIA, sin dejar atrás ninguna de sus virtudes, donde desarrolló una aparentemente ilimitada capacidad para las intrigas bizantinas. Su primer éxito importante fue la orquestación de la campaña encubierta de los Estados Unidos para asegurar la victoria de los cristianodemócratas en las elecciones italianas de 1948. Esta campaña, supervisada muy de cerca y apoyada por George Kennan y Allen Dulles, fue la primera acción exitosa de la guerra fría política. Según Kim Philby,

Angleton fue ascendido, en 1949, a jefe de la Oficina de Operaciones Especiales de la CIA. Durante veinte años fue responsable del Equipo de Contrainteligencia (CI), y responsable de las relaciones con otros servicios de inteligencia aliados, desde 1954. También dirigía un grupo completamente independiente de agentes-periodistas que realizaban misiones delicadas y, frecuentemente, peligrosas. Los miembros de la CIA de aquella época prácticamente no sabían nada de este grupo, que trabajaba de forma absolutamente clandestina (bajo «nieve profunda» le llamaban) y cuyos secretos Angleton guardaba bajo siete llaves en una caja fuerte de su oficina a la que sólo él tenía acceso.

Consumado cultivador de orquídeas salvajes (sirvió de modelo del personaje «Madre» de la novela en clave *Orchids for Mother*, de Aaron Latham), magnífico pescador con mosca, fotógrafo (con fotografías publicadas), consumado orfebre y talabartero, entusiasta de la ópera italiana, de Paul Newman, Robert Redford, Marlon Brando, Peter Sellers, Shirley MacLaine, del *cricket*, del fútbol europeo, Angleton era un personaje extraordinario y ecléctico. Clare Booth Luce le dijo en una ocasión: «No hay duda de que usted es claramente la figura más interesante y fascinante que ha producido nunca el mundo de la inteligencia, una leyenda viva»^[18]. De más de metro ochenta de estatura, vestido siempre de oscuro, Angleton, dijo un admirador, tenía «el aspecto de un Byron, de rostro extremadamente delgado». Era la viva imagen del poeta-espía, inspiración de muchos mitos románticos sobre la CIA como prolongación de la tradición literaria liberal de los Estados Unidos.

La propia y extensa red de contactos de la «fuente P» de Cord Meyer, le llevó a Kenyon College, donde trabajaban como profesores Allen Tate y John Crowe Ransom, dos de sus poetas favoritos. Fue aquí, donde, en 1938, Ransom había fundado *Kenyon Review*, una revista que moldeó la sensibilidad literaria de toda una generación. Su prestigio encumbró a la cima de la popularidad cultural al insignificante y rural pueblo de Kenyon. También en este lugar, en 1938, residió un grupo de gran talento, en Douglas House, un edificio de estilo «carpenter-gothic»^[*] situado en el centro de la universidad, calificado de «bloque de aislamiento», ideal para los estudiosos y excéntricos poetas, protegidos de John Crowe Ransom.

Conocidos como los «muchachos de Ramsom», a este grupo pertenecían Robie Macauley, Randall Jarrell, John Thompson, David Macdowell, Peter Taylor, y Rober Lowell, mayor, y profesor de la facultad^[19].

Siendo estudiante en Olivet College, Michigan, en 1937, Rabie Macauley había asistido a las conferencias de Katherine Anne Porter y de Allen Tate, y había observado a Ford Madox Ford paseando por el campus «como un veterano de olvidadas guerras». (Posteriormente Macauley escribió el prefacio a la edición de 1961 de *Parade's End*, de Ford). Durante la guerra, Macauley hizo el servicio en el G-2, el US Army Counter-Intelligence Corps, Y trabajó como agente especial para la caza de nazis. Luego convirtió la experiencia en una colección de cuentos, *The End of Pity*, con el que ganó el Premio de Narrativa de *Furioso*. Tras hacer un curso de posgrado en la Universidad de Iowa, regresó al Kenyon College para trabajar con John Crowe Ransom como ayudante en la publicación de *Kenyon Review*. En agosto de 1953, Ransom le dijo a uno de sus colegas que tenía «grandes esperanzas de que Robie sea profesor numerario en el caso de que no acepte trabajar con la Inteligencia Central, como me han llegado noticias que va a hacer»^[20]. Cord Meyer le había ofrecido personalmente un empleo a Macauley en la División de Organizaciones Internacionales. Después de pensarse la oferta durante el verano, Macauley aceptó. «Cord le reclutó como agente a las órdenes de Josselson porque pensaba que podría hablar el idioma apropiado», diría Lee Williams^[21].

El segundo muchacho de Ransom lo consiguió Meyer cuando reclutó a John Jack Thompson, que, en 1956, sería nombrado director ejecutivo de la Fundación Farfield, puesto en el que permaneció, con contrato de la CIA, durante más de una década. Después de salir de Kenyon, Thompson había escrito una serie de artículos de corte académico y se ganó un apreciable grado de influencia entre los literatos de Nueva York. «Fue uno de los elegidos por John Crowe Ransom y el Grupo Fugitivos, y luego por Lionel y Diana Trilling, en Nueva York, donde Thompson era profesor de lengua en la Universidad de Columbia», recordaba su íntimo amigo, Jason Epstein. «A los Trilling, que eran increíblemente esnobs, les obsesionaban Thompson y su mujer. Así pues, Trilling propuso a Jack como director de la Fundación Farfield, probablemente, porque él [Trilling] esperaba obtener

dinero de esa fuente para el Comité Americano por la Libertad Cultural^[22]». En esa época, todo ello le pareció estupendamente a Thompson. «El KGB estaba gastando millones —dijo— pero nosotros también teníamos amigos. Sabíamos quién lo merecía y quién no; sabíamos qué era lo mejor, e intentábamos evitar la habitual mierda democrática de que los fondos fuesen a parar a un judío, a un negro, a una mujer y a un sureño. Queríamos llegar hasta nuestros amigos, y ayudarles, a la gente que pensaba como nosotros, y estábamos intentando hacer cosas buenas^[23]». A pesar de su larga colaboración con la CIA, si miramos el nombre de Thompson en el Directorio de Profesores Americanos, en el apartado «Política», dice «radical».

Al igual que Thompson y Macauley, otro miembro del grupo de la Douglass House también sería considerado como un «activo» por Cord Meyer, pero con un resultado desastroso, aunque tristemente cómico. Para Ransom era «más que un estudiante, es para mí como un hijo». Se llamaba Robert Lowell.

Procedente de menos prestigiosas aulas de un pequeño colegio experimental para niños de Saint Louis, Missouri, Cord Meyer añadió a su lista de nuevos reclutas al joven novelista John Hunt. Nacido en Muskogee, Oklahoma, en 1925, Hunt había estudiado en el Colegio Lawrenceville de Nueva Jersey y al acabar se enroló en la Infantería de Marina, en 1943. Desmovilizado en 1946 con el rango de teniente segundo, entró en Harvard con una beca ese mismo año. Allí dirigió *Student Progressive*, la publicación de la Unión Liberal de Harvard. En 1948 acabó la carrera con especialidad principal en literatura inglesa y optativa en griego, se casó nada más terminar y se trasladó a París, donde comenzó a escribir narrativa; asistió como alumno a la Sorbona donde se sintió encandilado y fascinado por la idea del americano en París, al estilo de Hemingway. Tras el nacimiento de una hija, en julio de 1949, volvió a los Estados Unidos y entró en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa, donde también dio clases en el departamento de lenguas clásicas. Allí conoció a Robie Macauley. En 1951, Hunt entró como profesor en el Thomas Jefferson School de Saint Louis donde permaneció hasta junio de 1955, momento en el que la novela que había empezado en París, *Generations of Men*, fue

aceptada para su publicación por Atlantic, Little Brown. Fue en esta época, aproximadamente, cuando Meyer reclutó a Hunt como agente especial para el Congreso por la Libertad Cultural.

La enorme presión a la que le sometía su trabajo y su propio carácter, excitable y nervioso, empezaron a pasar factura a la salud de Michael Josselson y, en octubre de 1955, a los cuarenta y siete años, sufrió su primer ataque de corazón. Así pues, Meyer decidió enviar al segundo teniente John Hunt, para aliviarle de su carga. Se produjo una peculiar pantomima en la que John Hunt fue entrevistado formalmente por Josselson, a quien ya se le había proporcionado un currículum y una lista de deslumbrantes referencias. Jolm Farrar, de Farrar Straus, recomendaba a Hunt por su «capacidad de decisión, su mente minuciosa y un notable compromiso por las cosas en las que todos creemos». Timothy Foote, director adjunto de *Time-Life* en París, tenía fe en que sería «tremendamente útil en cualquier empresa», añadiendo que «es convencido creyente en las responsabilidades americanas en el extranjero, pero no piensa que los Estados Unidos deban pedir perdón por sus acciones o su influencia en el exterior»^[24]. Después de ser entrevistado por Josselson en febrero de 1956, Hunt, poco después, fue nombrado oficialmente miembro del Secretariado del Congreso. Hay que suponer que el historial y las cartas de recomendación formaban parte de la fachada preparada para Hunt, algo que convenía tener en los archivos para dar la apariencia de que su nombramiento había sido totalmente limpio.

Para Hunt, el Congreso fue, como el mar para Melville, «mi Yale y mi Harvard». Aunque no podía esperar llegar a tener la autoridad ganada a pulso por Josselson tras años de diligente y escrupulosa gestión, tanto de los dólares como de los caracteres de la gente con la que trabajaba, el Congreso salió ganando con la inyección de sangre nueva. La llegada de los reclutas de Meyer señaló una nueva era en la relación del Congreso con la CIA. Terminó con la sequía de buenos agentes, proporcionando a Josselson ayudantes intelectualmente compatibles con las exigencias del Congreso. En particular, Josselson y Macauley se llevaban especialmente bien. Hacían excursiones en coche con sus mujeres, y a veces se les unía Hunt y su esposa. Aparecen en las fotografías morenos y relajados. Macauley y Hunt parecen los arquetípicos americanos de los años cincuenta, con los cabellos

rapados, pantalones de algodón y gafas de sol de montura negra. De vuelta en el trabajo, a menudo se reían a costa de la Agencia. Cuando Scott Charles, un agente de la CIA recién llegado, les contó que iba a la oficina por rutas diferentes cada día, para que no le siguieran, Josselson, Macauley y Hunt casi se murieron de risa.

«Robie Macauley no pensaba como ellos [la CIA] ni actuaba como ellos. No era cínico ni tampoco el típico gustavín sabelotodo», dijo Diana Josselson, que había sido amiga de Macauley desde 1941. «Sólo había una cosa que le enfrentaba con Michael, y era que no contestaba cuando Michaelle preguntaba o le explicaba enfadado alguna cosa. Michael se iba enojando cada vez más, se enfurecía, lo repetía, y Robie se quedaba sentadito sin decir nada. Una vez le dije que no era forma de lidiar con Michael, que debería decir algo y no sólo dejar que Michael se fuese caldeando cada vez más^[25]».

El dinamismo reclutador de Meyer demostró un fuerte compromiso hacia el Congreso, pero también habría de tener su lado amargo. La llegada de Warren Manshel, en 1954, por ejemplo, le molestó a Josselson, que creía que la presencia de la Agencia en el «aparato» del Congreso, se estaba convirtiendo en algo desproporcionado. Manshel, dijo Diana Josselson, «fue enviado por la CIA para hacer un informe sobre el Congreso. Se lo encasquetaron a Michael, que le tuvo que encontrar algún tipo de tapadera. Formaba parte de una serie de relaciones aparte de su personal más próximo, y Michael no tenía más que apechugar»^[26]. También tuvo que aguantar a Scott Charles, asignado a la oficina de París como auditor. «La verdad es que me gustaba —manifestó Diana—. Más tarde, después de morir Michael, preparé la edición de su guía sobre Ginebra^[27]».

Hacia mediados de los cincuenta, la principal lealtad de Josselson era para con el Congreso, cuyas necesidades juzgaba instintivamente como más importantes que las de la CIA. Creía que el Congreso sólo necesitaba a la Agencia desde el punto de vista financiero (Cord Meyer vigilaba de cerca sus dólares, colocando a Ken Donaldson, contable de la CIA, en el Congreso, como «interventor general», con base en Londres). Josselson había intentado, incluso, liberar al Congreso de su dependencia económica de la Agencia, mediante un acercamiento a la Fundación Ford. Como la

Ford ya había apoyado al Congreso por un monto de varios millones de dólares, a mediados de los cincuenta, no parecía descabellado pensar que podría asumir toda la carga financiera. Pero la Agencia se negó a abandonar el control del Congreso y las conversaciones de Josselson con la Fundación Ford estuvieron condenadas al fracaso desde un inicio.

Lejos de disminuir, la presencia de la CIA en la vida cultural de aquel momento aumentó. Desde Nueva York, Lawrence de Neufville escribió a Josselson varias cartas con ideas para ser debatidas en *Encounter*, entre ellas un artículo sobre el tema de «la conciencia de lo individual contra las exigencias de la jerarquía», que Josselson se apresuró a recomendar a Spender y a Kristol. Probablemente no sabían del especial interés que para Josselson tenían los vericuetos de ese tema. Otros hombres de la Agencia no se pudieron resistir a la tentación de la escritura. Jack Thompson siguió escribiendo para revistas académicas como *Hudson Review*, y en 1961 publicó *The Founding of English Metre*, un brillante estudio sobre la poesía inglesa. Robie Macauley escribió para *Kenyon Review*, *The New Republic*, *The Irish University Review*, *Partisan Review*, y para *New York Times Book Review*. Durante su permanencia en la CIA, siguió escribiendo narrativa, como por ejemplo, *The Disguises of Love* (1954) y *The End of Pity and Other Stories* (1958).

La editorial londinense Hodder and Stoughton publicó un libro sobre Afganistán, de Edward S. Hunter, otro agente de la CIA. que, como tapadera, era escritor independiente y viajó por Asia Central durante años. Frederick Praeger, que había trabajado en la Alemania de posguerra escribiendo propaganda para el gobierno militar americano, publicó entre veinte y veinticinco volúmenes en los que participó la CIA, en la redacción, en la publicación o en la distribución. Praeger manifestó que o bien le reembolsaban directamente los gastos de publicación, o le garantizaban, habitualmente a través de una fundación, la compra de ejemplares suficientes como para que la edición resultase rentable.

«Los libros son diferentes a todos los demás medios de propaganda — escribió uno de los jefes del Equipo de Acciones Encubiertas de la CIA—. fundamentalmente porque un solo libro puede cambiar de manera significativa las ideas y la actitud del lector hasta un grado que no se puede

comparar con el efecto de los demás medios [por lo que] la publicación de libros es el arma de propaganda estratégica (de largo alcance) más importante^[28]». El programa clandestino de publicación de libros de la CIA funcionaba, según la misma fuente, teniendo en mente los siguientes objetivos: «hacer que se publiquen o distribuyan libros en el extranjero sin que aparezca la influencia de los EE UU, subvencionando de forma encubierta a las publicaciones extranjeras o a los libreros. Hacer que se publiquen libros que no estén “contaminados” por ninguna vinculación pública con el gobierno de los EE UU, especialmente si la situación del autor es “delicada”. Hacer que se publiquen libros por razones operativas, independientemente de su viabilidad comercial. Iniciar y subvencionar a organizaciones nacionales de otros países o a organizaciones internacionales en la publicación de libros o en la distribución. Favorecer que autores extranjeros escriban libros importantes desde el punto de vista político, directamente, o subvencionando al autor, siempre que sea posible una relación encubierta con él, o indirectamente, a través de agentes literarios o editoriales»^[29].

El *New York Times* publicó en 1977 que la CIA había participado en la publicación de, al menos, mil libros^[30]. La Agencia no ha hecho pública la lista de sus publicaciones, pero se sabe que entre los libros en que participó estuvieron *El libro blanco de la revolución húngara* de Lasky, traducciones de *La tierra baldía* y *Cuatro cuartetos*, de T. S. Eliot, y, naturalmente, los libros publicados por el Congreso por la Libertad Cultural o sus afiliados, como, por ejemplo, antologías poéticas como *Le passé présent: Combats d'idées de Calvin a Rousseau*, de Herbert Lüthy; *Half-Way to the Moon: New Writing from Russia* (1964, libro de *Encounter*), de Patricia Blake; *Literature and Revolution in Soviet Russia*, editado por Max Hayward y Leopold Labedz (Oxford University Press, 1963); *History and Hope: Progress in Freedom*, de Kot Jelenski; *El arte de prever el futuro*, *The hundred flowers*, de Bertrand de Jouvenel, editado por Roderick MacFarquhar; *Befare My Time*, novela autobiográfica de Nicolo Tucci; *The Italians*, de Berzini; *Doctor Zhivago*, de Pasternak; y nuevas ediciones de *El príncipe*, de Maquiavelo. Bajo el sello de la Chekhov Publishing

Company, se tradujeron y distribuyeron ampliamente las obras de Chéjov. Esta editorial estaba subvencionada secretamente por la CIA.

Además de John Hunt, cuya primera vocación había sido la de escritor, la Agencia contó con otros novelistas en activo. En París, Peter Matthiessen, antiguo alumno de Yale, que luego publicaría la conocida obra *El leopardo de las nieves*, fue uno de los fundadores de *Paris Review*, para la que también escribió artículos. Mientras trabajaba para la CIA, escribió la novela *Partisans*. Otro de los reclutados por Cord Meyer fue Charles McCarry, al que luego se le consideraría la respuesta estadounidense a John Le Carré. También estaba James Michener, cuya larga carrera escribiendo grandes éxitos editoriales con títulos tan modestos como *Polonia*, *Alaska*, *Texas*, *Espacio*, también fue apoyada por la Agencia. A mediados de los cincuenta, Michener utilizó su carrera de escritor como tapadera de su trabajo en la eliminación de radicales que se habían infiltrado en una de las operaciones de la CIA en Asia. Con este propósito, fue colocado en la Asia Foundation, de la CIA. Luego diría que «un escritor jamás debe ser agente secreto por nada o para nadie».

No nos podemos olvidar de Howard Hunt, autor de novelas como *East of Farewell*, *Limit of Darkness*, y *Stranger in Town* (que le hizo ganar una beca Guggenheim). Mientras trabajaba para la OPC de Wisner, se contrató a Howard Hunt para escribir varias novelas para la Fawcett Publishing Corporation, en su colección Gold Medal. En México, fue responsable del libro *Vida y muerte en la URSS*, del Campesino, escritor intelectual marxista, y que fue una las primeras revelaciones del terror estalinista. El libro fue ampliamente traducido y distribuido con la ayuda de la CIA. También asignó al agente William Buckley para que ayudase a otro intelectual, el marxista chileno Eudocio Ravines, a terminar su igualmente influyente libro, *The Yenan Way*.

A finales de 1961, Howard Hunt entró en la División de Operaciones Nacionales^[*], recientemente creada por Tracy Barnes. Barnes, que fue subdirector del Consejo de Estrategia Psicológica, era firme defensor del uso de la literatura como arma anticomunista, y luchó denodadamente para fortalecer el programa de publicaciones de la CIA. «La nueva división aceptó el personal y los proyectos que no querían en otros departamentos de

la CIA —escribiría más tarde Howard Hunt— y los proyectos clandestinos que llegaban hasta mí casi siempre estaban relacionados con libros o revistas. Subvencionamos libros “significativos” como por ejemplo, *La nueva clase*, de Milovan Djilas (estudio muy documentado sobre las oligarquías comunistas), uno de una serie de títulos editados por Frederick A. Prager Tnc. a los que se apoyaba de esta forma»^[31].

«Con distintos pseudónimos participé en unas cuantas novelas favorables a la CIA... además de supervisar algunas obras de tipo erudito, por no hablar de algún ocasional artículo de revista sobre lo terrible de la amenaza comunista», dice Harry Hubbard, uno de los personajes de *El fantasma de Harlot*, de Mailer. Hasta las guías de viaje contenían materiales de la CIA, varios de los cuales pululaban por Europa bajo la tapadera de las famosas guías Fodor. Eugene Fodor, ex teniente de la OSS, defendió después esta práctica, diciendo que los colaboradores de la CIA «eran todos muy profesionales, muy capacitados. Nunca dejábamos que la política apareciese en los libros»^[32]. Lyman Kirkpatrick, adjunto ejecutivo al director de la CIA, colaboró escribiendo el artículo «Armies of the World», en todas las ediciones de la *Encyclopaedia Britannica*, propiedad de William Benton, antiguo subsecretario de Estado para Asuntos Públicos. A veces, las críticas de libros del *New York Times* o en otros respetados periódicos, estaban escritos por escritores contratados por la CIA. El agente de la CIA, George Carver, firmó artículos con su auténtico nombre en *Foreign Affairs* (aunque no mencionaba quién le contrataba). En Inglaterra, Monty Woodhouse escribió artículos para *Encounter* y para el *Times Literary Supplement*.

El fenómeno del escritor espía o del espía escritor, no era nuevo. Somerset Maugham utilizó su profesión literaria como tapadera para las misiones del servicio secreto británico durante la Primera Guerra Mundial. Su colección de relatos autobiográficos, *El agente secreto*, fue un manual para los oficiales de inteligencia. Compton Mackenzie trabajó para el MI5 en los años treinta, y luego sería acusado por el gobierno de Su Majestad británica por revelar los nombres del personal del SIS, en su libro *Aegean Memories*. Graham Green obtuvo gran cantidad de información para sus novelas de su experiencia como agente secreto del MI5 durante —y según

se dice, después— de la Segunda Guerra Mundial. Es famoso su comentario sobre el MI5 diciendo que era «la mejor agencia de viajes del mundo».

«Los intelectuales, o un cierto tipo de intelectuales, siempre han sentido un cierto apego romántico hacia los servicios de inteligencia —observó Carol Brightman—. Entrar en los servicios de inteligencia es como una experiencia de iniciación a la edad adulta, especialmente en ciertas universidades como Yale^[33]». Para el novelista Richard Elman (no debe confundirse con el biógrafo de Joyce, Richard Ellmann), también existía una preocupación estética común: «Vale la pena considerar lo que esta gente tenía en común. Todos eran cristianos, en una manera no sectaria, a lo T. S. Eliot. Creían en una autoridad superior, una verdad superior que autorizaba su cruzada anticomunista y antiathea. T. S. Eliot, Pound, y otros escritores modernos sintonizaban con sus sensibilidades elitistas. La CIA, incluso encargó una traducción de *Cuatro cuartetos*, de Eliot y luego dejó caer ejemplares sobre Rusia desde el aire. Eran hombres, como Shaw y Wells, que no veían con buenos ojos el “siglo del hombre corriente” del eslogan socialista; eran partidarios del Hombre No Corriente y de la Cultura con mayúsculas. Por esa razón no estaban invirtiendo dinero en cultura a tontas y a locas^[34]».

Allen Ginsberg incluso imaginó que T. S. Eliot formaba parte de una conspiración organizada por su amigo James Jesus Angleton. En un ensayo breve de 1978 de título «T. S. Eliot Entered My Dreams»^[*], Ginsberg escribió que «en la popa de un buque con destino a Europa, Eliot estaba echado con otros pasajeros en las sillas de cubierta, detrás cielo azul con nubes, suelo de hierro bajo nuestros pies. “Y usted —dije—, ¿qué opinión le mereció el dominio de la poesía por parte de la CIA? Después de todo, ¿no era Angleton amigo suyo? ¿No le contó su plan para revitalizar la estructura intelectual contra los estalinistas, por llamarlos de algún modo?”. Eliot escuchó con atención. —Me sorprendió que no se alterara—. “Bueno, hay todo tipo de individuos disputándose el dominio, político y literario... sus gurúes, por ejemplo, y los teósofos, y los espiritistas y los dialécticos, los adivinos y los ideólogos. Supongo que fue uno de ellos, durante mi madurez. Pero sí que sé de las conspiraciones literarias de Angleton; pensaban que eran mezquinas —bienintencionadas pero sin importancia

para la literatura”. “Yo creí que sí tuvieron cierta importancia —dije yo— ya que en secreto alimentó la carrera de demasiados intelectuales honrados, proveyó sustento a pensadores de la Academia que influyeron en el nivel intelectual de Occidente... Después de todo, el tono intelectual debería ser revolucionario, o, al menos, radical, buscando las raíces de la enfermedad y de la mecanización y del dominio por parte de un monopolio antinatural... Y el gobierno, por medio de fundaciones, estaba apoyando todo un campo de “eruditos de guerra”... La subvención de revistas como *Encounter*; para la que el estilo de Eliot era el no va más de la perfección y de la calidad... no fue capaz de crear una cultura alternativa, libre, vital, descentralizada e individualista. En su lugar, lo que consiguió fue lo peor del capitalismo imperialista”»^[35].

La defensa de la «alta» cultura organizada por gente como Angleton se realizaba de forma automática. «Nunca se nos hubiera ocurrido denunciar a nada ni a nadie de “elitista”», manifestó Irving Kristol en una ocasión. «Nosotros éramos la elite —los “afortunados” que habían sido elegidos por la Historia para guiar a nuestros semejantes hacia la redención cultural^[36]». Educados en la cultura contemporánea, estos elitistas adoraban a Eliot, Yeats, Joyce y Proust. Consideraban que su misión era «no dar al público lo que quiere, o lo que cree que quiere sino lo que le convenía, a través de los más inteligentes de sus miembros»^[37]. Dicho de otra forma, la alta cultura no sólo era importante como línea de defensa anticomunista, sino también era el bastión contra una sociedad de masas homogeneizada, contra lo que Dwight Macdonald calificaba con horror de «el lodo de la cultura de masas, que todo lo inunda»^[38].

Es difícil pasar por alto la paradoja de una defensa de la democracia organizada por patricios que en lo fundamental desconfiaban de ella. Eran modernos aterrorizados de la modernidad y de su avance teñido de sangre, situándose a sí mismos como una elite de príncipes que defienden el pasado contra la barbarie. En un discurso de despedida pronunciado en el Kenyon College, en 1940, Robert Lowell le había dado voz a los temores más oscuros de esta aristocracia: «Pues todos ustedes saben que cuando los ignorantes y los bárbaros se dispongan a desmembrar la civilización llegarán hasta los palacios de oro del saber, llegarán por fin a Milton,

Groton, san Pablo y san Marcos y allí, los estudiantes que no sean ni competentes ni humanos ni cultos harán lo que aquéllos están haciendo. Y los indignados bárbaros e ignorantes sacarán a estos pobres zánganos de su panal y no habrá viejos miembros a los que trasfundir la nueva sangre, y el mundo volverá a sus incesantes ciclos de retroceso, avance y repetición^[39]».

Decididos a apuntalar sus defensas contra la inminente ruina del imperio a manos de los bárbaros, en 1949, el consejo asesor del Premio Bollingen de Poesía había decidido conceder el galardón a Ezra Pound por sus *Cantos pisanos*. Se cuenta una anécdota según la cual un día, Paul Mellon, generoso filántropo, se quejó a Allen Tate y a John Crowe Ransom sobre la cantidad de escritores de izquierda. El propio Mellon era un vanguardista en cuanto a sus gustos artísticos, pero era conservador en política, lo que parece una condición *sine qua non* de los mecenas de la guerra fría. Tate le replicó más o menos que los escritores siempre necesitaban dinero, para lo cual Mellon debería estudiar la posibilidad de convocar becas, premios o cualquier otra cosa que hiciese más felices a los galardonados y menos proclives a la revolución. Fue así como Mellon creó los premios Bollingen-Mellon, dotados con 20.000 dólares cada uno.

«¿Por qué propusieron a Pound?», preguntó Richard Elman. «Porque representaba el no va más en la cultura elitista que intentaban preservar y promover^[40]». El premio desató una gran polémica, principalmente porque Pound, en esa época, estaba internado en una institución para delincuentes psicóticos, el único ciudadano estadounidense acusado de traición durante la Segunda Guerra Mundial. Sus emisiones radiofónicas para el Minculpop de Mussolini incluyeron ataques contra «Mr. Jewsvelt»^[*], «Franklin Finkelstein Roosevelt», «Stinkie Roosenstein»^[**] y «judiazos, marranos y gente poco de fiar»^[***]. Afirmaba que *Mein Kampf* era «historia minuciosamente analizada», y a su autor lo calificaba de «santo y mártir», en la tradición de Juana de Arco. Los Estados Unidos «habían sido invadidos por los gusanos». Karl Shapiro, director de la revista *Poetry*, escribió que él fue «el único que disintió en la concesión del Premio Bollingen a Pound, excepto Paul Oreen, que se abstuvo. Eliot, Auden, Tate, Lowell, todos votaron por Pound. Atajo de fascistas». Cuando William

Barrett criticó la decisión del jurado, Allen Tate le desafió a duelo. La decisión de otorgar el premio a Pound reavivó todas las disputas entre arte y política vigentes desde los años treinta, y parecía confirmar lo que temían muchas personas de la izquierda: que existía, entre los que se llamaban a sí mismos liberales, una propensión a olvidar, o al menos, pasar por alto, los compromisos históricos que habían obligado a muchos artistas (muchos de los cuales estaban entonces cómodamente instalados en Estados Unidos) a utilizar su talento creativo para adular al fascismo. En una época en que el arte y los artistas estaban tan politizados, parecía insuficiente afirmar, como hizo el jurado del Bollingen, que «permitir que otras consideraciones distintas del valor poético cambiase la decisión, destruiría la importancia del premio y, en principio, negaría la validez de la percepción objetiva de los valores en los que se ha de fundamentar la sociedad civilizada»^[41]. ¿Cómo podía ser el arte autónomo, por un lado, y, cuando conviniese, estar al servicio de la política?

Garabatos yanquis (*Yanqui Doodles*)

¡Pinto mejor que nadie!

JACKSON POLLOCK, en el sueño de De Kooning.

Durante su presidencia, a Harry Truman le gustaba levantarse temprano y dirigirse a la National Gallery. Llegaba antes que la ciudad se hubiese despertado. En silencio, hacía un gesto con la cabeza al vigilante, cuya misión especial consistía en abrir la puerta para el paseo matinal del presidente por el museo. Truman disfrutaba con estas visitas, y las menciona en su diario. En 1948, después de ver diversos Holbeins y Rembrandts, anota la siguiente observación: «Es un placer contemplar la perfección y luego pensar en los vagos y chiflados modernos. Es como comparar a Cristo con Lenin». Públicamente también hacía juicios parecidos, afirmando que los maestros holandeses «hacen parecer a nuestros modernos embadurnadores y desertores de la brocha gorda lo que son en realidad». En su desprecio hacia el arte moderno, Truman expresaba una opinión común a muchos norteamericanos que vinculaban el arte experimental, sobre todo el abstracto, con impulsos degenerados y subversivos. Los representantes de la vanguardia europea que habían huido del yugo nazi vieron, para su sorpresa, que en Estados Unidos también el arte moderno era vilipendiado. Por supuesto, esto era coherente con el fundamentalismo cultural de personajes como McCarthy, y formaba parte del confuso proceso por el cual los Estados Unidos, a la vez que defendían la libertad de expresión en el exterior, parecían lamentar tales libertades en

casa. En el Congreso se produjo un asalto en toda regla dirigido por un republicano de Missouri, George Dondero, que declaró que el arte moderno formaba parte, sencillamente, de una conspiración mundial para debilitar la moral americana. «Todo el arte moderno es comunistoide», afirmó, antes de pasar a una delirante pero poética exégesis de sus diferentes manifestaciones: «El cubismo pretende destruir mediante el desorden calculado. El futurismo pretende destruir mediante el mito de la máquina... El dadaísmo pretende destruir mediante el ridículo. El expresionismo pretende destruir remedando lo primitivo y lo psicótico. El arte abstracto pretende destruir por medio de la confusión de la mente... El surrealismo pretende destruir por negación de la razón^[1]».

Las neuróticas afirmaciones de Dondero tuvieron eco en una serie de figuras públicas del mundo cultural, cuyas estridentes denuncias inundaron el espacio del Congreso y de la prensa conservadora. Sus ataques culminaron en afirmaciones del tipo «los artistas ultramodernos son utilizados, sin saberlo, como armas del Kremlin», y la aseveración de que, en ciertos casos, las pinturas abstractas eran en realidad mapas secretos que señalaban las defensas estratégicas de los Estados Unidos^[2]. «El arte moderno es en realidad un medio de espionaje —dijo uno de los opositores—. Si se conoce la forma de interpretarlos, los cuadros modernos revelarán los puntos débiles de las defensas norteamericanas, y otras construcciones fundamentales como la presa Boulder».

No venían tiempos propicios para el arte moderno. Los más vulnerables a los ataques de los partidarios de Dondero fueron un grupo de artistas que surgieron a finales de los años cuarenta, con la denominación de expresionistas abstractos. En realidad, no constituían ningún grupo —«es un desastre que nos pongamos un nombre», observó De Kooning en una ocasión— siendo un grupo dispar de pintores vinculados más por su gusto por la experimentación artística que por ningún denominador común de tipo estético formal. Sin embargo sí estaban relacionados por un pasado similar: la mayoría de ellos habían trabajado para el Proyecto Federal de las Artes^[*] durante el *New Deal* de Roosevelt, creando arte subvencionado para el Estado y participando en movimientos políticos de izquierda. Uno de los más destacados fue Jackson Pollock, que, en los años treinta, había estado

relacionado con el taller del muralista mexicano, David Alfaro Siqueiros, de marcado matiz comunista. Adolph Gottlieb, William Bazotes y otros expresionistas abstractos habían sido militantes comunistas. El hecho de que en su caso fuese más una «afiliación inconsciente con la “izquierda”», que algo más profundo, no importaba a Dondero y sus aliados, que, no capaces o no dispuestos a diferenciar entre la biografía y las obras, echaban en un mismo saco el expediente político del artista con su expresión estética, condenándolos a ambos^[3].

Allí donde Dondero veía evidencia de conspiración comunista en el expresionismo abstracto, la elite cultural estadounidense detectó una virtud opuesta: para ellos, expresaba una ideología específicamente anticomunista, la ideología de la libertad, de la libre empresa. Al no ser figurativo ni poder expresarse políticamente, era la verdadera antítesis del realismo socialista. Era precisamente el tipo de arte con el que los soviéticos disfrutaban odiándolo. Pero era más que esto. Era, afirmaban sus apologetas, una aportación específicamente *estadounidense* al arte moderno. En fecha tan temprana como 1946, los críticos ya estaban aplaudiendo el nuevo arte por ser «expresión auténtica, independiente y autóctona de la voluntad, el espíritu y el carácter nacionales. Parece que en cuanto a carácter estético, el arte de Estados Unidos ha dejado de ser un lugar donde se acumulan las influencias europeas, que no es una mera amalgama de “ismos” foráneos, reunidos, compilados y asimilados con mayor o menor sapiencia»^[4].

El principal representante de este nuevo descubrimiento nacional era Jackson Pollock. «Él era el gran pintor americano —dijo Budd Hopkins, otro artista—. Esa persona, ese arquetipo, tendría que ser un verdadero americano, no un europeo transplantado. Y debería tener las virtudes viriles del hombre americano —debería ser un americano pendenciero, mejor, de pocas palabras, y si es un *cowboy*, mejor que mejor—. Ciertamente no debería ser del Este, ni nadie que hubiese estudiado en Harvard. No debería estar influido por los europeos en el mismo grado en que esté influido por los nuestros, los indios mexicanos y estadounidenses, etc. Debe surgir de nuestro propio suelo, no de Picasso ni de Matisse. Además se le debe permitir el gran vicio americano, el vicio de Hemingway: ser un borracho^[5]».

Pollock reunía todas las condiciones. Nacido en un rancho de ovejas de Cody, Wyoming, entró en el panorama neoyorquino como un vaquero —hablando a voz en grito, bebiendo como un cosaco, abriéndose paso a balazos desde el salvaje Oeste—. Por supuesto, éste era un pasado mítico. Pollock jamás había montado a caballo, y había salido de Wyoming cuando era pequeño. Pero la imagen era tan conveniente, *tan americana*, que todos creyeron en ella. En una ocasión, Willem de Kooning contó que había soñado que Pollock entraba en un bar abriendo de un golpe la puerta, como un vaquero del cine y gritando: «¡Pinto mejor que nadie!». Tenía la energía de Marlon Brando, la inquietante rebeldía de James Dean. Junto a Matisse —por entonces, apenas capaz de levantar un pincel, figura decorativa e impotente de un arte moderno europeo entrado en años—, Pollock era la encarnación de la virilidad. Desarrolló una técnica conocida como *action painting*, que consistía en poner un lienzo inmenso en el suelo —preferiblemente al aire libre— y hacer gotear pintura por toda su superficie. En su aleatoria maraña de líneas que se abrían paso por el lienzo y por los bordes, parecía estar inmerso en el redescubrimiento de América. Extático, libre, avivado por el alcohol, el arte moderno en las manos de Pollock era una especie de *delirium tremens*. Aunque un crítico lo calificó como «Picasso derretido», otros se aprestaron a felicitarlo como «triunfo de la pintura americana», que expresaba la realidad de los Estados Unidos: vigorosos, enérgicos, libres, grandes. Se consideraba que representaba el gran mito americano del personaje solitario, del individuo intrépido, una tradición que Hollywood consagró en películas como *Juan Nadie* y, después, *Doce hombres sin piedad* (en una ocasión, los expresionistas abstractos se denominaron a sí mismos como «los Irascibles»).

En 1948, el crítico de arte Clement Greenberg, camorrista, bebedor, autodestructivo, defendía con todas sus fuerzas la nueva estética: «Cuando vemos... cuánto se ha elevado el nivel del arte americano en los últimos cinco años, con el surgimiento de nuevos talentos llenos de energía y satisfacción como Arshile Gorky, Jackson Pollock, David Smith... se nos impone la conclusión, para nuestra propia sorpresa, de que las premisas fundamentales del arte occidental por fin han emigrado a los Estados Unidos, a la vez que el centro de gravedad de la producción industrial y del

poder político^[6]». Los Estados Unidos, en otras palabras, ya no era el lugar del que los artistas «tenían que escapar, para madurar en Europa»^[7]. Jason Epstein, comentando esta afirmación, pero no estando de acuerdo con ella, dijo: «Estados Unidos —y especialmente Nueva York— se han convertido en el centro del mundo, política y económicamente y, por supuesto, también se han convertido en el centro cultural. ¿Qué podría hacer una gran potencia sin un arte apropiado? No se puede ser una gran potencia si no se tiene un arte que vaya con ese estatus, como Venecia sin un Tintoretto o Florencia sin un Giotto»^[8]. La idea de que el expresionismo abstracto podía llegar a ser un vehículo de las nuevas responsabilidades imperiales, comenzó a tomar cuerpo. Pero su surgimiento, en una época de tanto odio político y moral representaba para sus futuros promotores un importante dilema.

A pesar del evidente despropósito de las protestas de Dondero, a finales de los años cuarenta, había conseguido abortar sucesivos intentos por parte del Departamento de Estado para desplegar el arte americano como arma de propaganda. Este grupo de indocumentados se apuntaron una precoz victoria en 1947, cuando obligaron a retirar una exposición del Departamento de Estado con el título «Advancing American Art»^[*], una selección de 79 obras «progresistas» entre las que se encontraban las de Georgia O'Keeffe, Adolph Gottlieb y Arshile Gorky, y que tenía previsto exhibirse también en Europa y América Latina. La muestra llegó hasta París, desde donde pasó a Praga, donde tuvo tanto éxito que los rusos se aprestaron a enviar una exposición que le hiciera sombra. La razón oficial para esta empresa era «hacer desaparecer del público extranjero la idea del carácter académico o imitativo del arte contemporáneo americano»^[9]. «En esta ocasión no estamos exportando ni *brandy* nacional en botellas que parecen de *cognac* auténtico, ni zumo de uvas disfrazado de vino añejo, sino auténtico *bourbon*, envejecido en barricas, que se puede calificar con justicia como el vino de nuestro país»^[10], se deshacía un crítico en elogios.

Lejos de promover la causa del arte americano, la exposición supuso su ignominiosa retirada. Encontró una enérgica oposición en el Congreso, donde fue denunciada por subversiva y «antiamericana». Uno de los oradores detectó un malicioso intento de «decirle a los extranjeros que el pueblo americano está desmoralizado, roto o en una situación lamentable:

profundamente insatisfecho con su suerte y deseoso de un cambio de gobierno. Los comunistas y sus compañeros de viaje del *New Deal* han elegido al arte como uno de sus principales vehículos de propaganda»^[11]. «Soy sólo un ciudadano bobo que paga impuestos por esta clase de basura», gritó otro, magnífico antecesor de Jesse Helms^[*]. «Si hay una sola persona en este Congreso que piense que este tipo de chorradas... hace que se entienda mejor el estilo de vida americano, deberíamos enviarlo al mismo manicomio de donde han salido todos los que han inventado esto»^[12]. La exposición fue cancelada y los cuadros fueron saldados con un 95 por ciento de descuento como materiales excedentes del Estado. En respuesta a la acusación de que muchos de los artistas representados en la muestra habían tenido escarceos con la izquierda (por entonces condición *sine qua non* de todo vanguardista que se preciase), el Departamento de Estado publicó una cobarde instrucción en la que ordenaba, que en el futuro no se podrían exponer a costa del Estado obras de artistas estadounidenses que hubiesen tenido vinculación con los comunistas o con sus compañeros de viaje. Es así como «el concepto del arte de vanguardia como antiamericano pasó a formar parte de la política oficial»^[13].

En la imaginación de la elite cultural se fue formando una terrible visión en la que los bárbaros se encontraban en las puertas del palacio del Gran Arte. Dwight Macdonald denunció estos ataques, calificándolos de *Kulturbolschewismus*, y afirmó que mientras se proponían en nombre de la democracia americana, en realidad eran análogos a los ataques totalitarios contra las artes. Los soviéticos —y gran parte de Europa— estaban diciendo que los Estados Unidos eran un desierto cultural, y la actitud de los congresistas estadounidenses parecía confirmarlo. Deseoso de mostrar al mundo que éste era un arte acorde con la grandeza y libertad de los Estados Unidos, los estrategas de la alta política se toparon con que no podían apoyarlo públicamente por la oposición interna. ¿Qué hicieron? Recurrieron a la CIA. Comenzó una batalla para defender los méritos del expresionismo abstracto contra los que intentaban denostarlo.

«El congresista Dondero nos dio muchos quebraderos de cabeza —recordaría luego Braden—. No podía soportar el arte moderno. Pensaba que era una farsa, que era pecaminoso, creía que era feo. ¡Vaya si dio guerra con

la pintura! E hizo muy difícil que el Congreso [el de Libertad Cultural] pudiese continuar con las cosas que queríamos hacer —enviar arte al extranjero, sinfonías [sic], publicar revistas, lo que fuese. Ésa es una de las razones por las que tenía que hacerse de forma encubierta; tenía que hacerse así porque hubiese sido rechazado si se hubiese puesto a votación. Para favorecer la libertad de expresión teníamos que hacer todo en secreto^[14]». De nuevo nos encontramos con esa sublime paradoja de la estrategia americana en la guerra fría cultural: para promover la aceptación del arte producido en (y cacareado como expresión de la) democracia, había que salvar el escollo del propio proceso democrático.

Una vez más, la CIA recurrió al sector privado para conseguir sus objetivos. En los Estados Unidos, la mayoría de museos y colecciones de arte eran —y siguen siendo— privados, tanto en su titularidad como en su financiación. El más importante entre los museos de arte contemporáneo y de vanguardia era el Museo de Arte Moderno (MoMA) de Nueva York. Su presidente durante la mayor parte de los años cuarenta y cincuenta fue Nelson Rockefeller, cuya madre, Abby Aldrich Rockefeller, había sido uno de los fundadores del museo en 1929 (Nelson lo llamaba «el museo de mamá»). Nelson era un decidido defensor del expresionismo abstracto, al que se refería como «pintura de la libre empresa». Con los años, sólo su colección privada llegó a contar con más de 2.500 obras. Miles más cubrían los salones de los edificios pertenecientes al Chase Manhattan Bank, propiedad de los Rockefeller.

Dar apoyo a artistas de izquierda era algo habitual para los Rockefeller. En una ocasión en que se puso en cuestión su decisión de promover al revolucionario mexicano Diego Rivera (que había gritado «¡Muerte a los gringos!» a las puertas de la embajada americana), Abby Aldrich Rockefeller había afirmado que los rojos dejarían de ser rojos «Si valorásemos y reconociésemos sus méritos artísticos». Pronto tendría lugar una exposición monográfica de Rivera, la segunda en la historia del MoMA. En 1933, Nelson Rockefeller había supervisado la realización por parte de Rivera del encargo del mural del recientemente erigido Rockefeller Center. Un día en que contemplaba los trabajos de Rivera, Nelson advirtió que una de las figuras tenía los inconfundibles rasgos de Vladimir Ilich

Lenin. Con la mayor educación, pidió a Rivera que lo eliminara. Rivera, educadamente, se negó. Cumpliendo órdenes de Nelson, rodearon de guardias el mural mientras a Rivera se le entregaba un cheque por el monto total (21.000 dólares), y se le dio una notificación oficial de que su encargo quedaba anulado. En febrero de 1934, el mural, que casi había sido terminado, fue destruido con martillos neumáticos.

Aunque este ejemplo concreto de mecenazgo terminó mal, el principio que lo guiaba no se abandonó. Los principales personajes de las clases dirigentes siguieron creyendo que merecía la pena apoyar a los artistas de izquierdas. En ese proceso, era de esperar que el sentimiento político del artista se acallase con el sonido de las monedas del patrón. En un famoso artículo, titulado «Vanguardia y *kitsch*», Clement Greenberg, el crítico de arte que más hizo por promover al expresionismo abstracto, estableció la racionalidad ideológica para poder aceptar la protección de un mecenas ilustrado. Publicado en *Partisan Review*, en 1939, el artículo aún no ha sido superado en cuanto a su fe en el elitismo y en el concepto antimarxista de la modernidad. La vanguardia, escribió Greenberg, había sido «abandonada por aquellos a los que en realidad pertenece —nuestra clase dirigente—». En Europa, tradicionalmente, el apoyo venía «de la elite de las clases dirigentes... de las cuales [la vanguardia] suponía ser independiente, pero a las cuales siempre siguió vinculada por el cordón umbilical del oro»^[15]. En los Estados Unidos, decía, ha de prevalecer el mismo mecanismo. Aquí encontramos la profunda relación que existía entre el expresionismo abstracto y la guerra fría cultural. Acorde con este principio funcionaba la CIA, junto con sus capitalistas privados.

Tom Braden, en particular, se sentía atraído hacia la propuesta de Greenberg de que los artistas progresistas necesitan una elite que los subvencione —lo mismo que sus antecesores renacentistas—. «He olvidado cuál fue el papa que encargó la capilla Sixtina —dijo—, pero supongo que si se hubiese sometido al voto del pueblo italiano, hubiese habido muchas, muchas respuestas negativas: “Está desnudo”, o “No es así como me imaginaba a Dios”, o cualquier otra cosa. No pienso que hubiese pasado el trámite parlamentario italiano, si es que hubiese existido parlamento en esa época. Hacía falta un papa o alguien con mucho dinero para reconocer el

arte y para apoyarlo. Después de muchos siglos la gente dice: “¡Miren!, la capilla Sixtina, la más bella creación de la Tierra”. Es un problema al que se ha enfrentado la civilización desde el primer artista y el primer multimillonario —o papa— que le apoyó; si no hubiesen existido ni multimillonarios ni papas, no hubiese existido el arte^[16]». El mecenazgo, en los términos de Braden, llevaba consigo la obligación de instruir, educar a la gente para que aceptara no lo que quisiesen o lo que creían querer, sino lo que tenían que querer. «Siempre hay que batallar contra los ignorantes, o para decirlo más educadamente, contra la gente que no entiende^[17]».

«Existe una manera perversa de considerar esta cuestión, que es decir que la CIA se tomaba el arte muy en serio —comentó el crítico de arte, Philip Dodd—. Lo extraordinario sobre los políticos cuando se implican en el arte es que *significa* algo para ellos, tanto si es para los fascistas o los soviéticos o la CIA americana. Siguiendo esta argumentación puede existir un argumento realmente perverso según el cual la CIA fue el mejor crítico de arte en Estados Unidos durante los cincuenta porque comprendieron obras que en realidad les deberían haber resultado antipáticas —realizadas por izquierdistas, procedentes del surrealismo europeo— y comprendieron el poder potencial de ese tipo de arte y se hicieron con él. No podemos decir lo mismo de muchos críticos de arte de la época^[18]».

«En relación con el expresionismo abstracto, me encantaría decir que la CIA lo inventó por completo, sólo para ver lo que pasaría mañana en Nueva York y en el centro de SoHo»^[19], decía medio en broma, medio en serio Donald Jameson, un miembro de la CIA, antes de pasar a una explicación más sencilla de la participación de la CIA. «Nos habíamos dado cuenta de que era el tipo de arte que menos tenía que ver con el realismo socialista, y hacía parecer al realismo socialista aún más amanerado y rígido y limitado de lo que en realidad era. Y esa relación se aprovechó en algunas de las exposiciones. Moscú por aquellos días era muy violenta a la hora de denunciar cualquier cosa que no se adaptase a sus rígidos esquemas. Así pues se podría razonar con razón que todo aquello que criticasen con tanto encono y violencia merecía ser apoyado en una u otra forma. Por supuesto, cuestiones de este tipo sólo se podían hacer a través de las organizaciones o las acciones de la CIA, pero indirectamente, de lejos, para que no fuese

cuestión de tener que negar nuestra relación con Jackson Pollock, por ejemplo, o hacer nada que implicase a esta gente con la organización [de los eventos] —sencillamente se les añadía al final de la lista—. No pienso que hubiese una relación significativa entre nosotros y Robert Motherwell, por ejemplo. Además no podía y no debía haber una relación más próxima porque la mayoría de ellos eran gente que tenía muy poco respeto por el gobierno, y ciertamente, ninguno por la CIA. Si había que utilizar a personas que se consideraban a sí mismos de una u otra forma más próximos a Moscú que a Washington, tanto mejor, quizá^[20]».

Para funcionar a cierta distancia de la CIA, y por lo tanto ofreciendo un disfraz creíble para sus intereses estaba el Museo de Arte Moderno. Si revisamos los comités y consejos del MoMA veremos una verdadera proliferación de vínculos con la Agencia. En primer lugar estaba el propio Nelson Rockefeller, que había dirigido la agencia de inteligencia del gobierno durante la guerra en Latinoamérica, nombrado coordinador de Asuntos Interamericanos (CIAA). Esta agencia, entre otras actividades, patrocinaba exposiciones itinerantes de «pintura americana contemporánea». Diecinueve de estas exposiciones fueron contratadas con el MoMA. Como miembro del Rockefeller Brothers Fund, un gabinete asesor de Nueva York, subcontratado por el gobierno para estudiar cuestiones de relaciones internacionales, Rockefeller tuvo que tratar con algunas de las mentes más influyentes de la época, conforme iban debatiendo las líneas de la política exterior estadounidense. A principios de los años cincuenta, recibió instrucciones sobre actividades encubiertas por parte de Allen Dulles y Tom Braden, quien luego diría «Supuse que Nelson sabía bastante bien lo que estábamos haciendo». Hipótesis lógica, dado que Nelson había sido nombrado asesor especial de Eisenhower sobre estrategia de la guerra fría, en 1954 (en sustitución de C. D. Jackson), y por su presidencia del Grupo de Coordinación de la Planificación^[*] encargado de supervisar todas las decisiones del Consejo de Seguridad Nacional, incluidas las operaciones encubiertas de la CIA.

John *Jock* Hay Whitney era amigo íntimo de Rockefeller, durante mucho tiempo, miembro del consejo del MoMA, del que también fue presidente. Después de estudiar en Groton, Yale y Oxford, *Jock* había

convertido una sustancial herencia en una inmensa fortuna, con la que financiaba nuevas empresas, obras de Broadway y películas de Hollywood. Como director de la división cinematográfica de la CIAA, dirigida por Rockefeller, en 1940-1942, Jock supervisó la producción de películas como *Saludos Amigos [Los tres caballeros]*, de Disney, que rebosaba de buena voluntad interamericana. Pasó luego a trabajar, en 1943, para la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), fue capturado, en agosto de 1944, por los soldados alemanes en el sur de Francia y llevado en un tren hacia el este, del que logró escapar. Después de la guerra, creó la compañía J. H. Whitney & Co. Una «sociedad dedicada a la propagación del sistema de libre empresa mediante el otorgamiento de financiación de respaldo para negocios nuevos, poco desarrollados y arriesgados que pudiesen tener problemas para atraer capital inversor por otros canales más conservadores»^[21]. Uno de los socios más destacados de esta empresa era William H. Jackson, un amigo de Jock, aficionado al polo y que también fue subdirector de la CIA. Jock ocupaba un cargo en el Consejo de Estrategia Psicológica y halló «muchas maneras de ser útil a la CIA»^[22]. También era propietario de un museo, el Museo Whitney de Nueva York. Tal y como me dijo un entrevistado, «Se puede demostrar que los consejeros principales y los miembros del consejo de directores del Museo Whitney participaron voluntariamente en las tapaderas de la CIA durante la guerra fría, y el Museo Whitney tenía una programación cultural que paseó por todas partes del mundo»^[23].

Otro vínculo era William Burden, que entró al museo como presidente de su Comité Asesor en 1940. Descendiente del «comodoro» Vanderbilt, Burden era paradigma de la clase dirigente durante la guerra fría. Con anterioridad, había sido secretario de Estado del Ejército del Aire, también había trabajado para la CIAA de Rockefeller durante la guerra. Además, había acumulado una considerable fortuna personal y se había ganado una reputación como «capitalista de riesgo de primer orden». Presidió varios organismos cuasi gubernamentales, incluso la Fundación Farfield, de la CIA, Y parecía encantado de poder servir de tapadera para sus actividades. En 1947, fue nombrado presidente del Comité de las Colecciones del Museo, y, en 1956, llegó a presidente del MoMA.

Bajo la presidencia de Burden, «la política de actividades del museo era elaborada por [René] d'Harnoncourt, y las consultas [con el Comité] eran más o menos protocolarias»^[24]. Esto le dio a d'Harnoncourt campo para ejercitar su considerable talento como si fuese el cardenal Wolsey de la corte del MoMA. De dos metros de estatura y un peso de 100 kilos, este personaje, nacido en Viena, era una extraordinaria figura, «descendiente directo y colateral de una nube de nobles de Centroeuropa que hicieron carrera como chambelanes y prebostes de una constelación de duques de Lorena, condes de Luxemburgo y emperadores Habsburgo»^[25]. Emigró a los Estados Unidos en 1932, y durante la guerra, trabajó en la sección de artes de la CIAA. Nelson lo reclutó luego para el museo, del que llegó a ser director en 1949. D'Harnoncourt creía que «el arte moderno es, en su infinita variedad, una incesante exploración», era el «principal símbolo» de la democracia, e hizo presión en el Congreso durante los años cincuenta para financiar una campaña cultural contra el comunismo. Aunque Braden mantenía que «a los muchachos del MoMA les gustaba llevar sus propios asuntos», concluía que René d'Harnoncourt era «probablemente el contacto de la Agencia en el museo». Ciertamente, d'Harnoncourt hablaba con el Consejo de Coordinación de Operaciones del Consejo de Seguridad Nacional (que había sustituido al Consejo de Estrategia Psicológica). También informaba regularmente al Departamento de Estado. Estas vinculaciones añaden cierta sazón al comentario de que, al igual que sus antepasados, d'Harnoncourt «tenía un don para hacerse indispensable a sus sucesivos patronos, pero que, a menudo también se solapaban»^[26].

William Paley, heredero de la Congress Cigar Company, era otro de los consejeros del MoMA, y estaba en estrecho contacto con el mundo de la inteligencia. Era amigo personal de Allen Dulles, y permitió que la CBS, emisora de su propiedad, diese cobertura a los agentes de la CIA. de manera análoga a como lo hizo Henry Luce en su imperio *Time-Life* (Luce era también consejero del MoMA). En el punto culminante de su relación, los corresponsales de la CBS se reunían una vez al año con la jerarquía de la CIA. para cenar y despachar asuntos diversos. Estas cenas, «para adultos, con buena conversación y buenos puros», se hacían en casa de Dulles o en su club privado, el Alibi, de Washington. De la implicación de Paley con la

CIA, un ejecutivo de la CBS dijo: «Es el único tema en el que falla su memoria^[27]».

La lista de nombres y sus vinculaciones sería interminable. Joseph Verner Reed, por ejemplo, era a la vez consejero del MoMA y de la Fundación Farfield. Lo mismo que Gardner Cowles y Junkie Fleischmann y Cass Canfield. Oveta Culp Hobby, miembro fundador del MoMA pertenecía al consejo del Comité por una Europa Libre, y permitía que su fundación familiar fuese utilizada como conducto de la CIA. Mientras era secretaria de Estado de Salud, Educación y Bienestar, con Eisenhower, era su ayudante una tal Joan Braden, que había trabajado anteriormente para Nelson Rockefeller. Joan estaba casada con Tom, el cual, antes de entrar en la CIA, había trabajado también para Nelson Rockefeller, en el cargo de secretario ejecutivo del Museo de Arte Moderno, desde 1947 a finales de 1949.

Como dijo Gore Vidal en una ocasión: «Todo tenía tantas vías de relación en nuestra república inesperadamente jacobita, que ya nada nos sorprende». Por supuesto, se podría decir que esta coherencia no revelaba otra cosa que la naturaleza del poder estadounidense de la época. El que todos se conociesen, y el que todos estuviesen socialmente (e incluso formalmente) vinculados con la CIA, no quiere decir que conspirasen en la promoción del nuevo arte norteamericano. Pero la intimidad de la relación hizo que tardasen en desaparecer las afirmaciones de que el MoMA estaba conectado oficialmente, de una u otra forma, con el programa secreto gubernamental de guerra cultural. Este rumor fue comentado por primera vez en 1974 por Eva Cockroft, en un artículo fundamental para *Artforum*, con el título «Expresionismo abstracto: arma de la guerra fría», que terminaba así: «Las relaciones entre la política cultural de la guerra fría y el éxito del expresionismo abstracto no es algo casual... Fueron conscientemente creadas en aquella época, por parte de algunas de las figuras más influyentes que controlaban las políticas de los museos y que abogaban por una táctica ilustrada en la guerra fría, para seducir a los intelectuales europeos»^[28]. Más aún, Cockroft afirmaba: «En términos de propaganda cultural, los objetivos del aparato cultural de la CIA y los

programas internacionales del MoMA eran similares y, de hecho, se apoyaban mutuamente^[29]».

«Nada tuve yo que ver con la promoción de Pollock o con nadie —dijo Lawrence de Neufville—. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la primera vez que oí hablar de él Pero sí recuerdo haber oído que Jock Whitney y Allen Dulles se pusieron de acuerdo en que tenían que hacer algo en relación con el arte moderno después de que el Departamento de Estado abandonase. Tal vez es eso lo que quiera decir “apoyarse mutuamente”^[30]». Esto no prueba que existiese un acuerdo formal entre la CIA y el Museo de Arte Moderno. Sencillamente, estaba de más.

Los defensores del MoMA han atacado sistemáticamente la afirmación de que el apoyo por parte del museo al expresionismo abstracto estuviese de una u otra forma relacionado con la presentación encubierta de la imagen internacional de Estados Unidos. Curiosamente, uno de los argumentos que emplean es que el MoMA, en realidad, no prestó atención al movimiento en el momento de su nacimiento. «Las exposiciones del expresionismo abstracto organizadas por el museo, sobre todo en Estados Unidos, pero también en el extranjero, sólo tuvieron lugar a finales de los años cincuenta, momento en el cual, tras la primera generación del movimiento ya había surgido una segunda»^[31], escribió Michael Kimmelman, en un artículo de refutación encargado por el MoMA. Decir simplemente que el MoMA no fue capaz de ver lo que tenía ante sus narices es falso y pasa por alto el hecho de que el museo había ido comprando, de forma continua, obras de los expresionistas abstractos desde su primera aparición. Desde 1941, el MoMA adquirió obras de Arshile Gorky, Alexander Calder, Frank Stella, Robert Motherwell, Jackson Pollock, Stuart Davis y Adolph Gottlieb. En mayo de 1944, el museo vendió en subasta «algunas de sus obras de arte del siglo XIX para conseguir fondos para comprar obras del siglo XX». Aunque las cifras de las ventas fueron bastante decepcionantes, se consiguió suficiente dinero para poder comprar «importantes pinturas de Pollock, Motherwell, y Matta». Así, como cabría esperar de un museo de arte *moderno*, y en particular uno que reconocía que tenía «Una enorme responsabilidad moral para con los artistas vivos, cuyas carreras y fortunas

podrían verse afectadas drásticamente por el apoyo del Museo o por su ausencia»^[32], entró en el redil la nueva generación de pintores americanos.

El que esas adquisiciones se hiciesen a pesar de la oposición interna demuestra aún más a las claras la decisión de consolidar el expresionismo abstracto hasta su pleno y total reconocimiento y canonización. Cuando algunos miembros del Comité de las Colecciones del Museo, alentados por las críticas adversas de los periódicos, «cuestionaron enérgicamente la conveniencia de ciertas adquisiciones, incluidas las pinturas llamadas “expresionistas abstractas”»^[33], sus protestas cayeron en saco roto; nadie trató de impedir que un miembro del comité dimitiese en protesta por la compra de un Rothko. En cuanto a las giras por el extranjero, Motherwell, Stella, Mark Tobey, Georgia O’Keeffe y Gottlieb fueron seleccionados para la exposición «Pintura americana desde el siglo XVII a la actualidad», que se inauguró en Londres en 1946, antes de partir a otras capitales europeas. Fue una de las primeras apariciones del expresionismo abstracto en una exposición colectiva bajo auspicios oficiales (del Departamento de Estado y de la Oficina de Información de Guerra). Ese mismo año, la exposición del MoMA, «Catorce americanos» incluyó obras de Gorky, Motherwell, Tobey y Theodore Roszak. En 1948, Lincoln Kirstein, antiguo agente del MoMA, se quejaba en *Harper’s* de que el museo «ha hecho su trabajo demasiado bien», convirtiéndose en «una moderna Academia Abstracta», cuyos principios definía así: «improvisación como método, deformación como fórmula, y pintura... como diversión manipulada por decoradores y vendedores impacientes»^[34]. En 1952, unos cincuenta artistas americanos, entre los que estaban Edward Hopper, Charles Burchfield, Yasuo Kuniyoshi y Jack Levine, atacaron al MoMA, en lo que luego se llamaría «Manifiesto de la realidad», por «identificarse ante la opinión pública más con al arte abstracto y no objetual», un «dogma» que para ellos surgía «en gran medida del Museo de Arte Moderno y de su indiscutida influencia en todo el país». Ese mismo año, la revista mensual comunista *Masses and Mainstream* satirizó al arte abstracto y a su «santuario», el Museo de Arte Moderno, en una andanada cuyo título, «Dollars, Doodles and Death»^[*], fue inquietantemente profético.

¿Se puede de verdad argumentar que el MoMA se subió tarde al carro? Cuando Sidney Janis llevó la exposición colectiva «Arte americano de vanguardia para París» a la Galerie de France, a finales de 1951, fue un sonoro fracaso. En el mejor de los casos las críticas fueron poco entusiastas, y en su mayor parte fueron absolutamente hostiles. No se vendió ni un solo cuadro. «Fue demasiado precipitado», concluyó Janis. Otros propietarios de galerías privadas, firmes defensores de la Escuela de Nueva York, no tenían duda de que estaban en deuda con el precoz reconocimiento por parte del MoMA. «Debo decir que el Museo de Arte Moderno fue uno de los primeros en aceptar a gente como Motherwell, Gottlieb, Baziotés», dijo Samuel Kootz de la Galería Maeght. «[Alfred] Barr era un gran entusiasta, sobre todo de aquellos tres hombres Y transmitió su entusiasmo a gente como Burden o Nelson Rockefeller, y otros consejeros del Museo^[35]».

El que Alfred Barr, principal formador del gusto de la época, defendiera el expresionismo abstracto fue fundamental para su éxito. Nacido en 1902, en Detroit, Barr entró en Princeton en 1918, y de allí salió con un gran entusiasmo por el arte, la historia militar y el ajedrez (reflejo de su interés en la estrategia y la táctica). En 1929, por invitación de Abby Aldrich Rockefeller, fue el primer director del MoMA, puesto que ocupó hasta 1943, cuando fue sustituido por René d'Harnoncourt. Barr siguió teniendo un despacho en el museo, y en febrero de 1947 fue nombrado director de las Colecciones del Museo. En una reseña de *The New Yorker*, Dwight Macdonald lo describía como «tímido, frágil, de voz débil y de aspecto académico, la austeridad de su semblante con nariz aguileña, y con gafas, sólo aliviada por el tipo de secreta sonrisa de las estatuas griegas arcaicas o en los rasgos cuidadosamente estáticos de un psicoanalista». Pero Macdonald advirtió que Barr era algo más que «simplemente otro agradable profesor distraído. En su manera, callada y recta, tiene bastante de político... “la magnífica mano italiana de Alfred Barr” ha tenido su parte en la creación de un ambiente de intriga en el museo, donde las cosas no son necesariamente lo que parecen en un grado tal que un artista desconcertado lo ha llamado “La casa del misterio o del regocijo”»^[*]. Macdonald continuaba citando a Peggy Guggenheim, que en una ocasión había dicho que ella «Odiaba su cautela y reserva», y a otro contemporáneo que detectó

«algo jesuítico en Alfred. Pero mientras los jesuitas practicaban sus artimañas *ad maiorem Dei gloriam*, las maniobras de Barr alejan al arte moderno y al museo de su mayor gloria»^[36].

Detrás de las estrategias del MoMA durante este período de extrema politización, existe evidencia de la «mano italiana» de Barr. Como parte de una maniobra intencionada para acallar la oposición a la defensa por parte del museo del expresionismo abstracto, siguió «Una política doble que, por razones de tacto o diplomacia, nunca fue reconocida, pero se manifestaba, sobre todo en el programa de exposiciones del museo»^[37]. Por esta razón no faltaron exposiciones que se adaptasen al gusto predominante por la pintura romántica o figurativa, llevando a un crítico a acusar al museo de estar menos dedicado al «arte de nuestro tiempo» que al «arte del tiempo de nuestros abuelos»^[38]. Pero al mismo tiempo, Barr seguía adquiriendo obras de la Escuela de Nueva York, y haciendo campaña discretamente a favor de un mayor apoyo institucional. Fue él quien convenció a Henry Luce, de *Time-Life* para que cambiara su política editorial en relación con el nuevo arte, diciéndole en una carta que debería ser especialmente protegido, no criticado, como sucede en la Unión Soviética, porque ésta, después de todo, era «libre empresa artística»^[39]. Así fue como Luce —que cuando hablaba siempre tenía como muletilla la frase «la salud intelectual de América»— pasó a defender los intereses de Barr y del MoMA. En agosto de 1949, la revista *Life* le dedicó su doble página central a Jackson Pollock, con lo que difundió al artista y a sus obras por todos los hogares de Estados Unidos. La publicación en la revista (y los esfuerzos de Barr para lograrlo) desmienten la posibilidad de que hubiese existido cierto descuido por parte del MoMA.

Pero lo que mejor ilustra la suerte de la Escuela de Nueva York, fueron los préstamos a Europa procedentes de la colección del MoMA. Bajo los auspicios del Programa Internacional, creado en 1952 mediante una beca anual de 125.000 dólares, durante cinco años, del Rockefeller Brothers Fund, el museo inició un intenso programa de exportación del expresionismo abstracto, al que el propio Barr se refería como una forma de «propaganda benevolente para la intelectualidad extranjera»^[40] (otro agente del MoMA lo llamó «inmenso activo a favor del entendimiento internacional»). El director del programa era Porter McCray, antiguo

alumno de Yale y otro veterano del equipo de información de Nelson Rockefeller para América del Sur. En diciembre de 1950, McCray pidió un año de excedencia en su trabajo como director del Departamento de Exposiciones Itinerantes del MoMA y fue nombrado agregado del Servicio Exterior de los Estados Unidos, asignado a la sección cultural del Plan Marshall en París. De este traslado, Russell Lynes escribió en su historia del MoMA que «El Museo estaba encantado de tener a su disposición el mundo entero para hacer proselitismo (o al menos al mundo fuera del Telón de Acero), aunque esta vez la religión que se exportaba era nativa y no como en el pasado, cuando el principal mensaje era una fe importada de Europa»^[41]. En Francia, McCray vio de primera mano el impacto negativo de la prohibición oficial por parte del Departamento de Estado de los (llamados) artistas de izquierdas, creando lo que un funcionario de la embajada americana llamó «laguna en los intereses y actividades americanas que no sólo es imposible de entender para los europeos sino que sirve a los intereses de los comunistas, justificando su acusación de que Estados Unidos no comparte los valores fundamentales de la civilización occidental»^[42]. McCray regresó al MoMA con la misión de corregir esta impresión. Bajo su dirección, los préstamos del museo para exposiciones itinerantes aumentaron de manera espectacular, incluso hasta «un grado inquietante», según un informe interno, al dejar al museo «sin la mayoría de sus mejores pinturas americanas durante 18 meses», en 1955. En 1956, el Programa Internacional había organizado 33 exposiciones internacionales, incluida la participación de los Estados Unidos en la Bienal de Venecia (fue el único país con representación propia). En esa misma época, se incrementaron drásticamente los préstamos a las embajadas y consulados de EE UU.

«Se publicaron una serie de artículos que relacionaban el Programa Internacional del Museo de Arte Moderno con la propaganda cultural e incluso se llegó a comentar que estaba asociado con la CIA, y como yo estaba trabajando allí esos años, puedo decir, categóricamente, que era falso»^[43], dijo Waldo Rasmussen, ayudante de McCray. «El interés fundamental del Programa Internacional era el arte, no la política, ni la propaganda. De hecho, era importante para un museo americano evitar

insinuaciones de propaganda cultural, y por esa razón no siempre era bueno tener relaciones con las embajadas americanas o con personas del gobierno americano, porque eso podría indicar que las exposiciones tenían la propaganda como fin, algo que no era cierto^[44]».

En realidad, el Museo de Arte Moderno sí hizo propaganda Y sí tuvo relación con el Gobierno. Cuando, por ejemplo, aceptó el contrato para organizar la exposición de arte del festival Obras Maestras, de 1952, del Congreso por la Libertad Cultural, en París, lo hizo bajo los auspicios de los consejeros del museo que eran totalmente conscientes del papel de la CIA en esa organización. Es más, el comisario de la exposición, James Johnson Sweeney (miembro del comité asesor del MoMA, y del Comité americano por la Libertad Cultural), respaldó públicamente el valor propagandístico de la muestra al anunciar: «Se expondrán obras maestras que no podrían haber sido creadas, ni cuya exhibición podría haber sido autorizada por regímenes totalitarios como la Alemama nazi o la Rusia soviética actual ni sus satélites^[45]». El concepto del arte abstracto como sinónimo de democracia, como algo que estaba «de nuestro lado», fue señalado también por Alfred Barr, que tomó prestados conceptos de la retórica de la guerra fría, cuando defendía que «El inconformismo del artista moderno y su amor por la libertad no se pueden tolerar dentro de la tiranía monolítica, y el arte moderno es inservible para la propaganda de los dictadores»^[46].

De mucha mayor trascendencia que la exposición Obras Maestras, de Nabokov, fue la gira de la muestra de 1953-1954, «Doce pintores y escultores americanos contemporáneos»^[47], la primera del MoMA dedicada exclusivamente a la Escuela de Nueva York. Se inauguró en el Museo Nacional de Arte Moderno de París, y fue la primera exposición importante de arte americano que se celebraba en un museo francés en más de quince años. Adelantándose a la acusación de que era la cabeza de puente de una «invasión cultural» de Francia (de la que no podemos infravalorar el propio chovinismo cultural), el MoMA dijo que la muestra era resultado de peticiones formuladas por el museo francés. En realidad era todo lo contrario. Según un despacho de la embajada americana de París, «A principios de febrero de 1953, el Museo [de Arte Moderno] pidió a la Sección de Relaciones Culturales de la embajada, que tratase con Jean

Cassou, director del Museo Nacional de Arte Moderno de París, la posibilidad de presentar esta exposición. M. Cassou ya tenía comprometidas todas sus fechas hasta la primavera de 1954. Al saber, sin embargo, que era posible organizar esta exposición, reorganizó sus planes y retrasó una exposición del pintor belga, Ensor, que tenía prevista»^[48]. En el despacho, el personal de la embajada se quejaba de su propia incapacidad «para hacer nada ante esta petición por la carencia de un programa de arte bajo los auspicios del gobierno de los Estados Unidos», pero luego continuaba diciendo que «En el caso de la exposición de arte americano que nos ocupa, sin embargo, este punto muerto fue solucionado por la acción del Nelson Rockefeller Fund, que asignó fondos al Museo de Arte Moderno de Nueva York, para su utilización en exposiciones internacionales»^[49].

Incapaz de asumir papel oficial alguno en la exposición, la embajada americana se limitó a actuar en silencio como enlace entre el MoMA y su contraparte francesa. Entre estos, estaban la Association Française d'Action Artistique, que dependía del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Ministerio de Educación Nacional. La Association ofreció una significativa «donación» para la publicación de un lujoso catálogo, carteles y «toda la publicidad de la exposición». El vínculo es interesante: la Association era también uno de los financiadores del Congreso por la Libertad Cultural, y su director, Philippe Erlanger, era, según *Junkie* Fleischmann, «una de las personas de Francia que más han ayudado y colaborado siempre que hemos recurrido a él en relación con algún problema relacionado con el Congreso»^[50]. Erlanger era, en realidad, un contacto designado por la CIA en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia. A través de él, el Congreso por la Libertad Cultural (y, en esta ocasión, el MoMA) logró un conducto creíble para los fondos oficiales franceses para acciones de propaganda cultural. René d'Harnoncourt, que concedió tanta importancia a la exposición como para ocuparse personalmente de su instalación, no podía desconocer esta conexión. Parte de la prensa francesa se dio cuenta de la maniobra política tras la exposición, y se hizo maliciosa referencia a que el Musée d'Art Moderne era un nuevo enclave del «territorio de los Estados Unidos», y a los pintores participantes en la muestra como «Los doce apóstoles de *monsieur* Foster Dulles».

Cuando «Doce pintores y escultores americanos contemporáneos» estaba siendo embalada para ser llevada a sus siguientes destinos (Zurich, Dusseldorf, Estocolmo, Oslo y Helsinki), el MoMA ya estaba preparando su participación en una exposición que le habría de poner de nuevo en directa relación con el Congreso por la Libertad Cultural. En una carta a Nabokov, de 9 de abril de 1954, Monroe Wheeler, director de Exposiciones y Publicaciones del MoMA, confirmó que «Nuestro Comité de Coordinación ha acordado que debemos cooperar todo lo que podamos con su proyecto de una exposición de pintura de artistas entre 18 y 35 años. Nos gustaría sugerir para que forme parte de su Comité Asesor Internacional al director de Pintura y Escultura del museo, Mr. Andrew Carnduff Ritchie»^[51].

El resultado de esta colaboración fue la exposición «Jóvenes pintores», que se inauguró en la Galleria Nazionale d'Arte Moderna de Roma; luego se trasladó al Palais des Beaux-Arts de Bruselas, al Musée National d'Art Moderne de París, y al Institute of Contemporary Arts (ICA) de Londres. De las 170 pinturas de la muestra, casi todas eran obras abstractas. Ritchie, que creía que los artistas abstractos respondían de alguna manera a «la debilidad, incluso esterilidad, de la mayor parte de la pintura figurativa no comunista», eligió obras de Richard Diebenkorn, Seymour Drumlevitch, Joseph Glaseo, Hohn Hultberg, Irving Kriesberg y Theodoros Stamos. De esta forma, mientras el público europeo aún estaba conociendo la primera oleada de expresionistas abstractos, Ritchie ya estaba proporcionándoles la segunda.

Como era habitual, el Congreso por la Libertad Cultural consiguió reunir grandes premios en metálico para las tres mejores pinturas (Hultberg compartió el premio para el mejor cuadro con Giovanni Dova y Alan Reynolds, los cuales recibieron, cada uno, 1.000 francos suizos, los 2.000 dólares «donados» por Fleischmann). Los fondos para la organización de la muestra, y para su transporte y publicidad durante el año que duró la gira, fueron aportados directamente por la Fundación Fairfield. El Programa Internacional del MoMA corrió con los gastos del transporte de las obras hacia y desde Europa, utilizando dinero procedente del Rockefeller Brothers Fund. La red de medios de comunicación del Congreso hizo su

parte para amplificar la influencia de la exposición. *Preuves* dedicó la mitad de su número de octubre de 1956 a la exposición y publicó un estudio internacional con la opinión de los jóvenes pintores sobre el tema, abstracción y arte figurativo^[52]. Josselson, que aseguraba que «resulta que los problemas de la pintura moderna son uno de mis pasatiempos», envió el estudio a Nelson Rockefeller, y dijo que era uno de los «temas más importantes de discusión hoy en París»^[53].

La colaboración con el Congreso le proporcionó al MoMA acceso a las más prestigiosas instituciones de arte de Europa. Dentro del Comité de Artes del Congreso estaban los directores del Palais des Beaux-Arts de Bruselas, del Museo de Arte Moderno de Suiza, del ICA de Londres, del Kaiser Friedrich Museum de Berlín, del Musée National d'Art Moderne de París, del Museo Guggenheim (Nueva York y Venecia), y de la Galleria Nazionale d'Arte Moderna de Roma. Al añadirsele la potencia económica del MoMA (y, entre bastidores, de la Fundación Farfield), este comité tuvo suficiente alcance e importancia como para influir en los gustos estéticos de Europa. Como escribió uno de los comentaristas de la exposición «Jóvenes pintores», «El hecho de que la exposición se adapte al gusto predominante de las diversas corrientes de arte abstracto y que no ofrezca sorpresas se puede achacar probablemente a la composición del jurado de selección. Casi todos los miembros del jurado son directores de museos y como tales no se puede esperar que vayan más allá de la norma establecida»^[54].

No puede haber demasiadas dudas de que esta ortodoxia imperante fue forjada de acuerdo con un programa político, no sólo estético. Fue un programa personalmente aprobado por el presidente Eisenhower que, al contrario que Truman, su predecesor, era consciente del valor del arte moderno como «pilar de la libertad». En un discurso que respaldaba explícitamente el trabajo del MoMA, Eisenhower declaró: «siempre que los artistas tengan libertad para poder sentir con la máxima intensidad personal, siempre que nuestros artistas sean libres para crear con sinceridad y convicción, se producirá una saludable polémica y el progreso del arte... Qué diferente es en la tiranía. Cuando a los artistas se les convierte en esclavos y herramientas del Estado; cuando los artistas se convierten en principales propagandistas de una causa, el progreso se detiene y la

creación y el genio se destruyen»^[55]. De estos sentimientos se hizo eco un antiguo presidente del Programa Internacional del MoMA, August Heckscher, que afirmó que la obra del museo estaba «relacionada con la principal lucha de la era: la lucha de la libertad contra la tiranía. Sabemos que donde reina la tiranía, sea bajo el fascismo o el comunismo, el arte moderno se destruye y se le expulsa»^[56].

George Kennan salió en apoyo de esta ideología del «arte libre» y en 1955, ante un público formado por agentes del MoMA, les dije que tenían la misión «de corregir una serie de impresiones que fuera se tiene de nosotros, impresiones que están empezando a afectar a nuestra posición internacional de manera muy importante»^[57]. Estos «sentimientos negativos», dijo Kennan, estaban «relacionados con las condiciones culturales más que con las políticas». Su siguiente argumento sorprendió a todos: «Los totalitarios eran conscientes de que sólo si parecían públicamente disfrutar de la confianza y el entusiasmo de los artistas podrían afirmar con credibilidad que habían creado una civilización con esperanza y con prestigio... Y me parece triste que hallan llegado a esta conclusión mucho antes que mucha de nuestra gente^[58]». ¿Cuál era la naturaleza de la tarea que se presentaba?, se preguntaba Kennan. «Tenemos... que demostrar al mundo que tenemos una vida cultural y que nos importa en cierta medida. Que nos importa lo suficiente, en realidad, como para darle apoyo, aquí en casa, y para hacer que se enriquezca poniéndose en contacto con actividades análogas en otros lugares. Si pudiéramos transmitir estas impresiones con suficiente fuerza y éxito a los países más allá de nuestras fronteras, *yo sería el primero en cambiar todo el inventario de la propaganda política por los resultados que se podrían conseguir de esta forma solamente*^[59]».

El apoyo por parte del Congreso por la Libertad Cultural de la pintura experimental, predominantemente abstracta, sobre la estética figurativa o realista, ha de entenderse en este contexto. De las afirmaciones de Tom Braden y de Donald Jameson, resulta evidente que la CIA pensaba que tenía un papel que desempeñar para favorecer la aceptación del nuevo arte. A partir de los archivos de la Fundación Farfield, se puede demostrar también que la Agencia expresaba su compromiso mediante dólares. Además de

apoyar la exposición «Jóvenes pintores», de la Farfield pasaron al MoMA varias donaciones, entre ellas, 2.000 dólares a su Consejo Internacional, en 1959, para suministrar libros sobre arte moderno a los lectores polacos.

Existen además pruebas incontrovertibles de que la CIA era un componente activo en la maquinaria que promovió el expresionismo abstracto. Inmediatamente después de que se clausurara la muestra «Jóvenes pintores», de 1955-1956, Nicolas Nabokov había empezado a planificar su continuación. A pesar de un inicio titubeante, a principios de 1959, la propuesta fue aprobada finalmente. Junkie Fleischmann, por entonces presidente del Comité del Congreso sobre Música y Artes, además de miembro del Consejo Internacional de Artes del MoMA (versión ampliada del Programa Internacional), fue el vínculo entre las dos organizaciones. Una vez más, el MoMA eligió la participación estadounidense en la muestra, en su mayor parte con obras que ya habían sido enviadas a Europa para la Bienal de París. A finales de año, el secretario de Nabokov pudo decir a Junkie que la noticia de la exposición proyectada «había pasado por los círculos artísticos como un huracán. Todos los jóvenes pintores de París, todos los directores de galerías, todos los críticos de arte están telefoneando [al Congreso] para ver de qué se trata. Va a ser un éxito total»^[60].

Titulada en principio «Sources poétiques de la peinture actuelle», la exposición que finalmente se inauguró en enero de 1960 en el Musée des Arts Décoratifs del Louvre, se llamó, de manera más provocativa, «Antagonismes». En la exposición predominaban las obras de Mark Rothko (que estaba en Francia en esta época), Sam Francis, Yves Klein (primera vez que exponía en París), Franz Kline, Louise Nevelson, Jackson Pollock, Mark Tobey y Joan Mitchell. Muchos de los cuadros habían sido trasladados a París desde Viena, donde el Congreso los había expuesto como parte de una campaña, más amplia, orquestada por la CIA para contrarrestar el festival de la juventud de 1959, organizado por los comunistas. Esta muestra había costado a la CIA 15.365 dólares, pero para su versión ampliada de París, tuvieron que cavar más hondo. Se proporcionaron otros 10.000 dólares más a través de la Hoblitzelle

Foundation, a lo que se agregaron 10.000 más, procedentes de la Association Française d'Action Artistique.

Aunque la prensa dio «generosa cobertura» a la exposición «Antagonismes», el Congreso se vio obligado a reconocer que las críticas fueron «en conjunto, muy negativas». Aunque algunos críticos europeos ya habían sido convencidos de las «magníficas resonancias» y del «Vertiginoso y sorprendente mundo» del expresionismo abstracto, otros muchos se sintieron confusos o indignados por él. En Barcelona, un crítico que hacía la reseña de «The New American Painting», que el MoMA sacó de gira aquel año, se sintió horrorizado al saber que dos lienzos, uno de Jackson Pollock, y el otro, de Grace Hartigan, eran tan grandes que tuvieron que serrar la parte superior de la puerta metálica del museo para que pudieran entrar. «El mayor del mundo» anunciaba *La Libre Belgique*, que se preocupaba de que «esta fuerza, desplegada en el frenesí de la libertad total, parece una corriente realmente peligrosa. Nuestros propios pintores abstractos, todos los artistas “informales” europeos, parecen pigmeos ante la perturbadora potencia de estos gigantes desenfrenados»^[61]. Abundaron las referencias al tamaño, a la violencia, al salvaje Oeste, «como si los críticos hubiesen cogido el catálogo equivocado y pensasen que los cuadros habían sido pintados por Wyatt Earp o Billy el Niño»^[62].

No sólo los artistas europeos se sintieron empequeñecidos por el gigantismo del expresionismo abstracto. Adam Gopnik, más tarde, diría que «las acuarelas abstractas de gran tamaño (se habían convertido] en el estilo exclusivo del museo americano, obligando a dos generaciones de realistas a vivir en los sótanos, y a hacer circular los bodegones como si fuese *samizdat*^[*]»^[63]. John Canaday escribió que, hacia 1959, «El expresionismo abstracto estaba en el cenit de su popularidad, en un grado tal que cualquier artista desconocido que intentase exponer en Nueva York no podría encontrar galería a no ser que pintase en un estilo derivado de alguno de los miembros de la Escuela de Nueva York»^[64]. Los críticos que «sugirieron que el expresionismo abstracto estaba abusando de su propio éxito y que la orgía monopolista ya había durado suficiente» se podían encontrar, decía Canaday, en una «penosa situación» (manifestaba que su falta de aprecio por la Escuela de Nueva York le había costado una amenaza de muerte)^[65].

Peggy Guggenheim, al regresar a Estados Unidos en 1959, tras una ausencia de doce años, se quedó «estupefacta, todo el mundo del arte se había convertido en un enorme negocio».

El Museo de Arte Moderno, calificado por un crítico como «descarado cartel de la modernidad», se atuvo tenazmente a su papel determinante en la fabricación de una historia para el expresionismo abstracto. Ordenada y sistemática, esta historia reducía lo que antaño había sido provocativo y extraño a la fórmula academicista, a un manierismo establecido, a un *art officiel*. Así instalado, dentro del canon, a la forma más libre de arte le faltaba libertad. Más y más pintores creaban más y más cuadros cada vez más grandes y cada vez más vacíos. Fue este mismo conformismo estilístico prescrito por el MoMA y por el más amplio consenso social del que formaba parte, lo que llevó al expresionismo abstracto a un paso del kitsch. «Era como las vestiduras del emperador —dijo Jason Epstein—. Lo sacas a desfilas por la calle y dices “éste es el Arte con Mayúsculas” y la gente que contempla el desfile nos da la razón. ¿Quién va a hacer frente a Clem Greenberg y después a los Rockefeller que lo compraban para los vestíbulos de sus bancos y decían, “esto es impresionante”?»^[66]. Quizá estaba en lo cierto Dwight Macdonald cuando decía que «son pocos los americanos que se preocupan en discutir con un millón de dólares»^[67].

¿Qué pasaba con los propios artistas? ¿No pusieron pegafitas a la retórica de la guerra fría —lo que Peter Fuller llamó «el lavado ideológico»— que solía acompañar a sus exposiciones? Uno de los rasgos más extraordinarios del papel que la pintura americana interpretó en la guerra fría no es el hecho de que formase parte de esta empresa, sino que un movimiento que se declaraba a sí mismo deliberadamente apolítico, se hubiese podido politizar tanto. «La pintura moderna es el baluarte de la expresión creativa individual, por encima de la izquierda política y de su hermana de sangre, la derecha»^[68], declaró el artista Paul Burlin. Para el crítico Harold Rosenberg, el arte de posguerra implicaba «la elección política de dejar a un lado la política». «Sin embargo en su políticamente astuta reacción contra la política, en su ostensible demostración de que las ideologías enfrentadas se habían vaciado a sí mismas y habían alejado a los simpatizantes... los

nuevos pintores y sus defensores se habían implicado, por supuesto, en los temas de la época^[69]».

¿Estaba su obra por completo enfrentada con la función para la que se le empleaba? Barnett Newman, en su introducción al catálogo de la exposición de 1943, «Primera Exposición de Artistas Americanos Modernos», escribió: «Hemos surgido como artistas americanos modernos porque tenemos la necesidad de presentar al público un arte que refleje adecuadamente a la nueva América que está teniendo lugar en la actualidad y a la América que se convertirá, esperamos, en el centro cultural del mundo^[70]». ¿Se arrepentiría Newman de este contexto nacional? Willem de Kooning pensaba que «esta americanidad» era «una cierta carga», y decía: «Si se es de un país pequeño, no hay nada de eso. Cuando iba a la academia y dibujaba desnudos, yo era el que hacía los dibujos, no Holanda. A veces pienso que un artista americano se debe sentir como una especie de jugador de béisbol o algo parecido... miembro de un equipo que está escribiendo la historia americana^[71]». Con todo, en 1963, De Kooning recibió con orgullo la Medalla Presidencial. «La idea de una pintura americana aislada... me parece absurda, como parecería absurda la idea de crear una matemática o una física puramente americanas^[72]», diría Jackson Pollock, que murió al volante de su Oldsmobile antes de que tuviera que decidir si aceptaba o no tales honores.

Robert Motherwell, que al principio, le gustaba formar parte de la «misión de hacer que la pintura en Estados Unidos sea igual que la pintura en otros sitios», luego pensó que resultaba «extraño cuando un objeto es más poderoso que los hombres que lo hacen»^[73]. Repudiando la filiación nacionalista para el expresionismo abstracto, en los años setenta, apoyó al artista abstracto inglés, Patrick Heron, cuando puso en cuestión el derecho de los Estados Unidos de ejercer un monopolio en el liderazgo cultural, y escribió sobre «los valientes esfuerzos [de Heron] en relación con el imperialismo de NY... tu generación en Inglaterra hizo un esfuerzo heroico para superar el arte caballeresco, [algo] que no se ha reconocido suficientemente», por la «falta de generosidad [de Nueva York] hacia tu generación en Gran Bretaña». Motherwell añadía que era partidario de «una

historia no chovinista del arte moderno» y terminaba tranquilizando a Heron de que «no todos los americanos son mongólicos»^[74].

Motherwell formaba parte del Comité Americano por la Libertad Cultural. También Baziotés, Calder y Pollock (aunque cuando se apuntó estaba borracho como una cuba). El pintor realista Ben Shahn se negó a entrar, calificándolo de «ACCFuck». Los ex compañeros de viaje Mark Rothko y Adolph Gottlieb se convirtieron en decididos anticomunistas durante la guerra fría. En 1940; colaboraron en la fundación de la Federación de Pintores y Escultores Modernos, que empezó por condenar todas las amenazas a la cultura por parte de los movimientos políticos nacionalistas y reaccionarios. En los meses siguientes, la Federación se convirtió en agente activo del anticomunismo en el mundo del arte. Pretendía denunciar la influencia del Partido en diversas organizaciones artísticas. Rothko y Gottlieb encabezaron estos esfuerzos por destruir la presencia comunista en el mundo del arte. Su dedicación a la causa fue tan intensa que cuando la Federación decidió interrumpir sus actividades políticas, en 1953, dimitieron.

Ad Reinhardt fue el único expresionista abstracto que siguió comprometido con la izquierda, y por ello fue casi totalmente olvidado por el mundillo oficial del arte hasta los años sesenta. Esto le colocó en situación perfecta para señalar las incoherencias en las vidas y en las obras de sus ex amigos, tras cuyas alcohólicas veladas en la Cedar Tavern se hicieron casas en los Hamptons, Providence y Cape Cod; y cuyas fotografías de grupo como «los Irascibles», de 1950, habían sido sustituidas por artículos en la revista *Vogue* en la que estos jóvenes airados se parecían más a los corredores de bolsa, que a su vez los clasificaban como valores «especulativos» o «en crecimiento», e informaban que el mercado del expresionismo abstracto estaba «hirviendo» de actividad. Reinhardt condenó rotundamente a sus colegas artistas por sucumbir a las tentaciones de la codicia y la ambición. A Rothko le llamaba «fauvista de agua dulce de la revista *Vogue*», y a Pollock, «trasero de Harpers Bazaar». Barnett Newman era «el charlatán y tendero cultural de vanguardia» y «predicador-explicador-bufón de la casa» (comentario que hizo que Newman le demandase). Reinhardt no se paró aquí. Dijo que un museo debía ser «un

tesoro y una tumba, no una oficina de contabilidad o un centro de diversiones»^[75]. Comparó la crítica de arte con «babeos», y calificaba a Greenberg de papa-dictador. Reinhardt fue el único expresionista abstracto que participó en la Marcha sobre Washington por los derechos de los negros en agosto de 1963.

Es difícil de mantener el argumento de que los expresionistas abstractos simplemente «dio la casualidad que pintaron durante la guerra fría, y no para la guerra fría»^[76]. Sus propias manifestaciones y, en algunos casos, sus filiaciones políticas, desmienten las afirmaciones de su desvinculación ideológica. También es verdad que la obra de los expresionistas abstractos no se puede reducir a la historia política en que se sitúa. «No hay duda de que necesitamos comprender todo arte en relación con su tiempo», afirmaba Philip Dodd. «Para entender el expresionismo abstracto, hemos de comprender cómo se realizó, en un momento extraordinario de las relaciones entre Europa y Estados Unidos. En el aspecto político fueron una generación de radicales arrojados por la historia sobre la playa, y en relación con la historia de los Estados Unidos, surgieron justo en el momento en que EE UU se convirtió en el gran imperio cultural del período de posguerra. Para poder juzgar su obra hay que entender todo esto. Pero su arte no se puede reducir a esas condiciones. Es verdad que la CIA participó —yo lo lamento como el que más— pero eso no explica su importancia. Había algo en el propio arte que le permitió triunfar^[77]».

Jackson Pollock murió en un accidente de coche, en 1956; poco antes, Arshile Gorky se ahorcó. Franz Kline moriría a los seis años, víctima de la bebida. En 1965, el escultor David Smith murió como consecuencia de un accidente de tráfico. En 1970, Mark Rothko se abrió las venas y murió desangrado en el suelo de su estudio. Algunos de sus amigos pensaron que se había suicidado porque no pudo soportar la contradicción de haber sido cubierto de recompensas materiales por obras que «gritaban a voces su oposición al materialismo burgués».

«El país se siente orgulloso de sus poetas muertos» dice el narrador de El legado de Humboldt. «Le satisface terriblemente el testimonio de los poetas de que los EE UU son demasiado duros, demasiado grandes, demasiado toscos, que la realidad americana es agobiante... La debilidad de

las capacidades espirituales se demuestra en la puerilidad, locura, alcoholismo, y desesperación de estos mártires... Así se ama a los poetas, peor amados porque no pudieron resistir la situación. Existen para iluminar la enormidad de la terrible maraña^[78]».

Las furias guardianas

En 1787, en una posada cerca de Moulins, moría un viejo amigo de Diderot, formado por los filósofos. Los sacerdotes de los alrededores estaban extenuados: lo habían intentado todo en vano; el buen hombre no quería los últimos sacramentos; era panteísta. Moosieur de Rollebon, que pasaba por allí y no creía en nada, apostó al cura de Moulins que le bastarían dos horas para convertir al enfermo. El cura aceptó la apuesta y perdió: la tarea empezó a las tres de la mañana, el enfermo se confesó a las cinco y murió a las siete.

—¿Es usted tan hábil en el arte de la disputa?

—preguntó el cura—. ¡Aventaja a los nuestros!

—No he disputado —respondió *monsieur* de Rollebon—. Le he hecho temer el infierno.

JEAN PAUL SARTRE, *La náusea*^[*]

En tanto el expresionismo abstracto se desplegaba como arma de La guerra fría, los Estados Unidos hicieron un descubrimiento aún más poderoso: Dios. La fe religiosa en la ley moral había sido consagrada en la Constitución de los Estados Unidos de 1789, pero fue durante el período

culminante de la guerra fría cuando los Estados Unidos descubrieron lo útil que podía ser la invocación a la religión. Dios estaba en todas partes: estaba en los 10.000 globos cargados de biblias que se lanzaron al otro lado del Telón de Acero, en virtud del Bible Balloon Project^[**], de 1954; la aprobación divina se hizo mediante un decreto del Congreso de 14 de junio de 1954, que amplió el juramento de fidelidad para incluir las palabras «Una nación bajo el poder de Dios», frase que según Eisenhower, reafirmaba «la trascendencia de la fe religiosa en la herencia y en el futuro de América; de esta forma reformemos constantemente aquellas armas espirituales que siempre serán el más poderoso recurso de nuestro país, en la paz y en la guerra»^[1]; Dios, incluso, empezó a aparecer en los billetes de curso legal después de que el Congreso decidiese, en 1956, que el lema oficial de la nación habría de ser «In God We Trust» [confiamos en Dios].

«¿Por qué hemos de hacer un plan de cinco años, cuando al parecer Dios tiene trazado un plan de mil años para nosotros?»^[2], se preguntaba un historiador estadounidense. En los términos de este tipo de lógica, la virtud política habría de someterse a la inveterada tradición cristiana de obediencia a la ley de Dios. Invocando en última instancia a la autoridad moral, los Estados Unidos lograban una indiscutible sanción para su «evidente destino».

A los elegidos del destino se les había enseñado, como a los niños del Groton School, que «En la historia, todas las religiones han honrado grandemente a aquellos miembros que destruyeron al enemigo. El Corán, la mitología griega, el Antiguo Testamento... Dar muerte al enemigo es lo correcto. Por supuesto, hay ciertas restricciones sobre los fines y los medios. Si nos remontamos a la cultura griega y leemos a Tucídides, existen límites sobre lo que se puede hacer a otros griegos, que forman parte de su propia cultura. Pero no hay límites sobre lo que se puede hacer a un persa. Es un bárbaro. Los comunistas eran bárbaros»^[3].

El imperativo religioso era lo que motivaba a participantes en la guerra fría como Allen Dulles, que, educado en la tradición presbiteriana, le gustaba citar de la Biblia por la utilización que hacía de los espías (Josué para entrar en Jericó). Cuando la CIA se trasladó a su enorme y nuevo complejo en Los bosques de Virginia, en 1961, Dulles hizo que una de sus

citas favoritas de las Escrituras fuese gravada en la pared del Salón Langley: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». (Juan: 8,32). Henry Luce, hijo de misioneros estadounidenses, gustaba de echar mano de la misma referencia divina: «La gran promesa del cristianismo es ésta: Buscad y encontraréis... Ésa es la promesa y la premisa en que se fundamenta lo americano». Pocas veces Luce dejaba de asistir a la iglesia los domingos o se iba a la cama sin arrodillarse para decir sus oraciones. Su mujer, Clare Booth Luce, se convirtió al catolicismo después de que su hija Anne muriera en accidente de coche, en 1943. Fue la conversión más famosa del país, y objeto de burla de algunos detractores. Según un chiste muy repetido en la época, el papa interrumpió una discusión doctrinal con la señora Luce, cuando era embajadora americana en Italia, para recordarle: «Pero, señora, también yo soy católico». Reclamó para sí el crédito de haber convencido a Eisenhower de que se hiciera presbiteriano en el período previo a la campaña electoral de 1952^[4].

«Ni el beneficio, ni la gloria personal motivaban tanto a Luce como su impulso misionero para mejorar a sus conciudadanos, y ejerció su poder, en la creencia, sincera, aunque no unánimemente admitida, de que sabía lo que era bueno para ellos», escribió uno de sus primeros biógrafos^[5]. Él insistía en que «la capacidad americana para tener éxito en la cooperación está directamente relacionada con la dependencia constitucional de Dios, sancionada por la constitución», y creía que «ninguna nación de la historia, excepto el antiguo pueblo de Israel, estaba tan claramente destinado para una etapa concreta del propósito eterno de Dios»^[6]. Para Luce, la guerra fría era una guerra santa, en la que Time Inc. estaba comprometida con su «fin y propósito esencial» de derrotar al comunismo en todo el mundo. «¿Es eso una declaración de guerra privada?», preguntó en una ocasión a los directivos de Time Inc. «En ese caso, ¿no podía ir contra la ley y ser algo demencial? Tal vez, pero existen algunos precedentes importantes de declaración de guerras privadas^[7]». Jamás se utilizó con tanta convicción el paralelismo con los mercenarios de las cruzadas o con el ejército corsario de Francis Drake.

El teólogo más favorecido por Luce fue Reihold Niebuhr, uno de los patrocinadores honorarios del Congreso por la Libertad Cultural, y un

«realista» de la guerra fría, que pensaba que era de la máxima importancia el establecimiento de un equilibrio calculado de poder, quedando la política exterior como exclusiva responsabilidad de una elite. A los miembros de esa elite, Niebuhr les caía francamente simpático. Martin Luther King, por otro lado, afirmaba haber aprendido de él «la potencialidad del mal». Niebuhr proporcionó a manos llenas esta teología a los lectores de *Time-Life*, consiguiendo la aprobación de Sidney Hook para revitalizar con éxito la doctrina del pecado original como herramienta política, y convirtiendo «a Dios en instrumento de la política nacional»^[8]. De hecho, con el imperativo religioso tratando de introducirse en todos los aspectos de la política de la guerra fría, todo el edificio del poder de los Estados Unidos en los años cincuenta parecía descansar en una proposición monista fundamental: que el futuro se decidiría «entre dos grandes bandos de hombres: los que rechazan y los que adoran a Dios»^[9]. «No debemos confundirnos acerca del tema con que se enfrenta el mundo hoy», había advertido el presidente Truman. «Es la tiranía o la libertad... E incluso peor, el comunismo niega la misma existencia de Dios»^[10]. La fabricación de tal concepto, que reducía la complejidad de las relaciones mundiales a una lucha entre los poderes de la luz y de las tinieblas, significaba que la retórica de la política exterior estadounidense había llegado a descansar en unas distinciones que no resistían el proceso de la lógica ni de la racionalidad. Jorge Santayana, en 1916, había descrito el proceso filosófico según el cual ese tipo de distorsiones llegan a dominar el proceso histórico: «A la imaginación que tiene base se le llama conocimiento, a la ilusión que es coherente, se le llama verdad, y a la voluntad que es sistemática se le llama virtud»^[11].

Esas distinciones se le escaparon al joven predicador Billy Graham, que amplificó las advertencias de Truman con la teoría de que «tras el comunismo está Satanás... Creo que no existe otra explicación para los tremendos avances del comunismo en los que parecen superarnos constantemente, a no ser que tengan poder y sabiduría e inteligencia sobrenaturales»^[12]. Norman Mailer infirió un diagnóstico diferente: «La enfermedad política más seria de los Estados Unidos es ser una nación que se cree superior»^[13].

Fue en este clima de dogmatismo doctrinal en el que pudo prosperar el senador Joe McCarthy. En *The Cronicle*, Arthur Miller comparaba las cazas de brujas de Salem con el período de McCarthy para demostrar una culpabilidad paralela, separada por dos centurias, «de mostrar sentimientos ilícitos y reprimidos de hostilidad hacia la sociedad normal y pública tal y como es definida por sus oponentes más ortodoxos. Sin la culpa, la caza de rojos de los años cincuenta, nunca podría haber generado tal poder»^[14] El aspecto fundamental de ambos procesos inquisitoriales era establecer la culpa por medio de la confesión pública, donde del acusado se esperaba que «condenase a sus cómplices así como a su amo, el diablo, y que garantizase su nueva y firme lealtad dejando escapar repugnantes y ancestrales votos, tras lo cual se le dejaba en libertad para que retornase a la compañía de gente extremadamente decente»^[15] Un rasgo curioso de las sesiones del Comité de Actividades Antiamericanas de McCarthy, era que se mostraba «menor interés en los nombres dados que en poner a prueba la sinceridad de la confesión del testigo». Leslie Fiedler, que, como su amigo Irving Kristol, descubrió la religión a principios de los cincuenta, calificó el proceso como una especie de ritual simbólico al decir que «La propia confesión no significa nada, pero sin la confesión... no seremos capaces de avanzar desde un liberalismo de la inocencia a un liberalismo de la responsabilidad»^[16].

El Comité Americano por la Libertad Cultural se sentía profundamente atraído por el simbolismo de la confesión pública. Elia Kazan, que había dado nombres en la sesión presidida por McCarthy de abril de 1952, había sido recompensado haciéndolo entrar en el Comité Americano, que ahora estaba más que dispuesto a luchar sus batallas por él. Sol Stein, con aire jesuítico, defendiendo al Actor's Studio de Kazan de los ataques de un grupo anticomunista, afirmó que Kazan estaba desempeñando el «papel adecuado de los anticomunistas en el teatro, de misionero con sus hermanos políticamente atrasados que han tardado demasiado tiempo en darse cuenta del hecho de que colaborar con organizaciones de base [procomunistas] de este país, contribuye al poder del mamut soviético»^[17] «A aquellos que se alinearon en el pasado con los comunistas se les debería dar la oportunidad de dirigir sus energías en empresas y acciones genuinamente

anticomunistas, si es que eso está de acuerdo con sus actuales convicciones», argumentaba Stein^[18]. A Kazan, dijo, «Se le debería dar espacio para ofrecer a los rezagados una oportunidad de redención para que sus talentos se unan contra nuestro enemigo común»^[19] Esto no fue suficiente para tranquilizar al extremista grupo de presión anticomunista, Aware, Inc., que se quejaba de que Kazan seguía trabajando con «no regenerados» como Marlon Brando, Frank Silvera y Lou Gilbert, Y que no había dado trabajo a «ningún anticomunista activo»^[20].

El Comité Americano también creyó conveniente nombrar para su consejo ejecutivo al informador más famoso de los Estados Unidos, Whittaker Chambers, cuyo testimonio había hundido la carrera de Alger Hiss. Whittaker había elevado el arte del chivateo a nuevas cimas, provocando a uno de sus jefes en *Time-Life* (donde Chambers era director) a decirle, en presencia de Luce, «Creo que su película favorita sería *The Informer*». Sol Stein escribió impaciente a Chambers que su elección había causado «una serie de llamadas anónimas nocturnas que amenazaban con borrar a los miembros del consejo “de la faz de la Tierra”. Dios mío, Dios mío, supongo que nunca nos abandonará tanta locura», terminaba^[21].

«Se discutía —escribió Chambers en *Witness*, su autobiografía publicada en 1952— la cuestión de si esta sociedad enferma, a la que llamamos civilización occidental, podría en un caso extremo, producir un hombre cuya fe en ella fuese tan grande que voluntariamente abandonase lo que es máspreciado para el hombre, incluida la vida, para defenderla^[22]». Presentándose a sí mismo como ese David, Chambers consiguió 75.000 dólares por utilizar su honda contra el comunismo desde el *Saturday Evening Post* que publicó el libro por entregas a lo largo de ocho semanas. «Usted es uno de los que no volvieron del infierno con las manos vacías»^[23], le dijo André Malraux después de leer *Witness*.

Con Dios y el Dinero de su parte, los anticomunistas americanos pudieron cosechar los beneficios de lo que se había convertido en una floreciente subprofesión. En Hollywood, la cruzada para limpiar la cultura americana de todas las impurezas impías fue aprovechada por Hedda Hopper y Louella Parsons, dos columnistas de cotilleo cuyos artículos se publicaban en diarios de todo el país, que eran a la higiene moral lo que

Mrs. Beeton^[*] era a una cocina limpia. Magníficamente pagadas, eran «las furias guardianas, las matronas de la policía que vigilan las puertas para que no entre lo pecaminoso, lo antipatriótico, y los rebeldes contra el decoro, indignos de respirar el mismo aire puro que individuos apostólicos como Louis B. Mayer, Harry Cohn, Jack Warner, Darryl Zanuck, Sam Goldwyn, y otros cuantos. La ferocidad de estas damas hacia el comunismo sólo se puede comparar con su imitación de algunas de sus prácticas»^[24].

Hopper y Parsons, aunque tal vez no lo supieran, eran «libertistas militantes», frase que se refería a una campaña secreta por parte del Pentágono, la Marina y el Consejo de Seguridad Nacional y del Consejo de Coordinación de Operaciones, para incluir el tema de la «libertad» en las películas americanas. El viernes 16 de diciembre de 1955, se convocó una reunión secreta por parte de los Jefes del Estado Mayor Conjunto para discutir cómo Hollywood podía aprovechar la idea de la operación «Militant Liberty». Según un informe alto secreto, «Militant Liberty» estaba pensada para «explicar en palabras sencillas las verdaderas condiciones que se dan bajo el comunismo y explicar los principios en que se fundamenta la forma de vida del mundo libre», y «despertar a las personas libres para que comprendan la magnitud del peligro con que se enfrenta el mundo libre; y, por último, generar una motivación para combatir esta amenaza»^[25]. «La idea era crear un eslogan, una frase política pegadiza que casi todo el mundo creyera que había surgido espontáneamente pero que, en realidad, hubiese sido introducida intencionalmente en la cultura», explicaba el historiador de la cultura Christopher Simpson. «Para aquella época se trató de una operación propagandística de gran perfección»^[26]. Como base de una campaña doctrinal, Militant Liberty fue aprobada en los más altos estamentos. Pero hasta el año siguiente el Pentágono no halló una fórmula concreta mediante la cual lanzar el mensaje. En junio y julio de 1956, representantes del Estado Mayor Conjunto tuvieron varias reuniones en California con un nutrido grupo de figuras de Hollywood dedicadas a erradicar el comunismo: John Ford, Merian Cooper, John Wayne y Ward Bond.

Las reuniones, que tuvieron lugar en el despacho de John Ford en la MGM, llegaban a durar hasta seis horas. Según un informe interno de 5 de

julio de 1956, «Mr. Wayne dijo que en sus películas, las producidas por él (BacJac Productions), el programa [de Militant Liberty] sería introducido con la máxima atención». Para ver cómo se podría hacer, a la noche siguiente, Wayne invitó a todo el mundo a su casa, en 4570 Louise Avenue, Encino. «Después de la cena, se proyectaron las películas *They Were Expendable* y *El hombre tranquilo* y fueron estudiadas por Mr. Wayne y Mr. Ford para ver la forma en que se había introducido un punto de vista favorable a la Marina y a los patrones culturales del mundo libre en ambos filmes^[27]».

En otra reunión, Merian Cooper señaló que a una serie de películas que estaba haciendo Cornelius Vanderbilt Whitney, «les faltaba el tema... y que deseaba que pudiese ser éste (es decir, Militant Liberty) y también dijo que lo introduciría en las demás»^[28] Se convino en que se debería informar del asunto a Whitney. Cornelius *Sonny* Vanderbilt Whitney era un próspero industrial, uno de los herederos de la inmensa fortuna Whitney, cuya dirección había recaído en su primo Jock. Al igual que Jock, también estaba muy próximo a la CIA (Tracy Barnes era primo de ambos), y estuvo más que dispuesto a colaborar: como miembro del consejo, Cornelius permitió que el Whitney Trust se utilizara como vehículo de la CIA. También formaba parte de un equipo que participaba en la formulación de una iniciativa de guerra psicológica llamada Agencia de Información de la Seguridad Nacional^[*]. Fue un productor muy conocido (en 1933, se asoció con David Selznick, y juntos produjeron *Ha nacido una estrella*, *Rebeca*, y *Lo que el viento se llevó*), y en 1954 creó C. V. Whitney Pictures Inc., con ocasión de lo cual dijo «Quiero rodar lo que calificaría como una “serie americana” para mostrar el país a nuestros conciudadanos y también para asegurarnos que el resto del mundo nos conozca mejor»^[29] La primera película de la serie americana fue *The Searchers* [*Centauros del desierto*], producida por un coste de 3 millones de dólares, y dirigida por John Ford.

Durante la guerra, John Ford había sido jefe de la Sección de Fotografía de Campo de la OSS. Su misión consistía en fotografiar los trabajos realizados por los movimientos guerrilleros, los saboteadores y los equipos de la resistencia en la Europa ocupada. Entre las diferentes misiones que se le asignaron estuvo la producción de películas secretas que se proyectaban a

destacados miembros del gobierno. En 1946, creó su propia productora, Argosy Pictures. Los principales accionistas, además de Ford y Merian Cooper, eran todos veteranos de la OSS: William Donovan, Ole Doering (socio del despacho de abogados de Donovan en Wall Street), David Bruce y William Vanderbilt. Ford simpatizaba por completo con la idea de que las agencias de información del gobierno deberían sugerir temas para las películas de Hollywood, y les pidió que «dejaran seis ejemplares del librito sobre *Militant Liberty*, y le enviaran una docena más para que los pudiera pasar a sus guionistas y pudieran familiarizarse con la idea». También pidió que un representante del Estado Mayor Conjunto fuese a Pensacola, Florida, donde se rodaba la película «para ayudar a Introducir los principios de *Militant Liberty* en la película»^[30].

Allí, para ayudar a explicar el mensaje, se encontraba Merian Cooper, que había luchado contra Pancho Villa, y cuando era piloto del ejército, había sido derribado en Francia por los alemanes en 1918. En los años treinta trabajó como productor en la RKO, y a él se debió el nacimiento de Fred Astaire y Ginger Rogers como pareja. También estaba en el rodaje de *Yo, gran cazador*, Ward Bond, presidente de la Motion Picture Alliance for the Preservation of American Ideals^[*], organización dedicada a expulsar a los comunistas de la industria, Y a ayudar al Comité de Actividades Antiamericanas del congreso (HUAC). Bond, según un conocido, «haría todo lo que le hiciese sentirse importante, incluso a costa de pisotear a la gente». Ford (al que repugnaban las listas negras de McCarthy) solía decir: «Admitámoslo: Ward Bond es una mierda. Pero es nuestra mierda favorita». Es así como trabajaba esta especie de consorcio de Hollywood, compuesto por un grupo de hombres que se conocían desde hacía decenas de años, y que buscaban en los demás autorización y apoyo.

Militant Liberty sólo podría haberse dado en unos Estados Unidos conscientes de su suprema responsabilidad. Articulando los imperativos (y sacrificios) de la *pax americana*, en estas películas se ensalzaba el deber, el grupo, la obediencia a las órdenes, el predominio de las hazañas del macho. Fue en este contexto en el que John Wayne, que hizo todo lo posible para evitar el servicio militar en la Segunda Guerra Mundial, llegó a ser considerado como modelo del soldado americano, personificación de la

«americanidad». «El Duque» era un hombre de frontera, dispuesto a domesticar el mundo. En 1979, el Congreso acuñó una medalla en su honor. La inscripción decía simplemente, «JOHN WAYNE, AMERICA». Pero ésta era la América de la persecución contra los comunistas y de los prejuicios étnicos. La película de serie B, *Big Jim McLain* (1952), en la que Wayne interpretaba al héroe homónimo, fue una de las más descarnadas expresiones del odio hacia los comunistas (la película se realizó como homenaje al Comité de Actividades Antiamericanas).

Las películas, como la propaganda, son ficción, pero si esta ficción se manipula adecuadamente, se puede tomar como realidad. Para realizar bien esta función, Hollywood desde hacía mucho tiempo había comprendido la necesidad de diseñar sus historias de acuerdo con el ambiente político y social predominante. Así, había pasado de hacer películas antibolcheviques, en los años veinte y treinta, a la glorificación de Rusia como aliado de guerra (en filmes como *The North Star*, *Days of Glory*, *Song of Russia*, y la bien conocida, *Mission to Moscow*, que había tratado de justificar los Juicios de Moscú y alababa a los rusos como defensores de la democracia), hasta la producción de un rosario de películas anticomunistas en los cincuenta: *The Red Nightmare*, *The Red Menace*, *Invasion USA*, *I Was A Communist for the FBI*, *Red Planet Mars*, *Telón de acero*, *My Son John*, *La invasión de Los Ladrones de cadáveres*. *Cita a las once*, escrita y financiada por el FBI, era la favorita de J. Edgar Hoover. Con títulos tan poco convincentes como sus argumentos, estas películas muestran una obsesión neurótica por lo foráneo, lo desconocido, «el Otro». Del mismo modo que el Capitán América había pasado de combatir a los nazis, a combatir a los comunistas, la actitud de las películas americanas hacia Alemania cambió radicalmente, y a los enemigos vencidos se les representaba ahora como luchadores heroicos y como valerosos adversarios (*Rommel, el zorro del desierto*, 1952; *El zorro de los océanos*, 1955; *The Enemy Below*, 1957). Conforme los enemigos del lunes se convertían en amigos del martes, Hollywood demostró lo fácil que era arrancar las «etiquetas del bien y del mal de un país y [pegarlas] en otro»^[31].

En tanto que estas películas funcionaban bien ante el público norteamericano, atemorizado por las exageradas afirmaciones sobre la

amenaza comunista —la mayoría de los estadounidenses estaban convencidos de que «llegaban los rusos y que, pronto, la bomba habría de caer durante la noche»^[32]— en el mercado internacional funcionaron muy mal. Para una Europa aún herida por el recuerdo del fascismo, el odio insensato y la violencia verbal de la ofrenda anticomunista de Hollywood, carecían por completo de atractivo. Mucho mejor funcionaban los dibujos animados de Disney, y películas optimistas como *Vacaciones en Roma* y *El mago de Oz*. Pero no todos los europeos se dejaron seducir por estos paraísos de ficción. En la letra pequeña de los sucesivos acuerdos comerciales (comenzando con el acuerdo Blum-Byrnes de 1946) se incluían estipulaciones que garantizaban un aumento de las cuotas de pantalla de las películas americanas, en países como Francia. Tales acuerdos eran recibidos con encendidas críticas en los círculos intelectuales franceses, e incluso, en 1948, se produjeron violentas batallas en la calle.

Los estrategas estadounidenses respondieron con sorprendente lentitud ante el resentimiento que se extendía por Europa por la saturación que producía la importación de películas de Hollywood. Al Festival de Cannes de 1951 no asistieron representantes diplomáticos, ni delegación oficial de la industria cinematográfica americana, ni guionistas, técnicos o artistas. Por el contrario, los rusos habían enviado a su viceministro de Cine, así como al famoso director Pudovkin, que hizo una brillante exposición de los logros soviéticos. Después de recibir informes de que los Estados Unidos habían «hecho el tonto» en Cannes, el gobierno de los Estados Unidos decidió prestar más atención a la industria del cine.

El 23 de abril de 1953, tras ser nombrado consejero especial sobre cine, Cecil B. DeMille, irrumpió en la oficina de C. D. Jackson. En una carta a Henry Luce, dos semanas después, C. D. dijo que DeMille «está completamente de nuestra parte... está impresionado con el poder de las películas americanas en el extranjero. Tiene una teoría, que suscribo por completo, de que la utilización más eficaz de las películas americanas no es diseñar toda una película para tratar un determinado problema, sino hacer que en las películas “normales” se introduzca una línea de diálogo apropiada, un comentario, una inflexión de voz, un gesto. Me dijo que en

cualquier momento que yo le diera un tema sencillo en relación con un país o una zona, encontraría la forma de tratarlo en una película»^[33].

La aceptación por parte de DeMille del cargo de consejero en el Motion Picture Service significó un duro golpe para los propagandistas del gobierno. El MPS en virtud de los 135 puestos del Servicio de Información de los Estados Unidos, en 87 países, contaba con una inmensa red de distribución. Rebosante de fondos del gobierno, era de hecho una «productora», con todos los servicios propios de las empresas de producción cinematográfica. Contrataba a productores-directores que tenían que pasar un estricto examen de seguridad y se les asignaban a películas que promovían «los objetivos que los Estados Unidos están interesados en conseguir» y que mejor podían llegar a «determinado público establecido de antemano sobre el que, como medio cinematográfico, hemos de influir»^[34]. Asesoraba a organismos secretos como, por ejemplo, al Consejo de Coordinación de Operaciones sobre las películas adecuadas para su distribución internacional. En junio de 1954, hizo una lista de 37 filmes para ser proyectados tras el Telón de Acero, entre los que estaban: *Peter Pan*, *The Jolson Story*, *Música y Lágrimas*, *The Boy from Oklahoma*, *Vacaciones en Roma*, *Mujercitas*, *Magnolia*, *El motín del Caine*, *Go, Man, Go* (historia de los Harlem Globetrotters), *Alicia en el País de las Maravillas* y *La torre de los ambiciosos*.

El MPS también establecía la participación estadounidense en los festivales de cine en el extranjero, llenando así el vergonzante vacío del Festival de Cannes de 1951. Naturalmente, hizo todo lo posible para excluir a «productores y películas americanos que no apoyasen la política exterior americana, que, en algunos casos pueden resultar peligrosos»^[35] para que no se presentasen en los festivales internacionales. En su lugar se apoyaba a películas como *The Bob Mathias Story* (Allied Artists, 1954), «un retrato casi perfecto de los mejores aspectos de la vida americana —un muchacho en un pueblecito, con su familia, su novia, su carrera, apasionado por el deporte— todo ello encaminado a su doble triunfo como uno de los mejores atletas en la historia de los Juegos Olímpicos... si eso no son los valores americanos que queremos mostrar en la pantalla, entonces deberíamos empezar a buscar otros valores que difundir públicamente»^[36].

En la búsqueda de aliados en Hollywood que entendieran perfectamente «los problemas de propaganda de los Estados Unidos», y que estuviesen dispuestos «a insertar en sus guiones y en sus actos las ideas correctas con la sutileza debida», C. D. Jackson, como de costumbre, tuvo problemas para elegir. En enero de 1954, hizo una lista de «amigos» de los que se podía esperar que ayudasen al gobierno: Cecil B. DeMille, Spyros P. Skouras y Darryl Zanuck, de la Fox; Nicholas Schenk, presidente de MGM. y al productor, Dore Schary; Barney Balaban, presidente de la Paramount; Harry y Jack Warner; James R. Grainger, presidente de la RKO; el presidente de la Universal, Milton Rackmil; el presidente de Columbia Pictures, Harry Cohn; Herbert Yates, de Republic; Walt y Roy Disney; y Eric Johnston de la Motion Picture Association.

Pero el colaborador más valioso que C. D. tenía en Hollywood era el agente de la CIA, Carleton Alsop. Alsop había sido productor y agente, y trabajaba en secreto en los Estudios Paramount. Había trabajado para MGM a mediados de los años treinta, y después, con Judy Garland a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, y para entonces ya había empezado a trabajar en el Taller de la Guerra Psicológica^[*] dirigido por Frank Wisner. A principios de los cincuenta, hacía «informes cinematográficos» regulares para la CIA y para el Consejo de Estrategia Psicológica. Estos informes se realizaban con una doble intención: en primer lugar, controlar a los comunistas y a los compañeros de viaje, en Hollywood; en segundo lugar, para resumir los logros y los fallos de un grupo de presión encubierto, encabezado por Carleton Alsop, encargado de introducir temas específicos en las películas de Hollywood.

Los informes secretos de Alsop son interesantísimos de leer. Revelan el grado en que la CIA pudo extender sus tentáculos en la industria del cine, a pesar de sus afirmaciones de no pretender influir en él. Un informe, fechado el 24 de enero de 1953, se refería al problema de los estereotipos en relación con los negros en Hollywood. Bajo el epígrafe «Los negros en las películas», Alsop informaba de que había logrado que varios directores de reparto utilizasen «negros bien vestidos como parte de la vida normal en Estados Unidos, sin que pareciese demasiado evidente o intencionado. En *La mansión de Sangaree*, que se está rodando ahora, no se puede hacer,

desgraciadamente, porque es una película de época que se desarrolla en el Sur. Por consiguiente, aparecerán negros de plantación. No obstante, esto se compensará, en cierta medida, al colocar un señorial mayordomo negro en una de las principales casas, y dándole un diálogo que deje traslucir que ha sido manumitido y es libre de trabajar donde le plazca»^[37]. Alsop también informó que «se pondrán algunos negros en las escenas de multitudes», en la comedia *¡Qué par de golfantes!* (protagonizada por Jerry Lewis). En una época en que muchos negros tenían tantas posibilidades de entrar en un club de golf como de obtener el derecho al voto, esto parecía verdaderamente optimista^[38].

En ese mismo informe Alsop se refería también a la película *Hoguera de odios*, que excepcionalmente, pretendía cuestionar el trato dado a los apaches. Pero esto, decía Alsop, «presentaba un grave problema», ya que «los rojos podían utilizarlo a su favor». Felizmente, gracias a unos cuantos recortes por su parte, se consiguió que la mayoría de las escenas que pudieran parecer ofensivas (el envío de toda una tribu de apaches a Florida, en contra de su voluntad, y su marcado como animales) fuesen eliminadas y «su impacto se diluyese de forma significativa». Otros cambios se consiguieron volviendo a doblar ciertos diálogos después de finalizado el rodaje. Al presentar el asunto «Como algo comercial y patriótico», Alsop no encontró oposición en el productor de la película, Nat Holt^[39].

Los soviéticos nunca perdieron oportunidad de subrayar el mal expediente de los Estados Unidos en cuanto a las relaciones raciales. En 1946, James Byrnes, secretario de Estado con Truman, se: «quedó sin respuesta y abatido» cuando intentó protestar por la no concesión por parte de los soviéticos del derecho al voto en los Balcanes, y se encontró con que los soviéticos le replicaron, cargados de razón, que «a los negros de Carolina del Sur, el estado de Mr. Byrnes, se les niega el mismo derecho»^[40]. Las acciones de Alsop en Hollywood formaban parte de una campaña más amplia para desacreditar las afirmaciones soviéticas sobre la discriminación, los reducidos sueldos, la desigual justicia y la violencia contra los negros en los Estados Unidos. Por su parte, C. D. Jackson quería enfrentarse directamente con el problema, y afirmó que «es hora que dejemos de justificarnos en términos de “este terrible borrón en nuestro

honor” y que miremos de frente al mundo»^[41]. Con este propósito, los expertos de la guerra psicológica del Consejo de Coordinación de Operaciones (en estrecha colaboración con el Departamento de Estado) crearon un Comité de Presentaciones Culturales^[*] secreto cuya principal actividad era planificar y coordinar las giras de los artistas negros americanos. La aparición en el panorama internacional de Leontyne Price, Dizzy Gillespie, Marian Anderson, William Warfield, la Martha Graham Dance Troupe, y multitud de otros artistas negros y de otras razas durante este período formaba parte de este programa de «exportación» secretamente supervisado. Lo mismo se puede decir de lo que uno de los estrategas encubiertos calificó de «Gran ópera popular negra», *Porgy and Bess*, que recorrió Europa occidental, América del Sur y después, el bloque soviético durante más de una década, en la que su reparto de 70 personas de raza negra eran una «palpable demostración de que el negro americano forma parte de la vida cultural de los Estados Unidos»^[42].

Curiosamente, el ascenso de todos estos artistas americanos negros estaba en proporción directa con la desaparición de los escritores que primero habían alzado su voz contra la mala situación de los negros en la sociedad americana. En 1955, la revista rusa *Inostranaya Literatura* (*Literatura Extranjera*) publicó dos cuentos de Erskine Caldwell que fueron causa de que ese día se les atragantase el desayuno a los responsables de la propaganda americana. «El primer cuento se titula “Crazy Money”^[*] (publicado originalmente en inglés con el título, “The Windfall”^[**]) y es inocuo», escribió John Pauker, de la Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA). «El segundo cuento, sin embargo, es peligroso: se titula “Masses of men”^[***], y trata de las fechorías de las empresas, de la pobreza de los negros y de la violación de una niña de 10 años por 25 centavos.»^[43] La preocupación de la USIA fue hecha suya por el Comité Americano por la Libertad Cultural, que prometió presionar a Caldwell para que desmintiera públicamente ser autor del cuento. Haciéndose eco de las quejas de Sidney Hook, de 1949, de que los escritores sureños fortalecían las percepciones negativas de los Estados Unidos, con sus «novelas de protesta y de revuelta social» y «la degeneración e inanidad americanas»^[44] el Comité Americano decidió «desmarcarse de los incestuosos sureños. Su

obra hace un relato extremadamente parcial y psicológicamente sesgado de nuestras costumbres y nuestra moral»^[45]. No se trataba de una opinión aislada, sino que era compartida por muchos de los participantes en la guerra fría, entre ellos, Eric Johnston, que dirigió el asalto contra los sureños desde su despacho de Hollywood: «No habrá más *Uvas de la ira*, no más *La ruta del tabaco*. No habrá más películas que muestren el aspecto más sórdido de la vida americana»^[46]. Las ventas de los libros de Caldwell, Steinbeck, Faulkner y Richard Wright (el «Steinbleck en sepia»), sufrieron un gran descenso durante este período.

En Hollywood, Carleton Alsop estaba siempre alerta buscando representaciones de la sordidez americana. En un informe, llamaba la atención sobre un guión basado en «una novela llamada “Gigante”», de Edna Ferber. Había «que estar atento», decía, porque «trata estos tres problemas: 1. Un retrato nada halagüeño de los americanos (tejanos), ricos, zafios, despiadados. 2. Discriminación racial de los mexicanos en Texas. 3. Deja traslucir que la riqueza de los anglotexanos se debe a la explotación de la mano de obra mexicana». La solución de Alsop era sencilla: «Haré todo lo posible para que sea rechazado cada vez que el proyecto se intente reactivar en la Paramount»^[47]. Sólo lo logró en parte: fue la Warner Brothers, no la Paramount, la que hizo la película, la última de James Dean, en 1956.

Los informes de Alsop continuaron tomando la temperatura política a Hollywood, dando detalles sobre la complicada tarea de convencer a los productores y a los estudios de que aceptaran lo que la CIA llamaba su «fórmula para Hollywood»^[48]. Salieron los estereotipos negativos y entró todo lo que representaba a la saludable América. «He conseguido eliminar personajes americanos borrachos, normalmente en papeles importantes, cuando no protagonistas, de las siguientes películas», anunciaba Alsop. «*Houdini [El gran Houdini]*. Reportero americano borracho. Eliminado por completo. Puede que tengan que hacer nuevas tomas para corregirlo. *Legend of the Incas*. Eliminadas del guión las partes en que los protagonistas americanos se dedican a beber con exceso. *Elephant Walk [La senda de los elefantes]*. Las escenas de borrachos sólo se han mantenido cuando lo exija verdaderamente el guión. *Leininger and the Ants*. Se han

eliminado del guión todas las partes en que aparecen bebiendo los protagonistas americanos^[49]».

Sobre el tema de «películas que van contra la religión», Alsop mostraba una especial sensibilidad: en una ocasión en que un estudio empezó a desarrollar el guion para *Daughter of Iorio*, de d'Annunzio, en colaboración con Alberto Moravia, Alsop estaba convencido de que sería «100% anticlerical», y se preguntaba: «¿Cómo podemos detenerlo? Supongo que el Vaticano debería hacer algo. No pienso que yo esté tomando una postura demasiado pro católica, que pueda influir en mi manera de pensar. En esta batalla por las mentes, el primer paso que los rojos han de dar es desacreditar a la religión^[50]». Aún más problemas supuso el tratamiento que Roberto Rossellini hizo de la vida de san Francisco, en *Francesco. Giullare di Dio*. «Esto es el colmo —escribió Alsop—. No podría haber mejor película que ésta para desacreditar a la religión... A san Francisco y a sus compañeros... se les caracteriza de una forma tan simplificadora y extrema, que se puede pensar que son un hatajo de imbéciles, no todos cuerdos, y algunos, quizá homosexuales»^[51].

Alsop había entrado en la OPC dirigida por Wisner, al mismo tiempo que Finis Farr, un escritor con relaciones en Hollywood que había trabajado con John O'Hara. Reclutado para el Taller de Guerra Psicológica, Alsop y Farr estaban a las órdenes de Howard Hunt, antiguo miembro de la OSS, cuya afición por la propaganda negra (luego diría que «pensaba en negro»), le valió un empleo dirigiendo los cursos de formación de la CIA en la guerra política y psicológica.

Poco después de la muerte de Orwell, en 1950, Howard Hunt envió a Alsop y a Farr a Inglaterra para que hablasen con Sonia, la viuda del escritor. No fueron allí para consolarla, sino para convencerla de que firmase el contrato de cesión de los derechos de *Animal Farm* [*Rebelión en la granja*]. Ella lo hizo, no sin antes hacerles prometer que organizarían un encuentro con Clark Gable. «De esta [visita] —escribió Howard Hunt— procede la película de dibujos animados *Animal Farm*, que la CIA financió y distribuyó por todo el mundo^[52]».

Después de haber adquirido los derechos, Hunt se dedicó a conseguir un productor que sirviese de tapadera para la CIA. Se decidió por Louis de

Rochemont, que había contratado a Hunt cuando hizo *The March of Time*, una serie de documentales mensuales para Time Inc.^[53]

En relación con Hunt, y utilizando fondos de la CIA inyectados por Alsop y Farr, Rochemont empezó la producción de *Animal Farm* el 15 de noviembre de 1951. Para realizar la película de dibujos animados más ambiciosa del momento (ochenta dibujantes, 750 escenas, 300.000 dibujos en color) se eligió a la empresa británica Halas and Batchelor Cartoon Films Ltd. John Halas había nacido en Hungría y llegó a Inglaterra en 1936. Trabajó en *Music Man*, la primera película inglesa de dibujos en Technicolor. Junto a su mujer, Joy Batchelor, produjo más de un centenar de películas para la Oficina Central Británica de Información, en muchas de las cuales se hacía propaganda del Plan Marshall y de la OTAN.

El editor de *Animal Farm*, Fredric Warburg, se tomó mucho interés en la producción de Halas y mantuvo a sus amigos del Congreso por la Libertad Cultural informados de sus progresos. Visitó el estudio varias veces en 1952-1953, para visionar las secuencias, y para hacer sugerencias de cambios en el guión (¿tal vez fuese Warburg el que sugiriese que al viejo Mayor, profeta de la revolución, se le debería dar la voz y el aspecto de Winston Churchill?). Al mismo tiempo, supervisaba una nueva edición de *Animal Farm*, que sería publicada por Secker y Warburg con fotogramas de la película de Halas y Batchelor.

También el guión fue revisado minuciosamente por el Consejo de Estrategia Psicológica. Según un informe interno de 23 de enero de 1952, el guión aún no terminaba de convencer a sus miembros, los cuales encontraban «el tema algo confuso y el impacto del relato, tal y como quedaba expresado en el orden de las escenas... algo nebuloso. Aunque el simbolismo es aparentemente sencillo, el mensaje no posee demasiada claridad»^[54]. Curiosamente, la crítica de los burócratas de la inteligencia americana se hacía eco de anteriores comentarios de T. S. Eliot y de William Empson, los cuales habían escrito a Orwell en 1944, señalándole fallos e incoherencias en la parábola central de *Animal Farm*.

Los problemas de guión se resolvieron cambiando el final. En el texto original, los cerdos comunistas y los hombres capitalistas no se diferencian, mezclándose en una misma charca de podredumbre. En la película esa

analogía fue cuidadosamente eliminada (Pilkington y Frederick, personajes fundamentales a los que Orwell hace representar a las clases gobernantes británicas y alemana, casi no aparecen) y, en el final, son eliminados sencillamente. En el libro, «Los animales, asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo; y nuevamente del cerdo al hombre; pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro»^[*].

Los espectadores de la película, sin embargo, vieron un desenlace por completo distinto, en el que es la imagen de los cerdos lo que incita a los demás animales que miran a organizar una contrarrevolución victoriosa, arrasando la casa de la granja. Al eliminar de la película a los granjeros humanos, dejando únicamente a los cerdos, disfrutando de los frutos de la explotación, se dio la vuelta a la identificación de la corrupción comunista con la decadencia capitalista.

Mayores libertades, incluso, se propusieron cuando la CIA echó mano de *1984*, una obra posterior de Orwell. Orwell murió antes de ceder los derechos para la película, pero en 1954 ya habían pasado a manos del productor Peter Rathvon. Rathvon, buen amigo de John Ford, había sido presidente de la RKO hasta que fue destituido por Howard Hughes, en 1949. Ese año, creó la Motion Picture Capital Corporation, dedicada a la producción y a la financiación cinematográfica. La corporación —y el propio Rathvon— disfrutaba de estrechas relaciones con el gobierno de los EE UU. financiando películas para el Motion Picture Service. Según Lawrence de Neufville, Howard Hunt solicitó la colaboración de Rathvon en la versión cinematográfica del clásico de Orwell. A través de la corporación de Rathvon, gracias al dinero gubernamental se pudo comenzar la producción de la película^[55], que se estrenó en 1956, teniendo como protagonistas a Edmond O'Brien, Jan Sterling y Michael Redgrave.

La pesadilla descrita por Orwell en *1984*, interesaba a los estrategias culturales en varios aspectos. Los oficiales de la CIA y del Consejo de Estrategia Psicológica (para los cuales el libro era lectura obligada) se aferraban a su tratamiento de los peligros del totalitarismo, pasando por alto el hecho de que Orwell arremetía contra los abusos de *todos* los Estados que sometían a control a sus ciudadanos, tanto de derecha como de izquierda. Aunque los blancos a que se dirigía eran complejos, el mensaje global del

libro estaba claro: era una protesta contra *todas* las mentiras, contra *todos* los trucos empleados por los gobiernos. Pero los responsables de la propaganda americana no tardaron mucho en considerarla como si fuera exclusivamente un tratado anticomunista, lo que llevó a un crítico a decir que «Sea lo que sea lo que Orwell creyese haber hecho, proporcionó a la guerra fría uno de sus mitos más potentes... En los años cincuenta, la OTAN utilizó su misma jerga^[*]»^[56]. En otro plano, *1984* era un libro lleno de desconfianza hacia la cultura de masas y hacia los peligros de la esclavitud universal, en virtud de una ignorancia complaciente (la reacción de Winston cuando la mujer proletaria canta una canción popular mientras cuelga la ropa resume perfectamente este miedo a la «cultura de masas», y a su fácil y soporífero aburrimiento). De nuevo, su objetivo político era menos específico que universal: el abuso del lenguaje y de la lógica —lo que Peter Vansittart llamaba «la miserable amenaza de lo políticamente correcto»— se nos imputaba a Nosotros además de a Ellos. En la versión cinematográfica, esta distinción queda difuminada.

La manipulación de la parábola de Orwell para adecuarse a los prejuicios y posiciones de los productores de la película era, por supuesto, totalmente coherente con el sesgo político de la guerra fría cultural. Para ayudar a estructurar esta interpretación partidista nadie mejor que Sol Stein, director ejecutivo del Comité Americano por la Libertad Cultural, al que Rathvon consultó en varias ocasiones pidiéndole consejo para el guión. Stein tenía consejos para dar y tomar. Primero, el guión «debería prestar mucha atención a las cuestiones específicas del totalitarismo de nuestros días. Por ejemplo, los carteles del “Gran Hermano” deberían llevar la fotografía de un ser humano real, no una caricatura de Stalin»^[57]. Nada en la película debería ser una caricatura, continuaba Stein, «sino simplemente una ampliación de algo que podemos contemplar directamente en la actualidad». Por ejemplo, cuando «Se supone que los miembros de la Liga Antisexo lleven bandas sobre el pecho», a Stein le preocupaba que «esas bandas no se parezcan nada a lo que sucede en la vida de los países totalitarios, tal y como los conocemos, sino a las bandas que llevan los diplomáticos en los actos oficiales»^[58]. Stein, por lo tanto, sugería, que deberían llevar brazaletes, en lugar de bandas. Análogamente, en el lugar

donde Orwell hace aparecer las trompetas en la novela, Stein quería que se «eliminassen», porque para los americanos, las trompetas se «asociaban con las ceremonias»^[59].

Pero fue el final lo que más inquietaba a Stein, que le dijo a Rathvon: «El problema con el final, como yo lo entiendo, es que termina en una nota de total desesperación: a Winston Smith le privan de su humanidad y capitula ante el Estado totalitario. Creo que estamos de acuerdo en que esto presenta una situación sin esperanza, cuando, en realidad, existe cierta esperanza... esperanza en que la naturaleza humana no pueda ser cambiada por el totalitarismo y que tanto el amor como la naturaleza pueden sobrevivir incluso bajo los horrendos abusos del Gran Hermano^[60]». Stein propuso que Rathvon eliminase el final de Orwell, cambiándolo por el siguiente desenlace: «Julia se levanta y se aleja de Winston. ¿Por qué Winston no puede salir también del café?, no tras Julia, sino en dirección contraria y mientras camina compungido por la calle, ¿no podría ver los rostros de los niños, no la cara de la niña que acusa a su padre sino los rostros de los niños que han logrado mantener parte de su inocencia natural?... Comienza a caminar más deprisa, y la música aumenta de volumen hasta que Winston vuelva a encontrarse cerca del apartado lugar donde él y Julia se refugiaron del mundo totalitario. De nuevo vemos las hojas de hierba, el viento azotando los árboles, e incluso, quizá, a través de los ojos de Winston, a otra pareja acurrucada. Son esas cosas las que para Winston, y para nosotros, representan lo permanente, lo que el Gran Hermano no puede destruir. Y mientras Winston se aleja de esta escena, oímos en la banda sonora el latido de su corazón y se queda sin aliento al darse cuenta de lo que el Gran Hermano no puede quitar a la humanidad, lo que siempre supondrá un contraste y un conflicto con el mundo de 1984, y quizá, para fijar este punto de vista, podemos ver a Winston mirarse las manos: dos dedos de la mano izquierda, dos dedos de la mano derecha; sabe que dos más dos son cuatro. Al darse cuenta de esto, continuamos oyendo latir su corazón, y por extensión, también late el corazón de la humanidad, más fuerte, conforme la película toca a su fin^[61]».

La película, de hecho, se terminó con dos finales diferentes, uno para el público estadounidense y otro para el británico. Ninguno utilizó las

edulcoradas sugerencias de Stein, aunque la versión británica era fiel a la idea del final de Stein, con Winston abatido a tiros tras gritar «¡Abajo el Gran Hermano!», seguido instantes después por Julia. En el libro, en claro contraste, Orwell niega explícitamente la posibilidad de que el espíritu humano se pueda alzar por encima de las presiones del Gran Hermano. Winston está totalmente abatido, destrozado su espíritu, «la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano»^[*]. Las instrucciones expresas de Orwell de que bajo ningún concepto se debía alterar *1984*, fueron adecuadamente desoídas.

Las películas *Animal Farm* y *1984* estuvieron listas para su distribución en 1956. Sol Stein anunció que eran «de interés cultural para el Comité Americano por la Libertad Cultural» y prometió ocuparse de que tuvieran «la mayor difusión posible»^[62]. Se dieron los pasos necesarios para facilitar que las películas recibiesen una favorable acogida, como «concertar la publicación de editoriales en los periódicos de Nueva York» y la distribución de «gran cantidad de cupones de descuento».

Se podría decir que las «falsificaciones» son inherentes a todas las adaptaciones de un texto al celuloide; que producir una película es por sí mismo —y no necesariamente malo— un acto de traducción o incluso de reinención. Isaac Deutscher, en «The Mysticism of Cruelty», su ensayo sobre *1984*, afirmaba que Orwell «tomó prestada la idea de *1984*, el argumento, los principales personajes, los símbolos y toda la situación del argumento de la obra *Nosotros* de Evgeny Zamyatin»^[63]. El recuerdo personal que Deutscher tenía de Orwell era que «estaba obsesionado por las “conspiraciones”, y que su forma de razonar en política me sorprendió como si fuera una sublimación freudiana de una manía persecutoria». Preocupado por la «falta de sentido histórico y de comprensión psicológica de la vida política» de Orwell, Deutscher advertía: «Sería peligroso no reconocer el hecho de que, en el Oeste, millones de personas pueden tender, en su angustia y miedo, a huir de su propia responsabilidad en el destino de la humanidad y a dar rienda suelta a su enojo y desesperación acerca del diablo y a la vez chivo expiatorio que el *1984* de Orwell ha puesto ante sus ojos... Pobre Orwell, nunca se podría haber imaginado que su propio libro sería algo tan importante en el programa de la Semana del Odio^[*]»^[64].

Pero el propio Orwell no era por completo inocente de tales manipulaciones de la guerra fría. Después de todo, había entregado una lista de personas sospechosas de ser compañeros de viaje al Departamento de Investigación de la Información, en 1949, una lista en la que denunciaba a 35 personas como compañeros de viaje (o «FT» en la jerga de Orwell)^[**], testaferros del comunismo, o «Simpatizantes», entre ellos, Kingsley Marlin, director del *New Statesman and Nation* («Liberal degenerado. Muy deshonesto»), Paul Robeson («Muy antiblanco. Partidario de Wallace»), J. B. Priestley («Simpatizante convencido, posiblemente tenga algún tipo de vínculo organizativo. Muy antiamericano»), y Michael Redgrave (una ironía del destino dada su aparición en la película *1984*)^[65]. Como sospechaba de casi todo el mundo, Orwell llevó junto a él, durante muchos años un cuadernillo de cuarto azul. Hacia 1949, ya incluía 125 nombres, y se había convertido en una especie de «juego» al que Orwell le gustaba jugar con Koestler y Richard Rees, y que consistía en calcular «hasta qué grado de traición serían capaces de llegar nuestras bestias negras favoritas»^[66]. Los criterios para la inclusión en el cuaderno parece que eran bastante amplios, como en el caso de Stephen Spender, cuya «tendencia a la homosexualidad», mereció ser anotada (también dijo que era «muy poco fiable» y «fácilmente influenciable»). Al realista americano John Steinbeck se le incluía en la lista sólo por ser un «Escritor espurio, pseudoingenuo», en tanto que Upton Sinclair se ganó el epíteto «Muy tonto». A George Padmore (pseudónimo de Malcolm Nurse) se le calificaba de «Negro, ¿de origen africano?», «antiblanco» y, probablemente, amante de Nancy Cunard. Tom Driberg fue objeto de duros ataques, al representar todo aquello que a Orwell le encantaba temer: «Homosexual», «Se cree que es miembro clandestino», y «Judío inglés»^[67].

Sin embargo lo que Orwell llamaba su «listita», pasó de ser una especie de juego a tomar una nueva y siniestra dimensión cuando, voluntariamente, la entregó al IRD, un arma secreta (como sabía Orwell) del Foreign Office. Aunque, más tarde, Adam Watson, del IRD, dijera que «Su utilidad inmediata fue que esta gente no habría de escribir para nosotros», también reveló que «[sus] conexiones con organizaciones apoyadas por los soviéticos podrían denunciarse posteriormente»^[68]. Dicho de otro modo,

una vez en poder de una rama del gobierno cuyas actividades no estaban sujetas a control, la lista de Orwell perdió toda la inocencia que pudiera haber tenido como documento privado. Se convirtió en un archivo que representaba un riesgo cierto de dañar la reputación y las carreras de las personas.

Cincuenta años después. Bemard Crick, biógrafo autorizado de Orwell, defendió con firmeza la acción de Orwell, diciendo que «no era distinto de los ciudadanos responsables que hoy pasan información a la brigada antiterrorista sobre personas que conocen y piensan que son activistas del IRA. Se consideraba una época muy peligrosa, el final de los cuarenta»^[69]. De esta defensa se hicieron eco los que estaban decididos a perpetuar el mito de la existencia de un grupo intelectual, unido por sus vínculos con Moscú, y unidos en un intento sedicioso de preparar el terreno para el estalinismo en Gran Bretaña. No existe evidencia de que nadie en la lista de Orwell (según lo que se ha hecho público de ella) estuviese implicado en actividades ilegales, y, ciertamente, nada que justificase su comparación con los terroristas irlandeses. «Homosexual» era la única acusación que conllevaba riesgo de condena criminal, aunque ello no parece haber disuadido a Orwell en su empleo de la palabra. Las leyes británicas no prohibían la pertenencia al Partido Comunista, ni ser judío, ni sentimental, ni estúpido. «En lo que al derecho concierne, Orwell no puede hacer nada torcido»^[*], ha escrito Peregrine Worsthorne. «Se confía totalmente en su opinión en estos asuntos. Si pensaba que la guerra fría justificaba que un escritor estuviese deseoso de vender a otro, ya estaba. Fin de la discusión. Pero no debería serlo. Un acto deshonesto no se convierte en honesto sólo porque fuese cometido por George Orwell^[70]».

Esto no quiere decir que Orwell hiciese mal en preocuparse de lo que él llamaba «efecto venenoso del mito ruso en la vida intelectual inglesa»^[71]. Él, más que nadie, conocía el coste de la ideología, y las distorsiones realizadas en su nombre por «los liberales que temen a la libertad y los intelectuales que quieren hacer daño al intelecto»^[72]. Pero por sus actos, demostró que había confundido el papel del intelectual y el del policía. Como intelectual, Orwell podía contar con público para sus ataques contra la rusomanía británica, *abiertamente*, entrando en un debate con sus

oponentes en las páginas de *Tribune*, *Polemic*, y otras revistas y periódicos. ¿De qué forma se defendía la causa de la libertad respondiendo con subterfugios a la (supuesta) deshonestidad intelectual?

«Si tuviera que elegir un texto para justificarme, elegiría el verso de Milton: “Por las conocidas normas de la vieja libertad”», escribió Orwell en el prefacio de *Animal Farm*. La frase, explicaba, se refería a su fe en la «arraigada tradición» de «libertad intelectual... sin la cual nuestra característica cultura occidental es dudoso que existiese». A continuación incluía una cita de Voltaire: «Detesto lo que decís; defenderé hasta la muerte vuestro derecho a decirlo^[73]». Meses antes de su muerte, Orwell parecía estar diciendo: «Detesto lo que decís; defenderé hasta la muerte vuestro derecho a decirlo; pero no en cualquier circunstancia». Comentando lo que ella consideraba como un viraje de Orwell a la derecha, Mary McCarthy señaló que fue una bendición que muriese tan joven.

Cuando las gambas aprendan a silbar

La libertad pasó a convertirse en una serie de tópicos...
el cliché, Ajajá: «No todas las sociedades que parecen libres
son todo lo libres que parecen»... el discutible cliché:
«La libertad es indivisible».

DWIGHT MACDONALD, 1956

«¡Atención! ¡Atención! Estimados oyentes, van a escuchar ahora el manifiesto de la Federación de Escritores Húngaros... Están escuchando a la Federación de Escritores Húngaros. A todos los escritores del mundo, a todos los científicos, a todas las federaciones de escritores, a todas las sociedades científicas, a toda la elite intelectual del mundo, a todos os pedimos vuestra ayuda y apoyo. No queda mucho tiempo. Ya conocen los hechos. No es preciso añadir más información. Ayudad a Hungría. Ayudad al pueblo húngaro. Ayudad a los escritores, científicos, obreros, campesinos y a nuestros intelectuales. Socorro. Socorro. Socorro».

Domingo 4 de noviembre de 1956. A las 8.07, minutos después de este mensaje radiofónico, Radio Budapest dejó de oírse. El ejército soviético entró en la capital oculto por la noche, y comenzó su brutal represión del levantamiento de octubre. En los meses que siguieron, 15.000 húngaros murieron, y otros 5.000 fueron arrestados sin juicio. Mientras las divisiones acorazadas avanzaban por los bulevares del centro de Budapest, era como si

la Unión Soviética estuviese castigando al mundo por haber hecho un juicio tan equivocado sobre ella: ¿el estalinismo está muerto? ¡viva el estalinismo!

Después de una década de hacer planes, de analizar y compilar información y de diseñar estrategias para la liberación de las «naciones cautivas de Europa», los Estados Unidos permanecían inmóviles y aparentemente horrorizados ante esta demostración de fuerza soviética. «Los revolucionarios húngaros murieron, desconsolados, ante el mundo libre que estaba dispuesto a compartir su triunfo pero no su lucha»^[1], escribió con amargura Manès Sperber el 11 de noviembre. Pero con la simultánea invasión anglo-francesa-israelí de Suez, Eisenhower se vio atrapado en el lodo moral, con las manos atadas por el cruel y evidente paralelismo de agresión imperialista.

Pero no fue sólo Suez lo que paralizó a los EE UU: mientras que los estrategias del gobierno y los jefes de los servicios de inteligencia habían estado años conspirando para conseguir un hecho como el levantamiento húngaro, era como una entelequia, un juego abstracto que resultó ser absolutamente inútil llegado el momento de la verdad. La «Operación Focus», mediante la cual, la CIA creía estar controlando los asuntos húngaros desde principios de los cincuenta, resultó estar irremisiblemente desenfocada. Lawrence de Neufville, que había sido destinado a Radio Europa Libre en 1954, recordaba que durante su primer mes en el puesto preguntó: «¿Qué sucedería si entra un hombre con gabardina y dice “Hemos estado escuchando todo lo que decís y estamos dispuestos a iniciar una revolución”? El tema fue objeto de debate en una reunión especial del consejo y no supieron lo que hacer. Era un castillo de naipes, y se lo dije. Todos estaban atareados pensando que estaban haciendo el bien y que no había nadie que estuviese conspirando realmente. Se vieron superados por los acontecimientos»^[2].

Durante el levantamiento de octubre, Radio Europa Libre había alentado constantemente a los insurgentes. Según algunas versiones, incluso prometió apoyo armado, aunque ello fue —y aún sigue siendo— negado categóricamente por la CIA. Pero según Neufville, la Agencia no estaba en posición de hacer ese desmentido porque, increíblemente no tenía ni idea de lo que se radiaba en su sección húngara. «Todo el asunto fue una farsa y un

engaño —explicaba—. Radio Europa Libre enviaba regularmente informes a Washington y a Munich sobre sus programas, pero no servía de nada porque ni siquiera atendían a sus propias instrucciones. Más aún, el gobierno de EE UU tenía un acuerdo con los británicos para controlar y traducir las emisiones de la Europa Oriental, pero increíblemente, nadie traducía los programas de Radio Europa Libre, por lo que en Washington, simplemente, no sabían lo que su propia emisora emitía. La CIA no podía desmentir las emisiones para Hungría, porque, sencillamente, no las conocían^[3]». No se han hallado las transcripciones completas de Radio Europa Libre en húngaro correspondientes a aquellos cruciales días de octubre de 1956.

Tan pronto quedó claro el fracaso de la revolución de Octubre, miles de húngaros huyeron a Austria para escapar de las represalias soviéticas. Precipitándose hacia la frontera, la mayoría se dirigieron a Viena. Una vez más los estadounidenses se vieron absolutamente sorprendidos. En una carta a Shepard Stone, de la Fundación Ford, Josselson advertía que «la situación en relación con los refugiados parece estar llegando a un caos intolerable. Nuestra propia oficina de Viena, así como los que llegan de allí en los últimos días hablan de una inminente catástrofe, a no ser que se tomen inmediatamente medidas serias»^[4]. También estaba en Viena Frank Wisner, que había llegado desde Washington justo a tiempo de ser testigo de los restos de la fallida revolución. A Wisner le afectó tanto emocionalmente que se dio a la bebida. Al llegar a su siguiente parada, Roma, los agentes de la CIA allí destacados tuvieron que rescatarle más de una vez de sus juergas etílicas. En Atenas comió almejas crudas, y contrajo hepatitis acompañada de fiebre y delirios. La familia y los amigos de Wisner atribuyeron su caída en desgracia como subdirector de Allen Dulles a la confusión emocional de aquel otoño. Cada vez más irritable e irracional, en 1958, tuvo una crisis nerviosa y fue sustituido en el cargo^[5].

Melvin Lasky también se presentó rápidamente, yendo y viniendo desde Viena a la frontera húngara en estado de gran agitación. Mientras Wisner sufría su personal calvario, Lasky no cabía en sí de gozo por haberse cumplido su profecía. «Hungría, bueno, eso era lo que necesitábamos», recordaba con regusto. «Quiero decir, no tuvimos que hacer nada. Era la

justificación de nuestros análisis, según los cuales, el totalitarismo es una auténtica farsa. Proporcionó al tema de la libertad, de la libertad burguesa, la máxima prioridad^[6]». Lasky, aliándose con Friedrich Torberg, cuya oficina de *Forum* se convirtió en improvisado cuartel general durante la campaña del Congreso en Hungría, creó un registro de refugiados intelectuales y estudiantes, e hizo todo lo que pudo para encontrarles plaza en las universidades europeas (a un ritmo de quince diarios). También empezó a compilar un *dossier* (con ayuda de sus amigos de Radio Europa Libre y de la Voz de América) para *La Révolution Hongroise*, un Libro Blanco publicado en Inglaterra por Secker y Warburg, y en los EE UU, por Praeger.

En París, el Congreso dio de sí todo de lo que era capaz; sus oficinas del Boulevard Haussman estaban siempre atestadas de gente. «Fue un momento de la máxima tensión y pasión. Fue tremendamente emocionante, para eso era para lo que estábamos allí»^[7], dijo John Hunt, que había llegado al Congreso tan sólo unos meses antes. Echando mano de su extensa red de contactos y afiliados, la oficina de París coordinó las protestas públicas desde Santiago de Chile a Dinamarca, desde el Líbano a Nueva York. de Hamburgo a Bombay. En Suecia, el comité local convenció a ocho premios Nobel de que firmaran un telegrama de protesta dirigido al mariscal Bulganin. El Comité Americano organizó una concentración a la que asistieron Koestler y Silone (querían contar con Hemingway, y telegrafiaron a Josselson para que les ayudase a localizarle, pero replicó, «Hemingway probablemente en Europa paradero incierto»). En enero de 1957 la oficina de París informó que «Nunca antes las acciones de los diversos comités nacionales han estado tan unificadas y tan bien organizadas»^[8].

Otra consecuencia de la crisis de Hungría fue la formación de la Philharmonica Hungarica, una orquesta creada por iniciativa de Josselson bajo la dirección musical de Antal Dorali, y con Zoltan Rozsnyay como director. Rozsnyay había huido a Viena junto con un centenar de profesores de la Filarmónica de Budapest, nada mas empezar los tanques soviéticos a bombardear la capital húngara. Con una subvención inicial de 70.000 dólares, la orquesta se convirtió en un potente foco de la *Kulturkampf*, y aún sigue haciendo giras en la actualidad.

Pero quizá lo más interesante para Josselson y sus «tropas de choque intelectuales» fue la noticia de que Sartre había repudiado públicamente al Partido Comunista, calificando a la Jerarquía soviética de «grupo que hoy sobrepasa al estalinismo después de haberlo denunciado». En un artículo de *L'Express* de 9 de noviembre de 1956, denunció la política soviética desde la Segunda Guerra Mundial como «doce años de terror y estupidez», y condenó «sin reservas» la intervención en Hungría. También reservó unas invectivas especiales para los comunistas de su propio país: «No es, y nunca será posible reanudar relaciones con los hombres que hoy dirigen el Partido Comunista Francés. Cada una de sus frases, cada uno de sus movimientos, son producto de treinta años de mentiras y esclerosis. Sus reacciones son de personas totalmente irresponsables^[9]» El Congreso difundió miles de copias de la declaración de Sartre distribuyéndola junto a la de Camus, que había amenazado con encabezar un boicot a las Naciones Unidas si la ONU no aprobaba una moción a favor de «la retirada inmediata de las tropas soviéticas» de Hungría, y con «denunciar públicamente su fracaso» si la ONU no cumplía esta exigencia. «Parece haber... una escisión entre los intelectuales franceses con respecto a los comunistas, compañeros de viaje, progresistas, anti-anticomunistas, y comunistas anticomunista, en ese orden»^[10] señalaba Josselson con regocijo. El Comité National des Ecrivains de Louis Aragon, respaldado por los comunistas estaba siendo, dijo, «virtualmente torpedeado... No nos equivocaremos si decimos que la “mística” comunista ha sido aplastada». Pero también señaló que «El Partido Socialista Francés podría haberse aprovechado de la situación si no hubiese sido por la desafortunada intervención en Egipto»^[11].

Otra cuestión relacionada con el conflicto de Suez influyó en la forma de pensar de Josselson a partir de entonces. «Es evidente que si Europa no quiere sucumbir, ha de independizarse del petróleo de Oriente Próximo», le dijo a un corresponsal. «La respuesta, tal vez sea la intensificación de la investigación científica con vistas a la sustitución del petróleo por otras fuentes de energía^[12]». Concretamente, Josselson se refería a la energía nuclear. Una de las prioridades de la política exterior estadounidense, desde hacía tiempo, había sido intentar ganar adeptos para la energía atómica. En 1952, C. D. Jackson anotó en su diario oficial que «la cosa prosperaba en

Life, en un artículo de Gordon Dean, para eliminar el complejo de culpa de los Estados Unidos por el uso de la bomba atómica»^[13]. C. D. Jackson también participó muy de cerca en la preparación del famoso discurso de Eisenhower a las Naciones Unidas «Átomos para la paz», de 8 de diciembre de 1953, en el que el presidente propuso una reducción unilateral de armas atómicas, y esbozaba los medios de desviar los usos militares de la energía nuclear a usos civiles. C. D. Jackson era de los que no perdían jamás oportunidad de hacer propaganda, envió un informe interno a Frank Wisner, en febrero de 1954, en el que sugería ampliar la propuesta de Eisenhower, para que incluyese «el anuncio de un plan para construir el primer reactor atómico en Berlín». Había, dijo C. D., «muchas razones prácticas además de propagandísticas para hacer esto. Cada onza de combustible, líquido o sólido que se utiliza en Berlín ha de entrar en la ciudad pasando por territorio soviético. A pesar de las reservas almacenadas, un nuevo bloqueo constituiría un grave problema»^[14] Una central nuclear, según él, «Sería capaz de suministrar la [energía] necesaria para la ciudad en caso de bloqueo». Su valor propagandístico, «frente a alemanes y soviéticos» era «evidente». En realidad, como propaganda, ni siquiera sería necesario adoptar «Una decisión final sobre la construcción real de una central eléctrica. La idea podía simplemente filtrarse como idea. Podría hacerse pulular por Berlín a un grupo de expertos para encontrar el emplazamiento adecuado; se podría vallar una escombrera y colocarle guardias y misteriosos letreros; el proyecto, de momento, se podría limitar a esta fase de rumor, que desde el punto de vista de los berlineses y de los observadores soviéticos es casi lo mismo que empezar de verdad las obras»^[15].

Josselson no poseía nada parecido a este don de razonamiento maquiavélico. Realmente le convencía la idea de Eisenhower de «forjar azadones con sus espadas nucleares^[*]»^[16] Sus motivos eran sinceros, aunque ingenuos: en una carta a Nabokov, le decía que «es evidente que el uso de la energía atómica cambiará profundamente al hombre y a la sociedad. Estoy firmemente convencido de que también será el canto del cisne del marxismo y dará una nueva base filosófica y sociológica para la humanidad, igual que la Revolución industrial suministró el fundamento de

las teorías de Marx»^[17] Calificando a la propuesta de Eisenhower de emplear las fuentes de energía atómica para usos pacíficos de «golpe genial», Josselson estaba deseoso de promover la idea en las publicaciones del Congreso, pero se encontró con un muro de indiferencia. «He estado haciendo todo lo posible para que la propuesta [de Eisenhower] fuese comentada en una serie de artículos en *Preuves*, de donde habrían sido tomados para ser publicados en otras revistas de Europa», dijo a Neufville en enero de 1954. «Lamentablemente los tres principales científicos no comunistas de Francia se han negado con varios pretextos... Es un ejemplo más de idea que no se aprovecha del todo porque la gente, o es muy perezosa o está demasiado ocupada, o porque no les importa un pimiento^[18]. Con todo, es una idea que puede infundir nueva esperanza y confianza entre algunos europeos bastante descorazonados». Josselson terminaba diciendo «Si tienes ideas, por favor, no te las calles»^[19].

Lo que sucedió a continuación nos permite saber de verdad cómo funcionaba la burocracia clandestina tras el Congreso por la Libertad Cultural. La carta de Josselson pasó a manos de C. D. Jackson en la Casa Blanca. C. D. Jackson se la pasó a Tracy Barnes de la CIA, con la sugerencia de que se invitase a William Tyler «para que escribiese el artículo que habría de firmar algún destacado científico europeo». Tyler era un funcionario de Exteriores de la embajada americana en París (aunque sus muchas funciones sugieren que ello no era sino una tapadera). «Además de escribir en un impecable francés de la Academie —dijo Jackson—, Tyler tiene la ventaja de haber participado en muchos... de los borradores de este discurso, por lo que comprende perfectamente la filosofía del discurso». Jackson le dijo a Barnes que, con carácter de urgencia, «enviase la idea de nuevo a Josselson», ya que estaba a punto de cerrarse el siguiente número de *Preuves*^[20].

Mientras Josselson fue forjando sus planes para una Europa nuclear unida tras el concepto de la libertad democrática, Dwight Macdonald estaba en Egipto enviado por *Encounter*, de la que acababa de ser nombrado director adjunto, para ver lo mal que se portaban los imperios occidentales. Macdonald, que, según dijo un amigo, parecía un profesor chiflado con un cazamariposas, estaba en uno de los mejores momentos de su carrera:

acababa de terminar su largo estudio sobre la Fundación Ford para *The New Yorker*, y le encantaba la posibilidad de trabajar para una revista intelectual como *Encounter*. Hubiese sido extraño que este periodo en El Cairo no le hubiese estimulado a escribir un buen reportaje. En realidad cuando oyó el estallido de una bomba en un edificio junto a su hotel, agarró sus bártulos y se trasladó a los suburbios, donde se escondió durante varios días sin ponerse en contacto con la oficina de *Encounter*. Macdonald, que había calificado su arresto, en 1940, por tomar parte en un piquete frente al consulado soviético de Nueva York, de «divertidísimo», parecía ahora haber perdido el gusto por el riesgo; no salió nunca de la ciudad para ver la zona en conflicto. «Pagamos unos cientos de libras por su pasaje y pagamos el hotel, para que Dwight pudiese hacer una necrológica de Suez —recordaba Lasky—, pero lo que escribió fue absolutamente impublicable. Se bloqueó por completo, y cuando volvió estuvo pululando durante meses por la oficina y seguía bloqueado^[21]».

El nombramiento de Macdonald en *Encounter* fue polémico desde su inicio. A Josselson nunca le gustó la dirección de Kristol, y ambos habían chocado sobre el enfoque de la revista desde el primer número. Josselson pensaba que Kristol era demasiado remilgado en lo tocante a la guerra fría, y le exigió que diese mayor peso político a la revista. «No estamos publicando revistas Culturales con C mayúscula. Me molesta el que no se capaz de comprender esto»^[22], amonestaba Josselson a Kristol (en un comentario que viene a ser como justificar la observación de un crítico de que *Encounter* era una revista de propaganda política con maquillaje cultural). Lasky, como siempre, estuvo de acuerdo con Josselson: «A mediados de los cincuenta nos preocupaba el que *Encounter* no prestase suficiente atención a los asuntos soviéticos y del bloque oriental. Pero Kristol no quería hacerlo, tenía una especie de miedo nervioso compulsivo, al debate ideológico^[23]». A pesar de haber llamado al orden a Kristol en una serie de reuniones en París, a principios de 1955, Josselson ya estaba hasta la coronilla. «Recordará que en la reunión del Comité Ejecutivo todo el mundo estuvo de acuerdo en que el periodo empleado por *Encounter* en contrarrestar la resistencia encubierta y pública, fue un tiempo bien empleado —escribió misteriosamente Josselson—, pero es hora ya de dar

un paso más^[24]». La respuesta de Kristol no fue nada dócil. «Fundamentalmente —escribió— he hecho las cosas a mi modo... Si mi modo no es adecuado, siempre existe una “solución definitiva”^[25]».

Mientras Kristol aludía impasible a su propio despido, Josselson ya se le había adelantado, dando instrucciones a Nabokov y a Lasky para que hicieran consultas y pidieran referencias para nombrar otro director. Isaiah Berlin, al que habitualmente se consultaba sobre esos asuntos, sugirió a H. Stuart Hughes. Otra posibilidad era Philip Horton, antiguo miembro de la OSS y primer jefe de misión de la CIA en París, en 1947, que por entonces trabajaba para *The Reporter*. Spender, mientras tanto, se dedicaba con toda su energía a comerle el teneno a Kristol. «Como es tan competitivo, pienso, es por lo que considera todas las decisiones como una especie de conflicto en el que ha de salir victorioso, bien si se hace lo que él dice o saboteando cuando es la de su colega la postura que triunfa»^[26], le dijo a Josselson, para que ya no le cupiesen dudas de las ventajas de despedir a Kristol: «Si se va Irving podremos empezar a debatir cosas que se pueden decidir inmediatamente pero que él convierte en batallas interminables^[27]». Nabokov, mientras tanto, tenía en mente otro candidato, y escribió una carta a su amigo y confidente, Arturo Schlesinger para pedirle si podía sondear «con mucho, muchísimo tacto» a Dwight Macdonald. Schlesinger se mostró muy favorable. Lo mismo que Muggeridge, cuyo comentario de que Kristol era «Un tipo muy agradable pero perfectamente inútil e incapaz de hacer nada aquí», escondía lo que según Lasky era «un odio biológico —pensaba que era un bárbaro—»^[28].

Josselson accedió a hablar del asunto con Macdonald en Nueva York, y se reunió con él en junio de 1955. Los dos congeniaron pero a Josselson le preocupaba que su carácter impertinente no sería fácil de que se pudiese adaptar a su trabajo para el Congreso. Era, dijo Josselson, demasiado «lobo solitario». Cuando Sidney Hook se enteró de la reunión, amenazó con dimitir del Comité Ejecutivo y dijo que «denunciaría al Congreso»^[29] si se nombraba a Macdonald. Kristol, al que se había mantenido al margen durante todas estas negociaciones, no se lo podía creer cuando finalmente se enteró de que se estaba estudiando la posibilidad de que fuese

Macdonald el que le sustituyese. «Era ridículo —¡era anarquista y pacifista! —»^[30], diría más tarde.

Durante la época de la conferencia «El futuro de la libertad», organizada por el Congreso en Milán, en septiembre de 1955, el asunto seguía sin resolver. Durante esa semana de septiembre de 1955, el hotel de los delegados rebosaba de intrigas. Stuart Hampshire se acordaba más del politiquero de pasillos que de los propios debates (que, según Hannah Arendt, fueron «mortalmente aburridos»). Mientras que George Kennan peroraba sobre «La estrategia de la libertad» (típico tema de Kennan —la libertad, al igual que la política exterior, tenía que ser estratégicamente organizada—), la habitación de Sidney Hook se convirtió en el centro de una facción opuesta al nombramiento de Dwight. Unas puertas más allá, en el mismo corredor, estaba la habitación de Schlesinger, lugar donde se congregaba la facción que apoyaba el nombramiento de Dwight. «Dwight fue vetado, principalmente por Sidney Hook —recordaba Hampshire—. Me di cuenta perfectamente de que existía un control central —el aparato—. Ciertamente Dwight hubiese sido un verdadero peligro por su falta de disciplina política. Nunca se sabía lo que podría hacer o decir. Y no lo iban a permitir^[31]».

Schlesinger se cerró en banda: «Yo le defendí. También la CIA, y ellos presionaron a Josselson para que aceptase, cosa que hizo a regañadientes^[32]». Finalmente se llegó a una solución de compromiso en virtud de la cual Macdonald estaría en *Encounter* durante un año en el cargo de «director escritor», y Kristol permanecería en su puesto. En una carta a Muggeridge para explicar lo convenido, Josselson le dijo que le había proporcionado a Kristol «Una dosis tan alta de sinceridad, rayana en la brutalidad que era de esperar un cambio positivo en su actitud»^[33]. Pero en cuestión de meses, esas expectativas se vieron truncadas. Continuaron las críticas y Josselson no tuvo más remedio que escribir, exasperado a Kristol: «Sigue haciendo lo que le viene en gana y me veo obligado a llamarle la atención. No sé dónde traza usted la línea entre la crítica editorial y los asuntos de principio^[34]». A Daniel Bell le confesó en privado: «A veces pienso que Irving cambiará su forma de actuar cuando las gambas aprendan a silbar^[35]».

Josselson, de forma instintiva sentía recelo hacia Macdonald. Tan pronto fue confirmado su nombramiento (y un generoso sueldo de 12.000 dólares más gastos), Dwight entregó un artículo a *Encounter* con el título «No hubo milagro en Milán». Sus comentarios sobre los lujosos hoteles de los delegados y su aparente falta de concentración en los debates de la conferencia, dejaron a Spender y a Kristol sin saber qué hacer. En contra de lo que había anticipado Macdonald —antes de ir a Londres escribió a Spender diciéndole que estaba «Más contento que unas pascuas» al enterarse de la actitud del Congreso en relación con *Encounter*; su «política de independencia... parece realmente idílica»^[36] el artículo fue discutido con Nabokov, Bondy, Lasky y Josselson, antes de devolvérselo a Macdonald con un montón de correcciones. Finalmente fue publicado en diciembre de 1955, un mes después de que apareciera una crónica mucho más respetuosa escrita por el sociólogo conservador Edward Shils. Sin embargo todo este embrollo fue un anticipo de lo que estaba por venir.

A la estela de los turbulentos sucesos de 1956, el Congreso había conseguido dar con su forma de organización definitiva. Aunque no se consideraba «exclusivamente una organización militante para la lucha ideológica y la denuncia de crímenes, falsedades e inquisiciones»^[37], esto era precisamente lo que mejor hacía. En octubre de 1957 se adoptaron formalmente medidas dirigidas a este tipo de actividad, cuando Lasky supervisó la formación del Servicio de Debate del Congreso^[*], que ofrecía «información y análisis de base» a los suscriptores de todo el mundo. En realidad Forum World Features (como fue rebautizado) fue una clásica operación encubierta de la CIA, en la que, una vez más, John Hay Whitney daba la cara, registrando la empresa a su nombre como una corporación con domicilio social en Delaware, y oficinas en Londres. En los años sesenta, Forum World Features fue el servicio de noticias propiedad de la CIA que mayor circulación tuvo.

Con todo, bajo la atenta gestión de Josselson, el Congreso siguió siendo considerado como la única organización internacional independiente que de forma continua proclamaba el valor de la libertad. «Se trataba de crear una zona de libertad cultural por sí misma, dentro de la cual se pudieran acometer grandes empresas en el campo de la literatura, el arte y el

pensamiento», se explicaba en un escrito del Congreso. «Para poder oponerse a un mundo en el que todo tiene fines políticos, lo cual es inaceptable para nosotros, era necesario crear plataformas desde las que se pudiera expresar la cultura independientemente de la política y sin que se confundiese con la propaganda política, en las que la preocupación más directa serían las ideas y las obras de arte en sí mismas^[38]». Éste fue el criterio según el cual el Congreso, en última instancia, habría de triunfar o fracasar. Por supuesto, el imperativo de la propaganda nunca fue abandonado por los mecenas secretos del Congreso. La tarea de Josselson consistía en asegurarse de que este imperativo quedase cuidadosamente oculto, y, al menos de momento, parecía funcionar: cada vez eran más las personas que se acercaban al Congreso. Si alguna vez el anticomunismo se puso de moda, fue ahora.

De nuevo, el coste personal para Michael Josselson fue muy alto. En agosto de 1957, sufrió una terrible operación en la que le sustituyeron las arterias de una pierna. Cuando se recuperaba de la operación. Melvin Lasky trataba de animarle con noticias de la «batalla de Brecht», en la que el Congreso dispuso su artillería contra los «adoradores» comunistas del «millonario comunista» en una conferencia celebrada en Berlín, anotándose otro éxito en la «Kulturpolitik alemana». Más optimista aún era la noticia de que la Fundación Ford había confirmado una beca de 500.000 libras al Congreso, y que la Fundación Rockefeller renovase también su generoso compromiso.

Pero la última palabra de aquel año correspondió a los soviéticos, cuando lanzaron con éxito el primer satélite orbital, el 4 de octubre. Con un peso de menos de 100 kilos, el Sputnik I (el nombre significa «compañero de viaje»), el peso que tuvo en los asuntos internacionales fue enorme. Conforme iba emitiendo sus pitidos por todo el mundo, creó al instante un ambiente de pánico en el gobierno de los EE UU. «Supongo que el Sputnik acabará para siempre con la reputación de Ike... primero en la guerra, primero en la paz, primero en los campos de golf —pero segundo en la Luna—^[39], declaró Lasky a un corresponsal. Cuando, un mes después, el intento de los Estados Unidos de lanzar un satélite mucho más pequeño se

estrelló contra el suelo ante las cámaras de todo el mundo, el sabor de la derrota resultó verdaderamente amargo.

El talón de Aquiles

El poder fue lo primero que falló en la CIA. Tenía demasiado, y le resultaba demasiado fácil presionar.

TOM BRADEN, 1956

A finales de los cincuenta, la CIA había llegado a considerar a *Encounter* como su estandarte, coincidiendo con la opinión que Josselson tenía de la revista como «nuestro mayor activo». En la jerga de la Agencia, un «activo» era «todo recurso a disposición de la Agencia para ser usado en función operativa o de apoyo»^[1]. El principio operativo de la Agencia, tal y como fue establecido por Tom Braden, obligaba a que a las organizaciones receptoras de sus ayudas no se les exigiese que «apoyasen todos los aspectos de la política oficial americana»^[2]. Esto significaba que en un órgano como *Encounter* podía tener cabida un programa izquierdista. Pero mientras «era de izquierdas en el sentido de que expresaba ciertas opiniones de izquierda... no era en absoluto la tribuna libre que pretendía ser»^[3], según el filósofo británico Richard Wollheim. «Creo que su efecto era dar la impresión de que publicaban todo el espectro de opiniones políticas. Pero invariablemente, existía un punto en el que cortaban, especialmente en lo tocante a ciertos aspectos de la política exterior estadounidense. Se hacía con bastante habilidad: se publicaban opiniones críticas hacia los Estados Unidos, pero nunca eran *verdaderamente* críticas»^[4]. Así es como, según Tom Braden, debería funcionar *Encounter*: «Era propaganda en el sentido de que con frecuencia no se desviaba de lo que el Departamento de Estado

diría que era la política exterior de EE UU^[5]». Cuando Braden ofrecía cierto grado de flexibilidad, claro está que no pretendía que *Encounter* tuviese la libertad de denunciar todos y cada uno de los aspectos de la política oficial estadounidense, pero eso, precisamente, es lo que se disponía a hacer la revista en 1958.

A principios de aquel año, Dwight Macdonald volvió a aparecer en Nueva York tras su paso por *Encounter*. Antes de eso, había hecho escala en Toscana durante dos meses, donde se vio abrumado por la fecundidad de la tradición europea. De vuelta en Nueva York, donde los taxistas blasfemaban y los modales públicos eran «atroces», sufrió un grave *shock* cultural. Se puso a escribir sobre su sensación de repugnancia: ante la violencia, la chabacanería, lo «informe» de los Estados Unidos, un país sin estilo, sin sentido del pasado o del presente, dedicado exclusivamente a obtener el mayor beneficio posible. «El lema nacional no debería ser “E Pluribus Unum”, ni “Confiamos en Dios”, sino: “Ya tengo lo mío y ahora me dedico a joder a todo el mundo”»^[6], afirmaba con enojo.

Lo que escribió Macdonald fue un prolongado lamento por un país al que veía ya en declive. Con tantos intelectuales que se apresuraban a atravesar el umbral para adoptar la cultura «americana», Dwight, el inconformista, redescubrió un impulso para adoptar una postura «contra la corriente americana». En enero, envió sus pensamientos a *Encounter*, en un artículo titulado simplemente «America! America!». Spender lo aceptó sin haberlo leído detenidamente, diría luego. Pero Irving Kristol estaba consternado. Lo encontraba «del estilo de John Osborne», enfermizamente «autolacerante», mal construido. «Dwight era un periodista estupendo pero totalmente impredecible y a veces capaz de mostrarse bastante estúpido»^[7], dijo, añadiendo que como Dwight provenía de un entorno privilegiado, no sabía nada de los Estados Unidos, y ese mismo defecto le impedía comprender también a Inglaterra, con la que tan mal parados salían los Estados Unidos en su artículo. «No sabía nada de Inglaterra, nunca fue a un partido de fútbol en Inglaterra, nunca fue a un partido de rugby en Inglaterra. Su conocimiento de Inglaterra procedía de los diferentes clubes de la zona de Saint James. Era un paleta —decía “GROS-VENOR Square^[*]”, ¡hombre, por Dios!»^[8]. Esto, en un hombre que había cogido la costumbre

de llevar bombín y paraguas al ir al trabajo, era difícil de digerir. También Lasky pensaba que era «un artículo muy malo», Y se hacía eco de la afirmación de Kristol de que Macdonald no sabía nada de los Estados Unidos auténticos porque «era un hombre de Yale y un hombre del Greenwich Village, y eso era todo lo que conocía. Y cuando llegó a Inglaterra no le faltaba ni uno solo de los tópicos del americano en la corte del rey Arturo, de Mark Twain. Le encantaba todo lo británico. Adoraba los *pubs*, y le encantaban los nombres de las calles y de las plazas y de todo. Nos daba cierto corte. Los americanos podían ser tan ingenuos y además a un nivel tan primario. Era un artículo terrible. Le dije a Mike [Josselson] en aquel momento que Dwight era el talón de Aquiles del Congreso, Y estuve en lo cierto»^[9], concluía, petulante, Lasky.

Pero el pecado de Macdonald era más grave que no saber pronunciar Grosvenor Square. Como crítica a los Estados Unidos contemporáneos, el artículo tenía ciertamente sus fallos. Como las exclamaciones de su título dejaban claro, era un rechazo instintivo de los valores de Estados Unidos, no algo seriamente argumentado. Comparaba a Estados Unidos e Inglaterra e Italia de un modo que demostraba una debilidad romántica hacia la idealización de las culturas foráneas. Con todo, era también un artículo extraordinariamente oportuno, en el que utilizaba multitud de datos e investigaciones recientes, sobre casi todos los aspectos de la vida americana que más importaban a sus propagandistas. Macdonald arremetía contra todas las vacas sagradas, extrañamente, como si hubiese leído en algún sitio una lista con los estereotipos negativos que los agentes encubiertos americanos estaban dispuestos a erradicar. Denunciaba el materialismo desenfrenado que no iba parejo a un desarrollo espiritual, la violencia criminal, la falta de límites en la publicidad, la falta de discriminación entre los críticos literarios, el predominio de la discriminación racial. Atacó a John Foster Dulles como «el piadoso Perillán»^[*], perfecto prototipo de la grosería e hipocresía americanas; a Henry Luce le calificaba de «*boy scout* que se comportaba como un gángster»; al vicepresidente Nixon, le criticaba por su torpeza en Venezuela (por lo que había sido «crónicamente acosado por la multitud», merecidamente); al presidente Eisenhower por ser un pistolero reaccionario; a George Walker, vicepresidente de Ford Motors, por

actuar como «un soberano oriental»; a los sindicatos americanos por estar más interesados en las relaciones públicas que en la lucha de clases, y a sus dirigentes, David Dubinsky y Walter Reuther, por ser «tan condenadamente virtuosos»^[10]. Así seguía su interminable catálogo de los pecados americanos contemporáneos. La animadversión de Macdonald hacia el decadente imperio americano le llevó a cotas de malestar aún más profundas: «Cuando oímos a los europeos quejarse sobre la americanización de Europa, nos gustaría que pudiesen pasar unas cuantas semanas aquí y empaparse de la realidad... Hasta los rusos soviéticos, con toda su crueldad, a penas oculta por el disfraz de la ideología, parecen hablar un lenguaje más próximo al de otras gentes que el que nosotros hablamos»^[11].

A pesar de pensar que el artículo era «tremendamente ridículo», Kristol estuvo de acuerdo en publicarlo, afirmando que no tenía alternativa, dada la aprobación de Stephen. Tan pronto fue aceptado, llegó una copia a la oficina de París. Se instó inmediatamente a Spender y a Kristol para que no lo publicaran, y advirtieron que Junkie Fleischmann había dicho que causaría daño al Congreso y obstaculizaría su financiación. «Me convencieron fácilmente de no publicarlo, ya que no me gustaba —diría más tarde Kristol—. Stephen se mostró algo más recalcitrante. Pero al final, dijimos [a la oficina de París] que si las cosas se les iban a poner tan difíciles, podríamos prescindir del artículo. Luego Dwight lo publicó en otro sitio, quejándose de la censura. Rechazar un artículo no es censura. Toda mi vida he dirigido revistas, y he rechazado multitud de artículos, y nunca lo consideré como un tipo de censura»^[12].

Le tocó a Spender decirle a Macdonald que no podrían publicar el artículo sin introducir considerables modificaciones. Después de leer de nuevo el artículo, Spender dijo que creía que era demasiado unilateral y demasiado crítico. Añadió que Nabokov había leído el artículo y se había «enojado mucho». Macdonald se enfureció al enterarse que «el Secretario General y Gran Maestro del Decoro Internacional, Nicolas Nabokov» les había otorgado sus «Consejos» a los directores de *Encounter*, y sugería que «Stephen Irving Nicholas Mike o quienquiera que decida las cosas» que de ahora en adelante los directores, sencillamente «consulten al punto con la

oficina de París, en cuanto reciban algún original “polémico”, para saber inmediatamente lo que piensan»^[13]. En realidad, esto era precisamente lo que hacían los directores.

Al negarse Macdonald a aceptar recorte alguno, finalmente se desechó el artículo. Había sido aceptado, rechazado, aceptado, rechazado. «Me remuerde la conciencia —dijo Spender en una entrevista poco antes de su muerte—. Es el único artículo que no fue publicado en *Encounter* como resultado de las fuertes presiones por parte del Congreso por la Libertad Cultural. El único artículo. Cuando surgieron los problemas con él, pensé que era un artículo bastante absurdo, y pensé que, probablemente, si lo hubiese mirado, hubiese querido modificarlo o rechazarlo. Ahora, volviéndolo a pensar, es algo de lo que me arrepiento mucho, porque pienso que, incluso, si después de leerlo no me hubiera gustado, aún así debí haber insistido, y si no, dimitir: que teníamos que haber publicado el artículo porque lo habíamos aceptado, y la única razón para rechazarlo era su antiamericanismo^[14]».

Pero no sólo fue la oficina de París la que metió baza. Según Diana Josselson (que pensaba que «[el artículo] tenía bastante razón»), fue «un ejemplo de intervención editorial de la CIA, y Michael se opuso con todas sus fuerzas, pero no tuvo éxito»^[15]. En primer lugar, ¿cómo llegó a la Agencia el artículo? Si, según la ortodoxia defendida por los implicados, las publicaciones del Congreso no eran revisadas por la Agencia, ¿cómo se enteraron del artículo de Macdonald? Josselson recibía por anticipado copias de *Preuves*, y, al menos, el índice de *Encounter*: Pero, seguramente, no le interesaba hacer llegar este encendido artículo a sus superiores de Washington. Josselson siempre prefería solucionar los problemas con independencia de la Agencia, cuya relación con el Congreso cada vez le molestaba más. No hay duda, sin embargo de que «America! America!» circuló por los pasillos de Washington. Lo más probable es que el artículo llegase a través del agente de la CIA asignado al Congreso (que, en aquella época era Lee Williams).

Si lo único malo del artículo era que caía en un antiamericanismo barato, ¿por qué la Agencia puso en peligro la credibilidad de *Encounter*, su «principal activo», por eliminar el artículo? Seguramente, ésta era una

magnífica ocasión de mostrar la «buena fe» de *Encounter*, de desterrar la opinión de que no era crítica hacia los aspectos negativos de los norteamericanos, para reequilibrar la acústica, que según algunos críticos, siempre había sonado rara. Y lo que es más importante, si el artículo era tan ridículo como todos decían, ¿qué daño podía hacer excepto a su propio autor?

Al contrario de lo que más tarde recordaba Diana Josselson, su marido, en realidad estuvo desde el principio en contra de la publicación del artículo. Lo calificó de «el artículo más descaradamente antiamericano que he leído nunca», y dijo que era más propio de *Literaturnaya Gazeta*^[16]. Él sabía que Macdonald «probablemente armará un escándalo y nos atacará públicamente, pero estoy dispuesto a afrontarlo». Sus huellas aparecen por todas partes en la decisión de eliminarlo. Su publicación hubiese hecho considerable daño a la reputación de *Encounter* en Washington, y probablemente hubiese hecho parecer a Josselson, como poco, como un renegado. Estaba en juego su propia credibilidad^[17].

Para los curtidos agentes clandestinos que consideraban a la División de Organizaciones Internacionales como algo «Sin importancia», que se burlaban de la idea de ayudar y apoyar a personas y organizaciones que se suponían «amigas» o que tenían «el mismo punto de vista», el revuelo armado por Macdonald fue una confirmación. Richard Helms, subdirector con Wisner, y luego, director de la CIA, expresó este escepticismo cuando le dijo a un comité reducido que «El agente clandestino... está entrenado para pensar que no se puede contar con la honradez de su agente para hacer exactamente lo que quieres o para hacer un informe exacto, a no ser que te pertenezca en cuerpo y alma»^[18]. El que alguien empleado por la CIA pudiera haber esperado domesticar al conocido iconoclasta Macdonald parecía pura estupidez.

Todos estos argumentos son cortinas de humo para ocultar la auténtica razón para suprimir el artículo de Macdonald. El antiamericanismo era una cosa, pero en sí mismo, tal vez hubiese sido tolerado en una forma algo diluida. Pero la decisión de Macdonald de terminar su ataque con un resumen de un largo artículo sobre un informe del comportamiento de los soldados americanos capturados en la guerra de Corea, era ir demasiado

lejos. Reproducido en forma resumida por Eugene Kinkead en *The New Yorker*, el otoño anterior, el informe, encargado por el Ejército de EE UU, era una acusación condenatoria de la conducta de los prisioneros americanos: «a menudo resultaban incontrolables. Se negaban a obedecer órdenes, e insultaban y a veces golpeaban a los oficiales que intentaban hacer cumplir las órdenes... durante las noches de invierno, sus propios camaradas sacaban a hombres indefensos enfermos de disentería de sus cabañas y les dejaban morir, tiritando de frío». El soldado americano medio parecía «perdido sin un frasco de píldoras y sin un retrete con cisterna»^[19]. Lo más inquietante era que el informe también indicaba un alto grado de colaboración y adoctrinamiento. Increíblemente, el ejército había hecho público este informe, lo cual supuso una verdadera pesadilla para los propagandistas gubernamentales^[20].

La inclusión de estos datos en el artículo de Macdonald era una buena razón para que su publicación en *Encounter* se topase con el veto oficial. Fue precisamente esta última parte la causante de todo el problema. Y sin embargo, años más tarde, ninguno de los que estuvieron directamente implicados en la eliminación del artículo de Macdonald, pudo recordar el tema de Kinkead. «No soy consciente de que se hubiese venido abajo la moral de los soldados americanos al final de la guerra de Corea —dijo Irving Kristol—. Si hubiese sido así, Dwight no se habría enterado. ¿Qué sabía él de la guerra de Corea? Él estaba en Nueva York escribiendo para *The New Yorker*; no sabía nada de la guerra de Corea, jamás había estado en Corea. Creo que nunca hizo una visita a ningún regimiento. Sobre el descontento entre los soldados... sobre eso yo no oí nada. No recuerdo en absoluto que figurase en el artículo de Dwight Macdonald^[21]».

De igual modo, Melvin Lasky, al ser preguntado, no recordaba nada de esto. Tampoco Stephen Spender. Ni Diana Josselson. Ello sólo se puede achacar a un ataque de amnesia histórica colectiva. Merece la pena destacar especialmente el caso de Kristol: en una carta de octubre de 1958 (fecha en que ya se había publicado el infausto artículo en *Dissent*, una revista a la izquierda de *Partisan Review*, y de que Kristol saliese de Londres para trabajar para *The Reporter*, en Nueva York), Josselson le decía: «Ahora, en relación con su desafortunado artículo sobre América que tú y Stephen os

equivocasteis en aceptar inicialmente, también puedes recordar que le pediste que lo reescribiera para que eliminase todo lo concerniente a Corea que ya había aparecido en *The New Yorker*: No lo hizo^[22]». En 1959, Kristol aún se tenía que seguir ocupando de la polémica Kinkead, y le atacó en persona en un debate televisivo^[23]. Esto le valió el (infrecuente) beneplácito de Josselson, y un nuevo y «ávido lector» de *The Reporter*.

Al desechar el artículo de Macdonald (su tardía aparición en *Tempo Presente*, cuando ya había sido publicado en todas partes, fue una mala recompensa), se puso en duda la sinceridad de la afirmación de que el apoyo de la CIA no implicaba condiciones. «Todo ello consistía en emprender acciones para crear instrumentos que por definición fuesen representativos de los valores occidentales, del debate libre y abierto», afirmaba el agente asignado al Congreso, Lee Williams. «No les decíamos lo que tenían que hacer, eso no hubiera sido coherente con la tradición americana. Eso no significa que no hubiese asuntos que quisiésemos que se debatieran, pero no les decíamos lo que tenían que hacer... No éramos apuntadores de nadie. Creíamos que deberíamos dejar que los hechos hablasen por sí mismos, que el diálogo continuase, que las voces libres tuvieran un lugar para expresarse. No hubo “Tenéis que pensar así”, “Tenéis que quitar esta línea”, “Tenéis que publicar aquel artículo”. Eso era totalmente ajeno a lo que hacíamos^[24]». William Colby también desmintió enérgicamente la afirmación de que de publicaciones como *Encounter* se esperaba que funcionasen como «megáfonos de dólares» para la CIA. «No existía una imposición de control por parte de la CIA —dijo—. Estábamos apoyando, no éramos los que mandaban, no decíamos lo que había que hacer. Podíamos sentarnos con ellos y como buenos amigos podíamos hablar sobre si una línea concreta era adecuada, pero no había nada parecido a ¡Esto es así y punto! Lo dice Washington, sin comentarios. No. En Moscú sí lo hacían pero no en Washington^[25]».

Tanto la Agencia como los intelectuales a los que subvencionaba han hecho todo lo posible por mantener este mito altruista. El asunto Macdonald sugiere algo distinto. «La CIA decía que estaba apoyando la libertad de expresión. Por supuesto, eso no era cierto —dijo Jason Epstein—. Cuando Dwight Macdonald escribió su artículo para *Encounter*, los directores de la

revista, actuando de acuerdo con la que creían era la posición [del Congreso], se negaron a publicarlo. Eso no es promover la libertad de expresión. [La CIA] estaba promoviendo una política y una línea política: para eso pagaba y eso es lo que esperaba obtener. La libertad de expresión no tenía nada que ver con ello^[26]». El propio Macdonald se refería a Nabokov y a Josselson como «los Meternich de la oficina principal» de *Encounter*. «Podría pensarse que los EE UU eran Venezuela, ¡tanta susceptibilidad por el orgullo patrio! —señalaba con sequedad—. ¡Lo mejor de todo es que la censura procedía de un congreso por la libertad cultural!^[27]» El sociólogo estadounidense Norman Birnbaum defendió este punto de vista en una carta abierta al Congreso, afirmando que la orden en la que se excluía el artículo de *Encounter* era «una pura insolencia», y demostraba a las claras que había mucha diferencia entre lo que el Congreso predicaba y lo que practicaba: «El Congreso por la Libertad Cultural ha estado durante años sermoneando a los intelectuales sobre la indivisibilidad de la libertad. Tiene razón: la libertad es indivisible, ha de lucharse por ella en cuestiones grandes y pequeñas, y ha de ampliarse contra cientos de dogmatismos y tiranías de ocho al cuarto —entre ellas, a lo que parece, las de sus autoproclamados adalides^[28]». Birnbaum fue aún más lejos, acusando al Congreso de someter la «libertad» a las exigencias de la política exterior estadounidense: «Parece suscribir algo muy parecido al concepto estalinista de verdad: verdad es todo aquello que sirva a los intereses del Partido^[29]».

La acusación de que el Congreso había deshonrado la causa que profesaba sentó muy mal. A Josselson le escoció, convencido como estaba de que los medios justificaban los fines, pero muy preocupado por la acusación de que el Congreso identificaba la verdad con los decretos de John Foster Dulles o Allen Welsh Dulles. Eludió el problema por completo cuando escribió a Macdonald, en abril de 1958, para explicarle todo el asunto, en una carta que resulta desvaída y poco convincente: «Debes entender que Irving y Stephen tienen que comer, que a ti te tienen que pagar los artículos, que *Encounter* ha de ser capaz de decir las cosas que mejor sabe decir sin poner en peligro su futuro^[30]». La contestación de Macdonald consistió en decir que «Eliminar comentarios irreverentes sobre el Estilo de Vida Americano de *Encounter* porque algunos filantropoides

trajeados de Madison Avenue pudieran cortarles los suministros es verdaderamente algo muy miserable»^[31].

«Una tarea que ningún intelectual puede eludir sin caer en lo más bajo es la tarea de denunciar las mentiras y de negarse a considerar como verdades las “mentiras útiles”, había afirmado Nicola Chiaromonte en el segundo número de *Encounter*. En tanto que *Encounter* nunca dejó de denunciar las mentiras útiles por las cuales se mantenían los regímenes comunistas, nunca fue verdaderamente libre de “la trampa de la ideología”, de aquella predominante mentalidad de la guerra fría de “mentir por la verdad”. Al “guardar silencio” sobre temas polémicos y candentes, por un exceso de diplomacia y de secretismo hacia toda las falsificaciones y mezquindades que durante años tanto han crecido en todo nuestro ambiente intelectual^[32]». *Encounter* dejó sin efecto el máspreciado de los conceptos filosóficos occidentales —la libertad para pensar y actuar con independencia— y recortó sus velas para adaptarse a los vientos predominantes.

Se ha dicho que «Un artículo de revista dice lo que dice, y que todo el mundo puede estudiar sus argumentos y discrepar con él; no puede ser una actuación secreta»^[33]. Los extraños silencios de *Encounter*, su deliberada ocultación de lo que existía bajo su superficie, y su exclusión de todo lo que resultase inconveniente para sus secretos financiadores, sugieren todo lo contrario. Como dijo un historiador: «la cuestión fundamental sobre la independencia de *Encounter* no era si se telegrafiaban instrucciones a los directores desde Washington, sino, en primer lugar, quién fue quien eligió a los directores, y quién estableció los claros límites de las opiniones “responsables”, dentro de las cuales las diferencias de opinión no tenían restricciones^[34]». En apoyo de esta opinión, Jason Epstein explicaba que «No era cuestión de comprar y subvertir a todos y cada uno de los escritores e investigadores, sino de crear un sistema de valores, arbitrario y artificial, en virtud del cual podían ascender en sus carreras los universitarios, se nombraban los directores de revistas, y se subvencionaba y se publicaban los artículos de ciertos intelectuales, no necesariamente según sus méritos —aunque, a veces, éstos eran considerables— sino en función de sus lealtades políticas»^[35].

Josselson siempre quiso intervenir directamente en relación con *Encounter*. Fue él quien dibujó las primeras pruebas para la portada, revisó y corrigió los contenidos de los primeros números y siguió recibiendo los anticipos de sus contenidos que le enviaban los directores, les regañaba cuando bajaba el nivel y constantemente les trataba de convencer de que considerasen la publicación de ciertos artículos o temas de debate. A veces parecía como si estuviese dando una orden: acompañando a un comunicado de prensa sobre la conferencia asiática del Congreso que se habría de celebrar en Rangún, en enero de 1955, le dijo simplemente a Kristol: «ES fundamental que la Conferencia aparezca en *Encounter*^[36]». A veces lo hacía con mayor socarronería: «Tengo un deseo de Año Nuevo: un debate verdaderamente bueno en *Encounter* sobre el problema de la coexistencia. Muchos de nuestros amigos, incluidos Muggeridge e Irving Brown, tienen el mismo deseo^[37]». También podía instar a Spender a que abriera las páginas literarias a una nueva generación de escritores americanos como Saul Bellow, J. D. Salinger, Truman Capote o Shirley Ann Grau. O aconsejándole a Kristol que publicara una crítica del libro de George Padmore, *Pan-Africanism or Communism* («Creo que es muy importante que uno de los “nuestros” haga en *Encounter* la crítica de este libro»)^[38]. La relación de Josselson con *Preuves* era análoga y con frecuencia se ganaba las iras de François Bondy, su director. En junio de 1952, Bondy amenazó con dimitir si el Comité Ejecutivo continuaba debatiendo la política editorial de *Preuves* en su ausencia y seguía arrogándose el derecho de marcar la línea editorial.

Igualmente, Josselson hizo todo lo que pudo para proteger a las revistas de la interferencia de la Agencia. Pero la afirmación de que la supresión del artículo de Macdonald fue un caso único en la historia de *Encounter* no se sostiene. Si esto fuese verdad, se podría deducir que el contenido de *Encounter* se adecuaba a las exigencias de la Agencia, que, por consiguiente, habría de pensar que no necesitaba ejercer su derecho de veto. Un crítico calificó este proceso como «inevitables relaciones entre empleador y empleado en las que los deseos del primero están implícitos en los actos del último»^[39]. Pero según Tom Braden la Agencia se había inmiscuido, al menos, otra vez con anterioridad: «Teníamos problemas con

Encounter de vez en cuando, y yo solía decir “Dejemos que publiquen lo que quieran”. Pero en una ocasión, en un tema de política exterior, Larry [de Neufville] me envió una consulta sobre un artículo, y tuvimos que vetarlo. Creo que tenía que ver con la política de EE UU en relación con China. *Encounter* iba a publicar un artículo en que criticaba la política estadounidense, y se armó la marimorena en la oficina. Recuerdo tener que ir a hablar con Allen Dulles, y él se negó a tomar parte. Se limitó a decir “Vosotros os ocupáis del asunto”. Finalmente lo eliminamos, y siento que lo hiciéramos^[40]».

Monty Woodhouse, que en aquella época era el enlace con Neufville, «sabía perfectamente que el Congreso por la Libertad Cultural estaba censurando artículos. Pero jamás supe que existiesen directrices precisas»^[41]. Woodhouse no se acordaba si el artículo de Leslie Fiedler sobre los Rosenberg fue visto por los servicios de información antes de su publicación, pero parece probable que una intervención tan polémica en un tema de importancia vital para el gobierno de EE UU hubiese atraído la atención de la CIA.

El artículo al que Braden se refería apareció en la mesa de Josselson el 28 de julio de 1954, enviado por Spender desde Londres. Había sido escrito por Emily Hahn, una excéntrica colaboradora de *The New Yorker* de reconocida autoridad en cuestiones chinas (había vivido en Hong Kong durante los años treinta y cuarenta, e insistió en llevar a Joseph Alsop a un fumadero de opio cuando estuvo allí en 1941. Ambos fueron internados en el mismo campamento de Hong Kong tras la invasión japonesa de 1942). Josselson escribió a vuelta de correo que «lo veía fatal. Ciertamente no nos servirá para hacer nuevos amigos en Inglaterra. Se lo paso a Nicolas y a François y te llamaré por teléfono a ti o a Irving para comentar este tema antes de que te llegue esta carta»^[42]. Dos días después, Nabokov escribió a Kristol y a Spender: «Antes de entrar en el asunto del artículo de la señorita Emily Hahn, permitidme que vuelva a insistir en algunos de los principios acordados por todos durante las conversaciones que tuvimos en la época de la aparición de *Encounter*, además de en varias reuniones posteriores. Acordamos que todos los artículos sobre temas polémicos deberíamos verlos nosotros antes de que se le muestren a nadie más. Acordamos que

una de las políticas fundamentales de *Encounter* sería trabajar por un mejor entendimiento entre Inglaterra y América y, por consiguiente, que todos los temas políticos serían debatidos al máximo nivel posible, por lo que siempre que se produjera la polémica, se hiciera de una forma no ofensiva para los sentimientos nacionales a cada lado del océano. Todos hemos leído el artículo de la señorita Hahn... todos hemos tenido la misma reacción negativa ante el artículo. Pensamos que la señorita Hahn es ofensiva en su estilo, su tono y su contenido^[43]». Bondy estuvo de acuerdo con Nabokov, diciendo que el artículo estaba lleno de «grosería histérica».

Después de señalar en qué consistía la grosería histérica, Nabokov preguntaba: «¿Qué hemos de hacer a partir de ahora?... Sugeriríamos que intentéis que *miss* Hahn reescriba su artículo, lo cual consiste en un cambio *radical* de tono, eliminando los pasajes más insultantes. Además del de *miss* Hahn, deberéis conseguir otro artículo con el punto de vista americano sobre el problema chino pero a un nivel más alto y digno y en forma más concisa. Si esto no es posible, pensamos que se debe prescindir del artículo de *miss* Hahn y que este tema crucial lo vuelvan a tratar más adelante personas más responsables que *miss* Hahn, en representación del punto de vista americano^[44]».

Por si esta admonición no hubiese sido suficiente, el 19 de agosto, el recientemente nombrado vicesecretario del Congreso, el agente de la CIA, Warren Manshel, propuso multitud de correcciones para el artículo. «Todos estamos aquí de acuerdo que no sería apropiado publicar el artículo —escribió—. Si sus compromisos son irreversibles, sin embargo, el artículo debería aparecer, pero entonces, como mínimo, habría que cambiar las siguientes secciones para su publicación^[45]». A continuación, incluía una lista exhaustiva de las secciones en cuestión, con notas detalladas de puño y letra de Manshel. Con todo, instaba a los directores para que se lo volvieran a pensar, advirtiéndoles que «Hahn puede dar al traste con nuestros planes». El artículo no se publicó nunca. Las razones de su exclusión, que no se dieron a los lectores y colaboradores de *Encounter*, darían la razón a la acusación posterior de que, en la revista, cuando una verdad resultaba «incómoda para la Unión Soviética, se propaga; cuando resulta incómoda para los Estados Unidos, se tapa»^[46].

La OTAN cultural

Mr. Yermilov, revuélvase en su tumba:
¡usted ha aceptado dinero de la CIA!

NICOLAS NABOKOV.

Poco tiempo después del descalabro de Macdonald, se decidió que fuese Melvin Lasky quien sucediese a Irving Kristol en *Encounter*. Josselson podía considerar ahora que el aspecto político de la revista estaba en buenas manos. No habría excusas —ni necesidad— de que las altas instancias de la CIA se inmiscuyeran. Tan pronto hubo ocupado el cargo, Lasky supo por Fredric Warburg que el sueldo de Spender era pagado por la Sociedad Británica para la Libertad Cultural, «aunque en realidad no existe esa organización»^[1]. Al contar con *Encounter* para representar los intereses para los que la Sociedad Británica había sido creada, la propia Sociedad había dejado de funcionar. Sin embargo era una tapadera útil para los subsidios del MI6, los cuales se canalizaban fundamentalmente a través de Victor Rothschild. La correspondencia entre Rothschild, Warburg y Muggeridge revela cómo el dinero (750 libras al trimestre) pasaba primero a la cuenta de Rothschild en la sucursal de Bury Saint Edmund's, del Westminster Bank, luego a la cuenta privada de Secker y Warburg, para, finalmente, ser transferido a la cuenta de la Sociedad Británica en el Barclays Bank, que entonces «donaba» la misma cantidad a *Encounter*. En julio de 1960, Fredric Warburg sugirió que «este demencial procedimiento de utilizar la intermediación de una sociedad inexistente compuesta tan sólo

por dos socios, Malcolm Muggeridge y F. J. Warburg» fuese sustituida por «un pago directo desde la empresa de Rothschild a Panton House»^[2] (sede de *Encounter*).

Increíblemente, durante todos los años que Spender estuvo trabajando en *Encounter*, su sueldo fue el mismo: 2.500 libras al año. «Nunca cambió durante su permanencia allí —recordaba Natasha Spender—. Por eso tuvo que aceptar todos aquellos trabajos en Estados Unidos».

Un efecto del magro salario de Spender fue que se veía obligado a encontrar otras maneras de incrementar sus ingresos, fundamentalmente, dedicándose a dar conferencias por todo el mundo. Esto implicaba largas ausencias de la oficina de *Encounter*, con lo cual estaba encantado Lasky, ya que le daba campo para que nadie le molestase mientras afilaba el aspecto político de la revista. Fundamentalmente, el objetivo de Lasky parecía haber sido aproximar la revista a aquel grupo de pensadores y políticos del Partido Laborista a los que los estrategas encubiertos habían identificado hacía mucho tiempo por haber «hecho por fin el increíble descubrimiento de que probablemente, en la práctica, hubiese más socialismo en los EE UU que en el Partido Laborista, si por socialismo se entiende bienestar individual en lugar de bienestar de clase y doctrinario, y que con gran diferencia, el trabajador americano vive muchísimo mejor que su colega británico —y además, es un hombre mucho más libre—. Dicho de otra forma, están en el proceso de descubrir el dinámico capitalismo democrático americano»^[3].

El prestigio del Partido Laborista había alcanzado su cima al final de la Segunda Guerra Mundial, proporcionándole una aplastante victoria en las elecciones generales de 1945, en las que salió derrotado Churchill. Pero en el amargo invierno de 1947, el entusiasmo estaba declinando, y la guerra fría había abierto una importante fisura en el partido. La izquierda se dividía entre los antiestalinistas y los que justificaban a la Unión Soviética, en tanto que la derecha del partido estaba empeñada en derrotar al comunismo. Este último grupo se organizaba en torno a la revista *Socialist Commentary*, y entre sus miembros más prominentes estaba Denis Healey, Anthony Crosland, Rita Rinden y Hugh Gaitskell. Fue este grupo —llamados «revisionistas» por su empeño en modernizar el Partido Laborista, lo cual

incluía la abolición de la famosa defensa de las nacionalizaciones de la Cláusula IV— el que ofrecía a la CIA el gancho que buscaba para uncir al pensamiento político británico a sus designios para Europa. Éstos fueron establecidos por sucesivos documentos políticos estadounidenses, como la consolidación de la Alianza Atlántica, y de la Comunidad de Defensa Europea, y la creación del Mercado Común, objetivos que requerían que los países de Europa sacrificaran ciertos derechos nacionales a favor de la seguridad colectiva. Pero como sabían perfectamente los estrategas de Washington, Inglaterra en particular se agarraba con todas sus fuerzas a sus propios hábitos de soberanía. Como concluía apesadumbradamente un informe del Departamento de Estado, «no se puede decir que el Reino Unido esté renunciando de buen grado a ciertos derechos soberanos en aras de la seguridad colectiva [excepto aquellos] que se ha visto obligada a ceder por la lógica de las circunstancias»^[4].

El principal grupo de presión para defender la idea de una Europa unida asociada a los Estados Unidos era el Movimiento Europeo, una especie de organización paraguas que comprendía una sede de actividades dirigidas a la integración política, militar, económica y cultural. Encabezado por Winston Churchill, Averell Harriman y Paul-Henri Spaak, el Movimiento era vigilado de cerca por la inteligencia americana y era financiado casi en su totalidad por la CIA, a través de una tapadera llamada Comité Americano por una Europa Unida^[*], y cuyo primer secretario ejecutivo fue Tom Braden. La rama cultural del Movimiento Europeo era el Centre Européen de la Culture, cuyo director era Denis de Rougemont. Además, en 1950, Braden inició un inmenso programa de becas a las asociaciones estudiantiles y juveniles, entre ellas, a la European Youth Campaign (EYC). Según los deseos de la CIA, estas organizaciones eran la punta de lanza de una campaña de propaganda y de penetración pensada para quitarles el aguijón a los movimientos políticos de izquierda y crear un ambiente de aceptación del socialismo moderado. En cuanto a aquellos internacionalistas liberales interesados en la idea de una Europa unida en torno a sus propios principios, y no según los intereses estratégicos americanos, eran peor vistos en Washington que los neutralistas. A la CIA y al Consejo de Estrategia Psicológica se les dieron instrucciones específicas

para «dirigir a los medios de comunicación y a los programas hacia la destrucción» de esta específica herejía.

Importancia decisiva en toda la operación tuvo Jay Lovestone, jefe de Irving Brown, quien, desde 1955, dependía de James Jesus Angleton. La misión de Lovestone consistía en infiltrarse en los sindicatos europeos, deshacerse de individuos sospechosos, y promover el surgimiento de dirigentes aceptables para Washington. Durante este período, Lovestone suministraba a Angleton voluminosos informes sobre cuestiones sindicales en Gran Bretaña, redactados con la ayuda de sus contactos en la TUC^[*] y en el Partido Laborista. Angleton permitió a sus colegas de los servicios de información británicos (a los pocos en que confiaba) que compartiesen la «información confidencial» de Lovestone. En lo fundamental, eran los lovestonianos (aunque no se considerasen como tales a sí mismos) dentro de los círculos laboristas los que estuvieron en alza a finales de los cincuenta. Para reforzar aún más sus amarras con este grupo, la Agencia utilizó al Congreso por la Libertad Cultural, a costa del cual Gaitskell hizo viajes a Nueva Delhi, Rodas, Berlín y a la conferencia de 1955, sobre el Futuro de la Libertad, en Milán (a la que asistieron también Rita Rinden y Denis Healey). Después de perder su escaño parlamentario en 1955, Anthony Crosland —cuyo influyente libro, *The Future of Socialism* se podía interpretar «como un proyecto a favor de una americanizada Gran Bretaña»^[5]— fue utilizado por Josselson para ayudarle a organizar los Seminarios Internacionales del Congreso bajo la dirección de Daniel Bell, traído de Estados Unidos con este propósito. A principios de los sesenta, Crosland había conseguido escalar posiciones hasta el Consejo Internacional del Congreso. Rita Hinden, una profesora surafricana de la Universidad de Londres, fue calificada por Josselson como «uno de los nuestros», y a mediados de los sesenta, fue fundamental para garantizar una beca de Josselson para ampliar la revista de la Sociedad Fabiana^[*], *Venture*. El compromiso de la revista con una Europa unida y poderosa se convirtió en sinónimo del gaitskellismo. Denis Healey, cuyas credenciales proatlantistas le pusieron en estrecha relación con la izquierda no comunista estadounidense (era el corresponsal en Londres de *New Leader*), se convirtió en otro firme aliado del Congreso, y de *Encounter*, en particular.

Healy era también uno de los receptores y distribuidores de la información procedente del Departamento de Investigación de la Información. A su vez, él proporcionaba al IRD información sobre los miembros del Partido Laborista y sobre los sindicalistas^[6].

Entre estos últimos, Hugh Gaitskell, dirigente del Partido Laborista, era la figura clave, y tan pronto Lasky llegó a Londres, se unió al pequeño grupo de intelectuales que se reunían en casa de Gaitskell, en Frognal Gardens, Hampstead. Gaitskell, que se había especializado en propaganda durante su paso, en la guerra, por el Ejecutivo de Operaciones Especiales, y que también estaba próximo al IRD, no podía desconocer los lazos institucionales de *Encounter*. Así pues, cuando lanzó su famoso ataque a los compañeros de viaje de la izquierda del partido en la conferencia laborista de 1960, en Scarborough, algunos se preguntaban con quién viajaba él. En una carta a Michael Josselson, posterior a la conferencia, Lasky le informaba de que Gaitskell le había dado las gracias personalmente, por el apoyo de *Encounter* hacia su línea política. Más aún, decía Lasky, *Encounter* había sido citado en los debates de la conferencia, prueba de que la revista estaba consiguiendo «mucho prestigio»^[7]. Cuando los laboristas, dirigidos por Harold Wilson, vencieron a los conservadores en las elecciones de 1964, Josselson escribió a Daniel Bell: «Estamos muy contentos de tener tantos amigos en el nuevo gobierno»^[8] (había media docena de colaboradores habituales de *Encounter* en el nuevo gabinete de Wilson). Lasky aproximó *Encounter* mucho más al programa político de sus secretos patrocinadores. El precio, según Richard Wollheim, fue alto. «Suponía una invasión muy seria en la vida cultural británica y fue responsable de la complacencia de muchos intelectuales británicos y del Partido Laborista en relación con la guerra de Vietnam^[9]».

Fue el aspecto cultural de la revista (por no hablar de los atractivos estipendios) lo que siguió atrayendo las mejores colaboraciones, y por ello la CIA tenía que dar las gracias a Spender. «La gente no hubiese escrito en absoluto para *Encounter* si no hubiese sido por Stephen», dijo Stuart Hampshire. «Los mejores artículos —a los que Lasky solía llamar “Elizabeth Bowen y toda esa mierda”— eran encargo de Stephen. Fue el que proporcionó a la revista su respetabilidad^[10]». Ciertamente, hizo mucho

para mantener la reputación del Congreso como organización dedicada fundamentalmente a la cultura y no a la política.

Pero la guerra fría, constantemente ponía en dificultades la idea de que la cultura y la política se podían mantener separadas. En realidad la *Kulturkampf* seguía viva y coleando, como demostró la conmemoración, en el verano de 1960, por parte del Congreso, del 50 aniversario de la muerte de Tolstói. Los servicios de información estadounidenses desde hacía mucho tiempo estaban interesados en Tolstói como símbolo del «concepto de la libertad individual». Esta relación se remontaba a los tiempos de la OSS, cuando Ilia Tolstói, nieto exiliado del famoso novelista, era agente de la OSS. Otros miembros de la familia Tolstói estuvieron en permanente contacto con el Consejo de Estrategia Psicológica, a principios de los cincuenta, y recibieron fondos de la CIA para su Fundación Tolstói con sede en Munich. En 1953, C. D. Jackson anotó en su diario que había prometido a un peticionario que telefonearía a Frank Lindsay (antiguo subdirector con Wisner, que había pasado a la Fundación Ford), en relación con los fondos para la Fundación Tolstói.

En diciembre de 1958, Cass Canfield le dijo a Nabokov que la Fundación Farfield estaba interesada en apoyar una «conmemoración occidental de Tolstói», en respuesta al festival Tolstói programado por los soviéticos, que predecía según él, y estaba en lo cierto, que se apropiarían del gran escritor como precursor del bolchevismo. «El contraste entre ambas formas de presentar el tema resultará evidente para cualquier pensador independiente y esto debería servir de magnífica propaganda para nosotros»^[11], argumentaba Canfield. Correspondió a Nabokov planificar una «respuesta adecuada a la propaganda comunista», y ello se concretó en un verdadero derroche celebrado en la veneciana isla de San Giorgio, en junio y julio de 1960. Asistió una multitud de destacados escritores y eruditos, entre ellos, Alberto Moravia, Franco Venturi, Herbert Read, Iris Murdoch, George Kennan, Jayaprakash Narayan y John Dos Passos. Dieciséis intelectuales soviéticos fueron invitados, pero en su lugar asistieron cuatro «títeres».

«Visto desde hoy, es divertido recordar, por ejemplo, los perfiles de dos de los rusos, uno delgado y alto y el otro, bajo y regordete —escribió

Nabokov en una ocasión—. El flaco era secretario general del Sindicato de Escritores Soviéticos; el bajito, un odioso h.p. de nombre Yermilov, un desagradable gacetillero del partido. Estaban haciendo cola ambos, para que mi secretaria, mejor dicho la secretaria administrativa del Congreso por la Libertad Cultural, les entregase sus dietas y sus gastos de viaje. Habían llegado, o mejor, habían sido enviados, para asistir a una conferencia en que se conmemoraba el 50 aniversario de la muerte de Tolstói». Nabokov terminaba su recuerdo con una jubilosa nota: «Mr. Yermilov, ¡revuélvase en su tumba: *usted ha aceptado dinero de la CIA!*^[12]»

«Dietas y gastos de representación, la más bella palabra en el inglés moderno —dijo en una ocasión V. S. Pritchett—. Si vendemos nuestras almas, deberíamos venderlas caras». Los que no hacían cola para recibir sus dietas en Venecia podían hacer cola para lo mismo en otro acto del Congreso que se celebraba en junio en Berlín, la conferencia por el «Progreso de la Libertad». En una carta a Hannah Arendt, Mary McCarthy hizo un informe con una maravillosa mala uva, sobre las rivalidades personales y las ofuscaciones intelectuales que presidieron el cónclave: «El principal evento, desde el punto de vista del mero escándalo, fueron una serie de choques entre Mr. Shils y William [Phillips], sobre el tema de la cultura de masas, naturalmente. Juro que Shils es el Dr. Pangloss redivivo pero sin el encanto del Dr. Pangloss ni su inocencia. Lo dije, con casi las mismas palabras, cuando yo misma me metí en la pelea. Otro plato fuerte del Congreso fue [Robert] Oppenheimer; me llevó a cenar y descubrí que está absoluta y, tal vez, peligrosamente loco. Megalomanía paranoica y sentido de una misión divina... [Oppenheimer] se volvió a Nicholas Nabokoff [*sic*]... y dijo que el Congreso era dirigido “sin amor”. Después de repetirlo varias veces, señalé que yo pensaba que la palabra “amor” debería reservarse para la relación entre sexos... George Kennan estuvo allí y pronunció un discurso final muy bueno y conmovedor (que debió haber acabado con Mr. Shils y con todos sus diabólicos partidarios para siempre) pero existía el rumor de que él también estaba loco, aunque loco sólo parcialmente^[13]». Aparte de estas y otras «estupideces públicas», Mary McCarthy informó que «el Congreso fue divertido. Disfruté viendo a los

viejos amigos y a los nuevos, lo cual tuvo una especie de carácter festivo, incluida la separación del trigo de la paja»^[14].

También se había invitado a un grupo de publicaciones que se beneficiaban de la generosidad de la CIA aquel año, para que aprovecharan el centro de intercambio de información del Congreso, que fue creado como «medio efectivo y sistemático de poner a disposición del público internacional gran cantidad de excelentes documentos que ahora llegan a un público algo limitado»^[15]. Además de encontrar lugares donde colocar los materiales producidos por las publicaciones propiedad del Congreso, con el centro de intercambio de información también se pretendía que sirviera de punto de distribución de otras publicaciones culturales a las que se consideraba dignas de pertenecer a la «familia mundial de revistas» del Congreso. Entre éstas podemos citar a *Partisan Review*, *Kenyon Review*, *Hudson Review*, *Sewanee Review*, *Poetry*, *The Journal of the History of Ideas* y *Daedalus* (revista de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias), que bajo el paraguas del Consejo de Revistas Literarias, también recibía becas de la Fundación Fairfield para mejorar su circulación en el extranjero. Adicionalmente, el Congreso se unió con el Consejo de Revistas Literarias para conceder una beca anual de 45.000 dólares a un escritor americano. ¿A quién nombraron para gestionar el premio? Al mismísimo Robie Macauley, que había sucedido a Crowe Ransom en la dirección de *Kenyon Review*, en julio de 1959^[16]. Durante los años en que *Review* estuvo ligado al Congreso, Macauley pudo incrementar la tirada de 2.000 a 6.000 ejemplares. Presumía de haber «encontrado formas de hacer dinero que jamás se le habían ocurrido a Mr. Ransom»^[17]. Pero en otros aspectos, *Kenyon Review* se resintió durante la dirección de Macauley. Sus largas ausencias condición *sine qua non* de trabajar en la CIA, y sus modales prepotentes (en 1963, de repente prescindió del consejo editorial) tuvieron un profundo impacto en la revista. Los beneficios para el Congreso, por el contrario, fueron considerables. Al formalizar su relación con estas prestigiosas revistas americanas, el Congreso podía alardear de contar con un complejo editorial de alcance e influencia sin precedentes, una especie de Time-Life Inc. para intelectuales.

«No estábamos vendiendo una marca, por lo que siempre insistíamos en que se utilizara el nombre del Congreso»^[18], explicaba John Hunt. Así pues, muchas publicaciones del Congreso no eran fácilmente reconocibles como tales. Entre éstas estaban *Hiwar*, la revista en árabe del Congreso que apareció en octubre de 1962, publicando en su primer número una entrevista con T. S. Eliot y una defensa de la independencia del escritor y de la autonomía del arte, escrita por Silone. No tuvieron éxito los intentos de ocultar que el Congreso era propietario de la revista, y fue al instante atacado como «Caballo de Troya». Un periódico musulmán afirmó que el Congreso estaba intentando «propagar sus malignas teorías, distribuyendo dinero aquí y allá, creando atractivas revistas y organizando grandes fiestas y conferencias», y hacía un llamamiento para que el Congreso fuese «denunciado y boicoteado»^[19].

Otras publicaciones del Congreso, lanzadas en los años sesenta fueron *Transition*, en Uganda, que atrajo a escritores como Paul Theroux y consiguió una respetable tirada de 12.000 ejemplares hasta que sus oficinas fueron saqueadas y sus directores, encarcelados en 1968. En Londres, apareció en 1964 *Censorship*, dirigida por Murray Mindlin, un personaje ecléctico que había traducido el *Ulises* de Joyce al hebreo. Los consejeros editoriales eran Daniel Bell, Annand Gaspard, de Suiza, Anthony Hartley, Richard Hoggart e Ignazio Silone. Le costó al Congreso 35.000 dólares al año, y sus pérdidas fueron considerables. Cuando cerró, en el invierno de 1967, el *New Statesman* anunció: «Es una mala noticia para escritores, editores y artistas de todo el mundo». Josselson, que nunca se llevó bien con Murray Mindlin, era menos propenso a guardar el luto (había dicho que su «relativo éxito se debía en parte a los temas de sexo que incluía de tanto en cuanto»). *Censorship* fue el modelo para *Index on Censorship*, fundado, en 1972 por Stephen Spender, con una sustancial beca de la Fundación Ford.

Pero de todas las revistas vinculadas al Congreso, el caso de *Partisan Review* es el más interesante. «El verdadero enigma de *Partisan Review* siempre me pareció que era la cuestión de cómo el órgano de expresión de un grupo tan pequeño y especial... se las arregló para convertirse en la revista sería más conocida de los EE UU, y ciertamente, entre todas las

revistas americanas con alcance intelectual, la más leída de Europa», reflexionaba Leslie Fiedler en 1956^[20]. Parte de la respuesta al enigma estaba en la financiación de la revista, a lo que, maliciosamente, se refería Fiedler cuando dijo que con un «estudio detallado de las alzas y las bajas económicas de PR se podía escribir un extenso artículo»^[21]. Entre 1937 y 1943, la revista fue financiada en gran parte por el pintor abstracto, George Morris; después de 1948, su principal fuente de ingresos fue Allan B. Dowling, que hasta 1951 «la respaldó de forma exclusiva y desde entonces ha sido presidente y principal financiador de la fundación que en la actualidad publica la revista»^[22]. Fiedler no hacía mención a Henry Luce, cuya generosa donación de 1952, se mantuvo en secreto. Pero se había dado cuenta, junto con otras personas, que a *Partisan Review* «se la cita en periódicos de tirada tan masiva como *Life* y *Time*, con la total confianza de que tendrá una adecuada respuesta en su inmensa audiencia»^[23].

Ciertamente, no se hacía mención de la CIA, cuya supuesta implicación con la más influyente publicación intelectual de Estados Unidos ha intrigado desde entonces a los historiadores. Es un hecho conocido que *Partisan Review* recibió dólares de la Fundación Farfield (a través del Comité Americano) a principios de 1953, a instancias de Cord Meyer. También recibió «una subvención para gastos» de la Farfield a principios de los sesenta^[24]. Pero en la vida de una revista agobiada por las crisis financieras, eso no suponía mucho. En 1957, volvió a surgir la cuestión de la exención de impuestos a *PR* entre las autoridades de la Hacienda estadounidense: no sólo la revista podía perder ese privilegio, sino que se hablaba también de que tendrían que pagar impuestos de forma retroactiva por las donaciones recibidas desde 1954. «Esto lo considero verdaderamente indignante», escribió C. D. Jackson a Cord Meyer^[25].

C. D. y Meyer defendieron la causa de *Partisan Review*. En primer lugar «hablaron a favor» de la revista con la sección de Exenciones de Impuestos de Hacienda. Posteriormente, William Phillips informó a C. D. que se sentía optimista por la respuesta inicial de Hacienda. En segundo lugar, C. D. recurrió directamente a Allen Dulles. El 12 de noviembre de 1957, C. D. envió a Daniel Bell un informe confidencial con la postura de la CIA sobre el asunto: «No tienen interés monetario u operativo en *Partisan*

Review. El actual director, sin embargo, simpatiza con el Congreso por la Libertad Cultural, y se muestra dispuesto a colaborar. Las dificultades financieras de *Partisan Review* podrían originar un cambio en la dirección contrario a los intereses [de la CIA]. Así pues, tienen un interés indirecto en que se acepte su petición de exención impositiva^[26]».

Los problemas de *Partisan Review* habían sido debatidos también en una reunión del Consejo de Coordinación de Operaciones (OCB), en abril de 1956. Mediante un informe al Equipo de Políticas y de Planificación de la Agencia de Información de Estados Unidos, el OCB pedía que se hiciese algo acerca de una propuesta para ayudar a incrementar los ingresos de *PR*. Sin que se pueda identificar al autor (probablemente. Sidney Hook, miembro del Consejo de Publicaciones y Asesor de *PR*, y «portavoz oficial» de la revista, según Fiedler), el representante del OCB citaba párrafos enteros de la propuesta, que comenzaba: «Como saben, durante mucho tiempo me he quejado del hecho de que con frecuencia se crea una fundación especial u otras formas de ayuda para las nuevas revistas, pero que a los antiguos recursos y a los caballos de carga del campo anticomunista como *New Leader* y *Partisan Review* no se les ayuda o no se las ayuda tanto como se debiera^[27]». Después de haber hablado con William Phillips, continuaba el proponente, parecía que lo «mejor sería que el Comité Americano por la Libertad Cultural fuese el medio a través del cual se pudiese regalar suscripciones a revistas como *Partisan Review* a aquellos intelectuales extranjeros que más las necesitasen. No sólo estoy pensando en aquellos que estén decididamente de nuestro lado... sino también en el gran ejército de intelectuales que no se han vendido al comunismo pero que piensan que Estados Unidos es un país igualmente imperialista, materialista, inculto y semibárbaro^[28]. «Pienso que son mejores este tipo de propuestas, especialmente si no se hace evidente el interés del gobierno de los Estados Unidos en alcanzar los objetivos indicados en las bases ideológicas^[29], concluía el informe. Antes de un mes, *Partisan Review* pudo dar a Elizabeth Bishop una generosa beca de 2.700 dólares. El dinero procedía de la Fundación Rockefeller, a un ritmo de 4.000 dólares al año durante tres años, en forma de becas literarias. Puede haber sido coincidencia, pero resulta curioso que, a pesar de

repetidas peticiones de ayuda financiera, la Fundación Rockefeller había rechazado todas las peticiones por parte de los directores de la revista, durante los anteriores diez años.

A principios de 1958, William Phillips viajó a París, donde se reunió con Michael Josselson para hablar «del futuro de *PR*». El 28 de marzo de 1958, Phillips escribió para preguntar si Josselson había decidido si se podían o no «hacer algunas de las cosas de las que hablamos»^[30]. En pocos meses, el Comité Americano por la Libertad Cultural, moribundo desde su ignominiosa e impuesta suspensión en enero de 1957, fue resucitado con el único objetivo de ser oficialmente quien editara *Partisan Review*, algo que había de hacer durante los siguientes diez años. Hook le dijo a Josselson, comentando este asunto, que no había «verdadero deseo de continuar con el Comité Americano, excepto para ayudar a *PR*. Phillips haría todo lo posible por ayudar a *PR*»^[31]. El propio Josselson recordaría más tarde que «El Comité hubiera desaparecido por completo si en el último momento no se hubiera decidido que los directores de *Partisan Review* aprovecharan su exención de impuestos, y desde entonces, la única “actividad” del Comité ha consistido en figurar como patrocinadores de *PR*»^[32]. Según esta versión, el Comité Americano no estaba subvencionando a *Partisan Review*, sino como artimaña para no pagar impuestos.

Sin embargo, según Daniel Bell, «durante varios años *PR* recibió apoyo económico del Comité por la Libertad Cultural, en forma de suscripciones para personas en el extranjero, que reciban gratis la revista. Por lo que yo sé, esa financiación también se mantuvo en secreto»^[33]. El destino de *Partisan Review* estaba estrechamente unido al Congreso, lo cual, desde 1960, hizo subir las ventas de la revista en 3.000 ejemplares por año, que eran distribuidos por el Congreso fuera de EE UU. Al mismo tiempo, el Congreso hizo extensivas unas ayudas análogas a otras revistas culturales de alto nivel con las que llevaba mucho tiempo colaborando: *Kenyon Review* (1.500 ejemplares), *Hudson Review* (1.500), *Sewanee Review* (1.000), *Poetry* (750), *Daedalus* (500) y *The Journal of the History of Ideas* (500). La compra de estos ejemplares costaba 20.000 dólares anuales. Programado inicialmente para extenderse durante un periodo de tres años, el compromiso económico del Congreso en relación con estas revistas supuso

60.000 dólares, más 5.000 para gastos administrativos. Se contrató a Fredric Warburg para distribuir *Partisan Review* en Inglaterra^[34]. También le ofrecieron a Warburg la primera opción para publicar una antología de *Partisan Review, Literature and Modernity* (coordinada por Phillips y Philip Rahv), cuyos colaboradores estuvieron relacionados en algún momento con el Congreso por la Libertad Cultural (entre ellos, Koestler, Chiaromonte, Mary McCarthy y Alfred Kazin).

Partisan Review siguió mejorando. «Vi a Will Phillips la otra noche — le escribió Kristol a Josselson en marzo de 1960— y comentó con gran misterio que los problemas de *Partisan Review* están completamente resueltos, aunque no podía darme detalles... ¡Llegó a decir que tenían *más* dinero del que necesitaban!^[35]» Pero Phillips necesitaba más: «¿No podría el Congreso concederme una beca para pagarme un viaje de negocios a Europa en junio que viene^[36]?» le preguntaba a Josselson un año después. Phillips hizo esta solicitud de beca a pesar de lo que luego calificaría como su instinto «para cuestionar el carácter burocrático (del Congreso) y lo que evidentemente era su control secreto en las altas instancias». En 1990, escribió lleno de orgullo sobre el hecho de que «ni Rahv ni yo éramos considerados suficientemente fiables personal o políticamente», como para ser invitados a lanzamiento del Congreso en 1950, cuyas personalidades calificaba de «gente del aparato, superficiales, desarraigados, irresponsables, cínicamente anticomunistas»^[37]. Continuando con el intercambio de insultos, posteriormente, Lasky tacharía al propio Phillips también de irresponsable. «Todo lo hacía a base de embaucar a todo el mundo. ¿Por qué diablos fue enviado a París? Se dedicaba estar todo el día en el Deux Magots^[38]».

William Phillips luego diría que no debía nada al Congreso. Si bien admitía que había sido «un jugador marginal en el juego de la propaganda mundial», lo calificó como una consecuencia de su pertenencia al Consejo Ejecutivo del Comité Americano, de cuyos «procedimientos y cálculos [y] finanzas internos» no estaba, según él, al corriente. Phillips también afirmaba estar «sorprendido —y quizá envidioso— del aspecto ostentoso de toda la operación, de los lujosos apartamentos de los funcionarios del Congreso, los fondos aparentemente inagotables para viajes, las grandes

cuentas de gastos, y todos los extras normalmente aparejados con los ejecutivos de las grandes empresas. Después de todo, *Partisan Review* siempre estaba en dificultades económicas, y mi experiencia me hacía pensar que la pobreza era la condición normal de todo montaje político serio y de toda revista literaria. En cuanto a la financiación secreta — continuaba— me parece que viola la naturaleza misma de una empresa intelectual libre, en particular cuando la financiación procede de una bien organizada sección del gobierno, con su propio programa político»^[39].

Otras personas, por supuesto, eran de diferente opinión sobre la financiación secreta. En el mismo momento en que *Partisan Review* empezó a beneficiarse del acuerdo con el Comité Americano por la Libertad Cultural, también *New Leader* se benefició de la renovada munificencia de sus encubiertos patrocinadores. En febrero de 1956, C. D. Jackson le escribió a Allen Dulles haciéndole una propuesta para conseguir dinero para la revista de Sol Levitas. Time Inc. había estado subsidiando a *New Leader* con unos 5.000 dólares al año, desde 1953, a cambio de «información sobre tácticas y personalidades del comunismo en todo el mundo, con especial referencia a las actividades comunistas dentro del movimiento sindical»^[40]. No obstante esto era sólo una mínima parte del dinero necesario para mantener a flote a la revista. Según un cálculo de C. D. Jackson, cómo mínimo se necesitarían 50.000 dólares. «Si la empresa capitalista puede reunir suficiente juicio para poder apreciar que el particular tono de voz con el que Levitas le habla a un grupo particular de gente aquí y en el extranjero es algo excepcional y excepcionalmente importante, y quisiese respaldar esa corazonada con unos cuantos miles de dólares —le dijo a Dulles—, pienso que podrás seguir adelante con la actual propuesta. Me parece que es la mejor fórmula que he visto hasta ahora para seguir contando con nuestro Levitas y que él pueda seguir comiendo»^[41]. A Dulles le convencieron con facilidad, lo mismo que en anteriores ocasiones, de que una subvención de la Agencia a *New Leader* «se justificaba perfectamente por los potenciales beneficios». Al llegar el verano de 1956, la campaña «Salvemos al *New Leader*», le había reportado a la revista los 50.000 dólares que necesitaba. La Agencia de Información de Estados Unidos aportó 10.000 dólares, lo mismo que la Fundación Ford, Mr. H. J. Heinz, y Time Inc. Los restantes

10.000 llegaron en forma de una donación de 5.000 dólares del editor del *Washington Post*, Philip Graham, y otros 5.000 dólares, que figuraban sencillamente como «maná imprevisto»^[42].

Como nunca antes, el Congreso por la Libertad Cultural participó en los nuevos planes organizativos, tanto para *Partisan Review* como para *New Leader*. La colaboración con el Congreso, en forma de publicaciones conjuntas, acuerdos formales de publicación de artículos en común, y el intercambio de información, reportó a ambas publicaciones aún más beneficios materiales. La prolífica actividad del Congreso durante estos años lo había convertido en un factor importante de la vida cultural de Occidente. Desde las plataformas de sus conferencias y seminarios, y en las páginas de sus revistas eruditas, intelectuales, artistas, escritores, poetas e historiadores consiguieron un público para difundir sus opiniones con el que no contaba ninguna otra organización —excepto la Cominform—. La oficina de París, estaba en ebullición, atrayendo visitantes de todo el mundo, e incluso en 1962, una bomba que explotó en el vestíbulo (acontecimiento loado por uno de los miembros como «grandioso, glorioso, esperado y merecido honor, y fecha memorable en los anales del Congreso»)^[43]. Para futuros Hemingways de la segunda y tercera generación, el Congreso era depositario de todos aquellos mitos románticos del París literario, y acudieron en tropel^[44].

La notoriedad del Congreso también atrajo una no deseada atención. En 1962, fue objeto de una brillante parodia por parte de Kenneth Tynan y el equipo de su programa en la BBC, *That Was The Week That Was*. «Y ahora, conectamos en directo con la guerra fría de la cultura —comenzaba el *sketch*—. Este dibujo representa al bloque cultural soviético. Los puntos del mapa representan emplazamientos culturales estratégicos: bases teatrales, centros de producción cinematográfica, compañías de danza produciendo misiles balísticos intercontinentales como churros, editoriales que lanzan inmensas tiradas de los clásicos a millones de lectores esclavizados. Se está produciendo una masiva acumulación cultural. ¿Pero qué sucede aquí en Occidente? ¿Tenemos capacidad de respuesta efectiva en el caso de una guerra cultural abierta?». Sí, continuaba el *sketch*, estaba el bueno del Congreso por la Libertad Cultural que, «apoyado por el dinero americano,

ha establecido una serie de enclaves en Europa y en otros lugares como puntas de lanza de una contraofensiva cultural. Estas bases están disfrazadas de revistas y tienen nombres en clave: *Encounter*, abreviatura de “Encounterforce Strategy”». Entonces aparecía un «portavoz del Congreso», que alardeaba de tener una serie de revistas que eran una «especie de OTAN cultural», cuyo objetivo era «la defensa cultural, o como a algunos de los muchachos les gusta decir, un cerco puesto a los rojos. En realidad, yo no diría que teníamos un objetivo. Diría que teníamos una misión histórica. El liderazgo mundial... Pero pase lo que pase, nosotros, en el Congreso, creemos nuestro deber mantener nuestras bases en alerta roja las 24 horas del día, observando siempre lo que hace el contrario, en lugar de perder un valioso tiempo observándonos a nosotros mismos»^[45].

La sátira era mordaz a más no poder, e impecablemente documentada. Mientras el «portavoz» del Congreso denunciaba la ignorancia del ministro de Cultura soviético, Tynan le hacía revelar, sin ápice de ironía, que los ilustrados mecenas del Congreso eran: el Miami District Fund, Cincinnati, la Fundación Hoblitzelle, Texas, y el Comité Suizo de Ayuda a los Patriotas Húngaros.

Esas referencias a los organismos de financiación del Congreso, aunque omitían al principal, no dejaron dormir a Josselson y confirmaron sus temores de que el verdadero talón de Aquiles del Congreso era la CIA. Las tensiones entre Josselson y la Agencia habrían ido subiendo de tono desde el fracaso del Comité Americano, a principios de 1957. Josselson, temperamentalmente incapaz de ser el mono de ningún organillero, estaba cada vez más enfrentado con Cord Meyer, que se negaba a soltar sus amarras. Meyer nunca se había recuperado del trato recibido a manos de los macartistas en 1953. Además había sufrido una serie de tragedias personales que le habían hecho cada vez más pesimista e intransigente. En «Waves of Darkness», un relato corto por Meyer en 1946, sobre su experiencia en la guerra y la herida casi mortal, recibida en las playas de Guam, también describía el trágico movimiento de su vida futura. En 1956, su hijo Michael, de nueve años, murió atropellado por un coche. Antes de un año de aquello, Cord se separó de su mujer, Mary Pinchot Meyer^[46].

Cada vez más obstinado y menos razonable, Meyer se había convertido en defensor infatigable e implacable de sus propias ideas, que parecían gravitar en torno de una desconfianza paranoica hacia todos los que no estuvieran de acuerdo con él. En el mejor de los casos su tono era polémico, y en el peor, histriónico y hasta belicoso. «Cord entró en la Agencia, idealista, lozano y fresco y salió como marchito instrumento de Angleton», dijo Tom Braden. «Angleton era un maestro de las malas artes. Tenía pinchado a todo el mundo de la ciudad, incluso a mí. Fuera lo que fuese lo que Angleton pensase, Cord lo pensaba^[47]». Arthur Schlesinger, antiguo amigo de Meyer, se convirtió en víctima de este idealista convertido en airado gendarme intelectual: «Se hizo tan rígido, tan inflexible. Recuerdo una vez que me llamó y me sugirió que nos viésemos para tomar una copa. Le invité a casa y nos sentamos en el piso de arriba y charlamos. Años más tarde, pedí a la CIA mi expediente, ¡y el último documento del expediente era un informe sobre mí, escrito por Cord Meyer! En mi propia casa bebiendo una copa, y escribió un informe sobre mí. No daba crédito^[48]». Igual que James Stewart en *La ventana indiscreta* de Hitchcock, Meyer y Angleton terminaron contagiados de la misma enfermedad que pretendían curar.

En octubre de 1960, Josselson se reunió con Cord Meyer y un grupo de hombres del IOD en una habitación de un hotel de Washington. Se produjo una acalorada discusión, en la que, según un testigo, a Josselson, sus colegas de la CIA le estaban «intentando dar lecciones». Josselson que padecía lo que Diana llamaba «ese asunto físico-mental», sintió cómo le subía la tensión y sus sienes empezaron a palpar, y luego se desplomó en el suelo. «Era muy efusivo en sus emociones —dijo John Thompson—. Empezaba a discutir y se desmayaba y sufría ataques cardíacos. Era muy europeo^[49]». Este ataque al corazón fue real. A las dos de la mañana, Lou Latham, jefe de la misión de París (que estaba en Washington cuando sucedió) despertó a Diana para decirle que Michael había sido llevado al hospital tras sufrir un colapso. Diana tomó aquella misma mañana el primer vuelo a Estados Unidos, llevando consigo a la pequeña Jennifer, de cuatro años. Después de detenerse brevemente en un hotel para dejar a Jennifer con su madre (la de Diana), Diana se dirigió al Hospital Universitario

George Washington. Allí, encontró a Michael en una cámara de oxígeno. Durante unas cuantas semanas, estuvo en permanente vigilia a su lado. Poco a poco, empezó a recuperarse. Y en este estado, se despertó una vez más pensando en la importancia de su misión. «Todo el tiempo que Michael estuvo en el hospital, me “daba instrucciones” y yo las anotaba», recordaba Diana. «Luego yo salía a la puerta de su habitación y “daba instrucciones” a Lee [Williams] y a los otros tipos que aparecían por allí. Fue divertido darle la vuelta a la tortilla^[50]».

Mientras Josselson aún estaba en la cámara de oxígeno, Bill Durkee, subjefe de división con Meyer, se volvió hacia Lee Williams cuando caminaban por una calle de Washington y le dijo «Ahora le tenemos donde queríamos»^[51]. Reflexionando sobre este asunto, años después, Diana llegaba a la conclusión de que mientras la Agencia valoraba el trabajo que hacía Michael, «al mismo tiempo debió haber sido como una espina, haciendo lo que quería, oponiéndose a ellos siempre que intentaban imponer su control. Michael intentó mantenerlos contentos diciéndoles lo que se cocía, y gracias a su personalidad, hizo que no se dieran cuenta de que carecían de importancia. Era su amigo, hablaba de sus familias y de sus carreras, y yo tenía la idea —ahora ya no— de que le admiraban. Ahora soy plenamente consciente de que Durkee hablaba por todos ellos. Debían de sospechar de todos estos intelectuales, extranjeros para colmo, y se resentían de tener todo el dinero y el poder americano y no obtener crédito alguno por ello... Además, Michael no era antiguo alumno de Yale, era prácticamente ruso y judío y era él el que se codeaba con la gente famosa, no ellos»^[52].

Así las cosas, estaba claro que su salud no le permitiría a Josselson seguir gastando tantas energías en el Congreso. Se acordó que se trasladase permanentemente a Ginebra, donde seguiría trabajando para el Congreso, pero desde la distancia. John Hunt tomaría la responsabilidad de dirigir la oficina de París, incluidos los tratos con la Agencia. Cuando Hunt llegó al Congreso en 1956, pasó los dos primeros años, luego diría, actuando como «Un chico de la limpieza, sin decir nada nunca, mirando y aprendiendo»^[53]. Poco a poco, se convirtió en lo que él calificó de «oficial de operaciones» del «Oficial ejecutivo» de Michael. En lo fundamental, estos cargos

permanecieron fijos durante toda la vida del Congreso. Pero con Josselson trabajando ahora desde su casa de Ginebra, con la ayuda de un secretario, todo el control administrativo de la sede de París recayó sobre Hunt.

César de Argentina

No me despedí cuando te fuiste
a Moscú o a Roma,
renuncia a esa monotonía,
llama a las musas.

W. B. YEATS, «Those Images».

Hunt se hizo cargo de la oficina de París en un momento propicio. Al «derroche Eisenhower» en las artes le siguió el anuncio de la administración Kennedy de que deseaba tener una «relación productiva» con los artistas. Kennedy dejó claro lo que ello significaba cuando invitó a 156 de los más famosos (entre ellos, Arthur Miller, Andrew Wyeth, Ernest Hemingway, Mies van der Rohe, Igor Stravinsky, Pierre Monteux, Paul Hindemith, Archibald MacLeish, Robert Lowell y Stuart Davis) para asistir a las celebraciones de su toma de posesión. «La toma de posesión tuvo que haber sido divertida —escribió Elizabeth Bishop a Lowell—. Veo fragmentos de ella una y otra vez en las noticias. Pero no me gustan esos fastos de la Roma Imperial... la tribuna presidencial, por ejemplo, parece verdaderamente triunfal^[1]». Pero para muchos de los participantes en la guerra fría, el ambiente imperial les resultaba alentador, como uno de sus admiradores le dijo a Kennedy a comienzos de 1961: «Igual que en la Antigüedad los romanos, allá donde fuesen, podían proclamar con orgullo “civis romanus sum”, ahora, de nuevo, análogamente, allá donde vamos y

con la cabeza alta y con orgullo, podemos proclamar, “civis americanus sum”.»^[2]

El 11 de mayo de 1962, Robert Lowell fue invitado de nuevo a la Casa Blanca, esta vez con ocasión de una cena en honor de André Malraux, ministro francés de Cultura. Kennedy bromeó en la recepción que la Casa Blanca se estaba convirtiendo «Casi en un café de intelectuales». Pero Lowell era escéptico, y escribió tras la cena en la Casa Blanca: «Luego, a la mañana siguiente podíamos leer que la 7.^a Flota había sido enviada a algún lugar de Asia y teníamos la extraña sensación de la poca importancia real que tenían los artistas, que era una especie de escaparate y que el gobierno real estaba en algún otro lado, y que gente, mucho más próxima al Pentágono era la que gobernaba el país... Pienso que los intelectuales desempeñamos un papel muy pedante y frívolo —deberíamos ser ventanas al mundo, no decorados de escaparate^{[*][3]}».

Aunque en pocas ocasiones se expresaba públicamente, existía cada vez mayor tendencia entre ciertos intelectuales a considerar con suspicacia todas las obras de beneficencia del gobierno. Pero la cuestión de la corrupción no preocupaba a la CIA, bajo cuyos auspicios se distribuía gran parte del botín. «Hay veces que uno casi se dejaba seducir —dijo Donald Jameson—. Pienso que casi todo el mundo con un cargo de cierta importancia en el Congreso [por la Libertad Cultural] era consciente de uno u otro modo de que el dinero venía de algún sitio, y que no había más que mirar alrededor para saber que sólo existía una posibilidad lógica. Y ellos tomaron la decisión. La principal preocupación de la mayoría de los intelectuales y escritores es cómo conseguir que te paguen por lo que te gusta hacer. Creo que, en su inmensa mayoría, aceptarían dinero procediese de donde procediese. Así pues, al Congreso y a otras organizaciones parecidas, tanto del Este como del Oeste, se las consideraba como una especie de grandes ubres de las que todo el mundo podía chupar en caso necesario y luego irse y hacer lo que tuvieran que hacer. Ésa es una de las principales razones del éxito del Congreso: hacía posible ser un intelectual consciente y comer a la vez. Y los únicos que lo hacían además de nosotros eran los comunistas»^[4].

Tanto si les gustaba como si no, tanto si lo sabían como si no, montones de intelectuales occidentales quedaron amarrados a la CIA, por el «Cordón umbilical del oro». Si Crosman pudo escribir en su introducción a *The God That Failed* que «para el intelectual, las comodidades materiales carecen relativamente de importancia; lo que más le preocupa es la libertad espiritual», ahora parecía que muchos intelectuales no pudieron resistir la tentación. Algunas de las conferencias del Congreso «eran fundamentalmente espectáculo, y los asistentes a veces le recordaban a uno a la *jet set*, que pasaba la vida entre Saint Tropez, en verano y Saint Moritz o Gstaad, en invierno», escribió el soviólogo Walter Laqueur, habitual de esas conferencias. «Era cuestión de esnobismo, sobre todo en Gran Bretaña; la apariencia exterior de refinamiento, ingenio y sofisticación combinados con la falta de sustancia; conversaciones académicas de altos vuelos y chismes del Café Royal^[5]». Estas refinadísimas y carísimas excursiones tuvieron que haber representado un gran placer para los que las hacían a costa del gobierno. Pero era más que un placer, porque estaban «Saboreando el poder» dijo Jason Epstein. «Cuando los intelectuales invitados llegaban a Nueva York, se les agasajaba con grandes fiestas; comidas caras por todas partes, y sirvientes, y sabe Dios qué más, mucho más de lo que estos intelectuales se podrían haber permitido. ¿A quién no le hubiese gustado estar en una situación en la que a la vez que se era políticamente correcto, se le compensaba generosamente por la postura adoptada? Este fue el motivo de la corrupción posterior^[6]».

Los que no recibían dietas en Nueva York podían utilizar la Villa Serbelloni, en Bellagio, en el norte de Italia. Situada en un promontorio entre los lagos de Lecco y Como, la villa la había donado la principessa della Torre e Tasso (de soltera Ella Walker), a la Fundación Rockefeller. La fundación puso la villa a disposición del Congreso como lugar informal de retiro para sus miembros más eminentes: una especie de sala de oficiales en la que las tropas del frente de la *Kulturkampf* pudieran recobrar sus energías. Escritores, artistas y músicos allí alojados eran recibidos por un chófer con uniforme azul con una pequeña insignia en la solapa que decía «V. S.». Los invitados no recibían «becas» propiamente dichas, pero el alojamiento era gratis, así como los gastos de viaje, las comidas, y el uso de

la pista de tenis y de la piscina. En una carta escrita en el elegante papel membretado de la villa, Hannah Arendt le dijo a Mary McCarthy: «Se tiene la sensación de estar alojado en una especie de Versalles. Hay 53 sirvientes, incluidos los empleados que cuidan los jardines... El personal está al mando de una especie de mayordomo de la época de la “principessa” y tiene el semblante y los modales de un caballero de la Florencia del siglo xv^[7]». McCarthy contestó que ella había descubierto que ese lujoso ambiente no era propicio para el trabajo duro. La villa fue también agradable sede del seminario del Congreso de junio de 1965, «Condiciones del Orden Mundial», celebrado en colaboración con *Daedalus* y la Academia de las Artes y las Ciencias.

Para unos pocos elegidos, también existía la posibilidad de reunirse con Hansi Lambert (la millonaria amiga del Congreso que también recibía en su refugio de invierno de Gstaad), o con Junkie Fleischmann, para hacer cruceros por el Mediterráneo en sus yates. Los Spender estuvieron invitados por ambos. Cuando Stephen le contó a Ernst Robert Curtius su crucero desde Corfú a Ischia, en agosto de 1955, el alemán se limitó a decir: «Eras comunista y ahora te dedicas a viajar en yate por el Mediterráneo, ja, ja^[8]». Para los que prefiriesen la tierra firme, el Congreso reservaba alojamiento en los hoteles más prestigiosos de Europa. En Londres era el Connaught; en Roma, el Inghilterra; y en Cap Ferrat, el Grand. En París, Irving Brown seguía agasajando a sus invitados en su residencia de recreo, la Suite Real del hotel Baltimore.

A pesar de sus reservas sobre la aceptación del patrocinio gubernamental, Robert Lowell pudo reprimirlas ante un pasaje de primera clase a Suramérica, ofrecido por el Congreso por la Libertad Cultural en mayo de 1962. Durante varios años, su gran amiga, Elizabeth Bishop, que vivía en Río de Janeiro, le había estado animando para que fuese; ahora, se puso en marcha ante la oferta de fondos del Congreso. Bishop estaba encantada. La gente del Departamento de Estado en Brasil «Se comporta tan ESTÚPIDAMENTE y con tan pocos modales —escribió—, y [ellos] suelen enviar a aburridos novelistas y profesores de tercera fila»^[9]. La visita de Lowell prometía ser mucho más interesante.

El Congreso había estado intentando aumentar su influencia en Suramérica durante varios años. Su publicación para aquellos países era *Cuadernos*, dirigida por Julián Gorkin. Gorkin había fundado el Partido Comunista en Valencia en 1921, y trabajó en una red clandestina para la Comintern, aprendiendo, entre otras cosas, a falsificar pasaportes. Después de su ruptura con Moscú en 1929, alegó que los soviéticos habían intentado convencerle de que se convirtiese en asesino. Al acabar la guerra civil, viajó a México, tradicional refugio de bolcheviques exiliados, y sobrevivió a cinco atentados, uno de los cuales le produjo un agujero en el cráneo. Como director de *Cuadernos*, su tarea consistía en intentar contrarrestar la «gran desconfianza» de Latinoamérica, donde la única manera de alcanzar un impacto significativo, decía en broma, era atacar constantemente a los EE UU y cantar las alabanzas de Sartre y Pablo Neruda. A Gorkin no le vino bien el golpe en Guatemala (1953) instigado por la CIA ni la Revolución Cubana de 1958. A la estela de la intervención americana en estas zonas, fue un periodo de «euforia para los comunistas latinoamericanos y sus aliados»^[10], pero Gorkin se enfrentó a las circunstancias adversas, proporcionando al Congreso un importante enclave en territorio hostil.

Lowell llegó a Río de Janeiro la primera semana de junio de 1962, con su mujer, Elizabeth Hardwick, y su hija de cinco años, Harriet. Nabokov estaba allí para recibirles en el aeropuerto, junto a Elizabeth Bishop. Todo fue bien hasta que la familia de Lowell abordó el barco de vuelta a Nueva York el 1 de septiembre, y él se quedó para continuar viaje hacia el sur, a Paraguay y Argentina. Le acompañó Keith Botsford, «permanente representante itinerante» del Congreso en Suramérica, que le fue «encasquetado en el viaje» por John Hunt para echarle un ojo al poeta (en jerga de la CIA. Botsford era la «correa» de Lowell). Fue en Buenos Aires donde comenzaron los problemas. Lowell tiró las píldoras que tenía que tomar para tratar sus manías depresivas, se tomó un montón de martinis dobles en una recepción en el palacio presidencial y anunció que era «el César de Argentina», y Botsford, su «lugarteniente». Después de pronunciar su discurso sobre Hitler, en el que ensalzaba al Führer y a la ideología del superhombre^[11], Lowell se desnudó y se subió a una estatua ecuestre en una de las plazas principales de la ciudad. Después de continuar así durante

varios días, Lowell, finalmente, fue reducido por orden de Botsford, metido en una camisa de fuerza y llevado a la Clínica Bethlehem, donde le amarraron piernas y brazos con correas de cuero, mientras le inyectaban grandes dosis de Thorazine. La humillación de Botsford fue completa cuando Lowell, desde su posición de Prometeo encadenado, le ordenó silbar «Yankee Doodle Dandy» o «El himno de batalla de la República»^[12].

Más tarde, ese mismo mes, Nabokov telefoneó a Mary McCarthy. Su voz era trémula y preocupada al informarle que Lowell «estaba en un manicomio de Buenos Aires y que Marilyn Monroe se había suicidado porque tenía una aventura con Bobby Kennedy y la Casa Blanca había intervenido»^[13]. Compartiendo la indignación de Nabokov, Mary McCarthy concluía: «Nuestra época empieza a parecer como una terrible y colosal película sobre los últimos emperadores romanos y sus Mesalinas y Popeas. La piscina de Bobby Kennedy era el baño con leche de burra»^[14].

El incidente de Lowell fue una catástrofe sin paliativos. Habiendo sido elegido por el Congreso «como un americano destacado para contrarrestar... a comunistas como [Pablo] Neruda»^[15], Lowell resultó ser emisario de poco más que las poderosas propiedades del Thorazine. Había traicionado la causa que defendía (y a su vez había sido traicionado por Botsford). Increíblemente, ni Hunt ni Josselson prescindieron de Botsford, sino que siguieron utilizando sus servicios como «representante» en América Latina. Más increíblemente aún, menos de un año después, incluso consideraron la posibilidad de enviar a Lowell para representar al Congreso a una conferencia en México. Sin embargo, Josselson se echó para atrás por miedo a que Lowell «hiciera tan poco caso a los consejos de su psiquiatra como La última vez... no tenemos garantía alguna de que no vuelva a pronunciar discursos enloquecidos a favor de Hitler»^[16]. Botsford, que no tenía deseo alguno de repetir la experiencia, desaconsejó el viaje de Lowell, y se convino que Robert Penn Warren y Norman Podhoretz eran candidatos más fiables para ser enviados tras el Telón de Tortilla.

Aunque Josselson tenía sus dudas sobre Botsford («No estoy seguro de que sea capaz de contaros ni siquiera los hechos»)^[17], el protegido de Hunt siguió prosperando en el seno del Congreso^[18]. Esta vez le dijo a Hunt que los intelectuales brasileños consideraban al Congreso como una tapadera

«yanqui» y sugería que el Congreso fuese más discreto, recatado e «invisible», apoyando sólo proyectos que tuviesen fuerte apoyo local. Pero Hunt rechazó ese método, diciéndole que no se debería abandonar ninguna zona del mundo en la lucha contra el comunismo^[19]. Con este propósito, Hunt y Botsford emprendieron una decidida campaña de desprestigio contra Pablo Neruda.

A principios de 1963, Hunt recibió un soplo de que Neruda era candidato al Premio Nobel de Literatura de 1964. Este tipo de información confidencial era algo excepcional, ya que se suponía que las deliberaciones del comité del Nobel se realizaban en hermético silencio. Así las cosas, en diciembre de 1963, se lanzó una campaña de rumores contra Neruda. Teniendo el máximo cuidado de ocultar la intervención del Congreso, cuando Irving Kristol le preguntó a Hunt si era cierto que el Congreso estaba «difundiendo rumores» sobre Neruda, Hunt replicó socarronamente que era inevitable que la candidatura del poeta al Premio Nobel suscitara controversias^[20].

En realidad, desde febrero de 1963, Hunt se había dedicado a organizar la ofensiva. Julián Gorkin había escrito con anterioridad a «un amigo de Estocolmo» sobre Neruda, y le dijo a Hunt que «este hombre está dispuesto a preparar un librito en sueco sobre “Le cas Neruda”»^[21]. Pero Hunt dudaba de la utilidad de tal libro, y le dijo al activista del Congreso, René Tavernier, que se debería preparar un informe documentado, escrito en francés y en inglés, para hacerlo llegar a ciertas personas^[22]. Hunt recalcó que no había tiempo que perder si se quería impedir el escándalo de la concesión del Premio Nobel a Neruda, y le pidió a Tavernier que organizase el informe en colaboración con Julián Gorkin y su «amigo» sueco^[23].

El informe de Tavernier se centraba en la cuestión del compromiso político de Neruda, y afirmaba que era «imposible disociar a Neruda artista, del Neruda propagandista político»^[24]. Lanzaba la acusación de que Neruda, miembro del Comité Central del Partido Comunista Chileno, utilizaba su poesía como «instrumento» de un compromiso político que era «total y totalitario»; era el arte de un hombre que era estalinista «militante y disciplinado». Se aireaba mucho el hecho de que, en 1953, se le hubiera

concedido a Neruda el Premio Stalin por su poema dedicado a Stalin, «su amo», en lo que Tavernier calificó de «servilismo poético»^[25].

Tavernier envió las pruebas del artículo a Hunt a finales de junio. Hunt decidió que le faltaba fuerza y le dijo al autor que se centrara en el tipo de compromiso político de Neruda, y en el anacronismo de su postura estalinista, que guardaba poca relación con el ambiente de mayor tolerancia de la Rusia contemporánea. Hunt finalizaba, como si fuera su maestro, que esperaba ver el informe revisado en cuestión de días^[26].

«Es evidente que organizaron una campaña para que Neruda no obtuviera el Premio Nobel. Es un hecho cierto», dijo Diana Josselson^[27]. consecuentemente, Josselson había escrito a Salvador de Madariaga, filósofo y patrocinador honorario del Congreso pidiéndole que interviniera. Pero Madariaga era optimista, afirmando que «Estocolmo sabrá dar una respuesta sencilla e impecable: ya se ha concedido el Nobel a la poesía chilena en la persona de Gabriela Mistral. Eso es lo importante. Y la política no tiene nada que ver»^[28]. Por supuesto que la política tenía todo que ver.

Pablo Neruda no ganó el Premio Nobel de Literatura de 1964. Con todo y eso, no hubo motivos de celebración en las oficinas del Congreso, cuando se anunció al ganador: Jean-Paul Sartre. Su negativa a aceptar el premio dio la vuelta al mundo. Neruda tuvo que esperar hasta 1971 para recibir los honores de la Academia Sueca, en cuyo momento era embajador de Chile en Francia, representando al gobierno democráticamente elegido de Salvador Allende (que fue antidemocráticamente derrocado y asesinado en 1973, con la ayuda del todopoderoso brazo de la CIA).

En 1962, pocos meses después de la construcción del muro de Berlín, Nicolas Nabokov fue propuesto por Willy Brandt, alcalde de Berlín Oeste, como consejero de Asuntos Culturales Internacionales en el Senado berlinés. Este nombramiento consolidaba una antigua amistad, y llevó de vuelta a Nabokov a la ciudad a la que más próximo se sentía. «Brandt y Nabokov se llevaban muy bien», recordaba Stuart Hampshire. «A Brandt lo financiaban los americanos, lo mismo que al programa cultural de Berlín.

Para Brandt no suponía ningún problema, no le preocupaba lo más mínimo. Nicky era una persona muy culta y conocía a las personas adecuadas, por lo que era perfecto para la misión de organizar los asuntos culturales de Berlín^[29]». Para Nabokov, Berlín Occidental había perdido parte de su «*glamour* cosmopolita», y parecía el momento propicio para una renovada apuesta en el «juego cultural». Según John Hunt, Nabokov «jamás había estado dispuesto a enfrentarse al mundo por defender sus convicciones», y ahora parecía haber perdido interés en los antiguos y gastados paradigmas de la guerra fría. Sus planes y propuestas para Berlín, que ahora estaba dividido por un muro de hormigón, ya no contenían nada de la antigua retórica anticomunista. «Yo tenía claro que en ese juego uno debería obtener el apoyo y la participación de intelectuales y artistas de la Unión Soviética y del bloque socialista»^[30], escribió, influido por el clima de *détente*. Con este fin, se hizo amigo del embajador soviético en Berlín Este, Pyotr Andreyetvitch Abrassimov. Ambos pasaban horas juntos, en la embajada soviética, y finalmente, Abrassimov accedió ante la apasionada petición de Nabokov de que los artistas soviéticos estuviesen representados en el Festival de las Artes de Berlín, del cual también era director. Para Abrassimov fue una decisión valiente: la inteligencia soviética vigilaba de cerca a Nabokov. Teniendo a un espía del KGB colocado como consejero de Brandt, los rusos sabían perfectamente la relación de Nabokov con el Congreso, que, a su vez, estaba respaldado por la CIA.

Josselson no las tenía todas consigo en relación con el nuevo nombramiento de Nabokov, «pero se lo tragó», según Diana. Nabokov cada vez pasaba más tiempo en Berlín, y parecía alejarse del Congreso, pero no de que éste le siguiera pagando los gastos. Josselson, que siempre había exigido moderación, poco podía hacer para limitar la extravagancia congénita de Nicolas Nabokov. «Tenía gustos muy caros, y había que pagarlos»^[31], dijo Stuart Hampshire. Sin embargo, el vínculo, acordado formalmente entre el Congreso y la oficina de Brandt, dio al Congreso una oportunidad de estar representado en la Berliner Festwochen, y en 1964, costeó la asistencia de Günter Grass, W. H. Auden, Keith Botsford, C. L. R. James, Langston Hughes. Robie Macauley, Robert Penn Warren, James Merrill, John Thompson, Ted Hughes, Herbert Read, Peter Russell, Stephen

Spender, Roger Caillois, Pierre Emmanuel, Derek Walcott, Jorge Luis Borges y Wole Soyinka (John Hunt y François Bondy fueron como responsables de la misión).

Pero lo que no podía hacer Josselson era tragarse su resentimiento ante lo que consideraba desertión de Nabokov. «Estaba celoso —dijo Hampshire—. Solía hablar de “mi grupo” de intelectuales. Les adulaba, y esperaba su lealtad. Nicky formaba parte de su “grupo”, y entonces, va y se interesa por otra cosa. Josselson se enojó y se sintió dolido^[32]». A finales de 1964, la paciencia de Josselson estaba agotando sus existencias, y escribió una cáustica carta preguntándole a Nabokov por qué había considerado pedir al Congreso que le pagase los gastos de un viaje a Londres que claramente era en interés de Berlín. Como Nabokov estaba recibiendo un generoso sueldo del Congreso (Josselson había conseguido cerca de 30.000 dólares de la Fairfield para pagar sus actividades durante un periodo de cuatro años, de los cuales, 24.000 se reservaban para pagar su sueldo), por qué, le preguntaba Josselson, no podía sacar esos gastos de los 50.000 marcos que recibía de los contribuyentes berlineses. Molesto porque Nabokov no le hubiese dicho nada de sus visitas a Abrassimov en el sector soviético, o de la visita de Abrassimov a la casa de Nabokov, junto con Rostropovich, Josselson terminaba hecho una furia, diciéndole a Nabokov: «No quiero saber nada más de lo que hagas... Interrumpamos nuestra relación oficial hasta el 1 de mayo [fecha en que habrían de verse] y mantengamos los dedos cruzados para que con tus andanzas no des al traste, absurdamente, con nuestra amistad»^[33]. Incapaz de resistir un desaire más, Josselson confiaba en que las vacaciones de Navidad le diesen a Nabokov «oportunidad para reflexionar... y componer música en lugar de ir de un lado para otro como loco, tal vez, hacia un precipicio»^[34].

Un gran nubarrón se cernía sobre la relación entre Nabokov Y Josselson. Al enterarse Josselson de que Nabokov pensaba hacer un viaje a Moscú con Abrassimov para asegurarse de la participación de artistas soviéticos en el Festival de Berlín, le escribió con tono imperativo, instándole a que no hiciese el viaje. Nabokov renunció al viaje en el último momento, pero exigió una explicación por parte de Josselson. Ésta se produjo inmediatamente, pero fue críptica en extremo: «Ni por un minuto

me preocupa tu seguridad ni las consecuencias de tu relación con el Congreso. Créeme, sólo me preocupaba por ti y una situación muy embarazosa en la que te podrías encontrar, no inmediatamente, sino tal vez, dentro de uno o dos años. No quiero escribir más sobre esto, pero ten la seguridad que lo que tengo en mente no es algo que me esté inventado... También, por favor, ten en cuenta que tienes muchos enemigos en Berlín, que esperan la oportunidad para asestarte una cuchillada, y en tu propio interés, harías bien en no dar excusas a esta gente y a su malicioso chismorreio^[35]». Tras las objeciones de Josselson al nuevo rumbo en la carrera de su amigo no sólo había una persona dolida: Nabokov se había convertido en un riesgo para la seguridad. «Te podrías convertir, sin saberlo, en instrumento de la política soviética en Alemania —le advertía—. Ya has dado el primer paso en esa dirección^[36]». Poco después de esta carta, en agosto de 1964, surgió una situación muy preocupante. En el curso de una investigación del Congreso [de los EE UU] en relación con la exención de impuestos de las fundaciones americanas, dirigida por el congresista Wright Patman, se produjo una filtración, en la que se identificaba a una serie de fundaciones (ocho en total, conocidas como «las ocho de Patman»), como tapaderas de la CIA: Gotham Foundation, Michigan Fund, Price Fund, Edsel Fund, Andrew Hamilton Fund, Borden Trust, Beacon Fund y Kentfield Fund. Según la investigación, estas fundaciones eran «buzones», y a menudo no eran más que una simple dirección, creada para recibir dinero de la CIA, que luego se podía transferir a otro sitio con aparente legalidad. Después de que el dinero se transfería al buzón, se producía el «segundo pase»: la fundación tapadera hacía una «aportación» a una prominente fundación bien conocida por sus actividades legales. Estas aportaciones eran incluidas como activos recibidos por las fundaciones en el impreso anual 990-A que se enviaba a Hacienda, y que toda organización sin ánimo de lucro y exenta de impuestos estaba obligada a remitir. Ésta, por supuesto, era la parte más vulnerable del sistema. «Tal vez no hubiese otra forma de hacerlo —dijo Donald Jameson—, pero a estas fundaciones se les exigía que presentasen todo tipo de documentos a Hacienda, cosa que solían hacer hasta cierto grado. Lo cual significaba que cuando... la gente empezó a denunciarles, podían ir a los archivos de

Hacienda y relacionar a A con B, con C y con D, directamente, por medio de todo esto, y eso fue una verdadera desgracia^[37]».

El «tercer pase» se producía cuando la fundación legítima hacía una entrega de dinero a la organización receptora designada por la CIA. William Hobby, presidente de *Houston Post* y miembro del consejo de la Fundación Hobby, explicaba cómo se hacía: «Se nos decía que... íbamos a recibir unos fondos de la CIA. Luego nos llegaba una carta, por ejemplo de la Organización ZYZ, pidiéndonos fondos. Nosotros le concedíamos los fondos». No se hacían preguntas. «Creíamos que la CIA sabía lo que hacía^[38]».

Los impresos 990-A de otras cuatro fundaciones ilustran esta operación de transferencia: la M. D. Anderson Foundation, de Houston, la Hoblitzelle Foundation, de Dallas, la David, Josephine and Winfield Baird Foundation de Nueva York, y el J. M. Kaplan Fund de Nueva York. Todas estas fundaciones eran «activos» del IOD. Desde 1958 a 1964, la Anderson Foundation recibió 655.000 dólares de la CIA a través de fundaciones «de paja» como el Borden Trust y el Beacon Fund. Luego desembolsaba la misma cantidad al American Fund for Free Jurists, Inc.^[*], una organización con sede en Nueva York, y que luego pasaría a llamarse Consejo Americano de la Comisión Internacional de Juristas^[**]. La Baird Foundation recibió un total de 456.800 dólares entre 1961 y 1964 en «pases» y traspasó el dinero a programas de la CIA en Oriente Medio y África. El Kaplan Fund, famoso por ser patrocinador de la temporada «Shakespeare en el Parque» que se celebraba en Nueva York, dio casi un millón de dólares entre 1961 y 1963 al Institute of International Labor Research^[***] Inc. de Nueva York. El Instituto estaba dedicado a impulsar proyectos de la CIA en América Latina, entre ellos un semillero de líderes políticos democráticos, llamado Instituto de Educación Política^[****], dirigido por Norman Thomas y José Figueres en Costa Rica. La financiación procedía de la CIA, canalizada a través del Kaplan Fund, mediante los pases establecidos: los fondos Gotham, Michigan, Andrew Hamilton, Borden, Price y Kentfield —seis de los ocho de Patman—. El presidente y tesorero de la Kaplan Foundation era Jacob M. Kaplan, quien, se recordará, ofreció sus servicios a Allen Dulles en 1956. La Hoblitzelle Foundation, entre 1959 y 1965, recibió de la CIA

una cantidad similar. Toda (430.700) pasó directamente al Congreso por la Libertad Cultural.

La filtración de la comisión Patman abrió la escotilla, aunque durante poco tiempo, del cuarto de máquinas de la financiación clandestina de la CIA. Junto con la información de libre disposición existente en Hacienda, permitió a unos cuantos imaginativos periodistas recomponer parte de las piezas del rompecabezas. En septiembre de 1964, el semanario izquierdista de Nueva York, *The Nation*, preguntaba: «¿Debería permitirse a la CIA canalizar fondos, revistas de Londres —y de Nueva York— que pasan por ser revistas de opinión” y que compiten con publicaciones de opinión independientes? ¿Está bien que las revistas apoyadas por la CIA ofrezcan grandes sumas por un solo poema de un poeta de Europa Oriental, considerados como hombres de carácter a los que se podía animar a desertar en lo que, en este contexto, se podría considerar como soborno? ¿Es objetivo “legítimo” de la CIA financiar indirectamente, diversos congresos, convenciones, asambleas; conferencias dedicados a la “libertad cultural” y a temas parecidos^[39]?».

Cord Meyer recordaba que «El asunto se publicó en la última página del *New York Times* y causó poco impacto en la época, aunque dentro de la Agencia, hizo que con gran preocupación, revisásemos e intentásemos mejorar la seguridad de los mecanismos de financiación^[40]. Solíamos hacer simulacros en la Agencia en los que nos preguntábamos qué pasaría si alguien quitaba la tapa de la radio y empezaba a averiguar dónde iban todos aquellos cables —dijo Lee Williams—. ¿Qué pasaría si alguien fuese a Hacienda y viese que una fundación había dado una beca y luego comprobaba que las cifras no cuadraban? Esto era algo que nos preocupaba realmente cuando empezaron a difundirse los rumores. Lo hablamos e intentamos hallar una manera de proteger a las personas Y organizaciones que estaban a punto de ser descubiertas»^[41]. Pero Hunt y Josselson, que estaban en Londres al destaparse el asunto —Josselson en el hotel Stafford, Hunt en el Duke’s— de repente quedaban al descubierto. «Tenemos problemas», dijo sin rodeos Josselson a Hunt por teléfono.

Josselson era consciente del peligro mucho antes de las denuncias de Patman. La gente empezaba a murmurar en las fiestas —«gran parte del

problema era que la gente de Washington no podía mantener la boca cerrada», dijo Diana Josselson—. Paul Goodman había intuido la verdad ya en 1962, cuando escribió en *Dissent* que «La Libertad Cultural y el Encuentro^[*] de las ideas eran instrumentos de la CIA». Existen pocas dudas de que Josselson había sido advertido de los hallazgos que Patman haría dos años después, lo cual explica su misteriosa carta a Nabokov de junio de 1964.

A Josselson, desde hacía mucho tiempo le preocupaba que la cobertura del Congreso no fuese segura, y, en 1961, había convencido a Cord Meyer de que debería encontrar una nueva tanda de «patrocinadores». «En respuesta a los reparos de Michael y de la CIA, pensaron, con razón, que lo mejor sería diversificar las fuentes de financiación, y eso es lo que hicieron»^[42], recordaba Diana Josselson. Nabokov viajó a Nueva York en febrero de 1961 para hablar con los consejeros de las fundaciones. Curiosamente, ninguna de las fundaciones con las que contactó sobrevivió. Parece como si el viaje hubiese sido sólo una cortina de humo para que pareciera que el Congreso estaba buscando pública y activamente socios financieros, mientras que en realidad, en la trastienda la CIA estaba llegando a acuerdos con otras fundaciones. En 1963, en la lista de donaciones del Congreso aparecían nuevos mecenas. Se trataba de las fundaciones Colt, Florence, Lucious N. Littauer, Ronthelym Charibable Trust, Shelter Rock (cuyo «mecenas» era Donald Stralem, miembro del consejo de la Fundación Fairfield), Sonnabend y Sunnen.

En cuanto a la Fundación Fairfield, su credibilidad como fundación «independiente» cada vez se ponía más en entredicho. «Se suponía que era una cobertura, pero en realidad era transparente. Todos nos reíamos y la llamábamos “Far-fetched^[*] Foundation”», dijo Lawrence de Neufville. «Todos sabían quién estaba tras ella. Era ridículo^[43]». La legendaria tacañería personal de Junkie Fleischmann parecía confirmar los rumores que circulaban por todas las fiestas de Washington y Nueva York, de que él no era el auténtico «mecenas» del Congreso por la Libertad Cultural. Nabokov le dijo más tarde a Josselson que «Junkie era el millonario más agarrado que había conocido»^[44]. De igual modo, Natasha Spender recordaba que «La tacañería de Junkie era pública y notoria. En una cena en

un restaurante de Cincinnati, con Junkie y otras personas, tuve que pedirle que me prestara una moneda de 10 centavos para llamar por teléfono. Cuando volvíamos en el taxi, Stephen me dijo “Debes devolverle la moneda por la mañana”. Pensé que estaba de broma, pero no. Así pues, le mandé la moneda»^[45].

Se empezó a argumentar entonces que si la Fundación Farfield desembolsase fondos para proyectos americanos e internacionales, los intereses de la CIA, así disimulados, serían menos conspicuos. «La Farfield participaba en otras actividades como tapadera, en caso que alguien investigase lo que hacía»^[46] explicaba Diana Josselson. En la memoria de la Farfield correspondiente al periodo del 1 de enero de 1960 al 31 de diciembre de 1963, aparecen algunas de los cientos de subvenciones concedidas en ese periodo. Entre los receptores estaban el American Council of Learned Societies^[*], la Academia Americana de Artes y Ciencias, la Modern Language Association, el Taller de Danza, el Festival de los Dos Mundos en Spoleto, Italia (aportaciones a los gastos y a la participación de estudiantes americanos, y para los gastos del poeta Ted Hughes), el Instituto para Estudios Avanzados de las Artes Escénicas^[*], el Living Theater de Nueva York, la Asociación Pro Música de Nueva York, la Asociación de Revistas Literarias de América, *Partisan Review* («beca para gastos»), y el Instituto Internacional de Madrid (una beca para conservar las bibliotecas personales de Lorca, Ortega y Fernando Almagro). En el epígrafe «Viajes y Estudios», la Farfield concedió becas a multitud de personas, incluida Mary McCarthy («para preparar una antología de nueva literatura europea»), al pintor chileno Víctor Sánchez Orgaz, al poeta Derek Walcott («para viajes por EE UU»), Patricia Blake, Margerita Buber-Neumann, Lionel Trilling (para un viaje a Polonia, Roma, Atenas y Berlín), y a Alfred Sherman, colaborador de *The Spectator*; para un viaje a Cuba.

Paradójicamente, era la mera escala de las donaciones de la Fundación Farfield lo que la hacía especialmente vulnerable a ser descubierta. A la estela de las revelaciones de la comisión Patman, no había que ser Sherlock Holmes para deducir quién conspiraba tras la fundación. Sorprendentemente, ni un solo periodista pensó en averiguar nada más. La CIA «revisó por completo sus técnicas de financiación», pero para posterior

sorpresa de un Comité Reducido que investigó el asunto, no «reconsideró la conveniencia de poner en cuestión la independencia de las fundaciones americanas al utilizarlas como vehículo para financiar proyectos clandestinos»^[47] —precisamente lo que había hecho, en primer lugar, antes de que Patman filtrase sus averiguaciones—. «La verdadera lección del escándalo de la comisión Patman no es que tengamos que dejar de utilizar a las fundaciones como tapadera de nuestra financiación, sino que tenemos que estudiarlo de manera profunda y profesional»^[48], argumentaba el jefe del Programa de Acciones Encubiertas y del Grupo de Evaluación.

Esta manera de pensar era tremendamente errónea, como demostrarían acontecimientos posteriores. Josselson, ciertamente, no la suscribía. Sabía que los vigentes mecanismos de financiación eran irremisiblemente vulnerables, y que el barco hacía aguas por todos lados. «El mar se encrespaba más y más, la navegación se hacía cada vez más difícil, pero seguían navegando, aunque en estado de constante sobresalto»^[49], dijo Diana Josselson. Desde finales de 1964, Josselson intentó por todos los medios mantener a salvo al Congreso por la Libertad Cultural de las inminentes acusaciones y del daño que podrían causarle. Pensó cambiar el hombre. Una vez más estudió la posibilidad de cortar el vínculo financiero con la CIA, sustituyéndolo en su totalidad por el de la Fundación Ford. Sobre todo, intentó alejar al Congreso de su perspectiva propia de la guerra fría y reducir al mínimo la posibilidad de que se le acusase de ser un instrumento del gobierno de los Estados Unidos en esta guerra fría. En octubre, dijo ante el Comité Ejecutivo en su reunión de Londres: «Francamente, no me gustaría ver que la razón de ser del Congreso fuese la guerra fría. A veces tengo la sensación que ésta es su razón de ser, y, sinceramente, no me gusta^[50]».

PEN

... un hombre nuevo alcanza su felicidad para poner fin
a la guerra fría contra los de su propia estirpe.

ALLEN GINSBERG. «*Who Be Kind To*».

1964 fue mal año para los combatientes en la guerra fría. Los mitos en los que confiaban se fueron viniendo abajo sistemáticamente. Primero se produjo la publicación de *El espía que llegó del frío*. Escrito en cinco meses por un joven diplomático de la embajada británica de Bonn utilizando el pseudónimo de John Le Carré, vendió en Estados Unidos 230.000 ejemplares, y otros dos millones más en rústica, en 1965, cuando la Paramount estrenó su versión cinematográfica. Le Carré atribuía el origen de su novela a su propia «gran y perdurable amargura sobre el punto muerto ideológico entre el Este y el Oeste». Richard Helms, que por entonces estaba a cargo de las operaciones encubiertas de la CIA, detestaba el libro. A Le Carré se le clasificó, junto a Graham Greene (cuya novela de 1955, *El americano impasible*, había horrorizado al mundillo clandestino de los Estados Unidos), como uno de los autores que más odiaba la Agencia. Eran «imbéciles —dijo Frank Wisner—, malintencionados y rencorosos».

Después vendría la película de Stanley Kubrick, *Dr. Strangelove [Teléfono rojo. ¿Volamos hacia Moscú?]*, una sátira contra la locura de la ideología de la guerra fría. En una carta publicada en el *New York Times*, Lewis Mumford la calificó como «la primera interrupción del trance catatónico de la guerra fría que tanto tiempo se ha apoderado de nuestro país... el que está enfermo es nuestro supuestamente moral y democrático

país, que ha permitido que se formule y se ponga en práctica esta política sin ni siquiera simular un debate público»^[1].

Luego, el 18 de septiembre de 1964, el más influyente de todos los participantes de la guerra fría de Estados Unidos, C. D. Jackson, murió en un hospital de Nueva York. Unos días antes, Eisenhower había viajado desde Gettysburg, Pensilvania, para visitar a C. D., gravemente enfermo. La Orquesta Sinfónica de Boston, que debía su reputación mundial en buena parte al apoyo de C. D., le dedicó un concierto de homenaje, en el que participaron como solistas, Vitya Vronsky y Víctor Babin, interpretando obras de Mozart. Luego, la escuela de verano de la orquesta, Tanglewood, creó los Premios C. D. Jackson, en su memoria. Como patrocinadores del premio había muchos alumnos de aquella especialísima escuela de guerra fría que comandaba C. D.

Hacia 1964, todas estas personas ya resultaban completamente anacrónicas, miembros de una secta en extinción cuya desaparición, aunque en absoluto completa, parecía asegurada por una ola de repugnancia y protesta contra los valores que representaban. Eran como muchos «whifflebirds»^[*], nombre inventado por un intelectual de Nueva York para denominar a un ser que «vuela hacia atrás en círculos cada vez más cerrados hasta que llega hasta su propio ano y se extingue»^[2]. En un momento en que la Nueva Izquierda y la generación *beat*, los proscritos culturales marginales de la sociedad estadounidense estaban siendo aceptados por la corriente predominante de la cultura, llevando con ellos un desprecio por lo que William Burroughs llamaba una «lloriqueante y almibarada tiranía de burócratas, trabajadores sociales, psiquiatras y funcionarios sindicales»^[3]. Joseph Heller, en *Catch-22*, sugería que lo que para los Estados Unidos era cordura, en realidad era locura. Allen Ginsberg, que en su lamento, *Howl* de 1956, se quejaba por los años desperdiciados —«Vi a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura»— ahora defendía la felicidad de la homosexualidad libre y las alucinógenas «soledades del peyote»^[*]. Mascar LSD, escuchar música psicodélica, leer poesía desnudos, navegando por el mundo a través de una neblina de benzedrina y hachís, los beats reivindicaban a Walt Whitman frente a la rigidez y acartonamiento de gente como Norman Pearson Holmes, y le

santificaron como primer *hippy* de la historia. Eran rebeldes desaseados que querían convertir el caos en orden, en contraste con la obsesión con las fórmulas que caracterizaron a revistas como *Encounter*.

Exasperado por todo esto, Sidney Hook escribió a Josselson el 20 de abril de 1964: «En Europa tienen el teatro del absurdo, y, en el existencialismo, una filosofía del absurdo. En los EE UU, lo último entre los intelectuales es “una política del absurdo”, cuyos eslóganes son “Abajo los EE UU”, “América está podrida”, “Viva el sexo”, etc. Verdaderamente es muy divertido —Mailer, Podhoretz, etc.—. Y cuentan con un nuevo y ferviente discípulo: Mr. Jack Thompson, cuya prudencia, me temo, no es mejor que su inteligencia^[4]». La prudencia de Thompson era suficiente como para darse cuenta de que es la mejor parte del valor^[**], y continuó como director ejecutivo de la Farfield.

1964 también fue el primer aniversario de *New York Review of Books*. Bajo la dirección de Jason Epstein y Robert Silvers, el éxito inmediato de la revista era una clara indicación de que no a todos los intelectuales estadounidenses les satisfacía desempeñar el papel de legitimadores de la guerra fría, en órbita alrededor de la cuestión de la seguridad nacional. En este caso, al contrario que revistas como *Encounter*, era una revista de tipo ideológico que además era genuinamente independiente. Conforme empezó a derrumbarse el consenso imperante, la revista marcó el surgimiento de un nuevo tipo de intelectuales críticos. De esta manera, ofrecía un liberalismo radical, libre de la influencia paralizadora de la guerra fría; era libre, pues, para hablar de aquellos temas sobre los que callaban revistas como *Encounter*; atada a la disciplina del consenso. Si se había dado la impresión de que todos los intelectuales de Nueva York se habían transformado, por una especie de alquimia inversa, de brillantes radicales en metales de baja ley al servicio de la CIA y del resto de las clases dirigentes de la guerra fría, esto evidenciaba todo lo contrario. Lejos de ser los apologetas del poder de Estados Unidos, eran pensadores que se agruparon en torno a la disposición de la revista para denunciar al imperialismo, de igual modo que denunciaba al comunismo. Para horror de la CIA, se convirtió en el buque insignia de la oposición de los intelectuales a la guerra de Vietnam. «Teníamos un gran problema con el yin y el yang de la gente de *New York Review*, sobre todo

cuando adoptó una postura tan contraria a la guerra de Vietnam y tan izquierdista»^[5], recordaba Lee Williams, no muy explícito en cuanto a las medidas que se tomaron para contrarrestar a la revista, limitándose a decir que «no se trataba de una cuestión de golpes y contragolpes»^[6].

El propio Josselson no fue impermeable al nuevo espíritu. Aunque hizo lo indecible para ocultar su desilusión con «la propuesta americana», en privado admitía que estaba consternado por la forma que había asumido. Años después, escribiría que «la experiencia de trabajar con y para el “tinglado” [se había convertido] en realmente traumática... En los años cincuenta, nuestra motivación se sostenía gracias a las promesas históricas de América... en la segunda mitad de los sesenta, nuestros ideales y valores personales se habían erosionado en virtud de nuestra intervención en Vietnam y por otras absurdas políticas de EE UU»^[7]. La alegada inferioridad estadounidense en las armas balísticas, el fracaso de los vuelos de los U-2, la bahía de Cochinos, la crisis de los misiles con Cuba; todos aquellos enormes errores habían socavado la fe de Josselson en el Siglo Americano y en las agencias gubernamentales encargadas de hacerlo realidad. Hasta Harry Truman, en cuyo mandato se había fundado la CIA en 1947, dijo que pensaba que «algo en el modo de funcionamiento de la CIA arrojaba sombras sobre ciertos aspectos del pasado, y pienso que hemos de corregirlo»^[8]. En una época en la que se empezaba a estar de acuerdo con la idea de la distensión, Josselson quería apartar al Congreso de los modos propios del aislamiento de la guerra fría, a favor de un diálogo con el Este. A través de su relación con el PEN^[*], el congreso estaba en una posición inmejorable para lograrlo.

A mediados de los años sesenta, el PEN internacional tenía 76 centros en 55 países, y era reconocido oficialmente por Unesco como la organización más representativa de todos los escritores del mundo. Entre sus objetivos, establecidos en sus estatutos, estaba la promesa de evitar, en cualquier circunstancia, participar «en políticas de los estados o de los partidos». Fue esta negativa a someterse a una línea política concreta, junto a una firme defensa de la libertad de expresión lo que consiguió la expansión del PEN por todo el mundo durante los años de la guerra fría. Pero lo cierto es que la CIA hizo lo indecible para convertir al PEN en

vehículo de los intereses del gobierno estadounidense. El Congreso por la Libertad Cultural era el instrumento elegido para conseguirlo.

Desde hacía tiempo, el Congreso se había interesado por el PEN, a pesar de la afirmación de Arthur Koestler de que estaba dirigido por un hatajo de «gilipollas», a los que les preocupaba que la campaña a favor de la libertad cultural «Significaba echar leña al fuego de la guerra fría»^[9]. Inicialmente, los esfuerzos del Congreso se dirigieron a conseguir que los delegados de los países del Este no entrasen en el PEN, por temor a que los comunistas intentasen infiltrarse en la organización e influir en los debates. «Estamos dispuestos a hablar con escritores rusos, artistas rusos, científicos rusos», había escrito Nabokov en una carta a Richard Crossman, en 1956, «pero no queremos reunirnos y hablar con los burócratas soviéticos ni con los funcionarios soviéticos, en su lugar. Desgraciadamente... con demasiada frecuencia nos las tenemos que ver precisamente con ese tipo de burócrata soviético servil y de mentalidad policial (mirada fría, hombros fornidos, traje azul y pantalones anchos), a los que queremos evitar»^[10]. Preocupado por no dejar entrar a estos impostores, el Congreso se alió con el secretario del PEN, David Carver. Cuando le llegaron noticias a Josselson, en 1956, de que los comunistas planeaban «dar un buen empujón» en la conferencia del PEN, en Japón, al año siguiente, pudo convencer fácilmente a Carver de que se debería emplear la «artillería pesada» del Congreso (de la que se daban los nombres de «Silone, Koestler, Spender, Milosz, etc.»), para oponerse a ello.

John Hunt, a su vez miembro de PEN Internacional (había entrado en 1956, después de publicar su primera novela, *Generations of Men*), tenía una «relación de amistad», con David Carver, que actuaba de agente oficioso de *Encounter*, distribuyendo ejemplares de la revista en las reuniones del PEN. En 1964, Hunt decidió que Carver tenía demasiado trabajo y necesitaba ayuda. De esta forma, el Congreso ofreció su colaboración en la persona de Keith Botsford, que había estado pululando por Suramérica durante un tiempo tras el desastre con Lowell, antes de regresar a los EE UU como codirector, junto a Saul Bellow, de una revista literaria, *The Noble Savage*. Ahora, una vez más, estaba convenientemente a mano para ayudar a su amigo Hunt, y consiguientemente apareció en las

oficinas del PEN Internacional de Londres, en el otoño de 1964. «Nunca se me ocurrió pensar por qué apareció Botsford de repente, como lo hizo», manifestó una activista del PEN. «Pero ahora que lo pienso, fue un tanto raro^[11]».

La sección francesa del PEN montó en cólera al enterarse del nombramiento de Botsford y escribieron indignados a Carver exigiendo una explicación. En defensa del nombramiento, Carver les dijo que había estado trabajando con Botsford durante un tiempo «en completa armonía y estrecha cooperación... [su] situación es bastante sencilla y normal. El Comité Ejecutivo Inglés le ha nombrado ayudante mío y director adjunto, y como yo tengo los cargos de secretario general del Centro Inglés y secretario internacional, de ello se deduce que, naturalmente, espero que me ayude en todos los aspectos de mi trabajo»^[12]. Los franceses tenían buenas razones para preocuparse. Recelosos acerca del carácter de la vinculación de Botsford con el Congreso por la Libertad Cultural, y sobre los vínculos de esa organización, por su parte, con el gobierno estadounidense, les hacía temer que los americanos estaban intentando hacerse con el control del PEN. No andaban descaminados.

Fue Keith Botsford quien telefoneó a Arthur Miller en 1965 y le dijo que quería hacerle una visita, acompañado de David Carver. Miller, que estaba en París por aquel entonces, conocía vagamente a Botsford de los tiempos de *The Noble Savage*, en el que había publicado dos cuentos. «Ahora me contaba algo sobre “PEN”, del cual apenas había oído hablar», recordaba Miller. Al día siguiente, Botsford llegó a París, con David Carver, que propuso a Miller que fuese el siguiente presidente de PEN Internacional. «Lo importante ahora era que había venido hasta el final de la cuerda —escribió más tarde Miller—. La reciente política de distensión exigía nuevos intentos de tolerancia en relación con las diferencias entre el Este y el Oeste, algo en lo que el PEN aún no tenía experiencia. Era preciso empezar de cero, y tenía que hacerlo yo^[13]». Pero: «Tenía la sospecha de que me estaban utilizando y me pregunté de repente si el Departamento de Estado o la CIA, o su equivalente británico eran los que removían aquel estofado en particular. Decidí deshacerme de ellos... el PEN permaneció atrapado en lo que en poco tiempo supe que eran sus tradicionales posturas

antisoviéticas de la guerra fría, pero al igual que los gobiernos occidentales en este aspecto, estaba intentando adaptarse a la situación y reconocer a la Europa del Este como un grupo estable de sociedades a cuyos escritores se les podía permitir perfectamente establecer nuevos contactos con el Oeste». Miller le contó a un historiador que «cruzó por mi mente que el gobierno pudiera haber querido que yo fuese presidente de PEN porque de otra manera no podían entrar en la Unión Soviética, y se imaginaron que viajando tras de mí pudieran colocar a su propia gente. No pienso que esperasen que fuera yo el que lo hiciera. Uno de los primero que me habló sobre el PEN —no recuerdo ahora su nombre— pero luego la gente diría de él: “Claro, aquel tipo era un agente”. Pero no tengo pruebas: eran habladurías»^[14].

Los americanos querían un presidente americano del PEN, y estaban a punto de lograrlo. Carver de hecho había «hecho todo lo posible para conseguir que fuese John Steinbeck» (ganador del Nobel de Literatura en 1962), pero nunca se llegó a nada, y Miller era el segundo de la lista. Para los franceses, ningún candidato era el adecuado. Querían a toda costa dejar fuera a los estadounidenses. Tan pronto como se enteraron de las intenciones de Carver de encontrar un candidato americano, el PEN francés propuso a uno de los suyos en la persona de Miguel Ángel Asturias, el gran novelista guatemalteco, y miembro del centro francés del PEN. Josselson se refería a él en tono negativo, como «Asturias, perro viejo y compañero de viaje nicaragüense [sic]»^[15] y escribió en tono imperativo a Manès Sperber, que entonces vivía en París, instándole para que recurriese a André Malraux, ministro de Cultura con De Gaulle, y simpatizante, desde hacía mucho tiempo, con el Congreso, para que paralizase la candidatura de Asturias. Sperber se mostró dubitativo, contestando que el ministro de Cultura no tenía nada que ver con el PEN, una organización independiente. Pero Josselson insistió, diciendo a Sperber que se estaba jugando, nada menos, que el prestigio de Francia, y por eso, el gobierno seguro que mostraría interés. Si Asturias resultaba elegido, Josselson decía, «Sería una catástrofe», ya que significaría «el final de nuestro amigo Carver»^[16].

Carver, plenamente respaldado por sus amigos americanos, siguió defendiendo a su propio candidato, escribiendo una carta abierta de ocho

páginas a los miembros del PEN, en abril de 1965, cuestionando la legitimidad del candidato de los franceses, acusando al centro francés de falsificar los hechos, descartando a Asturias por ser una persona a la que le faltaban todas las cualidades necesarias para ser su presidente internacional. Después de recibir una copia de la carta de Carver, Lewis Galantieri, veterano de la guerra fría, y miembro del consejo ejecutivo del PEN americano, advirtió a sus colegas que «La ofensiva francesa pretende... no sólo impedir la elección de un presidente internacional americano, sino también hacerse con el Secretariado Internacional... Considero que la iniciativa francesa es un ejemplo más del desmesurado orgullo que atenaza al oficialismo francés (porque no tengo dudas de que cuenta con la aprobación del Quai d'Orsay)»^[17].

Entre los miembros del consejo ejecutivo del centro americano había varios simpatizantes del Congreso, aparte de Galantieri. Uno de ellos destaca en el encabezamiento: Robie Macauley. En Macauley, la CIA tenía un hombre con poder en el PEN americano. Esto venía a querer decir que cuando Cord Meyer decidió enviarle a Londres como agente asignado por el IOD, al PEN, el interés, por su parte, en sus actividades parecerían perfectamente lógicas. Con todo, para asegurarse de que su tapadera era buena, Macauley obtuvo una beca Guggenheim y luego una beca Fulbright para investigación, durante los dos años que estuvo en Inglaterra. Con Botsford y Macauley en Londres, y siendo Carver receptor de los fondos del Congreso (y, más directamente, de los fondos de la Farfield), la CIA había logrado infiltrarse perfectamente en el PEN.

En medio de la lucha por ganar la presidencia, Carver y Botsford siguieron adelante con los planes para el próximo Congreso del PEN, previsto para la primera semana de julio de 1965, en Yugoslavia. John Hunt accedió a subvencionar a un grupo de escritores para que asistieran a la reunión, y a Kenneth Donaldson, «interventor general» de la CIA, con base en Londres, se le dieron instrucciones para que organizase los pagos al PEN, de la cuenta del Congreso. La lista de delegados propuestos fue elaborada por John Hunt, con la previsión de que «Si alguna de estas personas no pudiese ir, el secretariado del PEN Club ha de contar con la aprobación del Congreso, en París, para utilizar los fondos para enviar a

otro»^[18]. En la lista de Hunt figuraban, entre otros, David Rousset, Helmut Jaesrich (sucesor de Lasky como director de *Der Monat*), Max Hayward, Spender, Chiaromonte y Silone. Con una subvención diferente, concedida por la Fundación Fairfield, se pagaron los gastos de Carlos Fuentes y Wole Soyinka ^[19]. Junto con el resto de los delegados, eligieron a Arthur Miller nuevo presidente del PEN.

Después de anotarse un triunfo en el Congreso de Bled, John Hunt empezó a preparar el siguiente cónclave del PEN, que habría de celebrarse en Nueva York, en junio siguiente. Sería la primera vez en 42 años que el centro americano organizase un Congreso del PEN Internacional. Al haber tanto en juego, la CIA decidió sacar toda su artillería de sus arsenales. Para empezar, el Congreso por la Libertad Cultural, habría de desempeñar un papel importante (ya había dado 1.000 libras a Carver en junio de 1965 para empezar a organizar la «campana» de Nueva York, a la que dieron los últimos toques en una comida con Hunt, en el restaurante Chanterelle, en Brompton Road). La Fundación Ford hizo una oportuna intervención, concediendo al PEN americano una «sustancial beca» (75.000 dólares) en enero de 1966, y la Fundación Rockefeller, concedió otros 25.000. La CIA también canalizó dinero para el PEN americano a través de la Fundación Asia, y del Comité por una Europa Libre. Estando en juego estas inversiones, John Hunt escribió a David Carver el 9 de febrero de 1966, diciéndole que pensaba que sería interesante intentar limitar su responsabilidad^[20].

El seguro propuesto por Hunt era situar a Marion Bieber, organizadora de seminarios del Congreso por la Libertad Cultural, bien en la oficina de Carver, o en Nueva York, durante tres semanas, antes y durante la celebración de la conferencia, a expensas del Congreso. La multilingüe Bieber, que trabajaba para el Instituto de Historia Contemporánea de Londres, era una veterana de este tipo de campañas, desde que, en los años cincuenta, trabajase como subsecretaria ejecutiva del Congreso. Con alguien de tanta «Categoría» situado en el corazón del PEN americano o inglés, Hunt podía estar tranquilo de que sus intereses estarían a salvo.

Al mismo tiempo, Hunt escribió a Lewis Galantieri, a la sazón presidente del PEN americano, haciéndole una oferta similar. ¿Quién mejor

que Robie Macauley, regresado recientemente a Washington, cuya tapadera como director de la prestigiosa *Kenyon Review* le ponía por encima de toda sospecha? Macauley, por consiguiente, quedó a disposición del PEN americano como una especie de factótum y solucionador^[21]. Además, Hunt accedió a pagar los gastos de viaje de destacados intelectuales occidentales (elegidos por él) para asistir al Congreso.

El 34 Congreso del PEN Internacional se desarrolló entre el 12 y el 18 de junio de 1966. Sus organizadores —públicos y encubiertos— se felicitaron de que el prestigio de organizar el evento significaba que «se eliminaba un borrón en el expediente de los EE UU». En un informe de la conferencia se describía eufóricamente: «La preeminencia de los EE UU como líder de la civilización contemporánea se confirmaba de manera triunfal por el hecho de que el congreso se celebrase en Nueva York». Organizado en torno al tema de «El escritor como espíritu independiente», al «dedicarse monográficamente al papel del escritor en la sociedad y a sus preocupaciones como artista, redundaba a favor de nuestro país»^[22].

Pero no todos los observadores llegaban a la misma conclusión. En una conferencia pronunciada la víspera de la conferencia del PEN en la Universidad de Nueva York, Conor Cruise O'Brien lanzó de pasada un fuerte ataque a la idea de la independencia intelectual. «El Dr. Jekyll del tema general del congreso, “el escritor como espíritu independiente”... corre el riesgo de convertirse en Mr. Hyde, “el escritor como figura pública”», dijo. Mientras en el pasado, a los escritores se les podía acusar de ser «ajenos a las pasiones políticas». (Julian Senda), ahora eran «culpables de dejarse trastornar o corromper por ellas»^[23]. O'Brien continuó haciendo un resumen de un artículo reciente de *Encounter*; en el que Denis Brogan había ensalzado a la revista por su lucha contra la *trahison des clercs*, frase que Benda había utilizado para atacar a escritores de talento que se autoproclamaban portavoces y propagandistas de causas políticas. Esto, dicho de una revista que «Congeniaba tan bien con las estructuras imperantes del poder», resultaba equívoco para O'Brien. Lejos de ser políticamente quietista, para O'Brien, *Encounter* había seguido coherentemente una línea política, un elemento clave de la cual «era la

inculcación de actitudes favorables en Gran Bretaña hacia las políticas y acciones americanas»^[24].

El *New York Times* informó de las afirmaciones de O'Brien, las cuales planearon sobre la reunión del PEN, y marcaron el principio del fin del Congreso por la Libertad Cultural.

La bahía de Cochinos literaria

¿Recuerdan la figura de Marx —de los políticos burgueses de los años 1840, después de 1848— que se subieron al carro del primero, e intentaban a patadas no dejar subir al mismo carro a los que venían después? Bueno, muchos carros se van a romper en los días venideros... y tengo mucho miedo de que mientras el carro se rompe y mientras se dan patadas, pueda resultar herido algún testículo que otro.

JAMES T. FARRELL.

La acusación de Conor Cruise O'Brien de que los intelectuales del Oeste estaban sirviendo a la «estructura de poder» puso el dedo en la llaga en un momento en que los soldados estadounidenses morían en Vietnam. Había algo podrido en Dinamarca, y muchos de los anticomunistas profesionales agrupados en torno al Congreso por la Libertad Cultural vieron que no podían «escapar de la trampa que sus más profundas convicciones les habían tendido»^[1]. Como custodios del Siglo Americano, creía, al igual que el columnista conservador Joseph Alsop, que la guerra de Vietnam era «la lógica y correcta prolongación de la visión y el destino americano de la posguerra»^[2]. «Al llegar Vietnam, nuestros antiestalinistas se acostumbraron a justificar nuestra propia agresión», dijo Jason Epstein. «Esta gente se encontraba en un verdadero aprieto. Les pillaron con los pantalones bajados: *tenían* que defender la guerra de Vietnam porque habían seguido la línea anticomunista durante tanto tiempo que en caso contrario se arriesgaban a perder todo. Contribuyeron a hacer posible la

guerra; contribuyeron a hacer posible nuestra política con China; contribuyeron a hacer posible el brutal antiestalinismo encarnado en gente como McCarthy; contribuyeron al estancamiento de la cultura intelectual de este país^[3]».

Habiendo llegado a la misma conclusión, Robert Merry, biógrafo de los hermanos Alsop, ha escrito: «Años después, se pondría de moda considerar la guerra como una aberración de la política, una tragedia nacional que se hubiera podido evitar si los dirigentes estadounidenses hubiesen tenido la suficiente claridad de miras para evitar por completo el compromiso. Pero esto sería ignorar la realidad fundamental de la implicación de EE UU en Vietnam: que era una prolongación natural, y por lo tanto, probablemente inevitable, de la política general americana establecida en el inicio de la era de posguerra^[4]».

«Existe literalmente un miasma de locura en la ciudad. No encuentro palabras para describir la estupidez de lo que estamos haciendo»^[5], escribió el senador William Fulbright, que había emprendido un extraordinario viaje, de ideólogo de la guerra fría a convencido opositor. Arremetiendo contra la *pax americana* y contra la irremisible falta de lógica de su política exterior, Fulbright dirigió el ataque de la nueva izquierda —a la que nunca perteneció realmente— contra lo que consideraba aquiescencia acrítica hacia el imperio americano: «Ni en el Ejecutivo ni en el Congreso se alzaban más que unas pocas voces aisladas que sugerían la posibilidad de que la política soviética en Europa podría estar motivada por un miedo patológico por la seguridad de la Unión Soviética más que por un plan de conquista del mundo. Prácticamente nadie con poder fue receptivo a la hipótesis de que la agresividad soviética era reflejo de su debilidad y no de su fuerza, intensificada por el recuerdo de 1919, cuando las potencias occidentales intervinieron en un intento —aunque no demasiado decidido— de estrangular en su cuna al “monstruo” bolchevique. Nuestra propia política se formó sin una oposición constructiva^[6]».

Con igual convicción, Norman Mailer afirmó que la guerra de Vietnam fue «la culminación de una larga serie de acontecimientos, que habían comenzado de forma solapada hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Existía un compromiso intelectual entre la clase dirigente anglosajona y

protestante de mediana y avanzada edad de los Estados Unidos —estadistas, ejecutivos, generales, almirantes, directores de periódico y legisladores—: habían jurado con una fe digna de los caballeros medievales que el comunismo era enemigo mortal de la cultura cristiana. Si no se le oponían en el mundo de la posguerra, el propio cristianismo perecería»^[7].

Fue en este contexto de discrepancia crítica en el que el *New York Times* empezó a interesarse por los rincones más ocultos del armario del gobierno estadounidense. En abril de 1966, sus lectores se vieron sorprendidos por una andanada de revelaciones sobre la CIA. «Las ramificaciones de las actividades de la CIA en nuestro país y en el extranjero, parecen no tener fin —decía uno de los artículos—. Aunque los satélites, la electrónica y los aparatos han aligerado la monotonía del espionaje, sigue existiendo una gran participación de los seres humanos, que ponen a la agencia en difíciles situaciones diplomáticas, que hacen surgir muchos temas de política y de ética. Por eso muchas personas están convencidas de que en la CIA se ha creado una especie de monstruo de Frankenstein al que nadie puede controlar del todo... ¿Acaso el gobierno de un pueblo orgulloso y honrado está recurriendo con exceso a operaciones clandestinas, al “truco sucio”, a acciones violentas e ilícitas en las “cloacas” del mundo? ¿Existe algún punto en el que oponer fuego contra el fuego, fuerza contra la fuerza, subversión contra la subversión, crimen contra el crimen, se convierta en algo tan frecuente y aceptado que ya no quede vestigio alguno de honor y de orgullo entre implacables adversarios? Estas cuestiones constituyen una adecuada y necesaria preocupación para el pueblo de los EE UU^[8]».

Un artículo, publicado el 27 de abril de 1966, reiteraba las afirmaciones de Conor Cruise O'Brien —que ahora ya eran de dominio público— de que la revista *Encounter* había recibido financiación de la CIA. Allí podría haber quedado la cosa, de no haber sido por el impulsivo siguiente paso dado por Lasky. Publicó un artículo de Goronwy Rees, un hombre que luego sería calificado de «ridículo y consiguientemente desacreditado pescador en las aguas revueltas de la guerra fría»^[9] que en lugar de rebatir sencillamente las acusaciones de O'Brien contra *Encounter*, le injuriaba, poniendo en cuestión su comportamiento cuando era representante de la ONU en el Congo, unos años antes. O'Brien inmediatamente puso una

demanda por calumnias contra *Encounter*. Con Lasky ausente (de viaje en Suramérica), y con Spender en Estados Unidos, Frank Kermode, que acababa de debutar como codirector de *Encounter* (y al que no se había mostrado la columna de Rees antes de su publicación) tuvo que apechugar con las consecuencias.

En mayo del año anterior, Spender había escrito a Josselson contándole la noticia de que había sido nombrado poeta consejero de la Biblioteca del Congreso, equivalente estadounidense al título de poeta laureado en Gran Bretaña (entre cuyos predecesores estaban Frost y Lowell, pero Spender fue el primer no estadounidense al que se le concedió el honor). En principio, Josselson estaba furioso, y escribió a Muggeridge en junio, diciéndole que Spender «era incapaz de resistir el canto de la primera sirena»^[10]. Se convino que Spender debería renunciar a su sueldo en *Encounter* durante el año que habría de estar fuera, pero Josselson, deseoso de seguir teniendo cierto poder económico sobre Spender, dispuso «que siguieran tratándole con generosidad»^[11]. Esto, le dijo a Muggeridge, era «estrictamente confidencial». Spender, mientras tanto, había sugerido que Frank Kermode podía ser un sustituto adecuado, al menos, durante su ausencia.

Lasky estaba encantado. Sus relaciones con Stephen (o «Steefen», como le solía llamar, tal vez, según Kermode, como «reproche implícito a que el poeta no escribiese su nombre a la americana, con v»)^[*]) siempre habían sido tensas, y ahora estaban a punto de romperse. «Con todo lo buenos que han sido estos años [pasados], con muchísimo trabajo y no pocos éxitos, la peor parte fue Stephen en el despacho de al lado», se quejaba a Josselson. «Qué feliz me sentí ante la perspectiva de su ausencia, y lo tranquilo que resultaría todo... Antes (en el último año, hace cinco años) siempre me carcajeaba sobre la posibilidad de que le sustituyeran. Pero a veces me pregunto horrorizado cómo sería mi vida durante los próximos años con él presente... Tener que convivir con ese tormento, dependiente de su propia, atormentada y culpable conciencia, por obtener el máximo de gloria por el mínimo trabajo, dedicándose exclusivamente a sus propios libros, obras de teatro, antologías, artículos, críticas, programas de radio... me sume en la desesperación. No me importa hacerlo todo, en realidad, me encanta. Lo que sí me importa es que me moleste constantemente con su incómodo

concepto del engaño... ¿Se merece todo eso? ¿Debemos vivir siempre bajo su nube de falsedad y de falta de personalidad?^[12]» Josselson, finalmente dio la razón a Lasky en que «cuanto más tiempo pase Spender en Londres, más probabilidades habrá de que surjan enfrentamientos y para que vaya por ahí criticando y chismorreando con sus amigos»^[13].

No obstante, los más allegados a Josselson tenían también sus dudas acerca de Kermode. Aunque nadie se aproximó a la memorable descripción que de él hizo Philip Larkin como «proxeneta con ínfulas borracho de libros». (Larkin también se burló de él en verso: «Me di la vuelta y le mostré / el culo a Kermode»), le condenaron a recibir débiles alabanzas. Edward Shils le calificaba mordazmente de profesorcito mediocre^[14]. Robie Macauley le dijo a Josselson que no simpatizaba con él como persona, aunque le gustaba lo que escribía. «Te agradezco tus comentarios sobre Kermode», le dijo Josselson a Macauley. «A mí también me gusta lo que escribe, pero no le conozco en persona. De lo que dices sobre su personalidad, puedo deducir que seguro que habrá jaleo... Al mismo tiempo, si Kermode resulta ser lo suficientemente fuerte, podría hacer mucho por la revista, porque es precisamente toda la parte literaria, incluida la sección de críticas, lo más flojo de la revista^[15]». En la misma carta, Josselson hacía una extraordinaria confesión: «Estoy teniendo problemas con *Encounter*. Me está empezando a aburrir. No le he confesado esto a nadie, excepto a Diana, que piensa lo mismo. Pienso que *New York Review of Books* es mucho más interesante e incluso me gusta más *Commentary*^[16]».

A pesar de las reservas del círculo más próximo a Josselson, se invitó oficialmente a Kermode para codirigir la revista, junto con Lasky, en el verano de 1965. Kermode, que entendió que se le pedía que se hiciera cargo del aspecto literario, siendo, sin duda, Lasky el jefe, creía extraño que Lasky no escogiera a alguien mejor cualificado, alguien que, al menos, viviese en Londres (Kermode vivía en Gloucestershire, y daba clases en Bristol). En realidad la lejanía de Kermode del día a día de la revista le convertía en el candidato perfecto. «Lo que yo pensaba que era una desventaja en realidad era mi mayor mérito. En algún lugar de mi mente o de mi corazón, mezclado con simple vanidad, y... mi disposición a no dar

la espalda al mal camino, yo sabía que era una encerrona^[17]». Sin embargo, Kermode aceptó la oferta. Inmediatamente descubrió que «toda la operación *Encounter*» era «misteriosa». No fue capaz de averiguar la tirada de la revista, o cómo se financiaba en realidad. Se le dejó participar muy poco en la realización de la publicación, y pronto, llegó a la conclusión de que «no pasaría nada si ni siquiera apareciese por allí»^[18].

Kermode, como todo el mundo, había oído rumores que relacionaban a la CIA con *Encounter*. Spender le dijo que él también se sentía desconcertado ante tales afirmaciones, pero le bastaban los desmentidos de Josselson y de la Fundación Farfield, que demostraban lo contrario^[19].

En realidad, la incorporación de Kermode tuvo lugar cuando *Encounter* ya no era subvencionada por el Congreso por la Libertad Cultural, sino que era publicada por el Daily Mirror Group, de Cecil King. Al menos oficialmente, así estaban las cosas. El acuerdo con King había surgido como respuesta a una serie de críticas sobre *Encounter*, que aludían a una subvención regular y secreta a *Encounter* desde el Foreign Office. Esos informes amenazaban claramente la credibilidad de *Encounter*, por lo que a comienzos de 1964 empezó la busca de mecenas particulares. En julio de aquel año los directores anunciaron en *Encounter* que en el futuro todos los asuntos financieros y empresariales correrían a cargo de la International Publishing Corporation, propiedad de Cecil King. Como parte de este acuerdo, se estableció un consejo de control, del que formaban parte Víctor Rothschild, Michael Josselson y Arthur Schlesinger. El nombramiento de Schlesinger se hizo a pesar de la advertencia de Schils de que con ello simplemente se reduciría el tiempo en que la deformada versión de los acontecimientos llegaría a Schlesinger, y por ende, desde Schlesinger a la «banda de Nueva York»^[20]. La opinión de Josselson era más generosa, argumentando que como «la prematura muerte del presidente Kennedy había dejado a Arthur prácticamente ocioso... pensó que sería un buen detalle por nuestra parte asegurarle al menos un viaje a Europa, cosa que su bolsillo no le permitía»^[21].

Sobre esta nueva organización, Malcolm Muggeridge le escribió en tono desdeñoso a Josselson: «Ahora me doy cuenta de que en realidad, la asunción por parte de King de la responsabilidad financiera no alteraba

nada. Él (o mejor dicho, Hacienda) sería quien pagase la factura, en lugar del Congreso. En los demás aspectos todo seguirá siendo igual... yo fui responsable en parte del lanzamiento de *Encounter*, y desde entonces he intentado ayudar a la revista sin gran entusiasmo... [tuvo éxito, pero] existen ciertos peligros, debido a las circunstancias en que se fundó, tardía implicación en una fase de la guerra fría que ya ha pasado; relación excesivamente cercana y pública con el Congreso que, aunque fue una condición inicial de su alumbramiento, hoy resulta inconveniente e innecesario. Yo tenía esperanzas de que el cambio en la gestión financiera diese la oportunidad, hasta cierto grado, de sortear esos peligros. Ahora veo que estaba equivocado^[22]».

Como Muggeridge sabía muy bien, mediante el acuerdo con King, *Encounter* seguía en el redil de los servicios de información. Para empezar, el Congreso por la Libertad Cultural no renunció por completo, contrariamente a lo que afirmaba en público, a un control editorial o incluso financiero de la revista, como más tarde dejaría claro Josselson en una carta: «Un aspecto del problema de establecer acuerdos con editores para algunas de nuestras publicaciones, [era] a saber, que teníamos que encontrar editores en los que pudiésemos confiar para que no interfiriesen con el contenido o con la línea editorial de las revistas, y que no sustituyesen a los directores elegidos por nosotros. Tuvimos suerte a este respecto de encontrar a Cecil King en Inglaterra y a Fischer Verlag en Alemania [que se hizo cargo de *Der Monat*], pero ese tipo de personas o editores eran una excepción»^[23]. De hecho, el acuerdo con King decía explícitamente que «los sueldos de los dos codirectores y una parte de la remuneración de un director adjunto» seguirían siendo responsabilidad del Congreso. «Estos [conceptos] no formaban parte directa de los costes de *Encounter*, y seguirán siendo un gasto aparte»^[24] decía Josselson. El resto de la subvención habitual de *Encounter* por parte del Congreso —15.000 libras anuales— se haría en forma de una subvención directa a Encounter Books Ltd. El acuerdo con Fischer Verlag tenía las mismas características: aparentemente, International Publications Company asumía la publicación de *Der Monat*. En realidad, el Congreso seguía siendo dueño de la revista después de comprar el 65 por ciento de las acciones de la compañía, con

una «subvención especial de 10.000 dólares». Estas acciones quedaban «en fideicomiso de un intermediario del Congreso»^[25]. En ambos casos, el Congreso por la Libertad Cultural seguía manteniendo el control editorial, aunque se ocultaba su relación y su vinculación económica.

Más aún, con Victor Rothschild, William Hayter y, en 1966, Andrew Schonfield en el consejo de administración —un «espeluznante trío», según Muggeridge— *Encounter* quedaba tan fuertemente amarrado a la inteligencia británica como siempre. Antes de ser nombrado rector del New College, Hayter había sido embajador en Moscú y luego subsecretario adjunto de Estado en el Foreign Office. Con anterioridad, había sido director del Departamento de Coordinación de Servicios^[*] y presidente del Comité Conjunto de Inteligencia del Reino Unido^[**]. En ese puesto se reunía con el Servicio Conjunto de Planificación^[***] a las órdenes de los jefes de Estado Mayor, responsable de todo lo relacionado con los servicios de información, y teniendo que visitar diversos enclaves de la inteligencia británica en el extranjero. Significativamente fue el borrador de propuesta de Hayter, de diciembre de 1948, en la que reclamaba una organización para la guerra psicológica «para librar la guerra fría», lo que contribuyó a convencer al gobierno de Attlee de que crease el Departamento de Investigación de la Información, con el que Hayter luego colaboraría estrechamente. En Winchester, había coincidido con Richard Crossman, y en el New College, con Hugh Gaitskell. Como ellos, era socialdemócrata, y simpatizaba más o menos con la rama del Partido Laborista que *Encounter*, bajo la dirección de Lasky, tan asiduamente había cultivado. Andrew Schonfield, director del Instituto Real de Asuntos Internacionales^[****], también era muy conocido en el mundillo de los servicios de información. Victor Rothschild por supuesto estaba allí en calidad de tapadera del Foreign Office. Todos los componentes de esta red se llevaban a las mil maravillas con Cecil King, quien, según *Spycatcher* de Peter Wright, era a su vez un «Contacto desde hacía mucho tiempo» del MI5, una relación que le haría simpatizar con las operaciones culturales encubiertas de la CIA.

Pero los esfuerzos de Josselson por alejar al Congreso de toda posible acusación estaban destinados a fracasar. El barco hacía agua por todas partes. Si durante años los rumores habían circulado por las fiestas de

Londres, París y Nueva York, ahora se estaban empezando a convertir en hechos. Mary McCarthy le diría más tarde a su biógrafa, Carol Brightman, que Josselson había interceptado una carta que había escrito al *New York Times*, en 1964 aproximadamente afirmando la independencia de las revistas del Congreso, «porque sabía que no era verdad. Dijo [Josselson] “déjalo, querida. Olvídalo”». ¿Por qué la Agencia no arrió velas y dejó que el Congreso se las arreglase solo, cosa que, por otro lado, era perfectamente capaz de hacer? ¿Qué clase de orgullo y vanidad inspiró la desafortunada decisión de seguir aferrada al Congreso cuando el propio Josselson estaba pidiendo la independencia? «Ellos siguieron, supongo, porque había sido uno de sus pocos éxitos. Pero tendrían que haberlo dejado si en realidad les importaba el futuro del Congreso»^[26], declaró Diana Josselson. Pero las operaciones encubiertas tienen una inercia burocrática difícil de contrarrestar. Durante dos décadas, los oficiales de la CIA habían estado condicionados por un sistema basado en proyectos que tendía siempre a engordar, no a disminuir. Al atribuir una importancia desmedida al elefantiásico *tamaño* de su «infraestructura» clandestina en todo el mundo, la Agencia no advirtió que el riesgo de ser descubiertos se multiplicaba exponencialmente. «Éste es el único país del mundo que no se da cuenta del hecho de que algunas cosas funcionan mejor si son pequeñas»^[27]. comentaría más tarde Tom Braden.

«Se suponía, claro está, que nadie sabía quién financiaba al Congreso por la Libertad Cultural», dijo Jason Epstein. «Pero a mediados de los sesenta, quien no lo supiera es que era bobo. Todos lo sabían. El director de la Fundación Fairfield [Jack Thompson] por aquella época era muy buen amigo mío y yo le advertía de lo que pasaba y le decía: “Vamos, Jack, ¿para qué sirve fingir?”. Y él me contestaba: “Oh no, no. No es verdad, no es verdad en absoluto. Somos algo independiente, nada que ver con la CIA”^[28]» Un día, cuando almorzaba con Spender, Epstein le dijo: «Stephen, pienso que todo esto lo paga la Agencia Central de Inteligencia, y no te lo han dicho, y deberías averiguar inmediatamente lo que pasa». A lo que Spender replicó: «Lo voy a hacer, hablaré con Jack Thompson y veré si lo que me dices es verdad». Poco después, Stephen llamó a Epstein y le dijo: «Bien, le he planteado la cuestión a Jack y me ha dicho que no es

verdad; así pues, creo que no es cierto». «Eso es lo que pasaba», comentaría más tarde Epstein. «Nadie quería admitir quién financiaba todo. Pero creo que todos lo sabían pero no querían decirlo^[29]».

Spender había estado investigando el rumor desde 1964, por lo menos. Una prueba de lo que decimos es una carta de John Thompson a Spender, fechada el 25 de mayo de 1964 (tres meses antes que las revelaciones de Patman), en la que Thompson tachaba de ridícula la afirmación de que la Fundación Farfield fuese una tapadera del gobierno estadounidense^[30]. Dos años después, Spender escribió una carta a Junkie Fleischmann, en la que suscitaba el mismo interrogante sobre la financiación. Frank Platt, agente de la CIA y director de la Farfield, había enviado la carta de Spender a Josselson con una nota que decía: «Siento que esta carta a Junkie haya tardado tanto en llegarte, pero ya la ha visto todo el mundo». Sólo después de que la carta de Spender hubiese sido leída por la CIA, Fleischmann pudo añadir su propio y enérgico desmentido, escribiéndole a Spender que «Ciertamente, en lo que a la Farfield respecta, jamás hemos aceptado fondos de ninguna agencia gubernamental»^[31]. Por supuesto, esto era una burda mentira.

Según Mary McCarthy, Spender había sido, en una ocasión, objeto de una extraordinaria confesión por parte de Nicolas Nabokov. McCarthy decía que Spender le había dicho que en una ocasión en que iba en un taxi con Nabokov, de repente Nabokov se volvió hacia él y le dijo la verdad, luego saltó del taxi en ese preciso momento. «Es una narración de segunda mano que me contó Mary», admitió Carol Brightman, la biógrafa de McCarthy. «Pero es verosímil. Se puede uno imaginar que incidentes como ése sucedían a todas horas, una y otra vez. Y pudo haber sido una especie de broma^[32]». «Creo que Nabokov engañó a Stephen desde el principio»^[33], manifestaría más tarde Natasha Spender. Ciertamente, Spender conocía los rumores desde 1964, y antes, como demuestra lo dicho por Wollheim.

No obstante, Spender añadió su firma a las de Kristol y Lasky en una carta al *New York Times*, fechada el 10 de mayo de 1966 que decía: «No sabemos de ninguna donación “indirecta”... somos dueños de nosotros mismos y no formamos parte de la propaganda de nadie», y defendemos «la trayectoria de independencia del Congreso por la Libertad Cultural en la

defensa de escritores y artistas tanto en el Este como en el Oeste contra los desmanes de todos los gobiernos, incluidos los EE UU»^[34]. Oficiosamente, Spender no estaba en absoluto seguro de que esto fuese totalmente cierto. «Debería estar preocupado por todos los ecos que me llegan de sus conversaciones por todo el mundo», se vio obligado a escribir luego Josselson. «Al parecer el *NY Times* es su tema favorito últimamente y parece sacarlo a colación con todos con los que habla, y lo que es más grave, usted parece estar de acuerdo con la afirmación del *NY Times* [sobre el apoyo de la CIA a *Encounter*] sin la más mínima evidencia»^[35].

Una semana antes de que se publicara la carta de Kristol, Lasky y Spender, John Hunt había viajado desde París a Nueva York. Fue directamente a Princeton, donde se vio con Robert Oppenheimer, para hablar de las afirmaciones del *New York Times* y para preguntarle si sería posible que él y otros accedieran a firmar una carta en apoyo a la independencia del Congreso. Oppenheimer accedió con sumo gusto. Stuart Hampshire, que estaba en Princeton en aquella época, recordaría luego que «Oppenheimer estaba sorprendido de que yo estuviese sorprendido, y sorprendido de que me hubiesen molestado las revelaciones del *New York Times*. Pero yo estaba molesto, sí. Había personas que quedaban en una situación horrorosa. Oppenheimer no se sorprendía porque estaba en el ajo. Lo sabía perfectamente. Formaba parte del aparato. No creo que le produjese ninguna preocupación de tipo moral. Si se tiene mentalidad imperial, cosa que los americanos tenían en aquella época, no se piensa mucho si está bien o mal. Como el Imperio británico en el siglo XIX. Lo haces y punto»^[36].

La carta fue enviada al *New York Times* el 4 de mayo, y fue publicado el 9 de mayo, el día antes que la carta de Spender, Lasky y Kristol. Firmada por Kenneth Galbraith, George Kennan, Robert Oppenheimer y Arthur Schlesinger, decía que «el Congreso... había sido una organización completamente libre, que sólo respondía a los deseos de sus miembros y colaboradores y de las decisiones de su Comité Ejecutivo»^[37]. No obstante no negaba explícitamente la relación con la CIA, lo que llevó a comentar a Dwight Macdonald que era «una evasiva, no una mentira, pero tampoco entra en el tema»^[38]. Luego diría Schlesinger que la carta había sido idea

suya y que se había puesto en contacto con Oppenheimer y los demás para pedirles su colaboración. No obstante, dado el hilo de los acontecimientos, el texto de la carta tuvo que haberse acordado con Hunt antes de terminar su reunión con Oppenheimer.

Hubo unas cuantas personas que se dieron cuenta de la estratagema. Angus Cameron, editor de Howard Fast en la editorial Little Brown (que había dimitido como protesta cuando la empresa rechazó *Espartaco*, en 1949), comentó: «Creo que los liberales, en general, son personas que apoyan al poder establecido al comportarse como quejicosos críticos en cuestiones secundarias con los que siempre se puede contar para defender al poder a la hora de la verdad. Arthur Schlesinger, Jr., es un clásico exponente^[39]». Los documentos de los archivos personales de Schlesinger lo demuestran. Era fuente de información, consejero (aunque no le pagasen), amigo, colega de confianza de Frank Wisner. Allen Dulles Y Cord Meyer. Se carteó con todos ellos, durante más de dos décadas, sobre temas que iban desde el Comité Americano por la Libertad Cultural, *Encounter*, y la acogida de *Doctor Zhivago*, la novela de Pasternak. Incluso estaba ayudando a la CIA a que se publicara aquello que quería que se airease, habiendo accedido en una ocasión a la sugerencia de Cord Meyer de que él, Schlesinger, «sugiriese el director» para una publicación italiana «que iba a publicar una serie de artículos sobre el problema de las libertades fundamentales dentro del sistema soviético acompañando a los artículos sobre las libertades fundamentales en los EE UU»^[40]. ¿Quién iba a dudar de la probidad de Schlesinger, miembro del grupo de consejeros más allegados de Kennedy?

En medio de todas estas maniobras, Frank Kermode fue a consultar con uno de los más importantes abogados de Londres para que le aconsejara lo que hacer en la demanda por difamación de O'Brien contra *Encounter*. El letrado le recomendó defender el caso basándose en una misteriosa disposición legal llamada «privilegio cualificado». Un amigo de Kermode y de O'Brien le aconsejó al primero que no se defendiera ante la demanda. Kermode vaciló. Luego, invitado a comer en el Garrick con Josselson, recibió su solemne promesa de que no había nada de cierto en las afirmaciones de O'Brien. «Tengo años suficientes para ser tu padre —dijo

Josselson—, y no te mentiría, como si fueses mi propio hijo». Por supuesto, Josselson mentía. «Michael estaba decidido a proteger al Congreso de revelaciones que le pudiesen causar daño, lo mismo que yo», dijo posteriormente Diana Josselson. «Yo no tenía ningún problema en mentir. Era como si actuásemos los dos a la vez^[41]». «La verdad se reservaba para los de dentro —escribió después Tom Braden—. Para los de fuera, los hombres de la CIA aprendían a mentir, a mentir consciente y deliberadamente sin el menor asomo de la culpa que la mayoría de las personas sienten cuando mienten a sabiendas^[42]».

Además de invitar a almorzar a Kermode en el Club Garrick, ¿qué más hizo Josselson? Un juicio en el que estuviese implicado *Encounter* tendría como consecuencia el que salieran a la luz datos en relación con su poco convencional financiación y acuerdos para su publicación, evidencia que hubiera sido especialmente embarazosa a la vista de los repetidos desmentidos oficiales. Sin embargo, curiosamente, Josselson no consiguió que todo el asunto se arreglase fuera de los tribunales, y por el contrario, permitió que Kermode siguiese adelante. A O'Brien se le había propuesto que desistiese de la demanda si se publicaba una apología. Por supuesto Josselson tenía suficiente poder como para detener el asunto. Pero no lo hizo.

Mientras tanto, Conor Cruise O'Brien había decidido que su demanda de injurias fuese vista en un tribunal de Dublín. Para horror de Kermode, se enteró de que el privilegio cualificado no era reconocido en Irlanda. Los asesores legales de *Encounter* recomendaron que no hiciese caso al mandamiento judicial ya que la revista no tenía bienes en Irlanda. Pero antes de que Kermode tuviese tiempo de considerar este consejo, se vio superado por unos acontecimientos que harían superflua la defensa de *Encounter*.

Vista desde las murallas

Había una chica en Norfolk, Virginia, que había demandado a un hombre por supuesta violación. El juez le dijo: «¿Cuándo tuvo lugar la violación?». «¿Que cuándo ocurrió, señor juez?» —dijo ella—. «¡Vaya por Dios!, violación, violación, violación, todo el verano».

MICHAEL JOSSELSON.

A principios de 1966, la CIA supo que la revista *Ramparts*^[*] con sede en California estaba siguiendo la pista a la red de tapaderas de la Agencia. Richard Helms, subdirector de Plane, nombró inmediatamente un ayudante especial para reunir «información sobre *Ramparts*, incluyendo toda evidencia de actividades subversivas y diseñando propuestas para contrarrestarlas [por parte de la CIA]»^[1]. En mayo de 1966, Helms suministraba a la Casa Blanca la «droga» confidencial sobre *Ramparts* como parte de una campaña de desprestigio de la revista, de sus directores y colaboradores. Gran parte de la información suministrada por Helms se había conseguido rebuscando en los archivos de la Agencia, contando también con la colaboración especial del FBI^[2].

Helms, convencido de que *Ramparts* estaba siendo utilizada por los soviéticos, ordenó una investigación completa de su financiación, pero no se logró encontrar pruebas de implicaciones extranjeras. Después de leer atentamente el archivo de *Ramparts*, Peter Jessup, ayudante del presidente, escribió una nota con el memorable título «Derechazo cruzado a la sien izquierda»^[*]: «A la vista del empeño de *Ramparts* en difamar a la

Administración y de los turbios antecedentes de su financiación, se podría pensar que alguna agencia del gobierno estuviese siguiendo los hilos de este caso^[3]». Una semana después, la revista *Human Events* publicaba un artículo difamatorio titulado «La historia secreta de la revista *Ramparts*». Sus periodistas fueron tachados de «fisgones», «excéntricos», «ventrílocuos» y de «barbudos de la Nueva Izquierda», que tenían una «fijación por que se saliera de Vietnam». Firmado por un tal M. M. Morton, «pseudónimo de un experto en asuntos de seguridad interna», el artículo llevaba todos los marchamos de la CIA. Lo mismo que otro artículo publicado en *News-Weekly* esa misma semana, «¿Quién dirige realmente *Ramparts*?», y un artículo en el *Washington Star*, en el que se anunciaban «serias dudas sobre la buena fe» de *Ramparts*, a la que se calificaba como «no sólo una publicación sensacionalista sino sensacionalista con propósitos malévolos».

Durante más de un año, la CIA hizo todo lo posible para hundir a *Ramparts*. «Yo contaba con todo tipo de trucos sucios para dañar su distribución y su financiación», confesaría más tarde el subinspector general, Edgar Applewhite. «La gente que publicaba *Ramparts* eran vulnerables a la extorsión. Teníamos en mente cosas terribles, algunas de las cuales llevamos adelante... No nos sentíamos inhibidos lo más mínimo por el hecho de que la CIA no desempeñase papel alguno en la seguridad interior de los Estados Unidos^[4]».

Increíblemente, dada la perversidad de las intenciones de la CIA, *Ramparts* logró sobrevivir para contar la historia. Como se temía la CIA, *Ramparts* siguió adelante y publicó su investigación sobre las operaciones clandestinas de la CIA. Los hallazgos de la revista, publicados en abril de 1967, fueron rápidamente reproducidos en los periódicos nacionales, a lo que siguió una «orgía de revelaciones», que llevó a un comentarista a pensar que «En poco tiempo, toda asociación política, fundación filantrópica, fraternidad universitaria y equipo de béisbol de los Estados Unidos serán identificados como tapadera de la Agencia Central de Inteligencia»^[5]. Por supuesto, no sólo se estaban denunciando las tapaderas dentro de los Estados Unidos. A medida que se fue conociendo el patronazgo de la CIA del Congreso por la Libertad Cultural y de sus

revistas, todo lo que había dicho O'Brien sobre *Encounter* resultaba ser cierto. Spender, que aún se encontraba en Estados Unidos en el momento de destaparse el asunto, se puso como loco. Incapaz de contenerle, Josselson y Lasky recurrieron a Isaiah Berlin, del que se sabía su «efecto moderador sobre el temperamento de Stephen», y que por aquella época trabajaba de profesor en la City University de Nueva York. «Querido Isaai Mendelevich —escribió Josselson el 8 de abril—, lo que quiero hablar con usted no se puede hacer fácilmente por teléfono. Estoy francamente preocupado de que Stephen y *Encounter* terminen siendo las verdaderas víctimas de todo este embrollo, si Stephen (lo mismo que Natasha, en Londres) siguen echando leña al fuego. Les aprecio verdaderamente a ambos, de ahí mi preocupación, y también sé que si hay alguien que pueda influir en Stephen, es usted. La situación es verdaderamente peligrosa, pero con seguridad el futuro de *Encounter* no se puede solucionar tomando decisiones drásticas bajo presión^[6]».

A esto, contestó Berlín: «Existe un verdadero problema con Stephen y *Encounter*, y Arthur [Schlesinger], que acaba de informar a Lasky de que el asunto es agua pasada aquí y que no hay necesidad de tener una reunión sobre todo esto en Londres es, creo, algo optimista. Cualesquiera que sean las reacciones aquí... es probable que el tema siga candente en Londres, ya que tanto Stephen como Kermode parece que están muy afectados. Me parece que pase lo que pase con *Encounter*... tendría cierto sentido publicar una declaración diciéndole a los lectores que los directores de *Encounter* no eran conscientes de la procedencia de la financiación del Congreso de [sic] la Libertad Cultural; lo cual es seguro en el caso de ambos. Lo que Lasky sabía o dejaba de saber, por supuesto, no tengo manera de averiguarlo... En cualquier caso creo que deberías aconsejar que se celebre en Londres una reunión de todas las partes implicadas, con el fin de acabar con este asunto. No sería suficiente con llamar por conferencia a Stephen en Chicago, a los demás, en Londres, a Arthur, en Nueva York, tú en Ginebra, etc., etc. Nunca se comprenderá el conjunto de la situación a no ser que se produzca una reunión para establecer el futuro moral, intelectual y organizativo de *Encounter*^[7]».

En Londres, mientras tanto, la defensa de Kermode en el pleito por difamación se perdía irremisiblemente. Más aún, él estaba convencido de que, aunque la nueva financiación de *Encounter* con Cecil King «era perfectamente lícita», la revista «aún utilizaba métodos poco claros bajo el control (por mucha delicadeza con que se hiciese) de la CIA». Kermode escribió a Lasky para detallarle sus quejas y para decirle «que en ausencia de explicaciones convincentes yo no podía seguir trabajando con él. No contestó la carta pero fue a Gloucestershire para hablar del tema. Mientras caminábamos, horas y horas, alrededor del jardín y por el campo, me hizo el relato más completo posible de su relación con el Congreso y de la historia de *Encounter*»^[8]. Éste fue el momento de la supuesta confesión de Lasky: admitió ante Kermode que sabía del apoyo de la CIA desde hacia varios años, pero que no lo podía decir en público.

Poco después —a instancias de Isaiah Berlin— se acordó una reunión urgente de los consejeros de *Encounter*, a la que asistieron Lasky, Kermode, Spender (que viajó desde Estados Unidos), Edward Shils, Andrew Schonfield y William Hayter. Se reunieron en un reservado del restaurante Scott's, en Haymarket, a poca distancia de la oficina de *Encounter*. Shils y Schonfield defendieron lo hecho por la CIA, pero Kermode y Spender anunciaron su intención de dimitir. Lasky se negó a dimitir y arremetió contra Spender, llamándole hipócrita. Luego lanzó una bomba. Spender debería bajar el gallo sobre la financiación de la CIA y tener en cuenta lo siguiente: durante años su sueldo había sido pagado con una subvención del Foreign Office. «Spender se puso muy nervioso y dijo que se iba a contemplar algún cuadro de la National Gallery para calmarse»^[9], recordó Kermode.

Cuando Spender llegó a su casa en Saint John's Wood, estaba, según Natasha, «irritado y horrorizado. Al parecer, Melvin le había dicho algo a Stephen sobre su sueldo que según Stephen era totalmente incomprensible»^[10]. Spender decidió aclarar el asunto de una vez por todas, hablando con Muggeridge. «Malcolm había sido el jefe de Stephen durante todo este tiempo. En realidad habló con Kitty, que dijo que Malcolm no podía hablar con él ya que estaba en Escocia. En ese preciso momento, Malcolm estaba tumbado en el suelo del presbiterio de un monasterio

cisterciense escocés mientras le rodaban en oración para un programa de la BBC llamado *Una dura cama para tumbarse*. Una hora después, Malcolm devolvió la llamada. Entonces Stephen ya echaba humo. Yo estaba al otro teléfono, por lo que pude oír todo lo que decían. Stephen dijo: “Malcolm, siempre me dijiste que mi sueldo venía del *Daily Telegraph* y de Alexander Korda”. Y Malcolm le contestó: “Así es, querido, pero yo no apostaría sobre su verdadera procedencia”. ¿Te acuerdas de la escena de *Thirty nine steps* [Treinta y nueve escalones], donde busca al hombre al que le falta un dedo? Se produce un momento de gran dramatismo cuando se da cuenta de quién es el hombre. Ésa es la sensación que tuvimos cuando finalmente Muggeridge lo admitió^[11]». Eric Bentley luego le diría a Spender que también Lasky estaba en el secreto: «Mel me dijo que no había nada de cierto en los rumores —que yo llevaba años escuchando—. Cuando todo empezó a oler mal hace un año, le pedí que dijera “No” rotundamente en contestación a una carta muy clara... Silencio total. Momento en el cual pensé: paso de Mel y de su guerra fría^[12]». Tras su exabrupto contra Spender y su monumental metedura de pata al revelar el origen de su sueldo, Lasky quedó en situación precaria.

Habiéndose asegurado el pleno respaldo de Cecil King (que rechazó las peticiones de dimisión, diciendo: «Sería absurdo cortar un brazo para salvar un dedo»^[13]), ahora Lasky dedicó su atención a Isaiah Berlin, escribiéndole una empalagosa carta el 13 de abril. Esperaba no preocuparte, le decía Lasky, pero «has formado parte tan importante de nuestra historia —de nuestras glorias y, lamentablemente, de nuestras miserias— que pienso que debería tenerte completamente informado»^[14]. Lasky dijo que se había acordado «que deberíamos poner fin al asunto publicando un comunicado que dejase a salvo nuestra dignidad, y también dando carpetazo al asunto O’Brien... con sencillez y rapidez si fuese posible, tratando de convencer a O’Brien del coste que tendría para él, y mediante la publicación de las diez líneas de disculpa que quiere. ¿Por qué no? Las emociones pueden rebelarse, pero la razón ha de ser la que mande». Lasky terminaba preguntando al gran filósofo que «le escribiese diciéndole lo que pensaba y sus consejos. Como sabes, ello tiene un gran y profundo significado para mí»^[15].

Edulcoradas palabras para un hombre reverenciado por muchos como «el Profeta», pero del que Lasky, en privado se burlaba tachándole de «estar por encima del bien y del mal» y de «querer nadar y guardar la ropa»^[16]. El problema con Berlín, dijo Lasky, era que «No era un activista. Hay algunos activistas con carácter, que dicen, ande yo caliente y ríase la gente, y los hay que son prudentes. En el fragor de la batalla, sientes que te abandonan, te gustaría decir, como Enrique IV, “Dónde estabas”»^[17]. Pero Berlín había estado siempre allí, el sabio al que la elite de Washington había recurrido hacía muchos años cuando se les ocurrió la idea · de apoyar a la izquierda no comunista. ¿Era posible que no supiera la implicación en ello de la CIA? Hay datos circunstanciales que indican que era consciente, aunque, en realidad, no quisiese tomar parte activa. Stuart Hampshire recordaba que varias veces los servicios de inteligencia trataron de que Berlin trabajase para ellos: «Estaban constantemente haciendo proposiciones a Berlin para que se implicara más. Recuerdo que una vez hablaron con él en Aspen, Colorado —la CIA lo habían organizado ellos— porque pensaban que era el perfecto liberal para encabezar cualquier organización. Él dijo que no le interesaba, pero sugirió [a otra persona]^[18]». En otra ocasión «le hizo proposiciones una de las mayores fundaciones americanas que quería “hacer algo por” la filosofía: “¿En qué podríamos ayudarle? El pragmatismo tuvo su momento, pero hoy ha pasado de moda; ¿qué tal el existencialismo?”. Berlín tuvo una momentánea visión de cafés parisinos subvencionados por la CIA, pero replicó que lo único que quería era papel, pluma y un debate de vez en cuando»^[19].

En su carta a Berlin, Lasky adjuntaba el texto del editorial que había sido redactado por el consejo editorial y que debería aparecer en el siguiente número de *Encounter*. «A la vista de recientes informes periodísticos relacionados con la utilización de fondos de la CIA por parte de algunas fundaciones de los EE UU para apoyar organizaciones culturales y educativas, queremos hacer la siguiente declaración», decía el documento. «Estamos consternados ante la noticia de que una gran parte de la cooperación americana en todo el mundo por parte de fundaciones estadounidenses se haya basado en subvenciones indirectas y encubiertas del Gobierno. Esta práctica fue negativa, peligrosa y deplorable. Hemos

sabido con dolor que algunas de las becas que en el pasado, nos llegaron del Congreso por la Libertad Cultural de París, y que nosotros aceptamos de buena fe procedían de esos fondos, cuyo verdadero origen quedaba así oculto. Los principales escritores y eruditos que han estado responsablemente relacionados con el Congreso en París han dejado claro que jamás hubo interferencia alguna en su política o actividades por parte de ningún donante, conocido o desconocido. ENCOUNTER, por su lado, ha sido independiente desde el principio y se ha visto totalmente libre de cualquier tipo de interferencia. Únicamente los directores han sido los responsables de lo que publicaban y el Congreso, nunca, bajo ningún concepto y en ninguna ocasión, tuvo participación alguna en la política editorial... ENCOUNTER continúa ejerciendo su libertad, publicando lo que estima oportuno.»^[20] La declaración no se llegó a publicar^[21].

Berlin, que por aquel entonces no sabía de la connivencia de Lasky en el secreto de *Encounter*, como había confesado unos días antes a Kermode, le contestó a la carta de Lasky el 18 de abril. Aprobaba la decisión de llegar a un acuerdo extrajudicial con O'Brien, y luego con gran pragmatismo, con malicia incluso, señalaba la manera de salir de la compleja maraña: «Podríais decir perfectamente que al igual que otras organizaciones con necesidad de ayuda económica os dirigisteis al Congreso por la Libertad Cultural; ellos a su vez recurrieron a otras fundaciones, en principio, respetables; que las organizaciones receptoras no suelen examinar el origen de sus ingresos procedentes de las entidades, en principio, respetables que las apoyan; pero que a partir de estas revelaciones existe el natural reparo y renuencia a aceptar esas cantidades. Eso es más o menos lo que la Asia Foundation [otra tapadera de la CIA] dijo y a mí me parece lo correcto... el papel adecuado de *Encounter* es sencillamente decir que actuaron, como así fue, sin saber nada... y que ahora que la honradez de la revista está demostrada, el hecho de que recibierais subvenciones indirectamente de la CIA no hace sino ponerlos en pie de igualdad con muchas otras organizaciones, que nunca pudieron haber sabido cuál era el origen último de sus fondos, o algo por el estilo. Las personas con sentido común y buena voluntad lo entenderán; el resto seguirán criticando^[22]». En el caso de que Berlín sintiese un mínimo de repulsión moral ante el complicado engaño

que estaba describiendo, aquí no queda ni rastro. Por el contrario, utiliza la retórica de la sociedad en general para defender lo que en realidad era un intento de manipulación de esa sociedad por parte de un grupo restringido.

Públicamente, sin embargo, Isaiah Berlín pronto tomaría un camino diferente. Cuando surge la historia de la relación de *Encounter* con la CIA, renegó de la revista, y atacó a Josselson y a Lasky por haber «comprometido a gente honrada». Su biógrafo, Michael Ignatieff, asegura que Berlín estaba tan consternado como los demás por esta subrepticia relación, y que «ciertamente no tenía relación oficial ni oficiosa ni con la inteligencia británica ni con la CIA»^[23]. Ridiculizando esta pretensión, Christopher Hitchens, en una crítica del libro de Ignatieff, ha escrito que «Desentenderse de *Encounter*, si se toma al pie de la letra, significaría una anormal falta de curiosidad por parte de Berlín, o que era menos inteligente de lo que siempre se ha supuesto, o que perdió el tiempo en Washington». Estas contradictorias posturas sobre todo este tema surgían de su lealtad con respecto a la idea del «“entendimiento” supranacional angloamericano», que, según dice Hitchens, «frecuentemente llevaba el sello de la *realpolitik* y de la premeditación»^[24].

Como nada consiguió solucionarse en la reunión de los consejeros en el restaurante Scott's, se convocó otra reunión de urgencia para el fin de semana del 21 de abril, para la cual Arthur Schlesinger viajó desde Nueva York. Según Natasha Spender, en esa reunión se decidió que Lasky debería dimitir, a lo cual accedió. Esto se anunciaría en una declaración de los consejeros, que habría de publicarse en *Encounter*. Lasky comenzó la reunión haciendo un «terrible ataque personal contra Stephen, diciendo que tenía que haber sabido lo que pasaba. Todos los demás consejeros le dijeron a Lasky que esto era impropio y que debería eliminarse de las actas»^[25], recordaba Natasha. Edward Shils ofreció encontrarle un puesto a Lasky en Chicago, y a la semana siguiente Shils regresó con ese objetivo en mente. Con todo, al día siguiente de la reunión, Lasky cambió de opinión, y dijo que no tenía intención de dimitir, y que no estaba en absoluto de acuerdo con la declaración.

Unos pocos días antes de esta reunión, Natasha recibió una llamada telefónica de Michael Josselson desde Ginebra: «Y me dijo que no

removiese más el asunto, que todos estaban en el mismo barco, y me estuvo contando durante un largo rato cómo estaba intentando proteger a Stephen. Creo que yo dije: “¿El barco de quién? No creo que Stephen y Franc estén en el mismo barco que Mel”.^[26]»

Al no haber conseguido tranquilizar a Natasha o a Stephen por teléfono, Josselson ensayó una táctica diferente. En un intento de sacarles a los dos de la refriega, le sugirió a Junkie Fleischmann que tal vez los Spender necesitasen unas vacaciones. Pero no coló. «Yo estaba absolutamente indignada con Junkie cuando, encima de todo lo que estaba pasando, nos mandó un telegrama en el que decía si nos gustaría pasar una semana en su yate», afirmó indignada Natasha Spender. «Le enviamos una carta durísima y eso es todo. No lo volvimos a ver^[27]».

La propuesta de Junkie quedó en agua de borrajas, por lo que Josselson escribió directamente a Stephen. Primero le dijo que los comentarios de Lasky en la reunión de consejeros sobre la subvención del Foreign Office había sido malinterpretada, como resultado de una confusión, y que se refería únicamente a un rumor que le había molestado profundamente. «Yo temía que si Mel se irritaba lo bastante, haría justo lo que hizo en la reunión de consejeros. Yo había intentado impedir esto lo mejor que pude y de ahí mi petición a ti y a Natasha de que no removierais el asunto y mi afirmación de que sólo estaba intentando proteger a todos. Me alarmé especialmente cuando supe por boca de Brigitte Lasky que Natasha le había hecho un *desaire* en una fiesta». Josselson continuaba diciendo que Natasha Spender había criticado amarga y públicamente a Lasky. «Habida cuenta de lo que ha tenido que pasar, a Natasha le perdono todo», escribió Josselson. «Pero esta conversación con ella me convenció de que no sólo era cuestión de que no simpatizase con Mel, sino que le odiaba —me perdonarás la dureza del término— patológicamente^[28]». Josselson, a continuación, pedía perdón por el exabrupto de Lasky contra Spender —«Mel me dijo después lo que sentía haberse dejado llevar por su impulso»— y le imploraba a Spender que no dimitiese. «Sigo creyendo que *Encounter* es realmente algo magnífico y no me gustaría por nada del mundo que se fuese a pique y que se fuese a pique ignominiosamente, si los tres —porque evidentemente, también Mel dimitirá— no consideráis lo que ha sucedido más

desapasionadamente, con más filosofía^[29]». Josselson ofrecía un paliativo: daba a entender claramente que a Lasky le vendría bien un cambio en su carrera («Pienso que debería buscar un puesto en el mundo universitario»), y que su décimo aniversario en la dirección de *Encounter*, que se cumpliría en 1968, sería «un buen momento psicológico» para dejarlo. Josselson también revelaba que él había tenido «frecuentes momentos de desesperación», acerca de todo el asunto, pero que su trascendencia quedaba empequeñecida por «un problema mucho mayor... el de seguir siendo ciudadano americano ante la guerra de Vietnam». Finalmente, dijo que no tenía otros motivos para mantener en secreto la financiación: «Yo tenía la posibilidad de ayudar a centenares de personas en todo el mundo a hacer lo que querían hacer, tanto si era escribir libros, pintar cuadros, realizar ciertos estudios, viajar cuando y a donde quisiesen, o publicar revistas... Me encantaba hacerlo, y si piensas que la CIA sacó algo, créeme, la verdad es todo lo contrario^[30]».

El 8 de mayo de 1967, el *New York Times* publicaba un artículo en portada con el título «Stephen Spender deja *Encounter*». Se citaban palabras de Spender en las que decía que había oído rumores durante varios años de que la revista se financiaba con dinero de la CIA, «pero nunca pude confirmar nada hasta hace un mes. A la vista de las revelaciones que se han hecho y de las afirmaciones que se puedan seguir haciendo sobre el origen de la financiación de *Encounter* en el pasado, creo que cualquier director que estuviese implicado, consciente o inconscientemente, en la recepción de estos fondos, debería dimitir. Eso es lo que yo he hecho»^[31]. Lo mismo hizo Kermode, lo cual dejó, exclusivamente, a Lasky al timón. Y a él se aferró, a pesar de las peticiones para que dimitiera y ante la consternación de Josselson, que sabía que el juego tocaba a su fin. Más tarde, esa tarde, Cecil King hizo pública una declaración: «Consideramos que *Encounter* sin Mr. Lasky sería tan interesante como *Hamlet* sin el príncipe».

«Cuando todo saltó por los aires, yo estaba en Portofino, con Isaiah y otros amigos —recordaba Stuart Hampshire—. Recuerdo que seis de nosotros mandamos un telegrama en defensa de Stephen a Londres, pero Mary McCarthy se negó a firmar, diciendo “Oh, eso sería como atacar a nuestro niño de Nueva York”. Stephen estaba muy molesto, y Natasha, aún

más. Sobre todo con Lasky. Pero ¿por qué se sorprendían ante su actitud? ¿Acaso esperaban que dimitiese? Quiero decir, no era propio de él. Por supuesto que no^[32]». En una carta a Spender, unos días después, Muggeridge le decía que para él era «monstruoso que a pesar de todo Mel siguiera en el cargo»^[33].

Unos días después de la dimisión de Spender, Natasha, acompañada por una amiga, fue a recoger sus objetos personales a la oficina de *Encounter*. Comprobó horrorizada que «habían forzado el armario [de Stephen], y [la secretaria de Lasky] dijo: “Bueno, es que tuvimos un robo la semana pasada^[34]”. Stuart Hampshire, que le había rogado a Spender “que anotase todo, que tuviese un archivo personal”, no se sorprendió cuando se enteró de esto. Era “evidente”, dijo»^[35].

Ese sentimiento de hundimiento^[*]

Piensas que eres tú el que empujas
pero es a ti al que te empujan.

Mefistófeles, en *Fausto*, de GOETHE.

El 13 de mayo, cinco días después de la dimisión de Spender y de Kermode, Michael Josselson y John Hunt se hallaban sentados en lo que había sido el despacho de Josselson en el segundo piso del edificio del Boulevard Haussman. Josselson, acompañado por Diana y Jennifer, había llegado a París procedente de Ginebra. Allí, desde su relativamente modesto piso en Plateau du Charnpel, había estado dando la batalla incansablemente durante las últimas semanas para contener el desastre. En los alrededores de la oficina, los cafés se preparaban para abrir sus puertas a los parisinos que los sábados salían en tropel a la calle a disfrutar del sol primaveral y a hacer sus compras. Diana había llevado a Jennifer a comprar un traje para su *ballet* de final del trimestre. Sin embargo, ella estaba intranquila y se movía entre la multitud hacia las Galeries Lafayette, sintiéndose extrañamente ausente de todo.

En una sala junto al despacho donde se encontraban Josselson y Hunt, estaba reunida la Asamblea General del Congreso por la Libertad Cultural. Presidida por Minoo Masani (dirigente del principal partido de la oposición en India), a la reunión asistían Raymond Aron, Daniel Beú, Pierre Emmanuel, Louis Fischer, Anthony Hartley, K. A. B. Jones-Quartey, Ezekiel Mphahlele, Nicolas Nabokov, Hans Orecht, Michael Polanyi, Denis

de Rougemont, Yoshihiko Seki, Edward Shils, Ignazio Silone y Manès Sperber. Habían llegado procedentes de todos los confines del planeta, y su poco envidiable tarea era decidir sobre Josselson y Hunt —cuyas cartas de dimisión tenían sobre la mesa— y para decidir el futuro del Congreso. Reunidos como reyes filósofos, sabían que su decisión sería inapelable.

«Mike y yo estuvimos en su despacho casi todo el día, junto a la sala de juntas —recordaba John Hunt—. Estábamos solos, ¿qué otra cosa se puede hacer en un momento así, con el jurado al otro lado de la sala^[1]?». Michael estaba en silencio repiqueteando con los dedos sobre el escritorio. Parecía cansado —cansado de esperar allí toda la mañana, cansado de dos décadas de infatigable trabajo—. Se peinaba el escaso pelo con la raya a un lado, haciendo pasar una también escasa cortinilla por la calva. Bajo su amplia frente, unos ojos pequeños en cuyo centro destacaban sus enormes pupilas.

El «mundo», mientras tanto, debatía la evidencia. Durante dos décadas, Michael Josselson había mantenido una enorme mentira. El delito de John Hunt era menor, ya que sólo había participado en la mentira la mitad del tiempo. La gravedad de esta ocultación tuvo consecuencias directas para cientos de personas. Además de eso, ofrecía un dilema moral que en ningún caso podría tener una fácil solución. Ambos habían hecho declaraciones sobre su relación con la CIA, y sobre la relación de ésta con el Congreso. Josselson había aceptado toda la responsabilidad de lo que seguía manteniendo que era una mentira necesaria. El oprobio ante la Asamblea General no era totalmente seguro. Sperber, Polanyi y Silone defendieron a Josselson y a Hunt, e instaron a la Asamblea a adoptar una «postura beligerante». Sperber dijo algo parecido a «¡Al demonio con todo, no nos importa lo que diga el *New York Times*! Hemos contribuido a crear esto y a que funcione durante quince años; en nuestra vida política nos hemos tenido que enfrentar a cosas más difíciles que esto. Por lo tanto sigamos como hasta ahora, si hay consenso para ello^[2]. Pero no lo hubo. Aron y Emmanuel, especialmente, veían la situación de una forma diferente. Al ser franceses que pertenecían a una organización con sede en París, que ahora se veía deshonrada por su relación con la inteligencia estadounidense, su reputación estaba en entredicho. «Se jugaban mucho», diría Juego Hunt^[3].

Aron, de hecho, estaba tan enojado ante la situación que se le presentaba que se marchó enfadado de la reunión, dando un portazo al salir.

A la hora del almuerzo no se había llegado a un acuerdo, y a propuesta de Masani, se tomaron un descanso. Tras la comida se volvió a reunir la Asamblea y continuó hasta que, finalmente, a las seis, Nabokov y Rougemont se presentaron ante Josselson y Hunt con la propuesta de declaración de la Asamblea en la mano. «Se la leyeron a Michael, a mí y a Hunt», dijo Diana, que había dejado a Jennifer con una amiga para que le enseñase su nuevo tutú, y había acudido a ponerse al lado de su marido. «Era una vergüenza. No se hizo referencia alguna a lo mucho que Michael y John habían hecho. Michael y John se pusieron pálidos y salieron de la habitación. Nicolas y Denis me dijeron “¿Qué piensas?”, y yo dije “Pienso que es un asco”. Creo que me eché a llorar^[4]». ¿Por qué —preguntaba Diana empapada en lágrimas— ni siquiera se mencionaba la devoción que Michael sentía por el Congreso, su inquebrantable dedicación a la causa de la libertad cultural? ¿Por qué no mencionaban el hecho de que sin Michael, y, por supuesto sin John, el Congreso no hubiese existido siquiera? ¿Era así como los intelectuales pagaban al hombre al que tanto debían? ¿Agarrando sus cosas y echando a correr al primer indicio de problemas? ¿No había nadie dispuesto a permanecer en su puesto y luchar?

En este punto, Nabokov, siempre un hombre de gestos ampulosos, se llevó la mano al pecho y tuvo —o fingió— un ataque al corazón. Enviaron a alguien por un vaso de agua y una aspirina. Por lo menos su confusión, si no el ataque, era auténtica. ¿Qué podría haber esperado Michael? Éstos eran sus amigos, y les había estado engañando todos estos años. Había ocultado el hecho de que trabajaba para la CIA, que el Congreso por la Libertad Cultural era el resultado de una operación clandestina de la CIA. ¿De qué material estaba hecho para mostrarse tan indignado y herido? ¿Se sentía más ofendido que ofensor? De repente, Nabokov, el hombre cuya trayectoria había estado tan ligada a Josselson, empezó a verlo todo más claro. Ésta era la vida de Michael, su fe. Era todo lo que tenía. No había nada más.

Nabokov y Rougemont, espantados ante la idea de haberse portado de forma descortés, le prometieron a Diana que convencerían a la Asamblea

General de que volviesen a hacer otro borrador de declaración. Algo más calmada, Diana salió en busca de Michael y John. Después de un rato, escuchaban mientras se leía en voz alta el comunicado modificado. Al día siguiente, fue distribuido a la prensa de todo el mundo.

«La Asamblea General... quiere expresar un profundo pesar al haberse confirmado los informes de que se habían utilizado fondos de la Agencia Central de Inteligencia... y que el director ejecutivo hubiese juzgado necesario aceptar esta ayuda sin el conocimiento de ninguno de sus colegas. La Asamblea se enorgullece de todo lo conseguido por el Congreso desde su creación en 1950. Desea expresar su convicción de que sus actividades han estado totalmente libres de influencias o presiones de cualquier organismo que les haya financiado y su fe en la independencia e integridad de todos aquellos que han colaborado en su trabajo. Condena en los términos más rotundos la forma en que la CIA ha engañado a todas las personas implicadas y ha hecho que sus esfuerzos queden en entredicho. El resultado de esta acción —continuaba diciendo la Asamblea— envenena los pozos del discurso intelectual. La Asamblea repudia enérgicamente el empleo de esos métodos en el mundo de las ideas... La Asamblea considerará las dimisiones presentadas [por parte de Michael Josselson y John Hunt]. Expresa su renovada gratitud hacia ellos por el hecho de que, a pesar de las dificultades derivadas del modo de financiación de las actividades del Congreso, mantuvieron la total independencia e integridad intelectual de la organización y, por consiguiente, les pide que sigan desempeñando sus obligaciones^[5]».

La redacción de la declaración era, en muchos aspectos, insincera. En primer lugar, la dimisión de Josselson fue aceptada por la Asamblea. Esto lo confirmarían después tanto Diana Josselson como John Hunt, que dijo «Me acuerdo perfectamente de que a Mike, sea lo que sea lo que figure en las actas, le dijeron que no podía continuar. Yo entraba —en su opinión— en una categoría diferente por lo que ello no me afectaba a mí»^[6]. En segundo lugar —y lo que es más importante— era simplemente incorrecto decir que Josselson había aceptado la ayuda de la CIA «sin el conocimiento de ninguno de sus colegas». «Yo puedo decir que varias de las personas más importantes del Congreso sabían la verdad, porque sus gobiernos se lo

habían contado», reveló más tarde Hunt. «A Aron se lo habían dicho. Malraux, *evidentemente*, lo sabía. Lo mismo que Muggeridge y Warburg, a quienes se lo dijo el MI6 después de que ambas agencias llegaran a un acuerdo respecto a *Encounter*^[7]».

«¿Quiénes no lo sabían? Me gustaría saberlo. Era un secreto a voces»^[8], manifestó Lawrence de Neufville. La lista de los que lo sabían —o los que creían saberlo— es suficientemente larga: Stuart Hampshire, Arthur Schlesinger, Edward Shils (que confesó a Natasha Spender que lo sabía desde 1955), Denis de Rougemont, Daniel Bell, Louis Fischer, George Kennan, Arthur Koestler, Junkie Fleischmann, François Bondy, James Burnham, Willy Brandt, Sidney Hook, Melvin Lasky, Jason Epstein, Mary McCarthy, Pierre Emmanuel, Lionel Trilling, Diana Trilling, Sol Levitas, Robert Oppenheimer, Sol Stein, Dwight Macdonald. No todos ellos eran «Conocedores», en el sentido de que fuesen agentes activos del engaño. Pero todos ellos *lo sabían*, y lo sabían desde hacía algún tiempo. Y si no lo sabían, según sus críticos, se trataba de una ignorancia culpable. «Mike intentó decírselo a algunos, pero le dijeron que no querían saberlo», afirmó Hunt. «Lo sabían, y sabían tanto como quisiesen saber, y si sabían más, sabían que tendrán que irse; por lo tanto se negaban a saber»^[9]. Como observador en la reunión de la Asamblea General asistió el poeta australiano, James McAuley, director y fundador de *Quadrant*. Él señaló que «existía una contradicción entre su deseo de 1) apoyar a Mike por amistad —y por honradez porque a ninguno de ellos les había engañado *realmente*— y 2) adoptar una postura pública de ultrajada inocencia»^[10]. Chantal, la mujer de Hunt, que había trabajado para el Ministerio de Cultura francés y, durante un breve tiempo, para el Congreso, se mostraba desdeñosa de aquella falta de claridad moral: «Todo el mundo en Francia, al menos las personas de mi entorno, sabían la verdad sobre quién estaba tras el Congreso», manifestó. «Todos hablaban sobre ello. Decían por ejemplo: “¿Por qué quieres trabajar con ellos? Es la CIA”. Todos lo sabían excepto, al parecer, los que trabajaban en él. ¿Extraño, no? Siempre me pareció eso»^[11]. «Casi todos negaron saber nada —dijo Diana Josselson— pero mentían muy mal»^[12].

¿Qué decir de Nicolas Nabokov, que había hecho el viaje al lado de Josselson desde los primeros tiempos de Berlín hasta este penoso desenlace en París? ¿Acaso se creía su propia y airada refutación de las acusaciones de implicación con la CIA, en la que dijo «Lo niego todo. El Congreso por la Libertad Cultural... nunca tuvo relación directa o indirecta, con la CIA... todo es un montaje de los soviéticos»^[13]? ¿Podía alguien creerse de verdad que a Nabokov, durante todos esos años, nunca se lo hubiesen dicho —o suponérselo por sí mismo— que tras todo esto estaba la artillería pesada de «los bosques de Virginia» (sus propias palabras)? La versión de Mary McCarthy, según la cual, al parecer, Nabokov reveló la verdad a Spender en un taxi de Londres, sugiere lo contrario. También Chantal Hunt recordaba que Nabokov le dijo «un día, durante el almuerzo, entre susurros conspirativos» que lo sabía. Stuart Hampshire luego señalaría con ironía que Nabokov «no se sintió especialmente desconsolado ante las revelaciones»^[14]. Cuando Nabokov estaba ante Josselson aquel terrible 13 de mayo, poniéndole ante sus ojos una resolución que le condenaba por haber engañado a sus colegas, el hecho de que él fuese el menos indicado para emitir un juicio no pareció afectarle lo más mínimo.

En sus memorias, Nabokov condenaba el «enorme e innecesario error de planteamiento (o su ausencia) que precedió a la decisión de pasar dinero a través de la CIA a organizaciones culturales»^[15]. Luego añadía que esto era «especialmente evidente cuando se piensa que la guerra fría fue la guerra ideológica más compleja desde comienzos del siglo xx, y que esta incorrección se produjo en un país que tenía una tradición de más de un siglo de lo que Camus llamaba “formas morales del pensamiento político”. Aún me duele pensar en aquellas “heridas gratuitas de la inmoralidad” y el hecho de que una maravillosa estructura construida con amor y mimo por hombres y mujeres brillantes e inteligentes, entregados, y librepensadores profundamente incorruptibles fuesen arrastrados al lodo y destruidos a causa del más antiguo y permanente de los orgullos: actuar sin pensar»^[16]. En privado, por el contrario, Nabokov no mostraba nada de esta indignación moral: «No creo que se deban pedir disculpas sobre la financiación del Congreso por parte de la CIA», dijo en una carta. «Muchos de nosotros sospechábamos una financiación de este tipo y era “la comidilla” de muchas

capitales de Europa, Asia, América Latina y África. Lo importante no es la financiación, sino lo que ha hecho el Congreso^[17]».

Sintiéndose como un moderno Job —el hombre «perfecto y recto» atacado por su virtud— Josselson se marchó de París, no sin antes consultar con sus médicos, y verse con McGeorge Bundy, tal vez para hablar de las consecuencias que para la CIA tendrían las revelaciones (según el *Washington Post*, McGeorge Bundy era quien supervisó las operaciones de la CIA durante las administraciones de Kennedy y Johnson). De vuelta en Ginebra, apenas tuvo tiempo de deshacer las maletas antes de que el volcán entrase en erupción. Tras el reconocimiento por parte de la Asamblea de que la CIA había estado subvencionando al Congreso, los periódicos de todo el mundo hicieron su agosto. Josselson se derrumbó, dejando que fuese Diana la que contestase el aluvión de indignadas llamadas telefónicas. En una carta a los Spender les dijo que «la continua batalla [de Josselson], día y noche, bajo presión constante, tratando de salvar lo que pudiese de todo lo hecho por el Congreso, de una forma u otra me tiene en estado de perpetua preocupación... El lío sigue; es como una Hidra»^[18]. Profundamente triste declaraba: «Quiero dejarlo, una nueva vida, y jamás tener nada que ver con toda esta gente, excepto una relación de amistad con los amigos^[19]».

Pero el propio asunto de la amistad se había convertido en algo irremisiblemente confuso. «Querido Mike —escribió Natasha Spender—, es el aspecto HUMANO lo que resulta tan penoso. Comprendo, a la vista de lo que hoy sabemos, que todo el mundo era prisionero de la situación en diferentes grados y formas. Debió haber sido terrible para ti tener que engañar a amigos con los que siempre te habías portado tan bien. Pero estoy segura de que la CIA hizo mal en exigirlo, ya que las repercusiones en sufrimiento personal y en las relaciones son interminables, y para los que nos tomamos esas cosas en serio, lamentamos confianzas rotas que no se pueden recuperar... Ello nos lleva de nuevo al hecho de que si un colega oculta información, les está privando a sus compañeros de su libertad y de su honor, lo cual, a su vez, destruye la confianza de sus amigos, y en última instancia son tantas las personas que sufren... Espero que tú también te sientas aliviado al haber salido de una situación equívoca que te privaba del derecho a ser sincero con tus amigos... Lo que realmente estaba mal en el

silencio que te fue impuesto por la CIA es (desde su punto de vista) que al exigírsete que trataras así a tus amigos te estaba obligando a adoptar la misma ética que los comunistas y por lo tanto, equiparando, en cierta forma, los métodos del Oeste con los del Este, en ese aspecto^[20]».

La «tormenta de mierda», como luego la llamaría Josselson, continuó con violencia. Increíblemente fue Tom Braden quien habría de reavivar nuevas furias cuando escribió un artículo para el *Saturday Evening Post*. Apareció con el título de «Me alegro de que la CIA sea “inmoral”», en el periódico del 20 de mayo, y fue escrito, según Braden, para corregir la «cadena de estúpidas y desinformadas chorradas» que aparecían en los periódicos. Pero Braden no se limitó a corregir las inexactitudes: proporcionaba información hasta entonces secreta, que jamás se hubiese sabido por otros medios —prueba contundente que pondría fin a todas las ambigüedades (y a la posibilidad de más desmentidos)—. Argumentaba que la gente de izquierda en la Europa de los años cincuenta, «eran los únicos a los que les importaba luchar contra el comunismo»^[21], y hacía un detallado relato de cómo la División de Organizaciones Internacionales había buscado la convergencia con ellos. Describía la relación de la IOD con los dirigentes sindicales estadounidenses e incluso acusó a Víctor Reuther de gastar el dinero de la CIA «con muy poco acierto». Confirmaba que el dinero «para la publicación de *Encounter*» era de la OA, y luego afirmaba que «Un agente sería nombrado director de *Encounter*». Luego agregaba que los agentes de la CIA así situados «no sólo podrían proponer programas anticomunistas a los dirigentes oficiales de las organizaciones, sino que también podían sugerir formas y medios para resolver los inevitables problemas presupuestarios. ¿Por qué no hacer lo posible para que el dinero necesario pudiese obtenerse en las “fundaciones americanas”? Como sabían los agentes, las fundaciones financiadas por la CIA eran bastante generosas cuando del interés nacional se trataba»^[22]. Al hacer una relación de la batería de tapaderas desplegadas por la IOD, Braden decía que «En 1953, ya estábamos actuando o influyendo en organizaciones internacionales de todo tipo»^[23]. ¿Actuando? ¿Influyendo? Por supuesto, de haber querido, podía haber escrito simplemente «apoyando» y «dando consejos

amistosos». Después de todo ésta era la línea oficial seguida siempre por la CIA en sus maquinaciones.

La consecuencia del artículo de Braden sería poner fin de una vez por todas la relación encubierta de la CIA con la izquierda no comunista. ¿Qué fue lo que le impulsó a escribirlo? Su propia explicación fue que su viejo amigo Stewart Alsop le había llamado a California y le había pedido que escribiese un artículo para el *Saturday Evening Post* para poner las cosas en su sitio. «Creo que para mí era como quedar en paz con la historia —dijo Braden—. Yo estuve implicado desde el principio, y ahora habían pasado veinte años, y aún se seguían haciendo cosas, y pensé que se había convertido en algo ridículo, y que era hora de poner fin a esa mascarada^[24]». Braden empezó a redactar el artículo a principios de marzo. Tenía tres meses, mucho tiempo para pulirlo. Él y Alsop hablaron varias veces por teléfono, y Braden envió varios borradores, en los que cada vez se hacían más revelaciones.

El propio Braden dijo que quería «poner las cosas en su sitio», y eliminar las falsedades. Pero en su artículo, falseó adrede sus nombres en clave, diciendo que el suyo era Warren G. Haskins, cuando en realidad era Homer D. Hoskins. ¿Por qué, en medio de unas revelaciones tan incendiarias, Braden se molestó en proteger los nombres en clave? ¿Estaría pensando en el acuerdo de mantener el secreto que todos los agentes de la CIA firmaban en su toma de posesión? Cuando se le preguntó acerca de este acuerdo de mantener el secreto, Braden dio una respuesta asombrosa: «Me podían haber recordado mi promesa de guardar secreto, pero me había olvidado incluso de que la hubiera firmado. Lo prometo, no sabía que hubiese firmado ningún pacto de secreto. Yo sí lo había firmado pero no me acordaba. Si me hubiese acordado, no lo hubiera hecho^[25]». «Si Tom hubiese seguido las reglas de los que se retiraban [de la CIA], tenían que haberle aprobado lo que escribió», dijo Lawrence de Neufville. «No creo que estuviese cumpliendo las reglas^[26]».

Existe otra posible forma de ver las cosas, a la que más tarde se adhirieron varios agentes de la CIA —e incluso el propio Braden—. «Tom era un hombre leal para con sus jefes, y sabía perfectamente lo del pacto de secreto», dijo John Hunt. «Este pacto había salido a relucir en el pasado, y

Braden, si de verdad hubiera estado actuando de forma independiente, no hubiese estado tan tranquilo. Creo que fue de alguna manera instrumento de quienes querían deshacerse de la INC [izquierda no comunista]. No hay que buscar un francotirador aislado —es absurdo, lo mismo que en el asesinato de Kennedy—. Había muchas partes interesadas. Braden es consciente sólo hasta cierto punto. Tal vez [Richard] Helms le llamó y le dijo “Tengo un trabajo para ti”. Creo que hubo una decisión oficial de hacer público lo del Congreso y otros programas. Yo hablé del artículo de Braden con Mike y él suponía que se trataba de una operación coordinada y autorizada para poner fin a la alianza de la CIA con la INC. Pero nunca supimos toda la verdad^[27]».

Jack Thompson también hizo conjeturas en esa misma línea. «Un tradicional sistema cuando quieres poner fin a una operación es cargártela. Me imagino esta escena: el presidente Johnson sentado en su mesa del Despacho Oval, rebuscando entre unos papeles. Encuentra un ejemplar de la revista *Encounter*. Y dice: “¿Qué es esto?”. Y alguien le contesta: “Es nuestra revista, señor presidente”. Y dice, “¿Mi revista? ¡Mi revista! ¿Éstos son los tipos que piensan que *mi* guerra es un error, y escriben en mi revista?”. Fin de la escena^[28]».

No estaría de más revisar la imaginaria escena de Thompson. Lyndon Baines Johnson era un hombre de los años treinta, un pobre muchacho de Texas en el mundo de los cultos y refinados hombres del Este, y no tenía ningún trato con todos aquellos intelectuales, nada del *glamour* que rodeó al interludio ateniense de Jack Kennedy. La idea que Johnson podía tener de un festival cultural se limitaba a algo que «Complaciese a las damas». Dos años antes de que se publicara el artículo de Braden, el 14 de junio de 1965, los intelectuales estadounidenses habían convertido un Festival de las Artes de la Casa Blanca —concebido en principio por los consejeros de Johnson como «herramienta para acabar la oposición a la guerra»— en una airada plataforma sobre Vietnam. Robert Lowell había rechazado la invitación (algo que queda debidamente recogido en su expediente del FBI), igual que Edmund Wilson, con una «brusquedad» que dejó atónito a Eric Goldman, organizador del festival. Dwight Macdonald sí asistió pero llegó con una petición en apoyo de Lowell y denunciando la política estadounidense,

firmada por Hannah Arendt, Lillian Hellman, Alfred Kazin, Larry Rivers, Philip Roth, Mark Rothko, William Styron y Mary McCarthy (entre los que no estaban invitados). Durante la cena, Macdonald recogió ocho firmas más, casi llegando a las manos con Charlton Heston, que acusó a Macdonald de carecer de los más «elementales modales» y le preguntó «¿Suele usted firmar peticiones contra su anfitrión en su propia casa?»^[29]. A Johnson le quedó después la sensación de que la Casa Blanca había sido tomada por «una banda de traidores»^[30].

El acto fue un desastre total y «la reacción del presidente Johnson no hizo sino añadir ladrillos al muro existente entre el presidente y estos grupos», según el relato de Eric Goldman. «Felizmente, no se hizo pública la mayor parte de la historia, pero sí lo suficiente como para que el muro fuese tan infranqueable como el de hormigón y alambre de púas entre Berlín Este y Oeste^[31]». Según se contó, Johnson dijo que había una conspiración de «esta gente» para insultarle a él y a su cargo, y «para herir al país en un momento de crisis»^[32]. Eran «hijos de perra», «locos», «traidores» que habían convertido un acto sin importancia «en una situación muy grave». El presidente le dijo también a dos de sus ayudantes, Richard Goodwin y Bill Moyers, que «no iba a tener más relación con los liberales. Ellos tampoco quieren tener relación conmigo. No hacen sino seguir la línea comunista... liberales, intelectuales, comunistas. Todos son iguales»^[33].

James Burnham, que había ayudado a vincular al Congreso por la Libertad Cultural con la CIA desde sus inicios, pero que lo había hecho en aras de un tipo de *realpolitik* conservadora, vio en todo este caos la prueba de lo que él, desde hacía mucho tiempo, había advertido que era un «error fundamental» en la manera de pensar de la CIA. «La CIA organizaba la mayor parte de estas actividades teniendo en mente a la “izquierda no comunista”», escribió. «La CIA consideraba a la INC como una fuerza fiable en cuyas acciones, si no pro occidental y pro americana, nunca sería ni antioccidental ni antiamericana. Esta valoración política es errónea. La INC no es fiable. Bajo la presión de ciertos acontecimientos fundamentales, la INC se arrugaría. Una gran parte —en este país y en otros— pasó a defender una postura antiamericana, y casi toda la INC suavizó su actitud

hacia el comunismo y los países comunistas. Así, el colapso organizativo se debe a un error político. El error político es la doctrina de que la lucha general contra el comunismo ha de basarse en la INC —una doctrina implantada en la CIA por Allen Dulles—. Cuba, la República Dominicana, y sobre todo, Vietnam, supusieron la prueba definitiva para la doctrina de la INC. Gran parte de las organizaciones y de los individuos mantenidos por la CIA según la fórmula de la INC, terminaron por socavar la voluntad de la nación y poniendo en dificultades o sabotando la seguridad nacional^[34]». La idea de que, por consiguiente, Lyndon Johnson en persona pudiera haber estado interesado en la disolución de la relación de la CIA con la izquierda no comunista, no resulta descabellada.

La clave más interesante de lo que sucedió en realidad está en la cuestión del acuerdo de guardar secreto de Braden. A las dos de la tarde del miércoles 10 de abril de 1967, Walt Rostow, ayudante especial de Johnson, mecanografió un «memorándum secreto» al presidente, que decía simplemente: «Supongo que usted sabe de la próxima publicación del artículo de Braden sobre la CIA en el *Saturday Evening Post*. Así es como lo cuenta Dick Helms». El artículo de Braden fue publicado un mes después de que Rostow informara de él al presidente. Richard Helms, que era entonces el director de la CIA, sabía del artículo, según el memorándum de Rostow, y presumiblemente también de su contenido. La CIA tuvo mucho tiempo para utilizar el compromiso de secreto con Braden e impedirle publicar el artículo.

Rostow no se acordaba muy bien del asunto. «No conocía mucho a Braden, sólo de habernos visto en fiestas y cosas por el estilo. Era una persona afable con la que conversar. No recuerdo el memorándum. Tampoco recuerdo su artículo», dijo. «Supongo que Helms me lo dijo, y supongo que yo se lo conté al presidente. Pero no sería nada del otro mundo, en aquel momento no me causó impresión^[35]». ¿Por qué, pues, se hubiese molestado Rostow en escribir un memorándum secreto al presidente sobre algo que no le causó impresión? «Yo le mantenía informado sobre todo asunto político que pudiese ser de incumbencia de la presidencia»^[36], replicó Rostow, contradiciéndose.

En realidad, Rostow y Helms tenían muchos motivos para tener informado al presidente. Por sugerencia de Rostow, Dick Helms había sido invitado a asistir al Almuerzo de los Martes, la reunión de alto nivel sobre seguridad nacional más importante en época de Johnson, «porque pensé que el presidente debería contar con una persona de los servicios de información con la que poder consultar»^[37]. El tema de debate en estos almuerzos semanales en 1967 era casi exclusivamente Vietnam.

Otra cuestión: ¿por qué la CIA estaba tan preocupada por los artículos de *Ramparts* como para montar una operación a gran escala y, sin embargo, con Braden no hicieron intento alguno de detenerlo? «Creo que es bastante probable que estuviesen deseando librarse de todo aquello», concluía Braden. «Stewart [Alsop] tal vez lo supiera. Siempre supuse que por entonces ya habría en la Agencia quienes quisieran deshacerse de cosas como ésta, que ya estaban prácticamente muertas y enterradas. Todos sabían, los expertos, y las personas como Stew ciertamente sabían que todo esto eran tapaderas de la CIA. Siempre supe en el fondo que querían darle la puntilla, pero no puedo demostrarlo»^[38].

Stewart Alsop «era agente de la CIA», según un oficial de alto rango de la Agencia. Según otras fuentes, Alsop era especialmente útil para la Agencia en los debates con funcionarios de gobiernos extranjeros — haciendo preguntas sobre temas que le interesaban a la CIA, proporcionando información errónea en beneficio de los EE UU, y valorando la posibilidad de que la CIA reclutase a personas extranjeras situadas en puestos clave—. Joseph, el hermano de Stewart, juzgó de «absoluta tontería» la pretensión de que Stewart fuese un «agente», diciendo «Yo estaba más cerca de la Agencia que Stew, aunque Stew estaba muy próximo a ella»^[39]. Pero no se detuvo aquí: «Me atrevería a decir que desempeñaba algunas tareas... como americano, hizo lo que tenía que hacer... Los Padres Fundadores [de la CIA] eran amigos personales nuestros... Era una especie de actividad social. Jamás recibí un dólar, jamás firmé ningún acuerdo de mantener el secreto. No tenía por qué... He hecho cosas para ellos cuando pensaba que era lo correcto. Yo lo llamo cumplir mi deber de ciudadano... La CIA no revela sus secretos a gente de la que no se fía. De Stew y de mí se fiaban, y eso me llena de orgullo». Stewart Alsop se

refería a Dulles y su equipo como los «valientes del Este», y le encantaba formar parte de esa «cohesionada institución, el *bruderbund*»^[40].

En un importante aspecto, el artículo de Braden no logró los resultados esperados. Su afirmación de que la Agencia había situado a un agente en *Encounter* sólo podría tener la intención de ponerlo al descubierto y precipitar su dimisión. Este hombre, luego reflexionaría Braden, «era uno de nuestros agentes, un hombre de probada trayectoria intelectual y consumado escritor, y pagábamos su sueldo»^[41]. Irving Know, que por entonces era codirector, junto a Daniel Bell de una revista llamada *The Public Interest* (que había sido lanzada con una generosa ayuda de Josselson de 10.000 dólares), fue a parar a la revista como caído del cielo. «Cuando Tom Braden publicó aquel artículo, diciendo que había habido un agente de la CIA en *Encounter*; me puse furioso, porque sabía perfectamente que yo no era agente de la CIA, y yo también sabía que Spender no había sido agente de la CIA», diría con posterioridad. «Lo que tenía en mente Mr. Braden, ¡Dios santo!, cuando escribió el artículo, no lo sé^[42]». Spender, del que nunca se dudó, dijo: «Simplemente no me creo que fuese Kristol, de verdad que no. Y sé que tampoco era yo^[43]».

Esto dejaba a Lasky como único candidato. Años después, como era predecible, se refería con absoluto desprecio a la afirmación de Braden, y le tachaba de «viejo chocho e insensato». Calificaba a todo el asunto como tantos melodramas a lo James Bond, de «síndrome del espía y el topo», diría Lasky: «Jamás he dirigido una revista de la CIA y nunca lo hice y nunca lo haré^[44]». ¿Quién era el agente de la CIA? «¿Fue usted? ¿Fui yo? ¿Quién?», replicó. «Escúcheme, hicimos lo que hicimos. No, no, no, esto era fantasía, y no se debe tomar en serio, y por supuesto, los historiadores, menos^[45]». Pero Braden, treinta años después, era categórico. No era fantasía.

Los Josselson se sintieron consternados por la traición de Braden. «Siempre tuve un recuerdo tan agradable de ti cuando íbamos a los seis días ciclistas, etc., aparte de la consideración que sentía por tu trabajo profesional; por eso me siento aún más triste por la gratuita traición a Mike y a sus amigos en tu artículo —escribió Diana—. Tu absolutamente falsa afirmación que claramente implica a Irving K., del que parece haber

olvidado que no sabía nada de nada... ha creado una situación de caos y de sufrimiento personal que creo que no te puedes figurar, aunque sí te puedes dar cuenta de que has asestado un golpe mortal a una buena revista... Como sé a partir de la experiencia vivida durante todos estos extenuantes años, y como en el fondo de tu alma tú también has de saber, Tom: si hubo alguna vez un agente al que se pudiera llamar *libre*, que respondiese exclusivamente a los dictados de su propia conciencia, ése fue [Mike]»^[46]. Diana terminaba implorando a Braden que publicara una disculpa, y se retractara de su afirmación de que Josselson había sido puesto por la CIA en el Congreso. Su carta nunca obtuvo respuesta.

Curiosamente, a pesar de lo que técnicamente se podría considerar una «Situación delicada» en la Agencia, aparentemente sólo hubo «cierta preocupación por algo que seguro no era la cosa más estupenda del mundo»^[47]. Tom Braden jamás recibió censura oficial alguna. Es más, las carreras de los agentes que habían estado estrechamente vinculados con el periclitado programa de la izquierda no comunista, no se resintieron en absoluto. Cord Meyer y sus huestes pasaron rápidamente a cosas más importantes (en el caso de Meyer, sería jefe de misión en Londres, con responsabilidades sobre todo el funcionamiento de la CIA en Europa Occidental). Únicamente se prescindió de los que habían sido reclutados entre la propia izquierda no comunista. Robie Macauley salió algo escocido, y según Diana Josselson, «finalmente prescindieron de él». Salió de la Agencia —y de *Kenyon Review*— y pasó a trabajar como director de ficción de la revista *Playboy*. John Thompson, que había empezado a flirtear con la Nueva Izquierda a mediados de los sesenta, fue también dejado al margen de lo que a él le gustaba llamar «el Buen Barco Piruleta»^[*]. En una carta a los Josselson de 1968, en la que hablaba de los EE UU, les decía que el nuevo Vietnam sería el asunto de los afroamericanos (aunque no era ésta exactamente la palabra que usó)^[48].

Josselson, a pesar del hecho de que había dimitido de la CIA un poco antes de la reunión de la Asamblea General del 13 de mayo («Salió principalmente para proteger al Congreso, para que si le preguntaran pudiese decir que ya no pertenecía a la Agencia»^[49], dijo Diana), estaba comprometido sin remisión. Su pensión era irrisoria, y ciertamente no se

correspondía con el enorme trabajo realizado. En 1965, se le dio un «empleo» en la Fundación Farfield, de director internacional, durante un periodo de dos años con un sueldo de 21.000 dólares, que se le abonaron en 12 pagas. Ahora, al menos en principio, la CIA ya no tenía más obligaciones económicas en relación con Josselson. Pero Frank Platt y John Thompson, conscientes de lo mal que se habían portado con él, establecieron un plan de jubilación para Josselson de 30.000 dólares al año, pagaderos mediante el capital de reserva de la Farfield. Según Thompson, esta reserva ascendía a un millón de dólares. Al resultar imposible, por alguna razón, devolver este fondo a sus donantes, Thompson sugirió que se pudiese disponer de él inmediatamente^[50]. El finiquito de Josselson, no demasiado sustancial, representaba una parte del «fondo de baja» en la Farfield. No existe constancia de cómo se desembolsó el resto.

Antes, incluso, de que *Ramparts* hiciese públicas sus investigaciones, el senador Mike Mansfield exigió una amplia investigación en el Congreso [de los EE UU] de toda la financiación clandestina de la CIA. El presidente Johnson optó, por el contrario, por un comité especial de tres personas, formado por el subsecretario de Estado, Nicholas Katzenbach, el secretario de Salud, Educación y Bienestar, John Hardner, y el director de la CIA, Richard Helms. El informe final del Comité Katzenbach, dado a conocer el 29 de marzo de 1967, concluía que «La política del gobierno de EE UU debería ser que ninguna agencia federal proporcione asistencia o ayuda financiera encubierta, directa o indirecta, a ninguna de las organizaciones educativas o privadas sin ánimo de lucro»^[51]. El informe fijaba la fecha del 31 de diciembre de 1967 como plazo final para la terminación de todas aquellas financiaciones encubiertas. Esto se hacía para dar a la CIA tiempo de hacer «una serie de subvenciones finales sustanciales», para muchas de sus operaciones (en el caso de Radio Europa Libre, fue suficiente para que se mantuviera en funcionamiento durante dos años completos).

El informe Katzenbach ha sido ampliamente citado como instrumento por el cual el gobierno le prohibía a la CIA en el futuro este tipo de actividades. Pero la CIA hizo una interpretación bien diferente de lo que podían hacer en la era post-Katzenbach. Según el Informe del Comité Especial sobre Actividades Gubernamentales de Inteligencia de 1976, el

subdirector de Planes, Desmond Fitzgerald hizo llegar la siguiente instrucción a todas las oficinas operativas, después de la publicación del informe: «A. Las relaciones encubiertas con organizaciones mercantiles de los EE UU no están prohibidas; repito, no están prohibidas. B. Está permitida la financiación encubierta en el extranjero de organizaciones internacionales con sede en otros países^[52]».

Dicho de otro modo, en el campo de las operaciones internacionales encubiertas, nada había cambiado. Así, cuando la CIA decidió seguir financiando al Forum World Features (resultado indirecto del Congreso por la Libertad Cultural) después de 1967, lo hizo sin impedimento alguno. Aunque Johnson adoptó el informe Katzenbach como política oficial del gobierno, nunca se publicó como orden ejecutiva ni se incluyó en ninguna ley. No tenía estatus legal. Leyendo entre líneas (y observando que no había unas conclusiones claras), un editorial de *The Nation* calificaba al informe de «hipócritamente oportuno», «evasivo por definición», y concluía: «El grandilocuente eslogan de Mr. Johnson, “la Gran Sociedad”, empieza a sonar como una de las más cínicas manifestaciones de los monarcas borbónicos^[53]».

Diez años después, en una investigación gubernamental criticaba el hecho de que «Muchas de las restricciones adoptadas por la CIA como respuesta a los acontecimientos de 1967, parecen ser medidas de seguridad destinadas a impedir que se hagan públicos ciertos datos que pongan en peligro las operaciones más delicadas de la CIA. No suponen una nueva concepción de los límites que se deben establecer en una sociedad libre»^[54].

Mal negocio

En este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira,
todo es según el color del cristal con que se mira.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Durante el resto de 1967, y bien entrado 1968, Josselson se hallaba en un estado de total agotamiento mental y físico, recordándosele a diario la confusión y amargura que sus acciones habían ocasionado. «Es inconcebible para mí cómo cualquiera que creyera en la libertad, en una sociedad transparente, en la correspondencia moral entre medios y fines, pudiese haber considerado correcto aceptar fondos de una agencia de espionaje internacional», escribió Jayaprakash Narayan, presidente del Congreso Indio por la Libertad Cultural. «No era suficiente afirmar que el Congreso había funcionado siempre con independencia... La Agencia sólo hacía lo que consideraba útil en su propio provecho^[1]». En un escrito en el que anunciaba que dimitía de la oficina india, K. K. Sinha dijo: «Si hubiese tenido la más mínima idea... de que hubiese una bomba de relojería oculta en la sede central de París, ni siquiera me hubiese aproximado al Congreso^[2]». Algunos tuvieron que vérselas con explosivos de verdad: en Japón, la casa de un activista del Congreso sufrió un atentado con una bomba incendiaria, y tuvo que pedir protección policial. En Uganda, Rajat Neogy, director de *Transition*, apenas acababa de llegar a la conclusión de que el daño a su revista sería «incalculable», cuando fue arrestado y encarcelado.

«Hubo víctimas reales», dijo Diana Josselson, «y Michael se sintió angustiado, tuvo remordimientos y, a veces, puso en cuestión su propio criterio por haber continuado con todo aquello. Dudamos sobre el criterio jesuítico de que los fines justificaban los medios, pero al final decidimos que hicimos lo que teníamos que hacer. Pero el daño causado a la reputación de las personas le angustiaba sobremanera»^[3]. «Había gente en la India, en Líbano, en Asia, en África... hombres y mujeres que apostaron por el Congreso sobre la base de lo que yo, Mike y otros decíamos... y que luego se vieron atrapados por el huracán», dijo John Hunt. «Sé que muchos de ellos sufrieron lo indecible, y que ninguna explicación moralizante ni discusión va a hacer desaparecer ese hecho. Se jugaron su honor y su vida, y eso no lo he olvidado. No se puede contrarrestar el dilema moral con frases como “razón de Estado”, o “la sabiduría de la historia” o cualquier otra cosa. Pero, si tuviera la ocasión, lo volvería a hacer. No se pueden tener remordimientos y seguir diciendo que valió la pena^[4]».

En Europa y Estados Unidos, lejos de lo que K. K. Sinha llamaba «el estruendo del avance de la amenaza», las reacciones fueron variadas. Para Michael Polanyi el barullo sobre las revelaciones de la CIA era «deleznable», dijo: «Hubiera trabajado para la CIA (si hubiese sabido de su existencia) al terminar la guerra, con placer^[5]». Koestler lo describía simplemente como «tormenta en un vaso de agua», que pronto pasaría. Yehudi Menuhin tenía «mejor opinión de la CIA», por relacionarse con «gente como nosotros»^[6]. George Kennan, como era de suponer, hizo una grandilocuente defensa, diciendo que «El escándalo sobre el dinero de la CIA no tenía justificación alguna, y causaba mayor angustia de la que nunca se debió permitir que causara. Jamás tuvo el menor remordimiento de conciencia. En este país no hay Ministerio de Cultura, y la CIA estaba obligada a hacer lo posible para cubrir el vacío. Se la debe alabar por haberlo hecho, no censurar»^[7].

La idea de que la implicación de la CIA en la vida cultural de Occidente se pudiese racionalizar como mal necesario de la democracia cada vez contaba con más adeptos. Al referirse en un artículo al «profundo sentido de desilusión moral», Andrew Kopkind argumentaba que «La distancia entre la retórica de una sociedad abierta y la realidad del control era mayor de lo

que nadie podía pensar... Todo aquel que viajaba al extranjero por cuenta de alguna organización estadounidense era, de una u otra forma, testigo de la teoría de que el mundo estaba dividido entre comunismo y democracia, y que las medias tintas eran traición. Se mantenía la ilusión de la discrepancia: la CIA apoyaba a socialistas dispuestos a participar en la guerra fría, a fascistas, a blancos y a negros. La amplitud de miras y la flexibilidad de las operaciones de la CIA eran importantes ventajas. Pero era un pluralismo de pacotilla, y profundamente corruptor»^[8].

Esta postura, muy repetida, resultaba atractiva por su sencillez moral. Pero era excesivamente simplista. Lo verdaderamente importante no era que la posibilidad de disensión había sido irrevocablemente dañada (los propios argumentos de Kopkind lo atestiguan), o que se haya reprimido o corrompido a los intelectuales (aunque eso también puede haber sucedido), sino que se interfirió con los procesos naturales de la investigación intelectual. «Lo que más nos irritaba —escribió Jason Epstein—, era que el gobierno parecía disponer de un tren clandestino privilegiado cuyos vagones de primera clase no siempre estaban ocupados por pasajeros de primera clase: la CIA y la Fundación Ford, entre otras agencias, habían creado y estaban financiando a un aparato de intelectuales elegidos por sus posiciones en relación con la guerra fría, como alternativa a lo que se podría llamar mercado libre intelectual, en el que la ideología se supone que cuenta menos que el talento y que sus logros, y donde se consideraba que la duda sobre las ortodoxias establecidas eran el principio de toda investigación... Al fin resultaba claro el mal negocio que habían hecho los intelectuales, que estar al servicio de la voluntad de cualquier nación, nunca pudo ser en interés del arte o de la literatura, de toda actividad intelectual sería del tipo que fuere, o incluso de la propia humanidad^[9]».

«¿Piensas que yo hubiese entrado en la nómina de *Encounter* en 1956-1957, si hubiese sabido que había dinero clandestino del gobierno de EE UU tras la revista?». Le preguntaba airado Dwight Macdonald a Josselson en marzo de 1967. «Si lo piensas, es que no tienes ni idea. Dudaría, incluso, en trabajar para una revista abiertamente financiada por el gobierno... Creo que me han engañado como a un imbécil^[10]». ¿Los imbéciles son hipócritas? A pesar de enfrentarse a los «Metternichs de la

oficina principal» cuando suprimieron su artículo en 1958, Macdonald no dudó en pedir a Josselson, en 1964, que le diese un empleo a su hijo Nick, durante el verano. Esto, en un momento en el que todo el mundo, al menos, había oído rumores sobre la relación del Congreso con la CIA. ¿Qué decir de Spender, que en el verano de 1967 rompió a llorar en una fiesta en Evanston, Chicago, cuando los demás invitados no aceptaron demasiado bien sus protestas de inocencia? «Allí estaban todos, como otras tantas caricaturas de David Levine —Daniel Bell y su mujer, Pearl Kazin Bell, Richard Ellmann, Hannah Arendt, Stephen Spender, Tony Tanner, Saul Bellow, Harold Rosenberg, la Sra. Polanyi—», recordaba uno de los invitados menos famosos. «Todos habían estado relacionados, en una u otra forma, con el Congreso. Después de los espaguetis, todos se enzarzaron a llamarse unos a otros “ingenuos” por no haber sabido quién les financiaba en realidad, y por no pasar la información al resto. “Nunca me fié de Irving”, dijo Hannah Arendt. Lo mismo dijo sobre Melvin Lasky. Daniel Bell defendía afanosamente a sus dos amigos. La discusión fue subiendo cada vez más de tono. Spender empezó a llorar; había sido utilizado, engañado, no sabía nada, nunca lo supo. Se oyó a algunos invitados decir que Stephen era “ingenuo”. Otros parecían pensar que se trataba de una “falsa ingenuidad”^[11]».

«Stephen estaba muy alterado —dijo Stuart Hampshire—. La gente se portó mal con Stephen al decirle que tenía que haberlo sabido. No creo que lo supiese. Tal vez no hizo todo lo que estaba en su mano para averiguarlo, pero de verdad no sabía nada sobre el gobierno o sobre los servicios de inteligencia^[12]». Lawrence de Neufville, sin embargo recordaba las cosas de modo diferente: «Conozco a personas que sabían que él lo sabía, pero no se le puede culpar por negarlo, porque todo lo que hacíamos había que negarlo de forma creíble, por lo que él bien pudo creíblemente negarlo. Josselson sabía que Spender había sido informado, y me lo dijo^[13]». «Mi actitud al oír a Spender y a su herida sensibilidad después de que todo se descubriese —y tal vez yo esté mediatizado por mi sentido de culpabilidad — era que *tenía* que haberlo sabido», dijo Tom Braden. «Y yo creo que lo sabía^[14]». Natasha Spender, que siempre defendió la inocencia de su

marido, concluía llena de tristeza que había hecho el papel del príncipe Mishkin en *El idiota*.

¿Imbéciles o hipócritas? Cuando le enseñaron a Tom Braden la famosa «Declaración sobre la CIA», de *Partisan Review*, redactada por William Phillips, y publicada en el verano de 1967, se rió a carcajadas. «Queremos hacer pública nuestra oposición a la financiación secreta por parte de la CIA de las publicaciones y organizaciones literarias e intelectuales, y nuestra convicción de que la subsidiación regular por parte de la CIA no hace sino desacreditar intelectual y moralmente a tales publicaciones y organizaciones», decía la declaración. «No confiamos en las revistas de las que se dice que han sido subvencionadas por la CIA, y no creemos que hayan respondido adecuadamente a las cuestiones suscitadas^[15]». Al observar el nombre de los firmantes —diecisiete en total, entre ellos, Hannah Arendt, Paul Goodman, Stuart Hampshire, Dwight Macdonald, William Phillips, Richard Poirier, Philip Rahav, William Styron, y Angus Wilson— Braden se limitó a decir: «Por supuesto que lo sabían^[16]». Quizá James Fanell “tenía razón cuando dijo que «aquella gente de *Partisan Review* huía de la claridad como el diablo del agua bendita»^[17].

Desde Plateau de Champel, en Ginebra, una plaza residencial cuyo silencio se rompía una vez a la semana al instalarse el mercado de verduras, Josselson veía con amargura cómo el Congreso, rebautizado ahora como Asociación Internacional por la Libertad Cultural, continuó sin él, con su nuevo director, Shepard Stone. Durante el primer año John Hunt siguió colaborando, a solicitud de Shepard Stone, para «ayudar con el presupuesto». Al principio, Josselson llamaba a su antiguo «segundo lugarteniente» todos los días. «Decía “hagamos esto”, o “hagamos lo otro”», recordaba Hunt. «Y yo le decía “escucha, Mike, el que manda ahora es Shep”. Resultaba muy triste. Mike seguía como si nada hubiese cambiado realmente^[18]». «Josselson tenía un carácter bastante trágico», manifestó Stephen Spender. «Creo que actuaba como un embajador que permanece demasiado tiempo en un país, y en lugar de representar a los que le han mandado allí, empieza a representar a los otros, razón por la cual nunca se permite que los embajadores permanezcan demasiado tiempo en los países porque cambia su forma de pensar. Y yo creo que este cambio se

produjo en el caso de Josselson. Si consideramos todo el asunto como una especie de operación, Josselson era el padrino y verdaderamente nos quería a todos, y era además un hombre enormemente culto al que le gustaba mucho la literatura y la música, etc., pero también era una persona autoritaria y dominante, que se tomaba sus responsabilidades con preocupante seriedad y con nulo sentido del humor. Quedó destrozado, creo, cuando todo salió a la luz^[19]».

Shepard Stone, el directivo de la Fundación Ford que había conseguido millones de dólares procedentes de organizaciones filantrópicas para el Congreso, había sido el candidato de Josselson para sucederle pero, según Diana: «Pronto Michael se dio cuenta que era una equivocación. Michael permaneció en calidad de consejero y como el Congreso representaba la misma vida para Michael, escribía muchos informes, pero no le respondían. Para Shep era una situación difícil, porque no quería ser el chico de los recados de Michael, una figura decorativa. Pero no se hizo de manera muy elegante. Michael no estaba de acuerdo con las cosas que él hacía, como deshacerse de asociaciones nacionales y regionales que no le interesaban — en otras palabras, India, Australia, todo lo que no fuese europeo—. Shep lo hacía sin inmutarse —él no había estado allí, por lo tanto esa gente se iba y punto—. Mostró una profunda incompreensión hacia los intelectuales. Cuando año tras año se presentaban solicitudes de fondos a la Fundación Ford, Shep le pedía a Michael que fuese él quien lo hiciera, porque no era capaz de hacerlo él mismo^[20]».

El Congreso, a partir de entonces, financiado por completo por la Fundación Ford, había conseguido aparentemente la independencia que Josselson no fue capaz de lograr. Sin embargo, según John Hunt, entre bastidores se desarrolló una amarga pugna entre los servicios secretos británicos, franceses y estadounidenses, para asegurarse el control de la organización durante aquel verano de 1967. «El temor fue siempre que una de estas organizaciones en las que había existido, al principio, vinculación con los americanos fuese tomada por otro servicio [de inteligencia] amigo de ellos», explicaba. «Se pensaba que los inmaduros, bobos e impasibles americanos seguirían poniendo el dinero, y nosotros [los europeos] pondríamos el cerebro, con lo que nos quedaría una operación perfecta y

pulcra, que nosotros dirigíamos^[21]». Al final, todos obtuvieron su parte del pastel. Los estadounidenses pusieron de presidente y principal ejecutivo a su candidato (en toda la carrera de Shepard Stone, desde el Alto Comisionado en Alemania, hasta la Fundación Ford, y ahora el Congreso, abundaron sus relaciones con los servicios de inteligencia. En sus memorias, Markus Wolf, jefe de espías de Alemania del Este afirmó que Stone era agente de la CIA); los franceses insertaron a su candidato, Pierre Emmanuel —cuya vinculación con el *Deuxieme Bureau* se rumoreaba desde hacía tiempo— como director; y los británicos, algo después, colocaron a su representante como codirector. Se trataba de Adam Watson, el enlace entre el SIS y la CIA, en Washington, a principios de los cincuenta, un experto de la guerra psicológica que había coordinado la secreta relación del Departamento de Investigación de la Información con el Congreso por la Libertad Cultural. Todo había cambiado, pero en realidad no había cambiado nada.

Nada, excepto las rivalidades y tensiones de las que Josselson podía haber estado orgulloso de haber sofocado durante muchos años. La falta de cohesión y la mala uva propias de toda reunión de intelectuales pasaron a dominar en una organización que había perdido el ímpetu y la claridad de objetivos que la hicieron tan importante en el punto culminante de la guerra fría.

Desde Ginebra, Josselson no podía hacer nada para impedir que el refundado Congreso navegase hacia su propio olvido. Nabokov escribía de vez en cuando con noticias, calificando despectivamente a sus nuevos jefes de «Les compères». Igualmente desdeñoso se mostraba Edward Shils, que rompió con la organización en 1970. Estaba, dijo, totalmente desacreditada, era un mero parloteo para intelectuales pagados de sí mismos y sobrealimentados^[22]. En otra carta a Josselson decía que no tenía noticias del Congreso, aunque había recibido una invitación para conocer a algunos «gentiles prominentes», a la que respondió con una contundente negativa^[23]. Compartía con Sidney Hook una opinión de Stone como «burro incompetente»... «bobo, que disfruta de un cargo y prebendas totalmente inmerecidos»^[24]. Lo único que Stone comprendía de los asuntos internacionales, decía Shils, era cómo funcionaban las cuentas de gastos

pagados de las empresas. Pero la cuestión que más molestaba a Shils, y que, según él, nunca sería capaz de responder, era cómo los comunistas, a pesar de todas sus maldades, se las habían arreglado para mantener alta la moral en sus filas^[25].

Habiendo perdido el interés de la antigua *nomenklatura* y de los que lo apoyaban, la Asociación Internacional por la Libertad Cultural decidió poner fin a sus actividades en enero de 1979.

En 1959, George Kennan había escrito a Nabokov que no podía pensar en «ningún otro grupo de personas que hubiesen hecho más por mantener unido al mundo en estos últimos años que tú y tus colegas. En este país en concreto, pocos llegarán a comprender la dimensión e importancia de lo que conseguisteis»^[26]. Durante décadas Kennan estuvo convencido de que los artículos de fe sobre los cuales había contribuido a diseñar la *pax americana* eran los correctos. Pero en 1993, abjuró de la fe monoteísta en la que todo esto se apoyaba, diciendo: «Quiero dejar claro que rechazo total y categóricamente todas y cada una de las ideas mesiánicas sobre el papel de América en el mundo; rechazo, un concepto de nosotros mismos como maestros y redentores del resto de la humanidad; rechazo la falsa ilusión de nuestra exclusiva y superior virtud, todas esas zarandajas sobre el Evidente Destino o el “Siglo Americano”^[27]».

Fue en torno a esta proposición —que el destino de Estados Unidos era asumir la responsabilidad de liderazgo durante el siglo, en lugar de una gastada y desacreditada Europa— como se construyeron los principales mitos de la guerra fría. En última instancia fue una elaboración falsa. «La guerra fría es una lucha ilusoria entre intereses reales», había escrito Harold Rosenberg en 1962. «Lo más divertido de la guerra fría es que cada uno de los rivales es consciente de que la idea del otro sería invencible si se llevase en realidad a la práctica... Occidente desea libertad en la medida en que la libertad sea compatible con la propiedad privada y con el beneficio individual; los soviéticos desean el socialismo en la medida en que el socialismo sea compatible con la dictadura de la burocracia comunista... [De hecho] las revoluciones del siglo xx han sido por la libertad y el

socialismo... es esencial una política realista, una política que se deshaga de una vez por todas del fraude de la libertad como algo opuesto al socialismo^[28]». Con estas palabras, Rosenberg condenaba el dualismo maniqueo en virtud del cual ambos lados se habían entrelazado en un convulsivo *pas de deus*, atrapados en el «despotismo de las fórmulas».

Milan Kundera atacó en una ocasión «al hombre con convicciones» y preguntaba: «¿Qué es la convicción? Es un pensamiento que... se ha congelado... Es por eso por lo que el novelista debe desistemizar sistemáticamente su pensamiento, derrumbar la barricada que él mismo ha levantado en torno a sus ideas». Sólo entonces, decía Kundera, surgirá «la sabiduría de la incertidumbre». El legado de las revelaciones de 1967 fue una especie de incertidumbre, pero que no llegó a la «sabiduría» de Kundera. Era una incertidumbre cultivada para ocultar lo que había sucedido o para minimizar su impacto. Furioso por que no se pidiese cuentas a los intelectuales que habían «ayudado y secundado» las «manipulaciones culturales» de la CIA, el novelista Richard Elman detectó una «falsa actitud displicente (que] hace que todo parezca lo mismo o, como espero, una especie de aquiescencia hacia la venalidad y la corrupción, que percibe al mundo fundamentalmente como paradigma del aburrimiento... En ningún caso vale la pena investigar la verdad, y nadie es completamente honrado»^[29]. La novela en clave *Speedboat*, de Renata Adler, describe perfectamente esa opacidad moral: «Las personas inteligentes, cuando les descubrían en algún renuncio, lo negaban. Enfrentados a la evidencia de que lo habían negado en falso, decían que lo habían hecho y que no habían mentido, y que no lo recordaban, pero que si lo hubieran hecho, o mentido en relación con ello, lo habrían hecho y se habrían equivocado al hablar, en aras de algo tan importante que pudo alterar el carácter de lo hecho o de lo mentido^[30]».

Primo Levi, en *Los hundidos y los salvados*, ofrecía una manera de ver las cosas similar aunque más elaborada psicológicamente: «Están... los que mienten conscientemente, falsificando premeditadamente la propia realidad, pero son más numerosos los que levantan anclas, se alejan, momentáneamente o para siempre, de los verdaderos recuerdos y fabrican ellos mismos una realidad conveniente... La silenciosa transición desde la falsedad al sutil

engaño es útil: todo el que miente de buena fe se encuentra mejor, dice su papel con más convicción, se le cree más fácilmente^[31]».

Si los que intervinieron en la guerra fría cultural creían verdaderamente lo que hacían, no se podía decir que estuviesen engañando conscientemente a nadie. Si todo era ficción, una realidad inventada, no era menos cierto para ellos. Alguien dijo que si un perro orina en Notre-Dame, no significaba que a la catedral le pase nada malo. Pero hay otro refrán, que le gustaba repetir a Nicolas Nabokov: «El que quiera peces que se moje el culo». El proceso democrático que los participantes en la guerra fría cultural se aprestaron a legitimar estaba minando por su propia falta de sinceridad. La «libertad» que ofrecía estaba comprometida, no era libre, en el La «libertad» sentido de que estaba amarrada al contradictorio imperativo de «la mentira necesaria». En el contexto de la guerra fría, tal y como había sido trazado por los más militantes intelectuales del Congreso por la Libertad Cultural, había que operar bajo el signo de la total fidelidad a un ideal. Los fines justificaban los medios, incluso si ello implicaba mentir (directamente o por omisión) a los propios compañeros; la ética quedaba sometida a la política. Confundieron su papel, tratando de conseguir sus objetivos actuando sobre la mente de las personas, inclinando las cosas hacia un lado y no hacia otro, con la esperanza de lograr un resultado concreto. Eso debería haber sido tarea de los políticos. La tarea de los intelectuales debería haber sido denunciar las economías con la verdad que hacían los políticos, su mezquina interpretación de la realidad, su defensa del *statu quo*.

Con una idea absolutista de la libertad en mente, terminaron ofreciendo otra ideología, un «libertismo» o un narcisismo de la libertad, que ponía a la doctrina por encima de la tolerancia de las opiniones heréticas. «Y por supuesto “Verdadera Libertad” es un nombre mucho mejor que libertad a secas», dice Anthony en *Ciego en Gaza*. «Verdad —una de la palabras mágicas—. Se puede combinar con la magia de “libertad” y el efecto es terrible... Es curioso que la gente no hable de verdad verdadera. Supongo que suena demasiado mal. Verdad verdadera; verdad verdadera... No, no vale, evidentemente, es como beri-beri, o Wagga-Wagga^[32]».

Epílogo

La mente de algunas personas se congela.

DAVID BRUCE.

Después de aquel desastroso verano de 1967, Nicolas Nabokov recibió un generoso pago de 34.500 dólares de la Fundación Farfield y se fue a vivir a Nueva York como profesor de «Las artes en su contexto social», en la City University, con una beca obtenida con la ayuda de Arthur Schlesinger. Nabokov y Stephen Spender intercambiaban chismes sobre sus antiguos *cofrades* y bromeaban sobre la posibilidad de escribir «una divertida historia al estilo de Gogol, sobre un hombre que, hiciera lo que hiciera, y quienquiera que fuese quien le contratase, veía que siempre era pagado por la CIA»^[1]. En 1972, tuvieron un pequeño altercado. Isaiah Berlin aconsejó a Nabokov que lo dejara pasar. «No le hagas caso», dijo. Berlín también advirtió a Nabokov que no hiciera públicas sus memorias del Congreso, cuando, en 1976, el compositor, medio bromeaba y medio amenazaba con escribir un libro que se titulará «Les riches heures du CIA». «Si vas en serio, deja que te aconseje que no lo hagas», le amonestaba Berlin. «La memoria no es infalible; el tema, es cuando menos, delicado... Dudo que quieras durante el resto de tu vida ser el centro de interminables disputas... Por eso, te aconsejo de verdad que te olvides de ese campo minado^[2]».

Esa renuencia a revisar el pasado era compartida por muchos. Spender, cuya amistad con Nabokov sobrevivió al incidente de 1972, recordaba en sus diarios que en marzo de 1976, asistió a una ceremonia en el consulado de Francia en Nueva York en la que a Nabokov le entregaron la Légion

d'Honneur: «Ambiente de comedia cuando el cónsul pronunció su discurso, en el que pasó revista a toda la vida [de Nabokov], señalando en toda ella una distinción entre lo que él llamaba “creación” y “carrera”. Aunque se hizo una lista de los festivales que había organizado, se omitió convenientemente el Congreso por la Libertad Cultural. La vacuidad de la retórica francesa en tales ocasiones es tan transparente, que adquiere una especie de sinceridad^[3]».

Durante el resto de su vida, Nabokov siguió dando clases y componiendo. Su último proyecto importante fue poner música al *Don Quijote* de Balanchine, interpretado por el New York City Ballet. En una crítica en *The New Yorker*, Andrew Porter escribió: «Lamentablemente no hay nada que se pueda hacer con la desdichada partitura de Nabokov, que confirió a la velada un anestesiante ambiente. Carece de vida, repetitiva, pobres sus escasos intentos de conseguir vivacidad recurriendo a un solo de trompeta o a un golpe del gong^[4]». El lema de Nabokov, dijo un amigo, podía haber sido «continuar contra viento y marea». Quizá lo heredase de su padre. En una ocasión un joven oficial de inteligencia en el Berlín de posguerra conoció en una fiesta al padre de Nabokov, que contaba noventa años. «El viejo, como todos los Nabokov, había sido liberal en la Rusia imperial. Observé cómo se dirigía a unos soviéticos de alto rango y les decía “Saben, ¡siempre estuve de parte del pueblo!” y luego fue caminando con dificultad hacia [su anfitrión] al otro lado de la sala, con la misma sonrisa obsequiosa, y le dijo “¡Conocí muy bien a su abuelo, su Alteza Imperial, el Gran Duque Alexander Mikhailovich!”. Me preguntaba ¿por qué una persona de noventa años tenía necesidad de tanta hipocresía^[5]!».

Nabokov murió en 1978. Su funeral, según John Hunt, «fue todo un espectáculo. Allí estaban sus cinco esposas. Patricia Blake iba con muletas por un accidente de esquí, y no dejaba de decir “siento como si aún estuviese casada con él”. Marie-Claire ocupaba todo el primer banco, como si *ella* aún estuviera casada con él. Dominique, su mujer en el momento de morir, dijo que la hicieron sentirse como si no existiese; fue la única que no se puso en primera fila. Otra se colocó sobre el ataúd e intentó besarle en la boca^[6]». Fue una despedida adecuada para un hombre que había vivido a base de gestos grandilocuentes.

John Hunt dejó, como estaba previsto, la Asociación Internacional por la Libertad Cultural, a finales de 1968. En una ceremonia secreta a bordo de una casa flotante en el Sena, se le concedió la medalla de la CIA por los servicios prestados. Luego fue nombrado vicepresidente ejecutivo del Salk Institute de California. En relación con la guerra de Vietnam adoptó una postura irreflexivamente anticomunista y contempló con amargura cómo los Estados Unidos que él conocía empezaban a desmoronarse. Le dijo a Josselson que se sentía un extraño en su propio país^[7]. Después de rondarle la idea de trabajar con Robie Macauley en *Playhoy*, Hunt fue nombrado vicepresidente ejecutivo de la Universidad de Pensilvania. En 1976, escribió una obra de teatro sobre Alger Hiss, que fue estrenada en el Kennedy Center. Luego se retiró y se fue a vivir en el sur de Francia.

Irving Kristol fundó *The Public Interest*, con Daniel Bell, y en 1969, ocupó la cátedra Henry R. Luce, de Valores Urbanos en la Universidad de Nueva York. Por entonces, ya se calificaba a sí mismo de «neoconservador», cosa que definía como «un liberal golpeado por la realidad». Se vinculó al American Enterprise Institute y al *Wall Street Journal*, se dedicó a dar conferencias a empresas por inmensos estipendios, y se le puso el mote de «Santo Patrón de la Nueva Derecha». Sus escritos cada vez mostraban más a las claras cómo este joven radical había envejecido hasta convertirse en un taciturno reaccionario enfrentado al mundo que le rodeaba, con toda aquella libertad sexual, multiculturalismo, seguridad social para las madres y estudiantes rebeldes. Se había convertido, como Lasky, como tantos otros, en el «hombre del siglo xx» del que hablaba Arthur Koestler, un «neurótico de la política [que] lleva dentro de su cráneo su propio Telón de Acero»^[8]. En 1981, escribió una Carta Abierta al Pentágono, en la que deploraba el hecho de que los soldados estadounidenses no prestasen la atención debida durante la interpretación del himno nacional. Abogaba por la reinstauración de los «desfiles militares como es debido» porque «No hay nada como un desfile para provocar el respeto de la población hacia los militares»^[9]. Refiriéndose a la intervención de la CIA en la política cultural, señaló que «Aparte del hecho de que la CIA, como agencia secreta, parece estar compuesta, hasta un grado increíble, por incorregibles bocazas, no tengo más motivos para

despreciarlos que, por ejemplo, al Servicio de Correos»^[10]. En relación con *Encounter*, decía: «Creo que es interesante que la única revista británica que valía la pena de ser leída de aquella época estuviese financiada por la CIA, y los británicos deberían estar muy agradecidos^[11]».

Melvin Lasky continuó como director de *Encounter* hasta su cierre, en 1990. Por entonces ya había muy pocos que hablaran bien de ella. En sus últimos años, «*Encounter* a menudo parecía una caricatura de sí misma, rutinariamente dedicada a asuntos de la guerra fría, advirtiendo directamente, en más de una ocasión contra los riesgos del desarme nuclear»^[12]. El director del *Suplemento Literario del Times*, el conservador Ferdinand Mont, escribió un panegírico sobre las virtudes de *Encounter*, alabando a Melvin Lasky como «profeta increíblemente deshonorado en su país de adopción»^[13]. Pero este aislado homenaje dejaría impasibles a los que creían que más valía que Lasky se hubiese quedado en casita.

Tras la retirada de los fondos de la CIA, *Encounter* fue de una crisis financiera en otra, y Lasky pasaba la mayor parte del tiempo, durante estos últimos años, buscando patrocinadores. En 1976, Frank Plat (que siguió en la CIA) le habló en una carta a Josselson de «Una maravillosa escena de... Mel hablando con el derechista y violento (hace que el viejo Hum parezca Gus Hall^[*]) presidente del imperio cervecero Coors en Denver, en uno de sus viajes [a EE UU]. Quería hacerse con la revista, comprarla. ¡Durante toda la reunión estuvo con su cartuchera y su Colt 45! No gracias, Amo Coors»^[14]. Mientras Lasky estaba «por ahí lejos, buscando algún primo», Platt hacía sus deberes pidiendo dinero a la William Whitney Foundation. Más tarde, cuando le hablaban del tema del apoyo de la CIA a *Encounter*, Lasky contraatacaba: «Bueno, ¿quién iba a dar el dinero? ¿La viejecita en zapatillas de Deduke, Iowa? ¿Te va a dar ella un millón de dólares? ¡Ni hablar! ¿De dónde habría de venir el dinero^[15]?».

Todos los codirectores que trabajaron con Lasky habían dimitido (Spender, Kermode, Nigel Denis, D. J. Enright), excepto el último, Anthony Hartley. Lasky hizo lo que pudo para mantener unida lo que restaba de la vieja banda, organizando «Un último Encuentro», en Berlín, en 1992, una celebración del final de la guerra fría presidida por Lasky, «Con su barba tan afilada como para apuñalar a algún compañero de viaje»^[16]. Allí se

reunieron los excombatientes de la *Kulturkampf* —Irving Kristol y su mujer, la historiadora conservadora Gertrude Himmelfarb, Edward Shils, François Bondy, Robert Conquest, Leo Labedz, Peter Coleman, hombres y mujeres de Radio Liberty y de Radio Europa Libre—, débiles de aspecto, algunos de ellos, pero en los que el fuego aún ardía con vigor. Éste, dijo Bernard Levin, era el «heterogéneo ejército que, sin disparar un tiro, luchaba a favor de la verdad contra las mentiras, a favor de la realidad, contra los milagros, a favor de la perseverancia, contra la capitulación, a favor de la civilización, contra la barbarie, por un mundo pacífico, contra el golpe brutal, a favor del valor y en contra de la cobardía, a favor de, dicho más llanamente, de la democracia, en contra de la tiranía. Y teníamos razón: enteramente, completamente, demostradamente, alegremente, pacientemente y verdaderamente, teníamos razón»^[17]. Las filas de este «ejército de la verdad» habían sido diezmadas por la muerte —Hook, Koestler, Aron, Malraux, Nabokov, Spender—. Pero también habían sido reducidas por Lasky, que no invitó a la persona de *Encounter* con más años de servicio, Margot Walmsley, o a Diana Josselson, o a los Spender. El nombre de Michael Josselson no se mencionó ni una sola vez.

El «heterogéneo ejército» de Levin no derramó lágrimas cuando, finalmente, el sistema soviético se vino abajo. Con todo, el propagandista radiofónico George Urban, hablaba por todos ellos cuando dijo que sentía «Un curioso sentimiento de pérdida. Un contrincante, un *sparring*, que en cierto modo le fue muy útil se había quedado en el camino. Un enemigo predecible tras los montes, al que se oía a menudo, pero al que pocas veces se veía, había sido, paradójicamente motivo de tranquilidad. Tener un gran enemigo había sido algo casi tan bueno como tener un gran amigo y —en momentos de desafección en nuestras propias filas— indiscutiblemente mejor. Un amigo era un amigo, pero un buen adversario era una vocación. ¿O era acaso, como a veces me preguntaba, que mi inveterada preocupación con la “dialéctica” me había infectado tan profundamente que no podía imaginar una vida sin confrontación?»^[18].

Poco después de la caída del Muro de Berlín, un antiguo funcionario del KGB, que afirmaba haber dirigido la escuela de propaganda del Kremlin, se puso en contacto con George Urban. «¿Os resultaba útil lo que escribíamos

en *Encounter* como clave de lo que el “enemigo” tramaba?» le preguntó Urban. «Útil, útil... para mí resultaba tan fascinante que poco a poco usted y sus colegas hicieron que me apartase de mi juramento y de mi ideología y me convirtiese en disidente», fue la respuesta. «Ya ven, el plan de estudios de *Encounter* era demasiado convincente. Producía, primero, la duda, luego, ocasional insubordinación, y finalmente, ¡pura y franca disidencia en la mente de un maestro de espías^[19]!». Urban relató la anécdota a Lasky, que se puso loco de contento al saber que el enemigo estudiaba *Encounter*. «¡No me lo podía creer! ¡Vaya halago, el KGB lo estaba utilizando! Pensábamos en aquella época que esta punta de lanza ideológica que nosotros, los soldados de la guerra fría, habíamos creado, estaba dando en el blanco, y resulta que teníamos razón^[20]». «La gente como Lasky pensaban exactamente igual que los rusos. Para ellos era simplemente un juego de estrategia», era la conclusión de Natasha Spender^[21].

Frank Platt continuó en la Fundación Farfield, de director, hacia 1969 (cuando aún se seguían desembolsando fondos de antes de 1967). En septiembre de 1976, Platt actuó como «enlace» y «centro de información» del Comité de Escritores Encarcelados^[*] del PEN, con sede en Londres. Dos meses después, le dijo a Josselson, «Kurt [Vonnegut], Jack Mac [Michael Scammell], y otros, me han preguntado si estaría dispuesto a supervisar/dirigir el Comité de Escritores Encarcelados del PEN, en contacto con Scammell, en Londres, encargado del *Índice [sobre censura]* por cuenta del PEN Internacional. Más bien, coordinador. Dije sí, por supuesto. Trabajo interesante. Tendré que viajar»^[22].

Simultáneamente, Platt le proporcionaba a Josselson, regularmente, interesantes cotilleos sobre la CIA, a la que le gustaba referirse como «la fábrica de chocolate». Después de que, en 1975, Cord Meyer fuese puesto al descubierto como jefe del centro de operaciones de Londres (cuando 34 parlamentarios laboristas exigieron su expulsión), Platt escribió provocativamente: «¿Quizá, en el país de los ciegos el tuerto fue el único que vio lo que se veía venir? Quién sabe. La [Agencia] está patas arriba, es TODO lo que sé. Un desastre^[23]». Un periodista coincidió con Meyer en una fiesta en Georgetown poco tiempo después, y contempló horrorizado cómo acosaba a un anciano diplomático canadiense sobre el tema del

independentismo en Canadá. «El diplomático, que tenía una grave dolencia cardíaca, estaba visiblemente afligido, pero Meyer no cejó en sus ataques, sin tino, sin piedad, sin medida», escribió el periodista, sin ser consciente de la inquietante resonancia de la escena, parecida a otra, más de una década antes, en la que Josselson había sufrido un ataque al corazón. Como otro observador lo expresó: «La generación y la clase de Meyer, nunca, en frase de Cromwell, jamás pensaron que estuviesen equivocados^[24]».

El 23 de febrero de 1983, James Burnham recibió la Medalla Presidencial de la Libertad, de manos de Ronald Reagan, cuya carrera política se inició bajo la bandera de la Cruzada por la Libertad. El texto de la concesión decía así: «Desde los años treinta, Mr. Burnham ha formado el pensamiento de los líderes mundiales. Sus observaciones han transformado la sociedad y sus escritos se han convertido en guía de la humanidad en su búsqueda de la verdad. La libertad, la razón y la decencia han tenido pocos paladines de la talla de James Burnham^[25]». Una semana después, Arthur Koestler se suicidaba con una sobredosis de barbitúricos y alcohol en su piso de Londres. Con él moría su tercera esposa, Cynthia Jeffries. Él tenía 77 años; ella, veinte menos. En 1998, Koestler cayó literalmente de su pedestal cuando su busto de bronce fue retirado en la Universidad de Edimburgo tras las revelaciones de su biógrafo, David Cesarani, de que había sido un violador. «Empantanado en antiguos conflictos, mediocre sobreproducción y comportamiento lamentable durante toda su vida, la época [de Koestler] ha pasado», escribió un crítico después de leer el libro de Cesarani^[26]. Burnham murió en 1987, pero su espíritu siguió vivo en William Buckley, cuya revista, *National Review*, Burnham había dirigido. En 1990, Buckley declaró que «la prolongada oposición de los Estados Unidos al comunismo es una de nuestras experiencias verdaderamente ennobecedoras»^[27].

Tom Braden disfrutó de una exitosa carrera, publicando sus columnas en periódicos de todo el país, y participando como copresentador del programa *Crossfire*, de la CNN. En 1975, mientras un comité del gobierno preparaba la más completa revisión hasta la fecha de las actividades de inteligencia en los EE UU, Braden escribió un feroz ataque contra una CIA, dominada por el poder, la arrogancia y la obsesión por mentir. «Es una pena

lo que pasó con la CIA —escribió—. Podía haber consistido en unos pocos centenares de expertos para analizar la información, unos pocos centenares de espías en puestos claves, y unos pocos cientos de agentes dispuestos a hacer, de vez en cuando, determinadas proezas. En su lugar, se convirtió en un descomunal monstruo, con propiedades en todo el mundo, dirigiendo compañías aéreas y periódicos y emisoras de radio y bancos y ejércitos, tentación de los sucesivos secretarios de Estado, y proporcionando, finalmente, al presidente [Nixon] una luminosa idea: como la maquinaria del engaño existía, ¿por qué no utilizarla^[28]?». Braden concluía defendiendo la disolución de la CIA, y la transferencia de sus cometidos (los pocos que se podían seguir justificando) a otros departamentos. «Yo transferiría a los expertos en guerra psicológica y a los expertos en tareas propagandísticas a la Voz de América. Ni los expertos en la guerra psicológica ni los expertos en propaganda tenían que estar en una agencia secreta^[29]». También escribió *Eight is enough*, una serie sin preocupaciones, sobre una familia blanca, que fue adaptada para la televisión, y que luego sirvió de inspiración a *The Brady Bunch*^[*]. Finalmente se retiró a Woodbridge, Virginia, a una casa custodiada por dos enormes e inofensivos pastores alemanes.

Lawrence de Neufville dejó la CIA poco después del levantamiento en Hungría de 1956. Desempeñó diversos trabajos, antes de convertirse en corredor de bolsa. Siguió siendo leal amigo de Michael Josselson, al que había reclutado hacía tantísimos años en Berlín. Le entrevisté telefónicamente cuando se encontraba en su casa de West Hartford, Connecticut, y le divertía pensar que, finalmente, se iba a descubrir su verdadera actividad. «Supongo que mis paisanos se van a llevar una buena sorpresa»^[30], decía en broma. Murió antes de comprobar lo que pensaban.

William Colby fue el inspirador del Programa Phoenix, en Vietnam, que supuso la tortura y asesinato de más de 20.000 guerrilleros del Vietcong. Como director de la CIA entre 1973 y 1976, fue responsable de la expulsión de James Jesus Angleton. Bajo su mandato, la Agencia fue dando tumbos escándalo tras escándalo. Tras su retiro, continuó cosechando beneficios de su carrera en el espionaje, vendiendo sus servicios como consejero a la jerarquía de los servicios de inteligencia de Europa Oriental, tras el colapso

de la Unión Soviética. Murió en abril de 1996, después de caer de cabeza en las agitadas aguas del río Potomac.

Después de dimitir de *Encounter*, Stephen Spender se unió a la Nueva Izquierda, y redescubrió su fervor revolucionario. Mary McCarthy se lo encontró en junio de 1968 en una reunión en la Sorbona, convocado por los estudiantes sublevados. «Stephen Spender se portó muy bien todo el tiempo», le dijo a Hannah Arendt. «Le vi mucho. Creo que intentaba expiar los pecados de la CIA^[31]. En su caso, resulta divertido que el problema moral se transmitiese a su casa de Provenza, una ruina que compraron y que poco a poco han ido arreglando con los ingresos, penosamente ganados con sus conferencias en los EE UU; durante los primeros días, decidió que no “era propietario” de la casa y que si la revolución se la quitaba, no le importaba. Siempre que hablaba con algún estudiante particularmente furioso, le decía, en su fuero interno: “¡Sí, sí, os podéis quedar con mi casa!”. Le dio dinero a un grupo de americanos que se negaban a ir al ejército, a los que halló en una sala de una de las facultades, prácticamente, pensó, muertos de hambre^[32]». En 1972, fundó Index on Censorship con una beca de la Fundación Ford. Fue nombrado Caballero del Imperio Británico en 1983; aquel gran ciudadano de la república de las letras. En años posteriores, Spender reconoció que la gente le había estado diciendo sobre los vínculos de *Encounter* con la CIA desde hacía años. «Pero era como pasa con la gente que viene a decir que tu mujer te es infiel. Tú vas y le preguntas, y si lo niega, con eso te basta^[33]». Spender no volvió a leer o comprar más ejemplares de *Encounter*. Cuando murió, en 1995, se rompió uno de los últimos eslabones con los años treinta, aquel rubescente amanecer que se habría de convertir en la más oscura de las épocas. Su viuda, Natasha, recordaba amargamente: «Todos esos años malgastados, todas las discusiones, todas las preocupaciones», de la relación de Stephen con el Congreso por la Libertad Cultural. «Tuvo en efecto terrible en él» dijo. «Estaba tan cansado, tan agotado de tanta discusión, nunca tenía tiempo de escribir poesía, que es lo que más deseaba hacer^[34]».

Michael Josselson murió en enero de 1978. A pesar de sus denodados esfuerzos por encontrar empleo, prácticamente todos sus antiguos colaboradores le rechazaron. En 1972, se le negó una beca del American

Council of Learned Societies. Shepard Stone escribió al senador William Benton, propietario y editor de *Encyclopaedia Britannica*, para recomendar a Josselson, sin resultado. Ni en Girnbei-Saks, la antigua empresa de Josselson, le encontraron nada. En Time Inc., le dijeron que no le podían encontrar nada, a pesar de su «extraordinarias credenciales». En marzo de 1973 le informaron de que le habían denegado una beca Guggenheim. También fue rechazado por el Instituto Hoover para la Guerra, la Revolución y la Paz.

Ocho años antes de su muerte, y con la colaboración de Diana, comenzó a escribir la biografía del general Barclay de Tolly, que reemplazó al mariscal de campo Kutuzov al mando de los ejércitos rusos que lucharon contra Napoleón en 1812. El coronel Nicholas de Tolly, descendiente directo del general, había cumplido su servicio en el gobierno militar de los EE UU en Berlín. Quizá Josselson le había conocido y se habría sentido impresionado por la historia de aquel gran militar estonio, injustamente humillado y del que Pushkin había escrito:

¡En vano! Tu rival cosechó el triunfo antaño plantado
en tu excelsa mente; y tú, olvidado, desencantado,
huésped del banquete, diste tu último suspiro,
despreciándonos, tal vez, en la hora de la muerte.

El funeral de Josselson en enero de 1978, fue muy discreto. Lasky, en una carta a Hook le decía: «Si hubiese muerto en aquella ocasión en que le repararon el corazón hace unos 14 años, el funeral hubiese sido un acontecimiento en Europa, en Occidente —hubiesen asistido más de mil personas a darle el último adiós^[35]». Según Diana, el propio Lasky «se presentó en el funeral de Michael y “fue el protagonista”»^[36]. También asistió una representación de la CIA, que eligieron el momento más oportuno para entregarle a Diana la medalla concedida a Michael por sus servicios. «Era tan absurdo, como si dijeran, hiciste esto por la medalla, y nada más lejos de la verdad. Me negué a aceptarla^[37]». Diana siguió viviendo en el piso de Plateau du Champel, rodeada de recuerdos y fotografías de aquellos emocionantes días en que el Congreso por la

Libertad Cultural era para ella como la Revolución Francesa o el movimiento de Oxford o los primeros cien días de la presidencia de Kennedy. Michael, manifestó Diana, había «vivido para el Congreso, y al final, murió por él. Pero fue lo mejor de mi vida. Fueron unos años maravillosos»^[38].

¿Qué sucedió con la *Bruderbund*, el «club exclusivo de hombres menos morales y más patrióticos», aquella diminuta minoría que sabía lo que todos los demás deberían saber pero no sabían, tomando sus propias y secretas decisiones en nombre de una nueva era de las luces? «Querían ambas cosas, caminar con el diablo en las sombras, en secreto, y caminar al sol»^[39], dijo uno de los veteranos de la CIA. Para muchos el contraste era excesivo. Además de instigadores de la guerra fría, eran en cierta medida sus víctimas, destruidos por las ambigüedades morales del Gran Juego.

En los últimos años del Congreso, a Jack Thompson, antiguo protegido de John Crowe Ransom, que había terminado agarrado al timón del «SS *Farfield*» (mote de la CIA para denominar a la Fundación Farfield), le «obsesionaba salvar a los africanos de los rusos, y viajó mucho allí», según Jason Epstein. «Ofrecía becas a universitarios e intelectuales, y sus gobiernos les permitían ir a condición de que nunca regresasen (estaban encantados de perderlos de vista). Lo que Jack hacía, sin ser consciente de ello, era contribuir a su exilio. Es fácil meterse en un lío si se toman literalmente las afirmaciones del propio país»^[40]. Frank Wisner se quitó la vida en 1965, y nunca se recuperó de la crisis nerviosa que sufrió tras la fallida revolución en Hungría. También se suicidaron Royall Tyler, uno de los más conspicuos de los primeros colaboradores de Allen Dulles, que se suicidó en 1953; y James Forrestal, secretario de Defensa después de la Segunda Guerra Mundial, uno de los hombres que contribuyeron a forjar el operativo de acciones clandestinas de los Estados Unidos, que se suicidó en 1949. El editor del *Washington Post*, Philip Graham, se pegó un tiro con su escopeta en 1963. «Hizo todo lo posible por conseguir el más convencional de los éxitos. Y lo consiguió a manos llenas. Luego, de alguna manera se convirtió en polvo y cenizas en su propia boca»^[41], le contó Joseph Alsop a Isaiah Berlin, en lo que podría servir de epitafio de todos ellos.

Detrás de la «[aún no] estudiada nostalgia de los “Días de Oro” de la inteligencia americana» había una verdad mucho más demoledora: las mismas personas que leían a Dante y fueron a Yale y se educaron en la virtud cívica, reclutaron nazis, manipularon el resultado de elecciones democráticas, proporcionaron LSD a personas inocentes, abrieron el correo de miles de ciudadanos americanos, derrocaron gobiernos, apoyaron dictaduras, tramaron asesinatos, y organizaron el desastre de la bahía de Cochinos. «¿En nombre de qué?», preguntaba un crítico. «No de la virtud cívica, sino del imperio^[42]».

Fuentes consultadas

Se han consultado los siguientes archivos:

AB/MoMA — Alfred H. Barr Papers, Museum of Modern Art, Nueva York.

ACCF/NYU — American Committee for Cultural Freedom Papers, Tamiment Library, New York University, Nueva York.

AWD/PU — Allen Welsh Dulles Papers, Seeley Mudd Manuscript Library, Princeton University.

BC/F0924/PRO — British Council Records, Public Records Office, Kew. Londres.

BCCB/F0924/PRO — British Control Commission, Berlín, Public Records Office, Kew, Londres.

CCF/CHI — Congress for Cultural Freedom Papers, Joseph Regenstein Library, University of Chicago, Illinois.

CDJ/DDE — C. D. Jackson Papers and Records, Dwight D. Eisenhower Library, Abilene, Kansas.

CIA.HSC/RG263/NARA — CIA History Source Collection, National Archives & Records Administration, Washington, DC.

DM/STER — Dwight Macdonald Papers, Sterling Memorial Library, Yale University.

FA/COL — Frank Altschul Papers, Buller Library, Columbia University, Nueva York.

GG/DDE — Gordon Gray Papers, Dwight D. Eisenhower Library, Abilene, Kansas.

GO/UCL — George Orwell Papers, University College, Londres.

HL/COL — Herbert Lehman Papers, Butler Library, Columbia University, Nueva York.

IB/GMC — Irving Brown Papers, American Federation of Labor-Congress of Industrial Relations, George Mcany Center, Washington, DC.

IRD/FO1110/PRO — Tnformation Research Department, Publie Records Office, Kew, Londres.

MJ/HRC — Michael Josselson Papers, Harry Ransom Humanities Research Center, Austin, Texas.

MS/COL — Meyer Sehapiro Papers, Butler Library, Columbia University, Nueva York.

NSF/LBJ — National Security Files, Lyndon Saines Johnson Library, Austin, Texas.

NSF/JFK — National Security Files, John F. Kennedy Library, Boston University.

OCB/Cen/DDE — Operations Coordinating Board, Central File Series, Dwight D. Eisenhower Library, Abilene, Kansas.

OMGUS/RG260/ — Office of Military Government United States, National Archives & NARA Records Administration, Washington, DC.

PEN/HRC — International PEN Papers, Harry Ransom Humanities Research Center, Austin, Texas.

SD.PPW/RG59/NARA — State Department, Political and Psychological Warfare, National Archives & Records Administration, Washington, DC.

PSB/DDE — Psychological Strategy Board Records, Dwight D. Eisenhower Library, Abilene, Kansas.

PSB/HT — Psychological Strategy Board Records, Harry S. Truman Library, Independence, Missouri.

RH/COL — Random House Papers, Butler Library, Columbia University, New York.

SCHLES/JFK — Arthur M. Schlesinger, Jr., Papers, John F. Kennedy Library, Boston.

SD.CA/RG59/ — State Department, Cultural Affairs Office, National Archives & Records NARA Administration, Washington, DC.

ENC/S&W/RU — Encounter Papers, Secker & Warburg, MS 1090, Reading University, Reading.

WHO/DDE — White House Office, Office of the Staff Secretaries: Records 1952-1961/ Cabinet Series, Dwight D. Eisenhower Library, Kansas.

WHO/NSC/DDE — White House Office, National Security Council Staff Papers 1948-1961, Dwight D. Eisenhower Library, Kansas.

Todas las entrevistas fueron realizadas por la autora, excepto cuando se indique expresamente.

Bibliografía

- ABEL, Lionel, *The Intellectual Follies: A Memoir of the Uterary Venture in New York and París*, Norton, Nueva York, 1984.
- ACHESON, Dean, *Present at the Creation*, Norton, Nueva York, 1969.
- AGEE, Philip, y WOLF, Louis, *Dirty Work: The CIA in Western Europe*, Dorset Press, Nueva York, 1978.
- ALSOP, Susan Mary, *To Marietta from Paris, 1945-1960*, Doubleday, Nueva York, 1975.
- BARRETI, Edward, *Truth is our Weapon*, Funk & Wagnalls, Nueva York, 1953.
- BEEVOR, Antony, y COOPER, Artemis, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, Hamish Hamilton, Londres, 1994.
- BELL, Daniel, *The End of Ideology, The Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, The Free Press, Nueva York, 1960.
- BELLOW, Saul, *El legado de Humboldt*, Plaza & Janés, Barcelona, 1984.
- BERNSTEIN, Barton J., ed., *Toward a New Past, Dissenting Essays in American History*, Knopf, Nueva York, 1967.
- BISSELL, Richard, *Reflections of a Cold Warrior, From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, Nueva York, 1996.
- BRADLEE, Ben, *A Good Life, Newspapering and Other Adventures*, Simon & Schuster, Londres, 1995.
- BRANDS, H. W, *The Devil We Knew, America and the Cold War*, Oxford University Press, Oxford, 1993.
- BIUGHTMAN, Carol, *Writing Dangerously, Mary McCarthy and Her World*, Lime Tree, Nueva York, 1993.
- , ed., *Between Friends, The Correspondence of Hannah Arendt and Mary McCarthy, 1949-1975*, Secker & Warburg, Londres, 1995.

BROADWATER, Jeff, *Eisenhower and the Anti-Communism Crusade*, University of North Carolina Press, Carolina, 1992.

CESARANI, David, *Arthur Koestler, The Homeless Mind*, William Reinemano, Londres, 1998.

CHAMBERS, Whittaker, *Witness*, Regnery, Chicago, 1952.

CHIAROMONTE, Nicola, *The Worm of Consciousness and Other Essays*, Harcourt, Nueva York, 1976.

CHURCH, Senator Frank, chairman, *Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities*, United States Government Printing Office, Washington, 1976.

CLINE, Ray, *Secrets, Spies and Scholars*, Acropolis, Washington, 1976.

COCKBURN, Alexander, *Corruptions of Empire*, Verso, Londres, 1987.

COHN, Roy, *McCarthy*, New American Library, Nueva York, 1968.

COLBY, William, *Honorable Men, My Life in the CIA*, Simon & Schuster, Nueva York, 1978.

COLMAN, Peter, *The Liberal Conspiracy, The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, The Free Press, Nueva York, 1989.

COOK, Blanche Wiesen, *The Declassified Eisenhower, A Divided Legacy of Peace and Political Warfare*, Doubleday, Nueva York, 1981.

CORSON, William, *The Armies of Ignorance, The Rise of the American Intelligence Empire*, Dial Press, Nueva York, 1997.

CROCKATT, Richard, *The Fifty Years War, The United States and the Soviet Union in World Politics, 1941-1991*, Routledge, Londres, 1995.

CROSSMAN, Richard, ed., *The God That Failed. Six Studies in Communism*, Hamish Harnilton, Londres, 1950.

DIGGINS, John Patrick, *Up From Communism: Conservative Odysseys in American Intellectual History*, Harper & Row, Nueva York, 1975.

FROMKIN, David, *In the Time of the Americans*, Vintage, Nueva York, 1995.

GOODMAN, Celia, ed., *Living with Koestler: Mamaine Koestler's Letters, 1945-1951*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1985.

GREEN, Fitzhugh, *American Propaganda Abroad*, Hippocrene, Nueva York, 1988.

GREMION, Pierre, *L'Intelligence et L'Anticommunisme, Le Congres pour la liberté de la culture a Paris, 1950-1975*, Payard, París, 1995.

GROSE, Peter, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles*, André Deutsch, Londres, 1995.

GUILBAUT, Serge, *How New York Stole the Idea of Modern Art: Abstract Expressionism, Freedom and the Cold War*, Unlversity of Chicago Press, Chicago, 1983.

HAMTLTON, Iain, *Koestler, A Biography*: Secker & Warburg, Londres, 1982.

—, *Robert Lowell: A Biography*, Random House, Nueva York, 1982.

HERSH, Burton, *The Old Boys: The American Elite and the Origins of the CIA*, Scribner's, Nueva York, 1992.

HIXSON, Walter L., *George E Kennan: Cold War Iconoclast*, Columbia University Press, Nueva York, 1989.

—, *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Macmillan, Nueva York, 1997.

HOFSTADTER, Richard, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Knopf, Nueva York, 1965.

HOOK, Sidney, *Out of Step: An Unquiet Life in the Twentieth Century*, Harper & Row, Nueva York, 1987.

HOWE, Irving, *A Margin of Hope: An Intellectual Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1983.

HUNT, E. Howard, *Undercover: Memoirs oj an American Secret Agent*, Berkeley Publishing Corporation, California, 1974.

KAHN, E. J., *Jock: The Life And Times of John Hay Whitney*, Doubleday, Nueva York, 1981.

KELLER, William H., *The Liberals and J. Edgar Hoover. The Rise and Fall of a Domestic Intelligence State*. Princeton University Press, New Jersey, 1989.

KERMAN, George F., *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy*, Norton, Nueva York, 1993.

KERMODE, Frank, *Not Entitled: A Memoir*; Harper Collins, Londres, 1996.

KIRKPATRICK, Lyman, *The Real CIA*, Macmillan, Nueva York, 1968.

KISSINGER, Henry, *The White House Years*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1979.

KoBLER, John, *Henry Luce, His Time, Life and Fortune*, Macdonald, Londres, 1968.

KOESTLER, Arthur, *The Stranger on the Square*, Hutchinson, Londres, 1984.

KRISTOL, Irving, *Neo-Conservatism: The Autobiography of an Idea, Selected Essays, 1949-1995*, The Free Press, Nueva York, 1995.

LARSON, Deborah, *The Origins of Containment: A Psychological Explanation*, Princeton University Press, New Jersey, 1985.

LASCH, Christopher, *The Agony of the American Left*, Vintage, Nueva York, 1969.

LITTLETON, Taylor D., and SYKES, Maltby, *Advancing American Art. Painting: Politics and Cultural Confrontation*, University of Alabama Press, Alabama, 1989.

LOTTMAN, Herbert, *The Left Bank: Writers, Artists, and Politics from the Popular Front to the Cold War*, Houghton Mifflin, Boston, 1982.

LYNES, Russell, *Good Old Modern: An Intimate Portrait of the Museum of Modern Art*, Atheneum, Nueva York, 1973.

McAULIFFE, Mary S., *Crisis on the Left: Cold War Politics and American Liberals*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1978.

MAILER, Norman, *Los ejércitos de la noche*, Anagrama, Barcelona, 1989.

—, *El fantasma de Harlot*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1993.

MALRAUX, André, *Antimemorias*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992.

MANGOLD, Tom, *Cold Warrior, James Jesus Angleton: The CIA's Master Spy Hunter*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991.

MAYNE, Richard, *Postwar: The Dawn of Today's Europe*, Thames & Hudson, Londres, 1983.

MERRY, Robert W., *Taking on the World: Joseph and Stewart Alsop, Guardians of the American Century*, Viking Penguin, Nueva York, 1996.

MEYER, Cord, *Facing Reality: From World Federalism to the CIA*, University Press of America, Maryland, 1980.

MICHAUD, Yves, ed., *Voire, Ne Pas Voire, Faux Voire*, Editions Jacqueline Chambon, Nîmes, 1993.

MILLER, Arthur, *Timebends: A Life*, Methuen, Londres, 1987.

MISCAMBLE, Wilson D., *George F. Kennan and the Making of American Foreign Policy*, Princeton University Press, New Jersey, 1992.

MUGGERIDGE, Malcolm, *Chronicles of Wasted Time: The Infernal Grove*, Collins, Londres, 1973.

—, *Like It Was*, Collins, Londres, 1981.

NABOKOV, Nicolas, *Old Friends and New Music*, Hamish Hamilton, Londres, 1951.

—, *Bagázh: Memoirs of a Russian Cosmopolitan*, Secker & Warburg, Londres, 1975.

O'TOOLE, G. J. A., *Honorable Treachery: A History of U. S. Intelligence. Espionage, and Covert Action from the American Revolution to the CIA*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1991.

PELLS, Richard H., *Not Like Us: How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture Since World War II*, Basic Books, Nueva York, 1997.

PHILBY, Kim, *My Silent War*, Grove Press, Nueva York, 1968.

PHILLIPS, William, *A Partisan View: Five Decades of the Literary Life*, Stein, Nueva York, 1983.

PODHORETZ, Norman, *Making It*, Jonathan Cape, Londres, 1968.

—, *The Bloody Crossroads: Where Literature and Politics Meet*, Simon & Schuster, Nueva York, 1986.

RANELAGH, John, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA*, Simon & Schuster, Nueva York, 1987.

REICH, Carey, *The Life of Nelson Rockefeller, 1908-1958*, Doubleday, Nueva York, 1997.

RIEBLING, Mark, *Wedge: The Secret War Between the FBI and CIA*, Knopf, Nueva York, 1994.

ROBINS, Natalie, *Alien Ink: The FBI's War on Freedom of Expression*, William Morrow, Nueva York, 1992.

ROSS, Andrew, *No Respect: Intellectuals and Popular Culture*, Routledge, Londres, 1989.

ROSS, Thomas B., and WISE, David, *The Espionage Establishment*, Random Housc, Nueva York, 1967.

SALISBURY, Harrison E., *Without Fear or Favor: The New York Times and its Times*, Ballantine, Nueva York, 1980.

SCHLESINGER, Arthur M. Jr., *The Vital Center. A Fighting Faith*, Riverside Press, Cambridge, 1949.

—, *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, André Deutsch, Londres, 1965.

SILONE, Ignazio, *Emergency Exit*, Gollancz. Londres, 1969.

SINFIELD, Alan, *Literature, Politics and Culture in Postwar Britain*, Athlone Press, Londres, 1997.

SMITH, R. Harris, *OSS, The Secret History of America's First Central Intelligence Agency*, University of California Press, Los Angeles, 1972.

SONNENBERG, Ben, *Lost Property: Confessions of a Bad Boy*, Faber & Faber, Londres, 1991.

SPENDER, Stephen, *Engaged in Writing*, Farrar Straus, Nueva York, 1958.

—, ed. John Goldsmith. *Journals, 1939-1983*, Faber & Faber, Londres, 1985.

STEINFELS, Peter, *The Neoconservatives: The Men Who Are Changing American Politics*, Simon & Schuster, Nueva York. 1979.

STONE T. F., ed. Neil Middleton. *The "I. F. Stone's Weekly" Reader*, Random House, Nueva York, 1973.

THOMAS, Evan, *The Very Best Men: The Early Years of the CIA*, Touchstone, Nueva York, 1996.

TRUMAN, Harry S., *Memoirs: Year of Decisions*, Doubleday, Nueva York, 1955.

URBAN, George, *Radio Free Europe and the Pursuit of Democracy: My War Within the Cold War*, Yalc University Press, Nueva York, 1997.

VANSITTART, Peter, *In the Fifties*, John Murray, Londres, 1995.

VIDAL, Gore, *Palimpsest*, André Deutsch, Londres, 1995.

WALKER, Martin, *The Cold War and the Making of the Modern World*, Fourth Estate, Londres, 1993.

WALLOCK, Leonard, ed..., *New York, 1940-1965*, Rizzoli, Nueva York, 1988.

WARNER, Michael, ed..., *Cold War Records: The CIA under Harry Truman*, Center for the Study of Intelligence, CIA, Washington, 1994.

- WHITFIELD, Stephen J., *The Culture of the Cold War*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1991.
- WILFORD, Hugh, *The New York Intellectuals*, Manchester University Press, Manchester, 1995.
- WINKS, Robin, *Cloak and Gown: Scholars in the Secret War, 1939-1961*, William Morrow, Nueva York, 1987.
- WOODS, Randall B., *Fulbright: A Biography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.
- WOODHOUSE, Christopher Montague, *Something Ventured*, Granada, Londres, 1982.
- WRESZIN, Michael, *A Rebel in Defense of Tradition: The Life and Politics of Dwight Macdonald*, Basic Books, Nueva York, 1994.
- YOUNG, Kenneth, ed..., *The Diaries of Robert Bruce Lockhart, 1939-1965*, Macmillan, Londres, 1980.



FRANCES H  L  NE JEANNE STONOR SAUNDERS (14 de abril de 1966) es una historiadora y periodista británica.

Su documental para el canal Four Hidden Hands británico, *A Different History of Modernism*, le llevó a escribir su primer libro, *La CIA y la guerra fría cultural*, un éxito internacional traducido a m  s de diez idiomas, finalista del Guardian First Book Award y ganador del Royal Historical Society's Gladstone Memorial Prize.

Otros de sus libros son *Hawkwood* y *La mujer que mató a Mussolini*, una biografía de Violet Gibson, la aristócrata de origen irlandés que disparó a Benito Mussolini en 1926. Colabora en *The Guardian*, *New Statesman* y *Aret  * desde su casa en Londres.

Notas

[1] Arthur Koestler, en Richard Crossman (ed.). *The God That Failed: Six Studies in Communism*, Hamish Hamilton, Londres, 1950. <<

[*] A lo largo de toda la traducción se va a emplear el siguiente criterio para la traducción de los términos «América» o «american», que en los países de lengua anglosajona se refieren exclusivamente a «Estados Unidos» y «americano/a», respectivamente. Cuando son citas entrecomilladas; se dejarán casi siempre como «América» y «americano/a»: cuando son palabras de la autora del libro, se traducirá por su sentido más preciso como «Estados Unidos» el primer término y como «estadounidense» o «norteamericano» el segundo. (*N. del T.*). <<

[2] Saul Bellow, *El legado de Humboldt*, Plaza & Janés, Barcelona, 1984.

<<

[3] Arthur M. Schlesinger. Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*. André Deutsch, 1965. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] National Security Council Directive, 10 de julio de 1950, citada en *Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities*. United States Government Printing Office. Washington, 1976. <<

[6] *Ibíd.* [Las cursivas son mías]. <<

^[7] Archibald MacLeish, *New York Times*, 21 de enero de 1967. <<

[8] Tzvetan Todorov, «The Communist Archives», en *Salmagundi*, verano de 1997. <<

[1] Willy Brandt, citado en «The Bing Chill», *Sunday Times*, 5 de enero de 1997. <<

[2] Clarissa Churchill, «Berlin Letter», *Horizon*, vol. 13/7, marzo de 1946.

<<

[*] Office of Strategic Services. <<

[3] Susan Mary Alsop, *To Marieta from Paris 1945-1960*. Doubleday, Nueva York, 1975. Consúltese además Anthony Beevor y Artemis Cooper, *Paris after the Liberation, 1944-1949*, Hamish Hamilton, Londres, 1994.

<<

[4] Nicolas Nabokov, *Old Friends and New Music*, Hamish Hamilton, Londres. 1951. <<

[5] James Burnham, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*. The Free Press, Nueva York, 1989. <<

[6] Michael Josselson, «The Prelude to My Joining The “Outfit”». (MJ/HRC). <<

[7] *Ibíd.* <<

[*] Office of Military Government US. <<

[8] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[*] Intelligence Section of the Psychological Warfare Division. <<

[9] Michael Josselson, *op. cit.* <<

[10] Nicolas Nabokov, *Bagázh: Memoirs of a Russian Cosmopolitan*, Secker & Warburg, Londres, 1975. <<

[*] Morale Division of the US Strategic Bombing Survey Unit. <<

[**] Information Control Division. <<

[¹¹] Benno D. Frank, Chief, Theater & Music Control, OMGUS Education & Cultural Relations Division, 30 de junio de 1947, «Cancellation of Registration for German Artists». (OMGUS/RG260/NARAA). <<

[12] Nicolas Nabokov, *Old Friends and New Music*. <<

[13] *Ibíd.* <<

[¹⁴] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[15] Michael Josselson, *op. cit.* <<

[16] Nicolas Nabokov a Michael Josselson, 28 de octubre de 1977 (MJ/HRC). <<

[17] En una reunión de la «Comisión de Apelación en el Ministerio de Educación para Juzgar el Comportamiento Político de Artistas, Cantantes, Músicos, Directores de Orquesta, y Productores Independientes o que Solicitasen un Puesto en los Teatros Federales». Viena, 25 de marzo de 1946, se decidió que: «La notoria carencia de directores de primera fila hace imprescindible que Karajan trabaje en la vida musical austriaca, especialmente en el Festival de Salzburgo de 1946, algo aún más necesario en tanto en cuanto las invitaciones enviadas a cuatro prominentes directores de fama mundial (Toscanini, Bruno Walter, lord Beecham, Erich Kleiber), hasta la fecha han sido declinadas. No hay duda, además, de que Karajan ha de ser calificado como el mejor director europeo». (NN/HRC). <<

[18] William Donovan, citado en R. Harris Smith, *OSS: The Secret History of America's First Central Intelligence Agency*. University of California Press, Los Angeles. 1972. <<

[19] Arthur Miller, *Timebends: A Life*. Methuen, Londres, 1987. <<

[20] Gregory Bateson, Research & Analysis. OSS, al General Donovan, 18 de agosto de 1945 (CIA.HSC/RG263/NARA). <<

[21] Richard Mayne, *Postwar: The Dawn of Today's Europe*. Thames & Hudson, Londres, 1983. El libro de Mayne es una vívida reconstrucción de las condiciones físicas y psicológicas que se daban en la Europa posfascista. Me he basado en gran medida en su capítulo sobre Berlín durante la ocupación aliada. <<

[22] R. E. Colby, *British Control Commission*. Berlín, a Montague Pollock, 19 de marzo de 1949 (BCCB/F0924/PRO). <<

[23] Alonzo Grace, Director, Education & Cultural Relations Division, «Out of the Rubble: An Address on the Reorientation of the German People», Berchtesgaden, sin fecha (0MGUS/RG260/NARA). <<

[24] W. G. Headrick, OMGUS Information Control Division, «Facts About the US Information Centers in Germany», 19 de agosto de 1946 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[25] *Amerika-Haus Review*, julio de 1950 (OMGUS/R0260/NARA). <<

[26] OMGUS Education & Cultural Relations Division, Theater & Music Section, «Periodic Report», marzo de 1947 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[27] Lionel Royce, Theater & Music Section, OMGUS Education & Cultural Relations Division. Carta a Hans Speir, Office of War Information, Washington, 12 de mayo de 1945 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[28] Douglas Waples, Publications Section, OMGUS Information Control Division, «Publications for Germany: Agenda for Psycbological Warfare Division and Office of War Information Conference», 14 de abril de 1945 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[29] Ula Moeser. OMGUS Information Control Division, «Political Education Program», sin fecha (OMGUS/RG260/NARA). <<

[30] Citado en *Amerika-Haus Review*, julio de 1950 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[31] *Ibíd.* <<

[*] Se trata del coro de la Universidad de Yale. (N. del T.) <<

[32] Ralph Burns, Chief, OMGUS Cultural Affairs Branch, «Review of Activities», julio de 1949 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[33] *Ibíd.* <<

[34] George C. Marchall, *Harvard Commencement Address*, 5 de junio de 1947, impreso en *Foreign Relations of the United States*, vol. 3. United States Government Printing Office, Washington, 1947. <<

[35] John Crowe Ransom, «Address to the Scholars of New England». — Poema Harvard Phi Beta Kappa—. 23 de junio de 1939, en *Selected Poems*. Knopf, Nueva York, 1964. <<

[36] Harry S. Truman, Discurso en el Congreso, 12 de marzo de 1947, reproducido en Harry S. Truman, *Memoirs: Year of Decisions*, Doubleday Nueva York 1955. <<

[37] Dean Acheson, citado en Joseph Jones, *Fifteen Weeks*, Viking, Nueva York, 1955. <<

[38] Joseph Jones, *ibíd.* <<

[39] *Pravda*, 17 de junio de 1947. <<

[40] George Kennan, citado en Walter L. Hixson, *George F. Kennan: Cold War Iconoclast*, Columbia University Press, Nueva York, 1989. <<

[41] Walter L. Hixson, *ibíd.* <<

[42] Dennis Fitzgerald, citado en *ibíd.* <<

[43] Richard Bissell, *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, New Haven, 1996. <<

[44] Citado en «Americans for Intellectual Freedom, Joint Statement on the Cultural and Scientific Conference for World Peace», marzo de 1949 (ACCF/NYU). <<

[45] Andrei Zhdanov, «Report on the International Situation», Politics and Ideology, Moscú, 1949. <<

[46] *Ibíd.* <<

[47] Melvin Lasky a Dwight Macdonald, 10 de octubre de 1947
(DM/STER). <<

[48] Melvin Lasky, «The Need for a New, Overt Publication», 7 de diciembre de 1947 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[49] *Ibíd.* <<

[50] *Ibíd.* <<

[51] Melvin Lasky, «Towards a Prospectus for the American Review», 9 de diciembre de 1947 (OMGUS/RG260/NARA). <<

[52] Jean Cocteau, citado en Serge Guilbaut, «Postwar Painting Games», *Reconstructing Modernism*, MIT Press, Cambridge. 1990. <<

[1] *Informe final del Comité Especial para estudio de operaciones gubernamentales, relacionadas con las actividades de inteligencia*, United States Government Printing Office, Washington, 1976. De aquí en adelante a este informe nos referiremos como «Informe final del Comité Church, 1976», por el nombre de su presidente, el senador Frank Church. <<

[2] Norman Mailer, *Harlot's Ghost*, Michael Joseph, Londres, 1991. <<

[3] Citado en *New York Times*, 25 de abril de 1966. <<

[*] «Jesúuticos», en este contexto, equivale a pensar que el fin justifica los métodos. La dejo así porque me parece una curiosa acepción. (N. del T) <<

[4] William Colby, *Honorable Men: My Life in the CIA*, Simon & Schuster. Nueva York, 1978. <<

[**] En una traducción libre, se podría decir «oh, que sociables son estos muchachos». (N. del T) <<

[5] Drew Pearson, citado en R. Harris Smith, OSS. <<

[6] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[7] Citado en R. Harris Smith, *op. cit.* <<

[*] Special Operations Executive. <<

[8] *Ibíd.* <<

[9] *Ibíd.* <<

[10] Nicolas Nabokov, *Bagázh*. <<

[*] State Department's Policy Planning Staff. <<

[¹¹] George Kennan, citado en Walter L. Hixson, George F. Kennan. <<

[12] George Kerman (con el seudónimo de «X»), «the Sources of Soviet Conduct». *Foreign Affairs*, vol. 26, julio de 1947. <<

[**] National War College. <<

[13] George Kennan, National War College Address, diciembre de 1947, citado en *International Herald Tribune*, 28 de mayo de 1997. <<

[14] Deborah Larson, *The Origins of Containment: A Psychological Explanation*, Princeton University Press, New Jersey, 1985. <<

[15] National Security Council Directive 10/2, citado en *Informe final del Comité Church*, 1976. <<

[16] *Ibíd.* <<

[*] Office of Policy Coordination. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] *Ibíd.* <<

[*] Secret Intelligence Branch. <<

[19] Harry Rositzke, citado en Evan Thomas. *The Very Best Men: The Early Years of the CIA*, Touchstone, Nueva York, 1996. <<

[20] Allen Dulles, citado en Evan Thomas, *ibíd.* <<

[21] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[22] Harrison E. Salisbury, *Without Fear or Favor: The New York Times and its Times*, Ballantine. Nueva York. 1980. <<

[23] Edgar Applewhite, citado en Evan Thomas, *op. cit.* <<

[24] *Final Report of the Church Committee*, 1976. «Los vencedores en la oficina de Wisner eran los directores que podían presentar más proyectos. Su modelo fueron los despachos de abogados: cuantos más clientes, más casos y mayor retribución», Evan Thomas, *op. cit.* <<

[25] William Colby, *op. cit.* <<

[*] Covert Action. <<

[26] Michael Josselson. «The Prelude to My Joining The “Outfit”». (MJ/HRC). <<

[27] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[28] George Kennan a Nicolas Nabokov, 14 de julio de 1948 (NNAHRC).

<<

[*] National Council of the Arts, Sciences and Professions. <<

[1] Arthur Miller, *Timebends*. Para la conferencia del Waldorf Astoria, consúltese también Carol Brightman, *Writing Dangerously: Mary McCarthy and Her World*, Lime Tree, Nueva York, 1993, y el relato, ameno aunque no totalmente fiable, de Nicolas Nabokov en *Bagázh: Memoirs of a Russian Cosmopolitan*. <<

[2] Lionel Abel, citado en Leonard Wallock (ed.), *New York 1940-1965*, Rizzoli, Nueva York, 1988. <<

[3] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[4] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[*] Se trataba de un embalse junto al río Los Ángeles en California donde se bañaba la gente de origen republicano y que, finalmente, desapareció al construirse edificios en su emplazamiento. (N. del T.) <<

[5] Nicolas Nabokov, *op. cit.* <<

[6] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[7] Dmitri Shostakovich, *Testimony: The Memoirs of Dmitri Shostakovich*, Solomon Volkov (cd.), Harper & Row, Nueva York, 1979. Existen dudas sobre la «autenticidad» de las memorias de Shostakovich. Publicadas mucho antes de la *glasnost*, son muchos los que sospechan que fue utilizada como propaganda por los soviéticos. Pero, propaganda o no, a Shostakovich se le puede considerar representante de un grupo de artistas del bloque oriental, a los que molestaba la ingenuidad de algunos anticomunistas estadounidenses. <<

[8] Norman Mailer, citado en Carol Brightman, *op. cit.* <<

[9] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[10] Es improbable, aunque no imposible que Hoover hubiese leído el manuscrito de *Espartaco*. En la campaña del FBI contra los escritores estadounidenses, las cuestiones de contenido casi siempre eran de importancia secundaria a la posición del propio autor. En el caso de Howard Fast, sus antecedentes como miembro del Partido Comunista, y su aparición en la conferencia del Waldorf fueron suficiente motivo para asegurarse las iras de Hoover. Véase Natalie Robins, *Alien Ink: The FBI's War on Freedom of Expression*, William Morrow, Nueva York, 1992. <<

[*] En el original hace un juego de palabras con «Hookworm», que es un tipo de gusano intestinal, pero que literalmente puede leerse como «gusano de Hook». (N. del T.) <<

[¹¹] Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[12] Nicolas Nabokov, *op. cit.* <<

[13] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[14] Nicola Chiaromonte, citado en Carol Brightman, *op. cit.* <<

[15] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[16] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[1] Carol Brightman, *Writing Dangerously: Mary McCarthy and Her World*,
Lime Tree, Nueva York, 1993. <<

[*] Information Research Department. <<

[2] Ernest Bevin, «Top Secret Cabinet Paper on Future Foreign Publicity Policy», 4 de enero de 1948 (IRD/F01110/PRO). <<

[3] Robert Bruce Lockhart, *The Diaries of Robert Bruce Lockhart*, 1939-1965, Kenneth Young (ed.), Macmillan, Londres, 1980. <<

[4] Adam Watson, entrevista telefónica, agosto de 1998. <<

[5] Sir Ralph Murray al director del Gabinete de Defensa (*Chief of Defence Staff*), junio de 1948 (IRD/F01110/PRO). <<

[6] Adam Watson, entrevista telefónica, agosto de 1998. <<

[7] Ernest Bevin, «Top Secret Cabinet Paper on Future Foreign Publicity», 4 de enero de 1948 (IRD/F01110/PRO). <<

[8] Mamaine Koestler, *Living with Koestler: Mamaine Koestler “s Letters 1945-1951*, Celia Goodman (cd.), Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1985.

<<

[9] Una referencia a George Babbitt, «el epónimo antihéroe de la brillante novela de Sinclair Lewis, de 1922, quien, en medio de una crisis de identidad es seducido temporalmente por la vida bohemia y un radicalismo superficial y apartado de los sólidos valores americanos», David Cesarani, *Arthur Koestler: The Homeless Mind*, William Heinemann, Londres, 1998, La excelente biografía de Cesarani hace un detallado relato del viaje de Koestler a los Estados Unidos, en 1948. <<

[10] Arthur Koestler, citado en Iam Hamilton, *Koestler: A Biography*, Secker & Warburg, Londres, 1982. <<

[11] Jean-Paul Sartre, *Les Temps modernes*, octobre de 1954. <<

[12] Michael Warner, «Origins of the Congress for Cultural Freedom», *Studies in Intelligence*, vol. 38/5, verano de 1995. Warner, un historiador que trabajaba para el gabinete de historia de la CIA, ha tenido acceso a material secreto imposible de consultar para otros investigadores. Por esa razón este artículo es de gran valor. No obstante contiene varios errores y omisiones intencionadas, y debe leerse teniendo eso en cuenta. <<

[13] Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Vital Center: A Fighting Faith*,
Riverside Press, Cambridge, 1949. <<

[14] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, agosto de 1996. <<

[*] Non-Communist Left, cuyas siglas en inglés son NCL. <<

[15] Carol Brightman, entrevista. Nueva York, junio de 1994. <<

[**] Psychological Warfare Executive. <<

[16] Robert Bruce Lockhart, *op. cit.* <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] Richard Crossman a C. D. Jackson, 27 de agosto de 1948 (CDJ/DDE).

<<

[*] American High Commission Evaluation Report. <<

[19] HICOG Frankfurt, «Evaluation Report». 1950 (SD.CA/RG59/NARA).

<<

[20] Richard Crossman (ed.), *The God That Failed*. <<

[21] Ignazio Silone, *Emergency Exit*, Gollancz, Londres, 1969. <<

[22] Lee Williams, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[23] IRD, Documento cifrado, alto secreto, 24 de marzo de 1949 (IRD/F01110/ PRO). <<

[24] *Ibíd.* <<

[*] American Federation of Labour (AFL). <<

[25] Anthony Carew, «The American Labor Movement in Fizzland, the Free Trade Union Committee and the CIA», *Labor History*, vol. 39/1, febrero de 1991. <<

[26] Citado en Michael Warner, *op. cit.* <<

[*] Economic Cooperation Administration. <<

[27] Robert Bruce Lockhart, *op. cit.* <<

[28] Sidney Hook, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[29] Sidney Hook, «Report on the International Day of Resistance to Dictatorship and War», *Partisan Review*, vol. 1617, otoño de 1949. <<

[30] *Ibíd.* <<

[31] Michael Warner, *op. cit.* <<

[32] Sidney Hook, «Report on the International Day...» *op. cit.* (las cursivas son de Hook). <<

[33] Arthur Miller, *Timebends*. <<

[34] Frank Wisner, citado en Michael Warner, *op. cit.* <<

[35] Ruth Fischer, citado en Michael Warner, *op. cit.* <<

[36] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[37] Michael Arner, *op. cit.* <<

[38] *Ibíd.* <<

[*] Assistant Secretary of State for Public Affairs. <<

[39] *Ibíd.* <<

[*] Sin conservar la rima carece de todo sentido esta cita y, con ella, el título del capítulo, por lo que he hecho lo posible por mantenerla. Se trata de una estrofa con nueva letra de la famosa canción *Yankee Doodle Dandy* que en el original dice así: My ghosts have told me something new / I'm marching to Korea; / I cannot tell you what I'll do / Crusading's the idea / Yankee Doodle keep it up, etc. (N. del T.) <<

[¹] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, agosto de 1996. <<

[2] Sidney Hook, *Politics*, invierno de 1949. <<

[3] Sidney Hook, «The Berlin Congress for Cultural Freedom», *Partisan Review*, vol. 17/7, 1950. <<

[4] Nicolas Nabokov, *Bugázh*. <<

[5] Ignazio Silone, citado en Celia Goodman (ed.), *Living with Koestler*. <<

[6] Ignazio Silone, 3 de abril de 1930, publicado en *La Stampa*, 30 de abril de 1996. <<

[7] Ignazio Silone, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[8] Arthur Koestler, citado en Peter Coleman, *op. cit.* <<

[9] Ernst Reuter, citado en un folleto del Congreso por la Libertad Cultural, sin fecha (CCF/CHI). <<

[¹⁰] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[¹¹] Mamaine Koestler, en Celia Goodman (ed.), *op. cit.* <<

[12] James Burnham, «Rhetoric and Peace», *Partisan Review*, vol. 17/8, 1950. <<

[13] Sidney Hook, *op. cit.* <<

[14] James Burnham, *op. cit.* <<

[*] Epístola de Santiago, 5, 12. (N. del T.) <<

[15] Hugh Trevor-Roper, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[*] Dicho inglés de origen incierto, que aparece también en *Alicia en el país de las Maravillas*. (N. del T.) <<

[16] André Philip, «Summary of Proceedings», Berlín, 1950 (CCF/CHI). <<

[17] Melvin Lasky, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[18] Hugh Trevor-Roper, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[19] Sidney Hook, *op. cit.* <<

[20] Arthur Koestler, citado en Iain Hamilton, *Koestler*. <<

[21] Edward Barrett, *Truth is our Weapon*, Funk & Wagnalls, Nueva York, 1953. La opinión de Barren era compartida por otros muchos. En una ocasión, Arthur Koestler se las tuvo que ver con un periodista americano que le dijo que «los ex comunistas deberían callarse y retirarse a un monasterio o a una isla desierta, en lugar de ir por ahí “dando lecciones a nadie”». La referencia de Barrett a la utilidad de los ex comunistas como «informadores» o «expertos», sin embargo, es interesante, como indicativa de que pronto habría de establecerse la estrategia secreta del Gobierno de Estados Unidos de aceptar a la izquierda no comunista. <<

[22] Melvin Lasky, citado en *Boston Globe*, 24 de junio de 1950. <<

[23] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[24] Hugh Trevor-Roper, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[25] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[26] Mamaine Koestler, en Celia Goodman, *op. cit.* <<

[27] «Manifesto of the Congress for Cultural Freedom» julio de 1950 (CCF/CHI). <<

[28] *Ibíd.* <<

[29] Citado en Michael Warner, «Origins of the Congress for Cultural Freedom», *Studies in Intelligence*, vol. 38/5, verano de 1995. <<

[1] Frank Wisner, «Berlin Congress for Cultural Freedom, Activities of Melvin Lasky», en Michael Warner, «Origins of the Congress for Cultural Freedom», *Studies in Intelligence*, vol. 38/5, verano de 1995. <<

[2] Michael Warner, *op. cit.* Véase también Evan Thomas, *The Very Best Men: The Early Wars of the CIA*. Nueva York, Touchstone, 1996, nota de la página 263. <<

[3] Edward Shils, «Remembering the Congress for Cultural Freedom», 1990 (pruebas de imprenta no publicadas). <<

[4] Natasha Spender, entrevista. Maussane, julio de 1997. <<

[5] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[6] «Todas las operaciones de la CIA tenían nombres en clave precedidos de un código de dos letras de seguridad». Evan Thomas, *op. cit.* <<

[*] French Labor Desk. <<

[7] George Kennan a Robert Lovett, 30 de junio de 1948
(SD.PPW/RG59/NARA). <<

[8] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[9] E. Howard Hunt, Undercover: *Memoirs of an American Secret Agent*, Berkeley Publishing Corporation, California, 1974. <<

[¹⁰] Miles Copeland, *National Review*, 11 de septiembre de 1987. <<

[¹¹] C. D. Jackson a Abbott Washburn. 2 de febrero de 1953 (CDJ/DDE). <<

[12] James T. Farrell a Meyer Schapiro, 11 de septiembre de 1941
(MS/COL). <<

[13] Carol Brightman, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[14] Arthur Koestler «Immediate Tasks for the Transition Period», 4 de julio de 1950 (IB/GMC). <<

[15] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[16] Manifesto of the Congress for Cultural Freedom, julio de 1950 (CCF/CHI). <<

[17] Arthur Schlesinger a Irving Brown, 18 de julio de 1950 (IB/GMC). <<

[*] Radio Free Europe. <<

[*] National Committee for a Free Europe. <<

[18] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, agosto de 1996. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] Peter Vansittart, *In the Fifties*, John Murray, Londres, 1995. <<

[21] Robert Bruce Lockhart, *The Diaries of Robert Bruce Lockhart, 1939-1965*. <<

[*] Information Research Department, Departamento de Investigación de la Información. <<

[22] James Simmons, «the Ballad of Bertrand Russell», *Judy Garland and the Cold War*, Blackstaff Press, Belfast, 1976. <<

[23] Giles Scott-Smith, *The Politics of Apolitical Culture: The Congress for Cultural Freedom and the Cultural Identity of Post-War American Hegemony 1945-1960* (tesis doctoral sin publicar), Lancaster University, 1998. <<

[24] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[25] Nicolas Nabokov, Discurso ante el Congreso por la Libertad Cultural. Berlín, julio de 1950 (CCF/CHI). <<

[26] C. D. Jackson a Tyler Port, 8 de marzo de 1950 (CDJ/DDE). <<

[27] Nicolas Nabokov a Irving Brown, 6 de diciembre de 1950 (IB/GMC).

<<

[28] Nicolas Nabokov a Irving Brown, 17 de enero de 1951 (IB/GMC). La fuente de esta remuneración extra no está clara. Pronto, sin embargo, el suplemento salarial de Nabokov fue incluido como gasto del Comité Americano por la Libertad Cultural, que a su vez era financiado con fondos de la Fundación Farfield, una tapadera de la CIA. <<

[29] Tom Braden, «I'm Glad the CIA is "Immoral"», Saturday Evening Post, 20 de mayo de 1967. <<

[30] William Colby, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[31] Tom Braden, *op. cit.* <<

[*] International Organizations Branch. <<

[32] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[33] *Ibíd.* <<

[*] International Organizations Division. <<

[**] Deputy Director of Plans. <<

[34] *Ibíd.* <<

[***] Policy Planning Staff. <<

[35] Instrucción del Consejo de Seguridad Nacional (National Security Council Directive), marzo de 1950, citada en Scott Lucas, «The Psychological Strategy Board», *International History Review*, vol. 18/2, mayo de 1996. Véase también, Trevor Barnes, «The Secret Cold War: The CIA and American Foreign Policy in Europe 1946-1956, part II», *The Historical Journal*, vol. 25/3, septiembre de 1982. Barnes revela que la idea de la existencia de un plan del Kremlin para el dominio mundial era considerada con cierta sospecha por parte de un grupo de expertos de la CIA. El proyecto Jigsaw, un proyecto de revisión absolutamente secreta del comunismo mundial, creado a finales de 1949, llegó a la conclusión de que tal plan no existía, aun cuando el Kremlin sí manipulaba a los partidos comunistas de otros países. Las conclusiones del proyecto Jigsaw quizá se vieron influidas por Kennan, que estaba replanteándose sus opiniones sobre la URSS. Sin embargo sus conclusiones fueron tan heterodoxas que fueron silenciadas, incluso en el interior de la propia Agencia. <<

[36] Edward Barrett, *Truth is our Weapon*. <<

[37] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. Braden empleó otra frase: «la batalla por la mente de Picasso». Esto, tomado al pie de la letra, hubiese sido como arrastrar la piedra de *Sísifo*. En una ocasión, Cleve Gray, un joven pintor norteamericano alistado en el ejército de los Estados Unidos, hizo la peregrinación hasta el estudio de Picasso tras la liberación, llegó a última hora de la mañana y se encontró a Picasso en calzoncillos, recién levantado de la cama. Picasso estaba junto a la cama con el periódico *L'Humanité* en una mano, mientras extendía la otra a Jaime Sabartes, su secretario, para que le metiese la manga de la camisa; luego cambió el periódico de mano mientras Sabartes le metía la otra manga. Picasso estaba a punto de entrar en el Partido Comunista, diciendo al mundo: «uno entra en el Partido Comunista, como se entra en una fuente de agua fresca». La escena la narran Antony Beevor y Artemis Cooper en *Paris After the Liberation, 1944-1949*. <<

[38] Tom Braden, «I'm Glad the CIA is "Immoral".», *Saturday Evening Post*, 20 de mayo de 1967. <<

[39] Arthur Koestler a Bertrand Russell, 1950, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[40] A otros jefes de sección se les adjudicó la responsabilidad del creciente grupo de tapaderas de la IOD, que Braden creó en una respuesta ojo por ojo y diente por diente a las artimañas de los soviéticos. A la Asociación Internacional de Abogados Demócratas (International Association of Democratic Lawyers), respaldada por los comunistas, respondió con la Comisión Internacional de Juristas (International Commission of Jurists); para el Consejo Mundial de la Paz (World Peace Council) estaba el Comité Nacional para una Europa Libre (National Committee for a Free Europe); a la Federación Democrática Internacional de Mujeres (Women's International Democratic Federation) respondió con el Comité Internacional de las Mujeres (International Committee of Women); al Sindicato Internacional de Estudiantes (International Committee of Students), con la Asociación Nacional de Estudiantes (National Students Association), en la que se había infiltrado la CIA; a la Federación Mundial de la Juventud Democrática (World Federation of Democratic Youth), con la Asamblea Mundial de la Juventud (World Assembly of Youth); a la Organización Internacional de Periodistas (International Organization of Journalists), con la Federación Internacional de Periodistas Libres (International Federation of Free Journalists); a la Federación Mundial de Sindicatos (World Federation of Trade Unions) con la Federación Internacional de Sindicatos Libres (International Federation of Free Trade Unions). <<

[41] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[42] Nicolas Nabokov, *Bagázh*. <<

[43] Nicolas Nabokov a James Burnham, 6 de junio de 1951 (CCF/CHI). <<

[44] Carol Brightman, entrevista, Nueva York, junio de 1994 <<

[45] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[46] Nicolas Nabokov a James Burnham, 27 de junio de 1951 (CCF/CHI).

<<

[47] Peter Coleman, *op. cit.* <<

[48] François Bondy y Georges Altman a Michael Josselson, octubre de 1950 (IB/GMC). <<

[49] Nicolas Nabokov a Irving Brown, 3 de septiembre de 1951 (IB/GMC).

<<

[50] Había poderosas razones para tratar de silenciar el clamor anticlerical del equipo italiano. En esa época, Lawrence de Neufville participaba en delicadas conversaciones con el Vaticano, como parte de una iniciativa de la CIA para desplegar a los sindicatos católicos por toda Europa para contrarrestar a los sindicatos dominados por los comunistas. Así pues, era importante el probable malestar de la CIA, en el caso de que algunos de sus «activos» criticasen públicamente a la Iglesia. <<

[*] British Society for Cultural Freedom. <<

[51] Nicolas Nabokov a James Burnham, 6 de junio de 1951 (CCF/CHI). <<

[52] *Ibíd.* <<

[1] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[2] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[3] Richard Bissell, *Reflections of a Cold Warrior*. <<

[4] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[5] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[8] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[9] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[10] Walter Laqueur, «Anti-Communism Abroad: A Memoir of the Congress for Cultural Freedom», *Partisan Review*, primavera de 1996. <<

[*] Pienso que se trata de una alusión al libro de Joseph Conrad. (N. del T.)

<<

[11] Ben Sonnenberg, entrevista, Nueva York, febrero de 1997. Después de que hubiera sido nombrado secretario de la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, a finales de 1952, Jasper Ridley fue convocado a París a explicar por qué había ocultado el hecho de que había pertenecido al Partido Comunista. Según Diana Josselson, su marido «tenía que obtener el visto bueno de la CIA para los empleados del Congreso», y este patinazo le había hecho parecer «muy estúpido» en Washington. El relato de Ridley de la comparecencia que tuvo que hacer es escalofriante: «Nabokov me interrogó, pero sus preguntas y mis respuestas eran interrumpidas por Josselson, que paseaba por la habitación, ladrando preguntas y exclamaciones... podía haber sido un actor interpretando el papel de un violento y matón *apparatchik* soviético». Jasper Ridley, entrevista telefónica, agosto de 1997. <<

[12] Michael Goodwin a Nicolas Nabokov, 15 de enero de 1952 (CCF/CHT). <<

[13] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[14] Nicolas Nabokov a Michael Goodwin, 19 de diciembre de 1951. <<

[15] Michael Goodwin a Nicolas Nabokov, 31 de diciembre de 1951 (CCF/CHI). <<

[16] Jasper Ridley recordaba a un Spender capaz de mantener posturas claramente hostiles. En una ocasión en que le visitó en su casa, por esta época, para debatir algún asunto relacionado con la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, halló a Spender en una actitud muy dura, y a su mujer, Natasha Litvin «incluso más hostil; ella siguió tocando el piano sin saludarme o sin darse la vuelta para mirarme». Jasper Ridley, entrevista telefónica, agosto de 1997. <<

[17] John Clews a Nicolas Nabokov, 27 de junio de 1952 (CCF/CHI). <<

[18] Jasper Ridley, entrevista telefónica, agosto de 1997. <<

[¹] Nicolas Nabokov a Irving Brown, sin fecha, 1951 (IB/GMC). <<

[2] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[3] Nicolas Nabokov a Irving Brown, sin fecha, 1951 (CCF/CHI). <<

[4] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[5] Thomas Jennings, encargado de Asuntos Públicos, Consulado de Estados Unidos, Marsella, al Departamento de Estado, «Repott on concerts of Smith College Chamber Singers in southern France», 11 de agosto de 1952 (SD.CA/RG59/NARA). <<

[6] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[7] Susan Sontag, «Pilgrimage», *The New Yorker*, 21 de diciembre de 1987.

<<

[8] Nicolas Nabokov a Irving Brown, sin fecha, 1951 (IB/GMC). <<

[9] Albert Donnelly, Jr., a Julius Fleischmann, 15 de noviembre de 1951 (ACCF/NYU). Los Estados Unidos estaban dispuestos a dejar salir a los negros adecuados, pero, evidentemente, no a los que tuviesen posibilidades de dañar los intereses de Estados Unidos. Cuando el reverendo Adam Clayton Powell, famoso congresista y ex ministro en Harlem, anunció que iba a asistir a la Conferencia de Bandung de 1955, C. D. Jackson intentó convencer a Nelson Rockefeller de que congelase su solicitud de visado, debido a que «Hubo un tiempo, no muy lejano, en que los devaneos comunistas [de Powell] resultaban muy chocantes». C. D. Jackson a Nelson Rockefeller, 28 de marzo de 1955 (CDJ/DDE). <<

[¹⁰] James Johnson Sweeney, comunicado de prensa, 18 de abril de 1952 (ACCF/NYU). <<

[*] Arts Council of Great Britain. <<

[11] Citado en informe al Departamento de Estado «Local Press Reaction to Congress for Cultural Freedom», Embajada de EE UU, París, 9 de mayo de 1952 (SD.CA/RG59/NARA). <<

[12] Janet Flanner «Letter from Paris», *The New Yorker*, 20 de mayo de 1952. <<

[13] Janet Flanner, «Festival of Free World Arts», *Freedom and Union*, septiembre de 1952. <<

[14] Guy Dumur, *Combat*, citado en Informe al Departamento de Estado, «Local Press Reaction to Congress for Cultural Freedom», embajada de Estados Unidos, París, 9 de mayo de 1952. <<

[15] *Combat, ibíd.* <<

[16] Serge Lifar, *ibíd.* <<

[17] Franc–Tireur, *ibíd.* <<

[18] *L'Humanité*, *ibíd.* <<

[19] C.D. Jackson a Klaus Dohrn, 16 de agosto de 1956 (CDJ/DDE). <<

[20] Janet Flanner, «Festival of Free World Arts», Freedom and Union, septiembre de 1952. <<

[21] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[22] Melvin Lasky, entrevista. Londres, agosto de 1997. <<

[23] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, mayo de 1996. <<

[24] C. D. Jackson a Francis Hatch, 5 de septiembre de 1952 (CDJ/DDE). <<

[25] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[26] Folleto de la Fundación Farfield (CCF/CHI). <<

[*] Literalmente: drogadicto, yonqui. (N. del T.) <<

[27] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[28] Tom Braden, entrevista telefónica, octubre de 1997. <<

[29] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[30] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, rnat7.0 de 1997. <<

[31] *Ibíd.* <<

[32] Nicolas Nabokov, *Bagázh*. <<

[33] Graham Greene, *El americano imposible*, Alianza Editorial, Madrid, 1995. <<

[*] National Committee for a Free Europe. <<

[¹] Acta de Constitución del Committee for Free Europe, Inc. 11 de mayo de 1949 (CJD/DDE). <<

[2] Dean Acheson, citado en G. J. A. O'Toole, *Honorable Treachery: A History of U. S. Intelligence, Espionage, and Covert Action from the American Revolution to the CIA*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1991. <<

[3] Acta de constitución del Committee for Free Europe, Inc., *op. cit.* Según el «Confidential Report on Friendship Stations», del Comité, uno de sus principales objetivos era «aumentar las presiones psicológicas desintegradoras sobre el centro de poder soviético» y «forjar nuevas armas psicológicas para una guerra fría ofensiva». El informe también razonaba que «la propaganda, separada de la acción, se vuelve en última instancia sobre el que la utiliza», oportuna advertencia a la vista de lo que había de pasar en Hungría en 1956 (véase más adelante, capítulo 18). <<

[4] Blanche Wiesen Cook, *The Declassified Eisenhower: A Divided Legacy of Peace and Political Warfare*, Doubleday, Nueva York, 1981. <<

[*] Publicaciones muy frecuentes en los países anglosajones, que equivalen a un directorio de los principales personajes de un país, de una organización, etc. Literalmente *Quién es quién en Estados Unidos*. (N. del 7:). <<

[5] Harrison E. Salisbury, *Without Fear or Favor*. <<

[6] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[7] National Committee for a Free Europe Inc., «Report to Members», 5 de enero de 1951 (CDJ/DDE). <<

[*] Radio Free Europe. <<

[8] Philip Barbour, Radio Free Europe Committee, a Frank Altschul, «Report from Research Department», 23 de marzo de 1950 (FA/COL). <<

[**] Crusade for Freedom. <<

[***] International Refugee Committee. <<

[9] Henry Kissinger, *The White House Years*, Weidenfeld & Nicolson, Londres. 1979. <<

[10] Janet Barnes, citado en Evan Thomas, *The Very Best Men*. La CIA le dio a Thomas todo tipo de facilidades (algo sin precedentes) para escribir su libro, al igual que las familias de «los mejores hombres» de su título. Tanto como estudio histórico y como biografía colectiva, es hasta la fecha la fuente más autorizada, y en ella me he basado en gran medida. <<

[¹¹] William Colby, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[12] Lee Williams, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[¹³] J. M. Kaplan a Allen Dulles, 10 de agosto de 1956 (CDJ/DDE). <<

[14] *Final Report of the Cox Committee*, 1952, citado en René Wormser, *Foundations: Their Power and Influence*, Devin-Adair, Nueva York, 1958.

<<

[*] Select Committee. <<

[15] *Final Report of the Church Committee*, 1976. <<

[16] *Ibíd.* <<

[17] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[*] Federalistas del Mundo Unidos. <<

[18] Cord Meyer, *Facing Reality: From World Federalism to the CIA*, University Press of America, Maryland, 1980. <<

[**] Teatro Nacional Americano y Academia. Como la traducción resulta tan tosca prefiero dejar en el texto el nombre en inglés. (N. del T.) <<

[*] Council on Foreign Relations. <<

[**] State Department's «Books Abroad». Advisory Committee. <<

[***] Assistant Secretary of State for Air. <<

[*] Crusade for Freedom. <<

[**] Drama Advisory Panel. <<

[***] International Exchange Program. <<

[****] National Endowment for the Arts. <<

[19] Richard Bissell, *Reflections of a Cold Warrior*. <<

[20] James Laughlin, citado en Kathleen D. McCarthy, «From Cold War to Cultural Development: The International Cultural Activities of the Ford Foundation 1950-1980», *Daedalus*, vol. 116/1, invierno de 1987. <<

[21] Citado en Kathleen D. McCarthy, *ibíd.* <<

[22] Irving Kristol a Stephen Spender, 25 de marzo de 1953 (CCP/CHI). <<

[*] American High Commission. <<

[**] Central Intelligence. <<

[***] Council on Foreign Relations. <<

[23] Kai Bird, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[*] East European Fund. <<

[**] Editorial Chekhov. <<

[***] International Rescue Committee. <<

[*] World Assembly of Youth. <<

[**] Council of Foreign Relations. <<

[***] Institute of Contemporary Arts. <<

[****] Consejo de Análisis Nacionales. <<

[****] Congress of Cultural Leaders. <<

[*] President's Committee on Information Activities Abroad. <<

[**] Psychological Strategy Board. <<

[24] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[*] Se trataba de una residencia para estudiantes extranjeros en Nueva York.
(N. del T.) <<

[25] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[26] Neil Berry, «Encounter», *London Magazine*, febrero-marzo de 1995. <<

[1] Walt Rostow, entrevista telefónica, julio de 1997. <<

[*] Office of War Information Overseas, North Africa and Middle East. <<

[**] Psychological Warfare Division. <<

[***] Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force. <<

[****] Truth Campaign. <<

[*****] Fondo Unificado de Universidades para Negros. <<

[*****] Centro Lincoln para Planificación de las Artes. <<

[*] Economic Cooperation Administration. <<

[2] C. D. Jacksnn, «Notes of meeting», 28 de abril de 1952 (CDJ/DDE). <<

[3] Dwight D. Eisenhower, citado en Blanche Wiesen Cook, *The Declassified Eisenhower*. <<

[*] Psychological Strategy Board. <<

[4] Charles Burton Marshall a Waller J. Stoessel. 18 de mayo 1953 (CDJ/DDE). <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. «Desde el punto de vista [de la CIA), la imagen es como la de un perro con una correa muy larga. De capital importancia para tener éxito entre los intelectuales, de los que se decía que estaban comprometidos con la causa de la libertad y de la independencia, era la previsión hecha por la Agencia de que algunos, o la mayoría, debería seguir siendo “no conocedores”, porque estaban de acuerdo, en lo fundamental con la política de la Agencia, o podían ser más útiles y estar más dispuestos a cooperar si se les permitía actuar como si fueran “no conocedores”». Richard Elman, *The Aesthetics of the CIA* (original no publicado). <<

[8] Raymond Allen, citado en Scott Lucas, «the Psychological Strategy Board». *International History Review*, vol. 18/2, mayo de 1996. <<

[*] Moral Rearmament Movement. <<

[9] Consejo de Estrategia Psicológica (Psychological Strategy Board), «US Doctrinal Program», 29 de junio de 1953 (PSB/DDE). <<

[10] Scott Lucas, *op. cit.* <<

[*] El gobierno británico. <<

[¹¹] C. D. Jackson, *Log Files* (CDJ/DDE). <<

[12] *Ibíd.* C. D. Jackson a Abbott Washburn, 2 de febrero de 1953 (CDJ/DDE). <<

[¹³] C. D. Jackson to Henry Luce, 28 de abril de 1958 (CDJ/DDE). <<

[14] C. D. Jackson a Abbott Washburn, 2 de febrero de 1953 (CDJ/DDE). <<

[15] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[*] Labor Division. <<

[16] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] *Ibíd.* <<

[19] *Ibíd.* Los contactos de Irving Brown eran múltiples y diversos, y al tener a su disposición sumas tan grandes de dinero, muchas veces trataba con tipos muy peligrosos. Unos documentos hallados recientemente revelan que la Oficina Federal de Narcóticos (Federal Bureau of Narcotics) estaba siguiendo la pista a Brown a mediados de los sesenta, por sospechar que traficaba, introducía drogas o dinero procedente del blanqueo de operaciones de narcotráfico en Estados Unidos. Los documentos relacionan a Brown con notables capas del crimen en Francia, y sus colegas italianos de la Mafia. Federal Bureau of Narcotics, memorandi, octubre de 1965. Le agradezco a Tony Carew el haberme mostrado estos documentos. <<

[20] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[*] American Federation of Labor. <<

[33] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[*] Information Service. <<

[¹] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[2] Irving Kristol, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[3] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[4] Los contactos de Sidney Hook con la CIA y con el Consejo de Estrategia Psicológica aparecen en una carta de Gordon Gray a Hook, de 4 de octubre de 1951 (GG/DDE). Según Lawrence de Neufville, Hook era «consejero habitual de la CIA en cuestiones de interés mutuo». En 1955, Hook participó directamente en negociaciones con Allen Dulles y Cord Meyer, en la CIA, para conseguir financiación para el achacoso Comité Americano por la Libertad Cultural. <<

[5] Sidney Hook «To Counter the Big Lie - A Basic Strategy», *New York Times Magazine*, 11 de marzo de 1951. <<

[6] Elliot Cohen, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[7] Norbert Muhlen, citado en Peter Coleman, *ibíd.* <<

[8] «Our Country and Our Culture», *Partisan Review*, mayo-junio de 1952.

<<

[9] Norman Podhoretz, *Making It*, Jonathan Cape, Londres, 1968. <<

[10] William Phillips, citado en Leonard Wallock (ed.), New York. <<

[¹¹] Lionel Trilling, citado en Leonard Wallock, *ibíd.* <<

[12] Carol Brightman, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[*] Parnaso: de costa a costa. <<

[13] Citado en Leonard Wallock, *op. cit.* <<

[14] Dwíght Macdonald, «Politics Past», *Encounter*, marzo de 1957. <<

[15] Michael Wreszin, *A Rebel in Defense of Tradition: The Life and Politics of Dwight Macdonald*, Basic Books, Nueva York, 1994. <<

[16] Philip Rahv, citado en Hugh Wilford, *The New York Intellectuals*, Manchester University Press, Manchester, 1995. <<

[17] Daniel Bell a John Leonard, director de *Sunday Times Book Review*, 16 de octubre de 1972 (MJ/HRC). <<

[18] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[19] Sidney Hook a Irving Brown, 31 de octubre de 1951 (IB/GMC). <<

[20] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[21] C. D. Jackson a Abbott Washburn, 2 de rebrero de 1953 (CDJ/DDE)...

<<

[22] Richard Fletcher, «How CIA Money Took the Teeth out of British Socialism», en Phillip Agee y Louis Wolf, *Dirty Work: The CIA in Western Europe*, Dorset Press, Nueva York, 1978. <<

[25] Tom Braden, entrevista telefónica, junio de 1998. <<

[*] «The English Aristocracy». <<

[**] Clases altas y clases no altas. Así intento traducir «U»). «Non-U». (Upper class, non Upper class); por supuesto, conceptos muy antiguos, pero que en este momento adquieren valor lexicográfico, al convertirse sus abreviaturas en una forma habitual de referirse al fenómeno en inglés. (N. del T) <<

[***] «A Marvellous Decade». <<

[****] «The Liberal Revival». <<

[1] Jasper Ridley, entrevista telefónica, agosto de 1997. «Estoy totalmente de acuerdo en que *New Statesman* es un objetivo importante, y ha de hacerse sistemáticamente», le dijo Michael Goodwin a Nicolas Nabokov, 15 de enero de 1952 (CCF/CHI). Los esfuerzos de Goodwin, no fueron suficientes como para satisfacer a sus secretos patrocinadores. El interés de Washington por destruir la influencia de *New Statesman* sería recogido después, por el Comité Americano por la Libertad Cultural, que despreciaba profundamente el «espíritu de conciliación y la laxitud moral en relación con el comunismo» de la revista, y propugnaba la «publicación de “un informe sobre *New Statesman and Nation*”, denunciando su compromiso con el totalitarismo, para que se distribuyera por todo el mundo entre los intelectuales que leyese el inglés». *American Committee for Cultural Freedom*, memorandum, 6 de enero de 1955 (ACCF/NYU). <<

[2] Malcolm Muggeridge, *Like It Was*, Collins, Londres, 1981. <<

[3] Tosco Fyvel a Irving Brown, 4 de agosto de 1951 (IB/GMC). <<

[4] C: D. Jackson a William Griffin, 11 de mayo de 1953 (CDJ/DDE). <<

[5] Kim Philby, *My Silent War*, Grove Press, Nueva York, 1968. <<

[*] Secret Intelligence Service. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Christopher Montague Woodhouse, *Something Ventured*, Granada, Londres, 1982. <<

[8] *Ibíd.* <<

[9] Kim Roosevelt salió de la CIA en 1958, y llegaría a ser socio de una empresa de relaciones públicas de Washington que, entre otros clientes internacionales, contaba con el Gobierno del Irán. <<

[*] Young People's Socialist League. <<

[¹⁰] Stephen Spender, «My Parents», in *Collected Poems, 1928-1985*, Faber & Faber, Londres, 1985. <<

[¹¹] Stephen Spender, *Journals, 1939-1983*, Faber & Faber, Londres, 1985.

<<

[12] Anita Kermode, entrevista, Devon, julio de 1997. <<

[*] Es decir, «no había por dónde cogerlo», diríamos en español si no se tratase de una cita. (N. deL T.) <<

[13] Stephen Spender, «We Can Win the Battle for the Mind of Europe», *New York Times Magazine*, 25 de abril de 1948. <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] Raymond F. Aron, «Does Europe Welcome American Leadership?». *Saturday Review*, 13 de enero de 1951. <<

[16] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[*] British Control Commission. <<

[17] Natasha Spender, entrevista telefónica, agosto de 1997. <<

[18] Irving Kristol a Frederic Warburg, 26 de febrero de 1953 (ACCF/NYU).

<<

[19] Michael Josselson a Stephen Spender, 27 de mayo 1953 (CCF/CHI). <<

[20] Christopher Montague Woodhouse, entrevista telefónica, julio de 1997.

<<

[*] Royal Institute of International Affairs. <<

[21] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[22] Malcolm Muggeridge, «An Anatomy of Neutralism», *Time*, 2 de noviembre de 1953. <<

[23] Malcolm Muggeridge, *Chronicles of Wasted Time: The Infernal Grove*. Collins, Londres, 1973. <<

[24] Jasper Ridley, carta a la autora, 31 de octubre de 1997. <<

[25] Michael Josselson a Stephen Spender, 5 de marzo de 1953 (MJ/HRC).

<<

[26] Stephen Spender a Irving Kristol, sin fecha (ACCF/NYU). <<

[27] Irving Kristol a Stephen Spender, 26 de marzo de 1953 (ACCF/NYU).

<<

[28] Christopher Montague Woodhouse, entrevista telefónica, julio de 1997.

<<

[29] Irving Kristol, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[30] Stephen Spender, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[31] Philip Larkin, in *Selected Letters of Philip Larkin, 1940-1985*, Faber & Faber, Londres, 1992. <<

[32] John Thompson, entrevista telefónica, agosto de 1996. <<

[33] Natasha Spender, entrevista, Maussanc, julio de 1997. <<

[34] Irving Kristol a Michael Josselson, 15 de septiembre de 1953 (CCF/CHI). <<

[35] Irving Kristol a Michael Josselson, 16 de septiembre de 1953 (CCF/CHI). <<

[36] Juez Irving Kaufman, citado en *New York Times*, 5 de abril de 1951. <<

[37] Jean-Paul Sartre, citado en Stephen J. Whitfield, *The Culture of the Cold War*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1991. <<

[38] Ben Bradlee, *A Good Life: Newspapering and Other Adventures*, Simon & Schuster, Londres, 1995. <<

[39] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[40] Douglas Dillon al Departamento de Estado, 15 de mayo de 1953 (CJD/DDE). <<

[41] Bowen Evans, *Office of Intelligence Rescarch*, a Jesse MacKnight, *Psychological Strategy Board*, 14 de enero de 1953 (PSB/DDE). <<

[*] Psychological Strategy Board. <<

[42] Douglas Dillon al Departamento de Estado, 15 de mayo de 1953 (CJD/DDE). <<

[43] Charles Taquey a C. E. Johnson, *Psychological Strategy Board*, 29 de marzo de 1953 (CJD/DDE). <<

[44] C. O. Jackson a Herbett Brownell, 23 de febrero de 1953 (CJD/DDE).

<<

[45] C. D. Jackson, «Memo for the file», 27 de mayo de 1953 (CJD/DDE).

<<

[46] Notas manuscritas de la reunión del gabinete de 19 de junio de 1953 (WHO/DDE). <<

[47] *Ibíd.* <<

[48] *Ibíd.* <<

[49] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[50] *American Committee for Cultural Freedom* al presidente Eisenhower, 13 de junio de 1953 (CCF/CHI). <<

[51] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[*] «A Postscript to the Rosenberg Case». <<

[**] Young Communist League. <<

[***] Socialist Workers Party. <<

[****] Couch Liberalism and the Guilty Past. <<

[52] Citado en Hugh Wilford, *The New York Intellectuals*. <<

[53] Leslie Fiedler, «A Postscript to the Rosenberg Case», *Encounter*; octubre de 1953. <<

[54] Alger Hiss era un prometedor diplomático del que, en 1949, se comenzó a sospechar en el Departamento de Estado que era espía soviético. Condenado por un gran jurado federal por perjurio, su caso llenó las páginas de los periódicos y fue la desazón de la clase política. Finalmente fue condenado por perjurio y sentenciado, en enero de 1950, a cinco años. En contra de la afirmación de Fiedler de que Hiss era espía comunista, nunca fue juzgado por espionaje. El tribunal ni siquiera pudo probar que hubiese sido comunista. La controversia, sobre la supuesta obediencia de Hiss a Moscú, es una cuestión que aún se debate hoy. <<

[55] Leslie Fiedler, «A Postscript to the Rosenberg Case», Encounter, octubre de 1953. <<

[56] James T. Farrell a Meyer Schapiro, 4 de septiembre de 1940 (MS/COL).

<<

[57] Sidney Hook. citado en Irving Kristol a Michael Josselson, 4 de agosto de 1953 (CCF/CHI). <<

[58] E. M. Forster, citado en Stephen Spender a Michael Josselson, 22 de octubre de 1953 (MS/COL). <<

[59] Stephen Spender a Michael Josselson, *ibíd.* <<

[60] *Ibíd.* <<

[61] Natasha Spender, entrevista telefónica, mayo de 1997. <<

[62] Christopher Montague Woodhouse, entrevista telefónica, diciembre de 1997. Woodhouse no pudo recordar dónde tuvo lugar esta escena. Woodhouse de vez en cuando se encontraba a Spender en actos sociales. También era colaborador de *Encounter*, aunque mantuvo en secreto con gran escrupulosidad su pertenencia al MI6, tanto ante sus editores y, naturalmente, ante sus lectores. <<

[63] Stephen Spender a Michael Josselson, 22 de octubre de 1953 (CCF/CHI). <<

[64] Anthony Hartley, *Spectator*, 9 de octubre de 1953. Si en esta época Hartley tenía recelos, se debió convencer de que estaba en un error. En 1962, cuando le nombraron director de internacional del *Spectator*, la mitad de su sueldo era pagado por *Encounter*, del que después sería codirector, junto a Melvin Lasky. Este tipo de conversiones seguían una especie de patrón. Josselson investigaba a los críticos, tanto de *Encounter* como del Congreso en general y dedicaba sus energías a ponerlos a su favor. En 1955, sólo meses después de que hubiese informado en *New Statesman* que *Encounter* «era visto con recelo porque, evidentemente, estaba subvencionado y la gente quería saber por quién, y quién decidía su “línea”». David Daiches empezó a colaborar con *Encounter*, una pequeña pero importante victoria en lo que Neil Berry describe como la campaña de *Encounter* “para minar la hegemonía ideológica de *New Statesman*”». Neil Berry, *Encounter*, *London Magazine*, febrero-marzo de 1995. <<

[65] Graham Hough, texto de una emisión del *Third Program*, BBC Radio, mayo de 1954 (CCF/CHI). <<

[66] A. J. P Taylor, *Listener*, 8 de octubre de 1953. <<

[67] Mary McCarthy a Hannah Arendt, en Carol Brightman (ed.), *Between Friends: The Correspondence of Hannah Arendt and Mary McCarthy, 1949-1975*. Secker & Warburg, Londres, 1995. <<

[68] Richard Wollheim, entrevista telefónica, diciembre de 1997. <<

[69] Stephen Spender a Irving Kristol, 24 de abril de 1954 (CCF/CHI). <<

[70] Michael Josselson a Irving Kristol, 4 de octubre de 1954 (CCF/CHI).

<<

[85] Stephen Spender a Michael Josselson, 10 de julio de 1955 (CCF/CHI).

<<

[1] Susan Mary Alsop, *To Marietta from Paris*. <<

[2] Richard Rovere, citado en Stephen Whitfield, *The Culture of the Cold War*. <<

[3] Arthur Miller, *Timebends*. <<

[4] William Colby, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[5] Howard Fast, citado en Natalie Robins, *Alien Ink*. <<

[6] Citado en Stephen Whitfield, *op. cit.* <<

[7] Stephen Whitfield, *op. cit.* <<

[8] Citado en Taylor D. Littleton y Maltby Sykes, *Advancing American Art: Painting, Politics and Cultural Confrontation*, University of Alabama Press, Alabama, 1989. <<

[*] Gideon es el nombre de una asociación religiosa de viajeros de comercio, fundada en 1899, y que entre otras actividades coloca una Biblia en muchas habitaciones de hoteles de Estados Unidos y de otros lugares del mundo. (N. del T.) <<

[*] United States Information Agency. <<

[9] Cablegramas del Departamento de Estado y de USIA, abril-julio de 1953 (SD.CA/RG59/NARA). <<

[¹⁰] Embajada americana, París, al Departamento de Estado, 20 de abril de 1953 (SD.CA/RG59/NARA). <<

[11] Tom Braden recordaba haberse sentido «muy alarmado» ante la noticia de que Thomas Mann se disponía a «desertar» de vuelta a Europa. Mann regresó para siempre a Europa, en 1952. <<

[*] Civil Rights Bail Fund. <<

[**] Senate Permanent Investigations Subcommittee. <<

[12] Stephen Whitfield, *op. cit.* <<

[13] Natalie Robins, *op. cit.* <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[16] Murray Kempton, citado en Natalie Robins, *op. cit.* <<

[17] Notas manuscritas de la reunión del gabinete de 10 de julio de 1953 (WHO/DDE). <<

[18] Robert W. Merry, *Taking on the World: Joseph and Stewart Alsop, Guardians of the American Century*, Viking Penguin, Nueva York, 1996.

<<

[19] Lyman Kirkpatrick, *The Real CIA*, Macmillan, Nueva York, 1968. <<

[20] *Ibíd.* <<

[21] Roy Cohn, *McCarthy*, New American Library, Nueva York, 1968. <<

[22] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[23] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[24] Kai Bird, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[25] James T. Farrell, citado en *American Committee for Cultural Freedom*.
«Minutes of Planning Conference», 1 de marzo de 1952 (IB/GMC). <<

[26] Dwight Macdonald, *ibíd.* <<

[27] Bertram Wolfe, *ibíd.* <<

[28] Boris Shub, *ibíd.* <<

[29] Richard Rovere, *ibíd.* <<

[30] Mary McCarthy a Hannah Arendt, 14 de marzo de 1952, en Carol Brightman (ed.), *Between Friends*. <<

[31] *Ibíd.* <<

[32] *Ibíd.* <<

[33] Max Eastman, «Who Threatens Cultural Freedom in America?», 29 de marzo de 1952 (ACCF/NYU). <<

[34] *Ibíd.* <<

[35] Richard Rovere, «Communists in a Free Society», 29 de marzo de 1952 (ACCF/NYU). <<

[36] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, agosto de 1996 <<

[37] Frank Wisner, subdirector de la CIA al subdirector adjunto de Coordinación de Políticas, en Michael Warner (ed.) *Cold War Records: The CIA Under Harry Truman*, Center for the Study of Intelligence, CIA, Washington, 1994. <<

[38] *Ibíd.* <<

[39] Arthur Schlesinger a Nicolas Nabokov, 18 de junio de 1951 (NN/HRC).

<<

[40] Según el Informe final del Comité Church. (*Final Report of the Church Committee*) de 1976, «barrera de contención» era el término empleado por la CIA para algo que «Sirviese de verificación y fachada para un agente u operación, en previsión de investigaciones o acciones que cuestionen la credibilidad de su tapadera». <<

[41] Tom Braden, entrevista telefónica, octubre de 1997. <<

[42] Jasper Ridley, carta a la autora, 31 de octubre de 1997. <<

[43] T. R. Fyvel, «The Broken Dialogue», *Encounter*, de abril de 1954. <<

[44] Leslie Fiedler, «McCarthy», *Encounter*, agosto de 1954. <<

[45] Peregrine Worsthorne, «America - Conscience or Shield?», *Encounter*, noviembre de 1954. <<

[46] Esta argumentación de «McCarthy como hombre y no como movimiento» es un reflejo de cómo la CIA enfocaba el problema. Parece lógico pensar que Nabokov estaba repitiendo la «guía» oficial de Wisner sobre el asunto, lo mismo que hizo Leslie Fiedler en su artículo de *Encounter* (*op. cit.*) que veía a McCarthy como una gárgola viviente: «con su paralizada cabeza, temblando». <<

[47] Nicolas Nabokov a Arthur Schlesinger, 21 de abril de 1952 (ACCF/NYU). <<

[48] Lee Williams, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[49] John Steinbcck, citado en Peter Vansittart, *In the Fifties*. <<

[50] John Henry Faulk, citado en Peter Vansittart, *ibíd.* <<

[51] Joseph y Stewart Alsop, «Why Has Washington Gone Crazy?». *Saturday Evening Post*, 29 de julio de 1950. <<

[52] *Ibíd.* <<

[53] Sidney Hook, «To Counter the Big Lie - A Basic Strategy», *New York Times Magazine*, 11 de marzo de 1951. <<

[54] Irving Kristol, carta al *New York Times*, 10 de agosto de 1952 (ACCF/NYU). <<

[55] Stephen Spender a Czeslaw Milosz, 12 de octubre de 1953 (CCF/CHI).

<<

[56] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[57] Melvin Lasky, entrevista. Londres, agosto de 1997. <<

[58] Michael Josselson a Shepard Stone, 12 de enero de 1968 (MJ/HRC). <<

[59] Mary McCarthy a Hannah Arendt. 2 de diciembre de 1952, en Carol Brightman (ed.), *Between Friends*. <<

[60] Roy Cohn, *op. cit.* <<

[61] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[62] R. Harris Smith, OSS. <<

[63] *Ibíd.* <<

[64] Cord Meyer, *Facing Reality*. <<

[*] National Council of the Arts, Sciences and Professions. <<

[65] *Ibíd.* <<

[66] Dwight Macdonald, citado en Michael Wreszin, *A Rebel in Defense of Tradition*. <<

[67] Taylor D. Littleton and Maltby Sykes, *Advancing American Art*. <<

[68] William Fulbright, «In Thrall to Fear», *The New Yorker*, 8 de enero de 1972. <<

[69] Richard Bissell, *Reflections of a Cold Warrior*. <<

[70] Tom Braden, «What's Wrong with the CIA?», *Saturday Review*, 5 de abril de 1975. <<

[1] Josselson decidió cerrar *Science and Freedom* en 1961. Kingsley Martin manifestó que fue en un ataque de resentimiento porque el Comité de Ciencia y Libertad estaba preparando un simposio público sobre política nuclear. Josselson era apasionado defensor del armamento atómico y quizá dudase de las intenciones de Polanyi. El propio Polanyi mostraba todos los síntomas de padecer una enfermedad mental en esta época, tal vez un ataque de nervios, por lo que resulta difícil saber la verdad. Josselson decidió patrocinar una nueva revista trimestral de carácter más universitario. *Minerva*, que habría de dirigir Edward Shils. <<

[2] Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] Michael Josselson a Walter Laqueur, 1 de abril de 1955 (CCF/CHI). <<

[5] Peter Coleman, *op. cit.* <<

[6] James McAuley, «Proposal for an Australian Quarterly Magazine», sin fecha (IB/GMC). El sucesor de McAuley fue Peter Coleman, que, en 1989 publicó *The Liberal Conspiracy*, que se anunciaba como un relato completo del Congreso por la Libertad Cultural. Sin embargo, Coleman también admitió que había fracasado en poder conseguir «información significativa de fuentes oficiales sobre el grado de implicación de la CIA». En ausencia de esa información decidió que «cuestiones de capa y espada sobre quién pagaba a quién, cómo, y por qué» eran los suficientemente insignificantes como para pasarlas por alto por completo. Como antiguo activista de la organización sobre la que escribe, Coleman toma lógicamente partido, pero sus credenciales como historiador oficial del Congreso son impecables y *The Liberal Conspiracy* es una fuente de gran valor. <<

[7] Peter Coleman, *op. cit.* <<

[8] John Thompson, entrevista telefónica, agosto de 1996. <<

[9] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[¹⁰] Melvin Lasky, «Some Notes on *Preuves*, *Encounter* and *Der Monat*»,
abril de 1956 (CCF/CHI). <<

[11] *Ibíd.* <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] Robert Silvers, citado en Carol Brightman, *Writing Dangerously*. <<

[14] Al Álvarez, *New Statesman*, 29 de diciembre de 1961. <<

[15] Conor Cruise O'Brien, *New Statesman*, 20 de diciembre de 1962. <<

[16] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[17] Malcolm Muggeridge, *New Statesman*, 19 de mayo de 1967. <<

[18] Malcolm Muggeridge, *Esquire*, enero de 1973. <<

[19] Herbert Read, «Masterpieces of the Twentieth Century» conferencia, París, abril de 1952 (ACCF/NYU). <<

[20] Nicolas Nabokov, *New York Herald Tribune*, 8 de febrero de 1953. <<

[21] Nicolas Nabokov a Julius Fleischmann, 6 de mayo de 1953 (ACCF/NYU). <<

[22] *Musical America*, mayo de 1954. <<

[23] Susan Sontag, «Pilgrimage». *The New Yorker*, 21 de diciembre de 1987.

<<

[24] Pierre Boulez a Nicolas Nabokov, sin fecha, 1954 (CCF/CHI). <<

[25] Nicolas Nabokov a Julius Fleischmann, 7 de septiembre de 1954 (CCF/CHI). <<

[26] Enesco había manifestado su deseo de ser enterrado en su país, Rumanía. No obstante, según Diana Josselson, al morir Enesco en mayo de 1955, Nabokov y Josselson participaron en una frenética operación para impedir que el cadáver saliera de Francia. Tuvieron éxito, y Enesco fue enterrado en París, en el cementerio Père Lachaise. <<

[27] C. D. Jackson a Cecil Morgan, 26 de marzo de 1957 (CDJ/DDE). <<

[28] C. D. Jackson a Theodore Streibert, director. USIA, 28 de julio de 1955 (CDJ/ODE). <<

[*] Psychological Strategy Board. <<

[29] C. D. Jackson a Allen Dulles, 20 de mayo de 1953 (CDJ/DDE). <<

[30] Julius Fleischmann a C. D. Jackson, 17 de febrero de 1953 (CDJ/DDE).

<<

[*] Beast of Belsen, donde Belsen es el campo de concentración nazi por excelencia. La expresión ha pasado al idioma inglés, con significado metafórico. En otro contexto se podría traducir como «el mismísimo demonio», pero aquí conviene dejar la idea original. (N. del T.) <<

[31] C. D. Jackson a George Sloan, 17 de marzo de 1953 (CDJ/DDE). <<

[32] *American Committee for Cultural Freedom* a Al Manuti, American Federation of Musicians, 21 de febrero de 1951 (ACCF/NYU). <<

[33] *American Committee for Cultural Freedom*, «Statement of Principles», 1953 (IB/GMC). <<

[34] George E. Kennan, «International Exchange in the Arts», reproducido en *Perspectives*, verano de 1956. <<

[35] Cuando Lasky descubrió, en 1956, que su ayudante de investigación para su Libro Blanco sobre Hungría (*The Hungarian Revolution*) había sido un nazi muy vilipendiado, su primera reacción fue pragmática: «Dios mío, ahora arremeterán contra el libro, quedará manchado por su relación con él». Pero Lasky creyó que lo mejor era no hacer nada: «Me tragué mi ansiedad y dejé que continuase en el proyecto». Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[36] Lee Williams, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[37] James T. Farrell a Meyer Schapiro, 25 de julio de 1942 (MS/COL). <<

[38] Arthur Schlesinger a James T. Farrell, 16 de marzo de 1955 (ACCF/NYU). <<

[39] Clinton Rossiter a Sol Stein. 10 de noviembre de 1955 (ACCF/NYU).

<<

[40] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, agosto de 1996. <<

[41] En una ocasión, Hannah Arendt describió a los ex comunistas como comunistas «dados la vuelta». Lo que tanto ella como George Urban querían decir es que la guerra fría era una causa de confrontación, y como tal, seducía a la imagen radical que muchos intelectuales tenían de sí mismos. «El vocabulario de la oposición permaneció inalterado, se mantuvo el sentido de crítica militante, aun cuando el blanco hubiese cambiado del capitalismo al comunismo». Andrew Ross, Routledge, *No Respect: Intellectuals and Popular Culture*, Londres, 1989. <<

[42] George Urban, *Radio Free Europe and the Pursuit of Democracy: My War Within the Cold War*, Yale University Press, Nueva York, 1997. <<

[*] El error gramatical de Josselson que señala la autora con el «sic» es muy similar al que he dejado en la traducción; la palabra correcta sería «incapaz». (N. del T.) <<

[43] Michael Josselson to Sidney Hook, 23 de noviembre de 1955 (CCF/CHI). <<

[**] Edward Gibbon (1737-J 794), historiador inglés, autor de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*. (N. del T.) <<

[⁴⁴] Sol Stein a Norman Thomas. 27 de abril de 1955 (ACCP/NYU). <<

[⁴⁵] Norman Thomas a Sol Stein, 28 de abril de 1955 (ACCF/NYU). <<

[46] Cord Meyer a Arthur Schlesinger, 16 de mayo de 1955 (SCHLESBU). Aunque Schlesinger sólo recordaba una relación social con sus amigos de la CIA durante estos años, sus propios documentos, depositados en la biblioteca John F. Kennedy de Boston, indican mayor implicación. Al parecer, Schlesinger sirvió como enlace de Cord Meyer en el Comité Americano por la Libertad Cultural, enviándole las actas del Comité Ejecutivo y manteniéndole informado de lo que pasaba en su seno. No está claro el grado de oficialidad que tenía esta relación, pero en un informe interno al presidente Kennedy, Schlesinger reconoció más tarde haber sido «consejero regular de la CIA» acabada la Segunda Guerra Mundial. Arthur Schlesinger, «Subject: CIA Reorganization», 30 de junio de 1961 (NSF/JFK). <<

[47] Michael Josselson a Irving Kristol, 7 de abril de 1956 (CCF/CHI). Por supuesto que Russell no estaba senil, sino que, por el contrario, mostraba indicaciones de su voluntad de «vivir hasta los noventa para poder decir todo lo malo». Según Josselson, Russell ya no podía decir nada sensato, y en 1963, se preguntaba esperanzado si «el h. p.» les «haría el favor de morirse». Michael Josselson a Edward Shils, 10 de abril de 1963 (MJ/HRC). <<

[48] *American Committee for Cultural Freedom*, carta abierta a Bertrand Russell, *New York Times*, 6 de abril de 1956 (ACCF/NYLJ). <<

[49] Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad Cultural al Comité Americano por la Libertad Cultural, 24 de abril de 1956 (IB/GMC). <<

[50] James T. Farrell a Meyer Schapiro, 5 de agosto de 1941 (MS/COL). <<

[51] James T. Farrell, carta de dimisión a Norman Jacobs, 28 de agosto de 1956 (MS/COL). <<

[52] Michael Josselson a Norman Thomas, 27 de septiembre de 1956 (ACCF/NYU). <<

[1] Según la mitología de la CIA, la palabra «jubilación» es inexacta. «Nunca se deja de pertenecer a la CIA», se suele decir. Al proceso según el cual se conseguía que las personas que salían de la Agencia le siguieran siendo fieles (y útiles) se le llamaba «desinfección». No obstante, fueron muchos los que posteriormente dirían que Braden no encajaba con este arquetipo; que, en realidad, se dedicó a denunciar las prácticas corruptas dentro de la organización. <<

[2] *Informe final del Comité Church*, 1976. <<

[3] Comisión de estudio sobre Inteligencia en el Exterior (Doolittle Study Group on Foreign Intelligence), citado en Stephen Shitfield, *The Culture of the Cold War*. <<

[4] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[*] Personaje de *Jane Eyre* de E. Bronte. (N. del T.) <<

[5] Lee Williams, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[6] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, mayo de 1996. <<

[7] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[8] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

^[9] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997 <<

[¹⁰] Lee Williams, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[¹¹] Cord Meyer, *Facing Reality*. <<

[12] William Sloane Coffin, citado en Jessica Mitford, *The Trial of Dr Spock, the Rev. William Sloane Coffin, Jr., Michael Ferber; Mitchell Goodman and Marcus Raskin*, Macdonald, Londres, 1969. Luego, Coffin regresó a su primitiva vocación y llegaría a ser capellán de la Universidad de Yale. <<

[*] Hilda Doolittle (1886-1961), poetisa y novelista estadounidense, fue una de las principales representantes del imaginismo. (N. del T.) <<

[13] William Corson, *The Armies of Ignorance: The Rise of the American Intelligence Empire*, Dial Press, Nueva York, 1997. <<

[14] Doug Henwood, «Spooks in Blue», Grand Steel, vol. 7/3, primavera de 1998. <<

[15] *Ibíd.* <<

[16] Tom Mangold, *Cold Warrior: James Jesus Angleton, The CIA's Master Spy Hunter*. Simon & Schuster, Nueva York, 1991. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] Clare Booth Luce, citado en Tom Mangold, *ibíd.* <<

[*] Se trata de una versión del neogótico victoriano en EE UU, construido en madera. (N. del T.) <<

[19] Ian Hamilton, *Robert Lowell. A Biography*, Random House, Nueva York, 1982. <<

[20] John Crowe Ransom a David McDowell, 11 de agosto de 1953 (RH/COL). La indiferencia de Ransom hacia la noticia de que la CIA le hubiese ofrecido un empleo a su protegido indica que bien pudiera haber sido la oficiosa «línea de contacto», en Kenyon. <<

[21] Lee Williams, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[22] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[23] John Thompson, citado en Richard Elman, *The Aesthetics of the CIA* (original no publicado). <<

[24] Timothy Foote a Michael Josselson, 5 de marzo de 1956 (CCF/CHI). <<

[25] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[26] *Ibíd.* <<

[27] *Ibíd.* <<

[28] Chief of Covert Action Staff, CIA, citado en *Final Report of the Church Committee*, 1976. <<

[29] *Ibíd.* <<

[30] *New York Times*, 25 de diciembre de 1977. <<

[*] Domestic Operations Division. <<

[31] E. Howard Hunt, *Undercover: Memoirs of an American Secret Agent. The New Class* fue publicado en colaboración con el Congreso por la Libertad Cultural. <<

[32] Eugene Fodor, citado en *New York Times*, 25 de diciembre de 1977. <<

[33] Carol Brightman, entrevista, Nueva York. junio de 1994. <<

[34] Richard Elman, entrevista, Nueva York, junio de 1994. Richard Elman creía también que «el interés de la CIA en la literatura de ficción, en sus creadores y editores, ha sido calificado por algunos como mal entendida bondad, o incluso como defensa de los valores occidentales y de las libertades humanas contra la mente totalitaria, pero, sobre todo, pretendía ser un “truco sucio” de la Agencia, una forma de influir en las conciencias, un intento de “prevenir” en la jerga de la Agencia». Richard Elman, *The Aesthetics of the CIA*. Véase además Jason Epstein, «The CIA and the Intellectuals», *New York Review of Books*. 20 de abril de 1967, donde afirma que la CIA y sus aliados «no se movían por un amor intelectual desinteresado o por profundas convicciones estéticas; les interesaba preservar y extender el poder de los Estados Unidos». <<

[*] He soñado con T. S. Eliot. (N del T.) <<

[35] Allen Ginsberg, «T. S. Eliot Entered My Dreams», *City Lights Journal*, primavera de 1978. <<

[36] Irving Kristol, citado en Peter Steinfels, *The Neoconservatives: The Men Who Are Changing American Politics*. Simon & Schuster, Nueva York, 1979. Como ha señalado Christopher Lasch, el elitismo de los intelectuales que antaño se habían visto atraídos hacia el leninismo no era contradictorio. «Incluso después de que se hubiesen desvinculado del contenido materialista [del leninismo], se aferraban a la reconfortante concepción de los intelectuales como vanguardia de la historia». Christopher Lasch, «The Cultural Cold War», *The Nation*, 11 de septiembre de 1967. <<

[37] Allen Tate, citado en Marian Jansen, *The Kenyon Review* 1939-1970, M. Janssen, Mijmegen: 1987. <<

[38] Dwight Macdonald, citado en Andrew Ross, *No Respect*. Alexander Solzhenitsyn empleó una metáfora análoga, más gráfica, cuando calificó a la cultura popular norteamericana como estiércol líquido que se cuela por debajo de la puerta. <<

[39] Robert Lowell, discurso de despedida, Kenyon College, 1940, citado en Ian Hamilton, *op. cit.* <<

[40] Richard Elman, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[*] Juego de palabras entre la palabra «judío» en inglés («jew»), pronunciado «yu» y la terminación del nombre «Roosevelt». Su sentido no necesita más explicaciones. (N. del T.) <<

[**] Stinkie (maloliente). (N. del T.) <<

[***] «kikes, sheenies, and the oily people». Los dos primeros nombres son sinónimos ofensivos de «judíos»; «Oily people», literalmente «gente aceitosa», se suele traducir por «gente empalagosa y aduladora»; pero puede tener que ver con las ceremonias de unción, no lo tengo claro. (N. del T.) <<

[49] Jurado del Premio Bollingen, citado en William Barrett, «A Prize for Ezra Pound», *Partisan Review*, vol. 16/4, 1949. <<

[1] George Dondero, citado en William Hauptman, «The Suppression of Art in the McCarthy Decade», *Artforum*, octubre de 1973. En 1957, George Dondero recibió la Medalla de Honor de la Liga de Artistas Profesionales Americanos (AAPL), «por su denuncia en el Congreso del comunismo en el arte». Comunicado de prensa de la AAPL, 30 de marzo de 1957. <<

[2] Harold Harby, citado en William Hauptman, *op. cit.* <<

[*] Federal Arts Project. <<

[3] La filiación comunista de estos artistas fue minuciosamente investigada por el Comité de Actividades Antiamericanas, cuyos archivos fueron citados en las actas del Congreso de mayo de 1947. La lista negra contiene más de cuarenta nombres, entre ellos, William Baziotes, Stuart Davis, Arthur Dove, Adolph Goltlich, Philip Guston y John Marin. *House Congressional Record*, 13 de mayo de 1947. <<

[4] Frederic Taubes, *Encyclopaedia Britannica*, 1946. <<

[5] Budd Hopkins, citado en Frances Stonor Saunders, *Hidden Hands: A Different History of Modernism*, Londres, Channel 4 Television, 1995. <<

[6] Clement Greenberg, «The Decline of Cubism», *Partisan Review*, marzo de 1948. <<

[7] Robert Hughes, *American Visions: The Epic History of Art in America*, Knopf, Nueva York, 1997. <<

[8] Jasen Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[*] Advancing tiene varios significados: tiene el sentido de promover, potenciar, pero también el de presentar o proponer; por último, tiene el sentido de anticipar, adelantar. Por todo ello es preferible no traducirlo. (N. del T.) <<

[9] Taylor D. Littleton y Maltby Sykes, *Advancing American Art*. «Advancing American Art» se creó y se proyectó dentro del amplio contexto de la diplomacia cultural como un elemento más dentro de [un programa de] afirmación internacional de la confianza, estabilidad e ilustración estadounidenses. <<

[10] Alfred M. Frankfurter, citado en Taylor D. Littleton y Maltby Sykes.
ibíd. <<

[¹¹] Citado en Taylor D. Littleton y Maltby Sykes, *ibíd.* <<

[*] El de la ley Helms-Burton contra las inversiones en Cuba. (N. del T.) <<

[12] Senador Brown, Actas del Congreso de BE UU, 14 de mayo de 1947.

<<

[13] Jane De Hart Mathews, «Art and Politics in Cold War America», *American Historical Review*, vol. 81/4, octubre de 1976. <<

[14] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[15] Clement Greenberg, «Avant-Garde and Kitsch», *Partisan Review*, otoño, 1939. <<

[16] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] Philip Dodd, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[19] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[20] *Ibíd.* <<

[*] Planning Coordination Group. <<

[21] E. J. Kahn, «Man of Means», *The New Yorker*, 11 de agosto de 1951. <<

[22] David Wise y Thomas B. Ross, *The Espionage Establishment*. Random House, Nueva York, 1967. <<

[23] Christopher Simpson, entrevista, Washington, junio de 1994. Simpson dijo también: «Si la CIA escribía o no un informe en el que dijese: “Ahora vais y lleváis eso de gira”, no lo sé. No he visto tales informes. ¿Trabajaban codo con codo los hombres que trabajaban para la Agencia con el aparato que producía la cultura durante la guerra fría? Sí, sin duda. Eso está más claro que el agua». <<

[24] Russell Lynes, *Good Old Modern: An Intimate Portrait of the Museum of Modern Art*, Nueva York, Atheneum, 1973. <<

[25] G. Hellman, «The Imperturbable Noble», *The New Yorker*, 7 de mayo de 1960. <<

[26] *Ibíd.* <<

[27] Citado en Carl Bernstein, «The CIA and the Media», *Rolling Stone*, 20 de octubre de 1977. <<

[28] Eva Cockcroft, «Abstract Expressionism: Weapon of the Cold War», *Artforum*, vol. 12/10, junio de 1974. <<

[29] *Ibíd.* <<

[30] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[31] Michael Kimmelman, «Revisiting the Revisionists: the Modern, its Critics, and the Cold War», *Studies in Modern Art 4*, *Museum of Modern Art*, Nueva York, 1994. <<

[32] Museum of Modern Art, Informe de los Consejeros. 1945, en Alfred Ban, *Painting and Sculpture in the Museum of Modern Art 1929-1967: An Illustrated Catalogue and Chronicle*, Museum of Modern Art, Nueva York, 1977. <<

[33] *Ibíd.* <<

[34] Lincoln Kirstein, Harper's Magazine, octubre de 1948. <<

[*] «Dólares, garabatos y muerte». (N. del T.) <<

[35] Samuel Kootz, citado en Lynn Zelevansky, «Dorothy Miller's "Americans" 1942-1963», *Studies in Modern Art* 4, Museum of Modern Art, Nueva York, 1994. <<

[*] «House of Mystery if not Mirth»; es un juego de palabras con el título de la obra de Edith Wharton, *House of Mirth*, literalmente «Casa del regocijo». (N. del T.). <<

[36] Dwight Macdonald, «Action on West 53rd Street», *The New Yorker*. 12 y 19 de diciembre de 1953. <<

[37] Lynn Zelevansky, *op. cit.* <<

[38] Haciendo una valoración de la exposición retrospectiva de 1943, «Romantic Painting in America» (que incluía a Bingham, Burchfield, Eakins, Homer y Watkin), Greenberg la criticó por representar «un periodo en que nuestros defectuosos nervios revisten con carne los huesos resecaos, resucitan cadáveres y reviven ilusiones en todos los campos de la actividad humana». Clement Greenberg, «Art», *The Nation*, 1 de enero de 1944. <<

[39] Alfred Barr a Henry Luce, 24 de marzo de 1949 (AB/MoMA). <<

[40] Alfred Barr, introducción al catálogo, *The New American Painting*, de 1958. Totalmente ilustrado, el catálogo fue producido gracias a «dos generosas donaciones —una de un mecenas británico que prefiere permanecer en el anonimato, y otra de USIA—». <<

[41] Russell Lynes, *op. cit.* <<

[42] Embajada americana, París, al Departamento de Estado, 11 de junio de 1953 (SD.CA/RG59/NARA). <<

[43] Waldo Rasmussen, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[44] *Ibíd.* <<

[45] James Johnson Sweeney, comunicado de prensa, 18 de abril de 1952 (ACCP/NYU). <<

[46] Alfred Barr, «Is Modern Art Communistic?», *New York Times Magazine*, 14 de diciembre de 1952. <<

[47] Los doce artistas eran Jackson Pollock, Arshile Gorky, John Kane, David Smith, Sen Shahn, Alexander Calder, John Marin, Morris Graves, Stuart Davis, Edward Hopper, Ivan Albright, y Theodore Roszak. <<

[48] Embajada americana, París, al Departamento de Estado, 11 de junio de 1953 (NA, RG59). Jean Cassou fue un vínculo fundamental entre los círculos artísticos de Nueva York y París. Era un poeta mediocre nombrado director del Museo Nacional de Arte Moderno como recompensa por sus actividades a favor de la Resistencia. Era un *haut fonctionnaire* que sabía menos de arte que sobre cómo medrar con grupos políticamente significativos, como por ejemplo al Congreso por la Libertad Cultural. <<

[49] Embajada americana, París, *ibíd.* <<

[50] Julius Fleischmann a Bob Thayer, 25 de febrero de 1960 (CCP/CHI).

<<

[51] Monroe Wheeler a Nicolas Nabokov, 9 de abril de 1954 (CCF/CHI). <<

[52] Las revistas del Congreso proporcionaron una interesante tribuna para los críticos favorables al nuevo arte. Michael Josselson era totalmente consciente de la importancia política de la abstracción, que para él era la respuesta de la democracia al realismo socialista. Tras un debate público, a comienzos de 1954, en el que se dijo que Alberto Moravia se alineó con el punto de vista comunista en relación con el realismo socialista, Josselson se enojó mucho. Escribió inmediatamente a Nicolas Nabokov, que estaba en Roma, y le dio instrucciones para que organizara una reunión en la que se habrían de desacreditar las afirmaciones de Moravia, y el propio Moravia habría de aparecer como un «hipócrita». Michael Josselson a Nicolas Nabokov, 22 de enero de 1954 (CCF/CHI). Al año siguiente, después de leer un artículo del crítico de arte del *New Statesman*, John Berger, que criticaba la exposición de Londres de pintores italianos por excluir a realistas como Renato Guttuso (cuya obra, escribió Berger, probaba que «no es necesario para un artista europeo occidental, que se corte la mano derecha y pinte como si fuese un antiguo académico de Moscú, ni que se corte la izquierda para sentirse como en casa en el Museo de Arte Moderno de Nueva York»). Melvin Lasky escribió a Josselson: «Si alguna vez se hace ese demoledor folleto sobre el *New Statesman and Nation*, debería incluir el credo de su crítico de arte, y fiel miembro del partido. John Berger, publicado en la página 180 del número del 5 de febrero [de 1955]. Míralo y te tirarás de los pelos». Melvin Lasky a Michael Josselson, 7 de febrero de 1955 (CCF/CHI). <<

[53] Michael Josselson a Porter McCray, 8 de octubre de 1956 (CCF/CHI).

<<

[54] Recorte de prensa (procedencia sin identificar), verano de 1955 (ACCF/NYU). <<

[55] Dwight D. Eisenhower, «Freedom in the Arts», discurso en el 25 aniversario del MoMA, 19 de octubre de 1954, en *Museum of Modern Art Bulletin*, 1954. <<

[56] August Heckscher, discurso en el 25 aniversario del MoMA, *ibíd.* Heckscher trabajó en el *New York Herald Tribune*, una publicación propiedad de Whitney, que continuamente defendió la causa de los expresionistas abstractos. <<

[57] George Kennan, «International Exchange in the Arts», discurso al Consejo del MoMA, 1955, reproducido en *Perspectives*, verano de 1956.

<<

[58] *Ibíd.* <<

[59] *Ibíd.* [las cursivas son mías]. <<

[60] Ruby D'Arschot a Julius Fleischmann, 28 de octubre de 1959 (CCF/CHI). <<

[61] Citado en Clifford Ross, *Abstract Expressionism: Creators and Critics*, Abrams, Nueva York, 1990. <<

[62] Citado en Clifford Ross, *ibíd.* <<

[*] Forma abreviada del ruso *samoizdátel'stvo*, literalmente, editorial que publica sus propios textos. Hace referencia a la publicación y distribución de literatura clandestina. (N. del T., con ayuda del Diccionario de Oxford).

<<

[63] Adam Gopnik, «The Power Critic», The New Yorker, 16 de marzo de 1998. <<

[64] John Canaday, *New York Times*, 8 de agosto de 1976. <<

[65] *Ibíd.* <<

[66] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[67] Dwight Macdonald, *op. cit.* <<

[68] Paul Burlin, citado en Serge Guilbaut, *How New York Stole the Idea of Modern Art*, University of Chicago Press, Chicago, 1983. <<

[69] Alan Filreis, «Beyond the rhetorician's Touch: Stevens's Painterly Abstractions», *American Literary History*, primavera de 1992. <<

[70] Barnett Newman, introducción del catálogo de la exposición, «First Exhibition of Modern American Artists», Riverside Museum, enero de 1943. <<

[71] Willem de Kooning, citado en Clifford Ross, *op. cit.* <<

[72] Jackson Pollock, citado en Clifford Ross, *op. cit.* <<

[73] Robert Motherwell, citado en Clifford Ross, *op. cit.* <<

[74] Robert Motherwell a Patrick Heron, 2 de septiembre de 1975. Le estoy agradecida a Patrick Heron el que me haya mostrado esta carta. <<

[75] Ad Reinhardt, citado en Annette Cox, *Art-as-Politics: The Abstract Expressionist Avant-Garde and Society* (UMI Research Press, 1982). <<

[76] Giles Scott-Smith, *The Politics of Apolitical Culture: The Congress for Cultural Freedom and the Cultural Identity of Post-War American Hegemony, 1945-1960* (tesis doctoral sin publicar, Lancaster University. 1998). <<

[77] Philip Dodd, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[78] Saul Bellow, *El legado de Humboldt*. <<

[*] Traducción de Aurora Bernárdez. Losada, Barcelona. <<

[**] Proyecto Biblias en Globo. <<

[1] Dwight D. Eisenhower, citado en Stephen Whitfield. *The Culture of the Cold War*. En tanto que a los propagandistas de la administración Eisenhower les gustaba hablar de desplegar las armas espirituales, el Departamento de Defensa lanzó un programa de gastos en armamento nuclear y convencional por valor de 354.000 millones de dólares en menos de seis años. <<

[2] Daniel Boorstin, citado en Taylor D. Littleton and Malthy Sykes, *Advancing American Art*. <<

[3] Paul Nitze, citado en Evan Thomas, *The Very Best Men*. <<

[4] Los antepasados de Eisenhower habían sido menonitas, pero cuando se establecieron en Texas, allí no había iglesia menonita, por lo que se dedicaron a leer directamente la Biblia. <<

[5] John Kobler, *Henry Luce: His Time, Life and Fortune*, Londres, Macdonald, 1968. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Sidney Hook, «The New Failure of Nerve», *Partisan Review*, de enero de 1953. En diciembre de 1951, el director del Consejo de Estrategia Psicológica recomendó a Tracy Barnes, de la CIA. que probablemente se podría preponer a Niebuhr como posible «consultor» del PSB. Gordon Gray a Tracy Barnes, 21 de diciembre de 1951 (GG/DDE). Esto, junto con el cargo de Niebuhr de presidente del Comité Asesor del Grupo de Diseño de Políticas (que supervisó la creación de la CIA), quería decir que el teólogo estaba magníficamente situado para «hacer de Dios un instrumento de la política nacional». <<

[9] Whittaker Chambers, *Witness*. Regnery. Chieago, 1952. <<

[10] Harry S. Truman, discurso al Congreso, 12 de marzo de 1947, reproducido en Harry S. Truman, *Memoirs: Year of Decisions*. <<

[11] Jorge (George). Santayana, Citado en Gore Vidal, *Palimpsest*, André Deutsch. Londres, 1995. <<

[12] Billy Graham, citado en Stephen Whitfield, *op. cit.* <<

[13] Norman Mailer, *Armies of the Night*, New American Library, Nueva York, 1968. <<

[14] Anhur Miller, *Timebends*. <<

[15] *Ibíd.* <<

[16] Leslie Fiedler, citado en Taylor D. Littleton and Maltby Sykes, *op. cit.*

<<

[17] Sol Stein a Aware, Inc., 28 de enero de 1955 (ACCF/NYU). <<

[18] *Ibíd.* <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] Aware, Inc. a Sol Stein, 26 de febrero de 1955 (ACCF/NYU). <<

[21] Sol Stein a Whittaker Chambers, 20 de diciembre de 1954 (ACCF/NYU). <<

[22] Whittaker Chambers, *op. cit.* <<

[23] André Malraux, citado en Stephen Whitfield, *op. cit.* <<

[*] Se refiere a una famosa autora de libros de cocina de la época victoriana, cuyos libros se siguen publicando en la actualidad. (N. del T.) <<

[24] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[25] Jefes del Estado Mayor Conjunto, «Presentation of “Militant Liberty” to Chief of Naval Operations», 16 de diciembre de 1955 (PSB/HT). <<

[26] Christopher Simpson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[27] Jefes de Estado Mayor Conjunto, «Report of Conference in California in Connection with Cornelius Vanderbilt Whitney's "American Film Series" and "Militant Liberty"», 5 de julio de 1956 (PSB/HT). <<

[28] *Ibíd.* <<

[*] National Sccurity Information Agency. <<

[29] Cornelius Vanderbilt Whitney, citado en *ibíd.* <<

[30] Jefes de Estado Mayor Conjunto, *ibíd.* <<

[*] Alianza Cinematográfica para la Preservación de los Ideales Americanos.

<<

[31] Arthur Miller, *op. cit.* <<

[32] Gore Vidal, *op. cit.* <<

[³³] C. D. Jackson to Henry Luce, 19 de mayo de 1953 (CDJ/DDE). <<

[34] Turner Shelton, Motion Picture Service, a Cecil B. DeMille, 11 de mayo de 1953 (CDJ/DDE). <<

[35] Geoffrey Shurlock a Andrew Smith, Motion Picture Service, 28 de septiembre de 1954 (WHO/NSC/DDE). <<

[36] *Ibíd.* <<

[*] Psychological Warfare Workshop. <<

[37] Carleton Alsop, *Hollywood Reports*, 1953 (CDJ/DDE). <<

[38] *Ibíd.* A pesar de la postura de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (National Association for the Advancement of Colored People) contra «la tónica representación de los negros en las películas, como personajes cómicos que tropiezan al andar», Hollywood no hizo nada por mejorar la forma de presentación de los negros en la pantalla. En realidad, entre 1945 y 1957, el número de actores negros pasó de 500 a 125. En la película de 1953 *Skirts Ahoy*, al músico negro, Billy Eckstein, se le prohibió mirar a ninguna de las actrices blancas mientras interpretaba su papel. <<

[39] *Ibíd.* <<

[40] Walter L. Hixson, *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Nueva York, Macmillan, 1997. <<

[41] C. D. Jackson a Abbott Washburn, 30 de enero de 1956 (CDJ/DDE). <<

[*] Cultural Presentation Committee. <<

[42] C. D. Jackson a Nelson Rockefeller, 14 de abril de 1955 (CDJ/DDE). En la misma carta, C. D. Jackson advertía a sus colegas de la CIA que no se las diesen de listos y no tuviesen la peregrina idea de utilizar a los artistas como agentes de inteligencia —«No creo que estas personas sean emocionalmente capaces de desempeñar un doble papel»— pero sí estuvo de acuerdo en que «Después de que regresen, por supuesto, con habilidad, se puede hacer que nos den mucha información». <<

[*] Dinero loco. <<

[**] Ganancias imprevistas. <<

[***] Masas de hombres. <<

[43] John Pauker, USIA, a Sol Stein, 20 de octubre de 1955 (ACCF/NYU).

<<

[44] Sidney Hook, «Report on the International Day Against Dictatorship and War», *Partisan Review*, vol. 16/7, otoño de 1949. <<

[45] T. S. Colahan a Sol Stein, octubre de 1955 (ACCF/NYU). <<

[46] Eric Johnston, citado en Waller L. Hixson, *op. cit.* Los responsables de la propaganda de los Estados Unidos estuvieron siempre preocupados con Steinbeck, y en realidad de toda la escuela literaria americana a la que se acusaba de proporcionar datos sociales tendenciosos. En julio de 1955, un experto de la guerra psicológica instó al gobierno para que retirase su patrocinio a la exposición fotográfica del Museo de Arte Moderno, *The Family of Man* [La familia del hombre], porque a la sociedad americana se la representaba «como unas clases altas, ricas y viejas, a la manera de *Las uvas de la ira*», y dejaba «la impresión de que todos los trabajadores de los EE UU son pisoteados o explotados», y como tal era «el sueño de todo propagandista comunista». P. J. Corso, *Operations Coordinating Board*, julio de 1955 (OCB.Cen/DDE). Un crítico detectó en todo esto una «obsesión paranoica por la descontaminación». Tom Hayden, citado en Andrew Ross, *No Respect*. <<

[47] Carleton Alsop, *op. cit.* <<

[48] La referencia a la «Fórmula para Hollywood» de la CIA, aparece en el diario de C. D. Jackson, en el apunte del 15 de mayo de 1953. Aunque ha sido muy censurado por los expertos gubernamentales en secretos oficiales, este apunte es la única evidencia documental de que la CIA creó una estrategia oficial para introducirse en la industria del cine. Según se dice en el diario, C. D. se vio aquel día con el ayudante de Tracy Barnes, John Baker (el que reclutó a De Neufville), para hablar de la «Fórmula para Hollywood» de la CIA, que parece haber sido una de las preocupaciones de Baker, Barnes y Wisner, con Alsop destacado en la costa Oeste. <<

[49] Carleton Alsop, *op. cit.* <<

[50] *Ibíd.* <<

[51] *Ibíd.* <<

[52] E. Howard Hunt, *Undercover: Memoirs of an American Secret Agent*, Berkley Publishing Corporation, California, 1974. <<

[53] De Rochemont había alcanzado cierta fama como productor independiente con *House on 92nd Street*, en la que unos valerosos agentes del FBI lucharon contra espías alemanes. El filme fue alabado por su realista puesta en escena - Rochemond la calificó como «película de no-ficción»— de un caso real de los archivos de J. Edgar Hoover. Según un historiador. Rochemont «tuvo durante toda su carrera una obsesión con los espías», interesante currículum para alguien que estaba a punto de trabajar con varios de ellos. Lawrence de Neufville, que le conoció en Inglaterra durante el rodaje de *Animal Farm*, recordaba el entusiasmo de Rochemont por «codearse con los muchachos de la Agencia, como si estuviese en una de sus películas». Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[54] Richard Hirsch, PSB a Tracy Barnes, «Comment on *Animal Farm* script», 23 de enero de 1952 (PSB/HT). <<

[*] Traducción castellana de Rafael Abella. Barcelona, 2000. <<

[55] La financiación oficial de 1984 incluía una subvención de 100.000 dólares de la Agencia de Información de los Estados Unidos, para hacer lo que su presidente calificaba de «la más devastadora película anticomunista de todos los tiempos». Tony Shaw, *The British Cinema, Consensus and the Cold War 1917-1967* (original no publicado). <<

[*] En inglés, *Newspeak*, palabra que Orwell empleó por primera vez en su novela para referirse al lenguaje utilizado en las comunicaciones oficiales. Desde entonces la palabra ha pasado al lenguaje común para designar el lenguaje demagógico y ambiguo de algunos políticos u organismos. (N. del T.). <<

[56] Alan Sinfield, *Literature, Politics and Culture in Postwar Britain*, Athlone Press, Londres, 1997. <<

[57] Sol Stein a Peter Rathvon, 30 de enero de 1955 (ACCF/NYU). <<

[58] *Ibíd.* <<

[59] *Ibíd.* <<

[60] *Ibíd.* <<

[61] *Ibíd.* <<

[*] Traducción castellana, Vázquez Zamora, Barcelona, 2000. <<

[62] Sol Stein, informe al American Committee for Cultural Freedom, 11 de enero de 1955 (ACCF/NYU). <<

[63] Isaac Deutscher, «The Mysticism of Cruelty», citado en Alexander Cockburn, *Corruptions of Empire*, Verso, Londres, 1987. <<

[*] Hate Week. Celebración inventada por Orwell en 1984. (N. del T.). <<

[64] *Ibíd.* <<

[**] Fellow Travellers. <<

[65] George Orwell, en Peter Davison (ed.), *The Complete Works of George Orwell*, Secker & Warburg, Londres, 1998. <<

[66] Richard Rees, citado en Michael Sheldon, *Orwell. The Authorised Biography*, Heinemann, Londres, 1991. <<

[67] George Orwell, en Peter Davison, *op. cit.* Orwell era tremendamente antisionista, y creía que «Los judíos sionistas de todo el mundo nos odian y consideran a Gran Bretaña el enemigo, más, incluso, que a Alemania». Por esta razón, aconsejó al IRD que era «mala política intentar ganarse al enemigo», y les advertía que no pensaran que «el anti-anti-semitismo era una baza importante en la propaganda anti-rusa». George Orwell a Celia Kirwan, 6 de abril de 1949 (IRD/F01110/PRO). <<

[68] Adam Watson, entrevista telefónica, agosto de 1998. [Las cursivas son mías]. <<

[69] Bernard Crick, *Evening Standard*, 11 de julio de 1996. <<

[*] Juego de palabras entre *right* (derecho) y *wrong* (equivocado, malo). Para mantener el sentido en castellano conviene forzar «wrong» y traducirlo como «torcido». (N. del T.) <<

[70] Peregrine Worsthorne, *The Spectator*, 29 de julio de 1996. <<

[71] George Orwell, «The Prevention of Literature», *Polemic*, n.º 2, 1945.

<<

[72] George Orwell, «The Freedom of the Press», 1944, publicado en *New Statesman*, 18 de agosto de 1995. <<

[73] *Ibíd.* <<

[1] Manès Sperber, 11 de noviembre de 1956, citado en Michael Josselson a Shepard Stone, sin fecha (CCF/CHI). <<

[2] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] Michael Josselson a Shepard Stone, sin fecha (CCF/CHI). <<

[5] Evan Thomas, *The Very Best Men*. <<

[6] Melvin Lasky, entrevista. Londres, agosto de 1997. <<

[7] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[8] Citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[9] Jean-Paul Sartre, *L'Express*, 9 de noviembre de 1956. <<

[10] Michael Josselson a Shepard Stone, sin fecha (CCF/CHI). <<

[11] *Ibíd.* <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] C. D. Jackson, diario oficial (COJ/DDE). <<

[14] C. D. Jackson a Frank Wisner; 27 de febrero de 1954 (CDJ/DDE). <<

[15] *Ibíd.* <<

[*] Se trata de una paráfrasis de Isaías, II, 4. (N. del T.). <<

[16] Richard Crockatt, *The Fifty Years War: The United States and the Soviet Union in World Politics 1941-1991*, Routledge, Londres, 1995. <<

[17] Michael Josselson a Nicolas Nabokov, 23 de enero de 1954 (CCF/CHI).

<<

[18] Curiosamente, el propio Eisenhower, que más tarde diría que «las propuestas eran revolucionarias», poco más dijo aparte del discurso, en aquel momento. Las propuestas fueron rechazadas por los soviéticos. <<

[19] Michael Josselson a Lawrence de Neufville, sin fecha (CDJ/DDE). <<

[20] C. D. Jackson a Tracy Barnes, 5 de enero de 1954 (CDJ/DDE). <<

[21] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[22] Michael Josselson a Irving Kristol, 1 de diciembre de 1955 (CCF/CHI).

<<

[23] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[24] Michael Josselson a Irving Kristol, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[25] Irving Kristol a Michael Josselson, citado en Peter Coleman, *ibíd.*
Stephen Spender a Michael Josselson, 10 de julio de 1955 (CCF/CHI). *Ibíd.*

<<

[26] Stephen Spender a Michael Josselson, 10 de julio de 1955 (CCF/CHI).
Ibíd. <<

[27] *Ibíd.* <<

[28] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[29] No nos choca que Michael Josselson se sintiese consternado ante la amenaza de Hook de denunciar al Congreso. Pero Josselson se mantuvo firme y defendió la decisión de nombrar a Macdonald para el puesto de Kristol basándose en que «tenía poderosas razones para no estar satisfecho con Irving después de haber hecho todo lo posible para ayudarle durante más de dos años». Michael Josselson a Sidney Hook, 18 de agosto de 1955 (CCF/CHT). <<

[30] Irving Kristol, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[31] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[32] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, febrero de 1997. <<

[33] Michael Josselson a Malcolm Muggeridge, 19 de septiembre de 1955 (CCF/CHI). <<

[34] Michael Josselson a Irving Kristol, 10 de diciembre de 1955 (CCF/CHI). <<

[35] Michael Josselson a Daniel Bell, 29 de octubre de 1955 (CCF/CHI). La expresión es prestada de Nikita Khrushchev, que en una ocasión predijo con tristeza que la guerra fría sólo terminaría cuando las gambas aprendiesen a silbar. En español diríamos «Cuando las ranas críen pelo». (N. del T.). <<

[36] Dwight Macdonald a Stephen Spender, 2 de junio de 1955 (CCF/CHI).

<<

[37] Congress for Cultural Freedom, folleto no datado (CCF/CHI). <<

[*] Congress's Forum Service. <<

[38] *Ibíd.* <<

[39] Melvin Lasky a Boris Shub, 6 de noviembre de 1957 (CCF/CHI). <<

[1] *Final Report of the Church Committee*, 1976. <<

[2] Tom Braden, «I'm Glad the CIA is "Immoral".», *Saturday Evening Post*, 20 de mayo de 1967. <<

[3] Richard Wollheim, entrevista telefónica, diciembre de 1997. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] Tom Braden, entrevista, Virginia, junio de 1994. <<

[6] Dwight Macdonald, «America! America!», *Dissent*, otoño de 1958. <<

[7] Irving Kristol, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[*] Se pronuncia más o menos «grou-vena», cosa que todo anglohablante culto debería saber; de ahí el reproche. (N. del T.). <<

[8] *Ibíd.* <<

^[9] Melvin Lasky, entrevista. Londres, agosto de 1997. <<

[*] Artfu! Dodger. Se refiere al personaje de Dickens de *Oliver Twist*, cap. xxv. (N. del T.). <<

[10] Los ataques de Macdonald a los dirigentes sindicales se remontan a los años treinta, cuando les calificó de «huelguistas convertidos en pragmáticos burgueses», de haber sido asimilados por completo por el sistema capitalista y por la sociedad de consumo. En su propia publicación. *Politics*, se había burlado de Walter Reuther, calificándolo de «faquir *boyscout* sindical». <<

[¹¹] Dwight Macdonald, «America! America!», *Dissent*, otoño de 1958. <<

[12] Irving Kristol, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[13] Dwight Macdonald a «Stephenirvingnicholasmike», 16 de abril de 1958. <<

[¹⁴] Stephen Spender, entrevista, Londres, julio de 1994 (DM/STER). <<

[15] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[16] Michael Josselson a John Hunt. 27 de mayo de 1958 (MJ/HRC). <<

[17] Josselson, aunque le tenía simpatía a Macdonald como persona, siempre le preocupó su tendencia a causar problemas. Cuando, en 1956, desveló sus planes de encargar un artículo a Macdonald sobre la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, Josselson advirtió a Spender que «se lo pensase mejor. Sería bueno que no hubiese riesgo de que saliese con un artículo completamente destructivo». Spender, más tarde, abandonó la idea. <<

[18] Richard Helms, citado en *Final Report of the Church Committee*, 1976.

<<

[19] Dwight Macdonald, «America! America!», *Dissent*, otoño de 1958. <<

[20] Los funcionarios del gobierno conocían desde hacía tiempo el deplorable comportamiento de los prisioneros de guerra americanos, pero había hecho todo lo posible para que los hechos no se difundieran demasiado. El 23 de abril de 1953, C. D. Jackson anotó en su diario: «Gran revuelo telefónico sobre la devolución de prisioneros de Corea adoctrinados. Conseguí convencer a Dulles y a [Walter Bedell] Smith de que se debería aconsejar que era fundamental que el Pentágono se ocupase de que todos los prisioneros adoctrinados se mantuvieran juntos en un solo lugar y... publicar un informe sobre la situación en lugar de dejar que estos tipos adoctrinados nos tomen la delantera». Jackson, diarios (CDJ/DDE).

<<

[21] Irving Kristol, entrevista, Washington, junio de 1994. Evidentemente, Kristol se olvidaba de su carta a Macdonald, en la que decía: «Me gustaría que reconsiderases el episodio de Corea». Irving Kristol a Dwight Macdonald, 19 de mayo de 1958 (DM/STER). <<

[22] Michael Josselson a Irving Klistol, 31 de octubre de 1958 (MJ/HRC).

<<

[23] Treinta años después, Kristol reconoció que los soldados americanos estacionados en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial se hubiesen comportado terriblemente mal si no hubiese sido por las leyes militares. A la pregunta de si hubiese expresado esas dudas en aquella época, replicó: «No. Por lealtad, no lo hubiera hecho. Soy americano. Soy un patriota». <<

[24] Lee Williams, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[25] William Colby, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[26] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[27] Dwight Macdonald, citado en Hugh Wilford, *The New York Intellectuals*. <<

[28] Norman Birnbaum, carta abierta al Congreso por la Libertad Cultural, 3 de noviembre de 1958, publicada en *Universities and Left Review*, de diciembre de 1958 (MJ/HRC). <<

[29] *Ibíd.* A Birnbaum le resultaba difícil creer «que la defensa de Occidente esté en buenas manos cuando son manos de unos judíos de Nueva York cuya devoción hacia América sólo corre pareja a su evidente carencia de todas las virtudes americanas, ayudados por esa sección de la inteligencia británica —muy numerosa, me temo— reclutada entre los niños que no jugaban bien al rugby en el internado». Citado en Hugh Wilford, *op. cit.* <<

[30] Michael Josselson a Dwight Macdonald, 28 de abril de 1958 (DM/STER). <<

[31] Dwight Macdonald, carta al director, *Universities and Left Review*, 16 de diciembre de 1958 (DM/STER). <<

[32] Dwight Macdonald, citado en Michael Wreszin, *A Rebel in Defence of Tradition*. <<

[33] Derwent May, *The Times*, 2 de julio de 1996. <<

[34] Peter Steinfels, *The Neoconservatives*. <<

[35] Jason Epstein, «The CIA and the Intellectuals», *New York Review of Books*, 20 de abril de 1967. <<

[36] Michael Josselson a Irving Kristol, 6 de diciembre de 1954 (CCF/CHI).

<<

[37] Michael Josselson a Irving Kristol, 23 de diciembre de 1954 (CCF/CHI). <<

[38] Michael Josselson a Irving Kristol, 9 de agosto de 1956 (CCF/CHI). <<

[39] Jason Epstein, «The CIA and the Intellectuals», *New York Review of Books*, 20 de abril de 1967. <<

[40] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[41] Christopher Montague Woodhouse, entrevista telefónica, diciembre de 1997. <<

[42] Michael Josselson a Stephen Spender, 28 de julio de 1954 (CCF/CHI).

<<

[43] Nicolas Nabokov a Irving Kristol and Stephen Spender, 30 de julio de 1954 (CCF/CHI). [Las cursivas son mías]. <<

[44] *Ibíd.* <<

[45] Warren D. Manshel a Irving Kristol, 19 de agosto de 1954 (CCF/CHI).

<<

[46] Conor Cruise O'Brien, «Journal de Combat», *New Statesman*, 20 de diciembre de 1963. <<

[1] Fredric Warburg a Melvin Lasky, 8 de octubre de 1958 (ENC/S&W/RU).

<<

[2] La correspondencia en relación con las «donaciones» de Rothschild a *Encounter* tiene lugar desde junio de 1958 a octubre de 1960 (ENC/S&W/RU). <<

[3] C. D. Jackson a Nelson Rockefeller, 18 de noviembre de 1954 (CDJ/DDE). <<

[4] Herbert F. Propps, embajada Americana, Londres, «La falta de documentos publicados sobre la disposición del Reino Unido a modificar la soberanía en interés de la seguridad colectiva», informe al Departamento de Estado, 9 de diciembre de 1952 (SD.CA/RG59/NARA). <<

[*] American Committee on United Europe. <<

[*] Trades Union Congress. La única central sindical existente en Gran Bretaña. (N. del T). <<

[5] Neil Berry, «Encounter», *London Magazine*, febrero-marzo de 1995. <<

[*] Fabian Society. <<

[6] Como jefe del Departamento Internacional del Partido Laborista, en 1948, Denis Healey ayudó a distribuir los documentos del IRD. También enviaba informes periódicos sobre actividades comunistas en el movimiento sindical europeo al departamento. Luego, actuó como intermediario en la presentación de exiliados del este de Europa que pudieran resultar útiles a los oficiales del IRD (IRD/FO1110/PRO). <<

^[7] Melvin Lasky a John Hunt, 11 de octubre de 1960 (CCF/CHI). <<

[8] Michael Josselson a Daniel Bell, 28 de octubre de 1964 (MJ/HRC). <<

[9] Richard Wollheim, citado en Neil Berry, *op. cit.* <<

[10] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. Análogamente, Isaiah Berlin calificaba el papel desempeñado por Spender como lo que le había dado a *Encounter* «su certificado de respetabilidad ante la intelectualidad inglesa». <<

[11] Cass. Canfield a Nicolas Nabokov, 23 de diciembre de 1958 (CCF/CHI). Durante estos años, soviéticos y americanos se pelearon a causa de muchas figuras culturales de prestigio. En respuesta a lo que calificaba de «vandalismo espiritual» de los soviéticos cuando, en 1952, intentaron explotar el recuerdo de Victor Hugo y de Leonardo da Vinci como «pioneros de la forma de vida soviética», el Comité Americano por la Libertad Cultural proclamó a Hugo y a Da Vinci apóstoles de la cultura libre a los que el modelo soviético hubiera resultado «repugnante». <<

[12] Nicolas Nabokov, *Bagázh*. <<

[13] Mary McCarthy a Hannah Arendt, 20 de junio de 1960, citado en Carol Brightman (ed.), *Between Friends*. <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] Comunicado de prensa del Congreso por la Libertad Cultural, 1 de julio de 1959 (CCF/CHI). <<

[16] Macauley en aquella época aún era agente asignado al Congreso, por lo que no podía aceptar responsabilidades en Kenyon. Cuando aceptó la oferta de Ransom, acababa de recibir la Beca Kenyon de Narrativa, y «ya había organizado pasar ese año en el extranjero». En otoño de 1959 aún no había regresado a Kenyon, lo cual hizo sentirse a Ransom «hecho polvo» y obligado a mantener «encendidos los fuegos del hogar unas siete semanas después de mi jubilación, esperando a Robie». John Crowe Ransom, citado en Marian Jansson, *The Kenyon Review*. <<

[17] Robie Macauley, citado en Marian Janssen, *ibíd.* <<

[18] John Hunt, entrevista. Uzés, julio de 1997. <<

[19] Citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[20] Leslie Fiedler, «Partisan Review: Phoenix or Dodo?», *Perspectives*.
Spring 1956. <<

[21] *Ibíd.* <<

[22] *Ibíd.* <<

[23] *Ibíd.* <<

[24] Fundación Farfield. Informe Anual 1962-1963 (CCF/CHI). <<

[25] C. D. Jackson a Cord Meyer, 1 de noviembre de 1957 (CDJ/DDE). <<

[26] C. D. Jackson a Daniel Bell y Allen Grovel, 12 de noviembre de 1957 (CDJ/DDE). <<

[27] Citado en Edward Lilly, *Operations Coordinating Board*, a Arthur Vogel, United States Information Service, 9 de abril de 1956 (WHO/NSC/DDE). <<

[28] *Ibíd.* <<

[29] *Ibíd.* <<

[30] William Phillips a Michael Josselson, 28 de marzo de 1958 (CCF/CHI).

<<

[31] Sidney Hook a Michael Josselson, 8 de diciembre de 1959 (MJ/HRC).

<<

[32] Michael Josselson a Shepard Stone, 12 de enero de 1968 (MJ/HRC). <<

[33] Daniel Bell a John Leonard, director, *Sunday Times Book Review*, 16 de octubre de 1972 (MJ/HRC). <<

[34] Al parecer, Warburg no le dedicó demasiadas energías a su papel de distribuidor de *Partisan Review* en Inglaterra, lo que hizo que Roger Straus, en su cargo «Oficial» de «consejero» de *Partisan Review*, se preguntara «qué diantres estáis haciendo sobre el asunto de la distribución del que hablé con vuestros colegas». Roger Straus a Fredric Warburg, 30 de junio de 1959 (ENC/S&W/RU). <<

[35] Irving Kristol a Michael Josselson, 9 de marzo de 1960 (CCF/CHI). <<

[36] William Phillips a Michael Josselson, 10 de mayo de 1961 (MJ/HRC).

<<

[37] William Phillips, «The Liberal Conspiracy», *Partisan Review*, invierno de 1990. <<

[38] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[39] William Phillips, «The Liberal Conspiracy», *Partisan Review*, invierno de 1990. <<

[40] Contrato Time Inc.-*New Leader*, 14 de mayo de 1964 (CDJ/DDE). Este contrato se hizo siguiendo el mismo esquema que el de 1953. <<

[⁴¹] C. D. Jackson a Allen Dulles, 21 de febrero de 1956 (CDJ/DDE). <<

[42] William Furth a Henry Luce y C. D. Jackson, «Confidential memoire. *New Leader*», 24 de julio de 1956 (CDJ/DDE). Para organizar la campaña se destinó a Frank Lindsay, veterano de la guerra fría, antaño subjefe de la Oficina de Coordinación de Políticas de la CIA, más tarde ejecutivo de la Fundación Ford y por entonces asesor de la gerencia de McKinley and Company. <<

[43] Herbert Luthy a Michael Josselson, 19 de febrero de 1962 (MJ/HRC).

<<

[44] En algunos casos, la ruta pasaba por *Paris Review*, la revista fundada por George Plimpton y el agente de la CIA, Peter Matthiessen en 1953. Nelson Aldrich trabajó aquí como adjunto a la dirección, antes de pasar al Congreso. Frances Fitzgerald, hija del jefe de división de la CIA a cargo de las operaciones contra Fidel Castro, trabajó en *Paris Review* en el verano de 1962, y luego, después de pasar las vacaciones en Tánger con los Wisner, obtuvo un puesto en el Congreso. George Plimpton luego recalcaría que «*Paris Review* nunca recibió ayuda monetaria del Congreso ni de ninguna otra fuente parecida ni hubo enfoques políticos o sociológicos impuestos a lo que Peter [Matthiessen], como director, decidiese publicar en la revista. Sinceramente, debo decir que a mí, personalmente, me hubiera parecido perfecto recibir fondos del Congreso para mantenemos a flote. *Encounter*, *Preuves*, y otras revistas apoyadas por el Congreso, eran magníficas publicaciones, sin depender de nadie, que yo supiera, en lo que se publicaba. Es una pena que hoy todo se vea con tan malos ojos... y que las reputaciones queden manchadas por la más mínima relación con él. Creo que tuvimos suerte». George Plimpton, carta a la autora, 27 de agosto de 1997. <<

[45] Kenneth Tynan, «Congress for Cultural Freedom», *That Was The Week That Was*, 1962. <<

[46] Mary Pinchot Meyer apareció muerta en el camino de sirga de un canal de Washington, en 1964, asesinada en un ataque aparentemente sin motivos. Había estado relacionada sentimentalmente con John F. Kennedy, y recogió esa relación en un diario, que el artero agente de la CIA, James Jesus Angleton robó de su casa (después de abrir la cerradura con una ganzúa) el día después de su muerte. <<

[47] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[48] Arthur Schlesinger, entrevista, Nueva York, agosto de 1996. <<

[49] John Thompson, entrevista telefónica, agosto de 1996. <<

[50] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[51] Lee Williams, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[52] Diana Josselson, carta a la autora, 4 de abril de 1997. <<

[53] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[1] Elizabeth Bishop a Robert Lowell, 1 de marzo de 1961, citado en Ian Hamillon, *Robert Lowell: A Biography*. <<

[2] Frank Altschul a John F. Kennedy, 30 de enero de 1961 (FA/COL). <<

[*] Juego de palabras intraducible entre *window* (ventana) y *shop-window* (escaparate). (N. del T.). <<

[3] Robert Lowell a Edmund Wilson, 31 de mayo de 1962, citado en Ian Hamilton, *op. cit.* <<

[4] Donald Jameson, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[5] Walter Laqueur, «Anti-Communism Abroad: A Memoir of the Congress for Cultural Freedom», *Partisan Review*, primavera de 1996. <<

[6] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[7] Hannah Arendt a Mary McCarthy, 22 de agosto de 1972, en Carol Brightman (ed.), *Between Friends*. <<

[8] Ernst Robert Curtius, citado en Stephen Spender, *Journals*. Michael Josselson se quejó en una ocasión de que era difícil reunirse con Spender, que estaba siempre «de viaje en algún crucero o dando conferencias por ahí». <<

[9] Elizabeth Bishop a Marianne Moore, 17 de agosto de 1954, citado en Ian Hamilton, *op. cit.* <<

[10] John Mander, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[11] Lowell tenía un interés obsesivo y morboso en Hitler. Jonathan Miller, que estuvo con él en Nueva York a finales de los cincuenta, recordó haber descubierto dentro de las (sospechosamente gruesas) pastas de un ejemplar de *Las flores del mal* que pertenecía a Lowell, un ejemplar bien escondido de *Mein Kampf*. <<

[12] Ian Hamilton, *op. cit.* <<

[13] Mary McCarthy a Hannah Arendt, 28 de septiembre de 1962, citado en Carol Brightman, *op. cit.* <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] Keith Botsford, citado en Ian Hamilton, *op. cit.* <<

[16] Michael Josselson a John Thompson, 4 de septiembre de 1963 (MJ/HRC). <<

[17] Michael Josselson a John Thompson, 10 de julio de 1964 (MJ/HRC).

<<

[18] Entre la variedad de tareas de Botsford en el Congreso estaba echar un ojo a un tinglado llamado Colombianum, una organización de los jesuitas que cultivaba intelectuales de izquierda en Latinoamérica, dirigida por un sacerdote, el padre Arma, al que Josselson calificaba de «jesuita-comunista homosexual, vestido de Dior». <<

[19] John Hunt a Keith Botsford, 29 de marzo de 1963 (CCP/CHI). <<

[20] John Hunt a Irving Kristol. 23 de diciembre de 1963 (CCF/CHI). <<

[²¹] René Tavernier a John Hunt, 28 de febrero de 1963 (CCF/CHI). <<

[22] John Hunt a René Tavernier, 1 de julio de 1963 (CCF/CHI). <<

[23] *Ibíd.* <<

[24] René Tavernier, «Pablo Neruda», junio de 1963 (CCF/CHI). <<

[25] *Ibíd.* <<

[26] John Hunt a René Tavernier, 1 de julio de 1963 (CCF/CHI). <<

[27] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. En 1963, la CIA gastó 3 millones de dólares para influir en las elecciones generales chilenas, el equivalente a un dólar por voto, más del doble por votante de lo que Goldwater y Johnson gastaron en la campaña por la presidencia de los EE UU en 1964. Véase Evan Thomas, *The Very Best Men*. <<

[28] Salvador de Madariaga a Michael Josselson, 1 de enero de 1963 (MJ/HRC). <<

[29] Stuart Hampshire, entrevista. Oxford, diciembre de 1997. <<

[30] Nicolas Nabokov, *Bagázh*. <<

[31] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[32] *Ibíd.* <<

[33] Michael Josselson a Nicolas Nabokov, 10 de diciembre de 1964 (NN/HRC). <<

[34] *Ibíd.* <<

[35] Michael Josselson a Nicolas Nabokov, 29 de junio de 1964 (MJ/HRC).

<<

[36] *Ibíd.* <<

[37] Donald Jameson, entrevista, Wnshington, junio de 1994. <<

[38] Willian Hobby, citado en *Newsweek*, 6 de marzo de 1967. <<

[*] Fondo Americano pro Juristas Libres. <<

[**] American Council for the International Commission of Jurists. <<

[***] Instituto de Investigaciones Laborales Internacionales. <<

[****] Institute of Political Education. <<

[39] Editorial, *The Nation*, 14 de septiembre de 1964. <<

[40] Cord Meyer, *Facing Reality*. <<

[41] Lee Williams, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[*] *Encounter* en inglés. (N. del T.). <<

[42] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[*] Suena parecido a «Farfield» y quiere decir «increíble, rocambolesca, exagerada». (N. del T.). <<

[43] Lawrence de Neufvilie, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[44] Nicolas Nabokov a Michael Josselson, 19 de marzo de 1977 (NN/HRC). <<

[45] Natasha Spender, entrevista telefónica, mayo de 1997. <<

[46] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[*] Consejo Americano de Sociedades de Intelectuales. <<

[*] Institute for Advanced Studies in the Theatre Arts. <<

[47] *Informe final del Comité Church*, 1976. <<

[48] Citado en *ibíd.* <<

[49] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997 <<

[50] Michael Josselson, citado en Congress for Cultural Freedom, «Minutes of the Executive Committee Meeting», Londres, octubre de 1964 (CCF/CHI). <<

[1] Lewis Mumford, citado en Stephen Whitfield, *The Culture of the Cold War*. <<

[*] «Whiffle» (algo que lleva el viento; algo maloliente) y «bird» (pájaro, ave). (N. del “1:). <<

[2] Gwynne Nettler, citado en Michael Wreszin, *A Rebel in Defense of Tradition*. <<

[3] William Burroughs, citado en Taylor D. Littleton and Maltby Sykes, *Advancing American Art*. <<

[*] Sustancia alucinógena obtenida del mezcal. (N. del T.). <<

[4] Sidney Hook a Michael Josselson, 20 de abril de 1964 (MJ/HRC). Hook se equivocaba, al menos, sobre Norman Podhoretz, que se burló de la rebelión *beat* como «revuelta de los indigentes espirituales y de los lisiados del alma». <<

[**] Es una cita de Shakespeare: Enrique IV, V, iv., que ha pasado al idioma inglés habitual. Prefiero la traducción literal a otra más coloquial: la prudencia es la madre de la ciencia. (N. del T.). <<

[5] Lee Williams, entrevista, Washington, julio de 1996. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Michael Josselson, «The Story Behind the Congress for Cultural Freedom», original no publicado (MJ/HRC). <<

[8] Harry S. Truman, 1963, citado en *New York Times*. 25 de abril de 1966.

<<

[*] También se le conoce como PEN Club. Poets, Playwrights, Editors, Essayists, and Novelists; asociación de poetas, dramaturgos, editores, ensayistas y novelistas. (N. del T.). <<

[9] Arthur Koestler a Michael Josselson, 24 de julio de 1963 (MJ/HRC). <<

[10] Nicolas Nabokov a Richard Crossman, noviembre de 1956 (CCF/CHI).

<<

[¹¹] Elizabeth Patterson, entrevista, Londres, julio de 1997. <<

[12] David Carver a Jean de Beer, secretario general del PEN de Francia, 10 de marzo de 1965 (PEN/HRC). <<

[13] Arthur Miller, *Timebends*. <<

[14] Arthur Miller, citado en Natalie Robins, *Alien Ink*. Miller supo en 1986, cuando, por fin consiguió su expediente del FBI, que la razón por la que había sido elegido era simplemente, como había supuesto: que se le consideraba aceptable tanto para el Este como para el Oeste, perfecto presidente de PEN, en un delicado momento en que la propia existencia de la organización estaba en cuestión. <<

[15] Era enemigo declarado del Congreso, y especialmente de Botsford, cuyos «juegos» en Suramérica desaprobaba profundamente. <<

[16] Michael Josselson a Manès Sperber, 24 de noviembre de 1964 (MJ/HRC). <<

[17] Lewis Galantière a los miembros del Consejo Ejecutivo del PEN americano, 26 de abril de 1965 (PEN/HRC). <<

[18] Tim Foote a Kenneth Donaldson, 28 de abril de 1965 (CCF/CHI). <<

[19] Según el propio informe del PEN sobre la conferencia de Bled, el Comité por una Europa Libre, de la CIA, del que era miembro activo Lewis Galantière, también aportó dinero. Lo más probable es que fuese Allen Dulles el que hizo posible la subvención. Dulles, aunque estaba apartado de la CIA, continuó desempeñando parte activa en la maquinaria de la guerra fría que había construido. Más aún, él fue uno de los nuevos miembros elegidos para formar parte del PEN. <<

[20] John Hunt a David Carver, 9 de febrero de 1966 (CCF/CHI). <<

[21] John Hunt a Lewis Galantière, 4 de marzo de 1966 (CCF/CHI). <<

[22] Informe del PEN, junio de 1966 (PEN/HRC). <<

[23] Conor Cruise O'Brien, «Politics and the Writer», 19 de mayo de 1966, reproducido en Donald H. Akenson (ed.), *Conor: A Biography of Conor Cruise O'Brien*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 1994. <<

[24] *Ibíd.* <<

[1] Robert W. Merry, *Taking on the World*. <<

[2] *Ibíd.* <<

[3] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[4] Robert W. Merry, *op. cit.* <<

[5] William Fulbright, «In Thrall to Fear», *The New Yorker*. 8 de enero de 1972. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Norman Mailer, *Armies of the Night*. <<

[8] *New York Times*, 27 y 29 de abril de 1966. <<

[9] Karl Miller, *Dark Horses: An Experience of Literary Journalism*, Picador, Londres, 1998. <<

[10] Michael Josselson a Malcolm Muggeridge, 25 de junio de 1965 (MJ/HRC). <<

[¹¹] *Ibíd.* Natasha Spender se quedó perpleja al enterarse de esta alusión de Josselson a estas disposiciones económicas, que, según dijo, jamás se pusieron en práctica. <<

[*] Tanto Stephen como Steven, se pronuncian igual, tanto en Inglaterra como en EE UU: «Sti-ven», más o menos, se pronunciaría en castellano, pero se escriben de forma diferente. (N. del T.). <<

[12] Melvin Lasky a Michael Josselson, sin fecha (MJ/HRC). <<

[13] Michael Josselson, «Memo for the Record: Talks with Muggeridge, London 25 and 28 February 1964», 3 de marzo de 1964 (MJ/HRC). <<

[¹⁴] Edward Shils a Michael Josselson, 2 de noviembre de 1967 (MJ/HRC).

<<

[15] Michael Josselson a Robie Macauley, 30 de diciembre de 1965 (MJ/HRC). <<

[16] *Ibíd.* <<

[17] Frank Kermode. *Not Entitled: A Memoir*, Harper Collins, Londres, 1996

<<

[18] *Ibíd* <<

[19] Richard Wollheim recordó haber contado el rumor a Lasky y a Spender varios años antes, cuando le habían pedido que entrase a formar parte del consejo de *Encounter*. «Lo hablamos durante una cena en algún club, y les pedí garantías en relación con el montón de rumores que circulaban sobre la CIA. Lasky dijo: “Nada más fácil. Puedes revisar las cuentas y comprobarlo por ti mismo”. Stephen pareció inmensamente aliviado y dijo: “See, there’s no truth to it”. Pero entonces Lasky añadió: “Por supuesto, no lo vamos a hacer. ¿Por qué hemos de mostrar los libros a cualquiera que crea en un absurdo rumor?”. Ante esto Stephen se quedó boquiabierto. Permaneció en silencio el resto de la cena». Wollheim rechazó la oferta para entrar al consejo. Richard Wollheim, entrevista telefónica, diciembre de 1997. <<

[20] Edward Shils a Michael Josselson. 28 de febrero de 1964 (MJ/HRC).

<<

[21] Michael Josselson a Malcolm Muggeridge, 27 de abril de 1964 (MJ/HRC). <<

[22] Malcolm Muggeridge a Michael Josselson, 9 de junio de 1964 (MJ/HRC). <<

[23] Michael Josselson a James Perkins, 20 de julio de 1966 (MJ/HRC). <<

[24] Michael Josselson a Cecil King, 10 de mayo de 1964 (MJ/HRC). <<

[25] Michael Josselson a Ulrich Biel, 14 de mayo de 1964 (MJ/HRC). <<

[*] Services Liaison Department. <<

[**] UK Joint Intelligence Committee. <<

[***] Joint Planners. <<

[****] Royal Institute of International Affairs. <<

[26] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, mayo de 1996. <<

[27] Tom Braden, «What's Wrong with the CIA?», *Saturday Review*, 5 de abril de 1975. <<

[28] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[29] *Ibíd.* John Thompson a Stephen Spender, 25 de mayo de 1964 (MJ/HRC). <<

[30] John Thompson a Stephen Spender, 25 de mayo de 1964 (MJ/HRC). <<

[31] Julius Fleischmann a Stephen Spender, 16 de septiembre de 1966 (MJ/HRC). <<

[32] Carol Brightman, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[33] Natasha Spender, entrevista, Maussane, julio de 1997. <<

[34] Melvin Lasky, Irving Kristol, Stephen Spender, carta al *New York Times*, 10 de mayo de 1966. <<

[35] Michael Josselson a Stephen Spender. 2 de octubre de 1966 (MJ/HRC).

<<

[36] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[37] Kenneth Galbraith, George Kennan, Robert Oppenheimer, Arthur Schlesinger, Jr., carta al *New York Times*, 9 de mayo de 1966. <<

[38] Dwight Macdonald a Michael Josselson, 30 de marzo de 1967 (MJ/HRC). <<

[39] Angus Cameron, citado en Natalie Robins, *Alien Ink*. <<

[40] Cord Meyer a Arthur Schlesinger, 1 de febrero de 1954 (SCHLES/JFK).

<<

[41] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, mayo de 1996. <<

[42] Tom Braden, «What's Wrong with Lhe CIA?», *Saturday Review*, 5 de abril de 1975. Cord Meyer era el vivo ejemplo de esta confiada actitud. En sus memorias escribe: «La ayuda americana a partidos e instituciones democráticas parecía esencial si se quería que en Europa Occidental sobreviviese una sociedad libre y pluralista. El hecho de que nuestra ayuda tuviese que permanecer en secreto no me molestaba. Los dirigentes políticos y culturales europeos que solicitaban nuestra ayuda en su desigual lucha contra el aparato financiado por los soviéticos ponían como condición que no hubiese publicidad, ya que la maquinaria de propaganda comunista podría aprovechar cualquier evidencia pública del apoyo oficial americano para demostrar que eran marionetas de los imperialistas americanos. Se precisaba prudencia y sigilo si queríamos que nuestra asistencia no fuera contraproducente». Cord Meyer, *Facing Reality*. <<

[*] Murallas. <<

[1] *Informe Final del Comité Church*, 1976. <<

[2] *Ramparts*, lo mismo que toda la literatura «subversiva», tenía en el cuartel general del FBI a sus más ávidos lectores. En un memorándum interno del FBI, de 25 páginas, se analizaban los «temas tratados» en la revista, probablemente para trazar los planes para ir contra ella. Un informe de la CIA, adjunto al memorándum, concluía que la mayoría de los colaboradores incluidos en el índice de *Ramparts* había «expresado frecuente y vehementemente temas comunistas en sus artículos publicados». <<

[*] A Right Cross to the Left Temple. <<

[3] Peter Jessup a Walt Rostow, 4 de abril de 1967 (NSF/LBJ). <<

[4] Edgar Applewhite, citado en Evan Thomas, *The Very Best Men*. <<

[5] Andrew Kopkind, «CIA: the Great Corrupter», *New Statesman*, 24 de febrero de 1967. <<

[6] Michael Josselson a Isaiah Berlin, 8 de abril de 1967 (MJ/HRC). <<

[7] Isaiah Berlin a Michael Josselson, 16 de abril de 1967 (MJ/HRC). <<

[8] Josselson, 16 de abril de 1967 (MJ/HRC). 8 <<

[9] *Ibíd.* <<

[¹⁰] Natasha Spender, entrevista telefónica, mayo de 1997. <<

[11] *Ibíd.* <<

[12] Eric Bentley a Stephen Spender, sin fecha. Le agradezco a Natasha Spender haberme enseñado esta carta. <<

[13] Cecil King a Michael Josselson, 28 de abril de 1967 (CCF/CHI). <<

[14] Melvin Lasky a Isaiah Berlin, 13 de abril de 1967. Le agradezco al Dr. Henry Hardy por mostrarme esta carta. <<

[15] *Ibíd* <<

[16] Melvin Lasky, entrevista. Londres, agosto de 1997. <<

[17] *Ibíd* <<

[18] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[19] Ben Whitaker, *The Foundations: An Anatomy of Philanthropy and Society*, Eyre & Methuen, Londres, 1974. Según Christopher Hitchens, Isaiah Berlin «pudo haber sido designado por su origen, temperamento y por su experiencia vital para convertirse en uno de esos ingeniosos y hábiles *valets du pouvoir* que adornan, e incluso elevan el tono de toda corte que se precie. Pero había algo en él que veía en ello una innoble e insuficiente aspiración y le impelía a resistirse cuando se atrevía». Christopher Hitchens, «Moderation or Death», *London Review of Books*, 26 de noviembre de 1998. <<

[20] Melvin Lasky a Isaiah Berlin, 13 de abril de 1967. <<

[21] En su lugar, escondido en la última página del número de julio de 1967 de *Encounter*, se publicaba un anuncio de cambios editoriales en la revista. Estaba firmado por los consejeros, y no se hacía mención de la CIA. <<

[22] Isaiah Berlin a Melvin Lasky, 18 de abril de 1967 (MJ/HRC). <<

[23] Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin: A life*, Chatto, Londres, 1998. <<

[24] Christopher Hitchens, «Moderation or Death», *London Review of Books*, 26 de noviembre de 1998. Probablemente, nunca se sepa el carácter exacto de la relación de Isaiah Berlin con la inteligencia británica y estadounidense. El espía británico Roben Bruce Lockhart recordó varias reuniones durante la guerra, con el joven Berlin, cuando trabajaba para el gobierno británico en Washington. Lockhart tenía la impresión de que Berlin trabajaba para el Ejecutivo de la Guerra Psicológica, pero el círculo de los más allegados a Berlín lo ha negado enérgicamente. También se ha dicho que durante la guerra, Berlin figuraba en la lista del Servicio de Inteligencia Secreta (SIS), un registro especial que indicaba que habría prestado servicios al SIS en el pasado y que había accedido a entrar en él durante la guerra. También se dijo que figuraban en la lista Freya Stark, Graham y Hugh Greene y Malcolm Muggeridge. En lo que a la inteligencia americana respecta, se puede decir como mínimo que Berlín disfrutó de una relación informal con la CIA, cuyos miembros no dudaban en pedir ayuda al filósofo, como recordaron Stuart Hampshire y Lawrence de Neufville, que dijeron que a Berlín se le informó de la relación de la CIA con el Congreso por la Libertad Cultural. Nada de esto significa que Berlín estuviese en connivencia con los agentes clandestinos, pero sugiere un grado de proximidad que posteriores investigaciones, tal vez, demuestren.

<<

[25] Natasha Spender, entrevista telefónica, mayo de 1997. <<

[26] *Ibíd.* <<

[27] Natasha Spender, entrevista telefónica, mayo de 1997. <<

[28] Michael Josselson a Stephen Spender, 26 de abril de 1967 (MJ/HRC).

<<

[29] *Ibíd.* <<

[30] *Ibíd.* <<

[31] Stephen Spender, citado en *New York Times*, 8 de mayo de 1967. <<

[32] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[33] Malcolm Muggeridge a Stephen Spender, 22 de mayo de 1967 (MJ/HRC). <<

[34] Natasha Spender, entrevista telefónica, agosto de 1997. <<

[35] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[*] *That Sinking Feeling*. Pienso que se trata de una parodia de la frase *You've lost that loving feeling*, título de una famosa canción de los sesenta. (N. del T.) <<

[¹] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[2] Manès Sperber, citado por John Hunt, *ibíd.* <<

[3] John Hunt, *ibíd.* <<

[4] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[5] Asamblea General del Congreso por la Libertad Cultural, comunicado de prensa, 13 de mayo de 1967 (CCF/CHI). <<

[6] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[9] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[10] James McAuley, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[¹¹] Chantal Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[12] Diana Josselson, entrevista. Ginebra, mayo de 1996. <<

[13] Nicolas Nabokov, julio de 1966, recorte de prensa sin identificar (CCF/CHI). <<

[14] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[15] Nicolas Nabokov, *Bagázh*. <<

[16] *Ibíd.* <<

[17] Nicolas Nabokov a J. E. Slater, 11 de agosto de 1971 (MJ/HRC). <<

[18] Diana Josselson a los Spender, 18 de mayo de 1967 (MJ/HRC). <<

[19] Diana Josselson a Stephen Spender, 26 de mayo de 1967 (MJ/HRC). <<

[20] Natasha Spender a Michael Josselson, sin fecha (MJ/HRC). <<

[21] Tom Braden, «I'm Glad the CIA is "Immoral".», *Saturday Evening Post*, 20 de mayo de 1967. <<

[22] *Ibíd* <<

[23] *Ibíd* <<

[24] Tom Braden, entrevista, Virginia, agosto de 1996. <<

[25] Tom Braden, entrevista telefónica, octubre de 1997. <<

[26] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[27] John Hunt, entrevista, Uzés. julio de 1997. <<

[28] John Thompson, entrevista telefónica, agosto de 1996. <<

[29] Charlton Heston, citado en Ian Hamilton, *Robert Lowell: A Biography*.

<<

[30] Carol Brighnnan, *Writing Dangerously*. <<

[31] Eric Goldman, citado en Ian Hamilton, *op. cit.* <<

[32] *Ibíd.* <<

[33] Lyndon B. Johnson, citado en Stephen Whitfield, *The Culture of the Cold War*. <<

[34] James Burnham, «Notes on the CIA Shambles», *National Review*, 21 de marzo de 1967. <<

[35] Walt Rostow, entrevista telefónica, julio de 1997. <<

[36] *Ibíd.* <<

[37] *Ibíd.* <<

[38] Tom Braden, entrevista telefónica, octubre de 1997. <<

[39] Joseph Alsop, citado en Carl Bernstein, «the CIA and the Media», *Rolling Stone*, 20 de octubre de 1977. <<

[40] Joseph Alsop, citado en Carl Bernstein, *ibíd.* <<

[41] Tom Braden, «I'm Glad the CIA is "Immoral".», *Saturday Evening Post*, 20 de mayo de 1967. <<

[42] Irving Kristol, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[43] Stephen Spender, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[44] Melvin Lasky, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[45] *Ibíd* <<

[46] Diana Josselson a Tom Braden, 5 de mayo de 1967 (MJ/HRC). <<

[47] Lee Williams, entrevista. Washington, junio de 1994. <<

[*] *Good Ship Lollipop*: tal vez sea una alusión al libro de Clark Russel, *Good Ship Mohock*, título con el que rima. (N. del T.) <<

[48] John Thompson a Michael Josselson, 7 de julio de 1968 (MJ/HRC). <<

[49] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[50] John Thompson a Michael Josselson, 28 de octubre de 1967 (MJ/HRC).

<<

[51] *Informe final del Comité Katzenbach*, citado en comunicado de prensa de la Casa Blanca, 29 de mayo de 1967 (NSF/LBJ). <<

[52] Desmond Fitzgerald, citado en *Informe final del Comité Church*, 1976.

<<

[53] Editorial, *The Nation*, 10 de abril de 1967. <<

[54] Informe final del Comité Church, 1976. <<

[1] Jayaprakash Narayan a Raymond Aron, 22 de junio de 1967 (CCF/CHI).

<<

[2] K. K. Siuha a John Hunt, 1 de junio de 1967 (CCF/CHI). <<

[3] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[4] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[5] Michael Polanyi, citado en Peter Coleman. *The Liberal Conspiracy*. <<

[6] Yehudi Menuhin a Nicolas Nabokov, 14 de mayo 1966 (CCF/CHI). <<

[7] George Kennan a Shepard Stone, 9 de noviembre de 1967 (CCF/CHI).

<<

[8] Andrew Kopkind, «CIA: the Great Corrupter», *New Statesman*, 24 de febrero de 1967. <<

[9] Jason Epstein, «The CIA and the Intellectuals», *New York Review of Books*, 20 de abril de 1967. El argumento de Epstein sobre pasajeros de segunda clase que viajaban en primera, ya había sido utilizado por Conor Cruise O'Brien, que argumentaba que el éxito de operaciones como *Encounter* residía en atraer a escritores de principios, para que sirvieran a modo de tapadera para «escritores de mediocre talento y adecuada ambición», que fuesen en realidad, un caballo de Troya. implicado en «una constante y coherente actividad política en interés... de la estructura de poder de Washington». Conor Cruise O'Brien. «Politics and the Writer». 19 de mayo de 1966, reproducido en Donald H. Akenson (ed.), *Conor: A Biography of Conor Cruise O'Brien*. <<

[10] Dwight Macdonald a Michael Josselson, 30 de marzo de 1967
(CCF/CHI). <<

[¹¹] Richard Elman, entrevista, Nueva York. junio de 1994. <<

[12] Stuart Hampshire, entrevista, Oxford, diciembre de 1997. <<

[13] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, febrero de 1997. <<

[14] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[15] «Statement on the CIA», *Partisan Review*, vol. 34/3, verano de 1967.

<<

[16] Tom Braden, entrevista, Virginia, julio de 1996. <<

[17] James T. Parell a Meyer Schapiro, 27 de julio de 1942 (MS/COL). <<

[18] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[19] Stephen Spender, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[20] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[21] John Hunt, entrevista. Uzós. julio de 1997. <<

[22] Edward Shils a Michael Josselson, 11 de noviembre de 1975 (MJ/HRC).

<<

[23] Edward Shils a Michael Josselson, 11 de diciembre de 1975 (MJ/HRC).

<<

[24] Sidney Hook a Michael Josselson, 23 de septiembre de 1973 y 2 de noviembre de 1972 (MJ/HRC). <<

[25] Edward Shils a Michael Josselson, 10 de febrero de 1976 (MJ/HRC).

<<

[26] George Kennan a Nicolas Nabokov, 19 de junio de 1959, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[27] George Kennan, *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy*, Nueva York, Norton, 1993. <<

[28] Harold Rosenberg, «The Cold War», en *Discovering the Present: Three Decades in Art, Culture and Politics*, University of Chicago Press, Chicago. 1973. <<

[29] Richard Elman, *The Aesthetics of the CIA* (original no publicado). <<

[30] *Ibíd.* <<

[31] Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik Editores, 1989. <<

[32] Aldous Huxley, *Ciego en Gaza*, Barcelona, Libros Reno, 1974. <<

[1] Stephen Spender a Nicolas Nabokov, 26 de agosto de 1970 (NN/HRC).

<<

[2] Isaiah Berlin a Nicolas Nabokov, 18 de diciembre de 1972, 21 de diciembre de 1976 (NN/HRC). <<

[3] Stephen Spender, *Journals*. <<

[4] Andrew Poner, *The New Yorker*, 17 de febrero de 1973. <<

[5] David Chavchavadze, *Crowns and Trenchcoats: A Russian Prince in the CIA*, Atlantic International, Nueva York, 1990. <<

[6] John Hunt, entrevista, Uzés, julio de 1997. <<

[7] John Hunt a Michael Josselson, sin fecha, 1969 (MJ/HRC). <<

[8] Arthur Koestler, «A Guide to Political Neuroses», *Encounter*, noviembre de 1953. <<

[9] Irving Kristol, citado en Hugh Wilford, *The New York Intellectuals*. <<

[10] Irving Kristol, *Neo-Conservatism: The Autobiography of an Idea, Selected Essays 1949-1995*, The Free Press, Nueva York, 1995. <<

[¹¹] Irving Kristol, entrevista, Washington, junio de 1994. <<

[12] Neil Berry, «Encounter», *London Magazine*, febrero-marzo de 1995. <<

[13] Ferdinand Mount, citado en *ibíd.* <<

[*] Dirigente del Partido Comunista de EE UU, fallecido en 2000. (N. del T.). <<

[¹⁴] Frank Platt a Michael Josselson, 13 de octubre de 1976 (MJ/HRC). <<

[15] Melvin Lasky, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[16] Bernard Levin, *The Times*, 15 de octubre de 1992. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] George Urban, Radio Europa Libre. <<

[19] *Ibíd* <<

[20] Melvin Lasky, entrevista, Londres, agosto de 1997. <<

[21] Natasha Spender, entrevista, Maussane, julio de 1997. <<

[*] Writers in Prison Committee. <<

[22] Frank Platt a Michael Josselson, 11 de noviembre de 1976 (MJ/HRC).

<<

[23] Frank Platt a Michael Josselson, 15 de diciembre de 1977 (MJ/HRC).

<<

[24] Godfrey Hodgson. «Superspook», *Sunday Times Magazine*, 15 de junio de 1975. <<

[25] Recorte de prensa sin identificar, 23 de febrero de 1983 (MJ/HRC). <<

[26] Michael Hofmann, *Guardian*, 23 de enero de 1998. <<

[27] William Buckley, citado en Gore Vidal, *Palimpsest*. <<

[28] Tom Braden, «What's Wrong with the CIA?», *Saturday Review*, 5 de abril de 1975. <<

[29] *Ibíd.* <<

[*] *The Brady Bunch* se tradujo como *Con ocho basta*, título de la primera serie citada. (N. del T.). <<

[30] Lawrence de Neufville, entrevista telefónica, abril de 1997. <<

[31] Más o menos a la misma conclusión llegó Mary McCarthy sobre Nicola Chiaromonte. El 22 de mayo de 1969 escribió: «Es posible que haya sufrido graves heridas, pobre hombre, por la experiencia de la CIA y que todo lo que escribe o piensa es, de una u otra forma una justificación, una y otra vez». Chiaromonte murió en un ascensor tras un programa de radio el 18 de enero de 1972. <<

[32] Mary McCarthy a Hannah Arendt, 18 de junio de 1968, en Carol Brightman (ed.), *Between Friends*. <<

[33] Stephen Spender, entrevista, Londres, julio de 1994. <<

[34] Natasha Spender, entrevista telefónica, Maussane, agosto de 1997. <<

[35] Melvin Lasky a Sidney Hook, citado en Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy*. <<

[36] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, mayo de 1996. <<

[37] *Ibíd.* <<

[38] Diana Josselson, entrevista, Ginebra, marzo de 1997. <<

[39] Edgar Applewhite, citado por Richard Elman, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[40] Jason Epstein, entrevista, Nueva York, junio de 1994. <<

[41] Joseph Alsop a Isaiah Berlin, citado en Robert Merry, *Taking on the World*. <<

[42] Doug Henwood, «Spooks in Blue», *Grand Street*, vol. 7/3, primavera de 1998. <<